Seix Barral

Traducción
Jaime Zulaika

Tristan Egolf

El amo del corral

Prólogo de Adolfo García Ortega



Índice

Portada

Portadilla

PRÓLOGO

EL AMO DEL CORRAL

Dedicatoria

Cita

PRÓLOGO

I. ISABELLE, HORTENSE Y BUCÉFALO

II. BAKER

III. LOS RASTROJOS DEL MONTE

IV. LA CRISIS

DESPUÉS

Notas

Créditos

EL AMO DEL CORRAL

Prólogo de Adolfo García Ortega

Tristan Egolf

Traducción del inglés por Jaime Zulaika

Seix Barral

PRÓLOGO

POR ADOLFO GARCÍA ORTEGA

Los libros son tozudos, la literatura es tozuda; los autores, perecederos, olvidables, y en el devenir de la historia, por lo general, innecesarios. Solo los libros permanecen, solo la obra literaria se mantiene a flote sobre las aguas del tiempo, mientras que su autor, el que sea, es y será por siempre un náufrago perdido y ahogado, yaciendo en el fondo de esas mismas aguas. En cierto modo, es lo que le ha sucedido a Tristan Egolf, cuyo destino es muy similar al de esos escritores cuyas obras, en vida, no tuvieron el brillante y mitificado reconocimiento que tienen hoy en día, años después de su creación. Es el caso de *Bajo el volcán*, de Malcolm Lowry, o de *La conjura de los necios*, de John Kennedy Toole, por citar dos novelas que fueron comparadas con la de Egolf cuando esta se publicó. Pero hay otros casos parecidos, como *1984*, de George Orwell, *Karoo*, de Steve Tesich, *El gatopardo*, de Giuseppe Tomasi di Lampedusa, *Una muerte en la familia*, de James Agee, *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo, *Doctor Zhivago*, de Boris Pasternak, o *Las benévolas*, de Jonathan Littell, entre otros. Novelas únicas en sí, piezas literarias magistrales, que encierran un mundo concluso y expansivo en el tiempo, explican y explicitan un seísmo literario y causan el regalo mayor de la literatura: el asombro. Es el caso de *El amo del corral*, de Egolf, una novela singularísima publicada en 1998 que vuelve a pedir paso y lugar en los tiempos que corren, buscando una lectura que esté a su

altura, que *la comprenda* y la culmine. Creo que ese momento de culminación ha llegado.

De Tristan Egolf se sabe poco, aunque suficiente, pero es que su vida fue corta, intensa y veloz. Nació en 1971. En algunas notas biográficas se dice que en Pensilvania, pero en realidad fue en San Lorenzo de El Escorial, España. Vivió en Lancaster, Nueva York, Ámsterdam, Londres y París. Publicó tres libros, *El amo del corral* (1998), *La chica y el violín* (2003) y *Kornwolf* (2005). Se suicidó de un disparo en Lancaster, Pensilvania, el 7 de mayo de 2005. Hay un momento clave en su vida: cuando conoció a Marie Modiano, la hija del escritor Patrick Modiano. Sucedió así: Tristan es un joven que había abandonado la universidad para dedicarse a la música punk. Tiene talento y escribe y reescribe una novela que trata de metaforizar elementos de su infancia y de su entorno vital adolescente en los alrededores de un criadero de pollos, en lo profundo de Estados Unidos. Viaja a Europa y llega a París sin dinero, con una guitarra, el espíritu vital y bohemio de Hemingway (y también el del pintor protagonista de *Un americano en París*, de Minnelli) y veintitrés años. Cierto domingo de verano de 1995, en el Pont des Arts, como hace cada día, pide unos francos rasgueando a la guitarra una canción de Bob Dylan. Una joven transeúnte se fija en él, se detiene a escucharlo, intercambian unas palabras y él se enamora perdidamente de ella. El flechazo es mutuo. Ella es Marie Modiano, tiene dieciséis años pero le miente y dice tener veintiuno. Desde ese momento no se separarán, incluso lo lleva a vivir a su casa.

El padre de Marie aún no es el premio Nobel que terminará siendo, pero es un escritor con influencia en la prestigiosa editorial Gallimard. La hija le pasa al padre el manuscrito inacabado de Tristan; a Modiano le gusta, le da consejos. Tristan, enamorado de

Marie, quiere mostrarle a su amada el mundo del que procede. Viaja con ella a Lancaster. Allí están su madre, su padrastro, su hermana Gretchen (actriz). Le enseña los lugares que le han inspirado el escenario de su novela. Le muestra un mundo transido de religiosidad cristiana fanatizada y deformada, repartida en sectas y variantes a cuál más siniestra u opresiva, un espacio rural y cerrado en sí mismo, destructivo, maniqueo. Le habla entonces de su familia. Había nacido en España, de una madre pintora, Paula, y de un padre periodista, Brad, que se había vuelto extremadamente cristiano, incluso ultracatólico, miembro de una especie de secta: Los Hijos de la Tormenta. En El Escorial, Brad se une a los que gritan «¡Viva Cristo Rey!» y son antiabortistas. De una radicalidad rayana en el terrorismo, Brad terminará suicidándose por sobredosis cuando Tristan tiene quince años. Paula, la madre, que se había divorciado, conoce a un ingeniero más joven que ella, Gary Egolf, con el que se casa; adoptará a Tristan y a Gretchen como hijos suyos.

En septiembre de 1996, Tristan y Marie se instalan en Londres. A primeros de 1997, él termina allí la novela en la que ha estado trabajando desde hace varios años, con versiones y revisiones sucesivas. Por esas fechas, los dos jóvenes se separan, pero mantienen una relación cálida y frecuente. Dominique Modiano, la madre de Marie, lee el manuscrito y lo cataloga de genial. Patrick coincide con la opinión de su esposa. Deciden apostar a fondo por él. Modiano le hace llegar la versión final a su editor y este, entusiasmado, recomienda su publicación en la mejor editorial de Francia, Gallimard, contratándole los derechos universales de la obra. Se vende a varios países. Previamente, en otras versiones, había sido rechazada por cincuenta editoriales en Estados Unidos.

El amo del corral, cuyo subtítulo es tan enigmático como profético: «La matanza del ternero cebado y la insurrección de los lúcidos en la región del maíz», posee un lenguaje propio, con mucho argot de Pensilvania y una sintaxis faulkneriana. Arranca de manera inusual con un extraño prefacio de casi veinte páginas en el que alguien innominado cuenta el argumento de lo que vendrá a continuación. Un argumento que hace más sorprendente y atractivo el desarrollo posterior de lo que se intuye como el evangelio pagano de una especie de Señor espiritual a la contra, de un líder de extraños ideales nihilistas. El protagonista es, pues, una mezcla de ángel y demonio que termina liderando una banda de prosélitos en la América profunda. Son sus seguidores los que van a contar su historia, como unos apóstoles de nuevo cuño.

El lugar de los hechos es Baker, un pueblo agrícola y minero del conocido como Corn Belt o Cinturón Maicero de Estados Unidos. Es gente blanca, marcada por el alcohol, tosca, depauperada, algo salvaje, racista, siempre con armas cerca y mucha fe cristiana. En ese contexto se cuenta la vida de John Kaltenbrunner, el amo del corral.

Hijo de Ford Kaltenbrunner, un hombre que dirigió una explotación carbonífera y que murió en una explosión en la mina antes de nacer su hijo, John vive con su madre en la granja familiar, donde se encarga de todas las tareas. Desde siempre ha dado muestras de rebeldía, inteligencia, astucia, maldad y justicia por igual. Con la madre enferma, él llevará las riendas de la granja siendo apenas un niño de nueve años. Cría pollos y, por su intransigencia, acaba enfrentado a todo el pueblo de Baker. Pero su vida cambiará cuando encuentra el tesoro oculto de su padre, unos restos arqueológicos indios sin demasiado valor material. La figura del padre ausente

cobra importancia, a partir de ese momento, invadiendo las ideas de John.

A partir de ahí el argumento se adentra, durante unos pocos años, por caminos inesperados, en los que tienen lugar acciones violentas, injusticias, latrocinios religiosos, sectas fanáticas, prisiones claustrofóbicas, amistades reveladoras, trabajos miserables, incendios y caída libre por el precipicio del alcohol (como en *Bajo el volcán*, por cierto), que culminarán en una de las más extravagantes revoluciones que se pueden haber novelado, llevada a cabo por una legión de basureros en huelga, seguidores —y narradores— de las andanzas y proclamas del joven Kaltenbrunner, su profeta y su señor. El Señor de la basura, el Amo del corral. ¿Qué revolución? La de dejar la mierda donde está, la basura por toneladas en las calles, en las casas, en las vidas; que surjan las ratas, la podredumbre, que todo apeste y se envenene. Es la locura absoluta, la guerra pura y dura, la exterminación de todo, el preámbulo del sacrificio.

La novela salió en la *rentrée* del otoño de 1998. Desde el primer momento se vio a su autor como un joven despreocupado, con aires de Rimbaud, poeta inspirado sin otra meta que ser él mismo día a día, sin pensar en el futuro, solo marcado por el aura de la obra maestra. Dejaba huella, era guapo, remitía al deseo oculto, físico o intelectual, de muchas personas. No dejaba indiferente a nadie. Parecía obvio que iba a vivir muy velozmente, demasiado, quizá. Lo comparan con Carson McCullers por la precocidad en la que tiene éxito. Él se identifica con Robert Walser y con Ernest Hemingway, y ciertamente que participa de ambos escritores tan distintos, como si los integrara en una sola figura, la suya.

La crítica lo compara con Faulkner —por su estilo y por su prosa— y también con Steinbeck —por su rebeldía social implícita, por su espíritu justiciero—. Se empieza a decir que es una obra maestra. Se

califica de «novela inaudita, visionaria, apocalíptica». Y lo es, aunque Egolf duda de ello y de sí mismo.

Después del éxito en Francia, al año siguiente, en marzo de 1999, sale en Estados Unidos, publicada por la editorial Grove. Pero allí, tras el espejismo del lanzamiento, pasa más bien desapercibida, sin lograr el clamoroso triunfo que se prometía. Cuando regresa a su país en 2001, vuelve a otro mundo, un mundo que lo deprime y lo ahonda en sus crisis mentales. Se agarra a las personas que va conociendo y las suelta, no pertenece a nada ni a nadie. Se obsesiona por la política de su gobierno a raíz de los atentados del 11-S. Como escritor, empieza a padecer el síndrome del autor de culto. Un éxito fulminante y, enseguida, el olvido o la travesía del desierto. Publica dos obras más: *La chica y el violín*, en 2003, y en 2005 *Kornwolf* (subtitulada «El Demonio de Blue Ball»), la historia de un hombre lobo en una comunidad *amish*. Esta tercera no había salido a la calle aún cuando él se pega un tiro a los treinta y tres años, como Cristo.

En Lancaster, donde se instaló de nuevo, alimentó su conciencia política, militaba en el pacifismo, era depresivo, participó en manifestaciones contra las acciones de la administración Bush en Irak, sobre todo después de las escenas de la cárcel de Abu Ghraib. Fruto de una relación efímera, deja a una joven embarazada, Kara, de la que nacerá, el 12 de octubre de 2003, su hija Orla Story. Se va a vivir con la madre y trata de crear una familia por fin. Poco antes de morir le fue revelado que había tenido una hija en Francia, a quien no llegó a conocer, fruto de su relación en 1997 con Sandra, su profesora de francés, y ahora parecía querer irrumpir en su vida. Todo ello contribuyó a un estado depresivo y oscuro. En mayo de 2005, dos meses después de terminar su tercera novela, apareció muerto con un agujero en la sien. Empezaba en ese instante el

tiempo de su obra maestra, empezaba el tiempo de *El amo del corral*, una novela tan insólita y fascinante como un hermoso cardo en el desierto.

EL AMO DEL CORRAL

A Colin Evans

Stagolee tomó la horca de labranza
y la dejó en la repisa.
«Atrás, diablo», dice,
«voy a mandar yo ahora en el infierno...»

La balada de Stagolee,
ANÓNIMO

PRÓLOGO

Llegó un momento en que, en cuanto hubo amainado la refriega entre Baker y Pottville y los veinte o treinta últimos chicanos de la factoría avícola de Sodderbrook, los teutones de Buzzard's-Roost, los gnomos de la calle Dowler y las ratas de fábrica del este de Baker hubieron sido esposados y hacinados en los furgones celulares de la oficina del sheriff Tom Dippold, con destino hacia los atestados mataderos de Keller & Powell, y en cuanto las mangueras regaron y dispersaron las fogatas de basura de la calle Mayor, entre las pavesas de la calle Gingerbread, y en cuanto el gimnasio de la escuela fue ocupado y fumigado por una brigada de mal pertrechados y cuasiestupefactos agentes de la comarca, y una vez controlado el pillaje general en Geiger y sofocados los disturbios de la calle 3 y Poplar, y mucho después de que una horda enfurecida de camioneros de la mina de carbón número seis de Ebony Steed, en una trepidante procesión apisonadora de arietes Dodge, hubiese realizado su infortunada visita conciliatoria de medianoche a las ratas de río en la orilla del Patokah, y de que el resto de la población estuviera tan hundida en sus propios excrementos que hasta los locutores de Pottville 6 se vieron obligados a admitir que Baker parecía estar esperando la llegada de los cuatro jinetes, llegó un momento en que, en el apogeo de todo aquel desbarajuste, los ciudadanos en sus cabales e informados que quedaban en Greene County supieron exactamente quién era y qué representaba John Kaltenbrunner. Se podría afirmar incluso que en una vivienda o en una taberna cualesquiera la sola mención de su nombre hubiera podido desencadenar una pelea durante toda la noche que lo mismo habría podido alargarse horas o concluir bruscamente en una reyerta

fulminante. Y esto literalmente. Para cuando John finalmente consiguió delimitar cada seto desde un extremo devastado al otro de Baker, aparecía ante la opinión pública como el organizador de un holocausto de poca monta. Tal como informó la prensa, «su sombra ha oscurecido todos los umbrales de la ciudad»; su nombre se había convertido en un vocablo familiar que por lo general se equiparaba a todo lo que hay de malo en la creación. Se había convertido en la persona más controvertida de la historia de Baker desde que aquel contingente de carne de cañón que denominamos padres fundadores arrastró sus destartaladas carretas de bueyes desde los Apalaches hasta el interior del valle.

Pero ciertamente no siempre había sido así. Ni mucho menos. Contrariamente a la versión predominante en las tabernas locales y en las salas del cabildo, el momento estelar de John no había durado más de quince minutos justos. El resto de su breve y desgraciada existencia lo pasó tan alejado de la mirada pública, en el corral perdido al fondo de la calle 6, que casi nadie, salvo un puñado de «insignificantes», llegó siquiera a saber que vivía allí. Hubo solo dos ocasiones, sin conexión entre ellas y distanciadas por varios años, en que su nombre atrajo la atención de la comunidad. La primera fue durante el dilema de diez semanas que hasta el propio redactor en jefe del *Greene County Herald*, que sacaba tajada del asunto, tan adecuada y monumentalmente, apodó «la crisis». La segunda estuvo relacionada con un tiroteo con agentes de la zona, del que se habló mucho pero del que se supo poco, acontecido cinco años antes en el confín norte del valle. Ambos sucesos fueron en principio objeto de una tergiversación tan amplia por parte de los medios de comunicación que ahora, en este momento, tras haber transcurrido un decenio entero y haber dado pábulo al testimonio prácticamente

de todo el mundo sobre los dos casos, la mayoría de los lugareños se encuentra dispuesta, y hasta deseosa, a aceptar cualquier cosa que le digan. Son propensos a recordar los tiempos en que John erraba por las calles como un perro sin dueño, derribando a puntapiés cubos de basura, importunando a viudas ancianas con una palanca de desmontar neumáticos, encabezando huelgas laborales con una virulencia indómita, etc. Tienen tendencia incluso a considerar en cierto modo antediluvianos los años que precedieron a su llegada: «preliminarmente intrascendentes». Tratándose de alguien que en el foro público ha sido el blanco de mayor difamación ulterior, campañas de desprestigio de tres al cuarto y libelos propagados por la chusma que cualquier otra persona en la historia del valle, es asombroso que tan gran parte de su existencia física hubiera transcurrido en el anonimato.

Como refleja la crónica, hubo solo un momento, aparte de la insurrección y de la crisis, en que John consiguió labrarse un cierto nombre, e incluso este se lo destruyeron habladurías calumniosas e infundadas. Actualmente todo el mundo sabe que se forjaron y se difundieron sobre y en torno a su existencia, antes siquiera de que hubiese llegado a la mitad de su segundo curso en Holborn High, más rumores injuriosos que sobre cualquier otro estudiante de quien se tenga memoria. Puede que John no significara mucho para los otros habitantes de la ciudad, pero para sus condiscípulos, para quienes soportaban su proximidad cotidiana, él era el notorio *Kaltenbrunner hijo*, el chico del aula 29, el monstruo del tractor, el fascista del granero, el cabrero troglodita del lado norte del río; aquel chico que raramente dirigía la palabra a alguien pero que, no obstante, infaliblemente conseguía enajenarse, repugnar y aterrar a todo bicho viviente con quien entraba en contacto. Aquel chico. Todo el mundo conocía su nombre. Entre otras cosas, era sospechoso de

incendiar graneros. Se decía de él que sodomizaba al ganado de su rancho. En una ocasión fue detenido por agredir a una mujer de la limpieza del hospital general de Baker, y muchos sostuvieron que era cien por cien culpable de la acusación de conducir ebrio que había desembocado en la agresión. Y había más murmuraciones, algunas parcialmente ciertas, pero la mayoría sin fundamento. Fuera como fuese, se optara por creer una historia y no la siguiente, o por creer todas ellas juntas y ninguna por separado, el resultado final era el mismo: a saber, que para cuando se hizo público que John había provocado, al estilo de William Bonney,[1] la primera resistencia a las fuerzas policiales de que se tuviera noticia en el Pullman Valley en más de setenta años, no puede decirse que la noticia hubiese escandalizado a muchos de sus semejantes. Para entonces ya eran inmunes al escándalo. Tal como afirman numerosas fuentes, es posible que muchos de sus condiscípulos se quedaran admirados de que John hubiera ido tan lejos, pero ninguno de ellos, en principio, le habría creído incapaz de hacerlo. Se extendió el criterio compartido de que la insurrección en sí poseía de antemano un carácter inevitable, del mismo modo que su consecuencia fue acogida con silencioso entusiasmo: John fue posteriormente desterrado de la comunidad durante varios años. Persistieron bastante tiempo las especulaciones sobre sus motivos y la historia que había detrás del incidente. Hubo raudales de chismorreo. Cada quien tenía su idea, pero ninguna de ellas realmente tenía pies ni cabeza. El incidente terminó por morirse de muerte natural, como justamente tenía que haber sucedido, a causa de que había demasiados detalles desconocidos en el caso. Gradual, pero ininterrumpidamente, la insurrección y sus protagonistas principales se sumaron a las filas hacia el cementerio de los elefantes, de modo que cuando John volvió, tras el ínterin de más de tres años de

ausencia y con su apariencia exterior tan alterada por todo lo que había sobrellevado que estaba irreconocible, nadie hubiera podido decir que había vuelto. A la edad de diecinueve años acabó yendo a parar, solo y desconocido, a una ciudad que, de entrada, nunca le había considerado uno de los suyos. Ese fue el verdadero comienzo de su vida en Baker. Se instaló en un cuchitril en Geiger, obtuvo un empleo en la factoría avícola y empezó a trabajar, a beber, a rumiar y a zascandilear con todos los demás. Y con ello comenzó la larga iniciación empírica al yugo de Cumberland, que le llevaría a ascender con paso lento y lánguido la escala social desde el peldaño más bajo. La cosa siguió así durante años. La gente no entiende esta parte. Hay una tendencia a aferrarse a la idea de que John irrumpió en la ciudad salido de la nada y que la puso patas arriba para divertirse. No es en absoluto lo que sucedió. Lo cierto es que, como bien saben más de los que quisieran admitirlo, John Kaltenbrunner era oriundo de Baker, y que detrás de sus actos se escondía toda una vida de vejaciones acumuladas. Hasta el momento en que finalmente fabricó su vehículo-caballo de batalla, se asfixió calladamente en un andurrial de Baker que la mayoría de sus habitantes son reacios a reconocer siquiera que existe. Restregó los corrales y los suelos del matadero, desde las pocilgas hasta las cloacas públicas. Sobrellevó varias ordalías que hubieran acabado por las buenas con casi todos los nativos. Su vida entera continuó siendo, por definición, una racha de mala suerte inconcebible. Y prosiguió así y así y así durante años, sobrepasando el terreno de lo absurdo y alcanzando el punto de lo cuasimposible, hasta que todo el fruto ulceroso, la pobreza y la miseria, las interminables libaciones —todo combustible de alto octanaje en la cornucopia— hallaron por fin una salida y siguieron su explosivo cauce a campo traviesa. Entonces hubo ruido. Entonces hubo un desmadre. Como afirma

desde entonces Wilbur Altemeyer, el ajuste de cuentas, cuando llegó, hizo estragos en Baker como un genio con nostalgia escapado por un rato de la lámpara. Todos se vieron arrastrados: la prensa, las autoridades, la iglesia, las fábricas, las escuelas, las ratas de río, los teutones, los chicanos, los gnomos, las familias, el censo completo... Nadie salió indemne. Una vez que estalló, fue colectivo, pero hasta entonces permaneció enclaustrado como un licántropo en cuarentena durante una fase de luna creciente.

Y lo cierto, por mucho que les cueste a los lugareños aceptarlo, es que cuando se produjo el estallido, Baker no aguantó. Ni por asomo. El bakeriano común no estaba en modo alguno preparado para lo que se avecinaba. Habían llevado durante tanto tiempo el estilo de vida del perro y el gato —murmurando, calumniando, vilipendiando, buscando camorra, fisgando los trapos sucios, tomando partido en bloque y pasándose por la piedra a la esposa y al ganado del vecino — que, cuando el techo comenzó a desmoronarse sobre el ruedo público, ellos, como grupo, no pudieron afrontarlo. No supieron cómo. Si una banda de maleantes hubiera atacado desde el norte Gwendolyn Hill, Baker no habría tenido dificultad en movilizarse. No habría habido problema. Pero aquello era distinto. La crisis venía de dentro, y en cuanto tal exigía esfuerzos internos y coordinados. Lo que asimismo se llama cooperación. Cooperación y responsabilidad. Dos de las mercancías más escasas en la región del maíz. Ninguna de las dos abundaba cuando llegó el momento de recurrir a ellas. En consecuencia, Baker se fue a pique. Durante el deterioro progresivo de diez semanas consecutivas, la madera sin tallar que constituía la población quedó expuesta a la luz pública. Se convirtió en un riesgo viviente para la salud. Llegó a ser el hazmerreír de todo el estado. A la mayoría de los nativos la abrumadora vergüenza y deshonra de

aquella exhibición indecorosa les ha dejado un regusto de doloroso bochorno.

Es comprensible que sea esta parte de la historia la que tienden a recordar mejor o, deberíamos decir, la parte de la historia que más les cuesta racionalizar. Y a la vista de la magnitud de la crisis, cabría incluso decir que no se les puede reprochar. En los primeros años posteriores al hecho, les resultó difícil hasta reconocer lo que había ocurrido. Se les veía en la cara siempre que el asunto, por inadvertencia, salía a relucir en una conversación: una tensión en los carrillos y un inmediato empujón de alguien para que se cambiara de tema a toda costa. Estaba escrita en todos ellos la creciente sospecha de que de algún modo, a regañadientes, figuraban incluidos en una carta de venganza de toda una vida como palurdos sureños y fabricantes de bates de críquet que merecían todo lo que se les avecinaba. Les habían acusado de torpe ineptitud, de incompetencia y de una variedad de hechos delictivos. Y los acusados tuvieron que declararse incuestionablemente culpables, les gustara o no... *Pero, por el amor de Dios, ¡no debían hablar de ello!* Era lo que manifestaron sus conductas esquivas: que ya era bastante arduo olvidar las cosas tal cual eran. No se necesitaban memorandos. Ni nadie los quería. Las tabernas fueron mucho más tranquilas durante años.

Pero a la larga, los residentes comprendieron que todo aquello no iba a desaparecer solo. Para alcanzar alguna vez una paz de espíritu mancomunada tendrían que reducir la crisis a unos términos que aprendieran a sobrellevar. Tendrían que desfigurarla y trivializarla hasta volverla estéril, y luego expulsarla por la puerta de atrás como a un intruso indeseado. La sola idea de que un grupo «intrascendente» de basureros encabezados por un delincuente renegado habían sido en verdad los últimos en reírse a sus tristes

expensas en un episodio de historia local que nunca podría, por más que se intentara, renegociarse, era admitir más de lo que estaban dispuestos a reconocer. Era totalmente inaceptable. Resultaba imposible. Cuando finalmente volvieron a hablar de ello, los ánimos se enardecieron y brotó un impulso no tan bufonesco de revisión colectiva. Los parroquianos de la taberna, cuyo comportamiento a lo largo de la crisis figuraba en actas generalmente aceptadas, conocidas y la mayoría de las veces *documentadas*, no tardaron mucho en reescribir el curso de los acontecimientos en su propio beneficio. Individuos como Dean Kale, un electricista de la comarca que había sido visto promoviendo disturbios en la calle Mayor con doce de sus compatriotas la noche del 21 de octubre, de repente reclamaban el estatuto de víctimas. Él no había sido *en realidad* el que hizo añicos el escaparate de la floristería con un bateador de Louisville, sino que lo que de verdad pasó fue que la policía le había levantado en vilo y le había estrellado contra el cristal cuando él caminaba hacia su casa. Lo que inevitablemente conducía a lo de «ahora que lo pienso debería presentar una denuncia». Nadie creía la versión de Kale. Pero todo el mundo fingía creérsela. Era imperativa una cooperación completa si se quería hacer borrón y cuenta nueva. Por consiguiente, cuanto más exorbitante la historia, tanto menos la impugnaban. Había un trabajo que hacer. Pusieron manos a la obra. Empezaron por la refriega. Primero se ocuparon de sus propias esquinas y luego abordaron el conjunto del cuadro. A continuación estaba la iglesia. Luego los chicanos, la inundación del Bolling County, la fallida guerra de limpieza. Lo redujeron todo a términos plausibles y luego lo arrojaron por la ventana. Ninguno de sus encubrimientos tuvo un éxito concluyente, pero con todo el mundo en el ajo, se obtuvo de momento una ilusoria sensación de avance.

No tardaron en estar en condiciones de abordarnos: los «Hijos del doctor Katz», los rastrojos de monte, los veintidós de Baker. Pero no sabían qué hacer con nosotros. No quisieron aventurarse hasta el extremo de desencadenar de nuevo todo el jaleo, como sabían que ocurriría si continuaban. De modo que nos rehuyeron y se desviaron hacia John. Y ahí siguen empantanados desde entonces.

Para empezar, le atacaron por motivos de herencia: *Era imposible que John Kaltenbrunner fuese un oriundo de Baker. Nadie habría engendrado semejante abominación*... No podía haber sido un intruso procedente de nuestro medio, no podía haber trepado desde el sótano y haberse colado sin previo aviso por la puerta trasera. Tenía que provenir de otro sitio o de alguna otra *cosa*. Se razonó. Se exigió. Y a fuerza de razonamientos y exigencias se gestó una tendencia a inventar su existencia desde su origen. Se opinó que su impacto en la comunidad refutaba teorías sobre su extracción presuntamente humilde, denunciaba la falsedad de las mismas, proclamaba fraudulentos los hechos fríos y duros, un velo tras el cual debía esconderse una historia mucho más convincente. Y si no, constituía una clara invitación a inventarse una.

Hace unos años, aquellos de nosotros que sabían algo más empezaron a tener noticias de aquellas primeras revisiones. La mayoría eran chismes de bar y ficciones truculentas que habían sido espigadas con el último círculo de la cosecha: cuentos de que John era el último descendiente de una larga estirpe que había ido feneciendo desde los albores de la región cerealista, que fueron paridos por una perra mestiza a la que se le enganchó una pata en una cerca de espino en algún lugar de Utah. Cosas por el estilo. Paparruchas y patrañas; productos mal concebidos y pobremente diseñados de una supersticiosa mente colectiva. Muchos de ellos

eran de risa, como poco. No les prestamos la menor atención. Parecía poco probable que pudieran contener una amenaza real. Pero si desde el principio los hubiéramos mirado más de cerca, tal vez habríamos detectado la fuerza impulsora de aquellos toscos prototipos e intuido la inevitabilidad matemática de su evolución futura. Podríamos haberles puesto fin en aquel momento, pero entonces no parecía que valiese la pena. De todos modos nos deleitaban. Eran casi halagadores.

Sin embargo, la aparición de la teoría del aborto-ferrocarril-ratas de río rápidamente nos borró la sonrisa de la cara; no porque fuese especialmente amenazadora o algo más plausible que las otras, sino porque al parecer iba ganando terreno en las tabernas. En realidad afloró por vez primera nada menos que en el Whistlin' Dick, el bebedero número uno de Baker durante cuarenta años, y todavía abierto. Antes de que nadie se percatara, había alcanzado una gran difusión y llegado al resto de los bares. Fue entonces cuando empezamos a preocuparnos en serio.

La teoría susodicha sostenía que John había sido parido prematuramente en la taza de acero inoxidable de un retrete en un tren expreso de gran velocidad que circulaba por los bosques exactamente al suroeste de Baker, y que acabó, molido y desorientado, aunque todavía vivo, de bruces sobre los rieles del Patokah, con media traviesa clavada en el culo y novecientos gramos de placenta desperdigados por la gravilla a lo largo de más de un kilómetro y medio hacia el sur. Su madre, supuestamente una rica heredera de Chicago que estaba de siete meses, había ido al retrete tras haber sentido agudos dolores estomacales. Diez minutos más tarde un revisor que pasaba oyó una serie de gritos y forcejeos en el inodoro. Tras probar el picaporte y encontrarlo atrancado, tiró abajo la puerta de una patada. Descubrió a la señora en cuestión en un

revoltijo espantoso y sangriento. Estaba agitándose y dando bandazos con una pierna encaramada en el lavabo y ambos puños cerrados sobre un cordón umbilical pustuloso que entre sus piernas extendidas se perdía dentro del retrete. El revisor fue presa de pánico. Cruzó como pudo la entrada y se precipitó en pos del cordón. Atisbo al bebé deforme atascado en el fondo de la taza y dando alaridos estentóreos al otro lado de la tapa del desagüe, justo encima de las vías. Sus gritos se oían en todo el vagón. Finalmente la madre patinó en aquella compota y el resbalón la arrastró al pasillo. Se desmayó y lo dejó todo en manos del revisor, literalmente. Este hizo un último esfuerzo por desatascar al bebé mutilado, pero el cordón se partió enseguida y se quedó en la mano con el extremo roto. Fue una escena terrible. Cuando la joven madre volvió en sí y vio a un corro de pasajeros de pie en torno a ella, lo único que quiso fue dar la espalda a la atrocidad de todo aquel embrollo. Por supuesto, nadie pensó ni por un segundo que el bebé pudiera haber sobrevivido...

Pero, según cuenta la crónica, lo hizo. John tenía todo el cuerpo zarandeado y magullado, pero ninguna de sus constantes vitales se había extinguido. Estaba requetevivo. Pasó la tarde reponiéndose del choque en mitad de las vías, que daban a un Studebaker destartalado y levantado sobre tacos de madera en una parcela de anea. Le pasaron por encima otros dos trenes. Los buitres habían devorado toda la placenta esparcida en las vías y empezaban a estirar el cuello hacia él cuando una rata de río que volvía a casa desde la factoría avícola tropezó con el bebé. La rata de río se quedó un rato parada y se rio, y después cargó a John en un brazo y se lo llevó al campamento junto a los raíles. Le pusieron en una silla al pie de un deteriorado autobús de iglesia. Posteriormente fue bautizado

en un abrevadero y criado con piensos para conejos hasta que pudo arreglárselas muy bien como un cuadrúpedo.

Y así llegó a la mayoría de edad, alimentándose de bagres y ajo a media jornada de camino a las turberas con aquellos detestables ladrones de cosechas. Había montones de desechos en cada represa de molino, arriba y abajo de la carretera. Las riberas estaban flanqueadas de ruedas de repuesto y bielas, sacos llenos de catálogos y neveras destripadas, y de los notorios habitantes mismos: las ratas de río, la séptima generación endogámica de Cumberland, con frentes inclinadas y maxilares alargados. Se prestaba a especulación a qué libertinaje pagano se entregaban en sus ceremoniales fogatas de basura, pero, de cualquier modo que fuese —se razonó—, John a la larga se trajo consigo todo aquello a Baker...

Si no se le frenaba y se le consentía su pleno desarrollo, aquel dictamen de púlpito del este de Kentucky, al ritmo que iba, no tardaría en crecer como una bola de nieve hasta convertirse en una auténtica monstruosidad. Crecerá, se reafirmará, cobrará el derecho a una revisión inacabable, y en última instancia desfigurará todo aquello por lo que hemos trabajado. Todas las revelaciones procuradas por la crisis se sofocarán. John será canonizado como una rancia figura del anticristo, y nosotros como sus apóstoles, el rastrojo de monte proverbial. Todo lo que somos y lo que hemos hecho servirá de chivo expiatorio preeminente en un éxodo masivo en pro de la absolución.

La teoría del aborto-ratas de río lleva ya camino de convertirse en santa escritura. Incluso la ha refrendado un enfermo esclerótico de Pottville, que recientemente proclamó en su lecho de muerte que él era el revisor del tren donde ocurrió. Otros señalan la cicatriz

distintiva en la nalga izquierda de John, aludiendo a la herida que le causó la traviesa. Y hay otros que mencionan sus pautas de conducta vitalicias, esto es, las ratas de río. La historia no carece de encanto, pero hay que trazar la raya en algún sitio.

En primer lugar, existe constancia escrita del nacimiento de John y su asistencia a la escuela. Estuvo aquí todo el tiempo. La cicatriz en su nalga izquierda no era nada más que una vieja herida producida en la granja mientras batallaba con una oveja. Es preciso admitir que sus hábitos de limpieza doméstica pueden dejar que desear, pero no era una rata de río. Y a fuer de realistas, las ratas de río, en definitiva, son aborrecidas a lo largo y ancho de Baker, demasiado feas para aventurarse en la ciudad, y no digamos para que las contraten en la factoría avícola. Una y otra vez, estas teorías caen por el peso de sus propias incongruencias absurdas.

Y están los otros, los numerosos otros. John el inmigrante. John el fascista. John el homosexual. John el de inmaculada concepción. John el carpintero. John el teutón. John el refugiado del pogromo. La lista sigue.

Puede pensarse, de nuevo, que el impulso de inventar los orígenes de John es inevitable a causa de las cortas luces de la chusma de que hablamos y de la magnitud cuasi bíblica de la crisis; pero la verdad, por extravagante que parezca, es que John, como todos nosotros, salió de la granja. Es uno de los hechos que Baker va a tener que asumir. Empezó y terminó aquí mismo, en Greene County. Y punto. Si hubiera más lugareños con la mano tan dura como pretenden, habrían confesado que fueron derrotados en toda la línea en vez de pasarse todo el tiempo, a toro pasado, tratando de tapar sus huellas y de salvar la cara en las comunidades circundantes. A lo hecho, pecho; acaso uno de estos días se les meta esto en la cabeza y se den cuenta de que de toda esta historia se puede extraer una

enseñanza. Hasta ahora sus intentos de dorar la lastimera lección han sido vergonzosos. Confirman aún más la motivación de la crisis misma. Todos y cada uno de los miembros del Baker laico saben exactamente lo que sucedió. Y por más esfuerzos que hagan en reescribir el guion, se irán a la tumba con ese conocimiento intacto. Parece ser que lo máximo que pueden esperar entretanto es emborronar los textos de una manera tan irreparable que las generaciones venideras no logren descifrar lo que es ficción y lo que son realidades en los garabatos que les han legado. Tal vez se imaginan que al obrar así obtendrán por fin el perdón que buscan.

Y aquí entramos nosotros. No es que poseamos las cualificaciones necesarias para escribir una biografía autorizada de la vida de John. No es nuestra intención. Lo que nos interesa es preservar la historia de un logro antes de que lo escamotee la gente montaraz. Teniendo esto presente, un resumen cronológico del pasado de Baker es un componente tan primordial de nuestro objetivo como la historia de John. Pero es asimismo imposible referir cualquier faceta de lo sucedido sin perfilar el personaje más central e indispensable. Ello implica cuando menos un repaso somero de la vida de John desde el principio. Lo cual no es empresa fácil. La información de que se dispone relativa a su existencia, aparte de unos cuantos recortes de prensa, citaciones policiales y tres o cuatro falsos dictámenes psiquiátricos, es prácticamente nula. Si no fuera por las «memorias del balcón» de Wilbur Altemeyer, no tendríamos casi nada con que proseguir. Nadie conoce la peripecia vital completa de John. Es un hecho. Pero si hay alguien facultado para poner las cosas en claro, tendrían que ser aquellos de nosotros que trabajaron estrechamente con él a lo largo de la crisis, por muy pocos que seamos.

El impacto de John en nuestras vidas fue inapreciable. Los cinco meses que pasamos a su lado fueron cruciales en dos aspectos: para

John representaron el fruto de toda una vida, la culminación y la plasmación de todas sus energías previamente frustradas; una recompensa bien merecida y largo tiempo esperada. A nosotros nos brindaron una asimismo muy merecida y rápida patada en el culo; el fin de un sopor catatónico, de la complacencia dócil: una llamada que nos despertó y un punto de embarque.

Pero sus disparejos compatriotas no escribimos esta crónica movidos por una afinidad sentimental con él; tal como están las cosas no se puede decir que hayamos estado especialmente próximos a John. Ni siquiera cuando las cosas se pusieron en marcha, John nunca se confesó abiertamente con ninguno de nosotros, exceptuando a Wilbur Altemeyer y, acaso, Dale Murphy. Se debe más al profundo respeto por el cambio que operó en una comunidad por lo demás fosilizada y, lo que es más importante, al ejemplo que dio a todos los que tienen los ojos y los *cojones*[2] lo suficientemente grandes para verlo, el que nos veamos ahora luchando contra la avalancha inminente de la revisión local. Es con objeto de preservar una crónica pura y simple de la extraordinaria serie de sucesos que, hace un decenio, estremecieron Baker hasta en sus cimientos, que aplicamos la pluma al papel antes de que sea demasiado tarde. Naturalmente, nuestro testimonio puede ser cualquier cosa menos imparcial. Eso es indiscutible. Pero al mismo tiempo no nos pillarán batiendo la enrevesada caca de la vaca que fabrican en el Whistlin' Dick. En este sentido somos *de fiar*.

Y en definitiva, bien mirado todo, ni siquiera hace falta embellecer un resumen dramático de la vida de John para poner en evidencia la más indignante desmesura de los opios locales.

I
ISABELLE, HORTENSE Y BUCÉFALO

Baker está situada en el Pullman Valley, una hondonada de veinte kilómetros que excavaron en la región del maíz de nuestros días los glaciares de una precedente edad de hielo. El flanco occidental del valle se alza cuatrocientos veinticinco metros sobre el nivel del mar, y los picos de piedra caliza que coronan el extremo norte superan a todos los demás en veinte metros adicionales. Entre estas escarpaduras de seiscientos metros y los yermos sin árboles al noreste se extiende un dédalo de prominencias y hoyos, tupidamente cubiertos de abrojos, de sasafrás, cornejo y piritas de hierro. Casi todo el suelo está asaz consumido, aunque en un tiempo fue de los más fértiles del estado. Los veranos son calurosos y largos, y los inviernos, si bien breves, son en ocasiones brutales. Emplazada en el rincón noreste del lindero urbano, casi perfectamente centrada en el valle, y justo donde el río Patokah desvía su curso a lo largo de la pared oriental y se adentra en la población, se encuentra Gwendolyn Hill, sede de la compañía del carbón Ebony Steed, y posiblemente la clave más importante que existe del confuso pasado de Baker.

En algún momento de la movilización industrial posbélica que barrió los maizales y levantó ciudades como Baker, rebosantes de fábricas manufactureras, un empresario de Boston, llamado Glendan Castor, se afincó en una vieja mansión de antes de la guerra en la zona norte de la ciudad. Castor había comprado cinco kilómetros cuadrados de tierra en el Pullman Valley con la intención de fundar una explotación de minas. Era una inversión fundamentalmente sólida, puesto que la tierra era barata y la mano de obra prescindible parecía inagotable: mucho dinero de Nueva Inglaterra fue a parar a

los maizales. Sin embargo, lo que no previó fue la larga cadena de complicaciones fruto de haber elegido aquel lugar de operaciones. De haber sabido lo que había debajo de la superficie de Gwendolyn Hill, muy bien hubiera podido hacer las maletas y volverse directamente a Boston.

Así las cosas, la creación de la empresa tropezó con contratiempos desastrosos desde el principio. Sin que los interesados lo supieran por entonces, Gwendolyn Hill había sido la sede original de un antiguo asentamiento comercial europeo, del que habían desaparecido casi todos los registros. Además, una tribu de indios shawnee habían habitado anteriormente en el Pullman Valley. En efecto, ello significaba que sepultados en la ladera había montones de rifles de Kentucky, indios muertos, destilerías de whisky oxidadas, casas de tierra, muelas de afilar y utensilios de cocina rotos, todo lo cual fue considerado de «interés arqueológico» en términos jurídicos contemporáneos. Como dictaba la normativa gubernamental, el descubrimiento de este tipo de hallazgos debía notificarse de inmediato al departamento respectivo de la capital, y todas las explotaciones quedaban temporalmente confiscadas. Acto seguido se enviaba a un destacamento de arqueólogos para que peinara el yacimiento con cepillos de dientes finos. Lo cual era estupendo para todo el mundo menos para los camioneros del carbón parados. El personal original de Castor había heredado sin saberlo una pocilga abandonada por sus antepasados.

Si se desenterraba un cementerio blanco, se llamaba a la iglesia para exhumar las tumbas. El proceso duraba dos semanas. Si se exhumaba un cementerio indio, entraba en acción la oficina arqueológica. Los trabajos duraban dos meses. Durante ese tiempo, el millón de dólares en gigantescos camiones de la empresa, cada uno del tamaño de la vivienda promedio norteamericana, se

quedaron inmóviles, aparcados en fila como dinosaurios enfermos ante un abrevadero. Sus conductores llenaban las tabernas, compadeciéndose abiertamente y poniéndose morados de alcohol. No tardaron en convertirse en una activa amenaza pública. Toda la comunidad reprobaba su conducta. Ellos también eran desgraciados y se aburrían. En consecuencia estallaron reyertas descomunales. En más de una ocasión, todo el grupo de camioneros pernoctó en la cárcel del condado. Y no bien se habían reanudado por fin las operaciones, se desmoronaba la sección de un viejo muro de piedra y la gente se quedaba en la indigencia durante otro par de semanas. Volvían a las tabernas, volvían a suscitar la hostilidad pública. El problema pasó a ser serio. Las explotaciones de Castor empezaron a tambalearse. El futuro de la empresa corría peligro. Algunos de los operarios se despedían y, contrariamente a la planificación trazada, ya no era tan fácil reemplazarlos.

Pero la precariedad de la situación nunca fue tan evidente como la tarde en que una explosión de rutina destapó el esqueleto calcificado, totalmente intacto y perfectamente conservado, de un lanudo mamut adulto. En el momento en que la «pieza 1a», como la llamarían más adelante, surgió en la punta meridional de la cantera principal, los camioneros se apearon de sus vehículos y corrieron por la cornisa gritando con la cabeza entre las manos. Juraban que ya estaba, aquello era el fin de todo; esta vez cerrarían la obra durante toda la estación. Alineados en una fila desigual en lo alto del terraplén, miraban la caja torácica semisepultada que sobresalía de la grava. Por delante de sus ojos desfilaban imágenes de paro definitivo y de deshonra pública. Aquello probablemente hubiera echado el telón allí mismo sobre las actividades de la empresa de no haberse adelantado calmosamente un hombre que les dijo que no se quitaran los sombreros. Por entonces, el jefe del departamento de

recursos humanos de Ebony Steed era un robusto y carismático licenciado de la Universidad de Saint Louis que se llamaba Ford Kaltenbrunner. Con su proverbial estilo equilibrado, Ford bajó a la cantera, cubrió con una lona negra el último hallazgo y ordenó que todo el mundo se tomara un descanso. Todos los ojos le siguieron cuando ascendió el terraplén y se encaminó hacia la oficina-vivienda de Castor.

El fruto de la entrevista resultante fue el siguiente: los administradores de la empresa, asesorados por Kaltenbrunner, llegaron a la conclusión unánime de que ya era hora de que Ebony Steed tomase las riendas de ciertos asuntos básicos. En interés de su propia supervivencia y a riesgo de agobiantes embrollos jurídicos, se decretó, por consiguiente, que a partir de aquel mismo día todos los hallazgos arqueológicos de importancia se gestionarían de forma clandestina. El propio Kaltenbrunner fue designado supervisor del escamoteo. Empezando por el último descubrimiento, había que tomar nota de todos los artefactos y, una vez desempolvados, entregárselos a él personalmente. A continuación él empacaría el material con toda la información pertinente intacta, y lo almacenaría en un lugar secreto y a buen recaudo que no sería accesible a nadie, ni siquiera al mismo Castor. Cuanto menos se supiera de su paradero, tanto más seguro el encubrimiento, razonaron.

La nueva política surtió efecto inmediato. En consecuencia, la empresa no fue cerrada una sola vez durante los siguientes once años.

Kaltenbrunner fue ascendido y recompensado a tenor de sus esfuerzos. Escaló los grados de Ebony Steed y pronto llegó a ser el segundo de a bordo después de Castor, aunque a juicio de los

operarios de la maquinaria era claramente el hombre más capacitado de la empresa, sin excepción. Gozaba de un amplio respeto y aprecio y se le consideraba un hombre justo, un conversador brillante y uno de los mejores compadres de copas de por estos pagos. Muchos le envidiaban su influencia sobre sus subordinados. Le consultaban asiduamente sobre asuntos profesionales y privados. No se sabía de nadie auténticamente necesitado de su ayuda a quien hubiese dejado en la estacada.

A los treinta y cuatro años se había casado con una costurera local de ascendencia galesa. Ford y su esposa pagaron la entrada de una finca situada un kilómetro y medio al norte de Gwendolyn Hill, al otro lado del río. Ford instaló un estudio en el altillo de la granja y pronto forró las estanterías con largas hileras de material de investigación relacionado con sus pesquisas arqueológicas. Su biblioteca creció al mismo tiempo que su interés personal por el tema. Las muy confidenciales piezas procedentes de la mina fueron almacenadas en un escondrijo cuyo emplazamiento ignoraba incluso la señora Kaltenbrunner. Todo lo demás permaneció en el altillo. Una colección creciente de tratados ocupaba los anaqueles inferiores de la librería empotrada en una pared que dominaba el escritorio principal; información relativa no solo al legado y a la ascendencia de los habitantes originales de Gwendolyn Hill, sino también análisis complementarios sobre el asentamiento y la fundación de todo Baker: un estudio cronológico sobre las migraciones europeas al Medio Oeste, el desarrollo de la industria en la región del maíz, la génesis de la navegación fluvial en el Patokah, la instalación de los ferrocarriles, la producción agrícola pre y posbélica, los sorprendentes efectos de la prohibición sobre una comunidad de borrachos, las campañas electorales en el ámbito rural, el descascarillado del maíz, los círculos de costura de edredones, el

evangelismo, los concursos de aserrar madera y hasta gráficos de familia de muchísimos de los residentes más antiguos de la ciudad. Seguirá siendo objeto de conjetura la finalidad exacta de sus trabajos al respecto, pero el hecho subsiste. Ford Kaltenbrunner probablemente poseía un conocimiento más profundo sobre el populacho local que nadie.

A la edad de treinta y ocho años, cuando él y su mujer concibieron a su primer hijo, Ford se hallaba en el apogeo de sus facultades. Glendan Castor se había convertido en un descolorido y amargado espectro en Ebony Steed, poco más que un recordatorio periférico de que, técnicamente, había todavía alguien en la escala por encima de Kaltenbrunner. A sabiendas de esto, no es extraño que el fallecimiento prematuro de Ford, que oficialmente se atribuyó a una explosión causada por la acumulación de gas metano en una de las cavernas subterráneas, suscitara imputaciones inmediatas de juego sucio en toda la comunidad.

A las dos y media de la tarde del jueves 20 de septiembre de 19..., todos los operarios de la mina número seis oyeron y percibieron una explosión súbita donde no debería haberse producido ninguna. Todos ellos abandonaron en el acto sus pertrechos y empezaron a precipitarse por el terraplén hasta donde el derrumbamiento de un vasto depósito de piedra caliza cegaba una entrada subterránea. Pasaron el resto de la jornada escombrando el derribo con la mayor rapidez que pudieron, pero para cuando llegaron al cuerpo era demasiado tarde. Ford Kaltenbrunner llevaba horas muerto.

Se decía que la señora Kaltenbrunner nunca se sobrepuso a la pérdida. Estaba embarazada de seis meses cuando se celebró el sepelio, al cual asistió con su atuendo negro, una mezcla de vestido de duelo y maternidad, y una mirada a mil metros de distancia del

velo que la cubría. Estaba conmocionada, dijeron. Apenas alzó la vista durante el oficio. Después abandonó el cementerio sin dirigir la palabra a nadie. Pasó la velada sola. No compareció en el banquete conmemorativo organizado en la Legión Americana. Nadie se acercó a la granja para darle el pésame. Los camioneros acabaron en un cenador de la plaza después de medianoche, tumbando cuartos de bourbon de Kentucky y llorando como niños. La señora Kaltenbrunner quedó abandonada a su suerte.

Ulteriormente se convirtió en una reclusa consumada. Se la veía solo de vez en cuando, entrando en la tienda de ultramarinos con su expresión decaída y su abrigo beige. Muchos lugareños afirmaban que había perdido el juicio.

No volvió a casarse.

Tres meses más tarde, el 21 de diciembre de aquel mismo año, John Augustus Kaltenbrunner nació en el quinto piso del hospital general de Baker. Se adelantó una semana, pesó tres kilos trescientos setenta y seis gramos, tenía el pelo de un castaño claro y el grupo sanguíneo 0 positivo. Le dieron el alta al cabo de dos días. Él y su madre salieron del hospital y regresaron a la granja vacía en la extremidad septentrional del valle.

John fue un niño enfermizo, con tendencia a contraer infecciones respiratorias crónicas y enfermedades largas. Era de constitución menuda y algo desmañada. Siempre parecía estar dando traspiés, metiendo la nariz donde no le llamaban y fisgando cosas. La señora Kaltenbrunner era una madre tan atenta como era posible. Escuchaba viejos fonógrafos en la sala mientras John andaba a gatas por el suelo de la cocina, enredando con las tapaderas, sujetas con un candado, de recipientes de disolvente y acorralando a

ratones en las esquinas de la pared. Una vez comió un champiñón silvestre en el corral y tuvieron que hacerle un lavado de estómago en el hospital. En otra ocasión se cayó desde el porche y se fracturó el cráneo con el mango de una pala. Sangró profusamente sobre la tapicería de la furgoneta en que su madre le transportaba de nuevo al hospital. Él recordaría más tarde la mascarilla que descendía sobre su campo de visión, cuando los médicos se disponían a aplicarle puntos de sutura en la cabeza, como un ave carroñera que se lanza en picado. A partir de entonces detestó instintivamente la enfermería.

Aparte de estos dos viajes a la sala de urgencias, durante los primeros años de su vida tuvo muy poco contacto con el mundo más allá de la granja. Los únicos visitantes a quienes la señora Kaltenbrunner recibió o incluso permitió entrar en la casa fueron unos cuantos camioneros de la mina que evidentemente pensaban que visitando a la viuda y al bastardo estaban rindiendo una especie de homenaje al colega fallecido. Eran hombretones de cara algodonosa, cinturones de hebilla de puerco de Texas y un aliento rancio que apestaba a tabaco y a sardinas. Se quitaban los sombreros en la puerta y miraban a John a sus pies con un aire casi contrito de reverencia y desasosiego. Se informaban de la situación económica de la viuda y le aseguraron que si alguna vez tenía problemas con los pagos de su seguro de vida armarían en su nombre la de Dios es Cristo. Después de un poco más de charla en la sala, la mayoría cogía a John para llevarle de paseo en sus camionetas por carreteras secundarias. Durante esas excursiones le administraron a cucharadas numerosas anécdotas elogiosas referidas a su padre: su padre el matador de dragones, su padre el genio, su padre el benefactor, su padre el todopoderoso, su padre esto y su padre lo otro... Y aún más, le garantizaron que él, cuando creciese,

sería a su vez un hijoputa rudo, vehemente y tumbador de gigantes. Ya vería...

Después de estas visitas, en cuanto se habían ido y le dejaban plantado junto al buzón, con las manos en los bolsillos, John se quedaba más confuso que nunca respecto a la auténtica personalidad de su padre. Por lo general sentía que había escuchado confesiones prolijas, descabelladas y gratuitas que no tenían nada que ver con él. Nunca dijo gran cosa en respuesta a las afirmaciones de otros, e incluso al cabo de muchas visitas a lo largo de un periodo de varios años todavía le costaba trabajo distinguir a un camionero de otro. Por más que lo intentara tampoco conseguía recordar sus nombres. Al cabo de un cierto tiempo los camioneros empezaron a captar su confusión y a preguntarse qué le ocurriría. Advirtieron que era un bicho raro: su aspecto no valía mucho. Era pequeño para su edad. Nunca le veían jugar con otros niños. Parecía estar incurablemente preocupado en todo momento, obcecado en recolectar botellas de la carretera y en atender a aquella bandada de gallinas flacuchas. Casi parecía ligeramente *contrariado* cada vez que ellos se dejaban caer de visita, como si le estuvieran interrumpiendo tareas mucho más importantes. No lo comprendían. ¿Era posible que el individuo más autoritario que habían conocido hubiese engendrado una mala hierba? ¿Podía John realmente ser tan lerdo, con la sangre de su padre que corría por sus venas? A la larga decidieron que sí, que podía. Era un pez de cueva. Era una verdadera pena, pero algo innegable.

Con el tiempo, los camioneros dejaron de visitarlos. En todas sus visitas, no habían vislumbrado en John ningún rasgo valioso del carácter de su padre. Y su madre tampoco había sido de gran ayuda. La única vez en que la señora Kaltenbrunner daba muestras de reconocer la existencia de Ford era durante sus ocasionales

sesiones nocturnas repasando un álbum de recortes, que la dejaban desplomada sobre una resma de fotografías amarillentas y llorando su leche de magnesia. Por lo demás, mostraba una indiferencia fría como la piedra y era, a efectos de fachada, una sentimental. Ello representaba un misterio para John.

Una larga sombra patriarcal había sido proyectada sobre él desde su nacimiento y, envuelto en su penumbra, no podía por menos de sentir que de algún modo ya había sido considerado inepto, que al no seguir inmediatamente los pasos de su padre, al no existir simplemente como un papel de copia instantáneo de Ford Kaltenbrunner, de entrada, estaba decepcionando a todo el mundo. Estaba completamente desorientado. Le resultaba difícil creer que esperasen de él realmente que se pusiera en la piel de alguien a quien no había conocido y no había visto, con quien nunca había hablado, y que había dejado tan solo un puñado de fotografías, una viuda traumatizada, unos cuantos libros polvorientos y una estela incoherente de mala mitología. Pedirle que tomara partido en aquel aluvión de datos contradictorios y que, como remate, asumiera el papel de heredero del trono, era un honor que no había pedido y del que prefería inhibirse. A fin de cuentas, y por lo que él sabía, su padre bien podía haber sido un perfecto idiota. Hasta entonces no tenía indicios de lo contrario. En sus primeros siete años de vida no había visto nada que mereciera emularse. A él le parecía bien que su padre hubiese optado en su día por representar al señor de la colina, siempre y cuando no le instaran a imitar su ejemplo. No tenía ninguna intención de hacerse minero. Incluso de niño, había determinados proyectos con los que habría contado instintivamente. Tales como: sabía que nunca sería un licenciado universitario, un atleta, un personaje popular, un matador de gigantes, el prototipo juvenil americano, etc. La sola idea de estas posibilidades le revolvía

el estómago. Eran mundos remotos, y era mejor que lo fuesen. Proyectaba que lo siguieran siendo.

Por estas razones, y posiblemente otras, Ford Kaltenbrunner encarnó para él una imagen abstracta y anodina durante los primeros doce años de su vida. Las fotos que reproducían su figura vigorosa y sana de minero alemán, con un temperamento vivo y una mirada devoradora, criaban polvo y telarañas en la mesita lacada de negro de la entrada. Nadie cuidaba de su biblioteca. Su nombre se tornó un indefinido recuerdo doméstico, un componente familiar eclipsado. Para John, su padre era el antiguo inquilino para quien llegaba, de cuando en cuando, correo publicitario, el viejo que antaño vivió en el altillo y que había dejado el Winchester y una choza llena de herramientas que tan útiles resultaban en la granja. Las fotografías de marco ornamental en las que aparecía como el centro de una juerga alegre y sudorosa en una taberna local eran de esas cosas que acababan en una esquina recóndita del desván de una viuda fallecida, y luego en anónimos cubos de níquel en mercados de granjeros y mercadillos de beneficencia, y por último a doce metros de profundidad en un vertedero. Eran cosas que abundaban en el mundo. El mundo proseguía sin ellas. John las cruzaba todos los días sin mirarlas. No eran algo real. Su padre era un pila de libros enmohecidos en el altillo. Estaba demasiado atareado construyendo un imperio en el corral para prestarles la menor atención.

Al tratar de evaluar concisamente el carácter de John, Wilbur Altemeyer ha recurrido a menudo a la siguiente descripción prosaica:

John Kaltenbrunner era sólidamente el mejor en las cosas que hacía bien, pero en las demás era un cretino negligente, torpe y distraído. Es decir, en el momento en que descubrió su vocación nada hubiera podido detenerle, pero hasta entonces era siempre el eterno «luces encendidas pero nadie en casa». Le movía solo lo que le paralizaba hasta un grado de obsesión. Lo demás —todas las necesidades y exigencias cotidianas— lo hacía como distracciones periféricas. Desde su empresa infantil de organizar una granja hasta su brillante dirección de la crisis, quince años más tarde, su único logro magno en la vida fue probablemente mantenerse vivo a lo largo de los años.

Por ejemplo, la granja, cuyo deterioro la había transformado en un naufragio casi inhabitable durante el prolongado periodo de duelo de la señora Kaltenbrunner, había sido sistemáticamente restaurada hasta convertirse en una finca fértil y cuidada en el curso de unos breves años, mientras John, el solitario supervisor de su reconstrucción, apenas era capaz de mantener atados los cordones de sus zapatos. Desde la época en que aprendió a andar, había estado casi perversamente obsesionado por remodelar la finca hasta la piedra angular de sus cimientos. En comparación, las horas que debía pasar en otro sitio —en clase, en el supermercado, hasta en la mesa— eran pequeñas eternidades de impaciencia. Todas las demás prioridades quedaban relegadas a un segundo plano en su guerra santa de renovación. En las horas de clase miraba por la ventana, repasando pensativamente los progresos de sus últimos trabajos. En

los recreos se sentaba solo en el lindero del patio mientras sus camaradas corrían en círculos de jauría salvaje. De noche, mucho después de que toda la comunidad se hubiese acostado, él permanecía despierto, removiéndose en su colchón de casa de huéspedes mientras por la ventana abierta se oía el coro de langostas en el huerto y el rugido de los trenes de carga que bajaban la cuesta y atravesaban el río. En las horas involuntariamente ociosas, parecía una tetera tapada sobre la lumbre de la chimenea, esperando, esperando... hasta que por fin sonaba la campana, el gallo cantaba, arriaban la bandera, lo que fuese, y él podía finalmente lanzarse a su tarea con toda la furia acumulada de un toro en el chiquero. Corría de un lado a otro de la era, blandiendo baldes de estaño y cubos de pienso, bieldos y sopletes, cortando leña y reparando la veleta, alimentando a los puercos, remendando el cobertizo de herramientas, arreglando goteras en el tejado. Casi todo necesitaba un repaso. La vieja granja estaba en ruinas.

Comenzó por establecer una base de operaciones en el granero. Purgó los rincones de ratas y comadrejas, limpió las estanterías e instaló una mesa de trabajo para las reparaciones. Juntó todas las herramientas dispersas por los recovecos del desván y las repisas del sótano. Recolectó e inventarió viejos baldes de estaño, disolventes de limpieza que tenían veinte años, botes de pintura, azadas y una miscelánea de utensilios agrícolas que habían dejado los antiguos ocupantes.

Luego emprendió la labor con la maquinaria pesada. Sacó un tractor inservible, lo desmontó, puso en hileras sus componentes aislados en la era, limpió, pulió y repuso cada pieza, restauró a martillazos la forma de la chapa, pintó los bordes, cambió la rejilla del radiador y llamó a un mecánico para que pusiera el motor en

marcha. Después envolvió el volante en una brida de cuero cosida en punto de cruz, pintó de amarillo la carcasa, llenó el depósito de gasolina súper de noventa y dos octanos y llamó al tractor Bucéfalo.

A continuación arrancó la ambrosía, las ramnáceas, los hinojos y las cizañas que habían asfixiado el huerto durante años, armó las trilladoras antiguas y los arados de acero abandonados en el silo, los enganchó a Bucéfalo y pronto tuvo plantada una parcela de calabacines y tomates, en medio de la cual apostó un espantapájaros torcido que adornó con sacos de pienso y tubos de caucho. Limpió un trecho contaminado de la ribera, donde había festones de liquen y pañales desechables colgados entre las ramas del sauce arqueado y donde, más abajo, entre el barro y el aceite de motores, emergieron de la corriente, como postes podridos, un pozo séptico abandonado y dos carritos del supermercado de Baker. Expurgó a Isabelle, la oveja solitaria de la colina, de lombrices de estómago y trematodos de hígado, la desinfectó de sarna y le mantuvo el hocico untado de alquitrán de pino para ahuyentar a las larvas de la cabeza y a los gusanos del morro. Retiró largos bloques de panales de las cajas de madera de la colmena en el lindero del bosque y envasó la miel en viejos tarros de cristal que puso en el estante superior de la cocina. Y siempre había algo más, algo nuevo que exigía su atención: culebras en el sótano, musgo en las tuberías, lombrices en la huerta, garrapatas en la oreja izquierda de la perra. Se ocupaba de todo. Era completamente autodidacta en todo lo que hacía y se financiaba en todas sus empresas cobrando por el envase de carretadas de botellas tiradas que recogía en las zanjas de la carretera 254.

En el curso de unos pocos años, había devuelto a la hacienda en ruinas su prístina gloria, remozándola al estilo de una vieja foto que colgaba del empapelado azul del dormitorio de su madre. La granja

de John volvió a ser hasta en el último detalle la que había sido: con colina ondulada detrás del corral vallado para Isabelle, el angosto camino de grava que desde la nacional salía serpeando de los bosques y pasaba por delante del garaje de dos autos, entre el huerto a la izquierda y el cobertizo de herramientas, con sus paneles de cedro, a la derecha, los arriates de flores, la parcela de tomates, los tallos de maíz y las berenjenas, rebasaba el buzón y los adornos de la era, discurría por debajo del roble gigantesco y la línea de pinos, la cerca junto al trastero, la vivienda recién pintada, con su hamaca en el porche y su despliegue de cestos de mimbre, y luego bajaba el repecho hacia el noroeste, rumbo a las granjas vecinas.

Pero distaba mucho de estar satisfecho. Tenía otros muchos proyectos. Se había pasado muchísimas tardes deambulando por el borde de granjas de la vecindad, admirando las gallinas rojas de Rhode Island, las pintas de Plymouth y las ponedoras blancas, y luego tiraba de la manga del abrigo de su madre para disponer de un corral para él solo.

Su madre le dijo que no fuese ridículo. Era imposible que supiera algo sobre la cría de gallinas, le dijo. Era un soñador, muy probablemente un idiota.

A partir de ese momento, orientó todas sus energías hacia el objetivo de demostrarle que estaba equivocada.

Resolvió ejercitarse albergando y adiestrando primero a una pequeña bandada de palomas mensajeras. Sabía de buena fuente que fijarse objetivos introductorios, a pequeña escala, era una acción preliminar indispensable para todo ganadero en ciernes, sobre todo para los que operaban por su cuenta y riesgo. Lo peor que podía ocurrir con una bandada de tórtolas o de codornices

domésticas, por ejemplo, palidecía al lado de los reveses potenciales de una fallida industria de aves de corral. Las pérdidas de beneficios en la peor situación imaginable no alcanzaban siquiera una cifra aproximada. Ante la alternativa, optó por las palomas mensajeras.

Comenzó por construir una jaula de alambre con los restos de un arado viejo que yacía pudriéndose detrás del corral. Lo que empezó siendo un desvencijado y asimétrico apoyo apuntalado a lo largo de la valla del huerto fue transformándose en lo que la señora Kaltenbrunner apodó, agoreramente, «el gallinero». El gallinero, que en realidad se asemejaba más que nada a un refugio puesto a prueba contra ataques aéreos, constaba inicialmente de siete tablones, dos platos de porcelana para el pienso y una pileta mal aparejada. Aunque estaba previsto someterlo a considerables mejoras en los años venideros, la estructura original sirvió para su propósito fundamental. La primera hornada de palomas que John compró, acreditadas, en una granja de aves de Pottville se adaptó perfectamente al interior espacioso y fue abastecida de todo lo necesario.

En cuanto a la bandada: John advirtió a menudo que la inteligencia combinada de sus dieciséis «peces aerotransportados» no habría sabido encontrar la salida en una bolsa de papel. Cero elevado a la potencia de infinito sigue siendo cero. Los «peces» eran de lejos los animales más tontos del catálogo. Eran también los más indefectiblemente obedientes.

Situarlos era la tarea más difícil. Lo demás era fácil. Al cabo de una semana de su llegada John había establecido una pauta de itinerario diario. Todas las tardes llevaba a las palomas a adiestrarse en el campo. Se emplazaba en el extremo de un claro, con el Winchester de su padre en una mano para espantar a los ocho buitres justo encima de la línea de árboles. Las palomas volaban

erráticas de una punta del campo a la otra, enfilaban en formación de abejas hacia un puesto vacío de caza de venados, hacían una pausa de descanso y volvían todas juntas. Regresaba a casa al atardecer, con cuatro o cinco de ellas encaramadas en sus hombros y las restantes renqueando muy cerca en pos de él sobre la tierra y las piedras. Ya en el gallinero barría el suelo, llenaba los comederos y cerraba con llave para la noche. Las palomas languidecían sobre sus tablones restregados mientras él se dedicaba a erigir, en el borde más alejado de la era, lo que habría de ser su percha al aire libre: el «altísimo falo», un poste de unos tres metros y medio clavado a la derecha del sendero. La tarde misma en que lo vio la señora Kaltenbrunner le ordenó derribarlo al instante. Era *idolatría pagana*, dijo: no iba a tolerar una flagrante burla del crucifijo en su propiedad. John le respondió que no fuera absurda; era un palo sacado de los astilleros, por Cristo bendito, ¿qué le ocurría? Pero su madre no quiso escucharle. Porfió en su exigencia. John, exasperado, modificó las tablas hasta que ella dejó de clamar sacrilegio. Él se encaminó en busca de las palomas. Las sacó del gallinero y las llevó al falo. Se acomodaron en una fila ininterrumpida, ocho a cada lado del poste remachado de cobre.

La bandada estaba en su puesto.

Siguió adelante, una vez concluida la fase número uno. Dedicó las tardes durante diez días seguidos a visitar las granjas de los aledaños, inspeccionando gallineros y establos y consultando a administradores agrícolas de todo el valle. Enseguida había trazado planes para un gallinero de tamaño mediano y estaba inventariando la madera que había en el establo. Hizo un rápido recuento de materiales. Precisó el dinero del depósito de diecisiete cargamentos de botellas para comprar las bisagras necesarias, los ganchos de puerta, la tela metálica de corral, los tablones de percha y los

bloques de cemento que ya no quedaban en su alijo de desechos. Al cabo de cuatro meses había levantado el gallinero sobre una extensión lisa de hierba en el extremo norte de la era, justo fuera de la vista desde el porche. La instalación completa se componía de un suelo de cemento reforzado de seis por seis metros, un tejado inclinado de chapa, cuatro comederos, un bebedero, un revestimiento de contrachapado, vigas de sesenta por un ciento ochenta centímetros, tres ponederos compartimentados de cuatro por cuatro metros y uno colectivo elevado, y cinco bombillas de cuarenta vatios. A continuación cercó un amplio espacio con un rollo de alambrera de hierro maleable. Dos semanas después llegaron seis sacos de pienso y una bolsa de virutas. Solo faltaba una cubeta de pesticidas, compuestos vermífugos recomendados y, finalmente, las propias gallinas. Había tardado seis meses de principio a fin, un reintegro del depósito de botellas cada vez, pero para el verano en que cumplió ocho años había alojado en su nuevo hogar a un número manejable de ponederas de dos años.

Continuó el intensivo curso empírico sobre cría de gallinas. Su primer contingente comprendía treinta y cuatro gallinas y seis gallos. Si todo iba de acuerdo con lo previsto, podía esperar aproximadamente cuatro mil quinientos huevos a lo largo del año siguiente. Eso exigiría una regulación dietética estricta, una práctica sanitaria integral, un control de parásitos y plagas y todas las demás precauciones para impedir una mortalidad excesiva. Habría que despicar a las gallinas más revoltosas con el fin de prevenir el canibalismo. Habría que vacunar, o eliminar, si procediera, a las aves que contrajeran bronquitis infecciosa, viruela avícola o de Newcastle. Habría que remover el estiércol regularmente a fin de reducir el riesgo de enfermedad y frenar la reproducción de moscas. Las

virutas para los nidos se repondrían cada semana. Los huevos deberían recogerse dos veces al día. Se procedería a la matanza en el caso de muda de las plumas. Si nada se torcía, pronto dispondría de huevos y carne para él y su madre, y podría vender todas las semanas seis docenas más, como mínimo, al consumidor doméstico. No reportaría grandes ganancias, de entrada, pero al menos se amortizaría la inversión y se prepararía el camino para la próxima bandada.

John se levantaba todas las mañanas a sudar la gota gorda en el corral. La niebla se disipaba en la colina con las primeras luces y le sorprendía ejecutando con toda diligencia su lista de obligaciones. Llenaba los pesebres del gallinero mientras los animales se pisoteaban en busca de la comida. Desatascaba el bebedero, limpiaba los nidos y trasladaba los huevos a la nevera de la despensa. Luego llevaba el alimento y el agua a las palomas. Acto seguido subía la cuesta para alimentar a Isabelle. Después volvía a casa a guisar para su madre. La señora Kaltenbrunner salía todos los días hacia la fábrica de lino a las seis y media de la mañana. Eso le dejaba exactamente una hora antes de la escuela para trabajar en la empolladura suspendida y la incubadora de aire del corral, la fase siguiente de su plan.

Al cabo de dos meses la primera nidada de polluelos había roto el cascarón y se estaba cebando a la luz suave de una bombilla. Para cuando los integró en el gallinero principal, ya había empezado a mudar las plumas la primera gallina de las antiguas. Era tiempo de matanza. Seleccionó a las desplumadas, con los cuartos traseros picados de viruelas, y las arrastró al tajo. Les cortó la cabeza con una hachuela. Se la cortaba siempre justo por debajo de las cuerdas vocales, de tal modo que la cabeza se quedaba graznando en la

hierba mientras el cuerpo corría por la era. Cuando se paraba, lo colgaba para sangrarlo. Luego lo escaldaba para quitarle las plumas. Seguía la evisceración; de la cavidad extirpaba el corazón, el hígado, la molleja, la vesícula y la materia fecal. La carcasa y los menudillos se enfriaban en agua helada durante tres horas. Después, empaquetados en bolsas, se guardaban en el frigorífico. La primera bandada ya estaba en la mesa.

El número de gallinas se duplicó en los dos meses siguientes. En el congelador había más aves de las que él y su madre hubieran podido comer. Empezaron a llegar los camiones de entrega de la fábrica de piensos. Por correo llegaban catálogos avícolas; evidentemente alguien había puesto su nombre en una lista. Inició correspondencia con un distribuidor local. Un representante de los consumidores le mandó por correo un libro de rarezas sobre aves de corral, cuya historia y folclore pronto tuvo bien asimilados en su cerebro. Encargó una pareja de pintadas para ahuyentar a halcones, culebras y ratas. Hasta compró dos gallos polacos, con cordones de gamuza, por razones de estética. La granja evolucionó rápidamente hacia un próspero depósito de aves variadas.

John exultaba de alegría. En cuanto cumplía un objetivo pasaba al siguiente, previendo el día en que su finca sería codiciada en todo el mundo como la colección más exhaustiva existente de aves de corral, y en que él fuese el coordinador autodidacta *in situ*. Siguió adelante con un ímpetu horroroso.

Su madre estaba atónita. Durante el primer año no supo qué pensar. A la edad de nueve años a su hijo le trataba de usted el presidente del criadero del Pullman Valley. Sus iniciativas habían cobrado un auge incendiario y no daban indicios de amainar. Era cierto, sus

ingresos *habían* sobrepasado hacía mucho los gastos iniciales, y *estaba* aportando sustento a la mesa; era innegable, pero aun así verle trajinar de aquel modo mientras los niños de su edad vivían sin la menor preocupación en el mundo no parecía ciertamente algo muy natural, como mínimo. Era absolutamente alarmante. Lamentaba haberle pinchado y se formuló el propósito de no volver a hacerlo. Pero la pregunta subsistía: ¿qué iba a hacer ella entretanto?

Luego, una noche, John soltó la siguiente bomba. Estaba sentado con su madre a la mesa donde habían cenado alas fritas y calabacines. John sacó pausadamente una libreta de su bolsa y la depositó encima de la mesa. Luego comunicó la noticia.

Quería ovejas.

Poco faltó para que la señora Kaltenbrunner se cayera al suelo. Se levantó y dio una patada contra la pared. Arrojó el pimentero por el aire de la cocina. Empezó a gritar: *¿Ovejas...? ¡Ovejas, ovejas, ovejas!* ¿Se había vuelto *completamente* loco? ¿Había perdido el poco juicio que le quedaba? ¿Qué le pasaba? No estaba bien, ¡*él* no estaba bien! ¡Debía de estar enfermo! Los chicos normales no actuaban así. Sus profesores tenían razón. Todas aquellas llamadas telefónicas que había recibido eran ciertas. John estaba tocado. Era un *demente*. ¿Qué habría dicho su padre? Y, de todos modos, ¿se había olvidado de Isabelle? ¿Acaso la única oveja que ya tenían no le daba trabajo de sobra? ¿No había tenido ella que acudir personalmente en su rescate el día que Isabelle le arrinconó a topetazos en la esquina de su choza y le hizo picadillo a pisotones? ¿No había tenido que extraerle el bieldo de la espalda y llevarle

cuesta abajo todo ensangrentado? ¿Se estaba olvidando adrede de aquel pequeño episodio?

John le recordó rápidamente que Isabelle era una profunda excepción a la regla. Señaló que los dos sabían perfectamente lo que el viejo, que venía a esquilarla una vez al año, siempre había mantenido: que en todos los años que llevaba en la comarca del valle, y literalmente en miles de ranchos y fincas de todo el estado, Isabelle seguía siendo, sin discusión, el animal más viejo, gordo y atrabiliario que había conocido en su vida. Era más un demonio que un cuadrúpedo. Se contaba incluso que, ella sola, había obligado a replegarse al bosque a tres coyotes que merodeaban por allí. La región del maíz entera no habría podido hospedar a un rebaño de Isabelles; hubieran arrasado el campo en una quincena. Ni pagándoles se hubiera podido convencer a la mayoría de los peones de oficio de que se acercaran a aquel bicho sin un completo armamento de tranquilizantes y pistolas paralizadoras en la mano, y así y todo habría habido que largar una bonita pasta en seguros contra el riesgo, publicidad y mano de obra. Uno de los vecinos llevaba años sugiriendo que le pegase un tiro al maldito bicho para resolver el problema. Claro está que el vecino no se había ofrecido voluntario para hacerlo él mismo. Una mirada intensa a Isabelle bastaba para disuadir a cualquier verdugo. Pertenecía a una clase ella sola. No era en absoluto un representante de la oveja común; era inútil compararla con las Suffolk en las que John había puesto los ojos. Además, dijo, él e Isabelle habían llegado a un pequeño «acuerdo» hacía unos años.

Se abstenía muy mucho de explayarse a este último respecto. Sabía que su madre no se hubiese tomado por las buenas el hecho de que después del susodicho incidente él había cogido el mango de

un hacha del establo y había sacudido a conciencia las lanas de Isabelle. Desde entonces ella guardaba las distancias.

Prosiguió su exposición recitando una serie de cifras bien estudiadas que probaban que su propuesta era económicamente factible y, a la larga, lucrativa. Estaba magníficamente planeada. Explicó que ya había despejado los establos vacíos en las dependencias inferiores del granero. Había reparado los pesebres y los había llenado de heno. Él mismo apoquinaría para las vacunas y los alimentos del comienzo. De su madre solo necesitaba un préstamo inicial para comprar el primer rebaño de corderos.

La señora Kaltenbrunner le miró de hito en hito. Le llevó unos momentos asimilar la situación y varios más vencer su incredulidad. ¿Había tenido aquel pequeño rufián insolente la increíble audacia no solo de dar por sentado que ella aprobaría sus afanes lunáticos, sino de pedirle, para colmo, que se los financiase? No parecía posible. Se quedó sin habla.

John comprendió que ella necesitaría algún tiempo. Depositó la lista encima del escritorio, le dijo que se lo pensase y la dejó a la mesa con las manos en la cabeza. Fue al gallinero a despiojar a los gallos.

Esa noche Elias Kauerbach, jefe del departamento de entregas de la fábrica de piensos, recibió una llamada telefónica de una histérica señora Kaltenbrunner. Como afirmó más tarde, ella estaba en un delirio terrible de incoherencias sobre el estado de su hijo, e imploró a la fábrica que le ayudase de cualquier manera. Él intentó calmarla interrumpiéndola en la mitad y diciendo que de acuerdo, sí, era cierto, en primer lugar, que su hijo *era* un bicho rarísimo. Era, francamente, la cosa más rara que ellos habían visto. Un prodigio fenomenológico, en su sentido más estricto. Pero eso no era

necesariamente algo malo. Aunque Kauerbach comprendía su preocupación de madre —Dios sabe que John era ciertamente inquietante—, lo que también tenía que reconocer era que en cierto modo él parecía saber exactamente lo que se traía entre manos. Vaya usted a saber de dónde había sacado sus conocimientos, pero los tenía, y concienzudos. Al ritmo al que iba, calculó Kauerbach, la granja Kaltenbrunner estaría a la altura de las normas agrícolas nacionales antes de que John alcanzara su primer año de instituto. No había explicación del hecho, pero era verídico. De suerte que, sabiéndolo, la señora Kaltenbrunner solo tenía dos opciones: o *apoyar* o *desalentar* el comportamiento de su hijo. Los dos sabían perfectamente que la segunda alternativa solo tendría éxito apartándole físicamente de la granja. Lo cual significaría enviarle a una escuela especial durante un tiempo, como ya habían sugerido miembros del profesorado de Baker. Y ello requería, a su vez, dinero, tiempo y posiblemente un mayor daño psicológico a sus ya trastornadas facultades mentales. Nada de eso, presumía Kauerbach, era asequible en aquel momento. Por otra parte, la señora Kaltenbrunner podría optar por racionalizar la situación confiando y rezando para que John no fuese algo más que un portento imprevisto, un caso muy insólito de profesional precoz —era evidente que había elegido su camino muy rápido— y, en consecuencia, respaldando sus iniciativas a sabiendas de que mientras John estuviese en libertad o en condiciones *iba* a encontrar un medio, con o sin el consentimiento de su madre, de obtener, entre otras cosas, su rebaño. Kauerbach sabía que no era de su incumbencia, pero, puesto que le consultaban, tenía que sugerir que si se tratara de su propio hijo (glup), seguiría adelante y le daría el préstamo, pero *no* sin sacar algo en limpio del trato.

Pacte con él, fue su sugerencia final. Y era lo único que podía decirle.

La señora Kaltenbrunner, al reflexionar, no podía por menos que estar de acuerdo, aunque con un desmayado entusiasmo. No parecía haber otra cosa que hacer, aparte de abordar la situación de tal manera que por lo menos en parte obtuviese algún provecho. Al final accedió a solicitar el préstamo, pero con una condición muy importante: que antes John tenía que prometer que hincaría los codos en la escuela. A juicio de su madre, su historial académico hasta entonces era una atrocidad. Su padre tenía uno de los mejores cerebros de Baker, dijo ella. Pero las notas de John eran escandalosas, totalmente indignas de un Kaltenbrunner. Eran un asco. Con notas así no llegaría a ninguna parte. Era casi como si lo hiciese adrede por despecho a quienes le rodeaban. Aquello tenía que acabar. No solo tenía que mejorar sus calificaciones, sino que las llamadas telefónicas del cuerpo docente interesado tenían que cesar de una vez por todas. Uno de esos días, dijo, John iba a darse cuenta de que aquellos eran supuestamente los mejores años de su vida.

Las memorias de Wilbur Altemeyer, de las que está sacada la mayor parte de la información de esta crónica, indican claramente la predisposición de John en años posteriores a comentar abiertamente y por extenso determinados aspectos de su infancia, mientras que guardaba un mutismo casi absoluto sobre otros. Sirva como ejemplo que a menudo evocaría con orgullo y júbilo hasta el menor detalle de aquella tarde de octubre en que la furgoneta del establo Rancho Greene llegó dando botes por la carretera con su rebaño largo tiempo esperado de corderos añales. Si se le alentaba adecuadamente, podría haber hablado horas de la irritación de Isabelle ante todo aquel espectáculo, el modo en que se había puesto alerta cuando el vehículo se detuvo, en que había piafado y bufado en el lindero del pasto cuando lo estacionaron para descargar, y en que luego había arremetido con toda su alma contra el primer cordero que asomó la cabeza. En otro contexto, solo sobre Isabelle se podría escribir un volumen entero; lo mismo puede decirse del resto de la vida de John en la granja, por irregular que fuera. Bien aplicadas y con talento comercial, las notas de Wilbur podrían incluso haber poseído todos los ingredientes para un film épico de Hollywood, tan vívidos y vastos eran los recuerdos que John conservaba de su infancia.

Pero en lo referente a otras facetas de sus primeros años, las que él consideraba vacuas y sin sentido, las desprovistas de cualquier mérito o capacidad redentora, era un libro cerrado. Sus experiencias en la escuela constituían el mejor ejemplo.

Abstracción hecha de algunos comentarios espontáneos y ocasionales en años ulteriores, la opinión general de John sobre sus

once años en Holborn (primaria y secundaria) se limitaba, casi exclusivamente, a una declaración drástica. En efecto, afirmaba que hubiera podido configurar, con gráfico detalle, el trazado del terreno que veía desde todas y cada una de las ventanas de su aula, pero que nunca, ni en un siglo interminable, habría podido empezar a explicar qué sucedía realmente a su alrededor en las clases.

Con ello concuerdan los informes de su bachillerato. Hasta el presente, nadie se ha presentado diciendo haber mantenido con John una relación personal o tan solo *verbal*. Es un hecho generalmente aceptado que no tenía amigos. Sus profesores admiten haber evitado en lo posible interrogarle en clase para eludir aquella mirada vacía de reptil que provocaba un efecto tan perturbador en todo el mundo. Se sabía que alguna vez había entrado en un aula, se había sentado y había permanecido mirando distraído la tapa de su pupitre durante diez minutos largos hasta caer en la cuenta de pronto de que se había equivocado de clase. Entonces, desconcertado, se había levantado y se había ido. Se había pasado el resto de la lección recorriendo confuso los pasillos. Ese era el Kaltenbrunner que recuerda la mayoría del alumnado de Holborn: aquel escuálido y desorientado elfo de la era que vagaba por los corredores con la cabeza en las nubes.

Tenemos nuestras propias teorías de por qué no encajaba, aun cuando son hipótesis que, como todas las demás, deben tomarse someramente, *cum grano salis*. Con igual facilidad —y de un modo inconcluyente— podría sostenerse que a John le tenía sin cuidado cualquier parcela de su historial académico que asegurara que, de haber sido sondeado convenientemente, muy probablemente le habrían diagnosticado un oscuro desorden de carácter autista. Es imposible determinar si era o no verdaderamente inepto. Hay una cosa cierta, sin embargo: no carecía de inteligencia en absoluto. Su

historial escolar, en cuanto crónica de negligencia intencional, no proporciona de ningún modo indicios de sus auténticas facultades mentales. Para refutar afirmaciones, posteriormente formuladas por el consejo docente, de que John era un lerdo sin luces, no hace falta más que considerar la fuente.

El «sistema educativo» de Baker —un oxímoron en sí mismo— es un remanente petrificado de la ley del Viejo Satán Engañoso, decretada por bryanitas post-Scopes, paranoicos de la guerra fría y, en palabras del propio John, «estudios de manual de desarrollo entorpecido». En ninguna parte del país se perpetúa más inconscientemente un sistema tan anticuado de ética del trabajo del viejo mundo y de falsas máximas morales que en esta Hooverville, contigua al cementerio, de casas rodantes y cochambrosos inmuebles de oficinas. El plan de estudios vigente lleva generaciones descolorido y trasnochado. La mayoría de los libros de texto datan de hace más de veinte años. Los profesores mismos con frecuencia poseen una instrucción deficiente, están mal informados, no tienen cualificación y a menudo ignoran hasta los principios más elementales de la gramática inglesa. La biblioteca es un andrajoso vertedero de basura de tres al cuarto, sujeta al escrutinio constante de una junta revisora fundamentalista que, a su vez, se compone de brujas metodistas probablemente analfabetas y vendedores regionales de Biblias. Por mucha pompa y panoplia que rodeen a la sección de atletismo y a las ceremonias de graduación, casi todos los alumnos salen del instituto Holborn convencidos de que los dinosaurios desaparecieron porque Noé no tenía sitio para ellos en el arca. Lo único comprensible es que quienquiera que constituyese una excepción a la regla encontraría este entorno inmediatamente hostil a su existencia. Cabe decir que alguien que no contemplase seguir uno de los caminos disponibles —la escuela de comercio o las

fábricas locales— estaría condenado a años de exclusión potencialmente enloquecedora desde el mismo principio.

Pero allí donde otros hubiesen avanzado a trompicones a lo largo de interminables crisis de identidad, John se las había ingeniado para hallar muy precozmente su propio sendero. Un singular incidente acaecido a mediados de su segundo año escolar le permitió situar las cosas en su justa perspectiva. Como recordó más tarde, a finales de noviembre, hizo su aparición, procedente de los bosques al este de la carretera, allende el cementerio, un cachorro cocker extraviado que no tendría más de diez semanas y que corría con los escolares durante los recreos. Las primeras semanas nadie lo consideró una amenaza, pero a mediados de enero los profesores empezaron a quejarse. El cachorro aparecía asiduamente, y esperaba horas enteras debajo de los tubos de juegos del recreo. Lo tomaban como una distracción y una molestia. Los alumnos le tiraban cosas por la ventana cada vez que un profesor les daba la espalda. Una vez lo introdujeron de matute en una bolsa de lona y lo soltaron en el vestíbulo del edificio principal. El director, un exmarine con panza de cerveza que atendía por el nombre de Roy Mentzer, y que había perdido tres dedos en un accidente con una aserradora —que le privó del dedo del gatillo y, por consiguiente, le excluyó del club de caza de aves acuáticas de Baker—, intentó desalojar al animal por la fuerza. Pero cuando lo intentaba, fue mordido, por descuido, a la vista de más de treinta escolares. Humillado y avergonzado, llamó rápidamente a la oficina del sheriff en petición de ayuda. Treinta minutos más tarde, dos ayudantes llegaron al lugar de los hechos. Para entonces habían devuelto al cocker al patio donde había recreo. Al cabo de cinco minutos de engatusarle sin éxito para que se acercara, los dos hombres desistieron,

desenfundaron sus revólveres y, en presencia de doscientos niños gritando, lo mataron a tiros.

Hasta el fin de sus días, John juraría que aquello había sido la injusticia más grande contra un ser indefenso que había visto en su vida. Lo cual era decir mucho. Más adelante disculparía, atribuyéndolo a intrínsecas depravaciones de la región, inicuas acusaciones de la prensa, despidos prematuros de trabajadores y el pandemónium de peleas salvajes en las tabernas de la localidad. Pero nunca habría de aceptar la menor excusa para la ejecución de aquella tarde. Muy pronto abandonó toda esperanza y fe en el sistema educativo de Baker. Se atrincheró aún más en su universo interior y no levantaba nunca el dedo en clase.

Lo cual no quiere decir que cuando llegaron las ovejas no hiciera al menos algunos intentos iniciales de satisfacer los deseos de su madre mejorando sus notas. Con toda imparcialidad, hay que decir que lo intentó. En definitiva, la señora Kaltenbrunner había cumplido su parte del pacto, y John, que siempre tuvo a gala ser hombre de palabra, estaba resuelto, con no poca desgana, a cumplir la suya. Durante por lo menos un mes entero hizo diligentemente sus deberes. Le costó muchísimo trabajo, pero de un modo u otro se esforzó en prestar atención en clase. Dejó de dormirse encima del pupitre. Terminaba sus tareas a tiempo. En un momento dado incluso volvió a casa con una extensa redacción que había merecido un sobresaliente; bien es verdad que se trataba de una disertación prolija sobre la historia de la producción ganadera en la región del maíz; no obstante, era mejor que nada. Su madre estaba contenta. Le alabó su trabajo en consonancia. Dijo que siempre había sabido que tenía dotes —solo le faltaba un pequeño incentivo— y que, si seguía así, hasta quizá pensara en pagar el préstamo ella misma.

Por una vez, creyó que realmente podría haber para él alguna esperanza.

No duró mucho. Fue justo por entonces cuando surgieron los problemas. A lo largo de los meses siguientes la situación empeoraría, y cuando las cosas empezaron a mejorar el desdén irreconciliable hacia el sistema había calado en John para siempre.

En términos estadísticos, el nivel excesivamente alto de alcoholismo y abuso de menores existente en Baker se imputa a menudo a su ascendencia mayoritaria de clase obrera alemana. Se alegue lo que se alegue contra el estereotipo, es innegable que la mayor parte de los delincuentes juveniles de la comarca proceden de hogares «problemáticos», que entre casi todos ellos predomina la cepa germánica, que la mayoría crecen bebiendo los mismos licores domésticos que consumen sus padres, conservan idénticos códigos de disciplina y acaban administrando las mismas palizas que recibieron de niños. Como resultado combinado de todos estos factores, cada nueva generación es muchas veces tan perversa y beligerante en todo como lo fueron sus predecesores. Lo cual no significa que cada niño que nace en Baker está inminentemente condenado a una vida de abandono e infamia, pero la mayoría de las veces el niño o la niña se ven obligados, como mínimo, a atravesar por un periodo de delincuencia a sangre fría que inflige a la comunidad que se encuentra a su alcance delitos que van desde el daño a las cosechas hasta el incendio provocado. No es sorprendente que esta clase de tropelías tienda a disminuir en el momento en que cada grupo concreto alcanza su primer año alcohólico y el vandalismo y el merodeo dejan paso a los asados de cerdo y las parrandas de barril campestres. Hasta entonces no es infrecuente, sin embargo, presenciar a bandas de preadolescentes

realizando incursiones a gran escala contra recodos aislados de la población.

John, por su parte, había soportado la compañía de sus iguales como uno de los inconvenientes inevitables de la vida. Durante sus primeros años de escuela, en realidad no habían sido una distracción mucho mayor que los profesores o el programa de estudios; no habían sido nada más que otro telón de fondo. Pasaba casi todo el tiempo solo, de todas maneras, y debido a eso, rara vez le habían maltratado.

Pero en cuanto emprendió sus actividades ganaderas todo aquello empezó a cambiar.

Un día normal, para cuando sonaba, a las ocho en punto, la campana del comienzo, John ya había estado más de dos horas faenando en los gallineros y los establos, y cuando irrumpía en el aula todo desgreñado, apestando a piensos y a estiércol y con una pinta tanto peor para sacar provecho, se convertía al instante en objeto de burla. Con frecuencia se presentaba en clase con los puños de la camisa hinchados de heno. Tenía constantemente las perneras del pantalón rotas y salpicadas. Llevaba las suelas de las botas siempre cubiertas de cinco centímetros de mierda de gallina. Su aspecto, comparado con el de sus condiscípulos, suscitaba abiertamente burla. Que, a fin de cuentas, habría tenido que afrontar tarde o temprano; en su calidad de chico de granja de Baker, retraído y proscrito, corría un gran riesgo de que le discriminaran desde el principio. Pero ahora, con aquella *facha*, que concitaba de perlas la animadversión hacia él, igual podría haber sido un sucedáneo de madre-judía-chicana en paro. Era el blanco ideal.

Todo empezó con pequeñas pullas durante las clases: comentarios sobre sus ropas, su carácter hogareño, su evidente inseguridad económica. Alrededor de él tarareaban susurros amortiguados. *¡Mira al chico de las gallinas!*, decían. *¡Jodé, cómo apesta!* Risas contenidas, redobles sobre la tapa de los pupitres. Acto seguido: *¡Eh, tú, el gallinas! ¿Dónde está tu papi?* Más risas, seguidas de un clip de papeles contra la nuca.

Era así todos los días. Le decían que tenía una cara que pararía a un reloj. Le llamaban aborto ambulante. Le pegaban notas en la espalda y las usaban de diana para tirarle capuchones de plumas. Le endosaron una sarta de apodos degradantes: chico estiércol, asno, porquero, amante de negras. Las pullas no tenían fin.

Tras un día de prolongado vilipendio, John volvía despacio a casa, cruzando el cementerio y el puente con las manos metidas en los bolsillos. Una vez llegado a la granja, sus ponedoras, sus Suffolk, sus palomas mensajeras y hasta Isabelle parecían, en comparación, una familia cordial y dichosa. Se pasaba la tarde atendiéndolas y a la par tratando de confortarse hablando. A la hora de la cena solía estar lo bastante calmado para ocultar su rabia y mantener una conversación natural a medias en la mesa. Su madre no tenía idea de lo que estaba ocurriendo en aquellos tiempos. Él no cesaba de repetirse lo que ella le había dicho de que aquellos años eran supuestamente los mejores de su vida.

Llegó a la conclusión final de que era un chiste de muy mal gusto.

Cada día que pasaba las cosas empeoraban. Las burlas y las risas se tornaban despectivas, los insultos y las pullas, amenazas directas. Los días se volvían más largos y John cada vez estaba más furioso. Pronto empezaron a darle empujones. Le pusieron la zancadilla en el pasillo y le dejaron espatarrado en el suelo. Las provocaciones eran día tras día más osadas. Volvía a casa con los ojos morados. Le

acorralaron contra su casillero y le vejaron despiadadamente. Cuando intentaba responder a los ataques, se le juntaban cinco o seis agresores al mismo tiempo. Si no ofrecía resistencia, se le echaban encima de todas maneras. Siempre eran más grandes que él. Algunos usaban palos y piedras. En varias ocasiones le esperaron en grupos en el macadán asfaltado, debajo de los cables de alta tensión. Una tarde le tendieron una emboscada en el cementerio y le dieron una paliza tan brutal que a duras penas pudo volver andando a casa. Otro día dejaron en su taquilla una marmota muerta e infestada de gusanos que habían encontrado en la carretera. En pocas semanas, John había pasado de ser el alumno más anodino de la escuela a la presa universal de los proclives a la caza.

Nadie del centro escolar le echó nunca un cable. A todos les tenía sin cuidado. John volvía a casa ya oscurecido y miraba el retrato de su padre en la pared. Todas las historias que los obreros de Ebony Steed le habían contado de él volvían en un tropel intimidante. Su padre, el matador de gigantes, había una vez dispersado él solo una reyerta lanzando a la calle por la ventana a un obrero de la construcción, para acto seguido depositar con toda serenidad un fajo de billetes para los desperfectos encima del mostrador. Y allí estaba John, años más tarde, el primogénito de aquel adalid, hostigado por los vástagos sin méritos de las ratas de taberna del valle. Estaba avergonzado. Tenía que disparar varias cajas de cartuchos en el campo para desquitarse.

La situación no hizo sino empeorar durante las semanas y meses que siguieron. John nunca hablaba de ello después; se obstinaba tercamente en olvidar los agravios. Pero mientras sucedían no había manera de evitarlo. Le salía al encuentro a cada paso. No tardó en resultarle imposible recorrer el pasillo de un extremo al otro sin que

le divisaran, le dieran alcance y le derribaran varios atacantes. Nadie conocerá nunca todos los detalles de estas agresiones, pero cabe presumir que las cosas acabaron por volverse intolerables para John. Varios de sus condiscípulos, hablando al amparo del anonimato, lo han confirmado. Hasta el día de hoy admiten a regañadientes que algunas de las afrentas a que le sometieron eran vesánicamente criminales. No hay constancia de ninguna intervención disciplinaria en el asunto por parte del profesorado. La señora Kaltenbrunner telefoneó a Roy Mentzer una tarde en que John fue golpeado públicamente en la cafetería con una palanca para cambiar neumáticos. Pero Mentzer no hizo nada. Posteriormente John insistiría a su madre en que permaneciera al margen. Le derribaron, le patearon, estaba cubierto de cortes y magulladuras, y sufría una contusión que nunca quiso que le trataran. La última cosa que quería en el mundo era la ayuda de un «padre preocupado». Por lo que a él respectaba, los «padres preocupados» eran la raíz del problema. Estaba convencido de que la única manera de encarar la situación era ocuparse él personalmente. Por primera vez en su vida, algo fuera de la granja podía con él; sus compañeros habían logrado distraerle de su tarea. Sabía que para que las cosas volvieran a la normalidad, iba a tener que recurrir a medidas drásticas.

Pero no sabía por dónde empezar. Tenía varias ideas. Le poblaban la cabeza visiones de bombas de tubo y rejillas de hacha, de cócteles molotov, sacos llenos de ratas del establo, sogas oscilantes, hierros de marcar, etc. Pero ninguna de ellas se ajustaba a la situación. Ninguna de ellas ofrecía realmente visos de solución aceptable. No cesaba de recordarse que muy bien podría alinear a sus condiscípulos y fusilarlos a todos. No era la idea peor, pero el hecho de que le pillaran in fraganti habría frustrado el objetivo. Eso lo sabía. Tenía que tramar algo más sutil, que la carta de visita

portara todas sus huellas, siendo al mismo tiempo técnicamente inadmisible. Por lo menos ante un tribunal. De un modo u otro elegiría a uno de los chicos y lo utilizaría como un ejemplo claro para que los demás quedaran advertidos. Pero seguía sin descubrir un método.

Por fin, al cabo de cuatro largos meses, se presentó una oportunidad, pero solo mediante una transgresión imperdonable de todo aquello que le era querido.

Una noche, un grupo de escolares encabezados por Brendan Fisher, un delincuente notoriamente despiadado del norte de Baker, que habría de pasar la mayor parte de su vida entrando y saliendo de penitenciarías del estado, perpetró un asalto a la granja Kaltenbrunner. Fisher era la némesis absoluta de John, el hijo de un sospechoso y mal afamado cultivador de cáñamo, y un argumento como otro cualquiera de que algunas personas simplemente nacen torcidas. De todos los verdugos de John, Fisher era, con mucho, el apalache más rotundamente de cloaca. Él había instigado personalmente cada paliza en el cementerio. Él había sido el responsable del incidente en la cafetería. Él exhortaba a los otros a que participaran en los ataques. Una tarde había arrinconado a John en la escalera, le robó la bolsa, de una patada lo arrojó un tramo de peldaños más abajo y vertió encima suyo un cubo lleno de basura. Cuando un profesor que pasaba se aproximó corriendo al lugar de autos, Fisher mintió como un bellaco y culpó de todo a John. Este fue severamente castigado por su ineptitud. Le obligaron a recoger con las manos la inmundicia, le condujeron al despacho y Mentzer le golpeó con un bate. A los ojos de John, Brendan Fisher era la irreparable marca negra en la cara de la especie. No había sitio en el

mundo para los de su ralea. No merecía todos los recursos empleados. La sola idea de su presencia en la granja era inexcusable.

En el ataque de aquella noche participaron por lo menos seis alumnos. Salieron de los bosques hacia el sur y saquearon todo lo que encontraron a su paso mientras subían el repecho. Desmantelaron el gallinero y condujeron a las palomas hacia el bosque. Dejaron la era destripada por huellas de azada. Vertieron detergente de colada en el pozo. Devastaron el arriate y pisotearon el jardín. Dibujaron con rotuladores indelebles falos eyaculantes en el capó de la furgoneta de la señora Kaltenbrunner. Desperdigaron basura por toda la era. Aplastaron los huevos en las incubadoras, y dejaron veintidós fetos sin desarrollar diseminados sobre las crestas onduladas del compartimento de empollar. Arrancaron el buzón, cortaron la hamaca del porche, se cagaron en la entrada y huyeron como una jauría jocosa. El corral era una ruina.

John lo descubrió a las cinco de la mañana. Habían cloroformizado a las dos perras de la granja para que no pudieran lanzar su llamada de alarma. La más vieja de las dos, ovillada junto a la pila de la leña, daba arcadas con el hígado dañado por la dosis elevada. John la transportó al porche y luego recorrió a tumbos el corral en un delirio de odio. Hizo lo que pudo por sobreponerse. Se esforzó en no pensar. Evaluó los daños como un tasador desinteresado en una marisma. Ya se había puesto a trabajar en las reparaciones para cuando su madre apareció, en el porche preguntando por su desayuno. Vagamente recordaba haberla oído gritar algo sobre el dolor y la humillación de tener que atravesar la ciudad, en el trayecto a la fábrica textil, con aquellos jeroglíficos repulsivos impresos en las portezuelas de su camioneta. John se apresuró a

coger un bote de pintura del establo y dio al vehículo una mano de pintura de veinte minutos. Luego despidió a su madre cuando se fue a la fábrica y siguió trabajando.

Faltó a la escuela ese día. Para el mediodía ya había recompuesto el jardín. No pudo hacer nada con el pozo. Ni con las huellas de azada. Ni con las flores del arriate. Pero la hamaca del porche y el buzón no eran un problema. La incubadora estaba intacta. Le llevó veinte minutos limpiar la basura de la era. Las palomas mensajeras volvieron poco a poco del bosque y a lo largo de la tarde se fueron instalando de nuevo en el gallinero. Las heces de la entrada eran el único problema serio; aquella parte de la visita era *imperdonablemente* repugnante.

Logró contener su ira todo ese día. Incluso cuando su madre volvió al anochecer, se mantuvo impasible y silencioso. No respondió de una forma explícita al interrogatorio de la cena. Su madre le hacía personalmente responsable del desastre. Exigió una lista de nombres. Exigió toda clase de cosas. Pero sus exigencias toparon con oídos sordos. John no dijo una palabra. Sentado ante su hígado estofado, sin probarlo, giraba el pimentero con la mano izquierda y miraba al vacío. Finalmente se disculpó por abandonar la mesa y volvió al corral.

Siguió trabajando hasta la medianoche y habilitó un refugio temporal para las palomas en la esquina del cobertizo de herramientas. La señora Kaltenbrunner le oía aporreando por doquier afuera. John seguía trabajando cuando ella se acostó, a las doce y cuarto. Apagó la lámpara y permaneció despierta en la oscuridad, escuchando el sonido de los martillazos por todo el corral. No cesaron hasta una hora más tarde.

Como más adelante se dijo que declararon miembros del cuerpo de bomberos y de la oficina del sheriff, *no* se debió a la falta de preparación, a la tardanza en reaccionar o a la desorganización el que el socorro llegara con un retraso de casi cuarenta minutos después de que el incendio estallase aquella noche. En respuesta a posteriores críticas al respecto, mantuvieron inflexiblemente que la tardanza obedeció al simple hecho de la ubicación inaccesible del fuego.

Los hechos, en efecto, confirman su testimonio. Como corroboran llamadas telefónicas, informes oficiales y testigos presenciales, no bien iluminó la ladera, en el confín norte del valle, un resplandor anaranjado claramente visible desde cualquier punto de la ciudad, la primera remesa de los servicios de auxilio se movilizaron poniéndose en camino. La existencia del incendio se notificó a las tres y cuarto de la madrugada. A las tres y veinticinco se presenció, cruzando a todo trapo el paso elevado de la 254, rumbo al barrio periférico conocido vulgarmente como Sparrow's Height, el desfile de tres coches de bomberos plenamente pertrechados y siete coches patrulla, seguidos de dos caravanas de emergencia metodistas, cinco ambulancias, la furgoneta de la sección federativa de veteranos y algo así como unos veinte vehículos sin distintivos. Cinco minutos más tarde esta procesión tuvo que hacer un alto temporal al topar con una verja de hierro patrullada por varios pitbulls adultos y circundada por una alambrada eléctrica de alta tensión en torno a la finca de destino. Tras una breve deliberación el sheriff Dippold dio la orden de embestir contra la verja. Los coches de bomberos la traspasaron y encabezaron el resto del largo y serpenteante trayecto hasta la finca. En varias ocasiones hubo nuevas demoras. Para empezar, eran camiones demasiado anchos para el sendero angosto sobrevolado de ramas. Encallaron en zanjas y repetidas veces los

paralizó el follaje. El séquito restante estaba aprisionado por la retaguardia y no tenía manera de maniobrar. En otro punto se vieron obligados a derribar otra verja que les rompió la rejilla de los radiadores. Sumado todo, invirtieron más de veinte minutos en recorrer el tramo de poco más de medio kilómetro que llevaba desde la carretera hasta la casa. De no haber sido así, razonaron, la redada habría sido mucho mayor.

Resultó que los residentes de la propiedad, la familia Fisher, de triste memoria, no tuvieron tiempo de despejar ni siquiera la mitad de la plantación de cáñamo de un cuarto de acre situada en la parte trasera de su establo en llamas antes de que la división completa de representantes de la ley de Baker hiciera acto de aparición en pleno. Les pillaron con las manos en la masa, manchados de aceite de cáñamo, negros como el carbón, trazando círculos sinuosos en un acceso de pánico, arrancando tallos de la tierra a puñados y arrojándolos al fuego. Los detuvieron en el acto. Siete miembros diferentes de la familia fueron embarcados en siete coches patrulla distintos, mientras los bomberos trabajaban sobre lo que quedaba del granero. Toda la colina estaba envuelta en un espeso humo negro. Llenaba el aire el hedor dulzón de sensamalia ardiendo. Los pitbulls seguían aullando cuando llegó la prensa. Uno de ellos había recibido un disparo en el curso de un ataque. Más de doscientos lugareños, relacionados o no con la ley, habían acudido y trataban de clarificar lo sucedido.

Como informaría el *Greene County Herald*, era el cultivo de cáñamo más grande detectado en veinticuatro años. Tras valorarlo, se descubrió que lo que quedaba de la cosecha de Dick Fisher hubiera ascendido a más de treinta y seis kilos comercializables de marihuana recolectada: lo que, teniendo en cuenta los incrementos y según las tarifas vigentes, equivalía a un valor estimado en la calle

de entre ciento veinte mil y doscientos cincuenta y seis mil dólares en metálico. Y eso sin contar los bienes perdidos en el establo: balanzas, lámparas eléctricas, fototrones, y quién sabe cuántas plantas puestas a secar.

Y los infortunios de Fisher no terminaron con el descubrimiento de su contrabando...

Según el informe oficial, un pequeño rebaño de ovejas, aproximadamente una veintena —de las que se decía que servían solo de tapadera para las actividades ilegales de la familia—, habían huido del interior del establo en el momento en que se desató el incendio. El rebaño había descendido la colina, franqueado por una abertura la cerca deteriorada de madera que rodeaba el pasto, llegado a la ribera y desde la cornisa habían entrado en la fría corriente de enero del Patokah. Las ovejas se alejaron flotando y solo se las volvió a ver a las ocho de la mañana, cuando encontraron siete cuerpos encajados en la válvula de desagüe principal de una presa hidroeléctrica situada treinta kilómetros río abajo. Habían requerido los servicios de un equipo de rescate de fuera de la ciudad, con sus avíos de buceo, y todo el tráfico fluvial quedó paralizado momentáneamente. Todo esto se sumaría a la cuenta cada vez más abultada de Fisher.

Fue un final de temporada desastroso para toda la familia. Lo que había empezado como el sueño profundo de una noche apacible se había transformado de golpe y porrazo en una pesadilla prominente que acarreaba la pérdida de su granero, la destrucción de su cosecha, la muerte de su rebaño ahogado y fotos en primera página

en que aparecían siendo conducidos con cadenas en calidad de presuntos, y más tarde convictos, productores de droga.

En un abrir y cerrar de ojos lo perderían todo. Se les castigaría y desterraría de la localidad de por vida. A los mayores de edad los encarcelarían, a los menores los internarían en reformatorios. El estado confiscaría sus bienes y no se efectuaría ninguna pesquisa sobre sus acusaciones de incendio supuestamente provocado. Baker había esperado años la ocasión de expulsar a los Fisher. Las gentes de todo el valle despreciaban a la familia. A nadie le interesaba su coartada. Por mucho que insistieran en que alguien se había infiltrado en su hacienda, rociado los establos con gasolina y guiado el rebaño cuesta abajo hacia el río, sus alegaciones no se sostendrían en un tribunal de justicia. Su culpabilidad era *imperativa*. No se les volvería a ver nunca en Baker.

Aunque en ningún momento interrogaron a John, y mucho menos le incriminaron oficialmente en relación con el incendio de la granja Fisher, casi todo el mundo en la ciudad —al menos todos sus condiscípulos, cuando no el resto de la población— tenía una idea bastante aproximada de quién había sido el responsable. De haber sido *cualquier* otra familia de la región la afectada, sin duda hubiera pasado decenios en la cárcel. Le habrían mandado a un reformatorio, tratado como una amenaza para la sociedad y trasladado a la prisión del condado en el momento de cumplir la mayoría de edad. Pero sucedió que el exilio de la familia Fisher fue considerado un servicio público demasiado valioso como para arriesgarse a introducir en el caso algún elemento que hubiese podido obrar potencialmente en el más mínimo favor de la familia. En consecuencia, la justicia se negó a reconocer todo concepto de juego sucio. Así pues, el incidente tuvo un desenlace más ventajoso de lo que John había esperado.

Y ello en el supuesto de que él fuese, en efecto, el responsable. Hasta donde saben los lugareños, incluidos nosotros, nunca admitió *explícitamente* haber tenido algo que ver en el caso. La única vez en que Wilbur Altemeyer le preguntó a quemarropa si había sido el autor del incidente, John se había encogido de hombros, esbozado una rápida sonrisa y cambiado enseguida de tema. Lo cual era, desde luego, su manera de contestar que *sí*. Y Wilbur, de entrada, podía no habérselo preguntado siquiera. *Por supuesto* que había sido John. No podía ser más evidente. Había cogido el bidón de siete litros y medio de gasolina colocado en el estante de encima de Bucéfalo, lo había transportado por los campos de tabaco hasta el

río, había seguido el Patokah hasta el lindero sur de la finca Fisher, había retirado tres de las estacas podridas de la cerca en torno al pasto, había trepado por la colina entre la cizaña y las boñigas de carnero, sacado a las ovejas del establo al corral, rociado todo el interior, arrojado una cerilla y conducido al rebaño por el terraplén, volteando una antorcha encendida en círculos frenéticos conforme las guiaba. Casi podemos verle luego agazapado en el maizal, riéndose para sus adentros mientras los Fisher salían gritando de la casa en camisón, el establo rugía incontrolable y las ovejas se bamboleaban en la corriente, una gran colonia de pecios lanudos. Pues claro que había sido él. Nadie podría probarlo, pero lo había hecho él. Ninguno de sus condiscípulos lo dudaba. Casi todo el alumnado de Holborn afirmaba que después de los hechos lo llevaba escrito encima —se olían casi los efluvios de gasolina que despedían sus botas pringadas de mierda—, no porque ahora se mostrase engreído o belicoso en el patio de la escuela, sino al contrario, debido a su completa y absoluta indiferencia al instantáneo cambio en el trato que le dispensaban. El súbito cese de las hostilidades no pareció desconcertarle lo más mínimo. El único cambio que detectaron sus camaradas fue una ligera alteración de su porte, una compostura recobrada, un cierto aplomo inadvertido hasta entonces y que parecía decir sí, así está mejor, *ahora que ya hemos zanjado este asunto*...

Sería incierto decir que desde aquel día John fue temido como un nublado por *todo el mundo*, inclusive por sus profesores. No volvieron a llamarle nunca porquero y amante de negras, ni nada por el estilo. Puede que le tuvieran el mismo aborrecimiento y desprecio que antes, pero en lo sucesivo nadie se atrevía siquiera a mirarle de un mal modo. Se daba por sobreentendido que si alguno maquinaba hacer pasar un mal rato al chico Kaltenbrunner, más valía

planear, puestos a ello, acabar con él de una vez por todas; de lo contrario el maquinador, y muy posiblemente toda su familia, se exponían a pagarlo muy caro. Pensarlo ponía la carne de gallina.

A John todo aquello le venía de perlas. No es que le gustara necesariamente la repulsión que inspiraba en todos a su alrededor. Simplemente eliminaba la alternativa. Mejor era que se apartaran cuando le veían acercarse, que se callaran, que le rehuyeran y ahuecaran el ala a la primera oportunidad disponible, que que le dejaran por muerto cada tarde junto a la tapia del cementerio. En definitiva, lo único que siempre había querido era que le dejasen tranquilo. Y ciertamente lo estaba. A partir de entonces nadie le dirigió la palabra. A menudo se quedaba dormido y roncaba durante horas sobre la tapa del pupitre sin que nadie le molestara. En varias ocasiones se limitó a levantarse y salió del aula sin motivo aparente. Incluso empezó a llevar a Bucéfalo a la escuela todos los días: cruzaba el paso elevado y las vías férreas y lo estacionaba directamente delante de las escaleras del edificio. Se diría que había adquirido una especie de inmunidad diplomática. El profesorado odiaba esos alardes, pero la perspectiva de coches bomba e incendios de casas los disuadía de adoptar medidas disciplinarias. Todo el mundo se remitía a Roy Mentzer, y Mentzer, según decían, se escaqueaba.

Para cuando John fue finalmente convocado a una entrevista en su despacho, el anciano evidentemente llevaba semanas devanándose los sesos en vano. Todo el cuerpo docente le atosigaba afirmando que John destruía totalmente la paz escolar. Pero a pesar de todo, John no había hecho *en realidad* nada —o al menos no le habían sorprendido haciéndolo—, y no había ninguna razón para castigarle. El dilema de Mentzer era obvio. Esa mañana se mostró nervioso y evasivo sobre su escritorio de tablero negro mientras se

inclinaba hacia un costado para manosear con un perro basset tallado en una piña e intentaba explicar, con demasiadas palabras, que le habían transmitido una gran preocupación por lo que atañía al «temperamento» de John. Tartamudeó al abordar este capítulo durante cinco minutos terriblemente tensos, al término de los cuales John, que permanecía sentado sin decir una palabra en una silla de plástico de la sala de espera, alzó los ojos, se encogió de hombros y respondió con ironía socrática que sinceramente no comprendía. Se sentía bien, dijo. Debía de haber un error.

La entrevista no condujo a ningún sitio. John recibió el permiso de retirarse y salió del despacho. Mentzer se quedó jugueteando con su piña.

Poco después, John descubrió un sistema que beneficiaba a todos. Compareciendo en su aula exactamente cinco minutos después de que hubiese sonado la campana que anunciaba el comienzo de las clases, no tardó en acumular suficientes retrasos para granjearle un asiento permanente en la sala 29, donde recluían a los castigados. El arreglo le vino de perilla. Se estableció el entendimiento tácito, por parte de todos los concernidos, en que, en interés del bien común, las cosas quedaran como estaban. El alumnado respiraría más tranquilo y John tendría todo el día para él. No es que este acuerdo favoreciera precisamente la reputación profesional de Mentzer, pero para bien o para mal así habrían de seguir las cosas durante el resto de la vida académica de John. Antes de acabarla habría más que triplicado la marca de toda la historia de la escuela en horas pasadas en el aula de exclusión. Centenares de tardes empleaba su tiempo en mirar por la ventana, observando al decrépito vikingo cavando tumbas en el cerro del cementerio y orillando cada parcela de rosas frescas después de que los desfiles de los entierros hubieran abandonado el camposanto. Regaba y cultivaba los escuálidos cactus

del alféizar, mientras en torno a él los marginados roncaban como perezosos en los árboles, con la cara aplastada contra la tabla del pupitre y la lengua asomando por la boca. A la hora del almuerzo bajaban todos en fila a la cafetería, como una cuerda de presos condenados al ostracismo. Después volvían a su celda de cuatro y medio por cinco metros para el resto de la tarde. Nunca sería el modo más gratificante de pasar el tiempo; seguiría siendo reclusión, no había duda. Pero *derrotaba* sin ningún esfuerzo la rutina normal de cada día. Y, de todas formas, el aburrimiento no habría de convertirse en un problema, porque fue justo entonces cuando John descubrió la cripta.

A los once años, el itinerario cotidiano de John se ajustaba a una pauta fija. De la cama al pesebre a la cocina al tractor, alimentando ordeñando trasquilando a los ovinos, empollar incubar pelechar degollar las gallinas, cada cosa se hacía en su sitio y a su modo hasta el último minuto perfectamente acompasado. Como era su costumbre, realizaba su segunda ronda de alimentación y mantenimiento en cuanto llegaba a casa de la escuela. Luego le sobraba una hora y media reservada para labores variadas: limpieza, reparaciones, apaños y chapuzas. Fue durante una de esas sesiones —si la memoria era fiel, había estado limpiando las vigas de nidos de carroñeros— cuando topó con la vieja puerta cerrada con un candado en el rincón del tercer altillo del granero. La puerta se hallaba detrás de una montaña abandonada de segadoras y parrillas de cocina, lo que podría explicar cómo y por qué habían escapado milagrosamente a su atención hasta aquel momento. John conocía casi como la palma de su mano todos los recovecos de la granja, y le costó creer que algo tan conspicuo le hubiera eludido durante

tanto tiempo. No alcanzaba a creerlo, pero también le resultaba extrañamente tentador: terreno inexplorado en la fachada de casa...

Despejó un pequeño paso hasta la puerta entre los cachivaches y se quedó mirando los seis candados y las dos barras rectas de hierro firmemente atornilladas. No había nada que hacer. Bajó al piso principal para inspeccionar sus herramientas. Un minuto después volvió con una almádena. Tardó una hora en echar la puerta abajo. Era increíblemente sólida: tres capas de contrachapado doble, una lámina de chapa de hierro y otras dos barras interiores. Estaba medio muerto de fatiga cuando la plancha central acabó por ceder, hecha astillas. Desechó la almádena y se puso a trabajar sobre dos de las barras con una sierra de arco. Al cabo de otros veinte minutos había practicado un agujero lo bastante grande para introducirse dentro. Lo franqueó.

Lo primero que vio fue un cono de luz desde la altura del techo que iluminaba varios remolinos espesos de polvo y perfilaba una pequeña extensión de tejas podridas en el centro del suelo. Por todas partes alrededor de la luz, había colocadas, a intervalos desiguales, numerosas formas oblongas e indistintas envueltas en viejas sábanas marrones. Los objetos hacinados en derredor de la entrada parecían haber sido montados sobre mesas o banquetas, y eran envoltorios de indefinibles contornos. Pero hacia el fondo del recinto, apenas visible en la luz tenue, aparecían formas más definidas y rectilíneas, hasta que, por último, al fondo de todo, colocado contra el muro, algo tan enorme que necesitaba él solo cinco o seis sábanas para ocultarlo eclipsaba todo lo demás. Todo el lugar tenía el aspecto y el olor de una tumba.

Enchufó una lámpara en la planta principal y la colgó de una viga. Apartó todas las sábanas y las depositó formando un montón enmohecido en el centro del suelo. Una vez hecho esto, se enderezó

y miró en torno. Se encontró en medio de un almacén atiborrado de cerámica y talismanes, fusiles de chispa, baldes llenos de puntas de flechas, utensilios de hueso, mangos de hacha, cubetas de palas, calaveras, ruedas de carros, doseles laminados, estatuillas, frascos de whisky, cadenas de hierro, cubos con diversos tornillos y herramientas y, a lo largo de la pared, un fémur de cuatro metros, un costillar del tamaño de un vagón de arenilla, un par de colmillos y el cráneo gargantuesco de lo que aparentaba ser un elefante...

Le causó el efecto de un fármaco muy potente. Permaneció allí plantado, estupefacto, esperando casi que a su espalda irrumpiera una orquesta y atacase *Tannhäuser*. Luego la conmoción cristalizó en un oprimente acceso de náusea. Salió corriendo de allí. Dejó caer el cordón de la lámpara, pasó por el agujero, plantó en el altillo un pie inseguro y perdió el equilibrio. Se desplomó en un rincón. Se golpeó la cabeza contra la pared. Fue a parar junto a una pila de leña podrida. Trató de recuperarse, quieto en aquella postura durante un cierto lapso. No tenía idea de lo que acababa de descubrir y no estaba totalmente seguro de que realmente hubiese visto algo. Hizo un esfuerzo para que remitiera el sudor frío, se levantó y volvió a entrar en la cripta. Todo seguía en su sitio. No acertaba a creerlo. Emprendió un recorrido por aquel muestrario en busca de indicios acerca de su origen. El cuarto era pasto de la incuria: telarañas, tierra y vigas caídas por todas partes. Al cabo de un minuto descubrió una pila de cuadernos, encuadernados en cuero, encima de un escritorio de pino que había en un rincón. Husmeó en ellos.

Así descubrió John los artefactos de Gwendolyn Hill, y a través de ellos, asimismo y de paso, la única manifestación tangible de su padre que llegaría a conocer nunca.

No tenía medios de comprenderlo en aquel momento, pero aquel sería el punto crucial de su vida. Hasta entonces había consagrado su máxima atención a la granja; por sí solo había creado de la nada una finca notablemente rentable, y a partir de cero había forjado una espléndida heredad a escala reducida. Sus logros como ranchero, granjero y factótum menor de edad y autodidacta rayan en lo paranormal hasta el día de hoy. Requerían el empleo de cada facultad, tiempo de ocio y recursos de que dispusiese, y se había entregado a la empresa como una persona incitada y motivada por la necesidad. Nunca había creído posible que surgiese un elemento capaz o susceptible de interponerse entre él y la granja. Nunca se le había pasado por las mientes. Había sabido lo que deseaba desde el principio; todo lo demás habían sido muebles enfundados, incluido, y en especial, su padre. No se había parado a considerar la idea de su herencia. No tenía, que digamos, parientes vivos. Los padres de su padre se habían matado en un accidente náutico por la época en que estalló la guerra de Corea, y su madre se había quedado huérfana a los quince años. No comprendía el concepto de los lazos familiares. No se imaginaba cómo habría sido tener un tío, una hermanastra, tres o cuatro primos, un parentesco próximo. Había llegado a persuadirse de que ninguna de estas cosas existían realmente, de que eran mentiras inventadas por personas como Roy Mentzer, por gente que insistía en que la sangre era más espesa que el agua. Gente que hacía comidas al aire libre los domingos por la tarde y que despotricaban unos contra otros en frenesís causados por la ginebra. Gente que iba junta a la cárcel con el granero incendiado. Gente que tenía una gran cantidad de motivos para odiarse y destruirse mutuamente, pero que de algún modo continuaba unida. Todo aquello siempre le había parecido un virus

maligno del que él no quería ser el anfitrión. Ante él no había aparecido ningún vestigio de su propia herencia que valiera la pena investigar. Hasta ahora.

Una de las primeras cosas que se le ocurrieron cuando por fin logró calmarse fue la idea de que quizá alguien venía por la carretera para reclamar la posesión de aquel muestrario. Todo un abanico de posibilidades se le pasó por la cabeza a la vez: alguien del valle tenía que haber estado al corriente de la existencia de la cripta. Probablemente no les habría gustado, por motivos jurídicos, que John la descubriese por azar, tal como había sucedido. No haría falta más que una llamada telefónica. Ellos debían de saberlo. ¿No estarían ya en camino, entonces, para recobrar todas sus cosas? ¿No mandarían hombres, si es que no lo habían hecho ya? Si no los habían mandado ya. Ahora que lo pensaba, le parecía recordar que algunos de los operarios de Ebony Steed habían andado fisgando por el granero en sus supuestas «visitas de amistad». ¿No habrían sido todas aquellas visitas una farsa? ¿No habrían estado todo el tiempo fisgando en busca de algo? ¿No estarían todos coligados contra él? ¿No lo estarían? ¡Un enfático sí! ¡Lo estaban! Tendría que hacer algo al respecto...

Con las ventajas de la retrospección, más adelante admitiría que se había propasado un poco. Aun en el caso de que los operarios de Ebony Steed *hubieran* hecho una tentativa inicial de localizar y requisar los archivos de Ford, hacía mucho tiempo que habrían desistido de su búsqueda para cuando John tenía once años. O bien habrían encontrado a la primera lo que estaban buscando, o bien se habrían tranquilizado persuadidos de que si no había aparecido nada en los meses inmediatamente posteriores a la muerte de Ford, era improbable que aflorase algo más tarde. Habrían pasado de largo,

pensando que los artefactos estaban almacenados a resguardo en algún lugar del bosque, en la ribera del río o en el fondo de una cueva, lejos del alcance de todos los sabuesos. Fin del capítulo.

Pero no fue así como lo vio John en esa época. Su primera reacción fue instintivamente protectora. Prioridad número uno: fortifica y esconde.

Pasó lo que quedaba de aquella primera tarde recomponiendo la cripta. Retiró la madera caída y la lanzó desde el altillo. Quitó los candados, desmontó las barras y enseguida tuvo la vieja puerta hecha un montículo en la planta baja. Lavó a mano las sábanas y las tendió a secar en el tendedero. Reparó el agujero en el tejado. Remendó el suelo. Desmanteló los nidos de ratas y barrió el suelo y el techo. Acarreó una trampilla desde el piso segundo y lo reforzó con malla y chapa de estaño. Al atardecer la puerta nueva estaba afianzada. Añadió tres candados nuevos y una barra corrediza. Cuando las sábanas estuvieron secas volvió a colocarlas en su sitio. Terminó poniendo una barricada en la entrada con todas las segadoras y parrillas del altillo. Cerró después el granero y corrió a la casa con los cuadernos bajo el brazo.

Esa noche estaba examinándolos en el escritorio principal del ático cuando la señora Kaltenbrunner llegó de la fábrica. El cuarto a su alrededor era un testamento a la incuria, telarañas y polvo, muebles rotos por doquier... Los antiguos sillones abatibles en lo alto de la escalera estaban envueltos en arrugadas lonas negras. Pilas de libros, discos viejos, perchas de pistolas y máquinas de coser se amontonaban debajo del cristal de la ventana a lo largo de la pared. El escritorio había permanecido intacto, como si no hubiese transcurrido un solo día desde la última anotación que hizo su padre. Había una caja de caudales vacía, de hierro colado, empotrada en la

parte superior de la librería, al lado de la botella de scotch añejo de veinte años que, le había informado su madre, iban a entregarle a él cuando alcanzase la mayoría de edad. Cada uno de los cuatro estantes inferiores de la librería, encima del escritorio de caoba, rebosaba de libros de referencia relativos a todos los aspectos sondeables de la vida en la región del maíz desde tiempos inmemoriales. Debajo de la repisa de la última estantería, había un jarrón de cerámica atiborrado de plumillas junto a un cenicero chapado de cobre y un teléfono desconectado.

John ya había inspeccionado el contenido de los dos sobres de papel manila y estaba ahora hojeando los cuadernos. El agua de lluvia había estropeado parte del material. En unas cuantas páginas descoloridas se había corrido la tinta, y gran parte del papel había empezado a amarillear. Pero casi todas las reseñas eran todavía perfectamente legibles. El primer sobre contenía una colección de árboles genealógicos, codificados individualmente por colores, de tal suerte que cada página podía situarse junto a su equivalente, una detrás de otra, hasta que el producto final se asemejaba a una sucesión deforme de pirámides extendidas desde un extremo al otro del suelo. Incluían las fechas de nacimiento, los antecedentes penales, las denominaciones, los grados militares y la ocupación profesional de casi todas las familias más antiguas de Baker. Con toda la sangre alemana que había en la población, aquello era casi como leer una guía telefónica bávara: Kohls y Heitmullers, Dotterweichs, Offenbachs, etc. En el segundo sobre había un montón de recortes, notas emborronadas y memorandos que tenían poco sentido. Los había puesto a un lado y comenzado a examinar los siete cuadernos. Al cabo de unos minutos había descubierto cuál había sido el verdadero cargo oficial de su padre en Ebony Steed: la misión de Ford Kaltenbrunner había consistido en encubrir un tesoro

de reliquias arqueológicas extraídas de las entrañas de Gwendolyn Hill. Y aquellos eran los registros meticulosamente compilados que había hecho de cada hierro de pala y cada punta de flecha desenterrados en el decurso de nueve años. Había literalmente miles de reseñas. A cada artículo precedía un prólogo con un resumen preliminar que señalaba la fecha y las circunstancias del hallazgo, las mediciones de profundidad, los depósitos minerales circundantes, el grado estimado de descomposición y su origen hipotético. A continuación se detallaba cada artículo por separado y se referenciaba por extenso. Muchos de los manuales alineados en las estanterías habían sido clasificados con arreglo a la secuencia de los cuadernos. La organización era impecable.

John tuvo que interrumpir su examen para preparar la cena a mitad del cuarto libro. En la cocina apenas podía evitar que sus manos temblasen al asir la sartén. Durante la cena consiguió fingir indiferencia al mismo tiempo que formulaba a su madre un puñado de preguntas directas: ¿cuál era el trabajo de su padre en la mina? ¿Qué había hecho? ¿Cuánto tiempo había trabajado en la empresa? Minutos después estaba convencido de que la señora Kaltenbrunner no sabía nada de la existencia de la cripta. Se relajó un poco.

Terminaron de cenar con una breve conversación sobre el clima. Y fue el único diálogo racional que mantuvieron durante las tres semanas siguientes.

El último sonido que oyó la señora Kaltenbrunner a la mañana siguiente, antes de salir en coche hacia su trabajo, fue el estruendo de una motosierra en el granero. Cuando volvió, al oscurecer, seguía funcionando. Tuvo que arrastrar a John a casa prácticamente a punta de pistola para que comiera por la fuerza y se cambiara de

ropa. Estaba manchado de aceite de motores y olía como un tigre. Devoró la cena, se puso otra vez el mono de faena y volvió al granero. La sierra resonó de nuevo y no cesó hasta medianoche.

Reanudó a las cinco de la madrugada. La señora Kaltenbrunner intentó sacarle del granero, pero se había encerrado con llave y con el rugido del motor no oía una palabra de lo que ella decía. Se alejó, nerviosa y aprensiva. Cuando regresó, una vez más justo antes de la cena, John y Bucéfalo se habían ido. Comió unas sobras frías en la sala. John volvió después de oscurecido, remolcando un carromato lleno de leña y pertrechos raros. Pasó disparado por delante de ella en su trayecto hacia el sótano, sin pararse siquiera a decir hola. Tenía peor aspecto que la víspera. Le oía maldecir y revolver objetos en el subsuelo. Salió cargado con un hacha. Regresó al granero.

A la noche siguiente la madre advirtió que el edificio estaba cobrando forma a pasos agigantados, y cada intervalo de seis o siete horas lo asemejaba un pelo más a una fortaleza. John ni siquiera la miraba. Tenía largos desgarrones en las perneras. Tenía cortes y quemaduras en los brazos. No paraba de jurar, y la señora Kaltenbrunner estaba segura de que en cierto momento le había visto un cigarro colgándole de la boca. Le escuchó deambular por su habitación toda la noche, murmurando algo de un soplete.

La cuarta velada, cuando fue a rescatarle del granero, activó sin querer un sistema de alarma recién instalado. En el momento en que cruzó una línea sin ninguna marca en la gravilla, cayeron sobre ella, en un panorámico asalto, el ulular de una sirena y un triángulo multicolor de reflectores. Se encogió sobresaltada. John salió de estampida del granero, enarbolando una palanca y con un aire de indecible enfado. Apenas le reconoció en aquel estado. Le gritó que no se metiera en sus asuntos y que se fuera. Ella, aterrada, volvió

corriendo a casa. Se encerró con llave en su habitación el resto de la noche.

La señora Kaltenbrunner estaba convencida de que era eso: John estaba finalmente enloqueciendo. Había oído hablar de aquella clase de brote: el Medio Oeste era el vivero número uno del país en lo que hacía referencia a asesinatos masivos y asesinos múltiples. Y su hijo se había convertido en uno de ellos. Pero había algo más, toda la granja parecía cobrar vida a su alrededor, como si actuara por su propia cuenta como un organismo vivo y palpitante. Todas las noches cruzaba la colina y se acercaba a la casa con paso lento. En la primera curva las palomas, encaramadas en su percha del falo, a un costado del sendero, alzaban el vuelo y la seguían todo el camino. Las veía a ambos lados de la furgoneta, volando raudas hacia atrás y hacia delante como un regimiento en misión de escolta. Cuando ella aparcaba viraban de vuelta y regresaban al otro lado del campo, a la espera de nuevas perturbaciones. Cuando se apeaba del coche cuatro o cinco gallos anunciaban su llegada. El resto de las aves corría a la alambrada y la observaba. El barullo en el granero cesaba solamente el tiempo que tardaba John en asomar la cabeza cautelosamente desde la puerta principal y echarle una mirada. Luego desaparecía y se reanudaban los aporreos. En lo alto de la cuesta, Isabelle y las perras estarían trabajando flanco a flanco, rodeando a las Suffolk y manteniéndolas a raya. Las abejas de la colmena aparecerían en el lindero del bosque como una nube autosuficiente. Los residuos limpios de una o dos ponedoras se estarían helando en el porche, metidos en agua con hielo, como aceptando sin queja el puesto que les habían asignado en la cadena alimentaria. Hasta Bucéfalo, torcido en el sendero, parecía replegado para golpear. La señora Kaltenbrunner era una extraña en su propia casa.

John continuaba en el granero. Aserró la escalera que llevaba al altillo e instaló un sistema de escalera corrediza únicamente accesible mediante un código. Reemplazó todos los aparadores que estaban estropeados. Selló permanentemente la trampilla principal que llevaba al establo. Ignifugó el altillo. Aisló el techo con esteras de fibra de vidrio. Fortificó la puerta de la recámara con una serie de cerraduras de combinación. Cerró con tablas todas las ventanas. Puso barrotes en la puerta principal. Dio una nueva mano de pintura al exterior. Exterminó a todas las termitas del edificio. Cada esquina, tablón, cristal de ventana estaban pulcramente atendidos.

La séptima mañana llegó por la carretera un coche patrulla en representación del consejo escolar. John había sobrepasado la concesión normal de ausencias sin justificar. Dos ayudantes del sheriff tenían órdenes de obtener una justificación verídica firmada por un médico, escoltarle personalmente a la escuela o detener a la señora Kaltenbrunner a causa de su custodia negligente. John se burló indignado. Tiró sus herramientas y cerró con candados el granero. Subió al coche patrulla cubierto de serrín, pintura y estiércol. Cuando llegó a la escuela, Roy Mentzer le esperaba para mandarle de vuelta a casa alegando una infracción de la decencia indumentaria. John alzó las manos al cielo. Cruzó corriendo el puente, atravesó los bosques y entró en su casa. Revolvió en el ropero de la planta baja en busca de algo que ponerse encima. Tales fueron las circunstancias que le incitaron a vestir por vez primera la chaqueta de cuero minera de su padre, que habría de convertirse con el tiempo en su sello distintivo: la única prenda exclusivamente responsable de la teoría de creación de una fogata poscrisis de «John el fascista». Ataviado con aquella chaqueta de munición de anchos hombros y montura baja, es cierto que su apariencia general

dio un giro para la purga. De una pincelada se produjo una transformación instantánea: un aura completa, sus andares desgarbados, el tosco pelo de ambrosía colgando de su frente en una maraña de pelambre nudosa, el modo en que sus ojos giraban de un lado a otro en aquellas cuencas cavernosas y cejijuntas, sus hombros caídos, todo su porte, como un eco minúsculo de Ford Kaltenbrunner, emergió de la nada. A partir de aquel día rara fue la vez en que la chaqueta de su padre no envolvía su espalda. «El fascista del granero», le llamarían. «El amo del corral.»

Por fortuna, casi todas las reparaciones del granero estaban ya terminadas antes de que quedara eliminada la opción de volver a hacer novillos. Faltaban por hacer unos pocos ajustes menores, pero, en líneas generales, podía estar seguro de que cualquier merodeador tendría que abandonar la finca con las manos vacías o, si se mostraba recalcitrante, transportado en una camioneta de la carne. El granero estaba lleno de vida. Nadie se acercaría a una distancia de poder olerlo sin correr el riesgo gratuito de recibir daños físicos.

La otra cosa que quedaba era el desván, y le llevó menos de una jornada recomponerlo con cal y trapo mojado, seguido de escoba y fregona. Más de la mitad de la suciedad fue disipada en diez minutos. Desalojó la botella de scotch de la estantería y la colocó a buen recaudo en el aparador de abajo. Los cuadernos los guardó en la caja de caudales. La combinación quedó escondida en un agujero en la pared. De principio a fin, la tarea requirió una tarde. A comienzos del verano había concluido la restauración completa.

John nunca tuvo intención de comunicar a nadie la existencia de la cripta. Los artefactos y los cuadernos eran *suyos*, e iban a seguir

siéndolo. Eran dignos de conservación por sí mismos, pero para John, que nunca había oído la voz de su propio padre, no había conocido nada concreto o fiable sobre su progenitor, eran asimismo los únicos residuos materiales de Ford Kaltenbrunner vivo, los últimos vestigios de sus afanes terrenales. Sin ellos, dos decenios hubieran bastado para sepultar todas las trazas de su existencia; sus recuerdos vivos, como los de incontables generaciones anteriores a la suya, se habrían desvanecido en la nada. Su padre habría formado parte del grupo de los olvidados. John no soportaba esa idea. Gracias a los artefactos, se persuadiría de alguna manera de que su padre había sido un gran hombre, y por consiguiente podría considerarse a sí mismo, John, el albacea y el heredero exclusivo de un imperio.

En cuanto a las similitudes entre ambos, por lo que hemos podido averiguar, Ford y John, padre e hijo, compartían tantos rasgos en común como puntos de contraste. A los dos les impulsaba de un modo asombroso la naturaleza. A los dos se les juzgaría genios tácticos en su talento para sacar provecho de recursos mínimos. La mirada escrutadora de John era un calco de la de su padre Ford. Sus facultades de observación procedían sin duda de la misma fuente. Y también se parecían físicamente, aun cuando John era de constitución más menuda, no, ciertamente, la encarnación de un titán. Pero Ford terminó y John comenzaba en el servicio de relaciones públicas; es decir, en sus interacciones con otras criaturas, eran, a todos los efectos, polos opuestos. Estaba Ford el exhibicionista y John el introvertido; Ford el conciliador y John el intolerante. Ford el popular y John el misántropo, etc., nada que John hubiera podido aprender solo a través de su descubrimiento de la cripta. Que sepamos, puede que los hallazgos no le aproximaran más que antes al personaje real de su padre. A nuestro entender, en

los cuadernos no se expresan auténticas opiniones. Por sus revelaciones, no eran equiparables a un diario perdido, por ejemplo, ni a una pila de manuscritos, un montón de rollos de película o un dietario. En la época en que Wilbur le conoció, John solo en ocasiones hacía vagas referencias a su padre como individuo. Mencionaba los cuadernos, hablaba abiertamente de los artefactos, pero solo hasta un cierto punto. Tenía cuidado de no divulgar demasiados detalles concretos. Se diría que conservaba el recuerdo de su padre con no poca suspicacia, recelo e incluso hostilidad. Ocurría lo mismo con los cuadernos, que, a pesar de que no contenían notas confidenciales, parecían brindarle del carácter de su padre una clave auténtica y genuina de la que se había visto privado toda su vida.

John raramente hablaba del resto del estudio, pero dos factores en concreto nos inducen a creer que debió de haber consagrado una considerable cantidad de tiempo a rumiar varios, si no todos, los manuales que llenaban las estanterías. En primer lugar, muchos de sus condiscípulos y dos profesores de Holborn han atestiguado que durante los cuatro años siguientes, que pasó encerrado en la sala de expulsados, nunca se le vio sin un libro en la mano. Informaron de que guardaba una pequeña biblioteca en una bolsa de lona que dejaba a sus pies, y de la que sacaba libros al azar, a lo largo del día, un día sí y otro también. Nunca se dormía en el pupitre. Hacía un alto para almorzar, regar los cactus o rellenar los impresos de test que le enviaban sus profesores, a muchos de los cuales nunca había visto. Suspendió prácticamente todos los exámenes a que fue sometido. Ni siquiera miraba las preguntas, se limitaba a trazar un círculo a la buena ventura en torno a cualquiera de las múltiples respuestas posibles, lo ponía todo a un lado y reanudaba lo que había estado investigando. En un principio lo mantuvieron dos

cursos rezagado, pero luego empezaron a aprobarle, temiendo que algún día le diera por tomar alguna iniciativa e intentara reintegrarse. Razonaron que, si ocurría esto, cuanto más avanzado estuviese en sus estudios, tanto menos tendría que lidiar con él el cuerpo docente. El segundo factor hacía referencia a su intelecto. Si bien ninguno de nosotros vio leer a John algo más que un periódico, y aunque no era posible que hubiese aprendido gran cosa en la escuela, de alguna manera, cuando hablaba de algo, si es que hablaba, 1) poseía un vocabulario extenso, como mínimo en ese campo concreto; 2) una formidable comprensión de determinadas funciones sociales, cuyo conocimiento requeriría como poco un mínimo estudio preliminar, y 3) una familiaridad con los asuntos locales, históricos y contemporáneos que superaba el promedio habitual en tal medida como para obligarnos a menudo a muchos de nosotros a verificarla hojeando enciclopedias y almanaques.

En cualquier caso, no hablaba mucho al respecto, del mismo modo que se abstenía de comentarios sobre los cuatro primeros años que siguieron a su descubrimiento y fortificación de la cripta. Durante ese tiempo hubo cantidad de episodios ganaderos no relacionados —la vez en que Isabelle atacó al cartero, el día en que los buitres descendieron sobre el gallinero, la noche en que una rata almizclera tropezó con la alarma del granero y John salió corriendo de la casa en paños menores y con una escopeta en la mano a las cuatro de la madrugada—, montones de historias que en su mayoría no tienen sitio aquí. A fin de cuentas, aquellos fueron los años buenos —los «mejores años» de que le habló la señora Kaltenbrunner— y por eso mismo no exigen mucho comentario. A lo largo de todo el recorrido, los intereses de John siguieron siendo los mismos. Sus planes seguían intactos: abandonaría la escuela el día en que cumpliese

dieciséis años y ampliaría al máximo las actividades en su hogar. Entretanto habría que reducir a un tamaño manejable, por razones prácticas, el número existente de cabezas de ganado. Lo único que realmente había cambiado era la aparición en su vida de Ford Kaltenbrunner y los artefactos de Gwendolyn Hill y, debido a ellos, una reordenación de sus prioridades antaño indivisibles.

Los problemas empezaron con la muerte de Isabelle. Desde una perspectiva general, este suceso fue claramente el punto en que todo empezó a desmoronarse. Mirando hacia atrás, es casi como si el fallecimiento inesperado de una vieja arpía Suffolk de pezuñas quebradizas hubiese abierto de repente la trampilla debajo de la finca Kaltenbrunner. Fue un conjunto extraño de circunstancias. Casi una maldición, como si Isabelle hubiera sido la única argamasa en los cimientos de la propiedad. No llevaba muerta un día y ya empezaba todo a irse a pique como una hilera de abetos Douglas en una campaña de explotación minera a cielo abierto.

No hay realmente una manera sagaz de documentar los acontecimientos posteriores. No disponemos, en efecto, de una visión interior correcta de lo que sucedió para juzgar el resultado final con más justeza, o con más perjuicio, con que ya lo ha hecho la prensa. Aventurar conjeturas solo serviría para erosionar la concepción ya dudosa que de la historia tiene la comunidad. Nuestra sola esperanza plausible es sacar a la luz unos cuantos hechos básicos que no han trascendido al público o que, en principio, no han sido establecidos por ninguna otra parte que la nuestra. Al hacerlo así, al asentar por lo menos una base con todos los hechos y los testimonios de primera mano de que se dispone, tal vez pueda brindarse una explicación verosímil del muy comentado —y actualmente infame— desmentido que siguió a quienquiera que desee investigar más allá de la popularizada idea falsa de que John no era más que un mozo de labranza con una tendencia incurable a aniquilar todo lo que se traía entre manos. Unos pocos escogidos que desde entonces han seguido las claves de la historia completa

han afirmado que, si se tiene todo en cuenta, dada la fuerza, la magnitud y la rapidez de los infortunios que cayeron sobre su universo aquel otoño, fue muy sorprendente que sobreviviera. Burt Clayton ha declarado que él, por su parte, habría descolgado el rifle de la repisa de la pared al cabo de la primera semana; al moverse todo tan aprisa, al suceder una cosa literalmente después de la otra —no cada día, sino a cada hora y a veces a cada *momento*—, tal vez como era, incluso (y sobre todo) un individuo despierto como John podría muy fácilmente haberse visto absorbido por el cariz abrumadoramente incomprensible de un único lapso de dieciséis horas. De la mañana a la noche las horas comenzaban a irse a la deriva como viñetas separadas de un cuadro general crecientemente turbio. Evocados al atardecer, los mediodías daban la impresión de episodios lejanos e irrecuperables, de flotación libre y flujos voyeristas, como si un largo sueño, un viaje intercontinental separasen a ambos: como despertar en Tulsa y acostarse en Bangkok con una gran mancha borrosa de carreteras rurales, taxis, aeropuertos, funcionarios de aduanas, franjas horarias, desfase horario, choque cultural y barreras lingüísticas en medio. Treinta mundos diferentes en el curso de un día —un día tras otro—, y la sensación de que los sucesos de la semana anterior estaban aún más lejos, y de que todo lo precedente cesaba de existir por completo.

La muerte misma de Isabelle distaba de ser improbable; *sorprendente* quizá, y hasta una pizca insondable para algunos, puesto que su constitución ovina había dejado continuamente perplejos a los trasquiladores del Pullman Valley. Hasta donde cualquiera recordase, ella había sido el centro focal de la finca. Elias Kauerbach ya la llamaba vieja antes de que Ford Kaltenbrunner la

hubiese heredado junto con la granja veintiún años atrás. La edad de Isabelle había ya superado el cálculo. Debía de tener ciento setenta y pico años según baremos humanos, y menos los últimos tres o cuatro días de ese plazo, pataleaba y acometía como un carnero montaraz.

Lo cual no quiere decir que no envejeciera; el hecho de albergar la semilla del diablo le *había* pasado factura sobre su armazón. Su vellón se había vuelto áspero y frágil, y solo le brotaba en hebras fortuitas a todo lo largo del lomo. Carecía de valor económico. Si la hubieran conducido al tajo, la carne resultante habría sido incomestible y probablemente habría deparado a los consumidores un acceso explosivo de vómitos y flatulencias.

El cuerpo de Isabelle había perdurado a fuerza de voluntad únicamente: *No se puede matar lo que se niega a morir*.

Lo que tampoco dura nunca.

Era una tarde de domingo de finales de agosto. John tenía quince años. Acababa de terminar su ronda por el gallinero y estaba subiendo la cuesta para dispersar al grupo de Suffolks congregadas en la entrada de la choza de Isabelle. Las gallinas se dispersaron a medida que él se aproximaba, y tan solo las perras metían la cabeza dentro. En el interior, Isabelle estaba volcada de costado, arremetiendo con la testuz agitada contra una nube circundante de moscardas. El movimiento de su cráneo, en contraste con el peso muerto, como en un vivaque, de su cuerpo grotesco, le confería la apariencia general de una compañía de infantería acorralada en los últimos estadios sin remedio de un asedio inminente. Como la señora Kaltenbrunner y algunos de los asociados más maquinadores con quienes pronto empezaría a tratarse podrían haber monologado, era como si el señor Jehová se encaminase por fin a trasladar a la

señorita Isabelle a la otra orilla del río Jordán. Pero una mirada a Isabelle bastó para informar a John de que el río Jordán no era lo bastante grande. Un objeto en movimiento tiende a permanecer en movimiento, y que le asparan si ella no estaba a punto de tumbarse.

El pronóstico era evidente. Isabelle había sido desinfectada y vacunada contra todos los trematodos hepáticos y las sarnas ovinas que existían. No estaba enfermando de parásitos internos. Sencillamente se estaba muriendo. De vejez. Su maquinaria se había sobrepasado finalmente. No había nada que hacer.

Los tres días siguientes, John pasó varias horas con la espalda apoyada en la pared del cobertizo. Le arrancaba garrapatas del cuello y la alimentaba con elotes de la despensa. Ella embestía con la testuz contra la tubería de los cimientos cuando le sobrevenían accesos especialmente malos. John entonces empezaba a vislumbrar que Isabelle estaba en las últimas. La dejaba en el rincón y volvía un rato a casa. Al regresar la encontraba un paso más cerca.

El día definitivo hizo un último intento de ponerse en pie. John nunca olvidaría el modo en que ella se balanceó sobre sus ancas, estirándose hacia un lado y dando un bandazo hacia el otro, tratando de reunir suficiente ímpetu para asentar una pata en el suelo. Se incorporó a medias. Luego se bamboleó y cayó con estrépito de nuevo sobre su lecho. Una expresión de absoluto desprecio se reflejó en su cara.

Como premio a sus esfuerzos, John le dio casi medio kilo de chocolate esa noche. Sabía que probablemente habría muerto antes de que pudiese causarle estragos en su sistema digestivo. Isabelle mascó y baboseó sin ninguna vergüenza. Y por la mañana amaneció muerta.

John cavó un agujero en la cima de la colina. Arrastró el cadáver por sus rígidas patas traseras, a través del sorgo y del trébol,

abriendo a su paso un cauce en el terreno y dejando una zanja en forma de tobogán de treinta metros de lana desgarrada y tierra. La arrojó dentro del agujero. Las perras corrían en círculos alrededor de él mientras rellenaba la fosa.

Menos de veinticuatro horas más tarde, la radio difundió un aviso urgente de tormenta. John estaba sentado en el altillo cuando el cielo afuera se puso negro. El viento se levantó sin un origen preciso. La señora Kaltenbrunner lanzó un grito en la cocina. John bajó corriendo para ver qué pasaba. Había, en efecto, una alarma de tornado en todo el Pullman Valley, dijo. Lo habían localizado en Pottville e informaban de que estaba cobrando potencia, encajonado en la hendidura del río, y se dirigía derecho hacia Baker. Un grupo de meteorólogos transmitía en directo su trayectoria desde la cabina de una furgoneta que se desplazaba por la nacional 254. John escuchó la transmisión durante un minuto. La radio enmudeció de pronto. Las luces se apagaron. La casa empezó a temblar. Pensó en la cripta. Salió corriendo a la era. El viento estuvo a punto de derribarle. En el lindero del bosque se inclinaba una hilera de robles. Tierra y fragmentos volaban por todas partes. Trató de avanzar hacia el granero. Le golpeó una estaca que volaba a media altura. Cayó al suelo. A través del ruido oía a su madre gritándole desde el porche delantero. Miró a su alrededor. La entrada enmarcaba la silueta de la señora Kaltenbrunner. El vestido le volaba todo en derredor. La puerta a su espalda daba golpes sobre sus goznes. Su voz se perdió. John se levantó y prosiguió hacia el granero. A mitad del trayecto, el cielo se puso negro como tinta. El rugido allende la colina dobló su volumen.

El tornado apareció abajo, en la ribera del río. Se había abierto un camino por los bosques desde el norte, avanzando a ras de tierra a

intervalos. Cuando llegó al Patokah, en lugar de atravesar las aguas, su soplo se había pegado a la orilla y enfilado hacia el oeste, directo hacia la granja. John solo lo miró un segundo. Salió de la curva desventrando el suelo y destruyéndolo todo a su paso. Arrancaba de su tronco las ramas de árboles y las lanzaba al campo. Sobre el corral volaba toda clase de objetos. Se tiró al suelo. Una mesa de pícnic surcó el aire. La hamaca del porche salió proyectada cien metros y se perdió en el bosque. La estructura del granero se removió en sus cimientos. Saltaban bisagras como hojas de una agenda. Una rama del roble principal se estrelló contra la casa. Cables de alta tensión se desprendieron. John permaneció despatarrado en el suelo, con las manos detrás de la cabeza y cada músculo hecho un nudo tenso y anticipatorio. Todos los objetos a su alrededor fueron descoyuntados e incorporados a la estruendosa granizada de cestos de mimbre, ornamentos del corral, tierra, ramas y parras, todos flotando en un bramido ensordecedor.

Cuando cesó, el corral quedó en silencio. El tornado amainó río abajo. Una película de tierra empezó a posarse sobre el campo. Todo ser vivo en la granja asomó sigilosamente la cabeza desde cualquier agujero en que se hubiese refugiado. John, todavía de bruces sobre la gravilla, se inspeccionó los posibles daños. Hasta donde pudo ver estaba indemne. Se levantó. Hizo un recuento selectivo de estragos. El corral estaba devastado. Avanzó despacio entre los restos desperdigados de la pila de leña, examinó el tubo roto del desagüe colgado de un hilo desde la cornisa del tejado. Franqueó el arco sin puerta de la entrada. Recorrió el pasillo hasta la cocina. Encontró a su madre acurrucada en un ovillo fetal debajo de la mesa del café. Estaba paralizada de terror. La sacó a rastras de debajo de la mesa. Volvió a su sitio, lloriqueando. Las ventanas que había encima de ella se habían caído dentro. Había cristales en añicos por el suelo y

encima de las repisas. Los platos habían sido barridos del escurridor. Grandes pellas de barro del jardín de tomates del lado de la ventana habían sido proyectadas por el vano abierto y se habían adherido a la pared opuesta. Todo estaba hecho pedazos.

El panorama no era mejor afuera. Lo más importante, el granero estaba intacto; pero prácticamente todo lo demás se había ido al carajo. Lo que quedaba de las colmenas estaba diseminado a lo largo de tres kilómetros hacia el interior del bosque. La rama de roble que se había derrumbado sobre la casa estaba firmemente encajada en un cristal reventado de la segunda planta. Los cables de tensión caídos por el suelo no tenían corriente. La pared trasera del gallinero había sido completamente desencuadernada. Las ponedoras vagaban sin rumbo por los campos; a una de ellas la encontrarían luego en el tiro de la chimenea, con el cuello roto y atascada en el conducto de la ventilación. La incubadora se había desplomado. Todos los dispositivos de su interior estaban destruidos. El cobertizo de Isabelle estaba desparramado por toda la ladera. El falo de las mensajeras se había partido en dos. El jardín y los parterres habían sido arrancados de raíz. Las gallinas, manchadas de barro, se agrupaban en tropel junto al comedero volcado. El gallinero estaba arrasado. A las palomas no se las veía por ninguna parte. La lista continuaba. La granja Kaltenbrunner había sido casi aniquilada. En menos de un minuto, la tarea de todo un decenio había sido desarbolada de cuajo, dejando detrás tan solo una explanada de barro y desechos.

John no sabía por dónde empezar. Se sentó sobre un leño e intentó sacudirse la tierra del cabello. Luego se limitó a mirar al vacío un rato. Su último curso en Holborn comenzaba al cabo de cinco días. Faltaban cuatro meses para su cumpleaños, ciento quince días hasta la recta de llegada. El papeleo para su rebaño de

vacaciones ya estaba cumplimentado, el aumento de ejemplares y de producción diseñado hasta el último detalle. Pero ahora, con aquel desastre, tardaría meses en reconstruirlo todo y un año más en arreglar y sustituir la maquinaria estropeada. Y además estaba la cuestión del crédito. Habría que conseguir un préstamo. No estaba asegurado. Nada en la granja lo estaba.

El trimestre de otoño del instituto Holborn comenzó a mediados de la semana. La tarde del jueves, después de la escuela John aparcó a Bucéfalo en el camino de entrada y descubrió la furgoneta de su madre, que había vuelto de la fábrica varias horas antes. Detuvo el motor y entró a ver lo que pasaba. La señora Kaltenbrunner estaba tendida en el sofá con un trapo mojado sobre su cara pálida e hinchada. Se quejó de cefaleas y de accesos de vértigo. Llevaba una semana sufriendo desmayos, dijo. Estaba débil y le costaba ingerir alimentos. Esa tarde había perdido el conocimiento delante de su máquina y se había despertado rodeada de manos que le daban puntos, de personas con la cara borrosa e irreconocible al fondo de un túnel largo y oscuro. Una magulladura en forma de coliflor verde y amarilla se le había extendido por las nalgas en el punto del impacto. Estaba deprimida. John tapó con una manta la ventana rota, a la derecha del sofá, para obstruir la corriente. Encendió la radio y calentó una taza de leche, y después se sentó en un taburete a observar a su madre mientras la tomaba. Veinte minutos más tarde se quedó dormida. Salió del cuarto en silencio y volvió a su trabajo en el corral.

Una hora después oyó un grito inesperado en la casa. Lo dejó todo y corrió al interior. Encontró a la señora Kaltenbrunner en el suelo, presa de arcadas incontenibles y arrastrándose por la alfombra hacia la cocina. Sudaba copiosamente. Farfullaba

disparates. John la levantó del suelo y la transportó al sofá. Después de adecentar la habitación, se sentó a vigilar a su madre. Su respiración era agitada. Parecía que le faltase el aire. Esta vez le preparó un cóctel de ginebra y se quedó en la alcoba después de que ella se hubo dormido. Colocó un cazo de hojalata a su lado. Esperó. Durmió de un tirón toda la noche, gimiendo de cuando en cuando y moviendo los ojos por debajo de los párpados apretados. A las tres de la madrugada se oyó en los bosques, hacia el norte, un disparo de fusil que despertó a John con un sobresalto. La señora Kaltenbrunner no se movió. Su ritmo respiratorio era superficial y errático. John deambuló por el cuarto rumiando sus pensamientos. No lograba sosegarse. Su mente no se detenía. Había cazadores furtivos en los bosques. Se sentó en el porche a fumar baratos cigarrillos caseros y a ver pasar las locomotoras diésel de dos mil ochocientos caballos de vapor por la ribera opuesta, remolcando una larga fila de vagones de carga hacia el oeste. Al alba vio pasar dos bandadas de gansos canadienses, formados en pico, como un V en números romanos, hacia el sur, hacia los fustes tubulares de las chimeneas del Baker industrial. Seguía plenamente despierto.

A eso del mediodía, como su madre seguía sin despertar, se inquietó y llamó a un médico. Al cabo de una hora se presentó un doctor con un monóculo de montura niquelada y una cojera aguda. Llevó su maletín negro al cuarto de estar y sometió a la señora Kaltenbrunner a un examen que duró cinco minutos. *Depresión nerviosa*, diagnosticó. Nada grave. Setenta y cinco dólares, si es tan amable. John lo expulsó de la casa sin darle siquiera diez centavos. Un dictamen semejante se lo podían dar en la gasolinera, gritó. El doctor se marchó en su automóvil con las manos vacías.

John deambuló por la habitación un rato. Después llamó a otro médico. Este era tan miope que tardó tres horas en encontrar la

granja. Cuando por fin llegó, había recorrido cada finca del extremo norte del valle en busca de la dirección correcta. John hervía de impaciencia. En esta ocasión el diagnóstico de su madre fue simplemente «fatiga». Ciento treinta y cinco dólares. John hizo todos los esfuerzos posibles para no descolgar el Winchester. Le dijo al doctor que no insultase a su inteligencia y que se fuera al infierno. Comprendió enseguida que no cabía esperar nada de aquellos homeópatas de venta por correo. Lo mismo podría haber mandado a su madre a la cabaña de los wapiti para que la purgaran de sus grasas. Era increíble.

La señora Kaltenbrunner osciló entre lapsos de consciencia e inconsciencia la noche siguiente. Cuando volvió en sí, fue solamente para murmurar una proclamación semidelirante sobre su Singer negra con el ribete de pan de oro. John la mantuvo acostada y empapuzada de alcohol. No comía nada. Mientras dormía, él la estudiaba minuciosamente con la esperanza de determinar el fallo en su organismo. Se estaba operando en ella algún tipo de cambio: su aspecto físico se había alterado, aun cuando la alteración progresaba desde los bordes hacia dentro y no era inmediatamente discernible. No podía tocarla con el dedo. La cara de su madre parecía haberse ablandado formando una pasta gelatinosa. La piel le colgaba fláccida del hueso, se extendía sobre su esqueleto y se aplanaba contra los cojines del sofá. Parecía más pesada de lo que él recordaba, aunque no podía asegurarlo. Nada era visiblemente discernible al principio.

Pero cuando despertó a la mañana siguiente fue algo claro. El estado de la señora Kaltenbrunner había adquirido un sesgo inconfundible hacia lo peor en el curso de unas pocas horas. Era como si hubiese estado gestando la forma de un colinabo durante

toda la noche. Era nauseabundo. Había llegado el momento de la sala de urgencias.

Las líneas de teléfono estaban averiadas de nuevo, habiendo estado en servicio e inservibles desde el paso del tornado. No se sabía cuándo estarían reparadas. La situación no permitía esperas. Limpió la parte trasera de la furgoneta de su madre y la transportó, con un brazo de ella encima de su hombro, y el grueso de su peso recostado contra John, escaleras abajo y a través del corral. La furgoneta tenía una palanca de cambios. Nunca la había conducido. No había conducido un coche de verdad en su vida. No tenía todavía la edad legal. Estudió las marchas mientras acomodaba a su madre en el asiento de atrás. La tapó con una manta. Recordó un relato que su padre había escrito sobre un leñador que había quedado atrapado por un árbol caído y que había aserrado su propia pierna pillada a la altura de la mitad del muslo, había subido a rastras un repecho de cuatrocientos metros hasta su camión —con palanca de cambios— y conducido hasta el hospital más cercano, a cincuenta y un kilómetros de distancia. Si aquel leñador había podido hacer eso con una sola pierna dentro de una bolsa de lona y todos los nervios de su cuerpo galvanizados por un sufrimiento indescriptible, él también podía hacerlo, se dijo a sí mismo. Manipuló con la llave de contacto. Su madre musitó algo en el asiento trasero.

El motor se le caló dos veces en el camino de grava que llevaba a la carretera. El neumático delantero derecho encalló en una zanja, en un momento dado, y el vehículo, tras varias sacudidas, se quedó atascado. Orientó el volante de nuevo hacia el camino y prosiguió ruta. Ya en la carretera, siguió a un remolque cargado de tubos por el paso elevado rumbo a Baker. El remolque giró hacia un muelle de descarga en mitad del trayecto hacia el centro y John perdió a su escolta. Cruzó los dos semáforos siguientes sin ningún problema.

Todo iba bien. Era como pilotar a Bucéfalo, solo que un poco más rápido. Cruzó la intersección de la calle 11 y estaba a punto de enfilar el último trecho que llevaba al hospital cuando surgieron los gnomos.

El viejo Studebaker elevado, con una maraña de cañas de pescar y baldes de hojalata rebosando de su maletero abierto, salió sin previo aviso del sendero de gravilla del puesto de carnada de Baker. John oyó al conductor que se acercaba a gritar a los niños sentados en el asiento de atrás un instante antes de que los vehículos chocaran. El estruendo repercutió en kilómetros a la redonda. El impacto impulsó bruscamente la cabeza de John hacia delante. La cara atravesó el cristal del parabrisas. La señora Kaltenbrunner fue proyectada contra el respaldo del asiento de John y se quedó empotrada en el suelo. John sintió que un torrente caliente le cubría la cara y percibió el inconfundible gusto salado de su propia sangre. Más allá de los hilos de telaraña que formaban el cristal del parabrisas, una densa humareda negra salía del bloque del motor diésel golpeado del otro vehículo. A través del humo pudo ver a cinco o seis gnomos apeándose de su camioneta y peleando entre ellos. John abrió de una patada su portezuela. Se apeó y acudió en ayuda de su madre en la parte trasera. Ella mantenía intactos todos sus miembros. Él la incorporó del suelo y con mucho cuidado la reinstaló en su sitio. Uno de los gnomos más jóvenes se asomó por detrás mientras lo hacía. John se volvió, con la cara y la camisa empapadas de sangre. El vikingo retrocedió un paso, titubeó y a continuación empezó a vomitar veneno.

Los demás sucumbieron a un ataque de nervios. El más pequeño chillaba y corría en círculos alrededor del automóvil. El padre escupía y maldecía con su labio inferior colgante, un par de gafas de soldar ajadas en torno al pelo negro y grasiento y su corpulenta barriga de

siluro y mayonesa atada en el centro de su protuberancia por un resquebrajado cinturón de vinilo. Parecía un simio aquejado de una infección genital en pleno frenesí masturbatorio. Uno de los niños más pequeños cogió una red de pesca del maletero y la enarboló en dirección a John con gesto amenazador. Los demás seguían gritando y limpiándose la tierra de la cara. John no entendía una sola palabra de lo que decían. Renunció a toda esperanza de comunicarse con ellos. Se recostó y apretó un trapo contra el borboteo de su frente. Alrededor continuaba el histrionismo aborigen.

A ambos lados de la calzada empezaban a congregarse manadas de lugareños que se apretaban contra las ventanas y se aglomeraban en la acera. La entrada de las viviendas 7-11 estaba llena de ancianas. Los hombres de la ferretería hablaban entre sí, gesticulando hacia arriba y abajo de la carretera. La cajera del comercio de cebos fue la única que se aproximó. Tenía los dedos sucios de aplastar lombrices. John se preguntó si habría presenciado el accidente. No había visto nada. Estaba *perdido*.

Llegó la policía. Los gnomos se agolparon alrededor de los dos agentes agitando los brazos en dirección de John. Uno de los agentes se acercó a interrogarle. John respondió que les haría un informe completo en cuanto pudiese, pero que antes necesitaba una ambulancia para su madre. El agente hizo caso omiso de su petición y le exigió el permiso de conducir y la documentación del coche. No tenía ninguna de las dos cosas: lo único que quería era una ambulancia. El agente le dio media vuelta y lo derribó. Los espectadores enloquecieron. El grupo formado ante el 7-11 crecía por minutos, con sus caras alineadas en fila, las manos gesticulantes y las mandíbulas batientes. El segundo agente se introdujo en la furgoneta para liberar a la señora Kaltenbrunner. Ella se revolvió salvajemente. Él insistió. Ella le encajó en la cara el tacón de un

zapato. Él retrocedió tambaleándose, y se llevó la mano a un labio con bigote. Fue a buscar su pistola. Ella empezó a chillar y a aporrear el asiento. Sus gritos, elevándose, retumbaban en la calle como un cuerno de aire. La conmoción general cesó. La cháchara de la multitud se fue apagando. Hasta los gnomos cerraron el pico. De repente reinó un gran silencio. Solo se oía el chillido espeluznante que salía del asiento trasero. Todo el mundo miró a John. Una vez más, dijo al agente que necesitaba una ambulancia.

Cinco minutos después llegaron los servicios médicos. John había sido esposado y metido en la parte trasera de un coche patrulla. Fuera, en la calzada, los operarios de la chatarrería estaban fijando ganchos en la furgoneta de la señora Kaltenbrunner para remolcarla. El aire apestaba a motores recalentados y caucho quemado. Tres miembros del personal médico discutían con los agentes debajo de una señal de tráfico. Al término de su disputa, John fue transferido a una ambulancia. Cuando le transportaban al hospital, vio desaparecer a los gnomos por la ventanilla de atrás. Se sentó directamente al lado de su madre durante todo el trayecto, controlando su respiración, observando su rostro y preguntándose, ante todo, cómo se habían metido en aquella situación.

Cuando la ambulancia llegó a la puerta de ingresos, ataron a la señora Kaltenbrunner sobre una camilla azul con ruedas y se la llevaron a la sala de urgencias. John fue escoltado, con las esposas puestas, al vestíbulo.

Impregnaba la sala de espera el olor de disolventes y desinfectantes de limpieza: aquel hedor inmundo y demasiado conocido de amoníaco y productos de retrete que te abrasa los conductos nasales en su camino al cerebro y que reduce el transcurso del tiempo a un lento avance dispéptico. John siempre mantuvo que era

aquel olor, más que cualquier otra cosa, lo que hacía una hora en el hospital de Baker equivalente a seis en el mundo real.

Estaba sentado en una silla de rejilla cerca del escaparate de la tienda de regalos con un muestrario de orquídeas de plástico plantadas directamente delante de su cara. Tenía la parte superior de su cuerpo empapada de gruesas costras negras de sangre coagulada. La sala estaba llena de parientes desprevenidos y conocidos de pacientes ingresados. Le miraban con curiosidad y preguntaron al agente que le custodiaba por qué no le habían atendido. El agente se rio e hizo unas cuantas bromas. John no supo exactamente lo que dijo, pero entreoyó claramente una pulla sobre conducir borracho y la destrucción de varias vidas. El agente dijo acto seguido a todo el mundo que no se inquietaran, *los delincuentes no recibían un trato especial en Baker*. Lo cual disipó toda conmiseración por el estado de John. Independientemente de lo que hubiera dicho, lo que era evidente es que la gente se lo había tragado sin rechistar, ya que minutos después todos miraban hacia John desde todos los puntos de la sala. La animosidad era apabullante. Miró en torno y trató de captar la situación, pero no logró aceptar el testimonio de sus propios sentidos. No era posible que aquello estuviera ocurriendo, no podían haber *creído* de veras el cuento de que conducía ebrio. Era increíble. Se esforzó en mostrarse impasible, pero a duras penas consiguió ocultar su estupefacción.

Una familia que estaba al fondo se mostró especialmente hosca. Por lo que alcanzó a entender, un hermano o un hijo o un tío había tenido un accidente de bici a primeras horas de ese día y le estaban atendiendo de las contusiones. Llevaban horas allí sentados, manoseando sus botes de soda y chinchándose mutuamente. Estaban muertos de aburrimiento. John era lo mejor que les había acontecido en toda la jornada. La madre no era tan mala; en

realidad no parecía interesarse por nada. No hacía más que fumar en cadena cigarros Virginia Slims, con un aspecto gris como hígado viejo. Pero el padre y los dos chicos eran irascibles. El padre empezó a soltar sermones sobre los peligros y las consecuencias de beber aguarrás viejo de la bodega. *Mirad lo que ha hecho ese bastardo*, decía, señalando a John. Todos se rieron. Luego el chico mayor se atascó en la frase del día, que repitió una y otra vez, *ad nauseam*: *Es una nación bajo Dios, una nación bajo Dios, una nación bajo Dios*, significara lo que significase. Los tres continuaron soltando los chistes más idiotas y convalecientes que John había oído en su vida. No podían levantarse e ir a beber en la fuente de agua sin hacer algún comentario sobre el mentecato de la esquina. El agente de guardia finalmente se sumó a la cantinela. No tardó en secundarla la sala entera.

La cosa se prolongó durante más de una hora, y cada vez iba empeorando. Hubo un momento en que una mujer de la limpieza entró desde el pasillo y regañó a John por manchar la silla con toda aquella sangre. Su observación suscitó una oleada de risas satisfechas en toda la habitación. A todo el mundo le divirtió la ocurrencia. Se lo tenía merecido, dijeron. *Sucio degenerado... de Pottville, seguramente. Un degenerado de Pottville, o todavía peor: de la ralea más puerca del mundo. Un parado, sin duda. Posiblemente cobra el subsidio... Tiene pinta de rata de río. Una facha asquerosa...* Arremetieron contra él. La mujer de la limpieza sacó partido de la excitación y asumió el protagonismo. Se transformó en una corista de tercera, y la sala de espera en la platea de un vodevil barato. Le ordenaron que volviera al retrete de donde había salido. Le llamaron aborto. Imploraron al guarda que le diera una bofetada, le zurrara un poquito, *le soltara un garrotazo*... No cejaban, procurando superarse unos a otros. La recepcionista se

sumó al hostigamiento. Después una bruja metodista que pasaba, la florista, otra criada: *hasta el cuerpo de conserjes se estaba corrompiendo*... John no daba crédito a sus ojos. La mujer de la limpieza giraba alrededor con una fregona prendida en el puño. Familias enteras se partían en dos y se desternillaban de risa. El agente de custodia paseaba una mirada de suficiencia por la sala y sus ocupantes lenguaraces, con sus dentaduras de cháchara, sus peluquines moviéndose, sus marcapasos forzándose, sus intestinos removiéndose. Era de un grotesco sin límites; como John acuñó al respecto, una «disfunción antropoide». Empezó a replicarles a gritos, diciéndoles que no entendían. Nadie le escuchaba. Le lanzaban tazas de plástico y esbozaban muecas. El agente le dijo que se callara.

Cuando la mujer de la limpieza le pasó la fregona por la cara, John no pudo más. Le asestó un puntapié en la entrepierna. Ella cayó al suelo. El vestíbulo explotó. Antes siquiera de que la mujer tocara el suelo, todos los demás se habían echado encima de John. Cayó de costado y levantó las esposas para protegerse el rostro. Alguien le pateaba las costillas. La porra del agente descargó sobre su espalda. De todas partes le llovían pies, puños y piezas de mobiliario. Se le abrió de nuevo el corte en la frente. Intentó escabullirse por debajo de la silla. Le agarraron por un pie y le arrastraron hasta el centro de la sala. Le dieron una buena tunda. Le azotaron en la alfombra. Alguien le escupió y dijo al guardián que lo matara. Lo procedente era ahorcarlo en público, dijeron. Venga, acabemos con él. *Ningún jurado les condenaría*.

Finalmente le habían despegado del suelo y le habían arrojado fuera de la puerta. Le metieron en un coche patrulla con la chusma pisándole los talones. Le embarcaron en el asiento de atrás y le llevaron a la oficina del sheriff. El agente que le custodiaba no paró un minuto en todo el trayecto a través de la ciudad. Recitó una lista

de los delitos que iban a imputarle a John, el último de los cuales era agresión con lesiones. Las fotos obtenidas más tarde de los archivos de la policía muestran a John con la expresión de un ciervo deslumbrado por faros de automóvil estampada en su rostro devastado, con el cuello y el escote embadurnados de sangre y un moratón abultado de color verde espliego en la mejilla izquierda. La celda oscura en que por último le arrojaron le pareció un santuario comparada con el mundo exterior, y un ángel el ladrón de cosechas, de doce años de edad, que había dentro. No le habría importado permanecer en aquel calabozo durante toda la semana siguiente; confiaba en que, con un poco de suerte, todos los cargos se revisarían y no le quedaría alternativa.

Pero no fue eso lo que sucedió. Nueve horas más tarde, por el contrario, estaba en libertad. El sheriff Dippold anunció que no podían dejarle morir de hambre, pero que John no valía su peso en gastos de cañerías. Le echaron de la comisaría en mitad de la noche. Al ladrón de cosechas lo dejaron pudriéndose en su calabozo. Eran las tres de la madrugada del 7 de septiembre.

Recorría la 254 en la oscuridad, entumecido y tiritando. No había nadie en la carretera a aquella hora. Los pocos camiones de transporte que pasaban se hubieran santiguado a lo largo de toda su ruta con solo verle. No le habían dado ni un mendrugo de pan en el calabozo. Llevaba la misma ropa manchada de sangre. Al llegar a casa descubrió que una manada de perros salvajes habían salido del bosque y acabado con seis ponedoras. Había plumas y sangre desparramadas por todo el corral, testimonio de una lucha prolongada. Las dos perras estaban preñadas y no habían podido guardar el perímetro en su ausencia. Varios mapaches habían devorado los nidos comunales y ahora se dedicaban a saquear la

cocina. Por todo el pasillo había bolsas de pan a medio comer y restos de maíz. Su madre no estaba en casa. Casi esperó que el armazón de la casa se derrumbase sobre su cabeza. No se habría movido.

Lo demás es muy sencillo. Rebuscó por la cocina ennegrecida, encontró la única botella de licor que había en la casa, encendió una vela en la mesa del cuarto de estar y procedió a perder la conciencia de todo lo más aprisa posible. Emborracharse le llevó veinte minutos. Lo único que recordaba de aquella ocasión era que miraba vacuamente una foto de su padre encima de la mesa. Por lo demás, no hizo otra cosa que dar largos tragos nauseabundos de la botella y observar el parpadeo de la luz de la vela en la habitación. Se notaba rotos todos los huesos del cuerpo. Los sucesos del día le habían sumido en un estado de trauma corporal y psicológico. Se hacía extraño disponer de tiempo para sí mismo; no solo un momento, sino cantidad de tiempo, y sin que cada instante se le echase al cuello. De haber podido, habría reunido unos cuantos de aquellos momentos y los habría guardado en una cajita, para uso futuro.

Las arpías metodistas de Baker probablemente han existido siempre, en una forma u otra: sus equivalentes corroen como un cáncer toda sociedad. Pero la tropa concreta de sociópatas portadoras de canastas que John llegaría a conocer demasiado bien con motivo del ingreso de su madre en el hospital general de Baker estaban unificadas y acreditadas a raíz de la disputa jurídica posbélica entre la municipalidad de Baker y la compañía ferroviaria B&L.

Topográficamente, los raíles ferroviarios junto al Patokah enfilan hacia el sur desde la ribera justo al rebasar la viga de soporte suroeste del paso elevado de la 254. Prosiguen su curso a través de la fábrica de cereales y los astilleros del norte, trazando una franja diagonal de veinte metros sobre el distrito noreste de Baker, desde la calle 1 hasta la 4. Durante la expansión industrial, después de la guerra, los depósitos ferroviarios del Pullman Valley habían sido un hervidero de comercio regional. Baker fue *el* puerto central de intercambio para los condados de Tanner, Bolling y Cooke durante ocho de los años más activos que esta zona del país ha conocido. Trenes de mercancías sobrecargados, algunos de ellos de hasta once kilómetros de longitud y reptando a un paso de caracol, solían separar un extremo de la población del otro durante más de treinta minutos seguidos. Ello provocaba que en numerosas ocasiones las ambulancias del hospital general de Baker solicitadas para urgencias médicas por el flanco norte del valle se vieran retrasadas *en route*, cortadas de su punto de destino, con consecuencias a menudo graves y hasta fatales para los pacientes. Siguió una batalla jurídica. Antes de que los tribunales dictaran en última instancia una serie de

mandamientos limitando la longitud y la velocidad de todo el tráfico ferroviario de entrada y de salida, una red de «socorristas» había fundado su capítulo inaugural en Baker: la mayoría de sus componentes eran mujeres de edad de la iglesia metodista. Ahí aparecieron las arpías metodistas. El grupo se convirtió rápidamente en una organización. Sus miembros recibían una instrucción inicial en primeros auxilios y se turnaban constantemente en servicios de emergencia en todo el valle, de forma que cada vez que un equipo oficial hospitalario se veía entorpecido por el paso de un tren, ellas brindaban en cuestión de un momento un alivio temporal. Idealmente, se trataba de que, por lo menos, a toda hora hubiera una socorrista en estado de alerta permanente a dos minutos de distancia de cualquier dirección de Baker situada al norte de las vías. Tal era la directriz original de las arpías. Pero a medida que engrosaban sus filas, sus actividades fueron expandiéndose. Con el tiempo empezaron a pasar el grueso de la jornada yendo de puerta en puerta, del hospital a la funeraria, para repartir guisantes en lata y puré de patatas a los afligidos de la ciudad. En el curso de los años aprendieron a peinar pelucas, quitar dentaduras postizas, cambiar pañales, hacer recados, repartir flores, prestar consuelo espiritual a los necesitados y alertar al hospital cuando los destinatarios de comidas a domicilio no respondían al timbre de la casa.

Por muy caritativos que puedan parecer superficialmente sus desvelos, *hay* otra cara de la moneda. La aversión crónica de John por las arpías puede que fuera solo visceral. Muy bien podría ser el caso. Pero puede que también fuera consciente de ciertos hechos elementales que han sido relativamente bien encubiertos a la opinión pública. Como por ejemplo: desde el advenimiento de la campaña de «socorristas», la primera iglesia metodista del Pullman Valley ha requisado bienes y primas de seguros de vida por valor de

más de dieciocho millones y medio de dólares. La mayoría de estas ganancias han sido adquiridas —legadas al reverendo Terrence White— mediante consultas de moralidad dudosa en el lecho de muerte de enfermos o desahuciados. Resulta que el reverendo White mantiene bajo siete llaves el registro del hospital general. En cuanto se diagnostica que un paciente es incurable —con todas las verificaciones clínicas intactas, por supuesto—, reúne a un grupo de arpías y les encomienda el caso. Empiezan por presentarse ante el lecho designado portando ramos de flores, pasteles de avena e influencias de mesa de café. A lo largo de las semanas siguientes, se establece una lenta confianza entre las arpías y el doliente sedado, tras lo cual operan un súbito viraje y emprenden una táctica de mano izquierda, engatusamientos y, de ser necesario, intimidaciones, para desposeer al afligido de tantas posesiones terrenales como esté dispuesto a ceder so pena de las llamas del infierno. Para cuando sobreviene el desenlace natural, no es infrecuente que el reverendo White salga del funeral con una casa entera a su nombre. Una o dos semanas después del entierro, se celebra una subasta muy concurrida por gentes de todo el condado. El producto de las ventas va a parar a la iglesia y está, por ende, exento de impuestos. Dicho sea una vez más, esto supone dieciocho millones y medio de dólares en algo más de cuatro decenios: el doble de los ingresos de las iglesias baptista y católica de la comarca juntas. Una y otra vez, los metodistas se han apoderado de miles de dólares en mercancías, utilería agrícola, maquinaria, joyas y bienes inmuebles. Su logro supremo hasta la fecha lo constituye la adquisición de una granja de productos lácteos en pleno rendimiento, propiedad de una paciente de Alzheimer llamada Blair Kuntz. Por la época en que el fallecimiento de la señora Kuntz era inminente, llevaba años sin participar en las transacciones de su

familia; para entonces se hallaba desplomada sobre una silla de ruedas en un centro para jubilados del Greene County. No había hablado una sola palabra en siete años. Sin embargo, las arpías aparecieron en escena en cuanto se conoció el pronóstico y, en la última semana de vida de la paciente, se las ingeniaron de alguna manera para conseguir varias firmas importantes referentes a la titularidad de su finca. En cuanto se produjo el óbito, los familiares de la difunta, sin sospechar nada, acudieron a los tribunales para aclarar el embrollo, pero, con infinita incredulidad e indignación, como todos los papeles pertinentes estaban en orden y como el reverendo White ejercía una influencia considerable sobre el juez, el jurado y la plantilla general del juzgado, se vieron desposeídos de cada centímetro cuadrado de la granja donde habían nacido y se habían criado. Como no obedecieron a la consiguiente orden de desalojo, fueron sistemáticamente avisados, multados, amenazados y, por último, expulsados por la fuerza. Dos de ellos incluso fueron posteriormente encarcelados por resistencia contumaz a la ley. Y más tarde les llegó una avalancha de costas judiciales que tardarían años en pagar. Habían sido estafados en toda la regla. Y no fue el único caso. Hubo muchos otros... Todos merecen su crónica. La aversión de John, por tanto, probablemente era más instintiva. Siempre consideró a las metodistas, ante todo, necrofílicas encubiertas, y *luego* mañosas evangélicas. Creía que sus móviles económicos eran secundarios, que había algo más que dinero en sus actividades. Tenía que haberlo. *Eran voluntarias*. Con su celo misionero estaban alimentando algo más horrendo e insaciable que la faltriquera del reverendo. Puede que realizaran sus tareas en nombre de la caridad cristiana, pero, para John, lo que las movía realmente era el afán de presenciar todo lo que se ajaba y fenecía.

De lo que se deduce que comprendiera que el estado de su madre debía de ser grave cuando despertó a la mañana siguiente y se encontró con una arpía de pie a su lado.

Cuando despertó, una luz matutina entraba por la ventana y bañaba los objetos desperdigados de la habitación. Abrió los ojos, incitado a la conciencia por la sensación extrañamente molesta de que le estaban observando. Detrás de las perneras rotas de su pantalón y de la botella de licor de endrina volcada sobre el taburete, una mujer de hombros anchos y bastante corpulenta, con un vestido de poliéster rojo, le miraba desde arriba con una pecera de cristal de tamaño mediano en las manos. Dentro de la pecera, un pez solitario trazaba círculos. Nadaba de un lado a otro, contra el telón de fondo ampliado de las costuras de una blusa. John miró a la mujer. Supo en el acto que era una arpía metodista: el arco predatorio, canino, de su frente la delataba a distancia. Era una socorrista arquetípica, con toda su astucia malamente solapada, aunque no era tan vieja como las otras. Probablemente estaba hacia la mitad de los cuarenta. Había comenzado su carrera eclesial bastante pronto.

Hortense, dijo. Su nombre era Hortense.

Permaneció mirándole más de un minuto y luego puso la pecera en la mesa y se sentó al lado de John. Sacó de su bolso un sobre grande. Dentro había varios certificados médicos. Los extendió sobre la mesa. Él los miró.

Al parecer, a la señora Kaltenbrunner le habían diagnosticado la «enfermedad de Cushing», un síndrome «resultante de una hipersecreción de la corteza suprarrenal en la que hay una producción excesiva de glucotiniodes». Se presumía que la causaba «o bien un tumor de la glándula suprarrenal, o una estimulación excesiva de dicha glándula como resultado de hiperfunción de la

pituitaria anterior». Entre los síntomas figuraban «pérdida de proteínas, adiposidad, fatiga y debilidad, osteoporosis, amenorrea, impotencia, fragilidad capilar, crecimiento excesivo del cabello, diabetes mellitus, decoloración y turgencia (plétora) de la piel, estrías dérmicas purpúreas...». No siguió leyendo. Depositó los papeles y preguntó si algo de todo aquello tenía realmente sentido. Hortense dijo que había pensado que él quizá reaccionaría así; de hecho, por eso había ido a verle, para explicarle las cosas en términos profanos.

La enfermedad de Cushing, comenzó, era un síndrome muy difícil. Ella ya lo conocía de antes. Era feo, físicamente devastador y muy imprevisible. Se puso a describir el test de dexametasona efectuado con la señora Kaltenbrunner la víspera, y los resultados obtenidos en el laboratorio esa mañana. Si bien su expediente había sido entregado a un especialista para un chequeo más riguroso, cabía la posibilidad de que en efecto se tratara de la enfermedad de Cushing. Haría falta un examen endocrinológico completo, con análisis exhaustivos de sangre y orina, etc., etc., etc. John seguía sin entender. No tenía idea de adónde iba a parar todo aquello.

Entonces vino *el rollo*, después del cual comprendió perfectamente. Hortense empezó diciendo que los meses venideros iban a ser muy difíciles para todo el mundo. Las cosas se iban a volver muy pronto totalmente insoportables. Al cabo de una semana, sería demasiado doloroso ver el aspecto de su madre. John tenía que entenderlo. Todos tendrían que permanecer unidos y tener confianza en Jesucristo para salir adelante... *pero*, dijo Hortense, volviéndose hacia él, y *aquí viene* —pensó él—, *pero*, desgraciadamente, iba a hacer falta algo más que ayuda del Señor para afrontar los gastos prácticos. Mucho más. John tenía que hacerse cargo de que aquellos análisis eran costosos. El seguro de

enfermedad de la señora Kaltenbrunner, en la medida en que ellos lo supieran, no los cubría. Fue entonces cuando pidió echar una ojeada a la situación económica de la familia. *Si* a John no le importaba.

La echó de la casa incluso más rápido de lo que había tardado en expulsar al doctor dos días antes. Más adelante reconocería que seguramente habría sido mejor para él y para todas las personas implicadas si la hubiera matado de un disparo *in situ* y despachado el asunto. *Más vale ser juzgado por doce que procesado por seis*, como dice la expresión coloquial. Pero no le disparó. Se limitó a perseguirla hasta el metodistamóvil y la alejó de la granja con un aluvión de amenazas. No había sitio para vampiros en su finca, le gritó. Por una vez en su vida se habían equivocado de domicilio. A él no iban a ponerle a prueba, le advertía. No vuelva *nunca*.

Cuando se marchaba, ella bajó la ventanilla y le miró. Sugirió, con una voz reposada y monótona, que simplemente estaba disgustado. Era comprensible. A juzgar por su aspecto, de todos modos, buena falta le hacía una ducha. Después se sentiría mejor. En cualquier caso, que no se preocupara, porque no pasaría mucho tiempo sin que los dos se vieran muy a menudo. Ahora eran de la familia. Y hablando de familia, *¿se daba John cuenta de hasta qué punto se parecía a su padre?*

John se detuvo, paralizado. Notó que se le caía la mandíbula, que enarcaba la frente. Vio que Hortense le examinaba con una sonrisa fría. El cerebro de John tardó un minuto en encajarlo. El último comentario no le entraba del todo. No era asimilable. Se sentía como si le hubieran asestado un puñetazo a traición y ahora estuvieran apreciando si era duro de mollera. Hortense continuaba mirándole. No cejaba. Parecía haber dado exactamente con lo que estaba buscando. Se demoró otro minuto. Luego reaccionó, con una extraña expresión satisfecha. Subió la ventanilla y se alejó en el

coche. John la vio alejarse. En cuanto el automóvil hubo desaparecido, se quedó a solas en el corral demolido, con la declaración final de la arpía resonando en su cabeza.

Como se habría podido esperar, el pececillo no sobrevivió a esa tarde. Sin alimento ni vegetación apropiados, era poco más que una bomba de relojería de veinticinco centavos. John estaba convencido de que su muerte había sido intencional, que Hortense lo había planeado de aquel modo. Lo tomó por un insulto directo, aunque esquivo; mensaje recibido. Qué típico de una arpía presentarse en tu puerta con una criatura de Dios que boqueaba agonizando.

Fue al cuarto de baño para arrojar al pez por la cisterna, pero descubrió que, además de no funcionar el teléfono y la electricidad, también estaba cortado el suministro de agua. Las cañerías estaban rotas. No había ducha. Salió de la casa. Bajó la cuesta hasta el río. Las secuelas del tornado todavía eran claramente visibles por doquier. Tres o cuatro árboles habían sido abatidos. Uno de ellos se había partido en dos y colgaba del tronco, pendiente de una hebra. Había una zanja amplia excavada en la orilla. Alrededor de sus bordes, la vegetación y las ramas colgantes formaban constantemente arcos curvados por el viento. Las demás partes de la granja se hallaban en un estado semejante. Acababa de acometer los arreglos generales cuando habían comenzado los problemas.

Arrojó el pez al río y observó cómo se hundía. Arriba de los caminos, en la ribera opuesta, una hilera de árboles se extendía hacia el pie de Gwendolyn Hill, en cuya cima unas excavadoras araban la tierra. Una de ellas rastreaba el emplazamiento donde había sido erigida a toda prisa la primera iglesia cristiana del valle. Las tejas rojas originales de la cúpula descansaban sobre un anaquel en la cripta. El resto de la construcción estaba en algún lugar de la

capital. La habían fundado en 1787. Lo que no significaba absolutamente nada. Tenía más o menos el mismo sentido que la enfermedad de Cushing. Todo parecía inútil.

Se zambulló en el agua. La corriente le envolvió como un guante frío y mojado. Emergió tiritando. Nubes de barro le removían los pies. La mugre y la sangre desprendidas de su cuerpo se alejaron fluyendo en una película aceitosa. El agua calmó el dolor en sus costillas. Era una tregua momentánea.

No hubo noticias de la señora Kaltenbrunner durante los seis días siguientes. En ese tiempo, John hizo todo lo que pudo para reconstruir la granja. Pero mientras trabajaba tenía la impresión de que cada vez que terminaba un arreglo, inmediatamente se desmoronaba otra cosa, y de que el proceso de ruina comenzaba a sobrepasar el de reconstrucción. Era como si cada objeto que se mantenía en pie en la finca hubiera sido sacudido hasta su punto de ruptura y ahora solo esperaba la primera brisa del otoño para derrumbarse. Por todas partes había caños de desagüe que se caían, cristales de ventanas que reventaban, cuadros que se descolgaban de la pared. Hubo un momento en que una parte del tejado se vino abajo, arrastrando a la veleta negra del lado de la chimenea en su caída en medio del altillo. El pasillo estaba lleno de un revoltijo intermitente de objetos descompuestos. No daba abasto.

Cuando un operario vino la segunda tarde a examinar las tuberías del agua, John le advirtió de que tuviera cuidado con la caída de objetos mientras trabajaba. El hombre salió indemne, pero cobró todos los fondos que John guardaba escondidos en un aparador. No quedaba dinero en metálico en casa. La fontanería estaba arreglada, pero el teléfono seguía averiado. El gallinero estaba fortificado contra nuevos ataques, pero una hueste más numerosa de

mapaches había invadido la cocina. El cobertizo de cereales estaba lleno, pero los comederos habían sido destruidos. Las ponedoras estaban mudando las plumas, pero John no tenía ganas de aplicar el hacha al tajo. La brecha de su frente se había cerrado, pero tuvo que volver a abrirla con un cuchillo de mantequilla para extirpar una esquirla de cristal que tenía todavía incrustada bajo la piel. Las perras estaban a punto de parir. Las mensajeras se estaban volviendo ingobernables. Isabelle había muerto hacía quince días y toda la granja parecía empeñada en seguirla a la tumba. Era una pesadilla.

El deterioro continuaba.

La mañana del séptimo día John había rebasado de nuevo el número permitido de ausencias escolares sin justificar. El mismo agente que le había custodiado en el hospital se presentó en la puerta delantera con un rastro de olor a bolas de naftalina y calcetines altos hasta las rodillas. Al ponerse la chaqueta minera de su padre, John lanzó una mirada a su alrededor y se preguntó si la casa seguiría en pie cuando volviese más tarde aquel día. Observó cómo desaparecía su estructura desvencijada desde la trasera del coche patrulla, donde sonaba una transmisión borrosa de radio de cafetín obrero.

Roy Mentzer le estaba esperando cuando llegó. Apenas había traspasado John la puerta de entrada del edificio principal cuando la secretaria le llamó al despacho. Le indicaron un par de puertas de doble hoja. Dentro, Mentzer le aguardaba muy nervioso. Parecía que el anciano por fin había resuelto imponerse en nombre de su reputación profesional. *John Kaltenbrunner se había convertido en el chancro de su carrera*, proclamó. No iba a tolerarlo por más tiempo. Le tenía sin cuidado que John se encontrara o no en su tramo final:

con el nuevo informe policial que la víspera le habían entregado en mano en su despacho, le habían tomado por el hazmerreír del profesorado. Le habían llamado asno incompetente. Le habían ridiculizado en público por no ser capaz de poner la rienda a un alumno. Incluso habían vertido calumnias sobre su virilidad. Era imperdonable. Iba a zanjar el asunto de inmediato. De ahora en adelante, dijo, o John modificaba su conducta o recomendaría su expulsión. Y eso le obligaría a ir a Pottville. Y él ya sabía lo que significaba estudiar en Pottville, ¿no? Los teutones. Aquellos marginados le colgarían del asta de la bandera en el plazo de una semana. No lo aguantaría. Acabarían con él, ¿no lo entendía?

Mentzer se levantó y dio vueltas inquieto por la habitación. Dio una patada al escritorio. Agitaba los brazos en el aire, como para que le atasen. Prosiguió esbozando su nueva política. Las vacaciones de John en la sala de expulsados se habían *terminado*. No cambiaba las cosas un ápice el que se acercara o no a su decimosexto cumpleaños: *haría* un esfuerzo voluntario para integrarse. O por lo menos lo aparentaría. Estaba en juego el propio bienestar de John. En lo sucesivo se comportaría como un estudiante normal. No hablaría nunca a menos que le hablasen. La negativa a plegarse solo serviría para complicarle sobremanera la vida.

John tuvo que admitir que en este último punto el anciano tenía razón, lo supiese él o no. La perspectiva de tener que pasar los tres meses siguientes en Pottville, la idea de sumergirse en un nuevo sistema como un perfecto desconocido mientras un desastre potencial se incubaba en casa, no era nada agradable. La posibilidad de que las arpías anduviesen merodeando por la granja mientras él estaba en la escuela ya era suficientemente mala. Pero si le obligaban a hacer el trayecto diario al condado de Koll —noventa minutos de viaje— y a capear los ritos inevitables de iniciación e

inscripción en un nuevo sistema, la granja quedaría totalmente expuesta a ataques. Por imposible que pareciese, Mentzer tenía las de ganar en la situación.

A John le costó trabajo incluso leer sus horarios. No había asistido a clase durante años. No conocía el nombre de ninguno de sus profesores. Apenas sabía en qué curso estaba. Había olvidado lo nauseabundas que eran las paredes pintadas de verde lima y los azulejos rosas, los gráficos del clima pegados y las pizarras sucias, los geranios escuálidos, los calentadores de gas silbantes, los carteles de Disney, las placas de marca de roble con sus máximas acuñadas, el abyecto atavío que vestían sus condiscípulos. Recuerdos de la impronta que aquel bombardeo óptico había grabado en su mente antaño volvieron en tropel a su memoria, en una ráfaga putrefacta. Era como estar sentado todo el día en una avenida ruidosa e iluminada de neón. Hasta la granja, en su estado cochambroso de entonces, era psicológicamente menos nociva de contemplar. Cualquier cosa lo sería. Desde las paredes del monte Rushmore hasta la última casucha bombardeada en cualquier parte del mundo, nada poseía en su apariencia una mayor capacidad de clonar un reinado de eunucos que aquella fanfarria repulsiva de fantasías de la clase media americana encoladas en los muros del instituto Holborn. Le entraban arcadas.

A sus compañeros les aterraba la expectativa de su reincorporación. A lo largo del primer día jugueteaban nerviosamente con los dedos en sus pupitres, lanzando miradas de soslayo en dirección a John. Nadie oyó una sola palabra pronunciada por un profesor en ninguna de las clases a las que asistía John. Había una atmósfera de tensión insostenible. Los maestros topaban con miradas unánimemente interrogantes que parecían decir: «¿Qué

hace *él* aquí?». Sin despegar los labios siquiera destruía todo simulacro de orden. Todo el mundo quería que se fuera.

Pero Mentzer estaba empecinado. Iba a llevar su plan a buen puerto, pasara lo que pasase. Desde la primera mañana se apostó personalmente a montar guardia en los pasillos contiguos a las clases de John. Asomaba la cabeza por una esquina sin previo aviso. Atisbaba desde detrás de las puertas abiertas de las taquillas, vigilaba entre clases. John estaba sentado ante su pupitre, mirando a la pared, y saliendo de la nada el anciano pasaba de repente por delante de la puerta y le lanzaba una mirada con el rabillo del ojo. Se quedaba plantado unos segundos. Después desaparecía. La clase continuaba. El profesor seguía hablando. Diez minutos más tarde Roy Mentzer volvía. Daba otra pasada, deslizándose furtivo con la frente fruncida y los brazos pegados a los flancos. Y, una vez más, se esfumaba. Apareció y reapareció de este modo toda la jornada. No hizo otra cosa que añadir tensión a la reinante en las aulas. John abandonó la escuela esa tarde con la sensación de que en las últimas siete horas le había estado acosando un hechicero de ronda. No le hubiera extrañado descubrir a Mentzer acechándole en el arcén de la carretera en el trayecto hacia casa.

La granja seguía en pie cuando llegó. Al acercarse descendiendo la cuesta divisó un postigo que se había desprendido de sus goznes en el segundo piso. Todo lo demás parecía en orden. No había coches ni señales de intrusión. El granero estaba como lo había dejado.

Hasta que cruzó la puerta de entrada no supo que alguien había estado en la casa. Sobre el taburete, a la derecha de la entrada, una pecera de cristal con otro pez estaba apoyada debajo del perchero. El pez ya estaba medio muerto y nadaba de costado, en lentos círculos. Se agachó para examinarlo. Le imprimió una sacudida

rápida, sin ningún motivo concreto, y luego se enderezó y se dirigió hacia el cuarto de estar. Al doblar la esquina apareció su madre.

No la vio inmediatamente. A primera vista, parecía solo que en la distribución general del cuarto había cambiado algo, que había un objeto añadido, un mueble viejo traído quizá del sótano. Luego se movió algo. Miró al sofá, con los ojos entornados. Vio un brazo recostado sobre una tela de poliéster. Siguió el tejido hasta un par de ojos que miraban hacia él. Desvió la vista. Entonces le asaltó. Tuvo que sofocar un instantáneo impulso de gritar: sentada en el sofá, dando la espalda a la ventana recubierta con una manta, el nuevo aspecto de la señora Kaltenbrunner se asemejaba a los restos de una *piñata*[1] abotargada que hubiera sido extraída de un pozo séptico. Estaba irreconocible. Su cara hinchada estaba cubierta de estrías y porosos cardenales negros. Una papada enorme le sobresalía como un globo del cuello, sobrepasaba la línea de la mandíbula y le llegaba a las grotescas jorobas de búfalo de sus hombros. El abdomen se le había inflado como una bola de arenilla. Tenía los brazos parcheados de un acné pustuloso. De cada centímetro visible de piel en su cuerpo había brotado un áspero vello negro. Parecía haber sido sedada con varios barbitúricos distintos. Era difícil decir si ella le reconoció al principio, de tan hundidos que tenía los ojos en la cara deforme y de tan remota que era su mirada. Un minuto después ella se animó, aunque solo un momento, y con una voz profunda y temblorosa pronunció el nombre de John.

Su impulso inicial de gritar se transformó en unas vivas ganas de vomitar.

En aquel instante, probablemente habría podido perder el poco control de sí mismo que le quedaba. Si los sucesos de los días precedentes no le hubieran reducido a un estado casi insensible, sus reflejos quizá le hubiesen impulsado a huir corriendo hacia el bosque

con la cara entre las manos. Se dominó, pero a duras penas. El corazón le latía acelerado, pero no reventó. Las rodillas le flaqueaban, pero no cedieron. Los pulmones le palpitaban, pero no estallaron. La cosa sentada en el sofá continuaba mirándole. Un hedor críptico recalentaba el cuarto.

Su ritmo cardíaco acabó sosegándose. El libro donde la señora Kaltenbrunner llevaba las cuentas estaba abierto de par en par sobre la mesa. En cuanto cayó en la cuenta de que habían estado fisgándolo, recobró el juicio. Lo cogió de un manotazo. Habían agregado varias anotaciones en tinta roja a las cifras escritas. Perdió los estribos. Exigió una explicación aun sin saber si su madre estaba en condiciones de responder... ¿Qué habían hecho aquellos parásitos? ¿Cuántas habían estado en la casa? ¿Qué habían dicho? ¿Había sido aquella Hortense? ¿Había vuelto a la casa? Si había vuelto por allí la arrastraría y descuartizaría su culo maniobrero de reptil con el tractor y una pila de troncos...

La señora Kaltenbrunner le hizo callar. No lo soportaría, dijo. Aquella forma de hablar era intolerable. Debería avergonzarse: aquellos «parásitos» la habían cuidado solícitamente toda la semana. Que era más de lo que podía decirse de *algunas* personas. La habían ayudado a salir adelante y le habían hecho mucha compañía. No debía hablar nunca más de ese modo.

John le dijo que estaba terriblemente equivocada, que no sabía de lo que estaba hablando. ¿No se daba cuenta de que se estaba poniendo directamente en sus manos? ¿No se daba cuenta de que aquellas víboras iban a chuparle hasta la última pizca de sus posesiones? ¿No lo comprendía? Tenía que escucharle. Las metodistas eran gente insana. No le deseaban ningún bien. Él sabía de lo que estaba hablando, tenía que creerle.

Pero la señora Kaltenbrunner se negó a escucharle. Dijo que no hacía más que disparatar y que habría que examinarle la cabeza. Y una vez más, por enésima vez, *¿qué habría pensado su padre?*

John respondió gritando que sabía *exactamente* lo que habría pensado su padre. Tenía justamente escrito de su puño y letra (sin comprobar) algo referente a que las arpías eran «bragas de callejón olfateando el olor dulzón de la podredumbre», «sentadas a horcajadas sobre gente postrada en el lecho», «refocilándose en todo ese hedor, a la espera de que el cardiógrafo silbe...».

La señora Kaltenbrunner chilló. Se apretó las manos contra los oídos y pateó contra el suelo, negándose a oír más. Sus estrías brillaban. Su cara cobró un arrebol de vetas rojas. John no se calló. Le dijo que la envenenarían. Dijo que la encerrarían en el ropero y se llevarían su vestuario para venderlo en el mercado. La despojarían de la granja si se lo permitía. Les importaba un bledo. Harían cualquier cosa que tuvieran que hacer. ¿Por qué no le escuchaba? Era la única persona que podía ayudarla, ¿no se daba cuenta?

Ninguno de los dos cedió. No dieron el brazo a torcer, como un par de retículos lacerados de cortes y moratones, como dos anormalidades médicas pobremente conservadas en un acalorado torneo de gritos. En algún momento del alboroto un coche entró en el sendero, pero su llegada pasó inadvertida. Los lloriqueos de la señora Kaltenbrunner habían desembocado en un gorgoteo sofocado. Daba la impresión de que su cuerpo fuese a explotar. John proseguía su perorata, yendo y viniendo de la entrada y recitando una lista de episodios en apoyo de sus afirmaciones. Estaba refiriendo la supuesta confiscación que la iglesia metodista había hecho de un distribuidor de piensos del condado de Tanner cuando Hortense franqueó la puerta delantera. John se volvió y la miró. Ella

le devolvió una mirada ceñuda. Desde donde estaba, fuera de la visión de la señora Kaltenbrunner, la malevolencia más auténtica se pintaba en la cara de Hortense. Era inconfundible. No la avergonzaba exponerla. Al contrario, parecía disfrutarlo. Estaban frente a frente, atrapados en un torbellino de reconocimiento mutuo. John tenía ante él la esencia y el arquetipo de todo lo que despreciaba. Hubiera querido echar abajo la pared y revelárselo a su madre crédula. Así lo hubiera entendido.

Pero Hortense se le había adelantado. Tenía demasiada experiencia en la materia. Sabía lo que estaba haciendo mejor de lo que él sabía de qué estaba hablando.

Suavizó las facciones en el momento de doblar la esquina. Hizo desde la puerta una señal a la señora Kaltenbrunner. Esta lanzó un grito de alivio. Hortense corrió a su lado, se puso de rodillas y abarcó con los brazos la circunferencia ciclópea de la señora Kaltenbrunner. Las dos se echaron a llorar. La madre babeaba de un modo incontrolable. Hortense le chilló a John que viese lo que había hecho. ¿No tenía nada que decir al respecto?

John no daba crédito a lo que estaba ocurriendo. Se quedó mirándolas desde la puerta, asqueado hasta la congoja. Era el espectáculo más abominable que jamás había presenciado. Convertía un pelotón de ejecución en algo racional. No lo soportaba un segundo más. Tenía que marcharse, tenía que salvarse él, por lo menos. De todos modos, acababan de excluirle de la discusión por la fuerza. Ya no podía replicar. No sobre aquellas premisas. Habían cambiado el código. Le habían eliminado. Era un monóglota exiliado. No podía hacer nada para remediarlo. Se fue.

Esa noche llovió. Hortense y la señora Kaltenbrunner se quedaron en el cuarto de estar y John permaneció sentado en la recámara, de

espaldas a la pared. Estaba anonadado. Mientras su mirada recorría los artefactos, no podía por menos de sentir que había defraudado a su padre; Ford Kaltenbrunner, aquel hombre a quien no había conocido físicamente, pero por quien, sin embargo, cultivaba un gran respeto, debía de estar removiéndose en su tumba al ver la ineptitud con que John encaraba la situación. No se había sentido tan ineficaz en toda su vida. Cuando finalmente se deslizó hacia un sueño intranquilo, lo hizo con un sentimiento de vergüenza y de mediocridad que le reconcomía las entrañas. Una mescolanza de imágenes revueltas brotaba de su mente. Se vio conduciendo a través de una meseta, montado en Bucéfalo, a una manada aterrorizada de bakerianos desnudos y esclavizados. Se vio bañado en un resplandor etéreo, con el Winchester apoyado sobre un hombro y su corcel rugiendo como un obús. La profusa turba corría ante él en cueros hacia todas partes; agentes barrigudos de la oficina del sheriff tropezaban con mujeres de la limpieza que habían caído al suelo. Gnomos de espalda velluda avanzaban a tumbos como rollos agitados de celuloide ondeante. Arpías con peceras de peces rojos muertos correteaban entre los enfermos y los moribundos, deteniéndose solo para robarles sus joyas y lamerles las heridas. Roy Mentzer aparecía a gatas, sodomizado en público con herramientas de jardinería por la cuerda de presos en la sala de los castigados. Los alumnos de Holborn sangraban por cada orificio, reptando sobre las rodillas y las manos, pisoteándose, rasgándose y mordiéndose unos a otros, tirándose de los pelos y arrancándose los ojos, todos huyendo en un pánico obsceno y patizambo hacia el borde de un acantilado. Y John les conducía hacia delante como el pastor al mando, y Bucéfalo gritaba, el Winchester aporreaba, los cuerpos caían y el suelo se mancillaba, hasta que finalmente todo aquel hatajo de convalecientes se despeñaba por el precipicio. Y sus

cuerpos caían como sacos de pienso contra el cielo abierto antes de que los empalara, los magullase y los despedazara bajo la escarpadura de columnas melladas de piedra caliza. Y John caminaba despacio por el borde del acantilado, sobre el panorama del mar abierto que se desplegaba y rompía, y la multitud de cadáveres desperdigados por la playa que por fin habían recibido la señal de hacer mutis por el foro.

Al volver la mirada sobre todo aquello cinco años más tarde, John recordaría con relativa imprecisión el último tramo de la caída. Los acontecimientos de aquel otoño particular, tal como los conservaría su memoria, carecían del menor atisbo de orden cronológico y existían solo como un racimo informe de imágenes fortuitas intercaladas y condensadas en un único marco temporal. En su apariencia original, estaban tan estrechamente unidos y coordinados entre sí que casi parecían actuar como un todo coadyuvante; pero retrospectivamente, a una cierta distancia, su interacción se volvía cada vez más ininteligible, hasta el punto de que John se preguntaría cuándo la realidad había dejado paso, si es que lo había hecho, a su alternativa.

Para empezar, tal como él había temido, la señora Kaltenbrunner no tardó en ceder el control financiero de su granja a las metodistas. En efecto, su decisión abrió las puertas a todas las socorristas del valle. Hordas de arpías comenzaron a aparecer por el camino en caravanas de cuatro o cinco a la vez todos los días. Al cabo de una semana entraban y salían a su antojo. Se presentaban a todas horas. Algunas acampaban en la despensa días enteros. Otras solo aparecían cuando John estaba en la escuela. Decoraban con margaritas de plástico las repisas de la cocina. Repartían pasteles de merengue de limón y latas de fiambre. Y todos los días traían un pez de colores. Y un día tras otro el pez se moría.

John presenciaba el modo demasiado previsible en que todo se desenvolvía. Con el tiempo tuvo un conocimiento próximo, de

primera mano, de las arpías en su conjunto y por separado. No tardó en distinguir unas cuantas divisiones básicas en sus filas.

Todas compartían el rasgo común de la melancolía. Se cernían sobre el progresivo deterioro de la señora Kaltenbrunner como perros callejeros sobre el flanco de un buey, con los ojos desorbitados y protuberantes de excitación voraz. La tradición regional sostiene que las socorristas encerraban los estertores de agonía de sus víctimas en un frasco de conservas que más tarde olisqueaban como un frasco de sales aromáticas. Se rumoreaba incluso que en el más recóndito y remoto rincón de los sótanos de almacenamiento de su iglesia había una galería entera de esos frascos —recolectados a lo largo de los años y refinándose por la acción del tiempo—, guardados bajo siete llaves y preparados para la eventualidad de ataques aéreos. Todas las arpías eran, sin excepción, aves carroñeras. Era un rasgo común a todas ellas.

Pero enseguida John se percató de que algunas eran más cortas de luces que otras, y que las más obtusas del hatajo no tenían aptitud para la astucia o la destreza. No se equivocaba a este respecto: había entre ellas quienes creían sinceramente que estaban haciendo méritos por medio de obras caritativas y que probablemente conocían aún menos el oscuro trasfondo de sus actividades que las personas como la señora Kaltenbrunner. Sin embargo, a juicio de John, a aquellas pocas no había que perdonarlas a causa de su inadvertencia, sino tan solo distinguirlas y ponerlas aparte. Las otras eran mucho peores. El peldaño superior de las socorristas lo ocupaba el puñado selecto de arpías que, todas y cada una, eran tan maniobreras, lascivas y falsas como para conocer perfectamente su papel futuro de extorsionadoras y expoliadoras, y lo representaban a pesar de todo. Hortense constituía el mejor ejemplo.

Hortense Allenbach, en su calidad de cabecilla tácita y gigantesco lagarto venenoso de cabellos hirsutos, era una desaprensiva irredimible: tan flagrantemente corrompida que a su lado los padres fundadores de Baker parecían filántropos comunitarios. Tan pronto como puso sus zarpas en la granja Kaltenbrunner procedió a birlar y a apropiarse hasta del último objeto al alcance de sus manos sin mostrar jamás el más mínimo indicio exterior de remordimiento. Era evidente que había realizado mil veces aquella labor rutinaria. Había elevado el bandolerismo al rango de ciencia. Escalonaba las diligencias en perfecta sincronización con el grado de deterioro de la señora Kaltenbrunner, tomando la aparición y el desarrollo de los síntomas previstos como la señal de pasar a la fase siguiente de su plan, al siguiente conjunto de exigencias. En este sentido, era una maravilla verla actuar.

Pero en otros aspectos, en *tantos* otros aspectos, era una idiota que avanzaba a trompicones. Lo que a John realmente le indignaba más era que, no obstante su influjo sobre su madre y las demás arpías, en verdad Hortense no era una mujer *tan* convincente. Bien mirado, era más bien una actriz pésima. La hubieran abucheado en el escenario de cualquier sórdido cabaret del estado como a una fulana de tres al cuarto. En circunstancias normales no habría conseguido acceder hasta John. No habría podido. No era tan hábil. Sin embargo, en aquella situación, probablemente la única plausible en su género, él era legalmente impotente para poner freno a sus manejos. Y, por desgracia, ella estaba socavando los medios de vida que John tan duramente había conquistado. Estaba sacrificando a la vaca sagrada. Eso era lo más insoportable: contemplar inerme cómo el fruto de todos sus afanes caía en poder de una adversaria tan ostensiblemente indigna de su más elemental respeto, y no digamos de su desprecio.

Pero algo más que la presencia de las arpías contribuyó a provocar lo que se convertiría en el derrumbamiento tanto mental como físico de John. También las demás facetas de su vida se habían convertido en un atolladero tragicómico. El acecho continuo de Roy Mentzer ensombrecía su asistencia forzosa al instituto Holborn. Persistían la censura y el desdén de los alumnos. Se fijó el primero de diciembre la fecha de comparecencia ante el tribunal por el desastroso incidente con los gnomos. Llegó por correo la factura de la retirada de la furgoneta de la señora Kaltenbrunner. Después llegó la primera de las cuentas del hospital, los gastos médicos y las tarifas de quince días de estancia. La camioneta de reparto de piensos del Pullman Valley cesó de visitar la granja. La mitad de las ponedoras que quedaban estaba mudando las plumas. Los coyotes habían matado a dos de los tres gallos polacos de vetas beige. Una de las Suffolk contrajo ántrax y hubo que ponerla en cuarentena y después matarla para impedir un posible contagio. A la señora Kaltenbrunner le salió una barba espesa y tenía la cara inflada como un racimo de uvas maduras. La instalaron en una silla de ruedas. Ya ni siquiera miraba a John; Hortense le había envenenado la visión de su propio hijo. Las arpías vaciaron el congelador y se incautaron de todas las aves. Las mensajeras finalmente se cansaron de esperar que las cosas volvieran a la normalidad y se perdieron para siempre en el bosque. La casa proseguía su proceso de ruina. Una plaga de termitas estaba agujereando las paredes. Casi lo único que sobrevivió intacto a la destrucción fue Bucéfalo.

John tenía los nervios destrozados. Su aspecto se había vuelto astroso. Le costaba trabajo ingerir alimentos. No era capaz de dormir más de una hora seguida sin sufrir una u otra pesadilla recurrente. Fumaba en cadena más de dos cartones de cigarrillos

por semana. Tenía los pulmones oprimidos y congestionados, el paladar reseco, rasposa la garganta en carne viva. Su tensión arterial estaba por las nubes. Notaba los latidos del corazón debajo del bolsillo del pecho y el pulso que le ahuecaba los puños de la camisa cuando estaba en clase. Hasta advirtió un declive drástico en la claridad de su escritura debido a sus accesos de tembleque. Perdió cinco kilos en dos semanas. Pronto la piel le envolvió los huesos como una tira de celofán caliente.

Por añadidura, durante la tercera semana de septiembre, las dos perras de la granja parieron a la vez sus respectivas camadas, largo tiempo esperadas; solo que las crías de la más joven nacieron enfermas e infestadas de lombrices: parió la mitad de los cachorros muertos, y los demás cubiertos por un residuo lechoso y micótico. Era como una polución nocturna de una arpía metodista. John sabía que los cachorros enfermos no tenían cura. Como de costumbre, los metió en un saco de pienso y los tiró al río. Eso fue posiblemente el principio del fin.

Las visiones comenzaron tres noches después de haberse desprendido de la camada. Según recordaba, estaba acostado después de medianoche, despertando a intervalos de un sueño intranquilo, cuando percibió un chirrido en el pasillo de fuera de su cuarto. Se incorporó en la cama. Al principio pensó que era una arpía husmeando en un armario. Pero al cabo de un minuto algo le hizo cambiar de opinión. Se levantó y soltó el candado. Al abrir la puerta vio lo siguiente: al fondo del corredor, uno de los cachorros que habían nacido muertos arrastraba su cadáver, empapado de agua, por los tablones del suelo, remolcando una gruesa pella de lodo. Cerró de un portazo y, acurrucado en un rincón, gritó. Agujas calientes le pinchaban la cara. Puntitos de luz bailaban en su campo

visual. Tardó varios minutos en sobreponerse. Cuando por último miró de nuevo el pasillo, lodo, cadáver y perro habían desaparecido. Ni rastro. Se hundió en la cama, temblando. Miró a la pared, casi sin pestañear, hasta las cuatro de la madrugada. Por fin logró sumergirse en una semimodorra, pero minutos después volvió a despertarse, esta vez sobresaltado por un alboroto penetrante que venía del exterior, al pie de la colina. Un coro angustiado aullaba en la ribera. Debían de ser unos diez o doce. Era algo horrible. Se levantó y salió corriendo a la era. Pero antes de llegar al Patokah, la bulla había cesado. Se encontró solo en un hoyo de barro con una estaca de roble en la mano. El sol despuntaba. Sentía un martilleo en la cabeza. Volvió a la casa y se tomó una cafetera.

A partir de entonces, los cachorros muertos se volvieron, muy rápidamente, una aparición permanente, no solo en su alcoba, no solo en sus sueños, sino en todas partes adonde iba y en todos sus estados de ánimo. Los oía rascar todas las noches el cristal de la ventana. Los oía deambular por el altillo. Revolvían con las patas astillas de leña en el sótano. Le resultaba difícil diferenciar su presencia de la de los mapaches en la cocina. Siempre los avistaba en los márgenes de su periferia, siempre persistentes justo fuera del alcance de su vista. Se subían a bordo de Bucéfalo en una triste hilera. Salían disparados de las taquillas de la escuela. Los veía escudriñándole desde las alcantarillas y los baches de la calle. Al final estaban en todas partes, en las zanjas de la carretera, detrás de las lápidas del cementerio, a los pies de diversos miembros del profesorado, dentro y alrededor de los vehículos metodistas, por todo el corral, espantosamente feos, algunos chasqueando la quijada, otros gimiendo, unos pocos profundamente dormidos, los demás atascados en la estufa de gas y el tiro de la chimenea.

John sabía que estaba en un grave aprieto. Era muy consciente de que estaba perdiendo los cabales. Lo comprendía. No sabía qué hacer al respecto, pero lo entendía. No tenía más opción en realidad que aguantar mecha. Tenía que mantenerse. No podía abandonar la granja. No podía abandonar a su madre. No podía abandonar la cripta a las arpías. No podía decidirse a pedir auxilio médico: si alguien descubría lo que estaba pasando en su cerebro, lo internarían durante meses. Y no podía permitírselo. No todavía. Aún le necesitaban. Dependía de él lo que quedaba de la granja. *Tenía que resistir, resistir, resistir*... Se lo repetía una y otra vez. Se convirtió en su mantra. Era su almadía. Se dijo que podría seguir operando siempre que tuviera conciencia de su estado; que podría resistir siempre que no perdiera la conciencia de que estaba enloqueciendo. Cuando el tornado cesara ya tendría tiempo para preocuparse. Mientras tanto el dolor obraría como un aguijón. El dolor debería servirle de chivato de emergencia, de red de seguridad, de cerrojo último. La conciencia constante de su desequilibrio, y el hecho de sufrirlo, tendrían que dar cuentas ante la soberanía residual de su razón. Aguantaría exactamente el tiempo en que todavía fuera capaz de sufrir.

Por el momento, sabía que lo controlaba, pero incluso esta certeza generaba vaivenes de incertidumbre a medida que su agitación crecía. Era como una serpiente que se devora a sí misma hacia un punto de fuga: de los cachorros empapados a las arpías metodistas, de las arpías hasta la caída en picado de la señora Kaltenbrunner, de su madre viuda al perpetuamente enfurecido Roy Mentzer, del instituto Holborn a la granja, de las reparaciones frustradas de la casa a la recámara hermética, y de nuevo de vuelta a los cachorros malogrados para comenzar otra vez la rueda. Su cabeza se convirtió en un foro abierto de información libremente circulante, en el que

una detonación había barrido del archivador todos los datos anteriormente catalogados de los cuadernos. Las estadísticas individuales rebotaban en su cerebro demasiado aprisa para que pudiese retenerlas. Empezó a oír un si bemol resonante dondequiera que iba. *Tenía que resistir, resistir, resistir*...

En medio de todo esto, las arpías pasaban de una fase de sus operaciones a la siguiente. La primera pieza de mobiliario que partió fue el antiguo escritorio de roble del cuarto de estar. La suma obtenida con su venta era para «cubrir gastos corrientes», le dijeron a John. Y ese fue prácticamente el único intento de explicación que recibió. Después de lo cual nadie le prestó la menor atención. No volvieron a consultarle ninguna decisión, ni a informarle de ninguna. Por muy arisco y potencialmente explosivo que pudiera parecer, las arpías sabían que no tenía derechos legales sobre la granja y en consecuencia que no representaba una amenaza seria para nadie. La señora Kaltenbrunner se había doblegado a sus designios. El pillaje comenzó.

Sus exigencias fueron al principio algo menos osadas. Para obrar sin percances tenían que mantener intacta la confianza de la dueña de la casa. La camelaron con flores y ponches de huevo antes de notificarle que había que venderse el sofá de la familia. La dueña de la casa no dudó de sus propósitos ni por un segundo. Le entristeció enterarse de que la venta de sus queridos tocadores y escabeles de mármol era indispensable para pagar los gastos médicos que se acumulaban, pero Hortense razonaba cada decisión con acentos tan edulcorados que para cuando los transportistas ya habían cargado la furgoneta y se habían ido, la señora Kaltenbrunner ya había enjugado sus lágrimas y empezado a aprobar el último robo como un sacrificio justo y necesario.

Tras haber tanteado inicialmente el terreno y comprobar que se mostraba resueltamente tolerante con sus pérdidas, las arpías abandonaron todo tacto discrecional y fueron directamente al grano. Se lanzaron en picado. Sus peticiones modestas de piezas de mobiliario se tornaron exigencias autoritarias del contenido de toda una habitación. Ya no pedían permiso para embarcar ingentes cargamentos de mercancías; se limitaban a tomar lo que querían y dejaban las explicaciones para Hortense. Esta, a su vez, montaba guardia sobre la señora Kaltenbrunner, tablilla de apuntes en mano, «supervisando», como ella lo llamaba. Primero se llevaron los muebles pesados: los aparadores y las consolas, la mesa del comedor, los sillones reclinables de fieltro. Luego les tocó el turno a los bastidores de cama y los colchones. Siguieron las sillas, las almohadas, las colgaduras de las paredes, los tapices, los armarios y los roperos. Arramblaron con todo. Metidas ya en harina, nada las paraba. Eran como una banda de ladrones de coches desvalijando un Lincoln abandonado. De una eficiencia *despiadada*. John nunca había visto nada igual. Pusieron la granja patas arriba. Estaban en los dormitorios y en los armarios, fuera en el corral y abajo en la bodega. Una tarde trajeron a un asesor fiscal para que tasara la propiedad. En otra ocasión, John volvió a casa y descubrió que el banco de trabajo y la mitad de sus herramientas habían desaparecido del sótano. Todo sucedía demasiado aprisa. Ganaban terreno a una velocidad alarmante. Los pasillos pronto estuvieron desiertos. La cocina fue vaciada. No mucho después, la reverberación de una simple palmada se transmitía desde el rincón más lejano del dormitorio de arriba hasta el pie de la escalera que llevaba a la bodega...

Pero tuvieron un problema con el altillo. La puerta del estudio en el piso de arriba estaba cerrada con llave, candados y una barra.

Nadie lograba localizar la llave, y sospecharon que *él* la tenía. No podían entrar en el altillo y no tenían la más mínima oportunidad con el granero. No sabían qué hacer. El hijo era *ciertamente* un problema. En todo momento se había mostrado sumamente remiso. No podían acercársele lo bastante para dirigirle la palabra sin correr el riesgo de que montara en cólera. Las maldecía reiteradamente. Muchas veces irrumpía en una habitación y las expulsaba de ella por la fuerza. Una tarde se encerró con llave en la cocina y se cocinó la última de las ponedoras guardadas en el congelador sin brindarse a compartirla con nadie. Trataron de forzar la puerta, pero él les había dicho que se fueran. Su madre se había negado a intervenir. No era un asunto de su incumbencia, dijo. Entonces recurrieron a Hortense, pero Hortense tampoco pudo hacer nada. John permaneció enclaustrado en la cocina gritando injurias impublicables contra el sexo opuesto mientras terminaba lo que denominó *mi maldita gallina*. Hortense le replicó a gritos que era una bestia inmunda. Las demás la secundaron.

John no se separaba en ningún momento de las llaves del altillo y los códigos de combinación del granero. Y *nunca* perdía de vista a Bucéfalo. Las arpías tardaron aproximadamente cinco semanas en saquear el resto de la casa. Las pocas pertenencias que él pudo salvar de su habitación, junto con un puñado de fotografías, antigüedades, dos relicarios de la familia y un batiburrillo de chucherías sentimentales que había en la bodega, las tenía guardadas bajo llave en el estudio de Ford Kaltenbrunner. Todo lo demás desapareció. A la señora Kaltenbrunner ya no parecía importarle. Los ojos se le pusieron vidriosos. La dejaban aparcada horas seguidas en su silla de ruedas junto a la puerta del salón. John había aprovechado estas ocasiones para tratar de abordarla, pero ella ni siquiera le miraba, y cada vez que John se aproximaba,

Hortense aguzaba el oído, dondequiera que estuviese, venía pitando por el pasillo e intervenía.

Empezó a faltar de nuevo a la escuela. En tres ocasiones distintas, la policía tuvo que sacarle a rastras de la cama. Las arpías perpetraban sus más sucias fechorías en su ausencia. Él era agudamente consciente de esto mientras estaba sentado en su pupitre. Para la tercera semana de octubre, cuando lo que quedaba de la casa había sido asaz saqueado, estaba convencido de que no disponía de más de cuatro o cinco días antes de que las brujas lograsen penetrar en el altillo y, a través del altillo, en la recámara. Dirigió su máxima atención a fortificar o, de ser preciso, a *eliminar* ambos.

Esto es, en líneas generales, todo lo que se sabe de los acontecimientos que desembocaron en el asedio. El testimonio judicial de la iglesia al respecto es, por motivos obvios, muy poco fidedigno, del mismo modo que la versión que John dio del episodio fue incompleta e inexacta. Sus condiscípulos han sostenido que en las semanas inmediatamente precedentes a su destierro de la comunidad, su apariencia ya por entonces aterradora se había vuelto total y absolutamente cadavérica. Se rumoreaba que había estado enfermo: parecía delirante de fatiga y desnutrición. Había contraído un tic virulento en los omóplatos. Se pasaba el día con la mirada clavada en la tapa del pupitre y aquella chamarra de cuero azul echada sobre su cuerpo famélico. Uno de los compañeros de su clase afirmó que nunca parpadeaba. Otros juraban que le habían oído hablar para sus adentros. Nunca le vieron comiendo. En cuanto acababa la jornada le veían cruzar el paso elevado fumando como una chimenea y encorvado sobre el volante de aquel gigantesco tractor amarillo, igual que un zombi desconsolado.

Dicho esto, solo resta referir las últimas veinticuatro horas de la historia.

A las nueve y cinco de la mañana del miércoles 21 de octubre, John estaba sentado ante el pupitre de la tercera fila en la clase de lengua de la maestra Susan K. Detweiller. Había llegado al aula con un retraso de tres minutos. Llegó justo a tiempo para la entrega de los exámenes trimestrales de literatura que se habían realizado la semana anterior. Roy Mentzer asomó la cabeza por el pasillo en el momento preciso en que John recibía su texto. Comenzó la clase.

John estaba derrumbado en su asiento mientras la señorita Detweiller paseaba por el aula interrogando a los alumnos sobre diversos aspectos de sus redacciones. John no la escuchaba. Su hoja descansaba bocabajo a un lado del pupitre. Estaba rumiando el remate de un plan que había concebido la noche anterior, y todavía se preguntaba cómo bajar desde el altillo el timón de la goleta. Había tenido problemas con el sistema de polea y reforzado la abrazadera de la viga con pernos de treinta centímetros. No estaba seguro de que aguantara los artefactos más pesados. Tenía algunas ideas, pero no se podía fiar de ninguna. Debía volver a casa y hacer algunas pruebas. *Necesitaba volver a casa y ponerse a trabajar, punto*. Todo aquel reconcomerse en clase era malgastar un tiempo precioso.

En cierto momento se percató vagamente de que la cháchara a su alrededor se había interrumpido. Se hizo un silencio en el aula. Alzó la vista. Todo el mundo le miraba. Mentzer observaba desde el otro lado del pasillo. John miró en torno. De repente comprendió que le habían hablado. Se volvió hacia la señorita Detweiller. Ella le hacía una seña desde el fondo de un túnel, con un lazo rosa en su cabello

escarchado y un cachorro enfermo tendido encima de su mesa. Por lo que pudo deducir, ella le estaba interrogando sobre algunos puntos de su redacción. Él le pidió que repitiera la pregunta. Ella lo hizo, pero sus palabras tardaron algún tiempo en cobrar sentido. Evidentemente ella quería saber de dónde había sacado la información para aquel texto indignante en que se equiparaban los temas clásicos de *La insignia roja del valor* con afecciones del cuero cabelludo y la mortalidad infantil entre los cultivadores de patatas del siglo XIX en el este de Kentucky. Era un trabajo excelente, dijo ella, pero no facilitaba referencias.

¿Referencias? El dio la vuelta a su hoja y miró el título. Apenas recordaba haberla escrito. Había extraído la mayor parte de su contenido directamente de uno de los libros de texto de su padre. Había empleado veinte minutos en redactar todo el texto, palabra por palabra, y luego había insertado unas cuantas citas de Crane y lo había entregado tal como estaba. Había sido un plagio descarado. Su único propósito había sido quitarse a Mentzer de encima. Así que ¿de qué referencias le hablaba?

Entonces cayó en la cuenta: la señorita Detweiller le pedía que citara títulos de la biblioteca de su padre. Eso pretendía. Buscaba una manera de penetrar en el estudio de Ford. Las arpías habían infiltrado a su *alma mater* y mandaban en pos de las llaves del altillo a aquella mísera solterona arlequinesca.

Se enderezó y le dijo que no se propasara. La señorita Detweiller tardó en reaccionar. Todos los alumnos se quedaron helados.

Roy Mentzer irrumpió impetuoso desde el pasillo. Se plantó delante de la primera fila. *Desafió* a John a que repitiera lo que había dicho. Le *desafiaba*, dijo una vez más. Era la oportunidad que Mentzer había estado obviamente esperando: una ocasión de redimir

su reputación seriamente mancillada. Daba la impresión de que por fin había recibido la orden de libertad de su propio infierno privado.

John palideció hasta las orejas. Miró de nuevo en torno. Todos le estaban mirando, todos los ojos estaban clavados en él. Tuvo la convicción súbita de que todos ellos estaban compinchados, de que podían oír lo que estaba pensando. Sabían lo que tramaba. *Iban a cortarle la retirada y a retenerle mientras las arpías descifraban el código y arramblaban con lo que quedaba... Era eso... Era el fin...*

No pudo aguantar más. Brincó de su asiento. Pasó como una bala por delante de Mentzer, se golpeó contra el marco de la puerta y salió de estampida al corredor. Un estruendo de voces se alzó en el aula, a su espalda. Se dirigió hacia la oficina principal. Una hilera de taquillas de apagado color aceituna desfiló a ambos lados. Llegó a la puerta principal, consiguió forzarla y ganó de un salto la escalera exterior. Rebasó corriendo al jardinero. Prosiguió en dirección al tercer aparcamiento, sobrepasó el lindero del instituto y corrió hacia Bucéfalo. En algún lugar detrás de él oyó los gritos de Mentzer. No miró atrás. Llegó hasta Bucéfalo. Se subió al tractor y arrancó el motor. Cruzó el césped delantero rumbo al cementerio. Mentzer corría tras él. Pisó el acelerador a fondo al entrar en la carretera y redujo la velocidad sobre la franja divisoria que llevaba al puente. Mentzer, farfullante de rabia, se desplomó en el borde del asfalto.

Había cuatro arpiamóviles aparcados en el camino cuando llegó a casa. Varias arpías abroncaban a dos transportistas por su torpeza al trasladar el piano roto desde el salón hasta el porche. Todo el mundo se detuvo al ver pasar a John en el tractor. Rodó hasta el granero. Se apeó de Bucéfalo enfrente de sus puertas y comenzó a descodificar los diversos cerrojos de combinación. Las arpías enloquecieron. Se desperdigaron en todas direcciones. Una de ellas

corrió adentro para avisar a Hortense. Las demás se aglomeraron en un tropel excitado. Mientras John empujaba la puerta de vaivén, las vio congregadas en el porche, agitando las manos frenéticamente hacia él y aguzando la vista para vislumbrar el interior del granero. Volvió a subirse en Bucéfalo, entró en el interior, saltó del asiento del conductor y cerró de un portazo la entrada. Repuso en su sitio la barra recta de hierro y empezó a trabajar.

Había pasado la noche en blanco preparando aquel momento. Los artefactos de Gwendolyn Hill habían sido embalados en arcones de madera y cajas de pavo, y luego colocados en el altillo en una pila accesible en la cima de la escalera. Había situado el remolque azul del tractor, que utilizaba para reparaciones, al pie de la escalera, debajo justo del sistema elevado de cuerdas y poleas. Desactivó el código y bajó la escala corredera de donde estaba afianzada, en lo alto del raíl. Subió al altillo. Las puntas de flecha y los utensilios de hueso ya estaban embalados en el primer arcón, sellado por un forro estanco de plástico y acolchado con papeles de periódico y bolas de poliestireno. Todas las cajas llevaban adosadas hojas de inventario planificadas correspondientes a cada colección. Había asimismo empaquetado los cuadernos.

La noche anterior se había dicho que debía conservar la calma al llegar el momento de proceder al entierro. Había procurado repasar de antemano todo el proceso y animarse para el instante de hacerlo. Pero en cuanto empezó a atar los arcones y las cajas y a descenderlos hasta el remolque del tractor, punzadas de angustia trastornaron su equilibrio. No pudo evitarlo. Detestaba hacer aquello, y no podía fingir lo contrario. Pensaba que no había hecho nada para merecerlo, que era una equivocación rotunda, lo mirases como lo mirases, y que la gente decente no conseguía nunca lo que quería

sin esfuerzo. Mientras continuaba faenando, su remordimiento se convirtió en cólera, y su cólera a la postre en odio.

En un momento dado, se activó de repente la alarma. Bajó corriendo por la escalera. Abrió de golpe la puerta y salió al corral blandiendo una piqueta. Las cuatro o cinco arpías que se habían apostado acurrucadas en los arbustos de la entrada lateral huyeron cuesta abajo. Él las persiguió gritando que a la próxima que se aproximase a dos zancadas de la puerta le partiría el espinazo con una palanca. Las advirtió de que no le pusieran a prueba: todas iban a morir un día u otro, pero si necesitaban que alguien las ayudase a encontrar un atajo para aquel camino, él estaría encantado de ayudarlas. Lanzó una rápida mirada de odio a su alrededor. Luego volvió al granero para acallar la sirena.

Siguió trabajando. Dos horas después había despejado el altillo de todo menos del mamut, los timones de goleta y tres urnas funerarias. El remolque estaba lleno. Cubrió con una lona sus costados y la ató. Enganchó el carro a Bucéfalo y situó al tractor y al remolque frente a la puerta. Todo estaba en orden. Los artefactos estaban sellados. La recámara estaba vacía. Subió a Bucéfalo y pasó fumando las seis horas siguientes, haciendo lo posible para no pensar.

Poco después de ponerse el sol, se marchó el último de los arpiamóviles. John trepó a la colina e inspeccionó el perímetro. Tras encontrar despejado el horizonte, volvió al granero y abrió las puertas. Sacó a Bucéfalo al corral y lo condujo hasta una fosa que había excavado en algún lugar dentro o alrededor del terreno de tres hectáreas que había sido antaño la granja Kaltenbrunner. Enterró todo el cargamento. Después volvió a casa a descansar. Las abrazaderas de la viga habían aguantado.

Hasta el día presente, sigue sin conocerse el paradero de los vestigios de Gwendolyn Hill. John se llevó consigo el secreto.

Aquella noche hizo una fogata en la orilla del río. Amontonó los restos de la choza de Isabelle, junto con un cargamento de leña, parte del cobertizo de cereales y un lienzo de pared del gallinero. Lo roció todo con combustible de mecheros y se sentó a contemplar la hoguera sobre un montón de neumáticos de caucho.

Estaba exhausto. Estaba convencido de que su vida había terminado. Con la granja exhalando sus últimas bocanadas, su madre casi difunta, su expulsión del instituto Holborn y los artefactos devueltos a la tierra, el camino que se abría ante él no conducía a ninguna parte; no existía punto de destino o de embarque, ninguna zona de peligro visible *ni* retirada expedita. Le habían despojado de propósitos. Todo aquello por lo que había trabajado estaba en ruinas. No quedaba sino una expiración silenciosa, anónima e indocumentada en medio de ninguna parte. «La breve y estéril existencia de un campesino bastardo del Greene County», rezaría el letrero. Lo veía puesto en carteleras y escaparates de toda la región del maíz. Las ventas de billetes sumarían una cantidad de mierda. Dentro de poco hasta los cachorros le abandonarían y sería un huérfano roto y sin hogar, abocado a Pottville.

A las once y media un arpiamóvil entró en el sendero. Observó sus faros de alto voltaje trazar un amplio arco sobre el campo y proyectar siluetas de ramas retorcidas sobre los troncos de robles y álamos circundantes. Las luces prosiguieron su barrido hasta que el auto se detuvo, iluminando con un resplandor pálido la fachada sur de la casa. El motor se paró. Las luces se apagaron. Desde la orilla vio apearse a Hortense del asiento del conductor. Toda la aversión

implacable que ella le había inspirado tan solo la víspera, e incluso esa misma mañana, se había reducido ahora a una aversión estéril y casi desapasionada. Mientras la observaba cruzar el corral hacia la casa, ya no le suscitaba nada más que una incierta percepción de su presencia y, como mucho, un leve sentimiento de desprecio. Ella ya no tenía realmente importancia. Nada era importante. Se volvió hacia la hoguera para escuchar el chasquido y el chisporroteo dentro de las llamas de una viga podrida de roble, llena de termitas.

En el transcurso de los minutos siguientes acarició seriamente la idea de matarse. Trató de imaginar uno por uno los movimientos de la secuencia: iría a la casa, cargaría el Winchester, se encerraría en su cuarto, se metería el cañón hasta la garganta. Sudaría sentado sobre las sábanas y el aceite de engrasar se asentaría en sus encías, le envolvería la lengua y las amígdalas, le quemaría la nariz, y un castañeteo de los dientes delanteros rodearía el tubo de hierro mientras él miraba a la pared, contando las termitas en los zócalos y paseando la mirada por la habitación hasta llegar al número trece, el trece de la buena suerte. O quizá sacaría del armario del pasillo la estufa de gas; apagaría la llama y se encerraría en la bodega con una mecha de pedernal. O bien entraría en el retrete con una soga encontrada en el granero. Muerte por asfixia. Las posibilidades eran incontables. Meditó al respecto un largo rato. Pero al final desistió, tras empezar a sentirse como un perfecto asno. Ni siquiera la perspectiva de suicidio lograba exaltarle. No había esperanza en eludirla ni terror en consumarla; carecía del ímpetu necesario para acometer cualquiera de las dos acciones. Ahora un vacío lentificador sustituía a la voluntad previamente indómita; una ausencia insulsa y gélida suplantaba al gatillo que hubiese crepitado y vomitado sin tregua. Incluso el telón de fondo que le rodeaba había perdido inesperadamente su función de verdugo inminente. Ya no había

ventanas de vidrio cilindrado que asaltar. El Patokah había desistido de invitarle a sus profundidades. Los muros de ladrillo se habían desplomado como mamparas de choque. El decorado había perdido su savia. Las posibilidades eran incontables, pero las opciones reales eran nulas. Terminó en el mismo punto donde había empezado: mirando a la hoguera sin ningún motivo particular para moverse.

En algún momento sus pensamientos se vieron interrumpidos por un ruido procedente de la colina. Levantó la vista y vio, recortada por la oscuridad, una figura que avanzaba hacia él. Aun antes de que entrase en el círculo de luz, con su cabello rizado y colgante sobre su blusa de color secoya, prendida con un alfiler, supo que era Hortense. Había estado esperando su visita toda la semana. Las arpías habían telefoneado al consejo escolar en cuanto John regresó a la casa esa mañana. Querían deshacerse del estorbo por los medios habituales —dos agentes y una orden de detención provisional—, pero les dijeron que la inscripción de John en Holborn había sido cancelada oficialmente. Se estaba cumplimentando el papeleo para su traslado, pero tardaría todavía algún tiempo en estar listo. Lo que significaba que las arpías tendrían a John en medio durante unos días. Lo que representaba que no había manera de eludirle para entrar en el altillo. Hortense, por último, venía en busca de las llaves. Pero las llaves, tristemente, estaban en el río.

Entró en el claro de luz y se iluminó como una caballa errante. John vio como a mil kilómetros de distancia la expresión dulcificada de su cara, aquel patetismo de falsa madreselva teatral al que solo una arpía metodista con un motivo encubierto tendría la desfachatez de recurrir. Era increíble, en verdad, que ella hiciese todavía un nuevo intento. Las cartas habían estado encima de la mesa desde su primer encuentro. La de ambos había sido la única relación sincera que Hortense había mantenido con nadie. No era *posible* que ella

confiase en que surtiera efecto aquel súbito viraje... Verdaderamente tomaba a John por un perfecto imbécil.

Él le dijo que hablara para zanjar el asunto.

Hortense avanzó hacia él. Se recostó contra un árbol y ladeó la cabeza. Contempló el río unos instantes. Después habló.

Empezó diciendo que, a su entender, ya era hora de que tuvieran una conversación a solas. Había demasiados malentendidos entre ellos, dijo, y le apenaba pensar que dos personas razonables no pudiesen dirimir sus diferencias en provecho de todo el mundo. Aunque las amenazas que John había proferido contra «las chicas» esa tarde habían sido crueles, inmaduras e injustas, debía saber que todas le habían perdonado a causa de la comprensible confusión de su estado. En definitiva, su madre estaba atravesando por una prueba terrible, y él también debía de estar sometido a tensiones. Todas habían estado tan ocupadas en atender a la señora Kaltenbrunner que sin querer habían olvidado satisfacer las necesidades y los deseos de consuelo que John albergaba como criatura de Dios. Había venido a disculparse y a brindarle la oportunidad de desahogarse. Se lo merecía, dijo. Tenía derecho. Y pudiera ser que descubriese que ella, también, sabía escuchar aquella clase de cosas, contrariamente a lo que hubiera podido parecer. Había tantas cosas que él no podía entender de ninguna manera, tantas cosas en las que necesitaba ayuda. No era más que un niño. La situación de su madre hubiera ejercido una tensión extrema sobre los nervios de cualquier allegado. Probablemente él necesitaba un buen hombro sobre el que llorar, una mano que estrechar...

John le dijo que si le ponía un dedo encima la arrojaría a las llamas de la hoguera.

Hortense retrocedió, desprevenida. Los componentes individuales de su perfil cobraron una tensión vagamente discernible, como manipulada momentáneamente por un titiritero artrítico. Pero se las ingenió para conservar la compostura, sin perder los estribos. Le dijo a John que no se excitase. Estaba furioso. Cualquiera lo estaría en su lugar. Ella se lo esperaba. Realmente tenía que entender que había venido a hacer las paces. En serio. Con toda sinceridad. A pesar de lo que él hubiera podido pensar, ella tenía el corazón en su sitio. Daría la vida por los necesitados. Y también le tenía afecto a él. Le desgarraba pensar en el dolor que él estaría padeciendo, totalmente solo y sin ayuda. Ella venía a despejar el aire. Pero no era tan tonta como para esperar que él la recibiese con los brazos abiertos. Les costaría a los dos tiempo y esfuerzo enderezar las cosas. Se imponía una relación franca, por difícil que resultase la tarea. A sabiendas de esto, se había tomado la libertad de traer una prenda de su sinceridad que, contando con la aprobación de John, por supuesto, podría aclarar la atmósfera y contribuir a que el diálogo entre ambos discurriese hacia un fin mutuamente provechoso. Sabía que no era algo muy convencional, teniendo él tan solo quince años, pero dadas las circunstancias sería permisible una propuesta que en otra tesitura podría parecer dudosa...

Metió la mano en su bolso y sacó lo que John reconoció al instante como la botella de scotch de su padre.

A su modo de ver, dijo ella, aquella botella debía serle entregada en cuanto cumpliese la mayoría de edad. Era una reliquia de la familia. Sabía que él no tenía que tocarla hasta transcurridos unos pocos años más, y ella estaba perfectamente preparada y dispuesta

a respetar aquella expectativa sin ponerla en duda... Pero, por otra parte, le parecía —y tal vez se equivocaba—, le parecía que, con todo lo que él había tenido que apechugar últimamente, cabía considerar que John había alcanzado su mayoría de edad antes de tiempo. La experiencia práctica le había ajado más de lo correspondiente a sus años. Si abrían la botella en aquel momento, quizá sirviera para que los dos dejaran de mirarse como lobos salvajes. La decisión estaba enteramente en manos de John, pero ella juzgaba que no existiría una mejor ocasión de beber y lavarse la pintura de guerra. Y, a fin de cuentas, un scotch añejo de veinte años hacía ya tres décadas tenía que ser la botella de whisky más excelente del valle. ¡Un whisky de cincuenta años!

John se la arrebató de las manos y le dijo que cortara el rollo. Le estaba poniendo enfermo. Por lo que a él respectaba ella bien podía envasar tantos tragos de la reliquia familiar por su asqueroso gaznate como malditamente le viniera en gana, con tal de que depusiera aquel aire de condescendencia. Él no tenía reparos en destapar la botella, simplemente estaba sorprendido de que las brujas de la caverna no la hubieran vendido todavía. Podrían haber obtenido un gran precio en las tabernas locales. Y además, dijo, un scotch de veinte años, una vez embotellado, nunca será otra cosa que un scotch de veinte años. Las meteduras de pata de Hortense no parecían tener fin.

Rompió el lacre e, inclinando la botella, dio varios tragos largos. Terminó tosiendo. Escupió hacia un lado, se limpió la boca y arrojó la botella a Hortense. *Bebe y calla*, le dijo. Ella se sentó junto al fuego sobre un neumático Goodyear rajado y bebió. John tuvo un violento acceso de tos. Aparejó grandes bolas de flema, las escupió sobre la hoguera, recuperó la botella y dio otro sorbo temerariamente largo. Le desgarró las tripas. Hundió los dedos en la llanta que tenía

debajo. Hortense siguió ingiriendo a un ritmo menos alarmante, aunque constante. Transcurrieron en silencio quince o veinte minutos. La botella de pronto estaba vacía. John la tiró al Patokah y la vio alejarse flotando. Adiós al legado familiar.

Se volvió hacia el fuego y anunció que muy bien, quizá aceptase su ridícula propuesta de un diálogo abierto comenzando por el hecho de que ella era la más hipócrita proselitista piernas sucias y perra en celo que había tenido la desgracia de encontrar. Desde los días de los bares clandestinos de la ley seca no había recorrido las calles de Baker una ramera más avariciosa disfrazada de ciudadana respetuosa de la ley. Era falsa e imbécil, y subestimaba burdamente el sentido común de John. Oírle hablar a *ella* de las criaturas de Dios era incluso más nauseabundo que su alcahueteo callejero de predicaciones evangélicas en nombre de la desvergonzada explotación que un reverendo hacía del carpintero y de sus apóstoles. Todo el mundo sabía que para los católicos Jesucristo era el hijo de María, para los baptistas el salvador, para los judíos nada y para los metodistas una deducción de impuestos. Si de verdad hubiera creído algo de sus propios textos, le habría embargado tal sentimiento de culpa, de vergüenza y de autodesprecio como para flagelarse hasta una muerte temprana hacía años. Era una mentirosa y una ladrona, y había arrastrado su pellejo hasta los únicos pagos donde se subvencionaba tamaña injusticia. Había encontrado un anfitrión en Baker. Eran dignos el uno del otro. Era el único punto del mapa donde ella podía entrar riéndose en el banco como un pilar de la comunidad mediante el procedimiento de desplumar a cada persona enferma, senil, inválida o encamada de la ciudad. Y probablemente llegaría a vieja viviendo de ese modo. Mientras ella continuara activa no habría justicia en el mundo, y ella sabía exactamente de qué le estaba hablando. Pero así era la cosa:

aunque él fuera el único individuo medianamente perspicaz que ella había encontrado, aunque ella viviese el resto de sus días entre los palurdos temerosos de Dios y fariseos atrincherados en el Greene County, existían todavía personas como él y como su padre, que conocían a la gente de su calaña y sabían lo desalmadas necrófilas ladronas de tumbas y putas de dos dólares que eran. Todos tenían que bailar y pedorrear tarde o temprano delante del rey. Para él ella era transparente, y ella lo sabía... Y *en realidad*... ¿Intentaba *emborracharle*...? ¿Intentaba aprovecharse de *los cortos alcances de su pobre y frágil cerebro* con una botella de whisky que ni siquiera había tenido la decencia de salir a comprar ella misma? *Jesús*... Eso lo decía todo, ¿no? Ella era un *número de categoría*. A la vez barato y poco original. Esta vez ella había batido todas las marcas...

Pero de todos modos, en realidad, puestas las cartas encima de la mesa, los dos sabían perfectamente bien que a ella le importaba un rábano lo que él pudiera pensar de cualquier cosa. ¿Y qué vergüenza había en una revelación tan escondida? Ella y su aquelarre se habían apoderado de todo lo que habían venido a buscar, con o sin su consentimiento. Habían ganado. Habían desvalijado la granja. Lo único que quedaba era el altillo y el granero. Así que, si ella ya había terminado su farsa, encontraría las llaves en algún punto del lecho del río, a unos veinte metros de la orilla. Por lo demás, no tenía sentido continuar la conversación. Se levanta la sesión.

John se repantigó en su neumático y esperó a que ella se marchara. No obstante la virulencia de su ataque, había estado soltando pura palabrería, y para él era una evidencia incómoda. Estaba tan desfondado de fatiga y resignación que le costaba trabajo ensamblar palabras. La mayoría de su discurso tangencial había sido extraída de un pliego de acusaciones mucho más vasto que llevaba semanas germinando en su mente. Unos días antes, su parlamento

podría haber incendiado el valle. Podría haber montado un espectáculo lanzando una diatriba desde una tarima callejera en la ciudad y haber puesto frenéticos a los lugareños. Habría sido algo digno de ver, de haberlo puesto en práctica... Pero ahora había perdido mordiente. Le había salido una elocución hueca y, a la larga, desalentadora, de efecto tan escaso como la última agudeza pronunciada en la tribuna por un orador acabado.

Pero Hortense no se lo tomó tan a la ligera. Para sorpresa de John, sus palabras parecían realmente haberle hecho cierta mella: cosa que él no hubiese creído posible. Un cambio inesperado se operó de pronto en ella. La expresión preocupada se esfumó para dar paso a los viejos contornos familiares del licántropo. En lugar de escabullirse por la cuesta con el rabo entre piernas, como él había esperado, se afianzó en donde estaba, cambió de postura sobre la llanta y, con un aire de que en última instancia no le había impresionado el exabrupto de John, aun cuando sin duda le había enfurecido ver desenmascarada su pantomima, preparó su réplica. John alzó los ojos y encontró delante a la Hortense que conocía y detestaba con toda su perfidia al descubierto.

Muy bien, dijo ella, si así deben ser las cosas. Ya que era bastante despierto para ser un mocoso bastardo, se dejaría de farsas y pondría las cosas en claro.

Comenzó diciendo que, en cierto sentido, los esfuerzos de John casi merecían aplauso. Se las había ingeniado para causar considerables molestias, cosa con la que ella y sus socias raramente topaban en aquellos tiempos. De hecho, si a él le servía de consuelo, lo cierto es que no habían encontrado una ladilla más irritante y contumaz en años. Apenas si recordaban a alguno de sus clientes presentando una dura batalla. Un poco de agallas añadía sabor al juego de cuando en cuando, era cierto, y a decir verdad él había

jugado sus bazas hasta donde podía. Pero lo bueno era —y él tenía que agradecerlo, por lo que a él respectaba— que a nadie *le importaba un cojón* lo que él pensaba. De lo contrario, ella habría tenido que enseñar las garras. Conocían la manera de tratar con gente como él. Habían vivido antes aquella situación. No era la primera oveja negra que intentaba resistirse. Pero debía comprender que nada se interponía mucho tiempo en el camino de las metodistas. Había habido en el pasado «casos problemáticos», pero ninguno había representado nada más que un retraso momentáneo. El resultado final siempre había sido el mismo. Dios cuenta mucho en una ciudad llena de locos de las armas ávidos de un blanco. De haber sido unos años mayor y haber planteado una amenaza seria, podría haberse visto en la situación de despertar una noche de una dosis de cloroformo, atado y amordazado en la cinta rodante de un incinerador de la refinería de Bolling County. Tratándose de él, por ahora no era preciso adoptar tales medidas; en su caso, lo único que necesitaba era una ilustración rápida sobre ciertos puntos cruciales. Que ella misma podía impartirle sin más demora. De hecho, sería un gran placer para ella.

Para empezar, dijo, el análisis que John hacía de la situación era admirable. En otro tiempo y lugar quizá hubiera dado frutos positivos. Por irónico que fuese, parte de su perorata inaugural resultaba que *era* cierta; su sagacidad, *en efecto*, superaba su edad. Para ser una mierdita no se manejaba nada mal con todo el mundo. No cabía duda a ese respecto. Tenía buen ojo para sus años.

Sin embargo, en lo referente a su padre, aquel coloso tumbador de toros que decoraba las paredes del salón de su madre, a John le esperaban todavía noticias. Oh, sí, prepárate para una *gran* sorpresa. Ella sabía bien que siendo un niño le habían hecho tragar por la fuerza toda aquella basura sobre lo magnánimo que había

sido su viejo; sobre cómo, cuando las cosas se pusieron feas, su padre había sometido a sus huestes como un reposado, sereno y tranquilo héroe local con el mundo entero en la palma de su mano. Pero la verdad era, querido muchacho, que a pesar de todo lo que a él le habían dicho, *querido, mi querido muchacho, Ford Kaltenbrunner había sido un depravado, manipulador, mujeriego y alcohólico hijo de puta que se había granjeado la enemistad mortal de casi todos los vecinos de la ciudad*. Había sido, de lejos, el hombre más odiado de su tiempo en el Greene County. Había estafado el salario, los ahorros de toda la vida y los dineros guardados a más paisanos suyos de lo que John se pudiera imaginar. Se había acostado con las mujeres de todos los granjeros en kilómetros a la redonda, y esa *masa gorda y repulsiva con un pie en la tumba a la que John llamaba su madre* nunca se había enterado de nada. La señora Kaltenbrunner había sido el hazmerreír de toda la ciudad en sus años mozos. Ford más de una vez la había menospreciado en público, y probablemente se había burlado más que nadie a sus expensas. «El Quiste Ovárico», la había llamado... «La Concubatriz»... Y no vituperaba menos a sus demás colegas. En los dos o tres últimos años de su vida estaba excluido de todos los círculos de la comunidad. Se había metido en tantos malos pasos, se había enajenado y ganado la inquina de tantos parroquianos de tabernas, vecinos y agentes de la ley, que nadie de la comarca hubiera levantado ni tan siquiera un dedo para evitar el desenlace final. Hasta sus colegas de la mina acabaron volviéndole la espalda. Había otra cosa que John no entendía: que la historia de la «muerte en un derrumbamiento de la mina» en torno al fallecimiento de su padre era una patraña. Era pura caca, y todo el mundo lo sabía. La verdad era que Ford Kaltenbrunner, por la época en que murió, estaba organizando una huelga inminente en Ebony Steed.

Maquinaba desbancar a Glendan Castor y dirigir la empresa en su lugar, pero a Castor le llegó un soplo del plan y había lanzado una contraofensiva. Una tarde, a Ford le encomendaron realizar una inspección en una galería subterránea. En cuanto estuvo bien dentro del túnel, dos de sus acólitos, hombres presuntamente de su confianza, dieron la señal a un dinamitero apostado en la colina, y este accionó el detonador y voló la galería de la mina. *Ford Kaltenbrunner fue asesinado a sangre fría*. Y nadie hizo la menor pesquisa. Para el momento del entierro, habían preparado algo más en consonancia con una celebración. Solo los tristes bastardos que se habían pasado los primeros años de la vida de John haciendo visitas a la granja Kaltenbrunner albergaban los buenos recuerdos que fueran de Ford, y eso únicamente porque la mayoría de ellos no tenía mujeres a las que él pudiese arar en la tabla de fregar todas las noches. John iba a tener que aceptar el hecho de que su padre había sido cualquier cosa *menos* el héroe local. Su padre había sido un criminal malvado y astuto que no guardaba lealtad a nadie. Lo creyera o no John, era la verdad, palabra por palabra.

Y no había acabado todavía. Se levantó y continuó recitando una lista obscenamente larga de indiscreciones cometidas por su padre que hubieran hecho sonrojar a un gnomo. Hortense entró en un estado de delirio, alzándose sobre John, escupiéndole en la cara, agarrándole por las mangas de la camisa, vomitando un detalle truculento tras otro. El relato empeoraba por minutos. John ya no oía la voz de Hortense por encima de los gritos de los cachorros muertos. Su mente se había derrumbado. Hortense le había destruido. Era un hombre muerto... Pero ella no había terminado todavía. Quería aún más. Quería apalearle, mutilarle y desfigurarle, luego pisotear y profanar su tumba hasta dejarla irreconocible. Era presa de un arrebato homicida. Agarró a John por el cuello y le

derribó. Le desgarró los pantalones. Se remangó el vestido y se tiró encima de él, gruñendo y pateando contra el suelo. Le arrancó un mechón de pelo del cuero cabelludo. Le rasgó la piel, le arañó el pecho, la cara, los brazos... Lo tenía inmovilizado en un trance de parálisis. No podía moverse. El cabello de Hortense le azotaba la cara. Ella corcoveaba y se retorcía, siseando a través de los dientes apretados. John se sentía como si le estuviera asfixiando un gusano purulento. Los cachorros muertos resonaban *in crescendo*. Ella le estrechó, arqueó la espalda y se estremeció, y después se desplomó hacia un costado. Se puso de pie al instante. Le palpitaba el pecho. Miró a John a sus pies con el ceño fruncido. Patético, dijo. Le asestó un puntapié contra las costillas. *Patético*. Caminó hasta el borde del claro y se volvió para un último golpe. Quizá, de todas formas, él no tenía por qué preocuparse, dijo. Quizá no se parecía tanto a su padre, al fin y al cabo. *Por lo menos su padre sabía cómo satisfacer a una mujer*. Pero él, dijo, mirándole con asco... *Él no era más que un cabrero*...

Dicho lo cual desapareció. Salió del círculo de luz y se alejó borrosa cuesta arriba. John oyó apagarse el sonido de sus pasos a través del dédalo de zanjas y ramas caídas. Se abrió y se cerró la portezuela de un coche. Los faros volvieron a iluminar el campo. El zumbido de un motor se alejó por el sendero. Ya se había ido.

John permaneció de espaldas en la tierra con el cinturón hasta medio muslo. La lumbre iluminó una repisa de ramas colgantes. Distraídamente dejó que su mirada vagase por el follaje y se concentrara en un punto sobre la horquilla de un tronco. Miró fijamente aquel punto durante lo que parecieron horas, perdiendo y recuperando la conciencia. Las palabras finales de Hortense resonaban en su cabeza como cien puertas que se cerraran de golpe

en un pasillo vacío. *No era más que un cabrero, un cabrero, un cabrero*... Tenía razón. Lo era. Un cabrero. Y temía que ella hubiese acertado en muchas cosas más. Tal vez fuera una mentirosa y una ladrona, pero el ataque contra su padre lo había escupido con sangre. De eso estaba seguro. Se negaba a admitirlo, y buscó una salida, pero no logró disipar la sospecha angustiosa de que por lo menos parte de lo que ella había dicho era cierto. Doblado en dos, se acurrucó en el suelo.

Más tarde, una campana tañó al otro lado del río. Fueron tres campanadas. La hoguera estaba casi extinta. Perduraba solo un lecho de ascuas. Se incorporó del suelo. Subió la cuesta tambaleándose hacia la casa. Llegó al porche. Subió la escalera. Se cayó de la cornisa mientras revolvía en una esquina en busca de una almádena. Se le torció el tobillo bajo su propio peso cuando tocó suelo. Desde donde yacía, a tientas en la era, divisó las luces de posición de un avión que atravesaba lentamente la banda de Orión. Observó el avance de las luces hasta que, adentrándose en una nube, se desvanecieron. Se incorporó y subió renqueando las escaleras. Encontró la almádena detrás de un montón de palos de escoba. La cogió y salió fuera.

Nadie más digno que él para finalmente demoler la puerta del altillo. Lo había hecho todo menos instalar una trampa en la escalera para impedir una intrusión violenta, y ahora era él quien tenía que irrumpir con violencia. Otro triunfo más para Hortense. Comenzó a golpear. Los golpes de la almádena retumbaban al otro lado de las paredes. La señora Kaltenbrunner gritó desde la planta baja. La oía debatiéndose en su silla de ruedas Bankroft. No hizo el menor caso y derrumbó la puerta. La arrancó de sus goznes y la dejó caer hacia el armario, a su espalda. Subió.

Una vez en el altillo se dirigió directamente hacia la caja fuerte de hierro fundido que estaba en la repisa superior de la librería. La abrió y sacó los pocos remanentes que no habían sido enterrados con los artefactos. Desdeñó los cachos sueltos y se concentró en el sobre de papel manila que contenía aquellos extraños garabatos cuyo sentido no había podido descifrar. Extrajo los papeles que había en el sobre y los extendió sobre el escritorio. Encendió su mechero de butano y los miró.

En menos de cinco minutos sus sospechas quedaron confirmadas. Allí, delante de él, en perfecto orden y virtualmente completos, estaban todos los planes para una huelga general en Ebony Steed, con la firma autógrafa de Ford Kaltenbrunner en cada página del fajo. Hortense estaba en lo cierto. Su padre había estado organizando un abandono general del trabajo por la época de su muerte. Todas las firmas estaban allí, todo. Pero la huelga no se había realizado. Lo cual significaba que la habían descabezado. Lo que quería decir que a su padre le *habían* asesinado. Lo que corroboraba que Ford Kaltenbrunner *había* sido en efecto un hijo de perra.

Cerró el seguro de su encendedor y se recostó. Pudo divagar un momento antes de que le asaltaran las náuseas. Luego se impulsó hacia delante y estrelló la cabeza varias veces contra el tablero de la mesa. Lo vio todo claro al instante. El matador de dragones había sido un artista del robo. John había santificado y venerado a un degenerado notorio. La recámara había sido para él toda su vida, pero la recámara era una mentira. Con razón les habían tomado por payasos a él y a su madre. Todo el mundo era corrupto y obsceno, y *él no era más que un cabrero*...

Tardó diez minutos en demoler el estudio. Barrió con un brazo todos los manuales de la estantería. Arrancó páginas y desgarró portadas, y las arrojó en todas direcciones. Destrozó la librería con el armero y arrojó el escritorio por la escalera, y a continuación deambuló a trompicones por entre el estropicio. Su madre lo oía todo desde su rincón en el cuarto de estar. El último instante en que le había visto, John enfilaba la escalera con un mazo bajo el brazo. Después habían comenzado los destrozos, los golpes, el estruendo, los juramentos, la explosión de cristales, las astillas de madera. Las paredes a su alrededor se habían estremecido con el impacto. Pidió a gritos que pusiera fin a aquel estrépito. Él no le hizo caso. La destrucción continuó un rato. Luego cesó de repente. Silencio. No se oía una mosca en toda la casa. Ella le llamó. No hubo respuesta. Rodó en la silla hasta el pie de la escalera y volvió a llamarle. Nada. Regresó a su rincón y permaneció sentada con los ojos abiertos de par en par en la oscuridad, aguzando el oído para captar algún signo de actividad. Durante la hora siguiente reinó un silencio *excesivo*.

Más tarde, a las cuatro y media, oyó un ruido. Él merodeaba de nuevo. Oyó rumor de papeles, un crujido de tablas del suelo. Empezó a captar pisadas procedentes del altillo. Un minuto después oyó un golpe sordo encima de su cabeza. Más pasos. Bajando la escalera. Doblando la esquina. John cruzó la puerta con un cuchillo en la mano. Ella le miró atónita. Parecía como si le hubiese atropellado un camión. No la miró. Se volvió y empezó a despegar un alambre suelto de una hilera de grapas insertadas en el marco de la puerta. Varias termitas cayeron del techo en derredor de John. Al contacto con el suelo, huyeron en desbandada. Él siguió manipulando el alambre. Lo cortó. Tiró el cuchillo y se fue. Su madre le oyó recorrer el pasillo hacia la cocina. Se abrió la puerta del sótano. John bajó. Se alzó un rumor de pilas de metal y madera.

Buscaba algo, revolviendo entre enseres de la casa. La madre no tenía idea de lo que estaba ocurriendo. Miró el marco de la puerta e intentó comprender. El alambre cortado colgaba como un arabesco pelado hasta la mitad de su longitud. Siguió con la vista el cabo hasta donde se perdía en un agujero del techo. Desanduvo el camino con la mirada y siguió el otro extremo hacia abajo del marco y a lo largo del zócalo, a ras de suelo y arriba hasta el teléfono. Rodó la silla y descolgó el auricular. No había línea. Después de que habían tardado tres semanas en restablecerla, John acababa de averiarla de nuevo. Cedió al pánico. Ninguna de las chicas estaba en la casa: no quedaban camas donde dormir. Estaba atrapada en la planta baja, y él se estaba comportando como un loco. Los pasos regresaban. Rodó hasta la esquina y se quedó inmóvil. Le vio pasar cojeando hacia la puerta de entrada, con un bote de pintura en la mano. Se abrió la puerta. John salió al exterior.

Fuera, en la era, los primeros indicios del alba enrojecían el bosque. Una de las perras amamantaba a sus cachorros junto al buzón. John se encaminó hacia la fachada lateral de la casa. Abrió con una espátula la tapa del bote. Una vaharada de gases salió de su interior. La pintura de dentro tenía más de doce años y era negra, cáustica y tóxica. Hacía tiempo que se había congelado y separado de su base. La removió con un palo. Sacó un pincel tieso de la hebilla de su cinturón y lo hundió en la pintura. Aplicó un brochazo entre dos ventanas de la pared del lado sur. Produjo un instantáneo efecto corrosivo sobre la cal existente. Varias gotas formaron un churrete sobre los paneles y cobraron un tono herrumbroso en los bordes. Retrocedió y echó una ojeada. Era horroroso.

Pasó los veinte minutos siguientes embadurnando con gruesos pegotes negros la fachada de toda la casa. Cada muro equivalía a un

pesadillesco trazado de garabatos: espirales erráticas que se estrechaban formando pinceladas finas que su vez se transformaban en gigantescos charcos goteantes. La piel y la ropa se le salpicaron de pintura. El vello de los antebrazos se le apelmazó en nudos compactos. Cuando ya solo quedaban unos centímetros de pintura, llenó el bote con agua del grifo de fuera. La removió y la derramó sobre el porche. Volvió al corral y supervisó su obra. Permaneció un minuto mirándolo todo. La señora Kaltenbrunner le observaba desde la ventana. Tiró el cubo al suelo y entró en la casa.

Fue a la cocina. Sacó de la alacena un paquete de un kilo de azúcar y lo vació en un cazo. Había leído la receta en una guía James Porter de cuidado del hogar. Llenó el cazo de agua caliente. Revolvió la mezcla hasta formar una pasta espesa. A partir de la cocina, untó de pasta todas las paredes, con las manos desnudas. La aplicó contra las placas del techo y la vertió en los rincones. La restregó por el interior de los armarios. Untó el cristal de la ventana. Al cabo de unos minutos salieron las termitas de los resquicios de los rincones. Corrieron hacia la pasta en voraz bandada. Antes de que él hubiese terminado con la planta baja, las hormigas ya cubrían cada centímetro del techo y bajaban por las paredes. Subió al piso de arriba y continuó.

Había amanecido cuando concluyó de enjalbegar el altillo. Posó el cazo y se limpió las manos. Cogió un tubo de cañería de una esquina. Bajó a la segunda planta. Tardó un par de minutos en romper todos los cristales intactos de la casa. A cada nuevo estallido, la voz de la señora Kaltenbrunner cobraba un tono de chillido estridente. Sus gritos llenaban los pasillos. John no trató de calmarla. Ella seguía chillando. Él no dijo una palabra. Terminó con las ventanas y se encaminó hacia la armería.

Había cuatro cajas de perdigones en el armario. Se guardó uno en el bolsillo trasero y metió los restantes en una funda de almohada. Ató el cabo superior de la funda a la hebilla de su cinturón manchado. Cargó el Winchester y entró en su habitación. Miró alrededor. Un retrato enmarcado de Ford Kaltenbrunner colgaba directamente encima del colchón. Disparó contra la pared. Yeso y cristal explotaron sobre el suelo. La luz matutina se filtraba por el agujero de fuera, iluminando regueros de humo de pólvora y polvo serpeando por la habitación. La señora Kaltenbrunner entró en barrena. Sus gritos se intensificaron, persistentes. Se zarandeaba en su silla de ruedas, gritando que cesara aquello. John vació el rifle. Disparó contra la instalación eléctrica. Una lluvia de chispas roció la cama. Cargó de nuevo. Lanzó dos proyectiles más contra las paredes, que abrieron nuevos boquetes y cubrieron de neblina el cuarto. Placas de yeso se derrumbaron sobre su cabeza. Volvió a cargar. Salió al pasillo. Abrió un agujero en el techo. Una placa aislante dejó al descubierto una red chamuscada de cables eléctricos. Él continuó. En el camino hacia el cuarto de baño se detuvo a destruir el único mueble que quedaba en aquel piso: el escritorio Davenport con remaches de cobre. Un solo estampido lo dejó reducido a un montón de leña.

Ya en el cuarto de baño, se paró a mirarse en el espejo de cuerpo entero que cubría la pared. Apenas reconoció el rostro que le miraba. Los contornos alabeados del marco del espejo alargaban levemente la figura descarnada, de tez cetrina y cadavérica y postura encorvada. La muerte devorando a un joven blanco. Hizo añicos el espejo de un balazo. Despedazó con la culata del rifle el espejo del armario. Disparó al retrete. Un géiser de agua de la cisterna brotó de las cañerías reventadas y se esparció por el suelo.

Cargó de nuevo. Oía a la señora Kaltenbrunner por encima del zumbido en sus oídos.

Fue al dormitorio de su madre e hizo lo mismo: un tiro contra cada pared, otro contra el techo y otro contra la puerta. Se volvió y miró al pasillo. Eligiendo desde la puerta un ángulo cuidadoso de tiro, la bala trazó un surco que a lo largo de las paredes con empapelado victoriano llegaba hasta su cuarto. Agujereó el marco del armario y después se dirigió al altillo.

Destruyó de un solo impacto la mesa situada en la escalera. Otra bala se alojó en los escalones. Una vez arriba, hizo cinco boquetes en el tejado y uno a través de cada muro. Destrozó el interruptor de un puñetazo. Para cuando dio la espalda al estudio devastado y bajó a la planta baja, el estado de la casa ya era invendible.

La señora Kaltenbrunner se veía ya en el punto de mira de un cañón cargado. Estaba acurrucada en su silla Bankroft, con la cabeza entre sus manos hinchadas. Tenía la cara crispada por las huellas de lágrimas. John bajó pesadamente la escalera. Ella le vio pasar de largo. Estaba cargando otra vez el Winchester en el camino hacia la cocina. Retumbaron cuatro tiros consecutivos. Oyó un armario cayendo de la pared. El de los platos estalló con estrépito. Los que no se habían roto John los rompió a pisotones. Un disparo arrancó de sus goznes la puerta de la nevera. Los pasos se encaminaron hacia el salón.

Ella gritó, implorándole que cesara aquella locura. Había perdido el juicio, le dijo. No sabía lo que estaba haciendo. Tenía que *parar, parar, ¡parar ahora mismo!* Por toda respuesta hubo unos murmullos en voz baja entre detonaciones, algo sobre la justicia del corredor de bosques y el último reducto de la razón. Oyó explotar el lavabo. Luego otra puerta. Ella gritó una y otra vez, pero no sirvió de nada.

En aquel momento un coche se acercó por el sendero. La señora Kaltenbrunner maniobró para llegar a la ventana y levantó la persiana. Era la primera de las socorristas, justo a tiempo. Trató de prevenirla con un grito. No la oyó. La arpía de la camioneta permaneció sentada al volante, mirando boquiabierta el exterior de la casa. La señora Kaltenbrunner gritó de nuevo. El grito no llegó a los oídos de la otra. Entonces oyó que John salió del salón y corría hacia la puerta. Le suplicó que se detuviese. Él no la escuchó. Salió al porche y apuntó con el arma hacia el parabrisas del vehículo. La arpía chilló. Accionó la marcha atrás. John le reventó el neumático delantero izquierdo. El automóvil se escoró y retrocedió a sacudidas. Coleó alrededor de la pila de leña y enfiló hacia el sendero. Desapareció, virando bruscamente, sobre tres ruedas y una llanta.

La señora Kaltenbrunner intentó cambiar su estrategia reprendiéndole. *Ahora ya lo ha hecho*, dijo desde la ventana, *ha abierto fuego contra un ciudadano respetuoso de la ley. La policía vendrá a buscarle pronto. Si le quedara una pizca de sensatez se hubiera detenido mientras estaba a tiempo*.

No sirvió de nada. Ni siquiera se volvió a mirarla. Ella le vio depositar el rifle en la era y dirigirse hacia un costado de la casa. Se montó en Bucéfalo. Arrancó el motor. Giró y enfiló por la cuesta hacia el granero. A mitad de camino dio media vuelta. Desanduvo el trayecto. Se lanzó cuesta abajo derecho hacia la casa. Al sobrepasar la pila de leña, trabó el acelerador con una estaca y saltó del tractor. Bucéfalo brincaba sobre la gravilla. Saltó el terraplén y se estrelló contra el muro. El radiador traspasó los lienzos hasta la cocina. Parte del techo se desplomó. El fregadero y la repisa reventaron. La mole del bastidor del tractor quedó encajada en la pared, con las ruedas delanteras rectas dentro de la cocina y las traseras triturando el mantillo del jardín. El motor se atascó finalmente, se caló y se apagó

con un chasquido. Una nube de humo de diésel se elevó en la cocina.

Fue entonces cuando la señora Kaltenbrunner tuvo la certeza de que John *había* perdido el juicio, esta vez sin remedio. El tractor siempre había sido su orgullo y su alegría. Se acordó de todas aquellas tardes en que él hacía largos trayectos a la ferretería en busca de repuestos. Los cargaba en la calle 11, luego los transportaba en una carretilla a lo largo del río. Después incluso había inventado un nombre ridículo para el vehículo, aunque ella no recordaba cuál. En cualquier caso, a partir de entonces John lo había cuidado obsesivamente. Nadie se había acercado ni un segundo al tractor. Y ahora lo acababa de empotrar contra la pared de la cocina.

John recargó el Winchester y devastó la era. Derribó el buzón. Abrió dos boquetes en el porche. Tumbó los cables eléctricos de su soporte en los postes. Se encaminó al granero. Soltó los candados y entró. Se oyó en la ladera la repercusión de los veinte o treinta disparos que hizo en el interior. Salió del granero. Se activó la alarma. Se volvió y voló la bocina electrónica de su nicho debajo de las cañerías. Cayó desde la altura de dos pisos sobre un lecho de maleza. Regresó hacia la casa. El Winchester le ardía al rojo vivo en las manos. Toda la granja parecía un semillero de caníbales apalaches. Subía el escalón del porche justo cuando el primero de los coches patrulla apareció pitando por la curva al final del sendero.

La señora Kaltenbrunner vio a John entrar de nuevo en la casa. Cerró el pestillo de la puerta delantera y entró en el cuarto de estar. Le vio desviarse hacia un armario bajo que recorría la pared. Sacó de su interior una botella semivacía de ginebra, dio unos pasos atrás y voló de dos tiros la colección de peceras vacías que ocupaban el anaquel inferior. Se encajó el Winchester bajo un brazo. Volvió por el pasillo.

Afuera, en el corral, los coches patrulla se detuvieron. Varias portezuelas se abrieron de golpe. Se oyeron voces confusas. Sonó un megáfono con consignas sacadas de una película de vaqueros. Resonaron varias órdenes en dirección a la casa. John descorrió la cortina y miró al exterior. Más motores se acercaban por el fondo del sendero. Soltó la tela de la cortina y retrocedió. Cogió una silla y se sentó.

Por primera vez en toda esa mañana miró a su madre a la cara, y por primera vez en más tiempo del que ambos recordaban, ella le devolvió la mirada. Él le tendió la botella de ginebra y le dijo que era suya por derecho. Ella la cogió con manos temblorosas mientras él sacaba las cuatro últimas balas de la funda de la almohada. Las cargó. Descansó el Winchester transversalmente sobre las rodillas. Miró a su madre de nuevo. A continuación habló.

Dijo que no había tiempo para explicaciones. Sabía que ella no entendía nada de lo que estaba haciendo. Sabía también que ella pensaba que se había vuelto loco, y nadie podía reprochárselo. Pero *no* estaba loco. Sabía exactamente lo que estaba haciendo. No esperaba que ella le creyera, pero era cierto. Más valía que ella no supiera el porqué. Lo único que quería que comprendiera y recordara era que nunca había deseado causarle ningún mal. Estaba haciendo solo lo que él *sabía* que era lo correcto, por vergonzoso que pudiera parecer. Cuando llegara el momento, si llegaba, los dos se encontrarían en el lado bueno de la valla, y entonces se lo explicaría todo, que no se apurara. Pero de momento no les quedaba tiempo. Solamente le pedía que entregara las Suffolk y las ponedoras a Elias Kauerbach, de la fábrica de piensos, porque no había tenido tiempo de tomar las disposiciones necesarias al respecto.

La señora Kaltenbrunner le suplicó que no siguiera diciendo cosas horribles y que fuera a parlamentar con la policía. Todo aquello sobraba, dijo ella. Él la interrumpió y dijo que era demasiado tarde. Se levantó. Fue hasta la ventana y gritó que iba a llevar a su madre a la puerta. Se oyó una respuesta confusa. Él se retiró de la ventana. Cargó el Winchester. Se situó detrás de la señora Kaltenbrunner y empujó su silla hacia la puerta. Ella empezó a gritar. Él siguió empujando. Ella intentó agarrarse a las paredes y al marco de la puerta conforme avanzaban. Él sacó la silla al pasillo. Ella le imploró que no lo hiciera. Él soltó el cerrojo de la puerta. Ella se aferró a la manilla. Él le soltó los dedos y le dijo que no se resistiera. Ella le rogó. Lágrimas rodaban por sus mejillas hinchadas. Él abrió la puerta y gritó que se acercaran a recogerla. Los agentes cruzaron el corral agachados. Él empuñó el Winchester. Ellos saltaron al porche y asieron la silla. La bajaron del escalón y la empujaron a través del césped. John arrojó tras ellos la botella de ginebra. La señora Kaltenbrunner miró hacia atrás, chillando de una manera incontenible. Él la miró por última vez. Después cerró la puerta.

Corrió los pestillos y subió al piso de arriba. Se sentó en el pasillo, de espaldas a la pared. Oía a través del megáfono los aullidos de su madre y de las perras. Miró en derredor. Un reguero de termitas desfilaba a través de un cráter abierto en la pared. Las vio avanzar entre el yeso y el cristal que cubrían el suelo. El aire estaba enrarecido por el humo del motor de Bucéfalo. La puerta del ropero colgaba de uno de sus goznes. El retrete desbordaba todavía sobre el suelo. La propia figura devastada de John parecía perfectamente a tono con aquel descalabro.

Al cabo de un rato cesó la voz de su madre. Dedujo que se la habrían llevado. Apoyó el cañón del rifle contra su frente y procuró

olvidarla. En definitiva, ella estaba mejor lejos de allí. La atenderían en el hospital. Y con un poco de suerte ella no descubriría nunca la verdad de todo aquello. Merecía un fin tranquilo a partir de entonces. Con tal de que se acordara de hacer con las gallinas lo que le había pedido, la madre podía salir de escena con tanta dignidad como cabía esperar de la situación. Bien pensado, las cosas podían haber tenido un desenlace mucho peor. Pensó en ello. Lo único que verdaderamente lamentaba era no poder ver la cara de Hortense cuando le dijeran que lo que había sobrevivido a la destrucción de la granja no valía un centavo. En aquel estado era más bien un lastre. Con un poco de suerte, tal vez la iglesia tendría incluso que costear la limpieza, siendo como era la heredera legal de la finca. Tal vez. Pero probablemente no. Si no se equivocaba, el reverendo White se las arreglaría para escurrir el bulto. Así solían funcionar aquellas cosas. Lo único que John había hecho *realmente* era conseguir que se anulara la subasta inminente. Era innegable que, visto de ese modo, no representaba una gran victoria, pero al menos dejaba una cierta constancia de autoría. Por lo menos había sido él el destructor de la granja, visto que, evidentemente, iba a desaparecer de una forma u otra. Nadie podía arrebatársela ahora. No quedaba nada de lo que apropiarse. No podía decirse otro tanto de las víctimas anteriores de las arpías. Se concedió ese mérito. Y, al fin y al cabo, aunque solo fuera eso, los cachorros muertos ya no chillaban...

Se levantó y se aproximó despacio a la ventana. Miró afuera. Había nueve vehículos en la era. Oía a los agentes apostarse alrededor del porche. No había arpías. Había un solo coche patrulla estacionado sin vigilancia junto a la pila de leña. Miró alrededor. No le tenían localizado. Se recostó contra el cristal de la ventana. Apuntó al

vehículo. Disparó. El cristal del parabrisas estalló hacia dentro. Una descarga inmediata se elevó en respuesta. Se refugió en el pasillo. Vio encima de él las paredes acribilladas por una andanada que sonó como si fueran diez mil proyectiles. Se alejó de espaldas de la ventana. Un mosaico en expansión de orificios negros floreció en el techo. Virutas de pintura y placas de yeso llovieron sobre su cabeza. Gritó a voz en cuello. Su voz se perdió. Descargó contra la pared sus tres últimas balas. El Winchester enmudeció.

Alguien pidió un alto el fuego. El tiroteo cesó. El fragor general alcanzó los montes que cerraban el valle y retornó entrecruzado y rebotando por los riscos opuestos como un ataque de artillería en busca de un objetivo.

Los agentes volvieron a intercambiar gritos. Oyó introducirse a uno de ellos por la ventana de la despensa de la planta baja. Otro entró en la cocina. Buscó a tientas en el bolsillo del pantalón su última bala. La cogió. Abrió el cargador. Algo cayó por la ventana a su izquierda. Miró abajo. Un bote cilíndrico yacía a sus pies. Una pequeña varilla brotó de un extremo. Una niebla espesa de gas violeta empezó a envolverle las piernas. Le asestó una patada y trató de escapar. Los ojos, la nariz y la garganta le empezaron a arder. Se levantó y avanzó a trompicones hacia el final del pasillo, tosiendo y resoplando. Sintió que los testículos se le subían al tórax. Trató de cargar el Winchester. Sus dedos se agarrotaron. La bala cayó al suelo. Se agachó a recogerla. Las piernas le flaquearon. Cayó al suelo. Oía el retumbo de pasos sobre las tablas del suelo en el piso de abajo. Chocó contra la pared al desplomarse. Cayó sobre él la puerta de un armario. Lo último que oyó fue una voz en el megáfono diciendo algo sobre que solo tenía quince años.

II
BAKER

El sistema judicial de Baker nunca ha poseído una metodología consistente. Desde las normas verbales del primer consejo del valle hasta la aplicación *con prioridad regional* que hacen los tribunales modernos de hoy de una variante de la legislación nacional, se diría que durante todo el tiempo que ha estado implantado un cuerpo legislativo en la localidad, la gente honrada ha recibido siempre, de hecho, un mal tratamiento. Y viceversa.

En octubre de 1871, un cultivador de tabaco de Sparrow's Height fue condenado y sentenciado a cadena perpetua por el asesinato de un prominente plantador del Greene County. Por sorprendente que parezca, no hubo testigo ocular del crimen y el solo testimonio de que dispuso el tribunal se reducía a habladurías tan poco fidedignas que resultaban casi cómicas. No obstante, se dictó la sentencia, el caso quedó cerrado y el acusado ingresó en prisión. Varios años después se obtuvo la confesión en el lecho de muerte de un rival notorio del granjero encarcelado, quien en su última hora reconoció haber cometido el asesinato. Pero cuando se sometió el caso al tribunal, este consideró que la confesión era inadmisible, puesto que el hombre que se había declarado culpable había muerto antes de que su declaración pudiera verificarse, y el condenado vivió el resto de sus días detrás de unos barrotes, a pesar de las vivas manifestaciones de protesta de la comunidad.

Menos de diez años después, por el contrario, mientras el recurso del acusado seguía pendiente de resolución, un notorio matón de la ciudad causó heridas mortales con un arma de fuego a un tendero de la zona en presencia de no menos de cincuenta lugareños. El

asesinato tuvo lugar a plena luz del día en la esquina de la calle 4 y Poplar, pero de todos los testigos presenciales ninguno compareció para testificar, supuestamente a causa del miedo a los compinches del pistolero. No se formularon cargos. El asesino no cumplió condena.

En junio de 1932, un zapatero local fue denunciado por su degeneración incorregible y condenado a veinte años de prisión acusado de haber dejado embarazada a su sobrina de catorce años. La presunta intolerancia del tribunal para con la pedofilia y el incesto fue ampliamente proclamada a lo largo del caso. Sin embargo, dos días después de haber concluido el juicio, el magistrado que lo había presidido asistió a una boda familiar en la que los cuatrocientos parientes invitados se identificaban mediante insignias que, conforme a una gama que incluía de uno a cuatro colores, indicaban sus respectivos lazos de parentesco con la familia de la novia o el novio. Un rápido cómputo de todos los asistentes reveló que toda la concurrencia era un semillero de varias generaciones de endogamia, en la que algunos parientes ostentaban las insignias de los cuatro colores, mientras que el propio juez era portador de tres.

La justicia municipal en Pullman Valley, o la evidente falta de la misma, había hecho pocos progresos visibles en lo relativo a su coherencia por la época en que John fue detenido. La cárcel del Greene County estaba llena de hombres adultos que cumplían condenas de dos años por la posesión de tan solo un gramo de marihuana, mientras que las autoridades desoían a cada hora informes crónicos de palizas conyugales e inveterados malos tratos a niños. No se sabía con certeza a lo que se exponía una persona detenida en Baker. Los juzgados locales eran ostensiblemente indulgentes con los delitos provocados por consumo de alcohol, los

atentados contra el orden público, las disputas domésticas y las infracciones administrativas. Por otra parte, eran desmesuradamente severos con quienes quemaban banderas, robaban cosechas o tenían tendencias homosexuales. John, por su lado, lo mismo habría podido ser encarcelado de por vida que recluido en un hospital psiquiátrico para ser sometido a incontables sesiones de electrochoque.

Pero resultó que contaba con una baza a su favor: de los quince agentes de la ley que actuaron durante el episodio del asedio, uno de ellos era un agente estatal —en oposición a local—, y quiso la fortuna que fuese sobre el coche patrulla de dicho funcionario sobre el que John abrió fuego. Ello implicaba necesariamente que el asunto se elevase a la atención del estado en calidad de competencia *estatal*, para ser juzgado en tribunales del *estado*, por un juez y, a ser preciso, un jurado *estatales*. Lo cual fue probablemente la única circunstancia que le salvó de un apresurado simulacro de juicio y un ulterior destierro en una húmeda celda de la prisión del condado por el resto de sus días. Lo supiera o no, John había elegido bien a su presa.

Tras dos días de catatonía provocada por la administración de litio en una de las celdas de prisión preventiva del sheriff Dippold, John fue trasladado desde Baker a una sección juvenil de la penitenciaría de alta seguridad del estado, donde le mantuvieron bajo atenta observación en un pabellón aislado durante las dos semanas siguientes. Le diagnosticaron tendencias suicidas y le recetaron fuertes dosis de litio, tranxeno y largactil hasta mediados de diciembre. Comparadas con las fotos policiales del incidente con los gnomos de la tienda de cebos de pesca, las fotografías del laboratorio de investigación criminal del estado, tomadas tan solo

seis semanas después, muestran un drástico e increíble deterioro de su aspecto general. La expresión estrábica, de ciervo deslumbrado por unos faros, del primer juego de fotos da paso y palidece en comparación con la mirada patológica, de asesino de la matanza de Texas, de las últimas fotos. A primera vista, se diría que habían transcurrido varios años entre las dos series de instantáneas, o bien que el modelo que posó para las mismas no era la misma persona.

Tras una rigurosa evaluación psiquiátrica, su caso fue sometido a una junta de revisión. No obstante la desacostumbrada consideración liberal que hizo el grupo de expertos de las circunstancias atenuantes que concurrieron en la resistencia de John a la autoridad, a saber, la madre enferma del acusado, su condición de hijo único de una familia sin padre, la consiguiente ausencia de supervisión, etc., la lenidad en conjunto de su dictamen obedeció probablemente más a un desliz burocrático que a un gesto humanitario. Por lo general, nadie puede confiar en un trato tan humano en ninguna parte del país, sobre todo cuando el delito consiste en un ataque flagrante a un defensor de la ley. Baker le hubiera condenado a no menos de un decenio de reclusión por el mismo delito. Pero el estado fue menos severo. Finalmente John fue condenado a entre tres y seis años de trabajos de marinero sin sueldo en una gabarra fluvial.

Dos días después de dictada la sentencia fue liberado de la celda, escoltado hasta los muelles de una ciudad fluvial al norte del estado y embarcado en un remolcador de triple hélice y ocho mil cuatrocientos caballos de vapor que navegaba por el Misisipi inferior. Le condujeron a la cubierta principal, y de allí a un pañol al que se llegaba bajando una escalera y atravesando la sala de tripulación. Le dijeron que los otros camarotes de los marineros estaban ocupados.

Aquel agujero en la pared, con sus colgantes cordones transductores, cables de acero enrollados, hachas para incendios y un catre de yute manchado de petróleo en el rincón del fondo, habría de ser su hogar durante los tres años siguientes. En ese tiempo habría de trabajar en turnos continuos de seis horas de faena y seis de descanso, siete días a la semana sin variación alguna. Nunca le permitirían bajar a tierra, salvo para amarrar una soga en el embarcadero. No bebería alcohol ni ingeriría ninguna sustancia ilegal, so pena de retorno inmediato a la prisión de la capital. No recibiría paga, pero con el tiempo, y mediando buena conducta, le asignarían un magro crédito en los economatos de la red fluvial. Empero, le concederían el privilegio de trabajar al aire libre, en contraposición al confinamiento en un espacio de dos y medio por tres metros, y la oportunidad de cumplir su condena como un «miembro productivo de la sociedad».

Una vez más, podría haber salido mucho peor parado. La vida de marinero no resultaría ser un agradable paseo —el trabajo era brutal, la comida repulsiva y la tripulación una jauría de perros de tiro salvajes—, pero se las arreglaría para que le dejaran a solas, y la experiencia práctica de faenar en el río tenía ciertas ventajas en el abanico de las alternativas.

En primer lugar, no tenía que inquietarse de que le violara un gorila de doscientos kilos en una de las duchas. Lo cual era más de lo que podía afirmarse de cualquiera de las instalaciones correccionales donde de otro modo hubiera acabado. En determinadas tesituras, la homofobia ofrece ventajas claras. El resto de los hombres de a bordo, dueños de su libre albedrío, podían desembarcar en cualquier puerto de la ruta para un fin de semana de putas y juerga cada vez que sus miradas de soslayo hacia camaradas de la tripulación se tornaban algo más que fortuitas. Por

este motivo, John vio más renovaciones de la plantilla de las que pronto pudo recordar.

Era asimismo consciente de que, al menos por lo que a él respectaba, casi cualquier cosa era mejor que la cárcel. Incluso al principio, cuando los trinquetes de estibar de más de cuarenta kilos le habían excavado ranuras permanentes en los hombros, y las exigencias incesantes del capitán le estaban dejando tan consumido y exhausto que sentía que su cuerpo devastado era capaz de desintegrarse en la borda a las primeras de cambio, sabía que en lugar de carenar en cubierta con un frenesí de esclavo, podría haber estado vegetando en algún cuchitril lúgubre sin suficiente espacio para desplazarse. Por ello se sentía verdaderamente afortunado.

Y lo que era aún más, nunca padeció hambre en el río. Podía comer todo lo que quisiera a cualquier hora del día. La extenuante naturaleza del trabajo no tardó en restituirle su antigua fortaleza física. Su apetito crecía día a día. Sus músculos recobraron tono e insinuaban volumen. Sus hombros se robustecieron y su torso se endureció. Llegó a conocer como nunca antes los efectos vigorizantes del intenso trabajo físico. Probablemente por primera vez en su vida adoptó costumbres regulares de sueño.

Pero la mayor ventaja de todas era, con mucho, el estar fuera de Baker, lejos de la pesadilla de las arpías, gnomos, policías y condiscípulos. Al enviarle a vivir en el río le habían cortado todo vínculo tangible con el pasado, no sabía nada de lo que ocurría en el terruño, lo que había sucedido con la subasta, la granja, las gallinas, etc., no había cartas en el buzón, ni escuela ni hospitales, no había letra pequeña ni recortes de prensa; en efecto: *no* había más *historia* que su propia cabeza llena de recuerdos. Le habían amnistiado temporalmente de todo. Pero no hubo una sola hora de

los tres años siguientes en que no reviviera con detalle gráfico cada instante del asedio policial en la granja.

Mientras fregaba las cubiertas y el agua del río se arremolinaba en cascada sobre el reborde de acero de la proa y se deslizaba por la pendiente de la borda, oteaba la tierra de enfrente, ya fueran los bosques tupidos, con sus hileras de árboles, a lo largo de las riberas de Illinois, ya las erectas chimeneas de piedra de las centrales eléctricas de Detroit, ya los arcos de carbono de un amarillo pálido y los muelles de carbón de Luisiana, o las interminables cadenas de campamentos de ratas de río en Kentucky, se apostaba orientado hacia la línea del horizonte y sabía instintivamente, como un setter ante una becada, la ubicación aproximada del Greene County. Casi era capaz de oír su bramido atravesando el bosque, como si el condado pudiera remangarse las faldas en cualquier momento y llegar pisoteando a campo traviesa para acuclillar encima de él sus asentaderas fétidas y purulentas. Siempre tenía el valle en su memoria. En el aislamiento canonizaba su pasado. Baker, como telón de fondo, se inflaba en su recuerdo, se martirizaba en su ausencia, hasta que la ciudad entera se había metamorfoseado en un circo de monstruos elefantiásicos que vagaban por las calles en infectas manadas de vampiros y ladrones de ganado. Por más que pudiera haber mil kilómetros de distancia geográfica, para él, en realidad, no estaba más lejos que el momento próximo en que estuviese a solas.

Después de cada turno de amarrar bolardos y de lidiar con trinquetes, correas, eslabones de cadena, argollas, anillas, gatos hidráulicos y aparejos, se sentaba solo en su pañol lóbrego escuchando el bramido y el retumbo de la sirena de la cabina, el silbido de las bombas de aire, los motores de dos mil ochocientos caballos de vapor hundidos en las sentinas, y más de un millón de litros de diésel chapoteando en el depósito, justo debajo de la

cubierta, y en medio de todo aquello fortalecía su determinación de, para bien o para mal, comenzar de nuevo algún día, de volver a Baker y enmendarlo todo en una segunda oportunidad.

John trabajó en el río durante poco menos de tres años. En ese tiempo se entregó a su tarea con todo el vigor y la resistencia del más fornido de sus camaradas, todos los cuales, en todos los barcos, dicho sea de paso, eran por lo menos doce años mayores que él. Nunca profirió una queja acerca de su trabajo. Guardó silencio e hizo lo que le decían. De su experiencia obtuvo varias historias interesantes. Por ejemplo, hubo una tarde en que, en un afluente del Misisipi inferior, el piloto al timón se emborrachó con Old Crow y causó daños valorados en setenta y cinco mil dólares a un puente interestatal. Entre otras cosas, al piloto le retiraron la licencia, la empresa tuvo que pagar una fortuna y el puente fue cerrado durante la temporada. En otra ocasión, un técnico de la tripulación, descendido a la corriente para realizar una inmersión nocturna debido a unas reparaciones de emergencia, sufrió de improviso el pavor de su vida. Se había sumergido sin ningún motivo de alarma, pero no llevaba más de treinta segundos debajo del agua cuando la cuerda de su cinturón empezó a dar tirones y a golpear frenéticamente contra el casco. Un segundo después emergió presa de pánico, gritando *¡Sacadme, sacadme, sacadme ahora mismo!* Cinco marineros lo izaron del agua en el acto. Cuando el capitán logró por fin sosegarle, el técnico contó una historia inquietante de un siluro del Misisipi de por lo menos dos metros de largo que había aparecido directamente delante del haz de su linterna acuática. Y ciertamente el que se llevó la palma fue el relato del «marinero infortunado». El infortunado era un exdependiente de comercio de Virginia Occidental que, una noche, se levantó del catre en el

estupor del sueño para evacuar el vientre y, por inadvertencia, pasó por delante del cartel de AVERIADO que había sido colgado temporalmente en la puerta de todos los cuartos de baño del barco. Evidentemente no vio el letrero. Utilizó el inodoro, ignorando que el técnico de saneamiento se hallaba trabajando dos cubiertas más abajo, conectando un pozo séptico repleto, de ciento cincuenta litros de capacidad, con el principal generador de presión del buque y con las válvulas de descarga situadas por debajo de la línea de flotación y que se utilizaban para el vertido periódico de desperdicios acumulados. Cuando el marinero terminó de hacer sus necesidades, se puso de pie, se cerró la bragueta, tiró del pomo de la cisterna y salió despedido por la materia fecal producida por toda la tripulación en los últimos cuatro días, desde la más ínfima rata del muelle hasta el capitán del barco. La explosión liberó cientos de atmósferas de presión por centímetro cuadrado. Alcanzó a cada rincón del retrete. Llenó los lavabos, arrancó de cuajo los espejos de la pared, atascó el rodillo de toallas de papel... Todos los miembros de la tripulación oyeron la detonación y acudieron corriendo a ver qué demonios había ocurrido... Al llegar a la puerta del retrete encontraron al marinero revolcándose a ciegas y chapaleando en un tremedal creciente de excrementos pestilentes. La detonación casi le había arrancado el cuero cabelludo; las heces se le habían incrustado en las encías, prensado contra la piel interior de los párpados, volado el tabique nasal y penetrado a través de la garganta en sus pulmones y su estómago. El capitán envió rápidamente un mensaje de radio a la siguiente ciudad y una ambulancia estaba aguardando en el muelle dieciséis kilómetros río arriba.

En el río abundaban las anécdotas similares. Eran inagotables, y John, siendo como era un ávido aficionado a las anécdotas extremas, recopiló las suyas, como cualquier otro. Wilbur conserva

todavía escritas un buen número de ellas. Cabría considerarlas dignas de mención en otro contexto, pero en realidad no son pertinentes para nuestro objetivo y de muy poco serviría referirlas aquí.

Lo importante que hay que tener presente es que para el final de su condena John parecía y era una persona totalmente distinta de cuando empezó a cumplirla. Habían transcurrido tres años desde el asedio en la granja. Tenía ahora diecinueve. Había crecido mucho tanto a lo largo como a lo ancho, aun cuando una gran parte de su complexión era solo transitoria, y mantenerla exigía un continuo ejercicio. Tenía el pelo rapado. Sus extremidades se habían espesado y perfilado. Le estaba saliendo vello facial. A los diecinueve aparentaba veinticinco años, y pocos camareros de bar en la ciudad se hubieran tomado la molestia de pedirle que documentara su edad. El cabrero montaraz había desaparecido, transformado hasta un punto irreconocible por treinta y cinco meses de dura faena.

El Baker al que regresaba, por el contrario, no había cambiado un ápice. Gingerbread Row, con sus tiendas de novedades y sus cubos de baratijas, era una tarjeta de visita idéntica a su fisionomía anterior. Seguía sin haber librerías en la ciudad. No había tampoco un local de música en cincuenta kilómetros a la redonda, exceptuando las máquinas de discos de las tabernas. La quinta de condiscípulos de John había evolucionado con arreglo a la máxima provinciana: «El rico va a la universidad, el pobre va al trabajo...». El inevitable cotilleo en torno a la insurrección de John se había ido acallando poco a poco, suplantado por otros episodios espectaculares de obreros renegados de la cadena de montaje campando por sus respetos y estrellando camiones cisterna robados contra iglesias baptistas situadas al borde de la carretera. Nadie recordaba a John personalmente. Solo su nombre había sobrevivido,

y hasta eso había empezado a borrarse de la memoria colectiva. La mayoría de los bakerianos le recordaba solo como «El chico del tractor». *¿Qué habrá sido del chico del tractor?*, preguntaban. Nadie lo sabía. Para empezar, nadie le había conocido. Retornaba a una comunidad que no habría podido verle retornar.

Hacía mucho tiempo que la señora Kaltenbrunner había muerto. Cuando John cumplía su cuarto mes de condena recibió un telegrama urgente notificándole que, al cabo de seis días de coma profundo, su madre finalmente había fallecido. En las semanas inmediatamente precedentes a su muerte, la encontraron orinando en la garita del conserje y comiendo puñados de hierbajos en el patio del hospital. John había sido formalmente excluido de la asistencia a su entierro, lo que le había ahorrado la molestia de tener que declinar la invitación. La casa de la granja había sido arrasada. El terreno lo había comprado una compañía eléctrica que erigió una dinamo en el lugar donde había estado el granero. Las Suffolk habían sido sacrificadas después de haber contraído ántrax; por un motivo u otro, jamás contactaron con Elias Kauerbach. Lo último que se sabía de Hortense era que había sido enviada a Tennessee con el tentador historial de una viuda cancerosa debajo del brazo. Roy Mentzer se había jubilado antes de tiempo y se decía que vivía en un parque de caravanas a las afueras de Pottville. Algunos de los principales personajes locales se habían mudado. Pero las arpías seguían en su sitio. Los gnomos estarían siempre allí. Las ratas de la fábrica continuaban afluyendo al Whistlin' Dick todas las noches de la semana. Baker era en gran medida lo mismo que había sido, salvo que estaba unos centímetros más cerca del ecuador.

John fue liberado el día de su cumpleaños con la condición de que buscara un empleo remunerado en la localidad y de que asistiera durante un año a un programa bimensual de consultas psiquiátricas. Le reservaron un pequeño apartamento cerca de la esquina de la calle 3 y Geiger. Sus dos ventanas daban a una gasolinera y un patio lleno de ornamentos de porcelana baptistas. Una familia de gnomos vivía en la planta baja, justo debajo de su apartamento, con sus tapacubos, sus monopatines y sus tirachinas rotos desperdigados por el césped. El pasillo contiguo a su puerta estaba atestado de neumáticos usados y piezas de repuesto de automóviles. Su habitación estaba pobremente iluminada e infestada de cucarachas, y el techo de yeso desconchado no había sido arreglado desde antes de la guerra. En el piso de arriba vivía un basurero de edad mediana que más adelante entraría en escena bajo más apremiantes circunstancias, pero por el momento dicho inquilino y John seguirían siendo perfectos desconocidos el uno para el otro.

En resumidas cuentas, el regreso fue decepcionante. John había esperado, y hasta incluso deseado, algo de más fuste para anunciar su llegada: una quema de cruces o un populacho de linchamiento en el césped, un aquelarre de metodistas formando un piquete para impedirle la entrada, un comité de la junta de la escuela enarbolando una pancarta u otras cosas de este tipo. Pero, con incredulidad, encontró las calles silenciosas y vacías. Si alguno de sus convecinos sabía de su regreso, no parecía concederle ninguna importancia. Se sintió más intrascendente que nunca. Tres años de aprensión anticipada se le desinflaron dentro durante las primeras horas de estancia en la ciudad.

La segunda mañana se apañó una cama con una estera de nailon que encontró en un contenedor. Compró una banqueta en un bazar de beneficencia y robó una radio del porche de un vecino. Con esos pocos enseres amuebló su habitación. Tenía una bolsa de arroz, un tenedor, un platillo, un salero medio vacío, un despertador y dos dólares en monedas. Estaba listo para buscar trabajo.

Fue de este modo como se presentó en Sodderbrook.

La granja avícola Sodderbrook es un hangar de chapa, alargado y rectilíneo, situado en la ladera suroeste de Gwendolyn Hill, a un tiro de piedra equidistante de las minas de Ebony Steed y la carretera. La fábrica fue fundada por una destacada industria del litoral a mediados de los años cincuenta. Su construcción fue supervisada por un comité local de veteranos de guerra supuestamente traumatizados por la contienda, y cuyo sello de aprobación se consideraba imperativo cada vez que una nueva industria proyectaba afincarse en Baker. El edificio principal, que desde entonces había sido grandemente ampliado y reequipado, tardó ocho meses en construirse, momento en el cual la primera oleada de inmigrantes mexicanos y centroamericanos afluyeron a Baker en respuesta a una oferta de trabajo divulgada por todo el estado. En esencia, la necesidad de mano de obra barata trajo a los primeros «espaldas mojadas» a Baker, y la terminación de la factoría avícola, gracias a sus agotadores esfuerzos, allanó el camino para los nuevos contingentes que llegaron durante muchos años seguidos. La mayoría de los lugareños tiende a considerar esta afluencia como el principio de alguna clase de fin, aunque al contrario de los estereotipos dominantes, los chicanos de Sodderbrook han sido siempre la gente más dócil de la ciudad. Viven juntos en las afueras de la población, hasta ocho o nueve familias a la vez, en casas de vecinos cochambrosas que les arriendan caciques de los barrios bajos. La paga semanal que perciben de Sodderbrook y del departamento de sanidad, por magra que sea, a menudo sustenta durante un mes a una familia entera que viva al sur de la frontera. Al margen de la dudosa reputación de la factoría como «el culo de la

creación», al parecer los chicanos encuentran la vida en Baker muy preferible a las condiciones de sus lugares de procedencia, y, siendo así, casi siempre observan una conducta intachable bajo la mirada vigilante de los funcionarios de inmigración regionales. Han pasado penalidades inconcebibles para llegar a donde han llegado y no están dispuestos a jugarse por nada sus perspectivas cada vez más favorables de adquirir la ciudadanía.

El hangar de Sodderbrook acoge, al completo, más de setecientos trabajadores. Casi quinientos de ellos están escalonados a lo largo de dos plataformas elevadas de evisceración, de cien metros cada una, que se extienden de un extremo del edificio al otro. Por encima de cada plataforma corre una cadena de ganchos suspendidos a lo largo del techo y de los cuales cuelgan los pavos que entran para las diversas fases del destripamiento. El matadero está situado detrás de puertas cerradas, en la punta más alejada de la fábrica. Cuando la cadena de ganchos emerge de los faldones del matadero, se bifurca y avanza sobre una columnata de cubas de escaldado con capacidad para seiscientos noventa litros colocadas a lo largo de las plataformas, antes de ingresar en las salas de acabado, donde los operarios de embalaje etiquetan y empaquetan los productos finales. Hay asimismo un almacén emplazado a treinta metros del edificio principal, que se utiliza sobre todo durante las fechas festivas, en que la producción excesiva procesa a casi treinta y seis mil aves al día y los remolques normales ya no pueden acoger las excedencias. Los muelles de carga, en el confín este de la factoría, abastecen a los camiones de suministro y son atendidos siempre por los chicanos más fornidos de la plantilla. La fábrica es, en líneas generales, una de las más grandes y prósperas de la comarca y, aunque situada fuera del perímetro industrial más importante, que se halla en el distrito sur de la ciudad, constituye, sin embargo, un sello distintivo

de la misma, para eterna pesadumbre de la mayoría de sus habitantes.

John pisó por primera vez Sodderbrook en el apogeo de la estación vacacional, cruzó el aparcamiento de asfalto atestado de furgonetas y, pasando por delante de la plataforma de carga, entró en la oficina de contratación al sur del edificio. Parecía fuera de lugar allí sentado con sus pantalones de faena del río y el chaquetón minero azul (la única prenda que le restituyó el estado). Aguardó en una silla de plástico del vestíbulo, entre ocho o nueve chicanos formados en fila ante la puerta de los lavabos para el facultativo análisis de orina. El cuarto estaba impregnado del hedor de la muerte, del mismo modo que el aire en más de un kilómetro a la redonda de la fábrica estaba densamente enrarecido por el olor de sangre y evisceración. Ahora que alcanzaba a oír el zumbido regular de la cadena de limpieza y el silbido chirriante de los carros y las cuchillas rotatorias, sentía que estaba entrando en el vientre de la misma ballena. Esto no le asustó tanto como el hecho de que empezaba a corroborar las afirmaciones de diversos defensores de las armas de fuego y de la cinegética, que sostienen inflexiblemente que los procesos en virtud de los cuales la carne llega a nuestra mesa convierten, en última instancia, en filántropos a las implacables partidas de caza de gnomos que baten los bosques fuertemente armados. Lo que es bien cierto, a pesar de la mentalidad por lo general simiesca de la mayoría de los cazadores; así como es necesario, en ocasiones, «separar al hombre del artista», así también es igualmente esencial reconocer una conclusión correcta, con independencia de la evidente incapacidad espiritual o intelectual de sus autores.

Cuando llegó el momento, le indicaron que se dirigiese hacia una puerta al fondo de la habitación. Tras franquearla, le ofrecieron

asiento ante una larga mesa negra, frente a una moza avícola con una redecilla y aspecto de tener la piel llena de granos. La muchacha le acribilló a preguntas para un cuestionario preliminar, encorvada sobre una tablilla con sujetapapeles y punteando las casillas apropiadas conforme escuchaba las respuestas. ¿Tenía alguna alergia grave? ¿Poseía un conocimiento fluido del español o de cualquier otra lengua latina? ¿Tenía un historial de enfermedad mental? *¿Tenía algún reparo en trabajar con un cuchillo?* ¿Estaba dispuesto a confirmar bajo juramento todas sus respuestas?, etc., etc.: el procedimiento habitual. Todo fue bien hasta que le preguntó si alguna vez había sido condenado por algún delito, momento en el cual John guardó silencio y presentó los papeles de rehabilitación previamente aprobados, como le habían dicho. Hubo un tenso instante de silencio mientras la moza examinaba la información con una ceja enarcada. Cuando finalmente concluyó su examen, asió el último de los cuatro tampones de tinta roja y estampó el sello de MATADERO en letras mayúsculas sobre la hoja de la solicitud. Le enviaron sin más comentario a la fila para el análisis de orina.

Fue «desbraguetado para el chorro» y le suministraron botas de caucho hasta la cadera, una redecilla, un par de guantes hasta los codos y un cuchillo de trinchar de treinta y cinco centímetros con una hoja recién afilada. Le condujeron por un corredor en compañía de seis chicanos similarmente engalanados y le acompañaron a la sala principal, donde reinaba un revoltijo y un alboroto de maquinarias pesadas. Al franquear las puertas junto a los demás, permaneció inmóvil un momento para recorrer con la mirada el centro del techo, de más de veintidós metros de alto y repleto de tubos, las paredes grises donde un regimiento de técnicos montados en escaleras reparaba un ventilador, el dédalo entrecruzado de salidas de incendios de las oficinas de la planta superior, el vapor

hirviente de las cubas y la hilera de caras vueltas en ese momento en dirección a él desde las plataformas de evisceración. No era muy distinto de la iniciación de un bisoño en un combate campal. Alguien gritó a los chicanos de las plataformas que reanudasen su trabajo. La fila de rostros se transformó rápidamente en un mar de espaldas vueltas. Continuó el incesante proceso de acuchillar, cortar, destripar y limpiar.

El grupo en el que estaba John se dispersó enseguida. Dos de sus miembros fueron enviados a la sala de embalaje, tres a la segunda plataforma, uno a las cubas de escaldado y John al matadero. Bajó lentamente la escalera correspondiente y llamó a la puerta. Un chicano más viejo, que portaba una mascarilla y medía poco menos de un metro cincuenta, se asomó y le ofreció un par de gafas protectoras y una mascarilla de lana. De la sala, a su espalda, brotó una sofocante ráfaga de aire caliente. La puerta se abrió y John entró.

Varios meses más tarde habría de saber que los chicanos del matadero habían hecho apuestas, durante más de veinte minutos antes de su llegada aquella mañana, sobre cuánto tiempo aguantaría en el puesto. Por regla general, nunca nadie conquistó galones y medallas en Sodderbrook hasta después de haber aporreado los yunques y vivido para contarlo. Las estadísticas reflejaban que la mayoría de los jóvenes blancos salía pitando del edificio al cabo de los diez primeros minutos, si es que llegaban a cruzar la puerta. Las apuestas estaban seis a uno a favor de que John habría desistido para la hora del almuerzo.

Había muchos días, como aquella mañana, en que los caños de hierro del desagüe estaban tan obstruidos por plasma coagulado, heces y plumas quemadas que un lago de sangre cubría el pavimento de cinco por siete metros y medio hasta la espinilla de los

trabajadores. Los seis altares del despiece, tres a cada lado de la cadena de encima, se erguían en la oscuridad como pilotes de pozos petrolíferos. Los muros estaban siempre tiznados, de suelo a techo, de un tono carmesí más oscuro, y hasta podían despegarse de ellos escamas quebradizas y semitransparentes que, según la tradición chicana, eran muy alucinógenas ingeridas por vía oral. No obstante la gran potencia de las aspas de ventilación empotradas en cada muro, la fetidez aplastante del baño de sangre resultaba casi insoportable.

La cinta de ganchos transportaba a cuarenta pavos adultos, de diversas razas, por minuto. El procesado completo, de principio a fin, era el siguiente:

Cada remolque que llegaba situaba su parte trasera al nivel del muelle de descarga. Entonces se abrían las puertas para que los grupos de turno, con sus redecillas estiradas y su coraza de protección intacta, se metieran dentro para atrapar a los pavos remisos. Eran monstruosidades químicas; nacidos y criados por medio de dosis masivas de esteroides, hacinados en ringleras de jaulas y transfigurados por impurezas dietéticas que les volvían reacios a prácticamente todas las formas de vida al aire libre. Acorralados por los operarios, a menudo presentaban una batalla feroz, pero a la postre todos eran sometidos, colgados cabeza abajo y enganchados por las patas a la cinta móvil que circulaba por el techo. Se retorcían, aleteaban y graznaban durante todo el trayecto hacia la cabina de electrocución, donde recibían una descarga de doscientos vatios que les traspasaba cada célula de carne y los dejaba inertes e inánimes cuando salían por el otro lado, camino del matadero. Y allí les esperaban de cuatro a seis chicanos armados de cuchillos, con los tobillos hundidos en sangre y en heces nueve horas al día, cortando un pescuezo tras otro. Los operarios

precisaban un intervalo de seis segundos para cada ave que pasaba. El pavo que sobrevivía tanto a la cabina de electrocución como al matadero perecería infaliblemente en las cubas de escaldado, la siguiente parada una vez traspasada la puerta con faldones de caucho al fondo del recinto.

En la temporada vacacional se mataba, limpiaba y empaquetaba un promedio de veinticinco mil aves diarias. El aumento de la producción exigía el incremento correspondiente de operarios temporeros, entre los que inicialmente quedó encuadrado John. Empezó por un «periodo de prueba». Al final de la temporada, si se juzgaba que había representado una ayuda notable, le ofrecerían un puesto permanente; de lo contrario, le despedirían a primeros de año con un pavo de ocho kilos debajo del brazo como expresión de la gratitud de la empresa. Disponía, por tanto, de aproximadamente diez minutos para sellar su destino: las primeras impresiones lo decidían todo en Sodderbrook.

Se colocó al lado de un chicano de unos cincuenta años, que tenía aspecto de estar hastiado de bregar y al que muchos conocían por el apodo de «el Zombi». En su calidad de segundo empleado más antiguo de la fábrica, llevaba diecisiete años dirigiendo el matadero y su opinión tenía peso. De su persona emanaba un aura de hombre muerto. Sus sistemáticos tajos de cuchillo eran lentos y nada dubitativos. Sus movimientos eran rígidos, como entorpecidos por un traumatismo cervical agudo. Tenía la cara pálida y demacrada y los ojos huecos y hundidos como un cura alcohólico, viejo y curtido, que repartiese obleas de comunión con un aire de gazmoñería desvitalizada. Era el ser humano más inanimado en quien pondría jamás los ojos.

A principios de siglo, se había promulgado una serie de leyes progresistas que limitaban el número de horas que se podían exigir

o consentir que realizaran legalmente, sin gozar de un descanso, los matarifes de las fábricas. Por ejemplo, los que abatían novillos tenían prohibido trabajar en los tajos durante más de dos horas sin tomar un reposo obligatorio de cuarenta minutos. La finalidad de esta medida era preservar su equilibrio psicológico, o cuando menos evitar el deterioro completo del mismo. Las nuevas leyes cumplieron sin duda su propósito en la industria de la carne de vacuno. Pero por algún motivo se aplicaba una legislación distinta e independiente para las granjas avícolas, de forma que los operarios de los mataderos de todo el estado —por considerarse que sus tareas eran de alguna manera menos agotadoras psicológicamente que las de los matarifes de toros y novillos (escala evolucionista de la vida: mamíferos versus aves de corral)— habían sido excluidos de tales privilegios. En consecuencia, en casi todas las factorías avícolas y las fábricas de conservas de pescado del país había un puñado simbólico de depresiones laborales que empañaban su prestigio. En el caso de Sodderbrook, había habido dos episodios graves en los últimos diez años. Del primero fue protagonista un chicano renegado que había sufrido un acceso de hiperventilación en la sala del matadero, había expulsado del recinto a todo el mundo y, en un frenesí psicótico, había destripado y pisoteado a una remesa de sesenta y dos pavos. Por último fue reducido e internado, y a continuación deportado del país. El segundo fue una inmersión suicida en una cuba hirviendo perpetrada por una operaría que había sido transferida de la sala de empaquetado a las plataformas, al cabo de ocho años de servicio intachable. Todo el mundo estaba de acuerdo en que la naturaleza truculenta y extenuante del trabajo podía a menudo llevar al borde de la locura a una persona medianamente sensible, sobre todo si se le privaba de tiempo para respirar. Pero en otros casos, cuando se trataba de seres más ajados

y oprimidos como el Zombi, el resultado se asemejaba más a una anestesia provocada por fármacos que a una revuelta mal refrenada. A los individuos como él, y por lo menos a otros doscientos que laboraban en las plataformas, se les tomaba por autómatas descerebrados que, al cabo de tantos años, apenas percibían ya la luz del día.

John captaría enseguida el valor esencialmente terapéutico de sus pocos ratos de descanso. Para la hora de su primer almuerzo ya había cortado sin ayuda trescientos pescuezos. Aunque había frustrado todas las apuestas existentes sobre la brevedad de su resistencia, había sufrido, con todo, incontrolables convulsiones de vómito tras los primeros noventa minutos en su puesto. Todavía se veían, mezclados con la sangre, todos los ácidos gástricos y las judías a medio digerir de su estómago. Al quitarse la mascarilla y salir al aire frío y reconfortante de la mañana, comprendió que acababa de absorber una dosis masiva de un rincón remoto de una realidad que la mayoría del país ignoraba que existiese. Arrojaba una luz totalmente nueva sobre su concepción de los pavos de fiesta empaquetados que llenaban las estanterías de los supermercados. Pensó en las familias de toda la nación, ricas y pobres, de toda condición social, que vagaban por los estantes de carne edulcorada bajo la luz tenue y el hilo musical. Se preguntó cuántas seguirían siendo carnívoras si se las llevara a presenciar los tajos y las salpicaduras del matadero durante tan solo cinco minutos atroces de su vida. En palabras del propio John: casi todo el país vive sin tener que mirar cara a cara a lo que comen antes de hincarle el diente.

Los treinta minutos de pausa en el aparcamiento, con la larga fila de chicanos fumando despreocupadamente en los escalones y la plataforma de descarga, pasaron entre sus dedos como otros tantos granos de arena. El chirrido de la cinta, que se había detenido para

dar paso a un agorero silencio, todavía resonaba en su cabeza con una reiteración desquiciante, del mismo modo que la rigidez de su mano derecha, a fuerza de mantener asida la cuchilla toda la mañana, empezaba ya a ganar sus antebrazos a causa de la inactividad transitoria. Le daba la impresión de no haber tenido apenas tiempo de caminar hasta el borde del aparcamiento y fumar un cigarro antes de que la campana volviera a sonar llamando a todo el mundo de nuevo a su puesto. Se reanudó el quejido de la cinta, que volvió a incrustarse en su cabeza, donde no había cesado, por otra parte, de grabar su muesca. Se colocó el protector bucal, desenvainó la cuchilla, fichó nuevamente en el reloj y bajó otra vez al pozo.

Había atravesado los campos rumbo a la fábrica antes del alba aquella mañana. Cuando finalmente fichó a la hora de salida, quedaban menos de veinte minutos de luz en el cielo. Había anochecido por completo para cuando recorrió a pie el tramo de carretera, cruzó los bosques, pasó por debajo del depósito de agua y llegó a lo largo de Geiger hasta el edificio de ladrillo rojo donde se encontraba su pequeño apartamento. Una vez en su cuarto, accionó el interruptor de la luz y vio una horda de grandes cucarachas negras desperdigarse por las paredes. Se quitó la zamarra de su padre y caminó en línea recta hacia el colchón. Se desplomó encima y no hizo el menor ruido durante la hora siguiente. En todo ese tiempo no pudo hacer otra cosa que quitarse las botas y sentir el dolor en los pies en aquel cuarto minúsculo como una caja de cerillas, expuesto a las corrientes y sin calefacción.

Abajo, los gnomos estaban en plena y acalorada discusión. Como de costumbre, les oía reprocharse sobre la mesa de la cena sus diversos *faux pas* y sus infracciones de la urbanidad. Su televisor

tenía el volumen tan alto que John podía seguir sin problemas la trama del culebrón al mismo tiempo que la polémica en curso. A veces, a altas horas, oía a la madre y al padre gritar desaforado a Alá mientras copulaban con un celo sobremanera visual. Sabía que con una educación así, nacidos en un núcleo genético *tan* contaminado, y con todas las taras de sus antepasados tan profundamente inoculadas desde el mismo principio, todos los niños gnomos estaban inminentemente condenados a perpetuar su estirpe *ad aeternum*. No tenían otra opción. Nunca la tendrían. Así las cosas, la excesiva irreverencia de sus padres y sus intermitentes arrebatos de cólera amenazaban con infectar todo lo que se hallase al alcance del oído, fuesen o no miembros de la familia.

Algún tiempo después, en cuanto los gnomos hubieron terminado de cenar y se desplazaron a otra habitación directamente debajo de la suya, John despertó de su sopor, sucio y muerto de hambre. Puso a hervir agua en un cazo y luego fue a lavarse en el cuarto de baño del pasillo. Cuando volvió a la cocina el agua se había evaporado, pues se había pasado veinte minutos recostado en la pared, en el suelo de la ducha, restregando la sangre seca de pavo que se le había introducido en las botas y apelmazado en el vello de los tobillos. Se había frotado la piel en carne viva con un estropajo usado que habían dejado en el lavabo. Esta limpieza ritual habría de convertirse en un hábito nocturno, al igual que la cena consistente en sopa de fideos sazonados con caldo de cerdo, que tomaba en la escalera de incendios, y el ulterior paseo de cinco minutos hasta la tienda de bebidas para comprar dos botellas de litro de cerveza de malta. Sus vitalicios episodios de insomnio habrían de alcanzar un apogeo sin precedentes durante su época en Sodderbrook, y sin aquella cerveza barata para aliviar el aguijón del yugo, calmar el dolor en los tobillos y mantener a un tolerable nivel mínimo el rumor

grabado en su cabeza, probablemente hubiera envejecido diez años en el transcurso de los dos siguientes.

Aquella primera noche permaneció despierto en la oscuridad oyendo el chapoteo de la sangre de pavo, el restallido de la cabina de electrocución y el graznido de las aves atadas del mismo modo que otros oyen claves de registro y el repique del escurridor de platos hasta mucho después de acabar la jornada. Concilió un suelo inquieto en algún momento más allá de las tres de la mañana, en que los sucesos del día se habían tornado lejanos y horrorosos hasta casi resultar inverosímiles. A las seis y cuarto el despertador vibrante indicó la hora de reemprender el trayecto a campo traviesa.

Seis días después, al recibir su primera paga, descubrió que a la ya patética cifra de sus emolumentos le habían descontado un día entero de sueldo en concepto de gastos por indumentaria. Al principio le indignó este cobro adicional, pero a la postre se vio obligado a aceptarlo, a sabiendas de que significaba que había sido admitido como trabajador fijo y que conservaría su puesto cuando lo perdieran, después del periodo de vacaciones, sus colegas temporeros. Había superado la prueba del matadero con una fortaleza insólita, y alguien de las altas esferas había tomado nota al respecto, en lo que ello valiera. Representaba un vago consuelo.

A lo largo de las dos primeras semanas, las horas ante el altar de la cuchilla transcurrían a un ritmo de tortuga. John salía al alba y regresaba al atardecer sin que entretanto hubiese nada más que una incesante letanía de sangre que hubiera arrancado lágrimas a la mayoría de los salteadores de caminos de Pottville. Su vida era un lamento constante de caños de desagüe obstruidos, yugulares cercenadas, pavos graznando y descargas de la cabina de electrocución. La soldada deshonrosamente exigua rivalizaba, en su

insuficiencia, solo con las infinitas lagunas de la póliza de seguros en vigor de la empresa, que convertían la «red de seguridad» deducible de quinientos dólares en una broma ilusoria. Había visto a demasiados chicanos transportados en camillas, lisiados por caídas desde las plataformas, para no comenzar a percatarse de que el hecho de que no se les volviera a ver ni a saber de ellos indicaba la negativa de Sodderbrook, fundada en uno u otro tecnicismo dudoso, a correr con los correspondientes gastos médicos. Era evidente que tanto los administradores como los operarios admitían la realidad de esta política. La cinta transportadora rara vez se detenía, ni siquiera en caso de que alguien sufriese una herida. Los gritos recriminatorios de los capataces erradicaban la natural inclinación humana a congregarse como una nube de curiosos en torno de la víctima más reciente. En su versión ideal, cuando acontecía un accidente, todo el mundo continuaba trabajando sin perder un solo tajo, golpe o propulsión. Antes de que los médicos ataran con correas al desventurado, un despiadado y tradicional cántico mortuorio mexicano recorría todas las plataformas, como si los que le acompañaran a la cripta le dijeran: «Adiós, *pendejo*,[1] y recuerdos de mi parte a la familia». El canto se elevaba en el espacio de la nave principal como un coro baptista a la orilla de un lago clamando contra los paganos situados en la ribera de enfrente.

De regreso a la sala de matanza John no se separaba del Zombie —que nunca decía una palabra— y de dos chicanos más jóvenes que no sabían inglés. De una plantilla de setecientas personas, aquellas cuatro habían sido designadas para oficiar en los altares del cuchillo. Era raro que tuvieran motivos de pelea. No había realmente nada por lo que luchar, y la barrera de comunicación existente limitaba sus infrecuentes intercambios a esporádicas farfullaciones guturales. Se turnaban para ponerse a gatas y desatascar a ciegas los desagües

con un tapón ordinario de lavabo. Eran muy democráticos en esto. De cuando en cuando también se reían, por lo menos John y los dos jóvenes: a medida que se acercaba la hora de salida y ya se encontraban groguis de delirio, empezaban a utilizar como proyectiles cabezas de pavo cortadas que se lanzaban unos contra otros, con un golpe seco de los machetes ladeados. Los impactos contaban como tantos, pero eran demasiado pobres para apostar dinero en aquel juego. Mientras libraban uno de aquellos combates, el más joven de los dos chicanos, que, por cierto, años atrás había desempeñado el papel de Cristo en la recreación viviente de la crucifixión que se celebraba anualmente en su pueblo natal —y que todavía podía mostrar las cicatrices en ambas manos—, encalló por accidente, al fallar un tajo, el cuchillo en las vértebras de un pavo. La cinta se llevó el cuchillo, que fue a parar al fondo de una cuba hirviente, de donde nadie podía rescatarlo. Además de ser reprendido por su ineptitud, el muchacho tuvo que pagar una multa de 47 dólares para reponer la herramienta perdida. Por extraño que parezca, eran las únicas ocasiones de risa que había en el matadero.

Lo demás era una incesante pesadilla. Terminada la época vacacional, los temporeros menos eficientes fueron despedidos. John se quedó en los altares en calidad de nueva adquisición de la plantilla fija. Pasó casi la mitad de su existencia terrenal como verdugo empapado de sudor, hundiendo la cuchilla en la carne estremecida de un pavo tras otro, un día y otro. La descarga de la electrocución a menudo chamuscaba plumas y devolvía al matadero un efluvio hediondo de materia quemada que se mezclaba con el ya cáustico tufo de la sangre. Era un olor tan nauseabundo que hasta el Zombi, después de diecisiete años de servicio regular, todavía era propenso a ocasionales accesos de vómito. No se consideraba que vomitar fuese una mancilla de la virilidad; por el contrario, lo veían

como un testimonio de humanidad residual, si bien feneciente. Uno vomitaba y se acabó la copla. Los otros le reemplazaban entretanto.

La mayoría de los chicanos de Sodderbrook eran alcohólicos consumados. Su ruta tortuosa del reloj de fichar a la taberna y a continuación a casa y luego a la cama parecía la única alternativa razonable —descontando, quizá, la de robar una Kawasaki de color verde lima, ponerse un sombrero y una capa de Superman y estrellarse a 150 kilómetros por hora contra el escaparate de unos grandes almacenes— para cualquiera que trabajase en la factoría avícola. Era difícil *no* imitar esa pauta, y John pronto se vio asimismo afectado por la dosis de *sed*. Llevado por sus propios pasos, empezó a participar en la marcha involuntaria hacia el Whistlin' Dick al final de la jornada.

Comoquiera que la mayor parte del populacho que vive en Pullman Valley tiene una historia de tradición local que casi antecede al nacimiento de la nación, y dado que, por naturaleza, la mayoría de esas familias se han adherido férreamente a los valores, convicciones y objetivos fundamentales de sus antepasados a lo largo de los siglos, las realidades históricas y contemporáneas paralelas a menudo reflejan muchas de las mismas singularidades afines a los padres fundadores de Baker y a los pobladores posteriores que se manifiestan de manera evidente en el porte y la conducta de sus habitantes de hoy. En una época en que el resto del país está experimentando, acaso, su tan comentada «pérdida de valores familiares», su «colapso moral», etc., los ciudadanos del Greene County, escondidos en su territorio remoto e insular de la región del maíz, prosiguen copiando al pie de la letra la conducta de sus antecesores. Por consiguiente, el consumo de alcohol, en cualquiera de sus formas, es, en términos históricos y contemporáneos, tan inseparable de la genealogía y el legado del hombre común de Baker como su inveterado credo de envidia, recelo y desprecio hacia el prójimo. Las dos cosas están, de hecho, interrelacionadas y corren parejas a lo largo de la historia migratoria poseuropea del Pullman Valley.

Los primeros exploradores europeos conocidos que aparecieron en esta región fueron los *coureurs des bois* —los corredores de bosques francocanadienses— que, en el primer cuarto del siglo XVII, se abrieron camino a través de las selvas inexploradas del norte con zurrones llenos de brandy en bandolera y todas las intenciones

pertinentes de establecer enclaves comerciales con los nativos. La no excesivamente amistosa tribu de indios shawnee a la que encontraron desplegada alrededor de un poblado enorme a los pies de Gwendolyn Hill no tardó en canjear más pieles de castor de las que los corredores de bosques podían transportar por todo el brandy que los hombres blancos tenían en su poder. Durante los seis días siguientes los shawnee bebieron hasta un extremo de desinhibición frenética. Correteaban por los campos y se arrojaban unos a otros al río. Una vez concluida la transacción, los corredores de bosques se apresuraron a partir por miedo de que les tendieran una emboscada en cuanto los suministros disminuyeran. Siguieron su camino y no regresaron. No volvió a verse en la zona a ningún hombre blanco hasta el siglo siguiente.

En 1769, los famosos «tramperos», los pioneros de la ruta del oeste, traspasaron los montes Blue Ridge a través del paso Cumberland y descendieron a las llanuras. Una vez más, se establecieron con los indígenas dudosas relaciones comerciales, en las que los hombres montaraces ofrecían teteras, chucherías, pistolas y, por supuesto, whisky, a cambio de pieles de nutria y castor. Los cazadores retornaron a la costa con carromatos cargados de pieles preciosas y relatos de venados en cada bloque de sal, bandadas de pavos salvajes en los árboles, tierras exuberantes para quien las tomara y una tribu de indios sucios con el culo al aire y una extraña querencia por el matarratas aguado. La noticia corrió como la pólvora por las colonias costeras y atrajo a multitudes de gandules de paso, refugiados del pogromo, alcohólicos crónicos, criminales en fuga, analfabetos en el exilio y varios millares de mercenarios alemanes, los *teutónicos*, que se habían quedado a la intemperie después de la guerra de la Independencia. En el plazo de pocos años la ruta hacia el oeste fue allanada por rebaños de

ganado y carromatos conestoga tirados cada uno por yuntas de seis bueyes. Los colonos del Pullman Valley cayeron *en masse* sobre Gwendolyn Hill y erigieron un pueblo destartalado y una muralla de pizarras y piedra caliza que dominaba el campamento shawnee.

Tal como señalan las pocas fuentes documentales de esta tribu, las existentes en la región habían propalado rumores de que del este llegaban por el mar dioses de fábula en carros de oro y de marfil, de generaciones anteriores incluso a la aparición, cien años atrás, de los corredores de bosques. Hacia la segunda mitad del siglo XVIII, sus expectativas habían alcanzado el punto culminante. Habían vaticinado la llegada desde la Patagonia de una nueva legión de seres superiores, cuyo advenimiento marcaría el fin de una era de enfermedad y de confusión, y representaría el alba de una nueva época de prosperidad. Había sido predicho y aguardado durante generaciones.

Era natural, por tanto, la profunda decepción con que descubrieron que la primera oleada de «nuevos dioses» fuese la chusma más libertina y repulsiva de cortadores de gargantas y degenerados que nunca hubiesen imaginado posible. Era como si un gólem con cilicio hubiese vomitado inesperadamente encima de todo el valle. Los colonos vadeaban el lecho del río en lo que los ancianos de la tribu tomaron por búfalos enfermos. Sus niños tenían un imperdonable humor endemoniado, y a menudo se les veía golpeándose entre ellos con herramientas de labranza. Las mujeres tenían hinchada la parte central del cuerpo, y se adornaban en consonancia con lo que aparentaba ser tripas de focha secadas. Los hombres tenían la cara sucia, eran abiertamente cascarrabias, se hurgaban en el recto cuando estaban ebrios y armaban camorra continuamente. Y con cada nueva mesnada de colonos llegaban más enfermedades y dolencias: afecciones nuevas y desconocidas que

postraban en cama a los indios shawnee durante semanas. Había vomitonas y muertes en todos los campamentos.

Pero a los colonos parecía tenerles sin cuidado. Las enfermedades europeas causaban estragos en la tribu mientras que los colonos organizaban reyertas descomunales y practicaban felaciones a la vista de todos. Erigieron sobre pilotes barriles de licor clandestino. Se construyeron casuchas y chabolas. Surgieron iglesias. Todas las noches, congregados en torno a una gran hoguera, los hombres disparaban sus rifles. El pueblo estaba lleno de basura y utensilios de cocina. Los colonos desventraban la tierra sin ningún motivo, recorrían gritando las calles en manadas insolentes, escupían injurias desde los cristales de las ventanas, se zurraban entre sí implacablemente y eran diezmados por fiebres de campamento que les hacían hablar en lenguas extrañas y les producían convulsiones cuasiepilépticas. Los shawnee no tardaron mucho en comprender que no eran dioses; eran, por el contrario, marmitones desterrados de algún lejano y, sin duda, maldito país de duendes, cuyo jefe o rey o cabecilla o como se llamase quien los gobernaba había vaciado las cárceles y expulsado de su territorio a todos los indeseables. Así pues, una confrontación a gran escala era inminente.

La investigación histórica ordinaria sobre la causa de que los colonos y las tribus no pudieran coexistir en paz constituye un enfoque inútil e insostenible del asunto; la verdadera cuestión debiera ser cómo y por qué los dos grupos respectivos fueron capaces de sobrellevar durante tanto tiempo la proximidad recíproca. A medida que pasaba el tiempo, la tensión inicial no hizo más que exacerbarse a causa de numerosas transgresiones, la menor de las cuales no fue ciertamente el hecho de que la esposa de un colono diera a luz a un mestizo, y el de que los intrusos, al desviar una acequia de irrigación trazada a lo largo de las riberas del Patokah,

desenterraran un cementerio indio. Era realista considerar la guerra inevitable desde mucho antes de que estallara, pero curiosamente el detonante fue que un grupo de shawnees trepara una noche a la colina para incendiar con antorchas la posada —la *única taberna pública*—, a resultas de lo cual los colonos se vieron empujados a tomar represalias lanzando un ataque en toda la línea. El fuego les destruyó el licor y una furia homicida los invadió en la ladera mientras alocadamente transportaban cubos de agua del río, mediante una cadena humana, hasta el lugar de las llamas.

Sobrevino la consabida matanza.

En el decurso de las semanas siguientes los indios fueron sistemáticamente desalojados del valle. Incendiaron sus campamentos, envenenaron sus terrenos de caza, persiguieron como jaurías a sus guerreros, violaron y mataron a sus mujeres. Los colonos se afincaron. Los supervivientes de la tribu se marcharon para siempre. No pasó mucho tiempo sin que se pensara que jamás habían ocupado aquellas tierras.

Los colonos perdieron en la contienda sesenta y siete hombres y un pequeño alijo de fusiles de Kentucky. Posteriormente hubo un intento frustrado de reconstruir la posada, pero en mitad de las obras cayó una larga lluvia, y antes de que el aguacero amainara un desprendimiento de tierras en el extremo norte del poblado precipitó en el río sesenta metros de la muralla del pueblo. A continuación numerosas casuchas comenzaron a derrumbarse. Hasta la iglesia, con su sólido armazón de roble, se desplomó en pedazos. El pueblo se había vuelto inhabitable. Se convocó una reunión, se aprobó una propuesta y sin más dilación los colonos empacaron sus

pertenencias y descendieron la cuesta para comenzar la construcción de lo que habría de convertirse en el Baker que hoy conocemos. Los restos del asentamiento original quedaron abandonados a la incuria, en un experimento de fermentación que duró ciento setenta y cinco años hasta que lo reclamó Ebony Steed a mediados del siglo xx.

El río era tan crucial para la existencia de los primeros colonos europeos como la carretera 254 es hoy en día vital para el Baker moderno. Se edificó una pequeña colonia de cabañas de troncos y de establos en las orillas del Patokah, tres kilómetros al suroeste de Gwendolyn Hill. A principios de siglo, todos los días se embarcaban en gabarras veinte toneles de tabaco, leños, lingotes de hierro, cal, esclavos y carne de cerdo con destino a Nueva Orleans. Un grupo de corpulentos estibadores holandeses e ingleses se instaló en cobertizos y chabolas de chapa a la orilla del río. La almadía que transportaba carga y madera de una ribera a la otra fue reemplazada por un puente de piedra, de una anchura suficiente para que pasaran dos yuntas de bueyes. Todas las tardes, los granjeros locales llevaban sus productos al puerto fluvial y hacían cola junto con leñadores y mineros de todas partes del valle. Baker se había convertido en una colonia activa.

La población creciente pronto vio llegar a misioneros y pastores. La primera iglesia metodista se construyó al borde de un sendero de grava que acabaría siendo la calle Mayor. La iglesia se alzaba señera en un solar rodeado de robles y con una tapia de piedra y un jardín de petunias en torno. Abrieron un claro en el lindero del bosque, trazaron una carretera y edificaron una hilera de casas a ambos lados del patio.

Tres decenios después de la construcción de la iglesia comenzó a llegar la primera gran mesnada de inmigrantes europeos. Antes de que terminara, Baker, como la mayor parte de la región del maíz,

heredaría una turba compuesta primordialmente de alemanes y, en menor grado, de escandinavos proscritos, todos ellos fugitivos de la agitación política, el feudalismo, las malas cosechas y la opresión aplastante al otro lado del mar. Una vez más, esta colonia no se componía de los adinerados, ricos y opulentos ciudadanos ociosos de la clase alta europea, tal como puede que sostengan los historiadores nacionalistas, sino más bien de las míseras, ignaras y angustiadas heces del campesinado. Las masas de pobres apiñadas. La escoria de raza blanca. En conjunto era una gente combativa, grosera, ignorante e incurablemente supersticiosa. Trajeron consigo un sistema de ética laboral del viejo continente, que habría de perpetuarse a lo largo de las generaciones venideras, y la terquedad de mantenerse en sus trece hasta el amargo fin. Al igual que en el caso de los primitivos fundadores, tras la faz de diligencia y ahorro de esta nueva hornada se escondía una propensión a la complacencia y el dispendio, del mismo modo que tras la fachada de armonía cristiana se oculta un depósito inagotable de ira y desprecio por el prójimo.

A mediados de siglo una compañía ferroviaria del este compró una franja de tierra en la mitad septentrional del Pullman Valley y comenzó el tendido de vías a lo largo de la orilla derecha del Patokah. Un contingente de peones alemanes e irlandeses aplanó el pavimento por medio de picos y palas y de rasquetas tiradas por caballos. Cinco «hombres de hierro» instalaban cada uno poco menos de trescientos kilos de traviesas, seguidos por diez remachadores y atornilladores. Era un equipo de operarios de naturaleza ruda y un vigor infatigable. Los hombres y sus capataces interinos se alojaban en posadas locales durante las obras, y más adelante, cuando se hubieron marchado, se dijo que habían

afirmado que, en los ochocientos kilómetros de su itinerario laboral, nunca habían pisado una población de borrachos y lunáticos más inestable que Baker. *Esa gente está loca*, solían repetir. Por muy coriáceo que hubiera podido ser el grupo, estaban ansiosos de abandonar la zona.

La línea ferroviaria quedó terminada en 1857. Las locomotoras de vapor de J. B. Turner pronto circulaban por el valle las veinticuatro horas del día. Sus conductores y su personal paraban regularmente en la factoría de cereales del extremo norte de la ciudad. Los vagones de carga seguían su camino después de haber sido colocados, inmovilizados y cargados debajo de altos silos. Por entonces la mayor parte del maíz, el trigo y la lana nacionales se producían en este lado del Ohio, ya que más de la mitad de los ciudadanos del país vivía al oeste de los Apalaches.

Baker prosperaba. Se edificó el ayuntamiento. Mansiones de anteguerra sustituyeron a las casuchas de troncos en el norte. Se crearon almacenes de tabaco. Se construyó el juzgado en la calle Mayor, que era ahora un floreciente centro de comercio de una longitud de trescientos cincuenta metros. La localidad contaba con un banco público, una escuela, una enfermería, una red de carreteras y bastantes tabernas para abastecer a cuatro batallones de borrachines. A comienzos del siglo, la comunidad se hallaba en pleno progreso. Y los alemanes seguían llegando.

La renta agrícola aumentó en un tercio durante la Primera Guerra Mundial, pero después subieron los costes de explotación y los excedentes redujeron los precios. Muchos lugareños emigraron a las grandes ciudades en los años veinte a raíz de la crisis económica y dejaron Baker atrás, una localidad notoriamente «húmeda» en plena ley seca. Comenzaba la era de la ginebra de bañera y del contrabando...

Quienquiera que esté familiarizado con esta región y sus gentes tendrá que admitir que la idea misma de imponer sanciones contra «el alcohol amigo» en un lugar como el Pullman Valley equivale al propósito de despojar de su presa fresca a una manada de lobos salvajes. Hoy en día la mera *idea* podría desatar una guerra civil. La situación ya era harto mala entonces, cuando las iglesias respaldaban abiertamente los mandamientos judiciales y la ley no tenía más remedio que seguir su ejemplo. Durante trece largos años abundaron las destilerías de whisky en cobertizos de chapa corroídos y diseminados por todo el valle. Brebajes ponzoñosos de whisky de malta y de maíz cegaban, lisiaban y causaban una muerte fulminante a bakerianos en esquinas de calles y porches de entrada. Las redadas del gobierno convirtieron el lugar en una zona de guerra declarada. Había tiroteos en las colinas. Había ataques aleatorios contra agentes públicos. Había grandes disensiones en las filas de contrabandistas locales. Todo el Greene County se vio sumergido en una vesania paranoide cuyo punto culminante fue el ampliamente comentado accidente mortal que sufrió un piloto de aviación con unos tragos de más durante una exhibición de vuelo acrobático. En toda la historia de Baker, ninguna década fue más turbulenta o desastrosa que los «locos» veinte, y ello a causa de la aplicación de una política que las autoridades deberían haberse pensado mejor antes de planear seriamente promulgarla. Fue una mala idea de principio a fin y, antes de que la guerra terminara, había llevado a efecto su amenaza de desgarrar todo el tejido social del país del mismo modo que se vino abajo la región del maíz.

Pero la prohibición finalizó a la postre. La depresión económica devolvió a muchos granjeros a la ciudad. Pero hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial no se resolvió el dilema agrícola. El

gobierno se decidió a subvencionar el coste de los fertilizantes, y las universidades enviaron a peritos para instruir a los campesinos en la labranza de la tierra erosionada. La producción experimentó, en consecuencia, un crecimiento galopante. La guerra hizo prioritaria la demanda de productos agrícolas, y en 1945 los rendimientos y las rentas rurales llegaron a más del doble. Al término de la contienda, el granjero recuperó la iniciativa y se encontró definitivamente de regreso en el valle.

La depresión había acabado. Las tropas fueron licenciadas. Todo el país emprendió una movilización industrial. Surgieron fábricas en todas las ciudades como Baker. Una red de carreteras cubrió la región del maíz. La comunidad de Baker centró su existencia en torno a la 254. Desde los establos de Sparrow's Height hasta el parque de caravanas contiguo al hospital, la 254 enlazaba el norte con el sur como un sistema nervioso central, que iba de arriba abajo de la espina dorsal en expansión de almacenes y manufactureras. Las calles configuraban un cuadriculado horizontal, partidas en dos por la carretera, desde el parque de San Francisco de Asís, en la calle 1, a través de la plaza con su glorieta y su fuente pública, hasta el hospital general en la 13. La mayoría de las fábricas estaba arracimada en el sur de la ciudad. Cada uno de sus aparcamientos de grava y sus plataformas de carga contenían un promedio de más de quinientos automóviles y camiones. El conjunto de factorías liberaba más de dos toneladas anuales de hidrocarburos tóxicos en el medio ambiente, enrareciendo el aire del valle con un olor permanente a plástico quemado. Había almacenes de novedades con montañas de niños Jesús, Elvis de terciopelo y atizadores de chimenea con figura de perro para ser expedidos a los beneficiarios de la seguridad social y a los clientes de Jimmy el Griego. Había fábricas que sacaban al mercado una variedad de productos que

abarcaba desde compresores, tornillos, ropa, muebles, joyeros y campanarios de iglesia hasta réplicas de color cereza de escritorios victorianos y carteleras multicolores de moteles. Había un departamento de sanidad, una pocilga, un bar de carretera y un vertedero de basuras. Había una calle Mayor —o calle 4—, la Gingerbread Row, con sus comercios de baratijas y de objetos prácticos, postes de barbero con espirales y figuras de indios que anunciaban tabaco, hacia 1952, en todas las esquinas. Baker era una próspera ciudad del carbón y un paradigma de la posguerra, con una fuerza laboral claramente compuesta de obreros y llena de fábricas y como broche, casas de ladrillo rojo. En eso se había convertido y eso es lo que ha seguido siendo.

Cada madrugada, a las cinco y media, la 254 se llena de técnicos de maquinaria y ratas de fábrica adormilados que se desplazan en procesión sonámbula, filas de camionetas seguidas de armeros y de banderas confederadas. Y detrás de cada parabrisas otro semblante torvo se ilumina con el resplandor de los tres o cuatro cigarrillos que acompañan a un desayuno consistente en un refresco y patatas fritas en la oscuridad. Afluyen a la ciudad a millares todas las mañanas antes del alba. Se afanan en sus respectivos oficios todo el día y se dirigen a casa tras la puesta de sol, dejando atrás la pequeña y cruda comunidad de poco más de cuatro mil habitantes, que cabrían hacinados en el gimnasio de la escuela en el caso de un ataque aéreo.

En palabras de Dale Murphy, el bakeriano común es una plebe difícil de gobernar e insaciablemente melancólica de patriotas sectarios a quienes no les importaría ver a sus queridos vecinos ahorcados con alambre de atar pavos y columpiándose colgados de los postes de alta frecuencia que jalonan el camino al trabajo. Esta

es la tierra donde Jesucristo aparece representado en la panoplia de armas, donde la iglesia es el eje de la vida cotidiana, donde la marca del automóvil es para un hombre más símbolo de posición que su propia esposa, y las raíces familiares llegan, y a veces se entrelazan, tan hondo como el agua de manantial. La comunidad gira en torno de bodas, entierros, torneos escolares de atletismo, la máxima perenne de que esta «mierda no ocurrirá si trabajo más duro», y la ingestión nocturna de tanta bazofia doméstica como uno sea capaz de tragar.

Año tras año el Greene County figura consecuentemente entre los cinco primeros lugares del país en lo que atañe al consumo de alcohol per cápita. Allí casi todo el mundo bebe a impulso de una aterradora necesidad. No se considera que los jóvenes, generalmente, hayan alcanzado su mayoría de edad hasta que como mínimo han estrellado una camioneta contra un poste de teléfonos en pleno sopor etílico. La dirección de la escuela está compuesta por borrachos notorios. Los jóvenes que se corren juergas de barril en las colinas son perseguidos hasta el bosque, ebrios y semidesnudos, por exmarines con la tripa hinchada de cerveza que ahora actúan como defensores de la seguridad pública. Las ratas de fábrica nacen con la malta agria en la petaca que tienen a mano. Los gnomos son aún peores. Hasta los camareros se toman unos tragos a hurtadillas. Es una población dipsómana y nadie podría sostener lo contrario.

En la pared interior de los urinarios de hombres del Whistlin' Dick, un avemaría grabado sobre una placa de níquel lo resume todo:

BENDITA SEA LA BOTELLA, BOTELLA,
EL CARRITO QUE NOS TRAE LA BOTELLA A LA TIERRA,
BENDITA SEA ENTRE TODAS, NO NOS DEJES SECOS,
DANOS LA COPITA DE TODOS LOS DÍAS
Y NO NOS DEJES CAER EN LA SOBRIEDAD,

SINO QUE LÍBRANOS DE LA SEQUÍA,
IN NOMINA DOMINI, BENDITA ENTRE TODAS,
NO NOS DEJES SECOS...

El autor es anónimo. Podría haber sido cualquier parroquiano el que garabateó este epitafio cervecil de mierda durante una ronda ante el altar de loza. Casi todos los lugareños lo conocen de memoria y tienden a la glosa colectiva de su sabiduría indubitable a altas horas de la noche en el Dick. Aunque hay otros abrevaderos etílicos en la ciudad, en especial el Bloody Bucket, el Drop In, el Bob's Good Time y, por supuesto, el bar de la carretera, los gaznates más cavernosos se congregan con regularidad en el Whistlin' Dick, el tugurio predilecto de la zona.

Situada tres puertas más allá de la plaza del ayuntamiento, en la manzana de los números doscientos de la calle Mayor, la taberna fue fundada a mediados de los años cincuenta por una pareja de alemanes que más tarde la vendió a un antiguo afinador de órganos que se llamaba Dick Fisher. De ahí el nombre de Whistlin' Dick.[1] La propiedad del local había cambiado de manos muchas veces desde entonces, pero siempre había retenido el nombre. El edificio había sido originalmente el único teatro que había en la ciudad, lo que explica la inclinación en pendiente del suelo y el enorme escenario cubierto por un telón en la trastienda. Más de la mitad del espacio disponible está cerrado al público, pero a menudo se dice que la sala restante, con su pendiente de dieciocho grados, produce en los clientes la sensación de estar bebiendo sobre la rampa para las sillas de ruedas.

Un largo mostrador en forma de península sobresale de la pared oeste y se adentra en la superficie de unos doce por veintitrés metros de la sala principal. Varias fotografías en blanco y negro

cuelgan ligeramente ladeadas en sus marcos de pino en la parte superior de la pared, junto a un viejo remo de madera suspendido sobre la caja registradora y una estantería de botellas de whisky. Amueblan la sala ventiladores en el techo, carteleras de neón que anuncian cervezas, una fila de tapacubos de automóvil a lo largo de tres anaqueles separados, una máquina de discos que tiene veinte años, y más cabezas de ciervos de las que podrían verse en el emporio de taxidermia del condado de Tanner. Deslucen las paredes cables desnudos que corren sobre grafitis y manchas de cerveza que no han sido limpiadas en casi tres décadas. Al lado del letrero con las horas de apertura y en la parte exterior de la puerta de entrada cuelga un logotipo de la placa de licencia con un dibujo a lápiz de una pistola humeante, que reza lo siguiente: NO LLAMAMOS A LA POLICÍA.

La mayoría de las fábricas termina su jornada entre las tres y las cinco de la tarde. El Whistlin' Dick empieza a animarse hacia el atardecer, y a las nueve hierve. Muchísimos lugareños forman todas las noches una línea recta desde la nave industrial hasta la taberna, y por lo tanto solo los fines de semana se presentan vestidos con otra ropa distinta de la de trabajo y los jerséis sucios. El trasiego de jarras ininterrumpido no para hasta la hora de cierre, a las dos de la madrugada.

John solía llegar con la gente de Sodderbrook justo antes de las seis. Aunque legalmente no se les impedía la entrada, casi todos los chicanos sabían que era mejor no demorarse en el Dick más de una hora. Guiados por el instinto de conservación, apuraban su primera ronda en horas tempranas y se marchaban antes de que el ambiente se caldeara. Luego muchos de ellos se encaminaban al bar de la carretera o al Bob's, donde los defensores de la guerra a muerte contra los inmigrantes más recientes eran cómodamente inferiores

en número. John, como muchacho blanco, no tenía estos problemas. Más le preocupaba esquivar las sillas voladoras y mantenerse al margen de las numerosas reyertas que no dejaban de estallar a lo largo de la velada.

Se sentaba tranquilamente ante una mesa vacía en la esquina del fondo, a la que todavía llamaban la «Guarida del muerto». Siempre pedía un vaso doble de José Cuervo y tres pintas de cerveza para evitar el contacto con el personal del bar durante la hora siguiente. Tras una jornada entera en el matadero necesitaba esta primera ronda para recobrar el ánimo. Mirando atrás, algunos de nosotros creemos recordar haberle visto allí en los primeros días, sentado solo en la oscuridad, bajo la bombilla tenue de una lámpara que arrojaba sombras alargadas sobre su semblante exhausto. Iba al local casi todas las noches. Pero ninguno de nosotros sabía nada de él en aquel tiempo, y nunca se le veía acompañado. Pasaba sus ratos solitarios en el Dick relajándose del trabajo y observando el modo en que los asiduos se transfiguraban paulatinamente a medida que la noche avanzaba.

Las veladas en el Whistlin' Dick atraviesan por tres fases, la primera de las cuales, como pauta preliminar para el resto de la noche, es relativamente discreta y sin incidentes. Por lo general, puede considerarse que la fase número uno es parecida a la hora de la copa gratis en cualquier tasca de villorrio en la región del maíz, del mismo modo que, aparte de su atavío intrépido y sus discutibles deficiencias genéticas, el bakeriano común, a primera vista, se parece al arquetipo normal y corriente del palurdo americano. Entre las cinco y las ocho de la noche, nadie arma demasiado jaleo. En realidad, nadie habla siquiera. El tocadiscos está apagado hasta después del cierre del grill, a las siete. Las ratas de fábrica de todo

el valle acuden a instalarse en sus mesas y charlan de cualquier cosa mientras despachan literalmente, con un aire de sombría determinación, cientos de litros de cerveza de barril. Por desmedida que pueda parecer esta consumición inicial, en el Dick las primeras horas son siempre las más tranquilas y no sucede nada extraordinario. Los parroquianos se limitan a recuperar lo que en Pullman Valley pasa por ser la ecuanimidad, y lo hacen ingiriendo a conciencia los vasos, latas y botellas necesarios para llenar los doscientos veinte litros que caben en los dos o tres primeros cubos de basura que irán a parar al contenedor del callejón.

En algún momento a partir de las ocho, las cosas empiezan a cobrar otro sesgo. El comienzo de la fase dos se parece mucho a una sábana invisible que cubre poco a poco la sala: las luces son más tenues, el volumen de la música sube, afluyen nuevas huestes después de la cena, y los apalancados en los taburetes que han estado en el mostrador desde las cinco ya han alcanzado el «estado de gracia de la rata minera», tras haberse ventilado la primera media caja. No hay manera de precisar exactamente el momento en que ocurre: uno normalmente mira alrededor en un instante determinado y se encuentra inmerso en la animada fase dos. Los indicios son claros para cada bando: las caras se ponen coloradas, el sudor comienza a brotar, las peticiones de cerveza se vuelven más frecuentes, apasionadas, apremiantes. Toda la sala empieza a apestar como el insulso pedo de Schlitz que escapa del recto colectivo. Lo que hay en cada mesa se tambalea bajo la oleada del festejo triunfal colectivo. Las mandíbulas se destensan, las risas crecen. Los juegos de cartas resuenan en las mesas. Se celebran torneos de bebida. Cada quien prueba a batir la marca aumentando en un dedo el nivel del agua. En esos momentos los asiduos están en la fase «de compadreo». Confraternizan durante un par de horas,

y no hay motivo para tenerles miedo. No suelen causar daño a nadie más que a sí mismos. Un compadre es distinto de un patán. A pesar de la confusión que reina en la materia, hay diferencia. Un compadre se distingue de un patán del mismo modo que un patán difiere de la escoria blanca. Aunque para alguna gente puedan parecer una sola y misma cosa, las tres caras de la noche para otra, y engastados en algún punto entre dos extremos indistintamente espantosos —las ratas de río y los gnomos—, para quienes confunden el culo con las témporas (malditos yanquis), cualquier habitante de la comarca tendrá que convenir en que los compadres siempre serán los menos peligrosos de los tres. No son de los que suelen buscar camorra —tan solo eliminar bilis—, y los partidarios del equipo de matones ACCIÓN DRÁSTICA, de la asociación del culto al árbol de Schnellville, y los amigos y valedores del reverendo Jesse, pueden aún pasar las dos o tres horas siguientes sin demasiados apuros. Dicho sea de nuevo, si la velada fuera a terminar de esta guisa, en nada se distinguiría el Whistlin' Dick de cualquier otro antro obrero del país. Pero esto es Pullman Valley, y la fase dos rara vez supera la medianoche.

Más allá de esta hora, uno empieza a presentir el escalofrío que debió de sobresaltar el corazón y la cabeza de los shawnee hace dos siglos, cuando el primer contingente de tunantes europeos irrumpió en el valle vadeando el río. Es por lo general esa cerveza de más, ese pasarse de la raya que se produce unos minutos después de la hora lo que colma la laguna entre los achispados y los borrachos violentos. Es esa cerveza la que de pronto transforma la sala principal de la taberna Dick en el altillo de la posada Stable Yard del Pullman Valley allá por el año 1789. Es casi como si toda la malevolencia de nuestros antepasados hubiera sido destilada para liberarse en la actual whiskería. La fase tres sobreviene cuando el

compadreo se disuelve. Suele originarla y desatarla una mesa especialmente pendenciera. Nadie la ve venir, y retrospectivamente nadie sabe exactamente lo que la ha desencadenado, pero en cuanto se entra en esa fase no hay manera humana de pararla.

Para comprender la fase tres, hay que entender antes el principio general de que nadie retrocede ante un desafío directo en el Greene County, por más que se halle en inferioridad numérica o por poca razón que le asista. Achantarse es impensable. Las lesiones físicas curan con el tiempo, pero ser incluido en la lista negra de la cobardía es un estigma vitalicio en Pullman Valley. Nadie rehúye una amenaza directa. Sobre todo cuando está estragado por veinte cervezas y cinco vasos de whisky, y todos alrededor están tan al borde de la gresca como él mismo. Cuando alguien le manda a hacer puñetas, responde con la misma moneda (el clásico: «Jódete». «No, jódete *tú*!»). Lo que inevitablemente conduce al *¿Cómo dices?* Y a partir de ahí no hay otra salida que tirar para adelante. Solo hace falta una pequeña pifia para encender la mecha de una pelea sin cuartel, a bastonazos, en las calles. Una de las trifulcas más demoledoras y famosas de Baker —la batalla campal de octubre del 74— tuvo por origen una discusión acerca de una canasta de *pretzels*. No se necesita mucho para azuzar a los parroquianos. A la más mínima ocasión surgen las grescas. Para muchísimos bakerianos, son probablemente una sana diversión más que otra cosa. Lo que no quita, no obstante, que sea un milagro que no maten a nadie en una de ellas...

Por lo general, las provocan uno, dos o tres individuos aislados que inadvertidamente se enzarzan en una discusión por cualquier bagatela. La polémica empieza siendo aislada, confinada en su rincón, y prosigue durante unos minutos hasta que otros grupos se percatan e interfieren en ella. A continuación basta un momento

para que el pleito se expanda y barra la sala como una epidemia galopante. Los parroquianos se levantan de las mesas como miembros de equipos deportivos rivales. Los obreros del sector de muebles, por ejemplo, no necesitan que los inciten para enfrentarse con la plantilla de Keller & Powell. Las ratas de las fábricas de conservas siempre han despreciado a los empleados de DMU. Los leñadores de la Pollenderry tienen inquina al personal del Dairy Queen. Y así sucesivamente: todo el mundo odia a los rastrojos de monte, pocos aprecian a los que trabajan en la caja de ahorros, y nadie en su sano juicio —lo que a estas alturas, por supuesto, no significa nada— desafiará a los camioneros de Ebony Steed (tienen a ese loco hijo de puta Evans, que simplemente no conoce freno). El local entero se tambalea al borde del colapso antes de que haya habido tiempo de calmar los ánimos. Unos grupos se abalanzan contra otros, sube el tono de las voces, unos puños aporrean la tabla del mostrador, se profieren amenazas. Los camareros muchas veces tratan de intervenir, pero les insultan y acaban por verse arrastrados a participar activamente en el altercado. No tardan en formularse los desafíos directos. En las veladas normales, los empleados consiguen desplazar a la calle el grueso de la batalla resultante, sin tener que sacar la artillería. Pero otras noches las injurias llegan demasiado lejos para impedir el estallido de una bronca descomunal en el interior mismo del local. No hay nada en el mundo realmente comparable a la espontánea combustión colectiva de una sala llena de ratas de fábrica borrachuzas del Greene County. Puede que haya otras escenas de pandemónium equiparables a las trifulcas de Baker, puede que las sobrepasen en magnitud y número de víctimas, pero nada tiene parangón con una pelea en el Dick por lo que atañe a los estragos incontenibles que produce. Una vez comienza, el local queda reducido en cuestión de segundos a una zona siniestrada por

un bombardeo —vuelan sillas, vuelcan mesas, reparten puñetazos, las botellas se rompen contra las cabezas—, a un amasijo de humanidad en combate que se atropella hacia la entrada en una refriega ensordecedora de huesos entremezclados. Llegados a este punto, si queda todavía una facción imparcial, es decir, si alguien es tan lerdo como para haberlo visto venir y no haber desalojado el campo mientras aún podía hacerlo, la única alternativa, para un no beligerante, es buscar refugio en el rincón del fondo, a la izquierda de la sala, como John hacía, y tener cuidado con los objetos que vuelan. En una buena velada, los camareros normalmente logran vaciar el local en menos de un minuto, con ayuda del calibre 12 cargado y escondido debajo del mostrador. Pero una vez fuera, la batalla se reanuda con ruidosos hosannas. Se lanzan cubos de basura, se rompen tiestos, se vuelcan autos y las huestes vencidas huyen de estampida por las calles hasta los campos en el lindero urbano.

John, en su época, casi siempre lograba salir de la taberna indemne, y en las pocas ocasiones en que no lo hizo se trataba solo de un puñetazo ciego de un cretino o del impacto fortuito de un proyectil extraviado. De lo contrario permanecía completamente solo en su rincón y mantenía su neutralidad de empleado solitario e insignificante de Sodderbrook, sin lealtad jurada a ningún grupo. De vez en cuando le identificaban como el chico de los pavos, que nunca parecía decir una palabra y bebía tanto como cualquier chicano de la ciudad. Pero se olvidaban de él en cuanto se desataba la reyerta. Nadie le prestaba la menor atención.

En las estaciones que siguieron debió de haber estado presente en no menos de treinta peleas tabernarias de diversa envergadura. Las

estudiaba y las disfrutaba, con el mismo interés que impulsa a hombres cultos a asistir a las *corridas*,[2] a sociólogos a presenciar las peleas de gallos y a todos los buenos aficionados a ocupar las primeras gradas del coliseo.

John tenía que someterse a su primera evaluación psiquiátrica la segunda semana de febrero. La mañana del domingo, día 14, se levantó de la cama a las siete y cuarto —su único día de asueto y también se levantaba antes que el sol— para presentarse en el edificio de la seguridad social en la calle 12. Llevaba la ropa de reinserción al uso que le habían entregado al liberarle del río. Caminando por la carretera con aquella chaqueta de poliéster de cuello duro y aquellos pantalones plisados, podrían haberle tomado por un feligrés despistado camino de la iglesia el día del Señor.

La noche anterior había sido algo distinta... Había habido tres incidentes sin conexión entre ellos que ocasionaron detenciones solamente en Baker, y el periódico dominical, así como las pesquisas de la policía en todo el condado, informaban de una conducta no menos singular y bárbara en otras comunidades circundantes. El primer detenido fue un beneficiario de la asistencia social cuyo ajetreado historial de abuso de bebida había desembocado en la retirada de su permiso de conducir, la prohibición de pisar casi todas las tabernas de la ciudad, tres citaciones por atentado a las buenas costumbres y la ruptura total de su cuarto matrimonio. Legalmente privado de autorización para conducir, se había aficionado a recorrer las calles montado en una segadora John Deere. La noche anterior se había bebido sus reservas de cerveza casera y había llegado haciendo eses a bordo de su segadora ante una encrucijada de caminos, provocando un atasco del tráfico de la noche de sábado en la 9 y Poplar durante más de veinticinco minutos. Acabó siendo golpeado por conductores irritados por el largo trayecto de vuelta

desde el trabajo, y después fue detenido por cuatro acusaciones distintas.

No iban mejor las cosas en la periferia de la ciudad. A las nueve y seis de la noche, una vecina telefoneó a la policía para informar de que un hombre no identificado, con una gabardina azul, había irrumpido en su establo y estaba abusando sexualmente de las vaquillas. El sheriff Dippold envió de inmediato a un agente al lugar de autos, donde el suceso fue confirmado. Pero el intruso, que detectó la llegada del agente, huyó del establo a pie, vestido únicamente con un par de chanclos de goma y un collar de perro. El alguacil fue en su busca y apresó al sospechoso en un barranco, a doscientos metros del lugar del delito. El nombre y la dirección del detenido no se divulgaron por motivos de «orden público».

El tercer detenido fue un obrero de la fábrica de armamento que, al volver brevemente a su domicilio en mitad de una trifulca tabernaria que duró toda la noche, había descubierto el hogar vacío y maliciado alguna diablura levantina en los manejos entre su mujer de veintiún años y un tendero de la vecindad. Luego se había precipitado hacia el comercio de dicho tendero y con los puños desnudos había hecho añicos dos escaparates de cuerpo entero. Al ser apresado y sedado, no tuvo nada que decir en su descargo. De las serias heridas en muñecas y antebrazos le manaba sangre a chorro. Le llevaron a urgencias. Su esposa, que, a todo esto, había corrido al mercado cinco minutos antes en busca de carne para el almuerzo y encontró a su regreso la cocina revuelta y la puerta de entrada arrancada de sus goznes, declaró que «Stanley es un poco excitable de cuando en cuando, sobre todo por culpa de la luna».

Lo que probablemente era bien cierto. El mal de luna, una dolencia enigmática, siempre había afectado al Greene County de una manera que estadísticamente trascendía la mera superstición y

continuamente ponía a prueba a los miembros escépticos del estamento médico. La noche anterior había habido plenilunio, y la desmesurada magnitud de los desórdenes registrados era tan solo un indicador de lo que realmente había sucedido a puerta cerrada. Por cada detención de que se tuvo constancia sin duda había habido un montón de infracciones semejantes que no se denunciaron.

John también sufría un cierto grado del mal lunar, pero nunca le dio por tirarse a gatos domésticos ni por incendiar contenedores. Era más proclive a padecer durante toda la noche episodios de insomnio enloquecedor. La víspera de la visita médica no había sido una excepción. Había dormido tres horas en el plazo de las setenta y dos últimas, y ahora, la mañana después, caminaba por la carretera rumbo a la terapia. Deliraba por la larga privación de sueño. Tal vez esto influyó en el desastroso curso posterior de los hechos.

Llegó al edificio de la seguridad social a las ocho y cinco. A las ocho y cuarto estaba sentado ante un consejero. Comprendió enseguida que el joven y atildado licenciado universitario que iba a realizar la entrevista poseía tanto conocimiento intuitivo del comportamiento humano como una rata de río de cuarta generación. «El Licenciado», como John le recordaría, era el más patético tarado social que había visto en su vida. Era difícil creer que semejante papanatas nervioso y de cuello cisne, al que probablemente dos o tres palabras francas podrían poner al borde de las lágrimas, hubiera sido designado para tratar con delincuentes presuntamente reformados. No parecía posible. Cualquiera, misántropo encubierto o no, habría podido encarar el encuentro con el más mínimo tacto requerido. Aquello se parecía más a una entrevista para solicitar trabajo en la cocina del Dairy Queen que a la evaluación de una amenaza potencial para la sociedad.

Le sometió a una serie de preguntas previas a las que debía responder sí o no y que versaban sobre su salud, su credo religioso, su salario actual, sus relaciones con los vecinos, la eventualidad de un consumo reciente de sustancias ilegales, etc. Luego le pidió que aportara pruebas de su situación laboral en vigor. Él le tendió un fajo de nóminas. El licenciado las examinó detenidamente, cotejándolas nervioso con sus propias notas mientras mordisqueaba el extremo de una estilográfica amarilla. John seguía sin dar crédito a sus ojos.

A continuación pasaron a la confesión al uso —la parte sensible—, la «reflexión y deliberación cara a cara» que el licenciado obviamente había temido toda la mañana.

A la pregunta de si podía reflexionar brevemente sobre los progresos que a su entender había realizado con vistas a convertirse en un miembro respetable de la comunidad, John tuvo que sopesar sus opciones. Sabía que si daba una respuesta conveniente, si decía solo lo que sabía que el licenciado necesitaba oír, el asunto quedaría despachado en diez minutos. Pero una parte de sí mismo quería declarar otra cosa. Una parte quería decir que sí, que el proceso de reinserción se estaba desarrollando a pedir de boca, puesto que desde su liberación había aprendido a cortar una yugular electrocutada desde cualquier ángulo concebible, a proferir tacos rudimentarios en castellano de la calle, a purgar con ácido bórico su apartamento infestado de cucarachas, a lavar a mano su colada empapada de sangre en el pilón de la ducha, a preparar cenas de microondas en una cocina convencional sin chamuscar el puré de patatas, a recitar un puñado de retruécanos de la clase obrera y el contenido de las letras de los éxitos del momento, que los negros tenían la nariz tan chata porque Dios se la había tenido que pisar para arrancarles el rabo, que el deber del hombre era dar cuenta a Dios, y el de la mujer dar cuentas al hombre, que los teutones de

Pottville se comían a sus hijos, que era mejor que tu esposa se fugara con un judío que ver a tu hijo montado en una moto japonesa y que, a propósito, los nipones se estaban desmandando de nuevo —era hora de mandarles otro par de bombas—, que a todos los extranjeros habría que desterrarlos a un remoto arrecife de coral y relegarlos al olvido, que había que votar republicano o morir, que no había nada mejor para el alma que una dura jornada de trabajo, que el único marica bueno era el marica muerto, a atracarse de bebida como único recurso viable para dormir, y que, a decir verdad, si las cosas seguían como hasta entonces estaría rehabilitado por completo en un santiamén. Muy pronto estaría viviendo en un parque de caravanas saturado de gnomos y disparando al patio del vecino con una automática del 45. Sí, debía decir que efectivamente estaba haciendo progresos. Estaba plenamente convencido de que cada ciudadano de Baker perfectamente adaptado y temeroso de Dios perseveraba con toda la capacidad de supervivencia característica de las ratas de alcantarilla ante una explosión nuclear. Y él sería pronto uno de ellos, fijo. Quería decir...

Pero no lo dijo, por supuesto. Declaró, en cambio, por mucho que le pesara, que todo marchaba bien, pura y simplemente, lo que, tal como había esperado, agradó y alivió enormemente al licenciado. Tras un mutuo asentimiento de cabeza, no había nada más que hablar entre ellos. Procediendo aprisa, lo único que quedaba por hacer en la entrevista era firmar un conjunto de papeles, después de lo cual John podría irse. Rubricó cada página del lote con poco más de una mirada superficial a cada una. Seguramente habría terminado de firmar enseguida de no haber captado su atención súbitamente algo que vio en el penúltimo formulario. Hizo un alto para examinarlo. Por lo que pudo deducir, se trataba de alguna clase

de póliza de seguro de vida de la que no sabía nada pero que, no obstante, tenía un tufo ofensivamente metodista. Un examen más atento confirmó sus sospechas. Volteó la hoja. Descubrió una firma preexistente, en tinta roja y de trazo grueso, en una columna contigua de la mitad inferior de la página, que decía, clara como el día: Hortense Allenbach.

John saltó como un resorte y pidió una explicación. *Qué demonios es esto*, gritó. El licenciado se puso pálido y empezó a revolver sus papeles. Encontró algo y lo miró. Le llevó un rato asimilarlo. Acto seguido comenzó a explicar algo en el sentido de que, tras la liberación de John, y con arreglo al procedimiento judicial, Hortense Allenbach, en calidad de *tutora legal*, recibiría fondos mensualmente en concepto de ayuda para la educación de John hasta que cumpliese los veintiún años. Estaba escrito bien claro. La firma de la señora Kaltenbrunner validaba la póliza.

Entonces John perdió totalmente los estribos. Lo que había empezado y proseguido como una entrevista tolerablemente intrascendente entre dos perfectos desconocidos concluyó con un arrebato vesánico que muy fácilmente podría haber dado con los huesos de John nuevamente en el río, para cumplir el remanente de la pena máxima. Arremetió desde el otro lado de la mesa, agarró por el pelo al licenciado aullante y lo clavó contra el escritorio, amenazándole con mandarle a vagar por la carretera con un atizador de chimenea en el culo. Vociferó que podían devolverle al río, arrojarle en una celda, difamar su nombre por toda la ciudad, pero que *ni* muerto, *ni* cien mil siglos muerto, firmaría aquel papel. Estaba descartado. Antes tendrían que fusilarle. Podían despedazarlo, quemarlo, desgarrarlo y mandarlo hecho una bola, junto con la víbora, las arpías del valle y su iglesia, volando hacia la luna. No lo firmaría *nunca*. Rompió el papel, salió disparado del despacho y

según pasaba asestó una patada contra un cubo de aluminio en el vestíbulo.

Volvió a su sano juicio a mitad de camino. Se encontró plantado en la esquina de la 8 con la 254, donde una fila de Lincolns que iban a la iglesia circulaba en ambos sentidos. Empezó a cobrar conciencia de lo que acababa de hacer. Dio vueltas alrededor de la cabina de teléfonos de la esquina, escindido entre un odio reactivado por Hortense y un aterrado estupor por haber quemado las naves en el momento preciso en que menos podía permitírselo. Cayó en la cuenta de que si no se sobreponía y lo arreglaba apresuradamente, corría el riesgo de encontrarse recluido, al día siguiente a aquella misma hora, en compañía de criminales encallecidos. Se imaginaba la noticia en la prensa, otra víctima más «del influjo de la luna». Sería un desenlace horrible.

Todas estas reflexiones le indujeron a entrar en el supermercado a comprar algo que le sirviera para presentar disculpas. Tras pensarlo un poco, se decidió por un bizcocho de frutas caducado que encontró en la estantería de productos dañados. Pagó con las últimas monedas de su sueldo y se encaminó de vuelta hacia el edificio de la seguridad social. Pero una vez allí, la secretaria de la recepción le informó de que el licenciado no recibía más visitas. Se había encerrado con llave en su despacho, dijo. Se había encerrado y no quería ver a nadie. John se imaginó al pobre bastardo babeando de rabia encima de su expediente. Dejó el bizcocho en el mostrador y abandonó el edificio. Estaba *jodido*.

Nadie sabe a ciencia cierta lo que fue del licenciado. Como cabía esperar, no duró mucho en Baker. Al cabo de seis semanas de ocupar su puesto, solicitó un traslado fuera de la ciudad y, que se

supiera, fue posteriormente destinado a un trabajo de oficina en Misuri y no se volvió a tener noticias de él. Pero su traslado no explica la desaparición repentina del historial de John. Nada lo explica. Al final, no solo John no fue nunca interpelado por su arrebato de la mañana del día 14, sino que nadie del departamento volvió a contactarle nunca. No recibió cartas ni visitas ni seguimientos ni llamadas telefónicas, y no volvieron a hacerle otra evaluación psiquiátrica en toda su vida. La cosa no tiene pies ni cabeza, pero *es* lo que ocurrió. O bien alguien extravió el expediente, o bien alguien archivó su caso, o bien al licenciado le conmovió realmente el frutal obsequio, o bien aconteció en algún momento un descuido del que nadie conoce la causa exacta, pero el resultado fue que John escapó por completo a la atención del estado.

Tras una semana de andar lanzando ojeadas paranoicas por encima del hombro a cada paso que daba, resultaba evidente que no le estaban buscando. Y conforme pasaba el primer mes, y luego el segundo, y finalmente el tercero sin saber una palabra al respecto, comprendió que, por asombroso que pareciese, la pifia lamentable que había cometido durante la entrevista de evaluación obligatoria había puesto, por alguna razón, un término abrupto, milagroso y no del todo legal, a su condena de tres años. Por sorprendido que estuviese, era un caballo regalado al que no tenía el propósito de mirarle el bocado. En efecto, se había convertido en un hombre libre, con todos los derechos y privilegios del ciudadano normal y —lo que era aún más importante—, se le había concedido la posibilidad de abandonar la factoría avícola, o cualquier otro corral al que fuera a parar, en el momento en que le resultase inaguantable. De nuevo estaba en el mundo sin hombrecillos verdes que le pisaran los talones ni quimeras a cuestas. Parecía imposible,

pero la larga, interminable pesadilla que había comenzado con la muerte de Isabelle, casi cuatro años antes, había finalmente llegado a su fin.

El lado positivo de su nueva situación era que le brindaba la ocasión, tan necesitada, de ponderar su empleo en Sodderbrook. De haber subsistido, como debiera haber sido, su estatuto jurídico de delincuente liberado condicionalmente, no habría tenido nada que decir respecto a su puesto de trabajo cotidiano. No habría estado en condiciones de formular ninguna clase de exigencia, y cualquier causa potencial de reprimenda le hubiera colocado a un pelo de distancia de la temida llamada telefónica a los administradores del régimen correccional del estado. Pero como aquello ya no parecía ser una inquietud prioritaria, una de las primeras cosas que hizo al sentirse confortablemente a salvo fue abandonar el matadero. La inacabable repetición de sus horarios ante los altares de la cuchilla se había convertido en un cotidiano callejón sin salida. Cada hora de cada día era un golpe de horquilla tras otro al mismo ritmo fijo. Carecía de sentido. No sacaba nada en limpio.

Una vez resuelto a abandonar esta rutina, dejó su puesto una tarde, a mitad de un tajo, trepó por una de las escaleras metálicas de incendios hasta las oficinas y entró en la sección de recursos humanos para exigir un cambio de puesto. Su desparpajo causó evidentemente una impresión favorable, o posiblemente no dejó espacio para la controversia, ya que una hora después le habían hecho un sitio en la primera ringlera de evisceración. Lo ocupó al momento. Pero al cabo de dos días de extraer mollejas y limpiar cavidades corporales al mismo ritmo deletéreo que antes, volvió a las oficinas con otra solicitud. Quería un puesto en la plataforma de carga, dijo. Quería un puesto de trabajo allí, y si la empresa sabía lo que le convenía, no dudaría en dárselo. Por consiguiente, le trocaron

el cuchillo por una cota de plástico y una red de pescado de diez por quince centímetros. Le escoltaron hasta la plataforma y lo encomendaron al capataz en funciones para que se sumara a los rudos y fornidos chicanos en los muelles de descarga. Tal vez no tuviera cariz de un ascenso, pero el trabajo en las plataformas —en contraste con la calma ininterrumpida del matadero— brindó a John la primera oportunidad que había tenido en años de demostrar su valía. Ocupaba por fin un empleo que exigía aptitud personal, destreza y técnica, y no pasó una semana, como cabría haber esperado, sin que demostrara ser el trabajador más valioso de la plantilla. En poco tiempo, irrumpir al asalto dentro de remolques apestosos de materia fecal, con su red extendida ante los pavos que se dispersaban en todas direcciones, se convirtió en su segunda naturaleza, al igual que las pústulas de cortes infligidos por picos y pezuñas que constelaban sus antebrazos pasaron a ser marcas distintivas de su oficio. Transcurrido el primer mes, él solo realizaba la labor equivalente de cuatro hombres adultos. Ponía en evidencia a los chicanos. Se decía que era casi embarazoso. Era sin ninguna duda el más hábil apresador de pavos de toda la fábrica y, bien mirado, la obtención de su nuevo puesto de trabajo se remontaba indirectamente hasta su arrebato incontrolado, e inducido por la luna, en el edificio de la seguridad social el 14 de febrero. En muchos sentidos resultó un golpe encubierto de buena fortuna.

Pero en otros aspectos, las consecuencias de su única entrevista con el licenciado obraron un efecto proporcionalmente adverso. Sobre todo en su vida privada. Al recibir la noticia odiosa y comprender que, al cabo de todo el tiempo transcurrido desde el tiroteo, Hortense Allenbach, la víbora omnisciente, seguía obteniendo réditos del saqueo y destrucción de la granja Kaltenbrunner, el mismo pasado que John había hecho todo lo

posible por archivar, sepultar y olvidar a lo largo de los años, ahora retornaba inexorablemente al centro del escenario. La idea de que las arpías no solo habían arrasado y profanado su finca con respaldo público, sino que, años más tarde, después de todo aquel tiempo, continuaban percibiendo incluso subvenciones gubernamentales persuadió a John, de una vez por todas, de que el pasado no estaba muerto, que las argucias proseguían, y que no podía contar con la alternativa de olvidarlo todo. Por más que lo hubiera intentado, nunca se había repuesto realmente de la pérdida de la granja; simplemente había aprendido a asumirla como un dolor sordo y constante que era posible mantener a raya si se aplicaba el debido esfuerzo. De no haber habido nuevos episodios, tal vez con el tiempo hubiera llegado a aceptarlo... Pero ahora estaba fuera de lugar. Nunca lograría asimilar aquel desenlace último. La señora Kaltenbrunner estaba muerta. La recámara había sido saqueada, John había sido condenado, la granja había sido arrasada y Hortense, dondequiera que estuviese, recibía un pago mensual por el papel desempeñado en toda aquella historia. Lo mirara como lo mirase, era imperdonablemente repulsivo.

Una de las ventajas de trabajar en los muelles de descarga durante aquel periodo de su vida era que le resultaba imposible holgazanear ni por un momento. Desde que abrían al alba la puerta de hierro hasta la desaparición definitiva, a las cinco de la tarde, de los pavos atados en el matadero, en el muelle de embarque, bomba propulsora de la fábrica, reinaba constantemente una actividad de alto voltaje. El incesante ir y venir desde el remolque, cargado de criaturas graznantes, hasta la cinta móvil de ganchos, operación de la que dependía la cadencia de toda la cadena de procesado, no

dejaba un momento de respiro a nadie, y mucho menos a John. Era lo único que podía hacer para no ejecutar en el aparcamiento una serie de piruetas brincantes durante la pausa (puesto que un objeto en movimiento tiende a permanecer en movimiento), y no digamos para encontrar un momento libre en que cruzarse de brazos un rato. Durante el tiempo en que trabajó en Sodderbrook, las rigurosas exigencias y responsabilidades de su puesto anularon su proclividad a las reminiscencias.

Pero incluso durante la temporada de vacaciones, cuando la necesidad de horas extraordinarias alargaba la jornada hasta altas horas y dejaba a la mayoría de los chicanos rendidos de fatiga, ningún grado de desgaste o de cansancio podría haber frenado la resurrección de los recuerdos que brotaban sin falta en el instante en que John se encontraba a solas. Surgían en el segundo mismo en que ponía el pie en los campos después del trabajo, y no le abandonaban hasta que regresaba a la factoría a la mañana siguiente. En el ínterin, su cena consistente en una empanada de carne con verduras y unos tragos en el Dick preparaban el escenario del insomnio deambulante. Mucho después de que el resto del mundo se hubiese acostado y el rumor de la autopista se hubiera reducido al fragor ocasional de un camión de carga forastero, seguía dando vueltas por el apartamento, transportando consigo de un lado para otro su propio hedor de la jornada entre los pavos, hasta que las botellas empezaban a vibrar y a caerse de las estanterías en la cocina de los gnomos del piso de abajo. Las dos bombillas del techo proyectaban sobre la pared múltiples sombras de su cuerpo pasando. Pronto estuvo familiarizado con cada punto de la habitación en que las dos sombras convergían, la una cediendo el paso al espesor creciente de la otra, que luego decrecía, se arrastraba, se alargaba y retrocedía por el suelo para inflarse y

oscurecerse de nuevo a expensas de su compañera. Una vez tras otra, pase tras pase, hora tras hora, él y sus sombras recorrían el cuarto, espoleados por un octano sintético de alcohol, de nicotina, de glutamato monosódico y de una cólera primordial intacta. A menudo pensaba que los accesos de furia a los que sucumbía tenían un detonante biológico, que al rememorar minuciosamente cada desastre concreto que su memoria podía evocar —el tornado que perforaba la granja, la obesidad catatónica de la señora Kaltenbrunner, Roy Mentzer acechando en el pasillo, los gnomos disparados a bordo de chatarras, el charco de sangre propia en un calabozo oscuro, la incertidumbre perenne en torno a la figura de Ford Kaltenbrunner, y siempre, indefectiblemente, la falsa despedida que había formulado Hortense antes de perderse en la noche, todo ello, cada entuerto que no había sido enderezado, todo lo que se había convertido en una lejana, incomprensible pesadilla, tan sumamente extraña que *tenía* que haber ocurrido—, si se paraba a contemplar la totalidad del cuadro, activaba la hipersecreción de alguna rara glándula interna, de una sustancia que si se hubiera extraído, purificado, producido en masa y administrado a una compañía de novatos en el frente, en un experimento clandestino del gobierno, sin lugar a dudas habría revelado que intensificaba los instintos agresivos hasta un punto de manía homicida.

Se eternizaba contemplando las fisuras en el techo, en las que veía a vista de pájaro los afluentes de un río serpeando en el planeta tierra. Faros de automóviles de paso reflejaban la silueta, en largos arcos, del cristal de su ventana en toda la longitud del cuarto. A veces, por la noche, salía a las calles a vagar por el asfalto. Atravesaba Geiger hacia el norte, rebasaba la iglesia metodista y pasaba por delante de las filas de casas con sus carillones de viento y sus postigos cerrados. Cruzaba la carretera rumbo al este,

alertando siempre al perro cobrador, de color leonado, que forcejeaba con su cadena al verle doblar la esquina. Trepaba por el talud escarpado que llevaba al cementerio, saltaba la tapia, subía el repecho y se sentaba a descansar con la espalda recostada contra la lápida desmoronada de un funcionario del gobierno que había sido golpeado hasta la muerte por «demócratas pacifistas» cuando repartía órdenes de alistamiento durante la guerra de Secesión. Desde allí se divisaba una clara panorámica de todo el valle, desde los campos al norte, del otro lado del río, cubiertos por una tormenta eléctrica de luciérnagas, hasta, hacia el sur, las calles de Baker iluminadas por los reflectores y faroles de los porches. Las noches claras, la luna y las constelaciones alumbraban todo Gwendolyn Hill. La línea de árboles que corrían a lo largo del Patokah era nítidamente visible abajo, en la ribera donde antaño se levantaba la granja. Lo cual no podía por menos de recordarle las tardes que había pasado desbrozando la orilla y rescatando del barro los carritos de compra y los carburadores que transportaba con Bucéfalo a los vertederos del muelle. U oteando todas las mañanas, por encima del río, las minas de Ebony Steed. O quemando el cobertizo de Isabelle y arrojando a la corriente la botella de su padre...

A veces permanecía horas en el cementerio. En una ocasión se quedó dormido y despertó en medio de una tormenta eléctrica, cubierto de babosas. Más tarde recordaría esa noche como una de las más gratas de su vida. Había algo especial en las nubes de tormenta que pasaban justo por encima de su cabeza y el viento del sur que, al encuentro de las nubes, barría la colina mientras él, en medio, sacudía los gasterópodos de sus vaqueros empapados de lluvia. Hubo un puñado de noches como aquella, que pasó casi siempre instalado sobre montículos de grava en los muelles, mientras las olas lamían suavemente los postes de soporte del

embarcadero. Las locomotoras atravesaban los hangares a su espalda, pasaban rodando, altas sobre las vías, arrastrando una hilera ininterrumpida de vagones de carga, hasta que aparecían los furgones de cola, de color verde espliego, que viraban en la curva y proseguían su ruta. Y contemplaba la película de petróleo sobre la superficie del Patokah, hasta donde los maizales iniciaban su largo itinerario escalonado hacia los montes del valle. Y los perros salvajes del bosque se llamaban unos a otros con aullidos sostenidos, mientras las langostas zumbaban y los búhos ululantes se lanzaban en picado sobre las orillas. Esas noches casi conseguía olvidarlo todo, pero era algo pasajero. Una de las cosas más irónicas del Pullman Valley es que, abstracción hecha de todos los signos de civilización, el paisaje es bellísimo. Contadas veces, subrayando contadas, John casi llegaba a sentirse parte de aquel panorama.

Pero aquellos momentos escasos quedaban aniquilados en el instante de emprender el regreso a casa. Mientras la comunidad dormitaba en las horas que precedían al alba y apagaban las farolas para economizar, una simple ojeada en cualquier dirección le bastaba para recordar que, en Baker, a los cabreros como él que conducían a su madre paralítica a la sala de urgencias los atropellaban los gnomos, les negaban la necesaria asistencia médica, los golpeaban hasta un segundo antes de la muerte y los encarcelaban en celdas mugrientas, mientras todos en la ciudad, desde los grupos de escoria blanca hasta los pitbulls, vociferaban en los partidos de fútbol embarrados entre el equipo del sheriff y el de los bomberos. Por mucho que lo intentara, no conseguía librarse de aquello. Había demasiados recuerdos por doquier, demasiados accesorios todavía en escena. Residía en el lugar de los hechos, y no había manera de eludirlo. Al igual que cualquier otra persona medianamente sensible, nacido a la intemperie, marginado como

estúpido, considerado un idiota, un perdedor, un monstruo por la hermandad de cazadores de gansos y destripaterrones que pegaban a la esposa, no tardó en cultivar un odio irrevocable no solo por Hortense, por Mentzer o por cualesquiera individuos concretos, sino también por el rostro anónimo de la comunidad circundante.

Esto suscitaba la pregunta: *Entonces, ¿por qué no se marchaba?* Puesto que no tenía familia ni amigos en la zona, tan solo malos recuerdos. Puesto que su empleo era uno de los peores del país y le pagaban un salario terriblemente exiguo por sus servicios. Puesto que no tenía ningún interés concreto en ser o llegar a ser miembro de aquella sociedad, *¿por qué quedarse?* No tenía ni pizca de sentido. Una de las primeras cosas que tenía que ocurrírsele a alguien tan absolutamente fuera de su elemento como John Kaltenbrunner había estado a lo largo de toda su vida era que *te vas y nunca, nunca jamás vuelves en todos los años que vivas*. John no era la mente más práctica que había ornado el valle, pero ciertamente una conclusión semejante, más que cualquier otra del mismo tenor, tenía que habérsele pasado a menudo por las mientes.

Pero se quedó. Y no solo siguió viviendo en Baker, sino que se lanzó de cabeza al epicentro de los asuntos locales. Las tabernas eran el caldo de cultivo del comportamiento bakeriano. Por esa razón, se hubiera dicho que eran el último lugar en que podía verse a John de noche. No habría tenido motivo para frecuentar la compañía de aquellos a quienes más despreciaba de no haber estado tramando algo en todo aquel tiempo. Si solamente hubiera querido beber, se habría ido a la tienda de licores y pasado el resto de la noche en su apartamento, el cementerio, las minas de carbón, en cualquier parte menos en el Dick. Y, sin embargo, noche tras noche se sentaba en el local y paseaba una mirada por la concurrencia. Esta conducta debería poder explicarse.

Creemos que se resume en lo siguiente: John estaba demasiado inmerso en su historia en Baker como para hacer el equipaje e irse. Seguramente no habría podido vivir en paz consigo mismo si hubiera abandonado la ciudad sin antes haber abrasado unos cientos de tienduchas de cebos. Su vida tenía demasiados cabos sueltos. Demasiados asuntos sin resolver. Había perdido una batalla de más y cometido varios miles de errores adicionales para marcharse sin antes tratar de igualar el marcador. De todos modos, no podía hacer nada peor de lo que lo había hecho. Había tocado fondo, o al menos eso pensaba. Tras caer tan bajo las cosas solo podían empezar a mejorar.

De modo que se quedó. Siguió estudiando a los lugareños, describiendo círculos torcidos, buscando una abertura, algo, *cualquier cosa* que obrase en su *favor* en lugar de en *contra* por una vez en su vida.

Wilbur Altemeyer nació y se crio en una granja de puercos de una región de maizales del sur de Wisconsin. A la edad de veintitrés años, siendo un granjero fornido y bien alimentado que había abandonado los estudios, le llamaron a filas para el servicio en Vietnam. Espoleado por las consabidas bravatas y el respaldo de su ciudad natal, Wilbur estaba resuelto, junto con otros diecisiete mozos del lugar —diez de ellos voluntarios—, a echarse a la selva en defensa de los políticos. Se celebró un desfile de despedida en la plaza de la ciudad. Se impartieron todos los saludos, se intercambiaron todos los sentimientos de la despedida. Luego, sin más dilación, fueron embarcados rumbo a Fort Banning en un autocar militar de un color verde oliva desvaído. Este debería haber sido el final de la historia. No obstante, para abrumadora vergüenza y deshonor de su familia, Wilbur fue el único declarado inútil para el servicio activo a causa de su mala vista. Lo devolvieron a casa una semana después de su partida. Fue recibido por la comunidad como un paria consumado. Durante tres semanas sufrió el escarnio público, hasta que finalmente no pudo aguantar más y se marchó.

Los siete años siguientes trabajó de conductor nocturno de un camión de dieciocho ruedas que transportaba cargamentos de una costa a otra en trayectos que duraban tres noches sin dormir. Durante uno de estos viajes tuvo el primer atisbo de Baker en un bar de camioneros abierto toda la noche, al norte de la ciudad. Allí conoció a una joven llamada Leslie Verkamp, que era hija de un guardafrenos y trabajaba atendiendo el mostrador. La señorita Leslie y él hicieron buenas migas inmediatamente. Wilbur empezó a hacer desvíos más que improcedentes en sus trayectos semanales con el

fin de visitar a la muchacha que no dudaba que un día habría de ser su esposa. Por último, una tarde, tras varios meses de estas erráticas visitas, entró dando saltos en el bar de carretera, se postró de rodillas y anunció, en un tono lo bastante alto para paralizar el curso de las conversaciones en todas las mesas del comedor, que estaba dispuesto a renunciar a su oficio si ella se dignaba a unirse a él mediante el vínculo del matrimonio. Leslie aceptó la proposición sin vacilar y, tras recibir una ovación de todos los presentes, acompañada de pateos contra el suelo, salieron a zancadas del local. Tres días más tarde Wilbur entregó su remolque y cobró la última paga. Una semana después, Wilbur y Leslie se convirtieron en el señor y la señora Altemeyer, y con los ahorros de Wilbur en un hatillo emprendieron una prolongada luna de miel en Baton Rouge.

Era un comienzo ordinario y asaz arquetípico de la vida matrimonial común. Pero lo que siguió no se ciñó a esta pauta...

El tercer día de su viaje hacia el sur a través de Luisiana, la nueva señora Altemeyer sufrió un infortunio horrible en los urinarios de un área de descanso situada en la carretera 61. Al parecer, a primeras horas del día en cuestión, una serpiente mocasín de la ciénaga, de no menos de un metro de largo, se había introducido en el sistema de alcantarillado y se había infiltrado en la fosa séptica, de tal suerte que cuando Leslie se sentó en el inodoro, la víbora estaba enroscada en la taza y aguardaba hecha un nudo grueso y repulsivo, sumergida en el agua. El forense que más tarde investigó el caso no halló trazas de veneno en su organismo; evidentemente, ella separó las piernas, vio que la miraban un par de ojos redondos como canicas y sufrió un instantáneo paro cardíaco. Se dijo que los agentes que acudieron a atender la emergencia intentaron durante noventa minutos enteros arrancar los restos de la serpiente, convertida en una pulpa magullada y en jirones, del puño de Wilbur, quien se

había encerrado en el retrete y destrozado a puñetazos los espejos y los rodillos de papel higiénico en un arrebato vesánico. Le sometieron a estrecha observación durante dos semanas y luego le enviaron a su casa para que sepultase en alcohol su congoja el tiempo que le quedaba de vida.

Emergió sin un centavo y sin trabajo de la borrachera que duró tres semanas. A la edad de treinta y un años y tres meses consiguió un empleo en la empresa de recogida de basuras de Baker y se instaló en un recinto tenuemente iluminado cerca de la 3 y Geiger. Las paredes de su cuarto se convirtieron en un santuario conmemorativo de Leslie. Junto a la larga fila de fotografías enmarcadas de la boda colgaba un largo mechón de pelo en un estuche de plástico. Mientras vivió, Wilbur juró que nunca encontraría otra mujer como ella. Al igual que la señora Kaltenbrunner, no volvió a casarse.

A los cuarenta y tres años era un hombre chaparro, barrigudo y algo calvo: el retrato de un basurero de mediana edad con gafas de montura negra y un descolorido buzo de trabajo. Vivía a base de una dieta invariable de tragos nocturnos y deportes televisados. Todas las noches despachaba nueve o diez latas de cerveza barata, luego limpiaba el mostrador, vaciaba los ceniceros y se metía en el catre enmarcado de roble que había comprado en un bazar del ejército. No había nada particularmente notable en la apariencia exterior de Wilbur. Era una buena persona —inofensiva, eficiente y fiable—, pero, a decir verdad, había millones como él en todo el país. De no haberse cruzado su camino con el de John, probablemente hubiera vivido el resto de su existencia como un relativo don nadie.

A lo largo de los más de doce años que había vivido en Geiger, Wilbur había visto a otros tantos inquilinos entrar y salir de la

habitación situada directamente debajo de la suya. A la vista de que era un cuchitril sin restaurar, todo el edificio debería haber conocido un mayor movimiento de entradas y salidas. Pero comoquiera que los gnomos llevaban seis años viviendo en la planta baja y Wilbur había reformado su apartamento para que se ajustara a sus necesidades hasta bien entrado el siguiente milenio, tan solo era en la habitación del segundo piso donde se producía el por lo demás previsible desfile de inquilinos.

El último transeúnte fue John Kaltenbrunner, aun cuando durante los primeros catorce meses de su estancia, Wilbur ni siquiera conocía su nombre. Por motivos prácticos, se habían mantenido a una distancia física y mental el uno del otro durante todo ese lapso. Sus respectivos horarios disparejos les había impedido el contacto frecuente; Wilbur ya había salido para su ronda nocturna cuando John llegaba a casa de Sodderbrook, y aunque los dos se cruzaban alguna que otra vez en la escalera, apenas si habían intercambiado algunas palabras entre ellos. La única impresión que Wilbur tenía hasta entonces de su vecino de abajo era la de un recluso joven y colérico que seguramente pensaba demasiado sin provecho.

La primera oportunidad que tuvieron de relacionarse fue una fría mañana de sábado a principios de marzo. John acababa de salir del hospital general de Baker, donde había estado ingresado dos meses para que le curaran las múltiples heridas sufridas en un accidente de trabajo. En las vacaciones navideñas, le habían destinado, en su calidad de «empleado meritorio», al almacén de Sodderbrook para organizar y gestionar los excedentes: en aquellas fechas festivas, el almacén recibía y despachaba de dos mil a diez mil pavos diarios. Le habían garantizado un aumento de sueldo sustancial y un aguinaldo de Navidad por sus servicios, aun cuando la prestación correspondiente de horas extraordinarias había vuelto ilusorios en la

práctica todos los beneficios prometidos. Sin embargo, había aceptado el ascenso sin quejarse —no se podía permitir el lujo de que el puesto cayera en manos de otro— y las operaciones se efectuaron sin percance mientras él detentó la dirección.

Pero el desastre aconteció dos semanas después de comenzar la temporada.

El 13 de diciembre, poco después de medianoche, una jaula sobrecargada en el borde del muelle principal de carga se había bamboleado de repente y se había desplomado sin aviso. John, que estaba abajo congregando a los pavos en medio de arañazos y de mugre, fue aplastado por dos pisos de enchapado de hierro. Tres o cuatro chicanos del turno de noche habían corrido a socorrerle de inmediato, pero debido a los más de trescientos cincuenta kilos del bastidor de la estructura no lograron sacarle de debajo. Permaneció aplastado contra el suelo durante los veinte minutos siguientes, mientras los pavos escapados de la jaula revoloteaban y se cagaban encima de su cuerpo postrado. Cuando por fin llegaron los bomberos lo encontraron inconsciente. Levantaron la jaula y extrajeron de debajo su cuerpo borboteante, con la mejilla marcada por la impronta de la malla de alambre. A lo cual siguió una loca carrera al hospital, la oscuridad de la anestesia y el despertar escayolado frente a los rebuznos de un programa especial de Navidad en el televisor que había a los pies de la cama.

Fue un milagro que hubiera sobrevivido. Había perdido los dos incisivos delanteros. Tenía hundido el pulmón derecho, varias costillas fracturadas, un brazo y una pierna rotos, un pómulo partido, rasguños y contusiones, magulladuras y cortes, etcétera, etcétera... Era la víspera del día en que cumplía veintiún años y estaba virtualmente paralizado, acostado en tracción y con ayuda respiratoria. Tenía ambos brazos suspendidos de sendos cabestrillos.

Le habían insertado catéteres en todos los orificios y conectado a un chisme que parecía una caja de resonancia. Le habían envuelto el torso y la sección mediana del cuerpo en un molde muy prieto de escayola. Había una chata colgando de la pared. Accionado por un tablero de control, el bastidor de la cama estaba colocado en una postura de zigzag debilitador, de tal modo que su pierna extendida, suspendida de un cabestrillo, formaba un ángulo de cuarenta y cinco grados encima de su cabeza, como si la fueran a lanzar por una rampa de acrobacias. Le habían inmovilizado por completo, y no podía ni rascarse la piel caliente e irritada por debajo del yeso ni arrebatar el mando a distancia del televisor de su compañero de cuarto, accidentado y fanático de los seriales.

El mes que siguió, al igual que la peor pesadilla de alguien que padece claustrofobia, representó la experiencia más sólidamente horripilante que viviría en su vida. Fue incluso *peor* que el mes que antecedió al asedio de la granja. La sucesión de días amarrado a un colchón, viendo pasar cada instante con una lentitud exasperante, sin poder moverse, sin poder respirar a sus anchas, sin ser siquiera capaz de realizar las más simples y rudimentarias funciones fisiológicas sin que cobrara al hacerlo una aterradora conciencia de su propia mortalidad, había puesto a prueba toda su capacidad de resistencia. Tenía la cabeza llena de visiones en las que se arrojaba por la ventana abierta, ponía fin a sus calamidades con la pistola de bengalas del armario del conserje, se sumía en una letal parálisis ingiriendo altas dosis de elixires guardados bajo siete llaves en el cuarto de enfermeras...

No pasó mucho tiempo antes de que le separaran forzosamente de su compañero de cuarto y les pusieran en habitaciones distintas tras el intercambio, una tarde, de amenazas de muerte que ambos estaban en condiciones demasiado débiles para llevar a efecto. Más

tarde fue amonestado por increpar de la misma manera a un médico, dos enfermeras y un hombre que limpiaba la ventana.

La noche de Navidad una tropa de arpías metodistas había salido en desbandada de su habitación, mareadas y eructando, después de que él hubiera proyectado hacia ellas el vómito con que expulsó la tarta que le habían llevado en prenda de «buena voluntad» y «regocijo navideño». Las expulsó la enfermera de guardia y John se quedó con el crepitante receptor de frecuencias de la policía que ellas le habían llevado, supuestamente, para mantenerle informado de los sucesos locales durante su convalecencia. Durante las dos horas siguientes había escuchado la activa correspondencia entre el departamento de bomberos y la policía local, que se estaban afanando en extinguir un incendio de suma emergencia en dos pocilgas distintas del extremo sur de la ciudad. El diálogo mantenido de exigencias dictadas por el pánico en medio de los chorros de mangueras, el rugido de las llamas y los gritos de las piaras de puercos asándose fue interrumpido por un cuarteto metodista de gospels conocido como «Amor fraterno y los obedientes», que había irrumpido súbitamente en su habitación y le había producido náuseas con su versión etérea de «Bautizo a la vieja usanza en el riachuelo» (pronunciado *yachuelo*). En aquel momento sintió más afinidad con los cerdos chamuscados que exhalaban el último aliento en la noche navideña bajo cero que con cualquier otra criatura viviente que alguna vez hubiese poblado la tierra.

Y las desventuras no habían hecho más que continuar. Transcurrida una semana del año nuevo, John recibió una carta de Sodderbrook en la que le informaban de que no solo daban por concluidos sus servicios a la empresa, sino que, de acuerdo con la cláusula IV3b-i de su póliza de seguros, su «temeraria equivocación en el puesto de trabajo» —significara lo que significase— había

anulado formalmente sus opciones a ayuda financiera y prestaciones médicas. En otras palabras, había caído dentro de una de las notorias «argucias jurídicas». Se había quedado solo.

Sabía que si de algún modo hubiera podido coaccionar a uno de los chicanos para que testificaran en su defensa, habría perdido sin remedio el pleito en los tribunales locales, y además se habría visto sepultado por honorarios jurídicos. Sabía discernir una causa perdida. No había nada más que hacer que quedarse sentado y aguantarse como un primo. Que fue lo que hizo. Pero nada podría haberle impedido que odiara hasta el último minuto de aquello. Otro nombre más se había añadido a su lista de mierda.

Día tras día permaneció en la cama confeccionando un inventario furioso contra la comunidad. Se pasaba horas enteras mirando por la ventana la multicolor planicie de cabinas de remolques en el parque Linkhorn, imaginando que todos los desastres naturales posibles devastaban el feo amasijo de cobertizos de chapa y chabolas de gnomos. Con el correr del tiempo, había enajenado a todos los que le atendían, había hecho apagar el televisor definitivamente, había logrado que le exonerasen de tener un nuevo compañero de cuarto una vez que se hubo desembarazado del primero y se había entregado a una ebullición silenciosa y enteramente personal. Los largos bigotes de siluro que ornaban su labio superior se habían curvado hacia abajo y colgaban sobre la oquedad que habían ocupado sus dos dientes delanteros.

Al fin, al cabo de lo que le pareció una eternidad bíblica, los moldes de escayola habían empezado a desprenderse como una piel vieja de serpiente. Una tarde le envolvieron la cabeza en una especie de casquete arquitectónico y a continuación un ortodoncista emprendió la tarea de implantarle dos colmillos de marfil en las encías. Las prótesis fueron luego modeladas con un torno eléctrico

que llenó cada rincón de la habitación de un humo espeso y negro de esmalte. Salió de allí con la dentadura completa, pero una vez más no tenía con qué pagarla. Había mantenido la boca cerrada y seguía esperando.

Una semana después todos sus apéndices habían sido liberados de los cabestrillos. Podía sentarse y moverse a su antojo. Dos días más tarde logró dar una vuelta vacilante alrededor de la cama. Al cabo de unos días le designaron a un terapeuta que le restaurase sus funciones de bípedo. Su alta del hospital era inminente.

El 26 de febrero abandonó por fin el hospital general de Baker con una muleta de aluminio a un costado y la promesa venidera de muchas facturas médicas compuestas de muchos dígitos. Salió renqueando de la sala de espera al frío aire matutino y se encaminó hacia el inmueble donde estaba su apartamento a través de la carretera que cruzaba la ciudad. La estancia en el hospital había llegado a su fin. Pero la convalecencia tan solo acababa de empezar.

Una semana después Wilbur volvía a casa tras un trayecto temprano hasta la ferretería a través de las calles grises y nevadas que llevaban al norte. Al rodear la fachada del edificio adyacente, avistó su patio justo a tiempo de presenciar a alguien en el último tramo de una mala caída desde lo alto de la escalera principal del paseo. Quienquiera que fuese, evidentemente había tropezado con la manguera del jardín de los gnomos, que estaba congelada y desplegada sobre el sendero como una serpiente pétrea. La figura se arrastraba ahora a gatas sobre el mantillo y escupía juramentos. Wilbur se precipitó a ayudarla. Recogió de la acera una muleta abollada y subió la escalera. El cuerpo caído se volteó y se estaba incorporando cuando Wilbur se percató de que aquel lisiado frágil y tembloroso no era otro que su vecino del piso de abajo. Wilbur no

dio crédito a sus ojos. El mismo chico a quien él recordaba como el jornalero rudo y correoso, con una constitución rayana en lo atlético, por alguna razón se había visto reducido a aquel estado lamentable, desmedrado, jadeante y esquelético, presa de temblores espasmódicos y casi sin fuerzas para mantenerse erguido. Era casi irreconocible. El único rasgo visible que permitió a Wilbur establecer su identidad fue el inconfundible ceño en la línea fruncida de la ceja continua. Lo demás había sido devastado. La chamarra azul de cuero que le colgaba de los omóplatos era la única prenda de todo su cuerpo que no parecía tener las costuras descosidas. La carraspera en su voz parecía más un bloque de motor averiado que traquetease en una caja de cartón que una natural función biológica; cada vez que tosía una red de venas se tensaba y abultaba por debajo de una piel transparente que envolvía firmemente los huesos. Wilbur advirtió que estaba enfermo y, lo más probable, famélico. Resolvió de inmediato hacer lo que pudiese.

A partir de aquel día, Wilbur Altemeyer habría de comentar por extenso, tanto en privado como en público, que aunque siempre tuvo a John por el más auténtico, capaz, fiable, inteligente y, a su propio modo extraño, carismático individuo que había tenido la buena fortuna de conocer personalmente, era innegable y maravillaba cómo al mismo tiempo le perseguía obstinadamente la más extraordinaria mala suerte imaginable. Como tantos lugareños han recalcado con énfasis y reiteradamente, John nació «con mala estrella», era «un caso de poca suerte de primer orden», «las desgracias le acosaban a mansalva», etc. No obstante las deficiencias obvias de estos tópicos, cualquiera que hubiese conocido a John personalmente tendría que reconocer, al menos parcialmente, la veracidad circunstancial de los mismos. Las

situaciones en las que, de un modo u otro, se veía envuelto por culpa de azares totalmente fuera de su control bastaban para testimoniar que era, en efecto, un ser marcado por una maldición vitalicia.

Piénsese en su estado la mañana en que él y Wilbur se conocieron: John no solamente parecía estar a las puertas de la muerte, sino que casi todos los aspectos de su situación económica y social estaban verdaderamente en ruinas. Las primeras facturas médicas que habrían de alcanzar una cifra superior a dieciséis mil dólares —colocándole, por consiguiente, en situación de bancarrota — habían empezado a llegar por correo la víspera. Además, en su ausencia se había acumulado en la puerta de entrada una pila de apremios jurídicos en los que se le notificaba que hacía casi tres meses que no pagaba el alquiler y que si no atendía inmediatamente las reclamaciones de la inmobiliaria no tardarían en desalojarle. Le habían cortado la electricidad la segunda semana de enero, y le habían prevenido de que habría de sucederle lo mismo con el gas a principios de la temporada.

Y aquello eran solo facturas. No hablemos de los gastos ordinarios. Es difícil tomarse en serio una cantidad de cinco cifras cuando uno se ha visto reducido a rebuscar entre montones de ropa sucia en busca de algunas monedas sueltas. Wilbur habría de descubrir más adelante que durante la primera semana de su convalecencia John se había alimentado con restos hallados en el contenedor de la panadería y rastrillando el suelo de la fuente pública en busca de calderilla milagrosa a las tres de la madrugada. Todas las noches comía carne de cerdo fría y judías directamente sacadas del cubo de la basura, y fumaba en la oscuridad cigarros baratos sin marca. Se había negado, por principio, a acudir a los centros de asistencia social. Su dilema económico no tenía nada que

ver con una invalidez o una negativa a trabajar. Pocas horas antes, la misma mañana de su primer encuentro con Wilbur, le habían rechazado su petición de empleo en el Dollar General por no haber podido presentar un certificado escolar del instituto. Casi todas las fábricas e industrias de la ciudad le habían respondido con un rotundo NO o, en el mejor de los casos, con la sugerencia de que volviera a presentarse cuando se hubiera recuperado de sus lesiones. Todos sus vagabundeos arriba y abajo de la carretera no habían dado fruto.

Y aun cuando sea cierto que John atravesaba por entonces una infrecuente y brutal racha de infortunios —tal vez la *quintaesencia* de todo lo que había apechugado la temporada anterior—, Wilbur todavía habría de descubrir, al cabo de nuevas pesquisas, que una gran parte de su pasado no había sido menos desastrosa. E incluso más aún, su desmedida propensión a la calamidad habría de ser adicionalmente ratificada en los meses venideros por el catastrófico final en que desembocarían sus esfuerzos actuales.

Algunos ejemplos:

— En su inicial intento de ayudarle, una de las primeras cosas que hizo Wilbur mientras John convalecía fue buscarle un trabajo que pudiese realizar tal como estaba. Uno de los conocidos de Wilbur era dueño de un rottweiler adulto que tenía tendencia a destrozar los muebles cuando le dejaban solo en casa por las tardes. Wilbur, por lo tanto, propuso la solución más obvia, y dos días más tarde John se cuidaba oficialmente del perro a tres dólares la hora. No era un gran comienzo profesional, pero al menos le reportaba suficiente para de momento poder llevarse alguna cosa a la boca.

Sin embargo, el giro de los acontecimientos volvió a dejarlo sin empleo en menos de una semana.

La tercera mañana de su nuevo empleo, dejó que el rottweiler saliera al césped a hacer sus necesidades. Él se quedó en el patio delantero —descalzo, fumando un cigarrillo, apoyado en su muleta— mientras el animal rastreaba en los arbustos de la parte trasera de la casa. John terminó su pitillo y tiró la colilla a la cuneta. Al volver hacia la puerta delantera, el perro surgió de pronto de entre una hilera de matas con el conejo doméstico de la familia de gnomos firmemente apresado entre sus fauces, despedazado y cadáver. John sucumbió al pánico. Liberó al conejo de la boca del perro, envió a este por las escaleras al piso de arriba y se encerró en su habitación. Le costó veinte minutos largos desprender la tierra de la piel del conejo bajo el grifo. A continuación, lo arrojó dentro del secador del pasillo y escuchó el golpeteo y la ruidosa rotación de la máquina durante otra media hora. El animal salió inflado como una bola a causa de la electricidad estática y en estado de *rigor mortis*. John no cesaba de maldecir al perro abochornado. Metió al conejo en una bolsa de papel de estraza. Bajó furtivamente la escalera, salió al patio, recorrió el seto hasta la madriguera del conejo y, lo más aprisa que pudo, depositó el cadáver en un rincón de la jaula. Pasó el resto del día escondido en su cuarto.

Cuando Wilbur volvió a casa esa tarde, tras un viaje al condado de Pott, se encontró al gnomo plantado junto a la conejera del patio, rascándose la cabeza con aire perplejo. Cuando Wilbur le preguntó cuál era el problema, el gnomo contestó que era la cosa más rara que había visto en su vida... Al parecer, dijo, en algún momento de aquella tarde el conejo —*el que había muerto hacía dos semanas a causa de una prolongada enfermedad*— había sido desenterrado del mantillo. Pero no solo habían exhumado su cuerpo, sino que alguien

se había tomado la molestia de limpiarlo y de volverlo a meter en la jaula. El gnomo estaba espantado. *Hay majaras rondando por ahí hoy día*, dijo.

Wilbur le dejó meditando el misterio y se dirigió a la escalera de incendios. A mitad de la ascensión John salió de pronto disparado por su ventana al rellano, con aspecto de hallarse en las postrimerías de un ataque de ansiedad de tres horas. No había tiempo para explicaciones, dijo. Quería perder de vista a aquel perro de inmediato. Wilbur asintió con desgana, y al día siguiente John estaba de nuevo en el paro.

— Dos semanas después encontró un trabajo en la cementera consistente en recoger y barrer los montículos dispersos de carbonilla que caían en el camino del buldócer. No había gran cosa que comentar al respecto. La segunda tarde, un veterano volcó una carretilla elevadora en una zanja de desagüe y echó la culpa a John del desaguisado: el «aprendiz». Cuando le llamaron para interrogarle, John, que en realidad había estado en el otro extremo de la obra en el momento del accidente y no sabía ni una palabra al respecto, no entendía de qué le estaba hablando su interrogador y ni siquiera sabía de qué le estaba acusando. Pero a los capataces no pareció importarles. Le despidieron de todos modos. Por aquel trabajo ni siquiera llegó a recibir una paga.

— En las vacaciones de Pascua le contrataron como recadero para el puesto de carne de cerdo que había en la esquina de la calle 7 y Poplar. Aunque por entonces apenas acababa de abandonar la muleta, su misión consistía en llevar tiras de cerdo en salsa a diversos lugares de la ciudad. La bicicleta de reparto era una Huffy destartalada de sillín alargado, con una bandera confederada

amarrada a las ruedas desajustadas. La averió dos veces. Al final de la tarde le mandaban fregar los accesorios de la freidora acumulados durante la jornada y que estaban apilados en la lúgubre trastienda, embadurnada de grasa. Detestaba al dueño desde su primer encuentro. La tensión crecía y llegó a su apogeo cuando John fue atropellado por alguien que se dio a la fuga una tarde en que estaba haciendo su ronda de reparto. En el momento en que tocó el pavimento se soltó la bolsa de plástico que llevaba en bandolera y vertió su contenido por toda la calzada. Se levantó a tiempo de ver a un Volkswagen azul huyendo de la escena. Giró a toda máquina en la curva antes de que John pudiera leer la matrícula. Volvió cojeando a la tienda y allí lo único que se le ocurrió al dueño fue lamentar a gritos la pérdida de la bici. La situación acabó con el derribo de una repisa de bebidas y un saco de harina de veinte kilos que voló por los aires. Perdió de nuevo el empleo.

Transcurrida otra semana, entró al servicio de la agencia de trabajo temporal de Westpoint. Esta agencia era, y sigue siendo, considerada como el peldaño laboral más bajo: a la mayoría de los temporeros se les garantiza poco más que empleos intermitentes de una sola jornada en las secciones de recogida de basura de cada fábrica del valle. Pero al menos asegura un trabajo más o menos seguro a quienes están en apuros, y en vista del dilema financiero de John, no tenía otra alternativa.

— Su primer encargo fue un contrato de dos días en la Mascota de Bob («mascota» en singular, por alguna razón), en el que su cometido consistía en llamar la atención del tráfico que circulaba por la 254, disfrazado de cocker spaniel de un metro ochenta y con un collar adornado de cintas azules. Era lo más degradante que había

hecho nunca. Devolvió sus avíos después de que un coche lleno de ratas de fábrica lo bombardeara con melones podridos. El total de horas trabajadas ascendía a dos.

— Los dos trabajos siguientes fueron de una sola jornada y no mucho mejores. En el primero se pasó una tarde retirando mierda de perro de las aceras con una azada de jardín. El segundo fue un paseo de cuatro horas recogiendo bolas de golf en el campo de prácticas de doscientos metros del club de campo, recogida que hacía yendo de un lado para otro a bordo de un carrito eléctrico de color lince rojo bajo una tormenta de noventa bolas lanzadas en su dirección por un hatajo de borrachos desde el punto de tiro. Ambas tareas se pagaban con el salario mínimo, fuertemente gravado, y tras restarle una comisión.

— A continuación le mandaron a las cloacas con el cometido de exterminar roedores. Consumió dos turnos de seis horas indescriptiblemente asquerosas aporreando ratas con un tubo de plomo bajo las calles del centro de Baker. Le administraron dos vacunas y luego le dieron un espeso buzo sanitario de plástico, una mordaza y gafas protectoras, el tubo, una linterna a pilas, un par de tijeras de podar y dos bolsas de lona. A continuación le hicieron bajar por la boca de una alcantarilla rodeada de arena en la calle Mayor para que se pasara la tarde chapaleando, mojado hasta los tobillos, en una corriente de gránulos fecales en compañía de una tropa de quince o veinte chicanos. Tal como Wilbur trató de decirle más tarde, *no* le despidieron por culpa de un bajo rendimiento. Todo lo contrario: como sus capturas habían más que triplicado las cuotas del salario básico y superado a las de todos los demás, era evidente que había puesto en peligro el método oblicuo que usaba la empresa

de cumplir sus obligaciones de emplear a trabajadores de las minorías al haber limpiado las cloacas *demasiado* aprisa, lo que necesariamente hubiera obligado al departamento a contratar a más chicanos en las oficinas. De haber sido claramente expuestos estos motivos, su despido podría haberse tomado como un cumplido (calificación excesiva), pero, por desgracia, el departamento había preferido hablar de «conducta insubordinada» o algo por el estilo. John nunca consiguió digerir este episodio.

— El siguiente trabajo batió todas las marcas de duración: tres semanas. Enviaron a John a un bazar abierto a todas horas en el extremo norte de la ciudad, con el cometido de pasar la fregona y aprovisionar las trastiendas durante el turno de noche. Le dieron un delantal azul manchado de mostaza, pantalones de poliéster, una pajarita y un tubo de gel de peluquería para el pelo. Aplicado, el gel se endurecía hasta formar un yelmo de plástico por el que corrían del flequillo a la nuca, en pequeñas trincheras, las marcas individuales de los dientes del peine. Por las mañanas, cuando llegaba a casa para lavarse, el gel terminaba por arrancarle de raíz mechones enteros que atascaban el desagüe de la ducha. Con el tiempo empezó a saltarse las duchas y se limitaba a desplomarse encima del colchón, vestido y sin quitarse el delantal sucio. El gel dejaba estampado en la almohada un anillo marrón que se iba oscureciendo gradualmente a medida que transcurrían las semanas. Su cara adquirió una tonalidad pastosa. A fuerza de no lavarlos, podía pasar la lengua por el esmalte de los dos dientes falsos delanteros y notar el sabor del último perrito caliente ingerido y el último humo intacto y conservado durante muchas horas. En su tiempo de asueto no tenía buena facha. La gente que le veía acercarse o percibía su tufo cruzaba a la otra acera. Pero en cuanto

se hallaba en sus dominios, en su elemento, protegido por puertas cerradas, era el señor. Se propasaba, barría de más, etiquetaba más precios y se mostraba más hábil que todo el resto de la plantilla. Abría a cuchillo las cajas de frutas, hacía bocadillos de paté de hígado con cebollas y fregaba los suelos con aquel mugriento delantal atado alrededor de su cintura como un torniquete sucio. Era el empleado más eficiente que la tienda hubiera soñado contratar, pero un sacrosanto terror para todo el mundo. Hacía lo que se le antojaba, cuando y donde quería, y no escuchaba a nadie. Se bebía todo el café y se zampaba toda la carne del almuerzo, hacía pausas para fumar en la calle y se llevaba a casa bolsas de comida por la mera satisfacción de que no le pidieran cuentas. Amenazaba a clientes y decidía sus propios horarios. Se las ingeniaba para que despidieran a todos los empleados que no le caían bien. Modificó el código indumentario. Llegaba al trabajo borracho. Reorganizó el almacén y eliminó gamas enteras de productos que sustituyó por otros que le complacían más. No asistía a las reuniones obligatorias del comercio y nunca fue interpelado al respecto. Consiguió que reemplazaran el hilo musical. Hizo un pedido de mobiliario nuevo para la sala de ventas a cargo de la empresa. Exigió un aumento. Se lo dieron. Descargaba un rosario de insultos contra las cajeras. Saboteó la máquina de salchichas hasta dejarla inservible. Encontró a un perro sin amo y le construyó una caseta en el trastero, y pasaba a la tienda las cuentas del veterinario y le daba de comer filetes de la sección de charcutería. Escupía en el suelo. Volcó una máquina de refrescos. Sustrajo fondos de la registradora, pisaba fuerte en la trastienda, injuriaba a los lugareños, se fumaba todos los habanos y horrorizaba a cualquiera que se cruzase en su camino. Finalmente fue despedido cuando el dueño telefoneó al

departamento de personal de Westpoint aduciendo que John era el peor flagelo que jamás había padecido su negocio...

Incluido este último capítulo, llevaba ya recibidas cuatro reprimendas oficiales por conducta inadecuada, pero su actitud no daba indicios de mejoría apreciable. La agencia estaba harta. No querían saber nada más de John. De ninguno de los nativos a los que habían contratado, lo cual significaba más de veinte años de emplear a los más nutridos contingentes de la escoria anglosajona, habían recibido mayor número de quejas. Clientes de la agencia tachaban a John de bestia impertinente, y ciudadanos al azar que no tenían nada que ver con todo aquello enviaban peticiones urgentes para su desalojo inmediato de la vecindad. La agencia había terminado con él. Redactaron una breve carta de despido que fue depositada expresamente en su buzón el 2 de junio. Ahora figuraba de por vida en la *lista negra* que obraba en poder de las oficinas de trabajo temporal de Baker.

Y las cosas se agriaban en torno a John no solo en el aspecto laboral, sino en el uso que hacía de sus horas cotidianas. Mientras que una persona normal entraba en una habitación, cerraba la puerta y se sentaba delante de una mesa sin la menor causa de alarma, John, si intentaba hacer lo mismo, inevitablemente se enganchaba la pernera del pantalón en el marco de la puerta, se la descosía desde el tobillo hasta la entrepierna, estropeaba la pared al tratar de soltarse, y cuando por último se sentaba, a la silla le fallaba de pronto una pata y se venía abajo. Wilbur lo había visto miles de veces. Habría podido hacer apuestas. Si una bandada de gaviotas tenía que cagar encima de un grupo de cincuenta individuos, todas las veces y sin excepción dicho individuo había de ser John. Nadie le superaba en el don infalible de estar en el mal sitio a la mala hora.

Pero esto es tan solo una forma de mirarlo. Con igual facilidad puede volverse el derecho del revés. Afirmar que era una calamidad viviente no era menos cierto que señalar que también era el sujeto más extraordinariamente eficiente en la historia del Pullman Valley. Wilbur lo entendió así desde el principio; hacía falta poseer la intuición del bakeriano común para no percibirlo. Cuanto mejor conocía a John, más inquebrantable era la convicción de Wilbur de que detrás de aquella fachada derruida había una mente capaz de prácticamente cualquier cosa. Su situación actual, creía Wilbur, era el simple fruto de un mal sesgo de las circunstancias.

No es realmente nada asombroso que los dos se llevaran tan bien. No obstante la evidente diferencia de edad, tenían de entrada varios puntos en común. Los dos vivían solos como solteros redomados. Los dos se habían criado en una granja. Los dos tenían una peregrina historia familiar. Ambos eran proscritos en Baker, y si bien Wilbur no le llegaba a John a la suela del zapato en cuanto a desgracias, los dos habían recibido suficientes palos a lo largo del tiempo como para compartir un cierto suelo en el mundo que los rodeaba. Al cabo de veinte minutos de haberse conocido, ya estaban debatiendo los pros y los contras de las incubadoras ventiladas por aire versus las empolladoras accionadas por baterías. Al cabo de una hora, antes de que Wilbur hubiera tenido tiempo de quitar los platos vacíos de encima de la mesa, ya había comenzado la primera sesión de balcón/corral.

Después, su rutina se convirtió rápidamente en una pauta. Todas las noches, cinco minutos después de que Wilbur regresara de sus rondas, John bajaba por la escalera de incendios y llamaba a su puerta. Wilbur abría, se giraba y se dirigía con movimientos pesados,

todavía vestido con su mono manchado y sus botas de trabajo con suelas de acero, a sacar una caja de cervezas de la nevera. A continuación pasaban al balcón. Se repantigaban en sus sillas de plástico, descansaban los pies en la barandilla de hierro negro y contemplaban la extensión arbolada de Geiger hacia el norte y el sur, y enfrente, en el centro, la sucia explanada de asfalto de la gasolinera. Por lo general iniciaban el coloquio con una serie de anécdotas granjeras que luego tendían a cuajar en prolijos debates acerca de las virtudes y méritos de las ponedoras domésticas versus las rojas de Rhode Island, las ovejas Cheviot versus las Corriedale, el rebaje de los piensos habituales con aceite de linaza versus la soja en los periodos de apareamiento. Esto podía derivar hacia nuevas disertaciones sobre el voltaje preferido de las bombillas durante la incubación, los medios eficaces de controlar las plagas y, en más de una ocasión, las técnicas tradicionales de esquilado. A veces llegaban a ventilarse una caja entera de cervezas mientras estaban empozados en estos diálogos preliminares. Una discusión maratoniana sobre el valor de los nidos colectivos comparados con las ringleras de compartimentos se prolongó durante tres veladas, para terminar, estancado sin remedio, ligeramente a favor de la preferencia de John por el sistema de hileras.

A Wilbur le admiraba la extensa familiaridad de John, casi enciclopédica, con las técnicas de reproducción y de cría a una edad tan precoz, y no digamos el hecho de que parecía ser completamente autodidacta y, aún más, no había pasado un solo día en una granja desde hacía casi cinco años. No parecía posible. Durante estas sesiones, el recuerdo que guardaba de los detalles más nimios de su infancia producía la impresión de que no había transcurrido ni una hora desde la última vez en que había visitado el gallinero. Poseía una memoria increíblemente sucinta, *demasiado* tal

vez para su propio bien. Su tiempo de reacción era inmediato. Era capaz de enjuiciar, evaluar y actuar en un solo movimiento fluido. Su inteligencia innata compensaba con creces su falta de instrucción académica. Se expresaba bien, tenía un ingenio rápido, no se mostraba contrito y, huelga decirlo, su fuerza de voluntad era inquebrantable. Wilbur envidiaba ardientemente todos estos rasgos.

Pero lo que habría de descubrir en su momento era que John no solo no había tenido nunca la ocasión de exhibir o utilizar en público la mayoría de estas cualidades, sino que no había tenido un solo amigo en toda su vida. Wilbur era el único que presenciaba atisbos de algo que nadie había visto. Lo cual se debía probablemente al hecho de que era la primera persona de la que John tenía la convicción tranquilizadora de que no buscaba su pellejo. Una vez que se instauró la confianza entre ellos, surgió una faceta de John que la mayoría de sus conciudadanos no sabía todavía que existiese: el lado que, por difícil de creer que pareciese, era capaz de una buena carcajada ocasional. En el curso de sus veladas adelantaba el cuerpo en su silla con una sonrisa de gato de Cheshire en su cara desaliñada y sin afeitar, con una lata de cerveza en una mano y agitando el brazo libre mientras refería uno de sus muchos relatos demenciales de un episodio lejano. A veces derribaba en pleno parlamento una pirámide de latas vacías que estaban a sus pies y proseguía, blandiendo su muleta para asestar un golpe a las cinco o seis latas que caían por el borde del balcón al patio. Él y Wilbur cacareaban, soltaban una carcajada y procuraban no pensar en el gnomo del piso de abajo, y luego continuaban en el mismo punto en que lo habían dejado, sin perderse una coma. En aquellos momentos John era como un recluso recién liberado del bloque de celdas número cinco. Pero aquellos instantes se producían solamente en presencia de Wilbur. Si alguna otra persona hubiese entrado en la

habitación, John se habría quedado agarrotado todo el tiempo. Wilbur, y posiblemente Dale Murphy, fueron las únicas personas en quienes John depositó su confianza.

Wilbur no sabe exactamente qué fue lo que le indujo a empezar a tomar notas. En aquel momento de su vida no llevaba, ni tenía intención de hacerlo, un diario personal. No era por naturaleza un pensador profundo. Su filosofía total de la vida —si así se podía llamar— estaba bien arraigada y lo seguiría estando.

Sin embargo, dos semanas después de conocer a John había comprado un cuaderno de anillas en el Dollar General y a la hora del café cada mañana había comenzado a redactar breves resúmenes de sus sesiones en el balcón. Seguramente solo se trataba de una inspiración transitoria. Indudablemente no se proponía demostrar nada, y clarísimamente nunca tuvo intención de enseñar sus notas a ningún extraño. Sabía perfectamente que si ojos indiscretos caían sobre sus memorias, *como suelen hacer los ojos indiscretos*, a él y a John los tomarían por granjeros retirados que se aburrían como ostras en los atardeceres de una ciudad provinciana. Para muchos será una lectura terriblemente tediosa. Y en definitiva, ¿a quién le importaba? Su iniciativa original de aplicar pluma al papel era fortuita y desprovista de toda finalidad seria; pero irónicamente debemos a ese mismo impulso la precisión de muchos pasajes de este relato.

Como ya se ha mencionado, casi ninguna de las notas de Wilbur habla de la crisis. Aparte de que las primeras páginas abundan en comentarios improvisados, muchos de ellos dispersos e incompletos, Wilbur era prácticamente analfabeto cuando empezó a escribir. Solo hacia la mitad de su tercer cuaderno se vuelve legible su escritura, e incluso entonces hay pasajes tan emborronados por chapones de tinta y manchas de café que casi nada está claro. Los pocos puntos

elucidados reflejan más la ilimitada admiración de Wilbur por John como personaje que cualesquiera conjeturas acerca de su origen. Las páginas inaugurales le califican de «un prodigio nacido en tiempos duros», «un caso claro de realeza en el exilio, la realeza siendo inherente y el exilio absoluto», etc. Hasta mucho más tarde Wilbur no se puso a recopilar información referente a la vida de John desde el principio. Las notas más tempranas a menudo rezan como sigue:

> 2 de mayo: 0.30-4.15, caja de Ribbon. Cornualles X, Roca.
> Despedido a los 15. Cojones.

Subrayado «cojones». Wilbur señaló en repetidas ocasiones que sería interesante conocer cómo se hubiera desenvuelto John en el otro lado de la colina, «en una carpa de circo distinta», según su expresión, lejos del Greene County. Estaba convencido de que a John le habían tocado malos naipes y realmente pertenecía a otro ámbito, derribando gigantes a montones. En su situación actual, era una encarnación del desaliento. Esto, con todo, nunca hubiera mermado en lo más mínimo el afecto que Wilbur le profesaba.

Es muy posible que John, por su parte, no hubiera podido sobrevivir a la estación sin la ayuda de Wilbur. Es casi seguro que le hubiesen desalojado, como poco. Después, sin domicilio, sin empleo y lisiado en una comunidad de ratas de trabajo incurables, se hubiera visto impelido al exilio. Wilbur, que lo sabía, se había ido a la ciudad una mañana, a hurtadillas, y había pagado una parte suficiente del alquiler de John para tener tranquilo al casero durante algún tiempo. Asimismo había empeñado dos televisores reparados y una radio de su patrimonio para comprar un cargamento de comestibles. John era reacio a las dádivas por naturaleza y se sintió aún más violento de lo que Wilbur había esperado. Pero este le dijo

que no se preocupara. Sabía que John estaba haciendo todo lo posible por encontrar un trabajo. Le aseguró que en su día saldarían las cuentas.

Tres meses más tarde se hallaban exactamente en la misma situación de aprieto. Poco antes del mediodía, la mañana en que a John le despidieron finalmente de la agencia de temporeros, Wilbur se despertó sobresaltado al oír una serie de estrépitos en la habitación de abajo. Se puso los pantalones lo más rápido que pudo y bajó corriendo la escalera para encontrar a John sentado en su colchón en medio de un cuarto que parecía recién asolado por un tifón. Había hecho estragos con su antigua muleta. Había roto la mayoría de los platos, practicado dos agujeros en la pared y rajado la tina de porcelana de la taza del retrete en el rincón. Ahora, desplomado en la cama, repetía que nunca funcionaba nada. Parecía un pordiosero en las últimas y sin un solo asidero en el mundo. Wilbur trató de sonsacarle una explicación.

Se animó al conocer lo que había sucedido. *Al diablo Westpoint*, dijo. Todo el mundo sabía que el trabajo temporal era para gnomos. Nadie que valiese algo había medrado con trabajos a salto de mata. Si John hubiese necesitado un empleo a tiempo completo tenía que haberlo dicho. *No te preocupes*, le tranquilizó Wilbur, olvidándose momentáneamente de todo lo que había presenciado en los últimos meses: de los esfuerzos frustrados de John, desde la tienda de alimentación hasta la de mascotas, desde la cementera hasta el campo de golf. *No te preocupes*, le dijo, sin vacilación, sin alarma, sin pararse a pensar por un momento en las consecuencias potenciales de sus actos. *No te preocupes*, comprometiéndose, por consiguiente, a una obligación que le mantendría en ascuas durante semanas, maldiciendo luego su generosidad excesiva y preguntándose si su recomendación volvería a valer de algo en el

vertedero... *No te preocupes, hablaré con mi patrón esta misma noche*...

III
LOS RASTROJOS DEL MONTE

Como sucede en numerosas aberraciones provinciales, las confesiones en el lecho de muerte que se hacen en la región del maíz, al igual que las «comidas sobre ruedas»[1] y las campañas de caridad de Baker, son con frecuencia un producto del miedo al fuego del infierno que se contrae con la edad. Un creciente terror de verse arrojado al lago infernal por toda una vida de impenitente depravación inspira al palurdo la confesión estremecedora e interminable de malas acciones en el instante en que cae enfermo. Cada una de esas confesiones es una postrera tentativa de salvación y, en cuanto tal, a menudo contribuye a producir un entierro incómodamente hostil después. El hermano Dick, antes de expirar, confiesa que ha estado sodomizando a la esposa del primo Ed durante los pasados veinte años, y luego, en el último minuto, pide amablemente la comprensión y el perdón incondicional de Ed. Es un momento tenso para el primo Ed, ya que toda su capacidad de controlarse está sometida a una prueba suprema. Es aún más feo en el raro caso de que el hermano Dick recobre la plena salud por un milagro inesperado, con lo que se ve distanciado del primo Ed, objeto de público menosprecio general y, lo que es peor todavía, odiado y abandonado por la amante traicionada a la que ahora necesita más que nunca. Es un antiguo fenómeno —por lo menos en esta región— que, de compilarse siquiera en fragmentos o en su totalidad, constituiría el repertorio más lapidario de traición y perfidia de que se tiene constancia.

La tercera y última confesión agonizante que ha de mencionarse en esta crónica es una de las más notorias del Greene County y, por coincidencia, pertenece a nuestro propio vertedero. Veinte años

antes de que John Kaltenbrunner apareciera ante nuestras puertas, a un cartero jubilado llamado James Kopp le diagnosticaron cáncer terminal de cerebro y le dieron seis meses de vida. Resultó que no duró más de cuatro, pero el ministro baptista que le atendió en la cabecera de su lecho durante las horas postreras refirió que Kopp había dicho que realmente no importaba: habría necesitado por lo menos otro año para confesar cada delito que había cometido en el curso de su existencia. Se fue a la tumba sin haber recorrido apenas la mitad de su camino hacia la absolución, dejando a su espalda una crónica muy incriminatoria de delincuencia organizada y crímenes locales. Un relato parcial de sus confesiones fue luego filtrado al dominio público, por algún conducto que hasta hoy se desconoce, y llegó a la comunidad como un reguero de pólvora. Las revelaciones de Kopp causaron sensación de la noche a la mañana y representaron a la vez un desastre, y si bien suscitaron amargas protestas de libelo y calumnia desde todos los rincones del condado —tachando, por ende, a Kopp, con carácter póstumo, de fabulador patológico—, muchos personajes públicos nunca se repusieron del todo de las feroces insinuaciones que había vertido en sus horas postreras. Podrían haberle calificado de mentiroso compulsivo, pero era un mentiroso a quien todo el mundo en privado era proclive a dar crédito. Los acusados, a la par que negaban rotundamente su propia culpabilidad, concedieron suficiente veracidad a las alegaciones referentes a las personas de su entorno como para sugerir que las acusaciones lanzadas contra ellos mismos no iban nada descaminadas. Con independencia del unánime desprecio que despertaba la sola mención de su nombre, las confesiones de Kopp en su lecho de muerte empezaron a ser absorbidas como sagrada escritura, a expensas de casi todo el mundo en la ciudad. Los bakerianos comunes se regodearon con ellas. El alcalde era un

presunto pedófilo. Un cura católico se follaba a ovejas. Un juez de distrito estaba involucrado en tráfico de drogas. Dos maestros de escuela eran sodomitas vergonzantes..., etc. Parte o todo de esto podía haber sido cierto, pero sin duda nada de ello había sido destinado nunca a divulgación pública. Nadie se benefició de la tormenta de habladurías subsiguiente. Era vudú desenfrenado a la manera de Dakota del Sur, y cada quien llevaba su alfiler clavado en la espalda. La comunidad tardó tres o cuatro años en recuperarse, y algunos individuos, aún más; las revelaciones de Kopp le asociaban con todas las guaridas de lobos del condado.

Uno de sus testimonios más nefastos fue que había participado en el supuesto asesinato del doctor Bartholemew Katz, un pediatra local cuya desaparición inexplicada e irresuelta, más de treinta años antes, tuvo a la mayoría de los bakerianos completamente desconcertados. Según contaba la versión de Kopp, el doctor Katz, junto con otras figuras prominentes del lugar, colaboraba con una red de falsificadores. Tres miembros distintos habían cerrado un trato, pero Katz, tras una discusión acalorada con uno de sus cómplices, se había negado a cumplir su parte del pacto. A continuación se había apoderado de las principales imprentas y se había escondido, amenazando con delatar a sus socios si persistían en sus exigencias. Al cabo de algún tiempo, Kopp y dos secuaces fueron contratados para «resolver» el problema en silencio. Los tres hombres localizaron a Katz en cuarenta y ocho horas. Le apearon por la fuerza de su automóvil Lincoln en una carretera secundaria, lo mataron de un balazo y transportaron su cadáver al vertedero del Pullman Valley, que a la sazón se hallaba solamente en su tercera semana de construcción. Allí, con el consentimiento del primer director del vertedero, amortajaron el cuerpo con la arcilla compacta y el plástico denso que revestían el lecho de la excavación. El

entierro comenzó a medianoche. Para las ocho de la mañana siguiente no subsistían huellas de sus actividades. Quedaba solo el Lincoln del doctor Katz en una carretera secundaria, con una portezuela abierta que atestiguaba su desaparición. Las pesquisas resultantes no dieron ningún fruto.

Tres decenios más tarde, cuando Kopp confesó su papel en el crimen, apenas se habló de reabrir el caso. Por supuesto que causó una conmoción en la ciudad; parecía ofrecer una explicación plausible de un misterio inexplicado... Pero la mayoría de los lugareños, entretanto, estaba tan enfrascada con su porción de las revelaciones de Kopp que nadie tenía tiempo de investigar la acusación de que un cierto doctor, tantos años atrás, en una ocasión se había visto involucrado en un lío que no pudo manejar como debía. Era una historia vieja para entonces, y de todos modos, si las aseveraciones de Kopp eran ciertas, se pensaba que el doctor Katz probablemente se había llevado lo que se merecía. Nadie presionó para que se realizara una investigación posterior. Al igual que con el resto de las imputaciones de Kopp, despuntaba el temor de que en el momento en que se reabriera un caso, lo lógico iba a ser seguir con todos los demás. No había manera de afrontar una cabeza de la hidra sin enfrentarse con el monstruo entero, y el bakeriano común, armado, en un sentido figurativo, únicamente con palos y piedras, optó por escabullirse y consentir que el asunto pisoteara a la comunidad lo más aprisa e indoloramente posible. Que fue lo que ocurrió. Reputaciones personales y profesionales sufrieron un daño irreparable, pero nadie fue a la cárcel. Todo el mundo en la región lo agradeció. Al cabo de pocos años, las únicas huellas que perduraban de la revelación eran un puñado de malas compañías y una madeja de folclore y paranoia supersticiosos. En el caso del doctor Katz, se aceptaba comúnmente que su cadáver estaba sepultado en el fondo

del vertedero y que en ciertas noches de niebla y luz de luna, etc., se podía vislumbrar su aparición fantasmagórica vagando por los laberintos de podredumbre y escombros, murmurando lamentables súplicas de venganza. Se decía incluso que cada dos o tres semanas se atisbaba un orbe ectoplásmico que mostraba un parecido con su semblante sufriente en las llamas procedentes de la antorcha de metano de tres metros y medio en el extremo norte del solar. Y, para remate de todo, incluso ahora, casi sesenta años después del presunto asesinato, varios de nosotros, en más de una ocasión, habíamos oído habladurías de bar acerca de que John Kaltenbrunner habría sido la testaruda reencarnación del doctor Katz que regresaba a vengarse de la comunidad...

Otro retal de las hablillas de Baker que nunca será elucidado. Todas las respuestas se han esfumado. Hace ahora treinta y cinco años que murió el fundador del vertedero. Solo los más viejos de nuestra tropa alcanzan a recordar vagamente los días en que a los basureros de Baker los llamaban los «Hijos del doctor Katz», y en cuanto a este mismo, si está enterrado allí, lo está bajo una montaña de basura prensada tan ingente e impenetrable que ni el taladro más colosal del país llegaría a treinta metros de donde se encuentra su cadáver. Nadie de nosotros ha llegado a ver su espectro. La antorcha de metano en el extremo norte del solar ya no funciona. Y John Kaltenbrunner, si alguna vez fue la reencarnación de algo, es más probable que lo fuese del cabecilla de una banda montaraz de cuatreros que de un doctor en medicina.

El vertedero, tal como era el día de la llegada de John, hacía tiempo que se había transformado en el monumento de la ciudad más grande construido por manos humanas: una extensión de hectárea y media de desechos enterrados cuarenta y cinco metros por debajo

de la superficie de la tierra, y cuyas siete planicies impermeables, coronadas de arcilla, dominaban la carretera. Tres generaciones sucesivas de habitantes del Pullman Valley habían aportado a su circunferencia más del ochenta y cinco por ciento de sus detritus cotidianos (alrededor de kilo y medio por persona). Visto desde el aire, el vertedero tenía aspecto de un villorrio arrasado a resultas de una estrategia de tierra quemada. Una zanja de desagüe, de piedra caliza, que corría paralela a una valla de alambre de espino de más de tres metros y medio, rodeaba el perímetro del solar, en cuya base había apostados pozos de control de la contaminación. El camino abierto por una excavadora que iba desde la puerta principal, a lo largo de la primera rampa y de la explanada de cuarenta y cinco metros, hasta el último emplazamiento de vertidos era lo bastante ancho para que cupieran fácilmente, en toda su longitud, dos compresores juntos. Desde el punto más alto del solar, en el costado este, un monolito de dieciocho metros de alto y plano como el tablero de una mesa, se divisaba una vista panorámica de 360° de todo el Pullman Valley. El único punto de Baker que lo superaba en altura era la mina noreste de Ebony Steed.

El equipo de la empresa comprendía tres buldóceres de oruga, dos miniarados, dos camiones de basura de ocho ruedas, una excavadora, cuatro carretillas elevadoras y una pequeña flota de compresores verdes. La mayor parte de la maquinaria se encontraba en un mal estado permanente.

Había en nómina veintidós empleados a tiempo completo —casi todos éramos de edad mediana, corpulentos y perpetuamente derrengados—, a las órdenes de una criatura con un genio de mil diablos llamada Jeffrey Kuntsler. Trabajábamos un promedio de cuarenta y cinco horas por semana, y cobrábamos un salario base de doscientos diecisiete dólares netos. La mayoría llevábamos en la

empresa más de diez años. En aquel tiempo nos habían concedido una subida sustancial del sueldo, únicamente en cumplimiento de una normativa legal concebida para compensar la inflación. No estaba previsto otro aumento durante los seis años siguientes. Nuestra póliza de seguros establecía una franquicia de setecientos dólares, lo que significaba que muy fácilmente podíamos fundirnos dos semanas de paga de nuestro propio bolsillo, sin ninguna clase de compensación económica, en adquirir el certificado médico exigido por la empresa para justificar cualquier ausencia superior a dos jornadas. Lo cual ni siquiera afectaba a la contingencia de los accidentes de trabajo: varios años de acarrear muebles, herramientas de hierro oxidadas y escritorios que pesaban cuarenta y cinco kilos habían ocasionado numerosas hernias discales y hiatales y fracturas de huesos. Era un trabajo asqueroso, y todos los que lo habían realizado durante más de un año habían sufrido varios percances enervantes. Si alguien se lastimaba, a menudo le dejaban tan tirado como a John cuando tuvo su accidente en Sodderbrook. En nuestro caso, al menos nos servía de consuelo tener un trabajo al que volver una vez restablecidos. Dada la naturaleza del empleo, la póliza de seguros, al igual que el salario, era una engañifa. Hasta el vertedero de Pottville ofrecía condiciones laborales más humanas a sus empleados.

Pero, por supuesto, nunca habíamos *hecho* nada para remediarlo. De boquilla, sí, muchísimo; durante tanto tiempo como alcanzábamos a recordar íbamos al Whistlin' Dick o al Bloody Bucket al terminar la jornada y despotricábamos contra el hediondo Kuntsler, un hijo de perra que antes le hubiera cortado el pescuezo a su madre por una moneda de veinticinco centavos que mover un dedo para mejorar nuestra situación. Nos envalentonaba la decisión, tomada una y otra vez en las tabernas, de irrumpir en el vertedero a

la tarde siguiente y ajustarle las cuentas al bastardo de una vez por todas, dejándole sin dientes y sin conocimiento en el camino de grava. A veces nuestra determinación había subsistido hasta la siguiente tarde, mientras juntábamos arrestos para el crimen tomando un par de cafeteras y una ronda de Hank Jr. Pero al atardecer siempre ocurría lo mismo: estábamos en la explanada, congregados junto a la hilera de toneles de plástico y el viejo salía disparado de su oficina escupiendo amenazas de despido por holgazanear en el trabajo. Ante lo cual nos dispersábamos en todas direcciones. Quince minutos después estábamos faenando, demasiado avergonzados para cruzar las miradas. Y más tarde encontrábamos más excusas al respecto. Todas nuestras charlas habían quedado en agua de borrajas. La verdad era que Kuntsler era más fuerte que nosotros, y todos lo sabíamos. Nos alentaba simplemente la idea de que pudiéramos expulsarle. No teníamos nada mejor que hacer. Nuestras conspiraciones a deshoras atestiguaban nuestra incapacidad de conversar en un plano distinto que la conmiseración desmesurada. No habríamos sabido prescindir de ese consuelo.

Kuntsler, por su parte, era la quintaesencia de la escoria blanca dotada de una gran fortaleza, y tenía uno de los temperamentos más endemoniados que pueda existir bajo cualquier bandera de la cristiandad. Era un pez loro de cincuenta y seis años, de vieja cepa holandesa y estatura modesta —medía poco más de un metro sesenta—, con una cabeza calva y curtida por el viento, el septo nasal desviado, una frente surcada de arrugas, escoliosis en el hombro derecho y unas manos desproporcionadamente flacas. Para la gente de fuera, hubiera dado la impresión de que padecía un temblor corporal involuntario que iba empeorando con el tiempo: lo que había empezado siendo un ocasional tirón de los omóplatos se

había desplazado hacia arriba y convertido en un tic facial. Lo atribuían, en general, a una sobreabundancia de mal genio. Desde hacía veinte años tiranizaba a sus hordas desde un remolque alzado sobre una plataforma de hormigón a la izquierda de la entrada principal. A cualquier hora del día se le veía sentado detrás de su escritorio barnizado de negro, con un grueso habano en la boca y montañas de papeles amontonados en sillas a su alrededor. Una placa en la pared indicaba su nombre completo —Jeffrey Harker Kuntsler—, en letras doradas de caligrafía. Pero para todos nosotros era el *señor* Kuntsler; el *señor* Kuntsler, el logorreico palabrista a quien todos servíamos diligentemente en el tajo mientras colectivamente abrigábamos sueños de derrocarle y sepultarle en el olvido en nuestras sesiones de licor nocturnas; el *señor* Kuntsler, con su mal carácter y su pasado nebuloso, deambulando por el vertedero en pleno mediodía y apuntando con su índice huesudo hacia los operadores de las carretillas; el *señor* Kuntsler, con sus fotos de familia mohosas, que databan de un número indeterminado de años, colocadas de pie bajo la lámpara de su despacho a la vista de todos; el *señor* Kuntsler, con su tendencia a expresarse en haikus: *Murphy, ¡tú, mierda! ¡Tú, mierda, Murphy!*, siempre enunciando la conclusión de su frase y luego remontándose a su fuente. Wilbur insistía en que el viejo nunca se había sobrepuesto al hecho de que le rechazaran en el servicio militar y que permanecía encerrado en su despacho todo el día mirando viejas imágenes filmadas de la batalla de Stalingrado con el fin de prepararse para la llegada del segundo turno. Probablemente era cierto, aunque nadie estaba seguro del todo. Otros juraban que era infecundo, incluso posiblemente impotente, y que había concebido a su progenie legendaria inseminando artificialmente a su esposa, ya difunta, con un cuentagotas de los que se usan para rociar a los pavos mientras

se cocinan. Era otra explicación teóricamente plausible de su conducta. Fuera como fuese, su historia verídica continuará sin saberse, pero una cosa es segura: por la época en que esto sucedía, Jeffrey Kuntsler era sin lugar a dudas el más repulsivo ser humano que ninguno de nosotros hubiese conocido en toda su vida.

Todas las tardes, a la hora de la salida, invariablemente se precipitaba a la puerta de su oficina, con un acre tufo de tabaco barato y loción de afeitado, para proclamar que todos nosotros éramos el hatajo más grotesco de micos de este lado de los Apalaches. Agitaba las manos, las dejaba caer y cruzaba la grava con unas zancadas de rodillas tan flaqueantes que amenazaban con fallarle a cada paso. Era propenso a perpetrar ataques no anunciados y a dar puntapiés contra bidones de aluminio. Los viernes por la noche abría la puerta de su despacho y arrojaba con asco un saco de cheques al patio para que todo el mundo se ocupara del suyo. Se quedaba en el umbral un minuto, se cernía sobre nuestro grupo como un buitre escuálido y luego se giraba sobre los talones, entraba y el portazo casi arrancaba la puerta de sus goznes.

En cuanto a nosotros —los «Hijos del doctor Katz», los «Negros Verdes», los «Rastrojos de monte», los «Sultanes de la escoria», los «22 de Baker», siendo John el 23 (cifra de mal agüero)—, éramos hombres rotos, de historias accidentadas y un pasado laboral como empleados de funeraria, pinches de ultramarinos, jornaleros y cajeros de cabinas de peaje. Casi todos nos habíamos criado y educado en la comarca. A más de la mitad nos habían echado del instituto y los demás eran graduados de nivel bajo o titulares de un certificado de primaria. Uno de los nuestros, un tal Steven Curtis, había pasado enclaustrado en un sótano los primeros nueve años de

su vida —a lo Kaspar Hauser—, y su existencia solo llegó a conocimiento de la dirección de la escuela, en calidad de mudo no censado, cuando su padre murió de repente y las metodistas fueron a merodear por su casa con el propósito de valorar sus posesiones. Le sacaron del sótano, con la cara descarnada y pastosa, y le ingresaron en un centro escolar para retrasados mentales. Su educación duró siete años. La abandonó para trabajar en una fábrica de vidrio, y para entonces era supuestamente capaz de leer una señal de STOP.

Don Bailer no era mejor. Diez u once años antes de la llegada de John, Bailer había sido despedido de una fábrica de lino por haberse inscrito involuntariamente como negro en sus impresos de impuestos durante seis años seguidos. Cuando finalmente el fisco le pilló, la empresa fue severamente multada por perjurio. Los superiores de Bailer se negaron a aceptar sus afirmaciones de que no se había dado cuenta de la fechoría. Lo razonó explicando que como los «graciosos del turno de día» le habían llamado «negro» durante tanto tiempo, y como además «tampoco sabía leer muy bien», cuando llegó el momento de rellenar su declaración anual, no había cumplimentado la casilla correcta. La empresa le despidió y envió una solicitud a las oficinas de hacienda para que rectificase la declaración del impreso W-2, poniendo «afroamericano» en lugar de «negro», pensando eliminar así la confusión, aun cuando Bailer era tan anglosajón como el que más.

Había un auténtico licenciado universitario entre nosotros. Dale Murphy, conductor de trituradora, de cincuenta y dos años, había obtenido una licenciatura en horticultura en la Universidad de Virginia Occidental. Era el más listo de toda la tropa —lo que, preciso es admitir, no era decir mucho—, pero sus antecedentes de delincuente convicto limitaban seriamente sus oportunidades de

ascender a dondequiera que iba. Murphy tenía la cabeza muy embrollada a causa de las dos tandas que pasó en Vietnam como voluntario. A su regreso a Estados Unidos, se había visto envuelto en una pelea a cuchillo con dos borrachos en un callejón de Chicago. Cumplió veintisiete meses de condena en una penitenciaría de Illinois por homicidio en tercer grado, y otros seis posteriores por violar la libertad condicional. A pesar de su comportamiento dócil, casi bovino, Murphy tenía todos los cables cruzados. Había atravesado por varias épocas prolongadas de alcoholismo y estacionalmente le afligían recurrentes terrores nocturnos que le dejaban los nervios deshechos y la facultad de expresión anquilosada. Era, no obstante, el individuo más despierto, cuando no el más práctico, de todos nosotros.

Probablemente una de las historias más extrañas del grupo era la de Burt Clayton. El nacimiento y la crianza tragicómicos de Clayton están a la altura de los de John Kaltenbrunner. La madre biológica de Burt había sido una dependienta a tiempo parcial llamada Emily Fisk. Una tarde, embarazada de siete meses, la señorita Fisk sufrió de pronto un ataque epiléptico inesperado mientras cruzaba en automóvil un puente fluvial en Tennessee. Perdió el control del vehículo y saltó por encima de la barandilla a la corriente. Para cuando la patrulla de rescate se zambulló, la liberó del asiento del conductor y la sacó a la orilla, estaba muerta sin la menor esperanza de reanimación. Pero un cirujano de la comarca que estaba presente con el personal de la ambulancia optó por intentar en el penúltimo minuto una cesárea aparentemente insensata para salvar al nonato. Para estupefacción general, la intervención fue un éxito. Burt Clayton fue extraído prematuramente del útero de su madre muerta, y al cabo de dos meses de cuidados intensivos era un bebé totalmente sano. Los funcionarios no consiguieron localizar a su padre. La

madre era soltera y evidentemente tenía el firme propósito de educar sola a su hijo. Burt fue adoptado. Le crio una pareja de ancianos en una cabaña a la orilla de un río situada a cinco kilómetros de su insólito lugar de nacimiento. A lo largo de su vida siempre le tachaban de mentiroso cada vez que contaba las circunstancias que rodearon su llegada al mundo. Incluso cuando mostraba los pertinentes recortes de prensa, la gente le llamaba imbécil y sensacionalista. Pero no lo era.

Y luego estaba Dennis Stauffer, el indiscutible Dennis, seguramente el tipo más desastroso a quien teníamos el dudoso honor de reivindicar como nuestro. La historia completa de Dennis tardaría horas en contarse en detalle, pero un breve resumen de sus catorce años de abuso de sustancias ilícitas bastaría... Comenzó a consumir metanfetaminas a los diecisiete años. A los veinte estaba enganchadísimo, y no solo al *speed* o la coca, sino a todas y cada una de las sustancias y en la cantidad que uno quisiera ponerle delante. No había *nada* que Dennis no tomase. De promedio, permanecía despierto durante literalmente cinco días de la semana sin dormir ni una hora. Estaba delgado como un lápiz y tenía los ojos desorbitados de delirio a todo lo largo de su jornada de diecisiete horas como operador de una carretilla elevadora en una fábrica de pañales. Los fines de semana se iba a su apartamento diminuto en la 11 y Snyder, se chutaba en el cuarto de baño una papela de heroína de diez dólares, se bebía una docena de latas de cerveza, se tumbaba en la cama y se sumía en una especie de coma durante el resto de los días de asueto. El lunes por la mañana la sirena de la fábrica sonaba a las siete, hora en la que Dennis se levantaba, se metía una nueva cucharada de *speed* y volvía al trabajo para la siguiente tanda de cinco días insomne. Así vivió semana tras semana durante catorce años seguidos, sin la menor variación. Cabría alegar

que eran patrañas y sostener la imposibilidad médica de este régimen, pero cualquiera que hubiese trabajado con Dennis en esa época tendría que admitir que sí, que era cierto todo y cada una de las partes. Dennis tenía el cerebro más frito que una patata. Había conseguido drogarse hasta la dislexia. Su estupidez consustancial era probablemente lo único que le había salvado del suicidio. Había erradicado toda facultad de desesperarse. Al final le detuvieron por posesión múltiple. Al ingresar en una clínica de desintoxicación, le ataron de pies y manos al bastidor de la cama. El síndrome de abstinencia fue tan severo —al parecer el peor que se conoció en la clínica— que al cabo de tres días de incesantes convulsiones violentas, la tensión enorme le desgarró el estómago. Sobrevivió a la cura, pero en el curso del programa posterior de dos meses de convalecencia le dijeron que moriría si volvía a beber otra cerveza en su vida. A partir de entonces Dennis quedó rehabilitado y se aficionó al ciclismo. Su logro culminante como atleta había sido un tercer puesto en una carrera de cinco kilómetros (hubo cinco participantes), pero la ceremonia de entrega de premios tuvo un desenlace peculiar, pues cuando le entregaron el trofeo, en el último momento habían inscrito con letras de molde: DENNIS STUFFER.[2] A los treinta y cuatro años era el segundo empleado más joven del solar, aunque aparentaba sesenta años bien cumplidos.

Y así todos los demás de nuestro grupo. Los otros dieciocho empleados del vertedero no mencionados poseían biografías de diversa gravedad. De igual modo que un accidente lleva al siguiente, debería quedar claro que el vertedero era algo a lo que por lo general los hombres (no había mujeres) se veían empujados, o al que iban a parar, después de haber fracasado todas las demás alternativas. Como dice Curtis: era un hotel de último recurso, y sus

inquilinos merecían la estancia. El «negro verde» mediano ya ni siquiera se sentía especialmente desalentado en la vida. Estaba sencillamente acabado. Le quedaban pocas aspiraciones, si le quedaba alguna. El fracaso repetido le había machacado el tiempo suficiente para que la adquisición semanal de los elementos básicos de subsistencia representase un triunfo en sí mismo. Tal era la forma en que los escogía Kuntsler. Lo cual podría inducir a preguntarse cómo John se las había arreglado para pasar por allí inadvertido.

El primer pulso entre John y Kuntsler —que Wilbur había temido que muy bien hubiera podido estallar la primera noche— sufrió un retraso de casi tres semanas. Concedamos que ninguno de los dos dirigió al otro la palabra en todo ese tiempo; la calma preliminar venía motivada solo por una falta de trato. Sin embargo, considerando todo lo que podría haber ocurrido en el caso contrario, fue asombroso que no sucediera nada antes.

Después de contratar a John a instancias de Wilbur, Kuntsler permaneció encerrado en su remolque, como de costumbre, y solo salía para lo que llamábamos «pasar lista». Era el único momento de la tarde en que el viejo ocupaba el podio. El acto duraba unos dos o tres minutos, pero había habido veces en que se había prolongado hasta una hora. Todas las tardes, en cuanto habíamos salido de los vestuarios y formado una fila irregular en la explanada, él tomaba posición en la entrada de su porche abarrotado de objetos, realizaba un rápido recuento de cabezas y luego procedía a clamar a Júpiter y a abominar de nuestro pobre rendimiento. En aquellos instantes era como un poseso, el híbrido bastardo de un sargento de instrucción en duelo por la pérdida de un ser querido y un pastor pontificando de East Saint Louis. Casi todos nosotros hacía mucho que nos habíamos vuelto indiferentes a su tiranomanía. Kuntsler se comportaba así desde hacía años. Todos sus ataques cáusticos y sus diatribas excrementicias ya ni siquiera nos inmutaban. Pero John tardaría algún tiempo en asimilar la situación, y mucho más en adaptarse a ella. Exceptuando su breve entrevista inaugural, aquellos sermones al aire libre eran las únicas palabras que le había

oído hablar o escupir en las tres primeras semanas que llevaba trabajando con nosotros.

Al cabo de un minuto de pasar la lista, John, presa de pánico, se volvió de repente hacia Wilbur y le preguntó por qué nadie se movía de su sitio. Era evidente que el viejo estaba sufriendo un ataque, le había respondido. ¿Por qué no *hacemos nada*? Wilbur le había susurrado en respuesta que aquello era la pauta ordinaria; en todos los años que llevaba en la empresa ni una sola vez había visto a Kuntsler cambiar de talante. El viejo era tan él mismo como se podía ser. John había preguntado entonces, realmente preocupado, si padecía el baile de san Vito o algo parecido. Wilbur le dijo que cerrara el pico.

En aquel momento John apenas acababa de sobreponerse de la conmoción de la primera entrevista. Wilbur había intentado prevenirle de que el viejo era un enano majara del mundo subterráneo, que incendiaba libros y padecía un complejo de Napoleón sin precedentes. A lo cual John replicó que estaba seguro de haber conocido cosas peores. Pero no había conocido *nada* peor. Su encuentro inicial con Kuntsler había sido un desastre. Wilbur había entrado de puntillas en el despacho del remolque con John a su zaga y encontraron a Kuntsler estudiando alguna vaga discrepancia en sus cuadernos contables. El viejo había mantenido la mirada clavada en sus papelotes mientras Wilbur le presentaba nerviosamente a John como un fichaje garantizado para cualquier empresa, un trabajador duro, un joven aplicado y de carácter formal, etc. Cuando por fin concluyó, Kuntsler había alzado la vista brevemente a través de sus bifocales empañados para comentar que fuera quien fuese el tal John era todavía más feo que un judío recién salido de Treblinka. Wilbur se había apresurado a darle las gracias, afirmando que nunca habría de lamentar su decisión y acto seguido

salió del despacho a trompicones. Pero John se había quedado dentro, más atónito que otra cosa. Permaneció allí plantado con las manos en los costados y un surco en forma de Y excavado en la frente. Un instante después Kuntsler volvió a levantar la vista y le preguntó si esperaba instrucciones por escrito. Wilbur sacó de un tirón a John de la oficina antes de que pudiese contestar.

Al terminar el recuento de efectivos John estaba visiblemente trastornado, no tanto por la dicción ampulosa del viejo como por la seriedad mortal de su discurso. Por imposible que le pareciera, no hablaba en absoluto en broma. Era para vomitar, dijo John. Era *increíble*. Wilbur le dijo que no se preocupara, lo que acababa de presenciar era malo, desde luego, pero era lo máximo que vería de Kuntsler cada tarde. Y así había sido.

Kuntsler permaneció encerrado en su despacho durante las primeras semanas que John pasó en el solar. Por regla general, el viejo no tenía idea de lo que estábamos haciendo los demás empleados. No solo no había efectuado una sola ronda en toda su vida, sino que nunca había posado la mirada en la mayoría de los recorridos que él fijaba, y mucho menos comentado sus particularidades con ninguno de sus subordinados. Estaba completamente a oscuras en lo referente a la índole práctica de nuestra tarea. No tenía soplones. Le detestaban todos. Podríamos haber estado disparando pistolas desde el techo de los camiones, delante de sus mismas narices y nadie le habría dicho una palabra. No tenía un confidente. Pero tampoco lo necesitaba. Nos conocía lo bastante bien para no inquietarse lo más mínimo. Su temor de disensiones en las filas era inexistente. Su inquietud por la moral del grupo era nula. No había perdido nunca un minuto de sueño por miedo a una emboscada. No le hacía falta o no quería saber nada de

nuestras actividades nocturnas; con tal de no recibir quejas y de que el trabajo se hiciese, no podría haberle importado menos de lo que le importaba. Su política consistía simplemente en mantenernos en el agujero donde nos había encontrado; y en asegurarse de enviar a todos los candidatos que aún no hubieran fracasado a un tiro de piedra desde el final de la fila. Esa había sido su primera impresión de John: un poco joven, quizá, pero bien baqueteado; no representa amenaza; dáselo a Bailer y a Murphy. A continuación había reanudado su trabajo y no pensaba en John más que en la medida en que figuraba en la columna correspondiente de la nómina.

Nuestra primera impresión había sido notablemente distinta. Si la memoria colectiva no se engaña, la primera noche que nos fijamos en John, siete u ocho estábamos ya vestidos y esperando en el patio a que llegaran los otros. El sol se cernía intenso sobre el valle. Por el solar se extendía el chirrido de las excavadoras. Clayton estaba incordiando a un funcionario inspector que se dirigía hacia el compresor número cuatro con una hoja de inspección. Curtis azuzaba a la perra del patio con la punta de una fregona. Murphy estaba recostado contra un poste, con los brazos cruzados. Todos los demás estaban dentro.

La puerta principal del vertedero se ve claramente desde la 254. Desde donde estábamos aquella tarde veíamos quinientos metros en los dos sentidos de la carretera, más allá del paso elevado con sus accesos sembrados de desechos. Divisábamos a los rezagados mucho antes de que llegaran a la pequeña rampa de salida a Donnerville Road y de allí directamente al vertedero. En algún momento alguno de nosotros comentó que llegaba Wilbur, pues en aquella época el viejo Ford de Wilbur era fácilmente identificable a

una gran distancia. Curtis murmuró algo críptico y siguió hostigando a la perra atada. Los demás esperamos.

Wilbur redujo la velocidad y se detuvo en el otro lado de Donnerville. Aunque nos separaba el tráfico escaso, vimos que transportaba a un pasajero. Cruzó las puertas y aparcó el coche al fondo de la explanada. Paró el motor. Se apeó. Del asiento del copiloto saltó un joven de aspecto esmirriado e indumentaria excéntrica. Lo primero en que reparamos fue en que llevaba separados los faldones del chaquetón azul, que le llegaban hasta los muslos y tenía remangadas las mangas, y en que tenía las manos firmemente embutidas en los bolsillos de unos pantalones de pintor llenos de grandes manchas de café. Debajo de la chamarra llevaba una camiseta de color hueso, lo que sumado a los zapatos negros ortopédicos le daba un aire general de piloto de bombardero abatido detrás de las líneas enemigas. Según se acercaba, con una altanería de hombros encorvados, lo último que apareció a la vista fue su cara. En su pelo, muy corto, se veían clapas, las marcas fortuitas de cortes practicados con un cuchillo de carne. Su piel era un testimonio vivo de malos tratos: cicatrices múltiples y chirlos recientes y antiguos. Y lo más perturbador eran, con diferencia, los ojos, aquel par de globos muy hundidos en sus cuencas y sobrevolados por el trazo de una ceja continua, que asaeteaban a nuestro grupo a medida que se iban aproximando. Cuando lo tuvimos directamente delante, nos los clavó encima. Muchos apartamos la mirada, como si de algún modo nos estuvieran valorando. Nos incomodaba mucho.

Los dos pasaron de largo, subieron la escalera en dirección a la oficina de Kuntsler y desaparecieron dentro mientras nos preguntábamos qué clase de degenerada escoria urbana nos había traído Wilbur. Supusimos que no tardaríamos en saberlo.

Y así fue. Inmediatamente.

Después de las rondas de esa noche Bailer vino de la quinta ruta con una noticia alarmante: el chico nuevo, el que había reclutado Wilbur —el que llevaba un corte de pelo raro—, había *más* que cumplido su faena esa tarde; hasta tal punto que, desde el momento en que se subió al camión, con Murphy al volante y Bailer al costado, había dado muestras de poseer el fervor y la rapidez de un profesional avezado. Había rebajado en menos de diez minutos la velocidad del propio Bailer, un veterano más que bregado que llevaba doce años en la empresa. Murphy observaba, por el espejo retrovisor durante cada parada por el tercio septentrional del valle, a Bailer recogiendo a la izquierda y a Kaltenbrunner a la derecha, cada cual su montón, ida y vuelta. Pero a mitad del recorrido John terminaba sus montones de la hilera, lanzaba cada bolsa dentro del volquete, cruzaba la calzada y recogía lo que correspondía a Bailer sin hacer comentario. Bailer estaba furioso. Al principio elogió la eficacia de John, pero no pudo evitar sentirse un tanto incómodo, casi vejado por el ninguneo implacable al que se había visto expuesto a lo largo de seis horas. John no le había dirigido la palabra en toda la noche. Había permanecido silencioso durante todo el recorrido. Había cumplido su tarea sigilosamente, con el peto grande encima de sus ropas raídas de calle y la capucha para todos los climas enrollada mediante un fuerte nudo. Saltaba al suelo en cada parada, tiraba sacos de basura en el volquete de la compresora, de dos en dos y a veces de tres en tres, y luego corría en busca del cargamento siguiente antes de que Murphy pudiese alcanzarle. Él solo levantaba muebles pesados que hubieran necesitado, para desplazarlos, un par de los mejores miembros de otros equipos. No titubeaba si una bolsa se rompía y desparramaba una pizza enmohecida y cristales por el suelo; recogía los desechos y

los acarreaba con un solo y ágil movimiento. Los tres habían recorrido el norte a lo largo de las paredes del valle, subido y bajado Barrow Creek hasta el barrio de cabañas de Sparrow's Height. En un momento dado Bailer había pedido amablemente que John le enseñara una de sus capturas antes de tirarla dentro del volquete. Era un trofeo de un torneo de bolos o alguna placa conmemorativa que a Bailer le había gustado nada más verla. Le había preguntado a John si deseaba quedársela él, y John había respondido con un ademán cortante y un áspero *no*. Bailer había depositado la placa en el asiento delantero contiguo al de Murphy, y lamentó haber preguntado.

El otro intercambio de cualquier especie que se había producido entre ambos fue cuando un bóxer furioso salió de un patio de la 4 Este y los embistió con ánimo homicida. Al divisar al perro, Bailer dejó caer su cargamento y corrió a refugiarse en un arbusto. Pero John no se movió de donde estaba. Posó sus bolsas en silencio, adoptó una postura de judo —un pie adelantado y el otro recogido para golpear— y, en el momento exacto, descargó una patada de perfecta trayectoria sesgada contra el hocico. El bóxer había vuelto a su patio lanzando alaridos y a un trote cuadripléjico. John se volvió entonces y prosiguió su trabajo como si nada hubiera ocurrido. Cuando Bailer abandonó finalmente su parapeto y se encaminó cauteloso hacia la puerta, encontró a John ya montado en el vehículo y aguardando impaciente su regreso.

Bailer nunca había visto nada parecido. Estaba personalmente avergonzado y se sentía extrañamente engañado por todos nosotros. Sentados ante una mesa triple del Dick, le escuchábamos perorar sobre el asunto. Aunque su relato parecía interesante, tuvimos que suponer que se trataba simplemente de otra batallita de Bailer, nada nuevo. Bailer tenía un don bien conocido de adornar sus

historias: en una ocasión afirmó que había apuntado y matado a una marmota —*le disparé directamente entre los ojos*— a una distancia de quinientos metros (cinco campos de fútbol) con un rifle del 22 sin visor. Cuando contaba una de sus fábulas, nos recostábamos para disfrutar del espectáculo. Lo supiera o no, nadie les concedía mucho crédito. Aquella noche concreta no había motivo para que le creyéramos. Pero por alguna razón esta vez era distinto. Nadie sabía exactamente el cómo ni el porqué, pero había algo fuera de su sitio. En primer lugar, no era nada habitual oír a Bailer contar una historia en que quedaba desairado. Y era innegable su aspecto *aplastado*. Resultaba extraño. Batallita o no, Bailer nos dejó pensativos.

Para mediados de la semana siguiente todas las dudas al respecto habían quedado disipadas. La noche del miércoles Burt Clayton aparcó en la explanada el volquete en el que viajaban Kaltenbrunner e Irwin. Habían terminado la segunda ruta —el circuito industrial del suroeste, probablemente la más desagradable— con un adelanto de más de una hora. John había realizado ya por lo menos una vez el itinerario completo de cada ruta, lo que significaba que había trabajado personalmente al lado de casi todos los empleados de la empresa, con la excepción de los operadores de maquinaria pesada. Le habíamos visto en plena faena. Le habíamos visto en acción. Nadie llamaba ya cuentista a Bailer. Este farfullaba como el bufón de la corte un montón de: «Ya os lo dije».

Había sentimientos encontrados con respecto a John como nueva adquisición de la plantilla. Por una parte, los chóferes formaban cola temprano con la esperanza de que los emparejasen con él para la noche, para de este modo llegar a las tabernas a tiempo de aprovechar el último tramo de la hora en que una consumición era gratuita. Lo único que tenían que hacer era conducir más rápido y

volver más pronto. No tenían que tratar con él directamente. Para los basureros era diferente. Aunque todo el mundo convenía en que John trabajaba más aprisa y era más eficiente que cualquier espalda verde que hubiéramos conocido, los que tenían que faenar codo con codo con él eran unánimes en sostener que el tenso y odioso silencio de John tornaba insufriblemente largo el turno de seis horas.

Sus primeras semanas en la empresa parecieron ser más el reverdecer de un conocimiento anterior que una instrucción obligatoria. John se adaptaba muy rápidamente, como había hecho en las cloacas y en el bazar un mes antes. Nunca habíamos visto a nadie tan ferozmente motivado. Varios de nosotros abordamos a Wilbur para preguntarle cuál era el problema. ¿Había perdido a toda su familia en una colisión múltiple de coches? ¿Tenía desavenencias conyugales? ¿Problemas de drogas? ¿Estaba en libertad condicional? Tenía que haber alguna explicación. Desde el espejo retrovisor de los camiones John parecía aplacar una vitalicia avidez de sangre con unas cuantas bolsas de basura. Evidentemente se la tenía *jurada* a alguien o a algo, y no estábamos totalmente seguros de que ese algo no fuésemos nosotros. Casi esperábamos que *cascara* en una de las rondas y que se apoderase de un camión para una loca sesión de recogida. Ponía a todo el mundo nerviosísimo.

Cuando el camión tomaba una curva cerrada, John se colgaba del raíl de arriba y suspendía las piernas en el aire. Se apeaba en el instante exacto de desaceleración para trotar hasta el montón siguiente antes de que el vehículo se hubiese detenido por completo. Tardaba no más de seis segundos de promedio en cargar cinco bolsas de una pila situada enfrente del volquete, y diez segundos si estaba al lado de la cabina. Si topaba con muebles o electrodomésticos pesados, no esperaba a que un compañero le ayudase a cargarlo; antes bien, despedazaba el objeto y lo

transportaba por piezas, o lo arrastraba hasta el volquete mediante una estruendosa serie de volteretas. Cuando patrullábamos por mercados agrícolas, ranchos de ganado y tiendas de comida rápida, a menudo hundía sin quejarse los brazos hasta los codos en las masas de cartílagos que a nosotros nos producían arcadas. En el hospital se echaba a la espalda sin titubear sacos de poliuretano llenos de prepucios y tumores amputados. Ni siquiera le arredraban las bolsas de doble forro de las carnicerías. Era como si ya hubiera visto todo aquello. Aguantaba en el estribo las tormentas de la madrugada y al final de la noche aparecía empapado hasta los huesos como todos los demás, pero de alguna manera él presentaba un aspecto revitalizado. Se le veía en la cara, no solo a la hora del cierre, sino a lo largo de las rondas. Tenía la frente arrugada como una pata de gallina mientras escudriñaba el horizonte desde el camión en marcha en busca de signos de actividad. Mantenía los ojos abiertos de par en par y lo detectaba todo, los buzones de correo que desfilaban a ambos lados de la calzada. La rápida sucesión de puertas del vecindario. Divisaba al pasar pícnics familiares y reuniones de clase, huestes de cazadores asestando un culatazo a faisanes en los campos, grupos de camioneros apiñados en la gasolinera, fochas y marmotas en las cunetas, y así sucesivamente... Veía pasar todo esto y luego se apeaba para lanzar al volquete otra tanda de sacos fuertemente amarrados: doce paradas hacían una calle, diez calles un vecindario, cuatro vecindarios una ruta, una ruta una noche, cinco noches una semana (un estilo de vida, una forma de muerte).

De regreso al balcón, Wilbur y él reanudaban sus sesiones nocturnas. Sentados al lado, con sus monos sanitarios de tremedal-escoria, sus coloquios poco a poco derivaron desde las dietas a base de pulpa de remolacha para la oveja ordinaria hasta las posibles

averías de las trituradoras y el carácter inviable de los circuitos de rutas existentes. Ahora estaban en el mismo gremio. Compartían el mismo elenco de personajes y las mismas tareas básicas. Comparaban sus botines nocturnos en una competición intensa. Diagnosticaban, sin llegar a conclusiones, la hipotética neurosis de Kuntsler. Hablaban también de todos nosotros: habríamos de descubrir mucho más tarde que, si bien John rara vez decía una palabra en nuestra presencia, había estado hurgando hasta el último detalle en nuestras biografías por mediación de Wilbur. Tenía un control sobre todo el mundo menos Kuntsler, y en adecuada correspondencia, Kuntsler ejercía un control sobre todos salvo John. Como polos opuestos, los dos se habían mantenido hasta entonces a distancia uno de otro: John estaba fuera haciendo sus rondas, y el viejo recluido con sus papelotes, ajeno a las divagaciones de sus empleados. En tales circunstancias, muy poca confrontación directa cabía esperar de ellos en los primeros tiempos.

Sin embargo, Wilbur sabía perfectamente que, le gustara o no, John estaba causando un impacto tremendo sobre sus compañeros de trabajo, hasta tal punto que a la larga tendría que llamar de un modo u otro la atención de Kuntsler. Quizá el propio John no era consciente de esto. El viejo patrón sin duda habría sido el último en saberlo. Solo lo sabía Wilbur, y tal vez uno o dos de los operadores que advertían el inconfundible aumento de productividad entre los basureros. Todos nos estábamos dejando la piel a tiras, a un ritmo enloquecedor, para que la comparación no nos dejase en evidencia. No habíamos visto a nadie precipitarse hacia la escoria con mayor ferocidad desde Dennis, el año anterior, cuando era un toxicómano, e incluso entonces a Dennis le espoleaban fármacos, la comida basura y una imbecilidad congénita. Hasta donde supiera todo el

mundo, John no era adicto a las drogas. Era un basurero juvenil, lo cual hacía tanto más insoportable el hecho de que nos superase.

Al final de la jornada llegábamos al Whistlin' Dick derrengados y jodidos hasta el borde de un colapso. Teníamos las articulaciones doloridas. Las espaldas encorvadas. La mayoría estábamos mudamente enfurecidos con Wilbur por habernos deparado una maldición semejante, aunque abordarle a ese respecto habría requerido confesar algo que nuestro orgullo no estaba todavía dispuesto a reconocer. En consecuencia, a Wilbur todo el mundo le hizo el vacío durante algún tiempo, un ninguneo que él captó de inmediato y que no consiguió sino aumentar su ya creciente sentimiento de pavor. No puede decirse que albergara un remordimiento concreto por haber recomendado a John para el trabajo, pero en definitiva, hasta que habían cerrado las puertas y los dos se habían ido a casa a disfrutar de la relativa seguridad de su balcón, no le era posible relajarse de verdad, a sabiendas de que al menos otra jornada había transcurrido sin un estallido total y absoluto.

Las rondas continuaban. Junio deparó una ola de calor agobiante que habría de provocar en la región una sequía de cuatro meses y medio. Antes de que terminara, el campo de golf se había convertido en una meseta calcinada, y peligraban las cosechas de otoño. El calor volvió especialmente rigurosas las condiciones de trabajo en nuestro ramo. Además de que había experimentado un gran aumento la producción comunitaria de basuras, la subida de temperatura aceleró el ritmo de putrefacción de los desechos orgánicos —restos de jardines y sobras de comida que representaban el quince por ciento de la recogida— y generó a la vez una fetidez espantosa y una tasa elevadísima de moscas.

Manipular con residuos de ganado se tornó casi inaguantable. Nuestros mal ventilados buzos de trabajo nos exponían a un riesgo de insolación. En el pasado, el calor estival lentificaba las rondas, pero ahora, con John en la plantilla, de repente advertimos que redoblábamos esfuerzos más allá de lo exigido —con qué fin, no estábamos muy seguros—, sudando como ganado en el suelo del matadero.

John no cejaba, aparentemente impermeable a todo. Se zampaba cajones enteros de pasta y se observaba engordar en el espejo. Sus músculos recobraron el antiguo tono. El pecho se le ensanchaba. Pronto empezó a llevarse a casa su parte del botín de las rondas: trofeos escolares del instituto y medallas del asilo, álbumes de recortes familiares y vestidos de novia, piezas viejas de rifles y cañas de pescar de las cabañas de las afueras, discos descartados y juguetes de niños, sartenes y cazuelas, pornografía de época, botellas de vino, letreros callejeros, cajas de pelucas y ropas de embarazada de los años del auge de natalidad, envueltas en periódicos amarillentos y bolas de naftalina. Todos nosotros teníamos en casa acopios semejantes, que ocupaban espacio y exigían severas limpiezas de primavera. Uno de los obvios y únicos incentivos de nuestra profesión era el hallazgo de una joya ocasional. John acumularía en pocos meses, entre otras cosas, una máquina de escribir antigua, de marca Corona, cuya venta le reportaría ciento cincuenta y cinco dólares en el mercadillo, dos televisores en color que funcionaban, un carcaj de lo que parecían ser genuinas flechas de caza de la tribu shawnee, un lote de tapacubos de Studebaker, una batidora en estado de uso y una bandera original secesionista de los confederados.

Las rondas de limpieza ciertamente ofrecían algunas ventajas materiales, aunque tan infrecuentes que había que rastrillar más de

un kilómetro de escoria para encontrarlas. Por lo demás, nuestra profesión era indiscutiblemente una de las más bajas de la escala, sobre todo en una ciudad como Baker, donde al «basurero» —el vocablo mismo suscitaba una instantánea reacción jocosa— se le concedía poco más respeto que a los chicanos que trabajaban en las alcantarillas. Por cada viuda que salía renqueando a la puerta de su casa para ofrecernos en un envoltorio un surtido de su última hornada de galletas, había por lo menos trescientos vecinos belicosos y dispuestos a mofarse y humillar a un negro verde hasta su lecho de muerte. Nos emboscaban en cada ronda. Siempre había sido así. Era parte del trabajo. No tenía sentido rebelarse, o así lo entendíamos. Éramos *animales sucios y había que tratarnos como tales*. Todas las noches nos lo decía Kuntsler. Lo oíamos en las tabernas, se lo oíamos decir a las ratas de fábrica, a los empleados de las pocilgas e incluso lo decíamos nosotros. Habíamos llegado a aceptarlo como algo sabido, y esa aceptación iba acompañaba de los mismos sentimientos de liberación y hasta de dicha que conoce todo aquel tan rejodido que no abriga ya ninguna esperanza.

A Curtis e Irwin les habían empapado un día de sangre de cerdo mientras limpiaban la fosa de residuos de Keller & Powell. Estaban trabajando al pie de una rampa de cargamento, llenando de vísceras una carretilla cuando dos matarifes del matadero se acercaron a la barandilla de arriba y les vertieron encima de la cabeza una cuba de ochenta kilos que contenía restos de la última matanza. Irwin había recibido la ráfaga directamente en la cara, mientras que a Curtis le habían ensuciado de cintura para abajo. Los dos habían salido de la rampa como víctimas de la explosión de un mortero. Curtis luego había irrumpido en el edificio principal buscando Dios sabe qué clase de desquite, y allí fue recibido por las burlas de una banda de

matarifes. Le ahuyentaron con un fuego cruzado de estiércol mientras le decían que volviera a la cola del pan, que era su sitio. Nunca fue admitida su queja formal.

En otra ocasión, la ruta quinta fue interinamente boicoteada por miedo a los disparos de francotiradores. Al atravesar Old Mill Road, en el norte, Murphy había sido el primero a quien le pincharon los neumáticos los gatillos nerviosos apostados en los árboles, en el lindero del coto de caza. Durante las dos semanas siguientes, una sarta de balazos había barrido el territorio, inmovilizando a tres trituradoras y sobresaltando a los conductores. Los asaltos habían remitido finalmente cuando se cerró la veda del ciervo, pero en las tabernas resonaban las promesas de reanudar el fuego en cuanto volvieran a abrirla. Afortunadamente no volvieron a disparar contra ningún camión, hecho que puede atribuirse directamente a una campaña emprendida después de que uno de los tiradores fuera detenido por abatir al perro del alcalde.

En otra ocasión, uno de los operarios, Christopher Dockett, un huraño excocinero de la marina mercante que ya no está con nosotros, fue acusado, juzgado, declarado culpable y sentenciado a veinte años por un delito que él no vio, nunca podría haber denunciado y ciertamente no cometió. Según la acusación, la noche del 30 de noviembre de 19..., Dockett se apeó de su camión, se acercó a la residencia de la señora Rita Sloane, forzó la puerta y la sodomizó con una cachiporra de madera, una imputación tan ridícula que no hubiera podido sostenerse en ningún otro tribunal del país. En Baker, no obstante, Dockett fue encarcelado inmediatamente, a pesar de las protestas de sus compañeros de trabajo que insistieron, incluso después de concluido el juicio, en que ninguno de ellos, y Dockett menos que nadie, tenía la más ligera idea de quién era la señora Sloane. Su dirección ni siquiera figuraba en la lista del

vertedero. Aun así, Dockett fue encarcelado sin más consideración. La esperanza para su caso resurgió cinco meses más tarde, cuando el marido de la señora Sloane regresó a Baker de un prolongado viaje al extranjero y descubrió a su mujer en la cama con otro hombre. En el curso de la vista de divorcio resultante, salió a relucir que la señora Sloane y su cómplice extraconyugal habían tenido una noche una disputa de la que ella salió magullada y maltrecha en todas las partes del cuerpo en que no debía. La pareja había ideado la tapadera de endosar los malos tratos a un basurero de paso, un ser tan mísero y patético como para que su testimonio, aun corroborado por múltiples testigos, fuera considerado inadmisible. Dockett acabó siendo excarcelado, pero no le ahorraron la afrenta de ser conminado a mantenerse en lo sucesivo lejos de la señora Sloane. No recibió ninguna indemnización por los perjuicios sufridos.

Estos tan solo eran incidentes aislados entre miles. Por regla general, a los rastrojos de monte se les consideraba una de las formas más inferiores de vida. Año tras año nos importunaban sin parar, nos tachaban de cretinos profundos y nos bombardeaban con estiércol desde los pasos elevados y los escaparates. Era algo archisabido que a cualquiera alicaído le bastaba con echarnos un vistazo para sentirse mucho más a gusto consigo mismo. Se nos consideraba sucios, desdeñables e indignos de otra cosa que no fuesen los constantes insultos. El único año en que nos invitaron a participar en la fiesta del trabajo, nuestra carroza había sufrido un saboteo irreparable en mitad de su construcción. Aunque los vándalos nunca fueron descubiertos, los lugareños sostenían que de no haberlo hecho otros, ellos mismos se hubieran apresurado a hacerlo. *El lugar del basurero era la basura, y punto*. Se esperaba de él que mantuviera la boca cerrada y que encajara los golpes. Para eso le pagaban. Le empleaba el municipio como receptáculo del

desprecio público. Tenía que estar y permanecer abajo, y no levantar un dedo cuando alguien le ponía en su sitio.

En ese sentido, se podía haber visto que John estaba condenado desde el principio. Wilbur debería haberlo sabido, y quizá lo sabía. A todos nos estremecía pensar en lo que ocurriría la primera noche en que algún vecino, como era inevitable, increpase a John. Con su temperamento explosivo, no era nada exagerado prever una represalia devastadora y drástica. Pero ¿cómo íbamos nosotros, o cualquier otro, a prepararle para ello, intentar suavizar el choque de un enfrentamiento ineluctable explicándole que cuando aconteciese más le valía, a él y a todos los involucrados, no hacer nada y dejarlo correr? ¿Cómo se podía justificar una política de resignación y complacencia, sobre todo con una persona como John Kaltenbrunner? Imposible. Habría sido más fácil decirle que le habían contratado por chiripa, que en el vertedero no tenía cabida gente con el espinazo todavía erguido y que si supiera lo que le convenía empacaría sus cosas y se iría antes de meterse en líos. Pero, desde luego, nadie sabía explicar esto tampoco, y de todas formas no serviría de nada. Así que no abrimos la boca. No dijimos ni pío. Y, como cabía esperar, el enfrentamiento inevitable terminó por producirse.

En realidad podría haber sido mucho peor. Más adelante, cuando todos empezamos a acudir a John en busca de respuestas, él nos alentaba a provocar a los agitadores por todos los medios necesarios. De haber topado con los primeros percances en una de las fábricas, su reacción habría sido tan desaforada que Kuntsler no habría tenido otra opción que despedirle sin más averiguaciones. Resultó que su primer motivo de reprimenda tuvo una gravedad mucho menor, en beneficio de todos.

El martes, 17 de junio, a John, Curtis y Murphy les asignaron la ruta cuarta: el distrito este. A las ocho menos cuarto de la noche se aproximaron al ala izquierda del inmueble de apartamentos Pineridge, en la calle Dowler. A mitad del recorrido, al estacionar en el bordillo de una casa de dos habitaciones, Murphy aplastó sin querer un triciclo de plástico que habían dejado en medio de la calzada. Curtis recogió del asfalto el juguete aplastado y lo lanzó al jardín, y a continuación se puso a vaciar el montón de basura que habían ido a recoger. Justo antes de que él y John hubieran terminado, una mujer obesa, de indudable ascendencia alemana, salió en tromba de una puerta, con una sartén en una mano y una escoba en la otra. Comenzó a vociferar acusaciones de estropicios perpetrados de una forma intencional y desalmada y a jurar que pagarían por haber aplastado «la bici de Robert». Estaba histérica. Brincaba sobre el césped con su vestido de saco estampado de margaritas, cubriendo casi tres metros de espacio ominoso con los utensilios que blandía en el aire. Arremetió contra Curtis y le asestó un sartenazo. Le llamó bastardo y juró que iba a matarle, y acto seguido empezó a invocar repetidamente a algún diablo que atendía por el nombre de Lester; Lester le daría su merecido, escupió. Ya verás cuando Lester se entere, *Lester te mataráá*... Persiguió a Curtis hasta la calzada, golpeó con la sartén el raíl del volquete y se volvió hacia John.

Si ella se hubiera conformado con Curtis, el incidente no habría ido a mayores. Hubiera vuelto furiosa al interior de la casa, hubiera espiado por la ventana unos minutos, seguramente habría telefoneado al vertedero o a Lester y luego le habría explicado a Robert que su triciclo ya no existía. Curtis, por su parte, se habría palpado el chichón de la cabeza durante todo el trayecto, pero al

final de la noche habría archivado el incidente junto con cientos de percances parecidos. Caso cerrado.

Pero no ocurrió tal cosa. Puesto que obviamente ella no quiso contentarse con Curtis, puesto que pensó que también el otro basurero tenía que catar sartén, a renglón seguido se produjo uno de los episodios más grotescos en los anales de la empresa:

Antes de que Murphy pudiese darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, John había arrebatado la escoba de la mano de la gorda y la había derribado sobre el césped de un contundente revés en el trasero. Ella se desplomó como un bisonte herido, gritando según caía. Cuando hizo una intentona de ponerse de pie, John le arreó otro escobazo y volvió a tumbar a la bola de grasa. Y una y otra vez, y otra más, sendero arriba. Antes de que Curtis pudiese detenerle, John, con su embestida, la estaba obligando a atravesar el césped y dirigirse a su casa. Consiguió cruzar la puerta y cerró de un portazo. John partió en dos la escoba y la arrojó a los arbustos. La mujer apareció gritando en la ventana. John regresó al camión. Recogió una bolsa de la acera y desparramó su contenido sobre el césped, con una mueca de ferocidad increíble. Curtis y Murphy estaban vengados. La gorda seguía gritando. John recogió la sartén y la tiró dentro de la trituradora. Ella se puso frenética. Él añadió el triciclo aplastado.

En aquel momento Curtis reaccionó y sugirió que salieran pitando de aquel vecindario. Se fueron.

Curtis y Murphy pasaron las tres horas siguientes con sudores fríos, conscientes de que al regresar al vertedero habría un follón de mil diablos. Murmuraron cosas para su fuero interno durante todo el trayecto, tratando de inventar una defensa viable en su descargo. No se les ocurrió ninguna. En cierto momento se cruzaron con un coche

patrulla en la 254, y medio esperaron que los policías los persiguieran, les diesen alcance y los escoltaran hasta la glorieta para una flagelación pública. La inquietud los sacó de sus casillas. Pero el coche patrulla siguió circulando normalmente con el flujo del tráfico, y en la medida en que Curtis pudo verlo, John no pestañeó ni siquiera cuando los vio pasar. No pareció reparar en ellos. Estaba tan sereno que Curtis y Murphy empezaron a dudar de sus propias impresiones.

John guardó silencio el resto de la ruta. Curtis quiso prevenirle de que sin duda Kuntsler se le echaría encima en cuanto volviesen al vertedero. A Curtis le pareció que John no se daba cuenta de lo que se le avecinaba. No tenía el más mínimo aire de preocupación. Curtis podría haberle puesto al corriente, pero al cabo de tres semanas en su puesto de trabajo nadie conocía todavía el modo de abordar a John. Así que se calló y no dijo nada. Terminaron la ronda en el silencio habitual.

Tal como preveían, cuando llegaron Kuntsler los aguardaba en el porche. Su silueta recortada contra el marco de la puerta parecía la de un general derrocado, cruzado de brazos y con aquellos tirones en los hombros. John se apeó y se encaminó hacia él antes de que el camión se hubiese detenido. Curtis le observó avanzar. Él y Murphy intercambiaron miradas nerviosas, escindidos entre la admiración por la calma de John y el alivio de que no los hubieran convocado a ellos. John subió las escaleras y desapareció dentro del remolque. Kuntsler cerró tras él de un portazo.

Durante los quince minutos siguientes, una cascada de palabrotas manó del despacho. A medida que llegaban al aparcamiento los equipos segundo, quinto y primero, todo el mundo se congregó en torno a Curtis y Murphy para enterarse de lo que había pasado.

Murphy nos informó al mismo tiempo que miraba nervioso la sombra de Kuntsler yendo de un lado a otro detrás de las cortinas corridas. Cuando por fin llegó Wilbur con el último grupo y se unió a nosotros, una vez informado, empezó a deambular en redondo por la explanada, con la cabeza hundida entre las manos. Murmuraba algo sobre que se había temido lo que estaba ocurriendo. Murmuraba un montón de cosas, pero nadie alcanzaba a escuchar una palabra de lo que decía con los gritos y el estruendo que llegaban de la oficina.

Kuntsler estaba frenético. John informó más tarde de que el viejo había llegado a arrancar el reloj de pared y lo había lanzado contra la puerta del armario, para acto seguido jurar que John iría a juicio para pagarle el destrozo. John había permanecido recostado de espaldas contra la pared, absteniéndose tranquilamente de todo comentario salvo las frases más mordaces, y reflexionando para sus adentros sobre lo mucho que el viejo le recordaba a Roy Mentzer.

Cuando la escena concluyó, sucedió algo extraño.

Las voces y el tumulto amainaron por fin. El silencio reinó en la explanada durante un par de minutos. Todos nosotros, incluso los operadores de la maquinaria, estábamos apiñados debajo de un cono de luz a unos veinte metros del remolque de Kuntsler. El único sonido que se oía era, de cuando en cuando, el remover de guijarros en la tierra bajo los pies movedizos de Wilbur. Los demás estábamos inmóviles a la espera del veredicto.

Al cabo de otro minuto se abrió la puerta del remolque. John salió. Bajó las escaleras y caminó hacia nosotros por el patio ensombrecido. Arriba, en el porche, Kuntsler volvió a cerrar de un portazo. El chirrido de los goznes reverberó en el solar. John siguió caminando hacia nosotros. Cuando entró en el círculo de luz, un

brillante resplandor amarillo iluminó sus facciones. Se detuvo. Nos recorrió uno por uno con una mirada rápida. Luego, para estupefacción de todos, hizo algo que solo Wilbur hubiera creído posible, algo tan singular e incomprensible que la mayoría de los presentes llegaríamos a dudar más adelante de nuestras facultades rememorativas.

Sonrió.

Fue así como empezó: hora de salida, el 17 de junio, en el aparcamiento principal del vertedero del Pullman Valley: Wilbur Altemeyer y John Kaltenbrunner se alejan caminando hacia una conversación largo tiempo prevista en el balcón, Jeffrey Kuntsler reconstruye su despacho en un estado de nervios rayano en la histeria, y nuestra tropa de veintiún hombres emprende un éxodo masivo hacia el Bloody Bucket para zambullirse de cabeza, hasta el amanecer, en una velada todavía venerada como una de las borracheras más demoledoras y cabezonas que hemos conocido. Fue una noche memorable para todos.

Por nuestro lado, para la última ronda nos caíamos de los taburetes y rebuznábamos como asnos. Imágenes de la vieja zorra marimacho de Pineridge perseguida a escobazos de una punta de césped a la otra, en una serie inestable de fallidos despegues, y después la rugiente invectiva de Kuntsler resonando en todo el aparcamiento con un celo cuasimisionero, nos provocaban largos accesos de hilaridad asfixiante. A las dos de la madrugada ofrecíamos un aspecto lamentable. Durante toda la noche imploramos a Murphy y a Curtis que narraran una y una otra vez el episodio. La versión de Murphy era claramente la mejor de las dos, ya que, sin embellecerlo con profusión excesiva, se las arreglaba para contar el suceso cada vez desde un ángulo distinto. Ansiábamos pormenores: ¿cuántas veces le había zurrado John la badana?; ¿qué trecho había desde la calle hasta la puerta delantera?; ¿en qué punto del cráneo de Curtis se había producido el impacto de la sartén?, ¿qué había sido del triciclo? Atendíamos a cada nuevo relato con tensa anticipación hasta que llegaba la tanda

de escobazos, y entonces prorrumpíamos en una barahúnda de pataleos contra el suelo que nos dejaban relinchando de risa.

Seis de nosotros concluimos la noche tiesos en nuestras camionetas, demasiado ebrios para conducir a casa. Y por la mañana, una resaca anunciaba la llegada de los escandinavos.

Pero a pesar de todas nuestras payasadas, brindis, fanfarronadas y proclamas de aquella noche, ninguno se percató de que el incidente de Pineridge —aquella explosión de John aparentemente desprovista de sentido— iba a tener repercusiones más duraderas para todos de lo que parecía a primera vista. Por extraño que parezca, se podría decir que este suceso fue *el* punto crítico de todos los acontecimientos venideros, si bien en aquel tiempo nadie lo hubiera sospechado. En aquel tiempo, sobre todo al principio, no pasaba de ser algo que merecía un brindis y suscitaba risas y comentarios en las sesiones alcohólicas. A todo el mundo le arrancaba carcajadas. Y en el transcurso de las semanas siguientes, a medida que la sequía arreciaba, las rondas nocturnas continuaban y el incidente se iba alejando, perduró como una anécdota divertidísima e inseparable de nuestras charlas después del trabajo.

Sin embargo, justo cuando, normalmente, debería haber empezado a remitir y a ser reemplazada por el acervo de anécdotas parecidas, sus efectos auténticos comenzaron a germinar y a perfilarse. Con ello, las cosas cobrarían un sesgo de cambio. Nuestra estima inicial por John como novedad en el trabajo y objeto de adoración evolucionaría, a partir de entonces, hacia una reverencia por él como un genuino ideal, del mismo modo que, simultáneamente, la alegría de nuestras reuniones de copas darían poco a poco paso a un aire de descontento que lo invadía todo. Ambas cosas se desarrollaron por su cuenta, y John sirvió de catalizador focal.

Fue Don Bailer quien más tarde afirmó que frecuentar las tabernas de Baker durante aquella sequía era como amontonarse en un establo recalentado para comer en los pesebres junto con los demás cerdos. En los meses de julio y agosto, las ratas de fábrica de toda la ciudad afluyeron a los bares en huestes numerosas y oprimidas. Se sentaban ante el mostrador y a lo largo de las paredes. Algunos se colocaban debajo de los ventiladores del techo, con los ojos firmemente cerrados, los sombreros en las manos, la cabeza hacia atrás y la cara pringada por su pelo aceitoso. Largos surcos de sudor les bañaban la espalda. Les rodaba sobre la nariz, resbalaba por la barba y caía desde el mentón al mostrador. Pululaban en torno de cestos de *pretzels* gratuitos, los comían a puñados, respirando por la boca entre mordisco y mordisco y escupiendo al suelo. El martilleo constante de música de cafetín crepitaba en el altavoz averiado del tocadiscos, pero nadie parecía darse cuenta o preocuparse en medio de aquel calor. Lo máximo a lo que los clientes aspiraban era a tomarse un martini antes de que el hielo se agotara y, de ser posible, agenciarse una de las mesas o sillas situadas junto a la puerta principal, donde uno podía orearse con la corriente de aire. Por lo demás, nada estaba claro. El clima había trastornado los sentidos de la gente. Todas las noches, a la hora de echar el cerrojo, casi todos los grupos estaban pegoteados de grasa y se mostraban desorientados e incoherentes. Los ánimos airados se desinflaban enseguida y las facultades generales estaban más confusas que nunca. Por todos estos motivos, el cambio que pronto empezamos a experimentar pasó ampliamente inadvertido durante más tiempo del que en otras circunstancias habría transcurrido.

El incidente de Pineridge fue nuestro tema principal de conversación durante las cuatro semanas siguientes. Nuestras reuniones de tasca se convirtieron en foros de jolgorio a cuenta de aquello. Pasábamos la mayor parte del tiempo sucumbiendo a accesos de risotadas más agudos que los de la primera noche. Bebíamos demasiado y estábamos llamando más de lo debido la atención de los parroquianos. Noche tras noche el licor corría, vociferábamos, crecía el griterío y el grupo entero era finalmente expulsado. Las etapas se sucedían de este modo. Al oír entusiasmadas hablillas sobre nuestras últimas reuniones, varios de los compañeros que no frecuentaban los bares decidieron ir a ver de qué iba todo aquel jaleo, de tal forma que nuestro número aumentó y pasamos de ser ocho o nueve a más de quince, y en ocasiones aún más. Nuestra triple mesa desbordaba, repleta, y muchos teníamos que quedarnos de pie o sentados de espaldas contra la pared. Muy pronto pasamos de ser el grupo de asiduos más apacible y discreto al más concurrido y desinhibido que frecuentó en años el Dick o el Bucket.

John y Wilbur no venían nunca. Habríamos de descubrir más tarde, en circunstancias más apremiantes, que los dos habían adquirido la costumbre de entrar en el vertedero después de la salida del trabajo y de proseguir sus conversaciones tangenciales en el patio, solos y lejos de todos nosotros. Nunca permanecían con nuestro grupo más allá de cinco minutos. John apenas había vuelto a poner el pie en el Dick desde que conoció a Wilbur, y este llevaba años sin participar en las reuniones tabernarias. Estaban mejor a solas, o creían estarlo. Se mantenían aparte.

Pero a pesar de su ausencia, John gravitaba sin saberlo sobre cada reunión nuestra como una nube de tormenta aproximándose. Aunque, de nuevo, su influjo sobre los compañeros había sido evidente desde mucho antes de que se abatiera la sequía, hasta el

incidente de Pineridge no nos dimos cuenta de que el buen concepto que teníamos de él se había transformado en reverente culto. Antes se le consideraba una maldición y un fardo. Era comprensible que en su presencia todos nos juzgáramos deficientes. Pero ahora que su imagen empuñaba las armas en lo que interpretábamos la defensa de Curtis —pues Curtis era un compañero a quien, como a todos los demás, John había dispensado poca o ninguna hospitalidad—, era súbitamente admitido *in absentia*; seguía siendo un extraño todavía, un residente marginal quizá, el hombre inaccesible sin duda, pero ahora era *uno de los nuestros*, lo supiera él o no. Se había vuelto un rastrojo. Sin pretenderlo, inadvertidamente había sellado su destino de número veintitrés; pero como era por lo general inasequible, primero tendría que convertirse en una *idea*, una mascota por excelencia, un agente de venganza —todo ello fundado, por supuesto, en lo poco que teníamos—, antes de materializarse por derecho propio en un individuo real, imperfecto y, con todo, notable.

Para empezar, emprendimos experimentos al estilo del recorta-y-pega, ensueños saturados de bourbon y Schlitz que atribuían a nuestros conciudadanos más odiosos el papel menos airoso en el incidente de Pineridge. Tratábamos de imaginar, por ejemplo, en qué podría haber diferido el resultado de haber estado John entre nosotros cuando Irwin fue agredido por el marido de la secretaria de la fábrica de muebles por haber metido en la trituradora accidentalmente el cochecito del niño (vacío). Sustituíamos la escoba de la mujer gorda por una llave inglesa, y a ella misma por conductores de diversas máquinas y por gnomos del barrio este, la casa por silos y trasteros, etc. Repasábamos el censo de población completo y situábamos a todo el mundo en aprietos cada vez más humillantes. Nos turnábamos en reemplazar a A por B, poniendo a C

a merced de K para ejercer un efecto de conjunto sobre X. Hacíamos un refrito de años de incidentes y de historias en busca de material suplementario. Nadie que alguna vez se hubiera cruzado en nuestro camino salió indemne. Todos eran machacados, azotados y llevados al tajo por John Kaltenbrunner enarbolando la guadaña. Y a medida que progresaban los guiones urdidos, nos ganó el impulso de superarnos mutuamente en grado de depravación. Muy pronto la imaginería se volvió tan gráfica y demente que de habernos escuchado alguien tan solo una noche, podría habernos desollado vivos y cocido en agua hirviendo por conspiradores.

Pero si bien, al principio, tan solo nos proponíamos soltar unas buenas carcajadas con todo aquel delirio surrealista, en el plazo de unas pocas semanas habríamos de descubrir que, al dirigir una mirada penetrante sobre cada agravio y cada abuso que en el pasado nos habían infligido —todo ello con el propósito de obtener más material—, estábamos exhumando varios recuerdos dolorosamente aciagos a lo largo de los años, recuerdos de haber sido pateados, golpeados, escupidos, insultados, bombardeados con comida podrida, vísceras, vómito y orina, de haber sido abofeteados, mancillados por cada epíteto ofensivo, perseguidos, mordidos, cabezaturcados y hasta objeto de disparos. Nuestras ensoñaciones diurnas se transformaron en un recordatorio continuo de que nos tenían por la ralea más ínfima de alimañas de estanque desde hacía más tiempo del que nadie recordaba. Nos habíamos vuelto insensibles a ese trato. Por eso el incidente de Pineridge, en su calidad de acto de represalia, nos había parecido a todos una bengala en la oscuridad.

Pero tampoco habíamos ido tan lejos como para ser incapaces de apreciar la gracia de aquel suceso. Al contrario, conforme pasaban las semanas era cada vez más evidente que llevábamos años

esperando ese tipo de cosas para troncharnos de risa. Había habido en nuestras vidas un agujero por el cual nos estábamos habituando a considerar que toda aquella situación ya estaba escrita. Pineridge había sacado a la luz aquel hoyo, lo que tuvo por resultado que, entre nosotros, nuestra conciencia colectiva empezara a tironear el impulso de recrear el episodio. A partir de este punto, las visiones que iban desde arrojar el contenido de cubos de aluminio de ciento cincuenta litros a través de ventanas saledizas hasta irrumpir en tropel en fábricas —nosotros mismos, por voluntad propia, ya no por conducto de un agente vicario— nos atraían como morbosas invitaciones a la obscenidad.

Probablemente el primer grupo exterior que advirtió un cambio en nuestra conducta fue la clientela del Dick y del Bucket. Aunque todos los asiduos coincidían en que estábamos actuando de una manera desacostumbrada desde hacía unas semanas, hasta principios de julio no comenzaron a notar que nos había afectado algo más que la ola de calor. Ninguno de nosotros sabía al principio qué partido sacarle. Siempre habíamos sido la dócil tribu de incautos del vertedero; un grupo callado y más viejo, que rara vez reaccionaba ante la provocación directa y que siempre estaba entre los primeros que salían del bar por la puerta trasera si estallaba una reyerta. Así había sido desde mucho antes de lo que cualquiera recordase. Pero estaba claro que ya no era así. Algo había acontecido. Nuestra cuadrilla se había convertido en la más nutrida de la parroquia. Aventajábamos a otras en consumo de alcohol por una cantidad alarmante. Llegábamos más temprano, nos apoderábamos de cinco de las mesas centrales, armábamos un barullo ensordecedor toda la noche y hacíamos sudar la gota gorda a los camareros hasta bastante después de la última ronda. Y de algún modo, en la confusión, nos habíamos vuelto belicosos. Hablábamos con

brusquedad a los camareros, mirábamos fijamente a los parroquianos y desafiantes a los porteros. Cuando se activaba la fase tres y empezaban a volar los insultos, ya no éramos propensos como antes a permanecer sentados y apechugar con todo. Ahora participábamos activamente. Replicábamos con acusaciones igualmente difamatorias. Los parroquianos estaban atónitos. Nadie nos había visto nunca actuar de aquella manera. En su mayor parte eran más jóvenes, más fuertes, menos baqueteados e instintivamente más malvados que nosotros, pero nuestro súbito alarde de flema (o de estupidez) los desconcertaba tanto que se mantenían a una distancia prudente. Nos rehuían con la misma repulsión incómoda que muchas sociedades dispensan a un lazareto superpoblado. De haber querido, habrían podido expulsarnos en el acto —sin la menor duda—, pero solo vernos les daba terribles escalofríos. La idea de golpearnos en nuestro estado actual tenía tanto atractivo como guillotinar a un hatajo de hemofílicos contaminados. Miedo al contagio. Mantenían sus distancias, observándonos desde cada rincón de la sala. Nuestra apariencia individual y de conjunto había conseguido intimidarlos. Los ojos se nos salían de las órbitas, teníamos el pelo erizado y la ropa más andrajosa que nunca. Apretados como una piña y con las capuchas destapadas y la mugre en las solapas del pecho parecíamos la milicia del Blue Ridge que volvía a dominar el cotarro. *Qué coño les pasa a estos negros verdes*, decían. *Han debido de perder la chaveta... mejor no meterse con ellos*. Se abstuvieron durante un tiempo, a la espera de que las cosas volviesen a la normalidad.

Pero nada volvió a ser normal. Lo que había empezado como un episodio de dos minutos en un edificio de apartamentos del distrito cobró para todos nosotros las dimensiones de una alegoría de la batalla de Bull Run. Nuestras reuniones tabernarias siguieron

degenerando en revelaciones indignadas. Los recuerdos de las mismas vejaciones que habíamos sobrellevado durante la mayor parte de nuestro oficio resurgieron como reminiscencias virulentas. Cogíamos unas rabietas delirantes al recordar los casi veinticinco años soportando malos tratos de la población. Llenaba nuestras conversaciones la vez en que Irwin había hecho esto, a Bailer le había ocurrido aquello, a Murphy le habían dado puntapiés, a Dennis abofeteado, a Curtis perseguido, etc., y lo gratificante que sería rodear a todos nuestros adversarios, atarlos con alambre eléctrico y acribillarlos a todos juntos en la ladera. Teníamos la comezón de una pelea, no solo en los bares, no solo borrachos, sino también durante nuestras horas sobrias de trabajo. Nos volvimos abiertamente desafiantes con la clientela. Su consabido bombardeo de insultos todas las noches perdió fuerza. Los lugareños que antaño nos pisoteaban se volvieron burdas, patéticas caricaturas estériles. Estábamos cada vez más tentados de cantarles las cuarenta, de pasar por delante de sus casas sin efectuar la recogida. Muy pronto fue exactamente esto lo que empezó a ocurrir: enfrentamientos abiertos con vecinos que terminaban en desidia intencionada y que en última instancia provocaron la presentación de quejas formales ante Jeffrey Kuntsler.

Si el incidente de Pineridge le había alertado o no era difícil de decir. Le había hecho aguzar el oído por un tiempo, como indicaban los cáusticos interrogatorios a que sometió a Wilbur, Curtis y Murphy. Pero en las primeras semanas, la impresión que tuvo del modo en que evolucionaban las cosas y la realidad de lo que estaba pasando eran cuestiones distintas. Lo más que hubiera detectado, en principio, habría sido un gradual desinterés por sus filípicas, una cierta renuencia a cumplir sus órdenes y posiblemente, aunque

fuese dudoso, una sonrisita de vez en cuando mientras pasaba lista. Por lo demás, en cuanto a las apariencias, no había nada claramente manifiesto. Por lo menos no al principio. Desde donde él estaba, solo dentro del remolque, no podía haber notado gran cosa.

Pero la tercera semana de julio todo cambiaría.

Para desconcierto de Kuntsler, la semana laboral del 18 al 22 se abrió con tres quejas separadas, que podrían haber parecido inconexas, formuladas por vecinos en el mismo número de días. En conjunto, eran más protestas relacionadas con sus empleados de las que había recibido en los cinco años anteriores.

— El primer informe denunciaba que Lester había pasado de largo: era quizá un «descuido», pero no una falta grave. Pretendidamente involuntaria.

— El segundo fue un altercado verbal entre Kohler y un gnomo cerca del hospital. Supuestamente deliberado, pero aun así justificable.

— Del tercero, sin embargo, no existían precedentes. El tercero era una amenaza directa por parte de la administración de Keller & Powell de denunciar a Dennis Stauffer por agresión y lesiones. Las acusaciones eran parcialmente fundadas, sin contar por supuesto el hecho de que al raquítico Dennis, con sus dientes de conejo, al topar de frente con dos matarifes del edificio principal del matadero, le habían provocado abiertamente hasta el punto de que tuvo que reaccionar, y luego le habían dejado inconsciente. Los detalles no parecían importar a los administrativos, y ciertamente no le importaban a Kuntsler. Lo único que quedó grabado en el cerebro del viejo fue que los tres incidentes, todos juntos, representaban un desafío directo a su autoridad hasta entonces incontestada. El hecho de que los tres hubieran acaecido en la misma semana bastó para desperezarle de su modorra.

Su reacción fue la que cabía esperar: tomó medidas enérgicas. A partir de aquel momento recurrió a las mismas tácticas de intimidación que tan eficaz resultado habían producido antaño. Descontó dinero de la paga. Envió citaciones por mala conducta. Pasaba lista con un tono medieval. Encomendaba tareas ingratas: edificios anexos, represas de molino, alcantarillas, etc. Fisgaba aviesamente desde su ventana todo el santo día. Cada vez que nos reuníamos en el solar dos o más compañeros, salía pitando para disolver el grupo. Nos ordenó que no habláramos entre nosotros. *Cerrad el pico y dispersaos*, decía. *Tú te pones ahí, tú allá y los demás fuera de mi vista. No habléis, ni miraros siquiera*. Nos llamaba idiotas. Tachó a Dennis de yonqui terminal y suicida fallido. Llamó bastardo a Curtis, a Murphy presidiario reincidente, a Wilbur el soltero disponible más feo de la ciudad. Los demás éramos maricones de perrera y judíos enrollados con nipones. Se propasó un poco, pero estaba claro que no se acordaba de con qué fin. Estaba desorientado. Ante la avalancha de una especie indefinida de histeria, redobló la misma tiranía paleozoica que tan buen fruto le había dado en el pasado. Pero ahora, a diferencia de entonces, el tiro de las injurias le salió por la culata. Todos sus esfuerzos por sojuzgarnos solo sirvieron para reforzar nuestro asco creciente. En lugar de inspirar miedo, como se proponía, su postrero reinado de terror únicamente logró despertar nuestro desprecio unánime. Cuanto más grande y más malo se empeñaba en ser, tanto más pequeño y lastimoso se volvía.

Mientras estaba sucediendo todo esto, el catalizador de nuestra transformación seguía manteniéndose lejos de la escena. Tras el incidente de Pineridge, John había vuelto a su puesto y se comportaba como si nada hubiera ocurrido. Descontando la muy

comentada sonrisa que esbozó, y que tanto revuelo había causado, no había dado el menor indicio de un trato más cordial hacia nosotros. No dirigía la palabra a nadie, salvo a Wilbur. Seguía imponiendo un ritmo infernal en las rondas, y todo el mundo se quedaba boquiabierto a su paso. A decir verdad, seguía siendo íntegramente el fardo que había sido al principio, solo que ahora su talante frío, que anteriormente nos había exasperado, era ensalzado como la personificación de un ideal. En qué medida él se percató de ello admite toda conjetura. Pero Wilbur lo sabía perfectamente —con su antigüedad y su sentido común tenía que saberlo— y, como se sentía en parte responsable del desaguisado, creyó su deber intervenir.

De entrada abordó a John. Aunque los dos eran siempre mutuamente francos y directos en todas las cuestiones, Wilbur sabía que si no preparaba el terreno de antemano, John se mostraría reacio a las sugerencias que pensaba hacerle. A la vista de ello, su acercamiento precisó unos días de maniobras calculadas. En ese plazo hizo lo posible por recalcar, sutilmente y sin exagerar ningún aspecto concreto, que nunca en la historia del vertedero una persona había causado una impresión más profunda. Aunque era casi veinte años más joven que todos sus compañeros, menos locuaz que la perra del solar el día del Señor y, sin lugar a dudas, tan feo como Bailer o Dennis, no obstante había conseguido reavivar la lumbre de un hogar languideciente en poco más de dos meses. Wilbur sabía que esto era cierto. *Pero*, prosiguió explicando, había algo más. Lo que John no entendía, o eso se aventuraba a presumir Wilbur, era que los efectos de su intransigencia con una arpía doméstica armada de una sartén y una escoba no iban a esfumarse tras un brote pasajero de entusiasmo colectivo. En absoluto. Una mirada alrededor indicaba que ya había rebasado ese estadio. Wilbur

temía ahora un conato de imitaciones, el impulso temerario por parte del equipo de alimentar y desarrollar lo que estaban aplaudiendo como rasgos primordiales del carácter de John: intolerancia, rechazo y cólera ante la más mínima provocación. Sin una orientación adecuada, esta transición forzosa desembocaría en un estallido de beligerancia y enfrentamiento entre nuestra gente y la ciudadanía —un sesgo de conducta irracional que dejaría pequeño al conflicto existente hasta entonces—, todo ello con el objetivo de emular e incluso buscar la aprobación de John. Los síntomas eran ya claros: el aumento de productividad, los numerosos comentarios que se hacían en los bares, las disputas acerca de las rondas, el gruñido general ante la sola mención del nombre de Kuntsler, y, aunque solo fuera eso, la tensión visiblemente creciente en el aire. Ninguno de estos factores había existido antes de la llegada de John. La verdad era que, lo quisiera oír o no, había por sí solo creado un serio problema. Cierto que podía ser que nada estuviera más lejos de sus intenciones originales; quizá no había abierto la boca para hablar con nadie en todo aquel tiempo; quizá no tuviera una sola fibra efusiva en todo el cuerpo. Y bien podía ser que todos ellos le importaran un bledo. Estaba claro que a todos estos respectos estaba en su derecho. Sin embargo, por absurdo que pudiera parecer, sus acciones, deliberadas o no, habían sentado la pauta de lo que ahora se consideraba una conducta modélica. Y, por desgracia, esta pauta había desatado una bola de nieve. Pineridge se había erigido en una parábola, la parábola había sembrado las semillas del descontento, este había ocasionado numerosos litigios y estos estaban a punto de provocar que todo el mundo fuera despedido por alguna salvaje y todavía no consumada explosión pública. Tenía que entender que era sumamente serio. El equipo se alistaba en las filas alcohólicas con una ceguera histérica, y lo cierto

era —lo que constituía el argumento principal de Wilbur— que John era la única persona que podía hacer algo al respecto. Wilbur sabía que sonaba ridículo, pero insistió en que era cierto. Al haber desencadenado indirectamente la situación, John era el único individuo concebible que podía interponerse e impedir que aquel cauce continuara hasta su desembocadura natural. Era el único a quien escucharíamos. A sabiendas de lo cual, razonó Wilbur, quedaba una sola línea de acción que emprender. Reconocía plenamente que John no había pretendido de ningún modo atizar el desorden existente y, en consecuencia, hablando estrictamente, no tenía la obligación moral de resolverlo. Pero, dijo, con todos los respetos, inhibirse de la situación ahora, con pleno conocimiento de todo lo expuesto, sería una acción desalmada.

De modo que, dicho esto, Wilbur le rogaba, por lo que a John le fuera más querido, que, por favor, aunque solo fuera en su propio beneficio, tratara de intervenir de algún modo. Podría empezar por poner fin a las miradas ceñudas y fulminantes a todo el mundo: a Wilbur también le estaba haciendo la vida imposible aquel asunto. Podría fingir un poco de interés, de cuando en cuando, por nuestras actividades, manifestar una moderada aprobación, decir algo de tanto en tanto, obsequiar al menos a los compañeros con algún que otro gesto de asentimiento. No sería *tan* difícil. Ya tenía hecha la mitad del camino: sin haber dicho nunca una sola palabra era ya más influyente que nuestro jefe desde hacía veinte años. Mira lo que ha hecho una sonrisa, dijo Wilbur. *Trata de imaginarte el impacto de la palabra*. En definitiva, a lo mejor llegaba a descubrir que no éramos *tan mala gente*. Admitamos que no es que hubiéramos exactamente inventado la pólvora, pero no merecíamos tan inflexible y despiadado desprecio. Teníamos menos conocimiento de nuestra propia cobardía de lo que él pensaba. Nos otorgaba más mérito del

debido. No éramos tan inteligentes. Su desdén por nosotros era equiparable a la crueldad con los animales, ¿no lo comprendía? Y, de todos modos, si él tenía un problema con Baker, nosotros, con todos los debidos respetos, también lo teníamos. Estábamos en contra de lo mismo, en cierto grado. Si John se avenía a comprender esto, tendría la oportunidad de evitar un desastre seguro, de hacer la vida más llevadera en el vertedero para todo el mundo y, quizá, solo quizá, de sacar algo de provecho para sí mismo. En todo caso, si no hacía algo enseguida, cualquier cosa, veintiún rastrojos no tardarían en ir a parar a la prisión militar sin la menor idea de lo que había ido mal, y los números veintidós y veintitrés se quedarían detrás para disputarse mano a mano el premio al gilipollas del año. Ahora o nunca, dijo, para concluir, Wilbur.

A John no le gustó ni un pelo la idea. Tras un momento de vacilación, salió con una respuesta sombría y casi malvada.

En primer lugar, dijo, *sí* que consideraba que la mayoría de nosotros éramos tan despreciables como se decía. Afirmó que a cualquiera, Wilbur inclusive, que le bailara el agua a un cretino como Kuntsler habría que sacarle a rastras como a la perra de Slim.

En segundo término, si alguna de sus acciones había efectivamente causado la conmoción de la que Wilbur hablaba, la iniciativa, indudablemente, no había sido suya. No era en modo alguno responsable de arreglar un embrollo que él no había causado y le molestaba todo lo que se dijera a ese respecto. Punto.

Tercero, aun cuando hubiera sonreído después del incidente de Pineridge —y afirmó que no recordaba haberlo hecho—, habría sido únicamente porque encontraba la situación ligeramente divertida y nada más. En ello no había habido nada intencionalmente

provocativo o subversivo. Quienquiera que hubiese pensado semejante cosa *tendría que bajarse de los árboles*.

Cuarto y último, tal vez estuviésemos todos en contra de lo mismo, como Wilbur había sugerido. Pero por lo que a él atañía, fuera cual fuese el modo en que afrontásemos nosotros lo que se avecinaba, no tenía nada que ver con él. Lo único que quería era que le dejasen en paz.

Lo cual no era, por supuesto, para nada lo que Wilbur quería o necesitaba oír. Al término de esta primera charla, se quedó desanimado y confundido. Estaba claro que tratar de convencer a John de que mediase en aquella situación llevaría su tiempo.

Entretanto, de acuerdo con su análisis, estábamos perdiendo la sesera. Tal como él afirmaba, todos los intentos de mantener el decoro mientras efectuábamos las rondas habían sido brutalmente rechazados. Provocábamos activamente a quienquiera con quien tuviésemos contacto. Estábamos emperrados en llegar a ser un deliberado peligro público. En consecuencia, sufríamos con menor paciencia las insolencias. Las reuniones alcohólicas cobraron un cariz más feo que nunca. A menudo nos echaban de los bares después del cierre, y entonces gritábamos en la calle y proferíamos desafíos hacia los escaparates ennegrecidos de la calle Mayor. Proyectábamos bloquear el tráfico, provocar incendios, envenenar el suministro de agua de la ciudad, fabricar cócteles Molotov, bombas de nitrato y camiones cisterna. Una noche, seis compañeros fuimos de correría en busca de buzones con un bateador de Louisville, y dejamos una hilera desnuda de postes de madera en el distrito norte de Baker. Fuimos muy formales los días siguientes, temiendo que aquella vez hubiéramos ido demasiado lejos. Pero en cuanto quedó claro que

habíamos salido impunes de la fechoría, explotamos de nuevo, más engreídos que nunca. Al final de la semana siguiente estábamos ya completamente fuera de control. Hasta Dennis, que si tomaba alcohol corría el riesgo de una parálisis mortal, se estaba volviendo despreciable con el agua de Seltz y los *pretzels*. Nos portábamos como gilipollas.

Una noche, en el Bucket, evitamos por poco una pelea frontal con un grupo de ratas de la fábrica de conservas, solo que esta vez, a diferencia de otras, fuimos nosotros los instigadores. De hecho fue Irwin, hasta entonces el pacifista de la banda, el que lanzó una botella vacía a la mesa de enfrente y lio las cosas. El alboroto que siguió no degeneró en una gresca sin cuartel gracias tan solo a los reflejos de un camarero. Nos pusieron de patitas en la calle a punta de pistola y nos prohibieron la entrada durante tres semanas. A continuación nos dirigimos al Dick, donde, para entonces, ya estaban advertidos de nuestra llegada y nos esperaban con las garras extendidas. Fue allí donde nos escarmentaron como merecíamos.

Los detalles concretos de la velada son demasiado penosos para referirlos por extenso. Baste con decir que armamos un jaleo del que fuimos enteramente responsables, y acabamos recibiendo una buena tunda en la calle. Los matarifes de Keller & Powell estaban hasta la coronilla de nosotros. Todos los parroquianos lo estaban. Nos zurraron de tal modo que la mayoría no pudimos caminar derechos en toda la semana. A Lester le rompieron la nariz con una botella de Chivas. Pusieron a Irwin en calzoncillos y le llevaron a un maizal. Metieron a Curtis en un contenedor lleno de cartílagos y cristales rotos. A los demás se limitaron a machacarnos a golpes y nos dejaron para que nos recogiera la policía. Los tres agentes que llegaron de la oficina del sheriff nos echaron una ojeada y decidieron

que no querían ensuciar con nuestra mugre los calabozos. Nos dieron cinco minutos para desalojar la calle. Al final de la noche el único detenido fue Irwin, a quien pillaron en paños menores cuando se escabullía por una cuneta con un ojo morado y una tasa de alcoholemia de 1,5 gramos. Fue deshonroso. Nos desterraron de las dos tabernas principales de Baker, y las otras —los bares de camioneros y los garitos de la carretera— anunciaron que si tan solo se nos pasaba por la cabeza la idea de encaminarnos hacia ellas, nos mandarían de vuelta con el culo acribillado de perdigones y una jauría de dogos pisándonos los talones. Estábamos proscritos. Y eso no fue nada comparado con la noche siguiente, cuando nos presentamos a trabajar en el vertedero. Mientras estábamos allí plantados, golpeados y maltrechos, resacosos y apenas capaces de tenernos de pie, Kuntsler deambulaba de un lado para otro, bramando que parecíamos un grupo de chicas scouts violadas por el yeti. Éramos *repulsivos*, dijo. No valíamos ni una oración en la sinagoga.

Después de esto, a Wilbur poco le faltó para ponerse de rodillas ante John, suplicándole que recapacitara su actitud e insistiendo en que el barril estaba a punto de explotar. Tenía razón, aun cuando John no quisiera saber nada al respecto. Estaban echando un pulso. Wilbur continuaba recalcando la importancia de una intervención. John seguía afirmando su derecho a la neutralidad. Ninguno de los dos parecía ceder un ápice y los dos querían poner fin al diálogo. Fue el primer momento tenso en su relación.

Pero repentinamente John cesó de protestar los ruegos de Wilbur. Este recuerda que había sido un instante extraño, como si una bombillita salida de la nada se hubiera encendido en la cabeza de John y hubiese puesto un fin inesperado y brusco a la discusión. Fue

una tarde de jueves de la última semana de julio. Ambos estaban sentados en el monolito coronado de arcilla en el centro del patio, bebiendo y hablando mientras fluía la noche. La torre este de la primera iglesia metodista acababa de tañer tres resonantes campanadas a través de la niebla cuando John se incorporó de pronto y, sin previo aviso, anunció que tenía una idea.

Tantas cosas ocurrieron durante las tres semanas siguientes, tantas estrategias nuevas se aplicaron, tantos cambios surgieron —todos ellos a espaldas de Kuntsler, por supuesto—, que para cuando el viejo descubrió el pastel y se enteró de las novedades ya no formaba parte realmente de ellas. La futilidad de intentar identificar y situar algo que continuamente eludía su comprensión, por muchos ángulos con que lo abordara, le había despedazado sistemáticamente. Para la noche del 17 de agosto había quedado reducido a un consternado rey Lear al desnudo, un número de barraca en un circo de monstruos, un demagogo flaco y correoso, con cabeza de melón, a cuyos fogosos llamamientos no se prestase mayor consideración que a los de un vagabundo con un cuelgue de crack de cuatro días. Flotaba en el aire, anonadado y distante. Los demás teníamos cosas más importantes que atender para prestarle la menor atención.

La noche comenzó con la lista de presencias más frenética y convulsiva que jamás había efectuado. Probablemente Murphy lo expresó mejor diciendo que en todo el país hay gente encarcelada o internada en instituciones todos los días por menos de la mitad de aquella histeria que exhibió esa noche. Fue más un discurso de alistamiento en las SS que una reprimenda profesional. Fuera lo que fuese del viejo en años posteriores, todos convinimos en que si alguna vez atravesaba por tiempos más duros habría un lugar libre y esperándole a la cabeza de un cuerpo de guionistas fracasados en algún lúgubre estudio trasero de Burbank, California.

A las cinco en punto, cuando el último del grupo acababa de ocupar su puesto en la fila, salió de estampida de su despacho. Al descender del porche y deambular por la grava con un tambaleo poderoso, con sus pantalones caqui alzados más arriba del ombligo y firmemente apretados contra su feble caja torácica, y con sus movimientos espásticos y convulsivos, como para acentuar su tic facial, tenía todo el aspecto de un apéndice inflado por una picadura de serpiente y ceñido por un torniquete de felpa. El sudor que le manaba de la frente le había empapado el cuello y empezaba a descenderle en regueros arbitrarios hasta los tobillos. Tenía las cejas arqueadas, la boca orlada de una capa espumosa de baba y la cara abotagada y morada. En un puño sujetaba una resma de papeles arrugados y en el otro un bastón militar de policía con la leyenda LEY Y ORDEN grabada en letras de molde. Estaba chiflado y se acercaba furioso.

Hizo un alto a la cabeza de la fila y anunció a voz en cuello que nadie, *absolutamente nadie*, iba a ninguna parte, como no fuese al poste de flagelación, hasta que le diesen explicaciones directas de la lluvia de quejas que había recibido en las últimas veinticuatro horas. Previno a todo el mundo de que confesasen en el acto o *prevalecerían la ley y el orden*... Antes de proseguir, su cara se contrajo en una serie de ásperas muecas y los labios le temblaron incontroladamente mientras tartamudeaba y se asfixiaba en su esfuerzo por superar la cólera. Un minuto después se sobrepuso y siguió hablando, pero el resto de su elocución lo enturbiarían similares arrebatos enervantes que hicieron ininteligible la mayor parte de su parlamento.

Primero, dijo enseñando el montón de papeles, las autoridades se habían presentado temprano ese día para depositar una queja formulada por la empresa Conservas Holtz. Al parecer, según la

administración de la empresa, un «pelirrojo desagradecido» de nuestro equipo había entablado un torneo de gritos con dos de sus empleados, y al término del mismo, dicho pelirrojo había enganchado un contenedor de la empresa a su camión, lo había levantado, lo había volcado y había descargado adrede todo su contenido en el centro del aparcamiento, obstruyendo de este modo todo el tráfico de entrada y salida. El camión y sus tripulantes habían huido luego de la escena y el personal de la empresa tuvo que recoger a mano los desechos vertidos. La empresa estaba redactando una protesta formal y tenía intención de denunciar el hecho en el juzgado.

Kuntsler a duras penas consiguió mantener su sombrero puesto. Se encaminó hacia Roy Dickell, se le plantó delante y afirmó que Dickell, por ser el único empleado pelirrojo de la plantilla, forzosamente tenía que ser el desagradecido de marras, solo que, según el itinerario trazado, a Dickell le habían asignado a la quinta ruta la noche anterior y debería encontrarse a leguas de la fábrica conservera. ¿Cómo demonios era posible?

A continuación, tanto Keller & Powell como la primera iglesia metodista, amén de otras cinco (no una ni dos, sino otras cinco) personas particulares, habían telefoneado para quejarse de que no habían pasado a recoger la basura desde hacía más de dos semanas. Cada informante había asegurado que tenía una montaña de detritos, alta como una excavadora, en su pozo, solar o entrada respectivos. En el caso del matadero, varios inspectores de sanidad lo habían visitado y multado a la empresa por infracción de las normas de limpieza, amenazando además con el cierre forzoso del negocio a causa de la acumulación masiva de residuos en sus instalaciones. La empresa estaba metida hasta el cuello en un litigio

jurídico que nunca ganaría y exigía plena indemnización al vertedero. *No hay excusa que valga*, dijo Kuntsler.

Otra cosa más: un «ciudadano preocupado» había telefoneado para informar de que a las siete cuarenta y cinco de la noche anterior, los tres miembros del equipo de a bordo del camión número cuatro (matrícula 72J 145) habían sido localizados en el bar de camioneros mamando cerveza y whisky a la vista de todos. Esto no solo traía a colación el hecho de beber en el trabajo —una falta merecedora de *despido* por sí sola—, sino que al consultar su itinerario el viejo había descubierto de nuevo que el camión número cuatro tenía encomendada, la noche anterior, la segunda ruta y no tenía por qué encontrarse cerca del susodicho bar. ¿Quién había estado allí y por qué?

Por último, nadie iba a ponerle una venda en los ojos, dijo. Nos equivocábamos si realmente nos creíamos listos encubriendo lo que creíamos estar encubriendo. *¡Error, error, error!* Él sabía que estaba pasando algo raro. *Por supuesto* que lo habíamos hecho *adrede*. Además de que nuestra actitud era deplorable hasta el punto de resultar obscena, habíamos dejado tantas huellas visibles en nuestra tentativa de conspirar contra él que solo el tonto del pueblo podía llamarse a engaño. Esa misma mañana había abierto las puertas y descubierto que la perra del patio había desaparecido, una de las apisonadoras estaba volcada y el solar sembrado de bolas de golf. Él no era ningún idiota. Sabía leer lo que estaba escrito en la pared. Alguien iba a pagar por ello *ahora mismo*.

Hizo una pausa de efecto, haciendo girar el bastón en el aire y desplazándose de acá para allá. Nunca había quedado tan de manifiesto que era casi una cabeza más bajo que cualquiera de nosotros. La expresión de su cara instó a Burt Clayton a recordar el día en que su tío adoptivo, un conocido defensor de la supremacía

aria, fue informado después de un trasplante de hígado realizado con éxito que el donante del órgano había sido un judío.

Un minuto después continuó. Empezando por Dennis —era comprensible que empezase por Dennis, pues precisamente él tenía que haber hecho la ruta de Dickell la noche anterior—, le exigió que dijera toda la verdad y nada más que la verdad. *¿Dónde estabas tú, quién te dijo que estuvieras y, en el nombre de Dios, qué te ha pasado?* Dennis se quedó paralizado. Lanzó una mirada de terror hacia el resto de nosotros y solo recibió a cambio una señal de «ni pío» de Murphy. Volvió la mirada hacia Kuntsler y se encogió de hombros. El viejo le dio un coscorrón en la cabeza y se dirigió hacia Dickell. *¿Cómo fuiste a parar a la segunda ruta y qué maldita mosca te ha picado?* Dickell se acogió a la quinta enmienda y encajó en el estómago un toque de «ley y orden». Kuntsler siguió su camino y abordó a Curtis, Bailer y Lester, arcángeles implorantes, santos y héroes de fútbol muertos, pero una vez más solo recibió de ellos respuestas vacías y encolerizadoras. Cinco de los dieciocho presentes en el patio habíamos cobrado ya una ración diversa de bastonazos en la cabeza, los brazos y el torso. El siguiente era Wilbur. *¿Qué coño está pasando?* Nada. Pum. El siguiente: Murphy. *¿Qué ocurrió?* Ni idea. Pum. Continuamos. *Tenemos toda la noche, señoritas, no tengo prisa*... A Irwin: *¿Quién te dio la orden de hacer la segunda ruta?* Jesucristo. *¿Jesucristo? ¿Lo dices en broma?* Pum. Adelante. Hasta el final de la fila.

No era que sus golpes careciesen de fuerza o de precisión: tal como iban las cosas, ya habíamos probado «la ley y el orden» antaño y siempre dejaba un verdugón. Kuntsler quizá no era el heredero de la bestia parda, pero en las contadas ocasiones en que había sacado su bastón, había demostrado una notable maestría en su uso. Probablemente ensayaba con la perra del aparcamiento lo

bastante a menudo para ejercitarse, y llegado el momento de emplear la vara oficialmente, conocía de memoria los ángulos y las distancias correctas. Cuando golpeaba, el punto de impacto con frecuencia picaba y ardía durante horas. No había que subestimar en absoluto el bastón de «ley y orden» como una extensión de la voluntad de poder de Kuntsler. Pero la noche del 17 de agosto consentimos que el interrogatorio prosiguiera, hasta un cierto punto, sin detenerlo. Permitimos que continuara pura y simplemente para echar una última mirada al sicario infernal bajo cuya férula nos habíamos deslomado e indignado durante tantos años: una ojeada postrera para asegurarnos de que recordaríamos al viejo bastardo ahogándose en el fango de su pantomima antes de que finalmente quedase borrado del mapa.

Conforme proseguía, era cada vez más evidente que se trataba de un animal en vías de extinción; como si pudiese evaporarse en cualquier momento, dejando un bastón desnudo en el suelo de tierra y un aliento fétido a su paso. Ya se había ido, como un reverendo destronado y solo en el pulpito. Kuntsler ya no tenía importancia. Por ese motivo soportamos su ataque, pero hasta un cierto punto.

Él no cejaba. Se le puso un verdor de espliego más oscuro. Desgranaba cada frase del refranero: *¿Quieres jarabe de palo?... ¡La culpa es mía!... La letra con sangre entra... Si juegas con fuego sales chamuscado... ¡Hora de pagar la dolorosa!... ¡Hay que cascar huevos para hacer la tortilla!*... Etc. Era penosamente embarazoso. Trastabillaba, farfullaba sus haikus vociferando hasta que se le tensaban los vasos sanguíneos de los ojos. Hubo un momento en que estuvo a punto de desplomarse. Al recobrar el equilibrio trazó un giro para golpear a Jim Donnecker en el pecho sin preguntarle nada. Balanceaba la cabeza, echaba hacia atrás los hombros, pateaba el suelo, esbozaba sus muecas y seguía.

Para entonces todo el mundo había reparado en que, por muy minucioso que pretendiera aparentar, de un modo u otro se las había ingeniado para desviar su línea de fuego del tal forma que eludiese el lugar que ocupaba John. Aquello trajo a la mente de todos una pregunta que se nos había ocurrido hacía mucho tiempo: ¿hasta qué punto era el viejo consciente de la influencia que ejercía John? Por una parte, estaba el hecho de que John seguía con nosotros, y no había sido despedido, lo que parecía indicar que Kuntsler no *había* sospechado o no *podía* sospechar. Esto parecía evidente. Pero, por otro lado, por desesperado o vehemente que se hubiera vuelto más tarde, también daba la impresión de que el análisis más superficial de la situación habría puesto de manifiesto claramente que desde que John había comenzado a trabajar, a finales de mayo, todo sentido de orden en el patio se había ido directamente por el desagüe. Lo cual parecía asimismo evidente. Una simple instantánea del antes y el después lo demostraba: el antes eran veinte años de sumisión ciega y dócil, y el después menos de diez semanas de anarquía rampante. Murphy había sugerido desde entonces que el viejo *sí* era consciente de ello, pero que había temido que despidiendo a John prematuramente podría haber aventado las llamas del descontento más allá incluso de su control. Y quizá se lo tomó como un reto frontal, calculando que en cuanto silenciase a las tropas, como sin duda haría, podría despojar a John de su dignidad desterrándole durante dos semanas a apedrear gaviotas en el extremo oeste de la cantera, para luego echarle abiertamente una tarde como una deshonra infame para el gremio. Si tal era realmente su plan, tenía aún menos las riendas de la situación de lo que nadie sospechaba. En cualquier caso, en sus serpenteos entre las filas se las arregló para esquivar a John, como todos advertimos. Se mantenía lejos de la esquina del fondo, en la que se encontraba

John, con las manos metidas en los bolsillos, a la espera de que uno de los compañeros flaquease.

Y uno de ellos a la postre lo hizo, aunque no del todo como cabía esperar. A mitad de camino de su segunda ronda, Kuntsler se precipitó hacia Bailer y le amenazó con despedirle en el acto si no confesaba su participación en el episodio de la fábrica de conservas. Bailer bajó la mirada, aprestándose a recibir el golpe. El viejo se cernía sobre él, con el bastón extendido hacia un costado, en la posición perfecta para descargar el zurriagazo. Anunció que iba a contar hasta tres. Había llegado a dos y se disponía a asestar el golpe cuando alguien del fondo del grupo (era Curtis) inesperadamente se tiró un pedo.

Silencio.

Kuntsler abrió los ojos como platos. El cuello se le despegó de los hombros. Se le cayó la mandíbula. Durante un instante prolongado se asemejó a una réplica exacta del negrito del farol de porcelana que había en el mantillo, a su espalda...

Luego estalló. Los demás no pudimos contenernos más tiempo. Nos doblamos de risa, soltando carcajadas. Habíamos hecho lo posible para retenerlas; lo habíamos intentado en serio. Pero el momento elegido por Curtis era *demasiado* oportuno. Nos destensamos. El viejo permaneció paralizado, sin habla. No podía moverse. Chillábamos formando un acceso de sofoco colectivo, de gorgoteos y toses, señalando a Kuntsler con el dedo, nos limpiamos las lágrimas y seguimos cacareando un rato. Duele; una persona puede irse a la tumba antes de tiempo con solo tres o cuatro arrebatos similares en el curso de una vida. Dolía terriblemente. Pero valía la pena. Alguien se brindó a pagarle a Curtis cuatro rondas por noche durante los siguientes diez años. Otro dijo que debía de haberse comido la mitad de las basuras recogidas a juzgar por la

fetidez del flato. *Un trueno rancio*, proclamó Dennis. Todo el mundo estuvo de acuerdo. No podíamos parar. Si el viejo de repente hubiera empezado a sacudir a ciegas con su vara, como un enajenado, no es seguro que ni siquiera una veintena de bastonazos directos en las entrepiernas hubiera podido frenarnos. Habría sido como regar con una manguera antidisturbios un pabellón lleno de locos de atar.

Al final nos asqueaba simplemente verle. Unos cuantos se dieron media vuelta para irse a sus camiones. Los demás les siguieron. Cuando nos repusimos y abandonamos el solar, el viejo ya se había despertado de su aturdimiento. Pero para entonces era demasiado tarde. La última vez que le vieron estaba embistiendo de acá para allá por el patio, completamente solo, gritando y asestando golpes en el aire con el «ley y orden».

Lo que había ocurrido era lo siguiente: inmediatamente después de nuestra expulsión de las tabernas, tres semanas antes, John y Wilbur habían convocado una reunión a última hora de la tarde en el apartamento de Wilbur, pues el de John era inhabitable debido a problemas de fontanería. Fue allí donde John nos habló en serio por primera vez. En realidad, fue Wilbur el que más habló, pero todo el mundo sabía que era una propuesta de John lo que se estaba exponiendo. En ningún momento se abordó la cuestión de nuestro comportamiento reciente; se dio por sentado que aquella situación era bien comprensible. Se hizo hincapié, en cambio, en una propuesta de itinerarios de ruta alternativos que John había concebido y trazado la noche anterior. Como se nos comunicó más tarde, pasó seis horas encorvado sobre un escritorio a la luz de una lámpara trazando un plan cuya aplicación él y Wilbur creían que reportaría beneficios enormes con respecto al sistema existente.

Para empezar, resumieron rápidamente la inviabilidad abrumadora de las rutas actuales. La quinta, por ejemplo, era de una concepción tan descabellada que casi parecía haber sido ideada en el primer cuarto del siglo XIX para una tropa de calesas y caballos. No reflejaba la menor consideración del trazado geográfico de Baker: los encargados de la quinta se pasaban la mayor parte de la noche entrando y saliendo de otras jurisdicciones y recorriendo el confín norte del valle en una carrera de gansos tremendamente ineficaz. El equipo en funciones era siempre el último de la noche, unos cuarenta y cinco minutos largos más tarde que los demás. Las restantes rutas no eran menos inviables. Holgaba decir que los destinados a la segunda tenían por delante una tarea agotadora, mientras que la encomendada a los de la cuarta era relativamente sencilla. Esto no explicaba el hecho de que las dos rutas estuviesen yuxtapuestas. Prosiguiendo con el análisis, todas ellas eran igualmente impracticables. Eran como un cordel enmarañado que había que desenredar.

Así que, dijo Wilbur, depositando sobre su mesa de café una hilera de mapas trazados a mano alzada, finalmente habían encontrado una solución. Si todos nos poníamos en círculo y echábamos una ojeada, veríamos claramente que la propuesta de ambos ahorraría a todo el mundo tiempo, energía y confusión. Las ventajas se veían por sí mismas.

Lo cual era cierto. Al cabo de dos minutos de examinar el plan, los beneficios saltaban a la vista. Comparando el esbozo meticulosamente preparado de John con el gráfico esquizofrénico de Kuntsler, la posibilidad de una hora de cambio nocturna antes de medianoche empezó a materializarse. Tal como Wilbur aseguraba, la carga de trabajo estaría proporcionalmente redistribuida. Algunas rutas serían más desagradables que otras: esto era inevitable. Pero a

la larga toda la faena se equilibraría mediante los turnos continuos. Era una propuesta simple que costaría muy poco aplicar. Si alguien tenía sugerencias que hacer, era el momento; de lo contrario todos tendríamos que asentir, basados en las recriminaciones incesantes de una eternidad pretérita, que el plan era razonable.

En la habitación se hizo el silencio. De pronto oíamos el resuello de los otros, el gorgoteo de las amígdalas en nuestros gaznates, la respiración contenida de vez en cuando, prestando voz a nuestra duda colectiva, encerrándola dentro de las paredes circundantes. Nadie sabía qué decir. Toses ahogadas desde el balcón entre el segundo y el tercer movimiento de la sinfonía. Hubo un desconcierto momentáneo, en que cada uno combatió contra el reflejo involuntario de huir y cada cual rindió tributo a un miedo residual de que simplemente por escuchar aquellos planes estábamos corriendo el riesgo de un proceso por sedición y una condena a la horca. Fue un instante tenso; ninguno quería ser el primero en hablar. Pero no duró mucho. Murphy exhaló finalmente un *sí, jodé*, al que todos asentimos. Y eso fue todo. No quedaba nada más que decidir. La propuesta era demasiado racional para rechazarla.

Wilbur asintió y empezó a repartir un montón de fotocopias, dictando al mismo tiempo una serie de instrucciones postreras: todo el mundo tenía que abandonar el alcohol por esa noche, cuando no toda la semana. Teníamos que volver a casa y memorizar concienzudamente nuestras rutas. Las recién decididas entrarían en vigor de inmediato. Si hubiera alguna pregunta, su línea telefónica estaría disponible toda la noche. Al concluir, recorrió la habitación con la mirada y anunció que, por supuesto, quedaba entendido que aquella reunión no se había celebrado nunca. Todo el mundo asintió. *Bien*, dijo. *Ahora salid de mi cuarto, que empieza a apestar*.

Todos lanzamos una risita nerviosa y nos levantamos para irnos. Cruzamos la habitación con las fotocopias en la mano, rodeamos el sofá y atravesamos la alfombra moteada en dirección a la puerta. John, recostado en la pared y con los brazos cruzados, nos miraba en silencio conforme pasábamos. Bajamos por la escalera a la calle. Fuera consultamos nuestros relojes y no dijimos nada. La reunión había durado cinco minutos.

A la semana siguiente todo fue de maravilla. El nuevo itinerario dio punto por punto el resultado predicho. Era como si John hubiera hecho y rehecho personalmente cada ruta con un cronómetro en mano para hallar la redistribución del trabajo más exhaustiva posible. Los camiones uno a cinco aparcaban en el patio al final del recorrido con una diferencia entre sí de quince minutos. Las rutas primera y cuarta se fusionaron con la segunda. La tercera, tras el cambio, era irreconocible. La quinta ya no nos perjudicaba el equilibrio. Los operarios de la maquinaria ahora procesaban cargamentos más uniformes y manejables. Y todo el mundo terminaba antes, mucho antes. Con la excepción de las tres o cuatro horas que Wilbur tuvo que pasar al teléfono para explicar la propuesta en términos accesibles a Bailer y Dennis, las cosas no habrían podido ir mejor. La pregunta que rondaba en la mente de todos no era tanto la que cabría esperar de *¿cómo lo hemos hecho?*, sino más bien, como cuando se deja de fumar o se pone fin, tras muchos titubeos, a un amor en declive, *¿cómo no se nos ocurrió antes, por qué hemos tardado tanto?* Era casi *demasiado* fácil. La parte difícil estribaba en llegar a la determinación de no deliberar más y decidirse a actuar. La puesta en práctica se revelaba sencilla.

Y lo que es más, nos mantuvo ocupados y sin meternos en líos durante nuestro destierro de las tabernas. A lo largo de la primera

semana estábamos tan absortos aprendiendo las rutas que apenas quedaba un segundo para pelearnos con los vecinos. El bakeriano común desapareció de nuestra vista transitoriamente. No teníamos tiempo ni energía para las disputas que andábamos buscando tan solo una semana antes. Nos concentramos en lo que teníamos entre manos. Nos mantuvimos al margen de conflictos superfluos.

Sin embargo, por bien que las cosas hubieran salido, John y Wilbur sabían que no debía esperarse que el alto el fuego durase más de un mes. Sabían que llevábamos los ganchos metidos demasiado adentro; que en cuanto las nuevas rutas se convirtieran en una segunda piel, habrían de recrudecerse todas las riñas y la belicosidad de antaño, solo que en esta ocasión serían incitadas por un altivo sentimiento de logros y objetivos comunes. El estallido que se produciría entonces sería incomparablemente informe. Contrarrestaría todo aquello por lo que habíamos luchado. El desastre que habían intentado evitar por medios absurdamente sencillos sería multiplicado por diez. Lo sabían. De ahí el tema primordial de la charla en la reunión siguiente.

El sábado por la noche, como estaba previsto, nos reunimos por segunda vez, en esta ocasión en el patio trasero de la casa de Murphy, una parcela de media hectárea descuidada y llena de hierbajos y plantas perennes situada tres kilómetros al sur de Baker. Justo después de la puesta del sol, Wilbur y Murphy encendieron una fogata en un foso de tres metros y medio en la parte trasera de la casa. Los demás acarreamos siete cajas de Schlitz hasta el borde del foso, las depositamos en la tierra, abrimos la primera ronda de latas y esperamos.

A Lester acababan de quitarle ese día las vendas de la nariz. Algunos le estábamos reprendiendo por su aspecto, diciendo que

debería meterse en peleas más a menudo: la tonalidad rosa granjero de las tiras de gasa le favorecía. *Caballero Jim Casanova*, dijo alguien. Lester replicó con algunas pullas bienhumoradas de su cosecha, sobre todo respecto a la condena por exhibicionismo de Irwin. Todo el mundo estaba de bastante buen humor.

John salió de la casa a las diez y cuarto. Cogió una lata de una de las heladeras y se sentó junto a Curtis. Sacó del cinto una resma de papeles. Aunque todavía no habíamos hecho grandes progresos en nuestra relación con él, todos tenían que admitir que en el curso de la semana transcurrida las tensiones se habían aliviado en gran manera. Se había establecido alguna clase de contacto. Seguíamos sin estar del todo convencidos de que realmente no le importábamos un rábano. Tal es el caso hasta la fecha. Pero en medio de los cambios recientes —pues agosto había sido un mes atareado—, en cierto sentido se había descolgado de la cruz. En varias ocasiones se había detenido a cambiar unas palabras con nosotros, sobre nada que merezca particular mención: unos cuantos comentarios conciliadores y preguntas acerca de nuestra opinión sobre las nuevas rutas. Una noche se estuvo riendo con Curtis a propósito del hallazgo de algún objeto sórdido en un montón de basura en la casa del alcalde. Él y Wilbur incluso habían invitado a Murphy a una de sus sesiones de balcón, aunque los demás no nos enteramos de eso entonces. Ninguno de estos tratos habían sido abiertamente cordiales, pero habían contribuido a crear una atmósfera más relajada o como mínimo menos sofocante, sin la cual el éxito de la reunión que nos disponíamos a celebrar hubiese estado seriamente comprometido desde el principio. Si la apertura de John hacia nosotros había sido intencionada, en todo caso había conseguido su propósito.

La reunión que siguió se distinguió de la primera en varios aspectos. Para empezar, John llevó esta vez la voz cantante, ya que la propuesta siguiente requería una exposición más directa, cruda e incuestionable que Wilbur, por ser desde tiempo inmemorial uno de los nuestros, difícilmente hubiera podido presentar. Comenzó con un debate abierto sobre la semana precedente, que puso de manifiesto la aprobación completa y sin reservas de las nuevas rutas por parte de los presentes. Al preguntar si había sugerencias nadie formuló ninguna. Al solicitar quejas, tampoco. Al pedir reflexiones al respecto hubo un silencio. Nunca habíamos sido la gente más expresiva de la ciudad. Pero John parecía razonablemente satisfecho y no perdió más tiempo en ir al grano.

En su parlamento, con sus mismas palabras, dijo lo siguiente:

Ya era hora de que nosotros, la plantilla del vertedero, asumiéramos el mando de varias facetas básicas, ya que ahora estaba perfectamente claro que, en nuestra calidad de bienhechores públicos, estábamos y siempre habíamos estado solos. El primer paso consistiría en admitir que, si bien Jeffrey Kuntsler era, por naturaleza, una abominación viviente, parte del trato que nos dispensaba nuestra clientela era asimismo inaceptable. Siendo así las cosas, había llegado el momento de utilizar los mínimos recursos a nuestra disposición para emitir unos cuantos mensajes elementales, al estilo de Joseph McCarthy. De entrada, Kuntsler se hallaba por ahora fuera de nuestro alcance. No teníamos todavía un as en la manga con respecto a él. Seguía llevando los libros, controlaba las líneas telefónicas y repartía la paga, y nosotros aún no teníamos nuestra trama lo bastante a punto para derribarle de su tarima. Eso tendría que esperar. Sin embargo, en lo referente al bakeriano común, la cosa era notablemente distinta; en el caso de los ciudadanos ordinarios, poseíamos una fuerza tremenda, lo

supiéramos o no. Podría afirmarse que durante toda nuestra vida habíamos estado sentados encima de un barril de pólvora que el resto del mundo confiaba en que no fuéramos a explotar. Hasta entonces no habíamos hecho nada más que agradecer esta expectativa. Habíamos permitido que se diera por sentado que éramos putillas de doce dólares en un callejón lleno de mendigos de alcantarilla. Nos habían atropellado a propia invitación nuestra, y la situación no mejoraría nunca a no ser y hasta que entendiéramos plenamente este hecho. El barril de pólvora sobre el que estábamos sentados era nada menos que el propio vertedero. En términos estadísticos, cada sociedad civilizada producía anualmente un mínimo escueto del mil por ciento de su peso en desechos. Cada ciudadano «civilizado» retrocedía ante tal exceso como ante el contagio, y relegaba en consecuencia al estrato más bajo de su población a la eliminación de los mismos. El profesional medio de este ramo era tan anatema para la sociedad como el propio exceso de desechos. El basurero ordinario no tenía más sitio en el hogar de los ciudadanos respetables que la basura que había ido a recoger lo tenía sobre la alfombra del comedor (o los chicanos en las oficinas, los gnomos en un salón de banquete...). Él recogía a brazadas diariamente lo que otros ni siquiera pincharían con un hierro del ganado. Por mera asociación de ideas él se encontraba a la misma altura que los residuos que le mandaban recoger. Para el palurdo común había poca o ninguna diferencia entre ambos. Los detritos y quienes los recogían eran, a todos los efectos prácticos, la misma y única cosa.

Pero ello era una falacia generalmente admitida de la que el hombre de la basura era tan responsable como todos los demás. Si la distinción palmaria entre los dos —rastrojo y vertidos— no se había enunciado, era únicamente porque los que estaban en

situación de demostrarla no la habían dejado perfectamente clara. En otras palabras, al hombre de la basura le habían equiparado con detritus y porquería porque él lo había consentido. Era enteramente culpable del malentendido. En apoyo de esta tesis, bastaba con considerar la naturaleza de nuestros servicios y su consiguiente supresión. Si un día, por ejemplo, abandonáramos el trabajo arbitrariamente, el impacto sobre Baker sería instantáneamente devastador. En una población de cuatro mil vecinos, cada uno de los cuales producía un promedio de alrededor de kilo y medio de desperdicios por día, un exceso acumulado de 6,4 toneladas, sumando o restando un diez por ciento hacia arriba o abajo, se agregaría a las calles cada veinticuatro horas. O bien unos cuarenta mil kilos por semana. O unos ciento sesenta mil kilos (aproximadamente ciento setenta y nueve toneladas) al mes. Y esto únicamente en el Baker residencial. Las fábricas eran una cuestión completamente distinta. No hacía falta que nos dijeran que el Baker industrial, con su inestimable producción diaria, quedaría paralizado por las normas sanitarias al cabo de cuatro semanas de nuestra deserción masiva. Pero el Baker industrial, puesto que la mayoría de sus propietarios y directivos vivía fuera de la ciudad, tendría muy poca influencia, aun cuando se hallara al borde de su cierre forzoso, en la resolución del conflicto. Los auténticos poderes de resolución incumbirían a los tribunales del centro urbano, y el Baker residencial, por su lado, abordaría un cuadro completamente distinto que su homóloga industrial. Aun cuando la segunda ruta se transformase casi de la noche a la mañana en un purulento terreno de vertidos, el ritmo del impacto sobre las calles más pequeñas, los rincones alejados, los parques públicos y los caminos privados sería notablemente más gradual. El ímpetu necesario para movilizar y combatir el problema surtiría efecto solamente al ritmo equivalente

de deterioro visible de las calles de alrededor, entre otras cosas, el ayuntamiento. Cierto que un impulso de pánico los induciría a contratar casi de inmediato a un equipo de repuesto, pero eso también, como todos sabíamos, exigiría un tiempo precioso. Para empezar, la población tendría las manos ocupadas en localizar y reclutar a unos veinte pobres diablos que estuviesen dispuestos y gustosos de aceptar el puesto. Incluso en una trinchera de posos como Baker, todo el mundo sabía que los rastrojos de monte eran una especie rara: un desvalido y casi desesperado tipo de rata de túnel que se encontraba solo en las encrucijadas del simulacro y la resistencia. Era un animal raro, cómodamente resuelto a realizar las tareas que repugnaban a la mayoría de hombres adultos. No era en absoluto, contrariamente a la creencia popular, una materia prima abundante. Los solicitantes de empleo en nuestra empresa llegaban con cuentagotas, uno o dos al mes, y con frecuencia menos. Y cuando venían, entraban a hurtadillas, bañados en un aura de abrumadora gravedad y vergüenza —*Oh, Dios, hasta aquí hemos llegado*—, como cuando se visita un burdel por vez primera en la vida. Se presentaban para el trabajo como el criminal arrepentido en el confesonario. Sus aspiraciones juveniles habían sido pulverizadas. Habían pasado años de tiempos duros bajo la férula de alguien: era una condición previa, un requisito. Sin aquel abismo insondable en la mirada, los rechazaban como no cualificados. No duraban un día. *Para manejar a un intocable había que poseer el rango de intocable*. A la vista de los pocos incentivos que existían (sueldo bajo), encontrar un equipo de reemplazo costaría tres o cuatro meses. Y aun entonces, el obligatorio periodo de ocho semanas para los operadores de excavadoras y máquinas pesadas retrasaría aún más la reanudación de las operaciones. En suma, una ciudad como Baker estaría más que medio enterrada antes de que el nuevo grupo

tomase el relevo, y en cuanto lo hiciese, ¿quién, para ser realistas, aceptaría hacerse cargo de un desmadre de semejante envergadura por seis dólares a la hora? Nadie. Ni siquiera los chicanos. A pesar de todas las ideas de necio orgullo, había más dignidad en cobrar un cheque semanal de la asistencia social que en enfrentarse a un monstruo parecido. Era fácil de ver que, al menos en el Greene County, el basurero era más indispensable que el banquero, el carnicero y el juez de distrito juntos, y mucho más rudo. Era lo único que se interponía entre la comunidad en general y una ruina sin precedentes.

Así pues, lo que John tenía en mente era lo siguiente: en adelante empezaríamos a emitir algunos mensajes propios. Todos nosotros teníamos que convenir, tal como nuestros problemas recientes habían evidenciado, que ya era hora de poner freno a los abusos. Los días de castigo y degradación como basura despreciable estaban a punto de conocer su fin. Con un enfoque apropiado, podríamos transmitir nuestro mensaje en voz alta y clara sin poner en peligro nuestro empleo. Si Kuntsler intervenía le trataríamos en consonancia, aunque sería ciertamente prematura una tentativa firme de privarle de su puesto. Nuestro objetivo por el momento consistiría en declarar nuestras pretensiones en términos claros y concisos: 1) prestábamos un servicio social indispensable; 2) exigíamos el respeto debido a cualquier benefactor público; 3) si nuestras exigencias no eran atendidas —si nuestros servicios no eran apreciados—, la comunidad era libre de buscar una alternativa viable. Resultó que *había* un sujeto en Baker, un gnomo obeso que atendía al nombre de Hackert —más comúnmente conocido como «ese bastardo maloliente y desdentado de la camioneta roja»—, que había obtenido una licencia, mediante Dios sabe qué chanchullo, para ser propietario y gestor de su propio vertedero,

convenientemente situado en su patio trasero de la periferia urbana. De modo que, técnicamente hablando, no éramos la *única* empresa de recogida en el municipio, aunque éramos obviamente la sola capaz de retirar basuras de más de sesenta kilómetros a la redonda. Hackert era nuestra coartada legal: todo el mundo le conocía, su nombre figuraba en la guía telefónica. Teniéndolo presente, podíamos, por tanto, empezar a borrar de nuestras rutas a algunos de los vecinos más problemáticos, puesto que estábamos moralmente, aunque no del todo legalmente, facultados para hacerlo. Cualesquiera repercusiones jurídicas tardarían semanas en materializarse, y en última instancia equivaldrían a poco más de un golpecito en la muñeca. Muy poco comparado con las contrariedades causadas entretanto. Cuando un número suficiente de conciudadanos recibiese el mensaje, empezaríamos a ver un vuelco palmario en la actitud del público. Sería inconfundible: burlándote de los rastrojos tiras piedras contra tu propio tejado. Podrían olvidarse de ti durante un tiempo.

John sacó una hoja blanca de papel, cogió un lápiz de detrás de una oreja y anunció que estaba listo para empezar a apuntar nombres...

Hay en el curso de la vida esos instantes raros e inexplicados en que una situación se aleja tanto del ámbito de nuestras expectativas que los que se hallan cerca dudan del testimonio mancomunado de sus sentidos. Aquel fue uno de ellos. Lo último que hubiéramos esperado cuando John finalmente terminó de exponer la manzana de la discordia que nos oponía al bakeriano común fue que se sacara de la manga un plan de batalla minuciosamente diseñado en total y absoluto apoyo del mismo. Habíamos esperado una lección condescendiente, un reproche cáustico, cualquier cosa menos una

embestida en toda regla. No podíamos creer lo que estábamos oyendo. ¿Había propuesto realmente que comenzáramos a regentar nosotros mismos la empresa, que aceptáramos o rechazáramos a nuestra clientela a nuestro antojo, que si las cosas se ponían muy mal nos limitaríamos a abandonar el trabajo y a dejar que Baker se deshiciera ella misma de sus desperdicios? ¿Era eso lo que estábamos oyendo? Los mismos titubeos que nos habían embargado durante la primera reunión volvían impetuosos una y otra vez. Todavía quedaba mucho Kuntsler al acecho para tomar el mando de la situación en el acto. Rebelión abierta. ¿En qué nos estábamos embarcando? Unos cuantos habríamos admitido más tarde que quisimos poner allí mismo un límite a aquello. De haber hablado Wilbur sin duda lo habríamos hecho. Era verdad que las palabras de John eran perfectamente razonables, era algo innegable. Sus ideas y el modo de exponerlas eran más coherentes que todo lo que hubiéramos escuchado hasta entonces. Pero modificar el itinerario entero era una cosa, y tomar la ley en nuestras manos era otra distinta. Era demasiado para asimilar *in situ*. Estábamos desorientados y confundidos, algo con lo que John muy posiblemente contaba. La lógica de su argumento era: no les dejes pensar, apela a sus instintos básicos. Dales duro y rápido, cuenta los votos, convoca la reunión y déjalos aturdidos. La deliberación genera dudas. Las dudas generan fracaso. Antes de que pudiéramos mirarnos unos a otros, John palmoteó sobre su tablilla de notas y dijo que no disponía de toda la noche.

Exactamente entonces, para romper la tensión y casi como algo concertado, Wilbur formuló la primera sugerencia: Keller & Powell: *¡boicot al matadero!* Al oír esto, un súbito e involuntario gruñido de entusiasmo salió de nuestras gargantas: *Sí... Keller & Powell... Una buena idea. La pondremos en práctica. Que sus vagones de carga se*

amontonen en los campos y que se infesten de ratas almizcleras. ¿Quién ha dicho eso...? La perspectiva de dejar en la estacada a los matarifes de novillos y a los cuidadores de corrales —nuestros más feroces adversarios y atacantes recientes— tocaba la fibra de todo el mundo. Nuestros titubeos se esfumaron de repente. El cuadro entero cambió. Las posibilidades de la aventura que estábamos emprendiendo se hicieron totalmente evidentes.

John apuntó la sugerencia de sabotear a Keller & Powell y pidió más propuestas. Todos nos removimos inquietos, sentimos una tensión en las caderas y lanzamos una mirada rápida alrededor. Después el dique se rompió. De cada rincón del grupo llovió una cascada de nombres que llegaban en tropel a John antes de que pudiese anotarlos. Era como una perrera llena de chuchos ladrando en medio de una inundación urbana... Offenbach, Dotterwich, la tienda de Dotes, Brombourg, la refinería, las pocilgas, aquel tramposo asqueroso de Sparrow's Height (¿cómo se llamaba...? Era el que había pedido una novia por correo a Taiwán), Knopfler, Bloombach, el aserradero Pollenderry, la fábrica de muebles, DMU, etc. Seguimos enumerando. Con todas las payasadas etílicas del mes anterior frescas en la memoria, seguramente hubiéramos podido recitar trescientos candidatos bastardos allí mismo en aquel mismo momento, antes de tener que recurrir al listín telefónico. John estaba sentado al borde del foso, garabateando frenéticamente a media luz. El resplandor de la fogata iluminaba su frente arrugada, su camiseta perpetuamente manchada de café, sus pantalones de esmoquin de segunda mano, todo esto entraba y salía del parpadeo de la luz mientras trabajaba. No sonrió ni una vez, permanecía atento. Alguien sugirió toda la urbanización de Pineridge. Otro dijo que toda la ruta segunda. La reunión no tardó en descontrolarse por completo. Todos teníamos como mínimo uno o dos candidatos que

debían figurar forzosamente en la lista. Dennis y Bailer estaban enzarzados en una discusión. Algunos querían tachar algunos nombres e incluir en su lugar otros. La reunión había degenerado en una loca batalla campal para cuando John finalmente levantó su lápiz y pidió orden. Cada cual necesitó un minuto para cerrar la boca y otro para separar a Dennis y Bailer. La paz se restableció por fin.

El resto de la reunión fue simple. John señaló que no podíamos convocar una huelga general contra toda la ciudad (todavía) y, por consiguiente, optamos por seleccionar y determinar los diez candidatos más meritorios de la lista mediante voto democrático. La votación se efectuó rápidamente levantando las manos. Quince minutos después, la lista estaba completa. Tras una última petición de eventuales sugerencias, John suspendió la reunión, añadiendo tan solo que, en razón de sus esfuerzos, solicitaba el privilegio de añadir a la lista un candidato escogido por él. Nadie puso objeciones. La reunión terminó. John juntó sus notas y abandonó el foso. Entró en la casa. Los demás permanecimos donde estábamos, tomando Schlitz en los hierbajos.

La noche del lunes, lo único que Wilbur pudo hacer fue repartir una fotocopia individual de la lista a cada miembro de nuestro equipo sin que Kuntsler se enterara. El viejo se había vuelto cada vez más paranoico, de un modo progresivo en que cada fase superaba a la anterior, de forma que ahora, la víspera del comienzo de la campaña de boicot, andaba asestando bastonazos por el patio como un pastor en busca de expiación. Wilbur hacía las rondas entrechocando las palmas, no de una manera especialmente sutil, con miembros selectos del equipo a los que les tendía una copia muy bien plegada del plan final tan discretamente como era posible. Cada destinatario se guardaba el papel en un bolsillo después de la palmada en la

espalda y proseguía sin inmutarse su arrastrar de pies sobre la grava. Kuntsler, como siempre, miraba con ferocidad a todo el mundo desde el porche. Hasta después de haber pasado lista, cuando ya habíamos recorrido más o menos un kilómetro del trayecto, la mayoría de nosotros no pudimos inspeccionar la lista. Estaba cuidadosamente escrita con letra de imprenta en el orden exacto que habíamos especificado, solo que además de los diez candidatos elegidos por votación, había un undécimo nombre separado de los otros: en la hoja, con mayúsculas de molde y sin ninguna indicación de su origen o sus motivos estaba escrito: PRIMERA IGLESIA METODISTA DE PULLMAN VALLEY. Ninguno de nosotros le vio mucho sentido. Nos parecía que había candidatos con más méritos en la ciudad. Pero claro que ninguno había sido nunca un enfermo desahuciado. Y ninguno había sido cabrero. Nos encogimos de hombros, pensando que John sabía lo que se hacía, lo entendiéramos o no. No prestamos al hecho la menor atención.

De todos modos estábamos ocupadísimos. Además de estar descifrando todavía las nuevas rutas, teníamos que concentrarnos en no llamar una atención indebida durante el periodo de transición y, a toda costa, en no recoger por accidente la basura de alguno de los candidatos elegidos. Por sencillo que pudiera parecer, esto causó no poca confusión. Cada cual tenía sus propias ideas sobre quién *debería* haber estado en la lista, en oposición a los que habían sobrevivido a la última eliminación. El grueso de la responsabilidad recaía en los conductores, que tenían que consultar el elenco y estar alerta al aproximarse a la dirección de cada candidato.

Al mirar atrás, sorprende que ellos tardaran tanto en formular su protesta, y mucho más que la mayoría lo hiciera con un día de diferencia con los otros. Aquello fue casi demasiado perfecto, sobre todo si se considera la ingente cantidad de desechos orgánicos

producidos por empresas como Keller & Powell. Calculábamos que llamarían dentro de los dos primeros días. Pero no ocurrió tal cosa. Nadie sabe por qué tardaron tanto en quejarse, ellos o cualquiera de los afectados. Lo que sí sabemos es que en ese ínterin nuestra confianza subió hasta las nubes. A medida que las cosas encajaban en su sitio, empezamos a sentirnos capaces de cualquier cosa, a pensar que nadie en Baker podía interponerse en nuestro camino. Cierto que aún no se habían recibido llamadas. Hasta entonces no habíamos topado con ninguna oposición. El personal del Bucket y del Dick tenía en realidad una idea más clara de lo que nos traíamos entre manos que cualquier otro vecino de la ciudad, y ni siquiera ellos sabían con qué carta quedarse respecto a nuestra conducta.

Pero en todo caso, cada uno de nosotros confiaba en que cuando la situación suscitara la atención pública, como inevitablemente ocurriría, estaríamos preparados para afrontarla. Como dijo Donnecker, acertadamente: «Si no pueden echar a uno sin echar a todos, entonces no pueden echarnos a ninguno». Y entonces tendrían que avenirse a nuestras condiciones, que, en definitiva, eran razonables.

De los once candidatos apuntados, cinco estaban en la segunda ruta de Kuntsler, lo que no era nada sorprendente, puesto que en el recorrido de fábricas se hallaban algunos de nuestros clientes más apestosos. Cuando empezaran a llegar las quejas, se había previsto que provendrían en gran parte de esta zona urbana. Ello suscitaba algunas cuestiones cruciales. Como se ha dicho antes, la antigua segunda ruta había dejado de existir. Era las sobras de la primera, segunda y cuarta de Kuntsler, lo que significaba que si la fábrica de muebles (ahora situada en la cuarta) era la primera en quejarse, entonces se consideraría responsables a los designados por Kuntsler para el segundo equipo: casi con certeza un equipo distinto del que

estaba en activo. Además, los turnos programados por Kuntsler duraban cuatro días —el doble de los turnos de dos días de John—, y para complicar aún más las cosas, la dotación real de cada equipo se cambiaba por lo menos dos veces por semana. Es decir, que cuando empezaran a afluir las protestas, el grueso de la cólera del viejo apuntaría hacia dos o tres individuos que sin duda habían estado en otro sitio en el momento de producirse la infracción denunciada. Todo lo cual quedaba reducido a esto: nadie sabía a quién culparían, pero en cuanto comenzase el jaleo, todos teníamos que apoyarnos mutuamente. Solo con que una persona flaqueara, se echaría a perder la sincronización del plan.

La noche del jueves el equipo de Murphy topó con la primera oposición. Estaban haciendo la cuarta ruta de Kaltenbrunner —parte de la primera de Kuntsler— cuando un artero gnomo llamado Brombourg —candidato número tres de nuestra lista— salió dando brincos de su casa a la calle y emprendió una furiosa persecución del camión. Brombourg era la típica escoria blanca. *Figuraba* en la lista. Formaba una lista él solo. Hubiera ocupado un puesto entre los diez primeros en una población cuatro veces mayor que Baker. Le habíamos sufrido años. Curtis y Lester viajaban en los estribos del camión esa noche. Cuando volvieron al patio a las once notificaron a John y a Wilbur el incidente. Lester no pudo evitar una sonrisita al referir que Brombourg no había tenido más remedio que pararse en el arcén, farfullando y resollando mientras el camión continuaba su camino con Curtis y Lester riéndose en el estribo. Aseguraban que su expresión no tenía precio. Pero también estaban seguros de que iba a telefonear esa noche, si no lo había hecho ya. Wilbur consultó con los restantes equipos, como hacía cada noche, y todos le confirmaron que los montones se acumulaban en el patio o el

sendero de entrada de todos los candidatos. Nos previnieron de que estuviésemos alertas respecto al viejo Kuntsler la noche siguiente.

Pero, para sorpresa general, la lista de presencias de la noche siguiente no ofreció novedades. Ni Brombourg ni nadie había llamado. No entendíamos muy bien, pero nadie había protestado. Pensamos que podríamos contar con un poco más de tiempo.

Esa noche hubo dos incidentes más. El primero ocurrió en la ruta de Wilbur, la quinta, cuando dos vecinos a bordo de automóviles dieron alcance al camión y le exigieron que procediera a recoger los cubos del candidato número seis, Arthur Bloombach. Wilbur les dijo que se los metieran por donde ellos sabían, y arrancaron. El segundo se produjo en la ruta de John, la primera, y nada tuvo de extraño que fuera en la fábrica de muebles. Conducía Clayton. Irwin y Dickell estaban en la trasera. Pasaron por la fábrica a las seis y media. Aceleraban por delante de las puertas principales cuando un gentío del segundo turno salió corriendo de la plataforma de carga, agitando los brazos y gritando como locos junto a una montaña de virutas y maderas sobrantes. Dickell les dijo adiós con la mano.

Eso fue el viernes por la noche. Con el fin de semana de por medio estábamos seguros de que la cosa sucedería el lunes. Incluso convocamos una reunión de urgencia para prepararnos. Nos reunimos el sábado por la noche, de nuevo en el patio posterior de Murphy, para debatir nuestras opciones. Todo el mundo coincidía en que la situación había llegado al límite. Pero, a diferencia de antes, no había nada más que decir. Estábamos preparados para cualquier cosa que se avecinase. Nuestro lema colectivo había pasado a ser «No aceptar mierda», lo que por definición deja poco espacio para complejidades. Lo único que se podía hacer era emborracharse, jugar al lanzamiento de herraduras y sustentarnos en nuestro orgullo

inflado como un grupo de vikingos que roen sus escudos la víspera de saquear un pueblo.

Pero también el lunes transcurrió sin motivo de alarma. Y el martes. Y el miércoles. Kuntsler estaba de un humor un poco más de perros que de costumbre según pasaban los días, pero se debía solo a sus sospechas latentes. No se habían recibido quejas. No tenía sentido. Murphy y Wilbur habían teorizado desde entonces que los candidatos de nuestra lista debían de haberse imaginado que el ninguneo de sus domicilios se debía a un despiste idiota que se corregiría solo, y gracias a esa explicación retorcida, postergaban la denuncia por pura pereza. Más tarde nos recriminarían nuestra incompetencia. Parece una explicación bastante plausible para una teoría improbable, pero aun así, ningún razonamiento activo podía justificar su decisión de aguardar *tanto tiempo*. En efecto, su tardanza obraba en detrimento de todos *menos* de nosotros. Dejaban acumularse hasta el descontrol los montones de porquería. Kuntsler continuaba inventando conspiraciones que podrían haber sido aclaradas mucho antes. La existencia de nuevas rutas pasó inadvertida. Nadie captaba el mensaje. Los mismos candidatos que nos habían denigrado sin misericordia durante años reaccionaban ahora con una indecisión de brazos caídos al desafío directo. El único grupo que se beneficiaba éramos nosotros, pues cada día que pasaba la situación se volvía cada vez más grotesca y nos dejaba perpetuamente colgados al borde de un bufonesco abismo *(¿Has visto últimamente el aparcamiento de Keller & Powell? Tampoco ellos)*. De haber comenzado antes las protestas, la magnitud del dilema que siguió no habría sido tan drástica.

La noche del miércoles concluyó oficialmente nuestro destierro del Bloody Bucket. A las doce y cuarto de la noche franqueamos la puerta apelotonados para ocupar el tercio posterior de la taberna

como una manada de camorristas. Si el personal y los parroquianos esperaban ver un regreso avergonzado y timorato, cuando finalmente reaparecimos se quedaron con un palmo de narices. El grito inaugural de Bailer pidiendo una ronda por encima de las cabezas de pescado lo probaba. Nos acogió un unánime ceño despectivo desde todos los rincones de la sala.

Diez minutos antes del cierre un matarife de Keller & Powell se acercó a nuestra mesa. Era un portero de nariz chata y flequillo ondulado. Tres de sus secuaces estaban observando desde el otro lado de la sala. Se detuvo en la cabecera de la mesa, señaló a Clayton y exigió una explicación sobre el descuido que observábamos con respecto a su empresa. No era cosa de risa, dijo. Los vagones a la espalda del edificio estaban empezando a criar gusanos a espuertas. ¿Cuándo proyectábamos volver de vacaciones? Todo el mundo miró a Clayton, esperando su respuesta. Clayton se enderezó y sonrió, diciendo algo como que volveríamos al trabajo el día en que la susodicha empresa mandara a sus empleados a absorber el pus que le exudaba de su eczema rectal. Nuestra mesa explotó. El portero regresó a su mesa humillado. *Lo vas a pagar*, dijo. Iba a *decírselo a los muchachos*. Que era exactamente lo que nosotros, a fin de cuentas, estábamos esperando: no solo a los muchachos, sino a toda la gerencia.

Así y todo, a pesar de quedar toda la tarde del día siguiente para recibir quejas, no se recibió ninguna. Era ridículo. Wilbur y John estaban tan desquiciados como los demás. Todas nuestras provocaciones hasta entonces no habían logrado suscitar una sola llamada telefónica. Tampoco nos importaba demasiado; en realidad empezábamos a sentirnos invencibles. Pero a sabiendas de que el silencio no podía durar eternamente, que alguien tenía que hartarse y telefonear al viejo tarde o temprano, a todos comenzaba a

inquietarnos el desenlace inevitable. Ahora que creíamos habernos organizado, llegaba el momento de proclamar abiertamente la situación, de *¡Rematar la faena!*, como dijo Irwin. En consecuencia, sin consultarnos entre nosotros de antemano, la mayoría resolvió convertir la noche del jueves en una francachela.

Dickell, Burke y Curtis hicieron más de lo que les incumbía en la fábrica de conservas. La sociedad Holtz no había sido finalmente incluida y no figuraba oficialmente en nuestra lista. Pero estaba tan arriba en ella —empatada, de hecho, con la DMU—, que cabía asegurar que habría estado entre las tres primeras de nuestro siguiente itinerario, de haber llegado a hacer otro. El personal de la conservera estaba y sigue estando compuesto por gnomos de Dowler y expresidiarios con un genio de mil diablos. Como sabe muy bien cualquiera que haya hecho al menos alguna ronda nocturna, en el momento en que la plantilla de Holtz comienza a descender la escalera que lleva al aparcamiento, están desenfrenados y a tres cervezas de convertirse en homicidas. Durante los quince minutos que siguen, bombardean a todos los transeúntes con las invectivas más ferozmente hostiles que quepa imaginar. Siempre han sido iguales. Son unos malditos y detestan serlo.

El altercado de aquella noche se desarrolló, en su mayor parte, tal como se lo relataron a Kuntsler. Al entrar en el estacionamiento, no hacía diez segundos que Dickell se había apeado del estribo cuando el grupo de la escalera empezó a llamarle hijo de puta. Reaccionó con la misma rabia reprimida que todos nosotros, para entonces, llevábamos semanas acumulando, y al hacerlo desencadenó en el acto una acalorada discusión. De una parte y otra se cruzaron las réplicas y la cosa se puso cada vez más fea. Una de las ratas de Holtz terminó poniéndose de pie y caminó hacia Dickell a través del

trecho de veinte metros de asfalto. Los restantes peones le azuzaban por detrás con gritos, ánimos y peticiones de sangre. Pero antes de que pudieran llegar a las manos, Jerry Burke, que había estado conectando en silencio la trituradora al contenedor más grande de la fábrica, giró el camión hacia el centro de la explanada, entre Dickell y la rata de Holtz que avanzaba, elevó el vagón de hierro colado hasta el máximo despliegue del brazo del volquete y pulsó el código de volcadura para verter en el suelo, en una serie de explosiones, casi dos toneladas de fragmentos de metal, botellas, cartón y desechos oxidados. Las ratas de Holtz se dispersaron. Burke soltó las abrazaderas que sujetaban el contenedor y este cayó con estruendo desde dos metros de altura sobre las porquerías vertidas. El cajón de hierro dio una y más vueltas, cobró ímpetu y, rebasando el borde del asfalto, cayó en una zanja de desagüe que cerraba el perímetro del aparcamiento. Quedó encajado en el barro sobre una pendiente. Dickell y Curtis saltaron a los estribos. Burke salió de estampida del vecindario.

En el extremo norte de la ciudad estaban Irwin, Bailer y Donnecker, que se habían detenido en el bar de camioneros para hacer una exhibición pública de ingestión de cerveza. En un plazo de treinta minutos hicieron todo el ruido y atrajeron toda la atención que les fue posible. Después dejaron el local y salieron a la carretera como un peligro público. Se saltaron casi la mitad de su ruta. A las nueve, algo más sobrios, llegaron a otra taberna. Estaban como cubas cuando entraron en el Bucket más tarde. Irwin nos aseguró que los había visto como mínimo un metodista, y que Kuntsler, antes de proceder al cierre, debería de haber recibido un soplo de su gira por los bares.

Los demás habíamos dejado rastros parecidos por toda la ciudad. Habíamos boicoteado calles enteras sin motivo concreto. Dennis

había descubierto una fórmula a mitad del trayecto: de cada par de latas, bolsas, carros, etc., depositados para su recogida, dejarían sin recoger uno. Lo cual significaba que *nadie* a lo largo de la segunda mitad de la quinta ruta había sido favorecido con algo que se pareciese ni remotamente a una recogida limpia. En total aquello ascendía a casi trescientas quejas potenciales. Otros, como Lester y Clayton, habían jugado una versión chapucera del juego de las sillas, cambiando las bolsas de basura de los residentes por las de sus vecinos. Incluso habían embarcado en el camión algunos cubos para trasplantarlos a otros vecindarios. La confusión resultante sin duda atascaría las líneas de teléfonos y provocaría litigios acerca de la propiedad legítima durante dos semanas.

Nadie trabajó mucho aquella noche. En conjunto, nuestras rondas fueron un experimento de terrorismo poético. Los operarios de maquinaria pesada afirmaron que el cargamento total de aquella noche era el más liviano que habían visto y procesado en toda su vida profesional. Casi nos habíamos superado. Sentados en un grupo compacto después del trabajo, tuvimos que convenir en que ya estaba: si nuestras actividades de las seis horas anteriores no habían logrado despertar a los muertos, ya nada lo haría.

Mientras estábamos hablando de eso, John, Murphy y Wilbur estaban en el otro lado de la ciudad terminando de clavetear el féretro. A la una y cuarto de la mañana, pocos minutos después de que Kuntsler abandonara el vertedero, abrieron las puertas con una copia de la llave en posesión de Wilbur, desactivaron la alarma como de costumbre y empezaron a vagar sin rumbo por el laberinto. Wilbur llevaba consigo un juego de segunda mano de palos de golf y una almohada llena de bolas. Él y John se subieron al tablero de la mesa más alta y prepararon sus *tees* entre las botellas que habían quedado desechadas las noches precedentes. Murphy se quedó

abajo en el patio para hacerle el puente a una de las apisonadoras. John y Wilbur consagraron la hora siguiente a lanzar veinte bolas por minuto hacia el despacho de Kuntsler con un hierro cuatro, mientras Murphy rodaba enloquecido por el patio, persiguiendo a la perra del aparcamiento. Cuando terminaron, el remolque de Kuntsler estaba acribillado de abolladuras, la apisonadora volcada de costado, girando vertiginosa dentro de un hoyo y la perra desquiciada por la llamada de la naturaleza. Cuando por fin se disponían a partir, Murphy anunció que no soportaba la idea de dejar ni un día más al viejo animal a merced de las patadas y los malos tratos de Kuntsler. La azuzó para que saliera del aparcamiento y la dejó suelta en los campos. La perra corrió derecha hacia el lindero del bosque y nunca volvieron a verla.

Huelga decir que aquello fue el detonante. Si nuestra velada no hubiera cosechado por lo menos el puñado de quejas que causó, habría habido algo drásticamente insidioso. Pero cuando Kuntsler, la noche siguiente, salió de su oficina enarbolando el bastón de «ley y orden», lo hizo como quien hubiera descubierto un complot ultrasecreto gracias a sus propios y minuciosos esfuerzos, no como quien a la postre hubiese encontrado la larga pista de migas de pan que le habían dejado *claramente adrede*. Estaba orgulloso de sí mismo. Nos había pillado con las manos en la masa. Nos parecía estupendo; lo que nos preocupaba no era su jactancioso autobombo, sino cómo reaccionaría ahora que la situación se había desmandado más allá de lo que en principio habíamos pretendido.

Nuestro objetivo inicial había sido boicotear a unos cuantos candidatos elegidos, ponerlos en evidencia para poder negociar una conclusión sencilla de los abusos que nos habían infligido, de ser

necesario por la vía jurídica. Pero el curso de las dos últimas semanas había demostrado que no era una tarea tan sencilla. Nos habían forzado a recurrir a medidas drásticas con el fin de llamar la atención sobre nuestra causa, habíamos quebrantado la ley, tanto la social como la empresarial, y en ese empeño nos lo habíamos pasado bomba. De manera que ahora, aunque hubiésemos querido sentarnos a solventar el conflicto de una forma civilizada, nuestras recientes actividades habrían dañado nuestra cruzada hasta el punto de no poder defenderla. Era un aspecto discutible, de todos modos, pues presuponía que todavía nos interesaba negociar. Para entonces habíamos cambiado por completo de objetivo. Las dos semanas pasadas habían representado una liberación demasiado grande para dar marcha atrás. Habíamos recorrido una gran distancia para volver inminente una situación que a todos nosotros nos hubiese aterrado tan solo dos meses atrás. Antes incluso de debatirlo, sabíamos intuitivamente cuál habría de ser el siguiente paso. Pensamos en ello toda la noche, después de dejar a Kuntsler en el aparcamiento con su cachiporra mellada. Nos dábamos ánimos al respecto mientras procedíamos a preparar la que sería la última ronda nocturna durante una temporada. Tratamos de imaginar cada faceta de lo que nos esperaba, tanto a la población como a nosotros, al regresar al vertedero a la hora del cierre. Apenas alcanzamos a captar el veredicto que Kuntsler pronunció desde el porche y que pretendía ser un alarde de autoridad demoledor: que Dickell, Murphy, Kaltenbrunner y Bailer estaban despedidos; Burke, Altemeyer, Dennis e Irwin quedaban suspendidos un mes, y al resto nos serían descontados cincuenta dólares del próximo sueldo. Seguimos adelante, rumiando la decisión que ahora sabíamos inevitable. Subimos a los camiones y la meditamos durante todo el trayecto al Bucket. Cruzamos la puerta en una fila insólitamente silenciosa.

Entramos en la sala del fondo y nos sentamos lejos de la más nutrida concurrencia a la espera del anuncio que sabíamos cercano y que probablemente John había estado esperando proclamar desde el momento en que se había celebrado nuestra reunión inicial. No nos pilló por sorpresa cuando él tomó asiento en la cabecera de la mesa principal, sacó de una bolsa una resma de papeles más gruesa que nunca, los depositó sobre el tablero de madera y declaró con toda serenidad que había llegado el momento de convocar una huelga general contra toda la ciudad.

IV
LA CRISIS

Seis días después, a las once y media de la noche del jueves, 23 de agosto, una cantidad inesperada de llamadas telefónicas de ciudadanos inquietos del distrito sur de Baker empezaron a afluir de repente en la oficina del sheriff. Según todos los informes, un «maníaco» había emprendido un tiroteo en el estacionamiento de Keller & Powell, con lo que aparentaba ser una escopeta de gran potencia. Nadie conocía los detalles exactos, pero desde donde estaba situado el cuartel general de la oficina, en la calle 7 Este, hasta los agentes que atendían la centralita en aquel momento pudieron oír una ristra de balas crepitando en el vecindario del sur. No hicieron más preguntas. Despacharon de inmediato al lugar de los hechos a tres oficiales en dos coches patrulla. Cruzaron velozmente la ciudad rumbo al matadero, aparcaron sus vehículos en un solar contiguo y rodearon cautelosamente las inmediaciones del perímetro en busca del pistolero denunciado. Pero en vez de encontrarse con un delincuente vesánico, como habían esperado, toparon con William Dole, un empleado muy antiguo de Keller & Powell. Dole, con un peto manchado y una escopeta humeante de calibre 20 debajo del brazo, daba vueltas insensatas al borde del aparcamiento y gritaba obscenidades hacia la extensión ennegrecida del campo de tabaco colindante. Los agentes le desarmaron con presteza y le preguntaron qué creía que estaba haciendo. Respondió que los directivos de la empresa le habían encomendado que patrullara por sus instalaciones para evitar que los coyotes sabotearan los cubos llenos de cartílagos. Recalcó sus palabras señalando el solar sembrado de basuras a su espalda, que estaba recubierto de montones de vísceras en putrefacción. Juró que

acababa de entrar a tomar una taza de café —había estado ausente de su puesto dos minutos— y *esos bastardos arteros* habían llegado del campo y destrozado los cubos. Estaban todos allí, dijo, señalando a la hilera de árboles a lo lejos. Estaban todos allí esperando a que él se durmiera.

Estaba desesperado. Protestó que únicamente estaba haciendo su trabajo y que no merecía aquel trato. Los agentes le dijeron que lo entendían, pero que aun así tendría que haber sido más sensato en lugar de liarse a tiros a medianoche sin autorización. Le confiscaron su Remington, la pusieron a buen recaudo y le mandaron a casa. El solar quedó a merced de los coyotes esa noche.

A la mañana siguiente el sheriff Dippold visitó personalmente a Tom Powell en el despacho principal del matadero. Powell estaba furioso, decía que había necesitado a la mayoría de su equipo toda la mañana para limpiar la explanada. La fábrica entera se encontraba en tal estado que sus empleados no habían podido siquiera aparcar sus vehículos. Todos se habían visto obligados a dejar sus camiones en el estacionamiento del supermercado, al otro lado de la calle, y el personal del mismo no estaba muy contento...

Había sido una mañana terrible para Powell. No estaba de humor para reprimendas. El sheriff Dippold le preguntó a continuación qué derecho creía poseer para autorizar el uso y el porte de armas de fuego sin la debida licencia. Powell, casi a gritos, contestó que si la oficina del sheriff hubiera cumplido su trabajo, nunca habría tenido que recurrir a semejantes medidas. Le aconsejó que volviera a su oficina y revisara las últimas solicitudes recibidas. Entre ellas, si su secretaria valía su peso en clips de papeles, encontraría cinco quejas formales presentadas por el propio Powell en otros tantos días. Comprendería, por tanto, que la empresa de recogida de basuras de

Pullman Valley no había visitado la Keller & Powell ni una sola vez en tres semanas. No habían recogido sus residuos y no les habían dado ninguna explicación al respecto. Las líneas telefónicas del vertedero no funcionaban. Nadie había visto en la ciudad a un camión en varios días, y él no era el único... Y entretanto el departamento de sanidad no le daba un minuto de respiro. Ya le habían puesto una multa, y si no mantenía convenientemente envueltos sus cubos rebosantes de cartílagos, la empresa pronto se vería amenazada con la suspensión obligatoria de todas sus actividades. *Qué coño se suponía que tenía que hacer*, gritó.

El sheriff retrocedió. En lugar de la citación formal que había venido a entregar, salió corrido del despacho como una mula de feria apestada. Prometió ocuparse personalmente del asunto, a lo cual Powell le chilló cuando salía: *¡Hágalo!*

Así empezó una semana confusa para las fuerzas de la ley de Baker. Al abandonar el aparcamiento de Keller & Powell esa mañana, Tom Dippold cogió el trayecto más largo al edificio de su oficina. En el camino reparó en los montones de desperdicios sin recoger que flanqueaban todas las calles y, según pasaba, las palabras de Powell empezaron a resonar como un eco y echaron raíces en su cabeza. Al llegar a su despacho, pidió a su secretaria las solicitudes públicas, el correo certificado, los mensajes telefónicos y todos los avisos de esta clase recibidos en los últimos días. Esperaba quizá un par de informes aparte de las quejas de Powell: en circunstancias normales, la oficina del sheriff en Baker era, por así decirlo, la última parada en el recorrido del cartero. De modo que, naturalmente, le pilló totalmente desprevenido cuando la secretaria volvió y le hizo entrega de un fajo grueso de sobres sellados, mensajes de fax e impresos de solicitudes que no habían reclamado su atención. Le

dijeron que llevaban dos semanas apilados en su cesto. Los cogió nerviosamente y se fue con ellos a su despacho.

Le llevó una hora leérselos todos. Encontró las quejas de Powell (1, 2, 3, 4, 5), perfectamente ordenadas, como le había dicho. Pero además había tres de Dalewright, una de Holtz, una de Sodderbrook y cerca de cuarenta de vecinos de toda la ciudad. Y todas, hasta la última, se referían a que la empresa de eliminación de residuos no efectuaba sus recogidas.

El sheriff estaba perplejo. Convocó a todos sus agentes en el vestíbulo de su despacho para preguntarles si alguno estaba al corriente de la situación. Los agentes se rascaron la cabeza. Solo uno de ellos se adelantó para comunicar que él mismo, residente de la calle 1 Oeste, había depositado la basura para su recogida la mañana del lunes, pero que seguía estando todavía en el bordillo de la acera. Lo que explicaba por qué los japoneses habían bombardeado Pearl Harbor. Dippold disolvió la reunión con un gesto de la mano.

A continuación trató de telefonear al vertedero. La línea no respondía. Dejó que sonara quince veces y colgó. Unos minutos más tarde volvió a intentarlo, nuevamente en vano. Nada. Hojeó una guía de su armario, encontró un número y llamó a una empresa de limpieza de la capital. Tras una larga serie de intermediarios, por fin conectó con el funcionario indicado. Pero este desconocía tanto el caso como él. Las pesquisas de Dippold no dieron ningún fruto. Pasó otros quince minutos desconcertado ante un surtido que quejas. Luego clavó la mirada en la pared un rato.

Tom Dippold tenía cincuenta y un años y había sido antaño albañil y marine. Había completado cinco mandatos consecutivos como sheriff del Greene County, y había ganado sin oposición todas las

elecciones. Le habían hecho acreedor al cargo lo que ampliamente se consideraban sus tres méritos primordiales: su comprensión intuitiva de la conducta local, su inquebrantable política de no intervención en disputas domésticas y su indulgencia respecto a lo que de otro modo o en otro lugar se hubiera considerado infracciones censurables (reyertas callejeras, violaciones de licencias, conducción en estado de ebriedad, etc.). En el caso de ser detenidos por un ocasional escándalo público, la mayoría de los ciudadanos del valle tenía poco que temer de Tom Dippold. El sheriff simpatizaba con la idiosincrasia del bakeriano común. Al fin y al cabo, formaba parte de ella. Esa era su gran baza. Había nacido y se había criado en el Greene County. Le habían educado allí, le habían elegido por ser un autóctono, le consultaban, le elevaban peticiones y le respaldaban como a un dechado de las virtudes locales. Con tal de que su oficina continuase siendo un baluarte de tales valores, su reelección estaba garantizada hasta el día en que se jubilase. Se esperaba de él que solventase lo más rápida y discretamente posible todos los conflictos que surgieran en su jurisdicción. En todos sus años en el cargo había habido solamente cinco delitos graves que exigieron una movilización total de su oficina: dos asesinatos sin relación entre sí, un intento de suicidio, el incendio de la granja Fisher y aquella insurrección rarísima en el extremo norte del valle. Por lo demás, sus cinco mandatos sucesivos habían sido un monumento a la inactividad. Se esperaba del sheriff que erradicase velozmente todos los litigios que se le presentaran, que actuara como juez, jurado y verdugo de un modo silencioso, *laissez-faire*, no problemático y, ante todo, en interés de la *comunidad*, en oposición al resto del país, ya que las dos entidades estaban indiscutiblemente separadas. Tal era el estilo que el bakeriano común quería, y tal era el alcance de la función que Tom Dippold se había esforzado siempre

en desempeñar. Se atenía a la norma no escrita de que todo lo que sucediese tras las puertas en el Greene County no era de su incumbencia; pero, por la misma razón, había tratado de tú a casi todo el mundo en la ciudad durante diez, veinte, treinta años, y por lo general se enorgullecía de que en el distrito sucedieran pocas cosas de las que él no estuviese al corriente.

Era algo muy irregular, por tanto, que se hallase en semejante aprieto: no solo ignoraba por completo los detalles de una situación que evidentemente afectaba a su jurisdicción, sino, más aún, carecía de la filiación más elemental de los empleados de uno de los servicios públicos más fundamentales del valle. Por mucho que lo intentara, no conseguía recordar que conociese personalmente a ninguno de ellos. Era un hecho insólito, pero no menos cierto. El sheriff Dippold no sabía una palabra de sus propios basureros. Muy poca gente sabía.

Decidió enviar al vertedero a dos de sus hombres para que investigaran. Salieron del edificio. Media hora después volvieron con el informe de que las puertas estaban cerradas con llave y no se veía ninguna actividad dentro. Habían gritado hacia el despacho, pero nadie había respondido. Toda la maquinaria permanecía en su sitio. El solar entero estaba vacío como una ciudad fantasma, dijeron. Muy extraño. No lo comprendían.

Tampoco el sheriff. Pasó el resto de la tarde al teléfono con diversas secretarias, archivistas y funcionarios del estado. Llamó a Tom Powell para pedirle información adicional. Incluso habló con una recepcionista del ayuntamiento. Pero no sacó nada en claro. Al final de la jornada no había avanzado un palmo en obtener las señas o el número de teléfono de ningún empleado del vertedero de Pullman

Valley. Abandonó la oficina a las seis con la sensación de no haber conseguido nada.

Al volver a su despacho poco después de las nueve y media de la mañana siguiente, había ya doce mensajes esperándole: tres que hacían referencia a ataques de coyotes, uno del Whistlin' Dick, otro de Holtz, cuatro de particulares que protestaban o volvían a protestar porque no les habían recogido la basura, y el resto de un carácter extrañamente inconcreto. La secretaria estaba desquiciada atendiendo al público. Dippold procuró calmarla redactando un párrafo de respuesta formalista en el que, mediante algunos rodeos, declaraba que el sheriff hacía todo lo que estaba en su mano para llegar al fondo del asunto. A continuación se recluyó en su despacho y efectuó otra tanda de llamadas.

Para empezar, el vertedero continuaba despoblado. El funcionario estatal con quien había hablado la víspera estaba ilocalizable. La recepcionista del ayuntamiento había traspapelado su petición y tenía que consultar sus archivos. Era un mal comienzo. Dippold envió otra vez a dos de sus hombres al vertedero para intentarlo de nuevo. En la media hora que tardaron en volver, la secretaria recibió otras cinco llamadas telefónicas. Cada vez atendía menos a razones. Otros teléfonos del edificio empezaron a sonar, incluso las líneas privadas. Todo el mundo quería hablar con Tom Dippold, pero este, por desgracia, no tenía nada que decir. Los dos agentes volvieron del vertedero con las manos vacías. Se les encomendó que atendieran a sus propios teléfonos.

Al mediodía, la oficina se había transformado en un mercado a la intemperie. En primer lugar, uno de los camareros de Whistlin' Dick entró chillando algo de que los contenedores del callejón estaban llenos hasta los topes. Aporreó el mostrador y juró que había ratas

del tamaño de gatos despedazando los pedidos todas las mañanas. ¿Cuándo acabaría todo esto? Nadie supo qué decirle. Al final le escoltaron fuera del despacho y le pusieron en la calle con la advertencia de que cerrara el pico. Pero muy pronto se acercaron más descontentos, en su mayoría dueños o representantes de empresas. El vestíbulo empezó a llenarse más rápido de lo que los agentes tardaban en vaciarlo. Los teléfonos sonaban sin descanso. El edificio entero parecía una centralita del club PTL. La secretaria echaba chispas, gritaba abiertamente en el auricular y lo colgaba de golpe. Se dijo que desde el otro lado de la calle las puertas principales del inmueble parecían el torniquete del banco público de Nueva York el viernes negro: una fila de caras demacradas y abatidas que entraban y otra fila de rostros aún más compungidos y pálidos que salían. Dippold volvió a ponerse en contacto telefónico con el ayuntamiento. La recepcionista del departamento había salido a almorzar. Le pasaron con otro, no sacó nada en limpio y acabó hablando con la conserjería. Colgó, se ocupó de controlar al gentío durante veinte minutos y volvió a llamar. La recepcionista había vuelto. Se abalanzó sobre ella, exigiendo que encontraran antes de un cuarto de hora el expediente del director del vertedero. Sin excusa ni pretexto. Colgó de nuevo. Salió al vestíbulo. Dos de los agentes habían desenvainado sus porras y montaban guardia en la entrada. Les gritó que no perdieran la cabeza. Ellos volvieron a enfundarlas, acobardados por su mirada. Él hizo una mueca de burla. Se volvió y se encaminó a través de la gente hacia las puertas de los urinarios al fondo de la sala. Durante los diez minutos siguientes, sentado en un retrete bajo llave, ingirió bourbon a morro de una petaca chapada en níquel. El tumulto en el vestíbulo se intensificaba por minutos. Las paredes temblaban, el papel higiénico se bamboleaba en su rollo. Hubo un momento en que temió que

cayesen del techo las placas de fibra de vidrio. Entretanto desplazaba el peso de una pierna a la otra, escupía en su imagen reflejada en el pasamanos de acero inoxidable e ingería grandes sorbos de Jim Beam. Pero en realidad no se sentía mucho mejor que antes cuando regresó al vestíbulo.

Aquella tarde fue probablemente el periodo de cuatro horas más caótico, azaroso y totalmente grotesco que el sheriff viviría —con una notable excepción— en más de veintiocho años como representante de la ley en activo. Más tarde lo compararía a estar atascado en el sur del Bronx en una camioneta llena de escoria blanca vestida a lo Harley. Antes de que terminara, uno de sus agentes le recomendó, solo medio en broma, que levantaran una barricada contra la puerta de entrada, pusieran sacos de arena en todo el perímetro y dispersaran a la multitud hacia el bosque con una manguera. Por raro que pareciera, acabó por ser la única sugerencia cuasirracional formulada en toda aquella jornada.

Aparte de estar tan poco informado sobre la situación como el resto de la gente agolpada, lo que más paralizaba al sheriff era que todo el mundo en la ciudad parecía haber llegado al punto crítico en el mismo momento. Hasta la víspera, las quejas públicas de que guardó constancia su oficina habían sido relativamente reducidas en número y moderadas de tono. La oficina en sí había observado un silencio mortal. Los agentes de guardia habían ganduleado en sus asientos abatibles de nailon, bebiendo agua embotellada del depósito de veinte litros y mirando por la ventana a la central de correos al otro lado de la calle. Reinaba la atmósfera tediosa de siempre. El sheriff, por su parte, solo había oído rumores de algún fallo inexplicable de los servicios públicos, y ni siquiera entonces había tenido el menor indicio de su *magnitud*. Y sin embargo ahora,

poco más de veinticuatro horas después, allí tenía todo aquel espanto desmandado: una pandilla incontrolable de patanes semejantes a un grupo de renegados del ejército de salvación afluyendo en masa a su cuartel general, apiñándose a docenas en la puerta, llenando la oficina principal del hedor flatulento de un furgón sobrecalentado, agitando sus papeles, aporreando los mostradores, pateando contra el suelo, vociferándose entre sí, apartándose a empellones y exigiendo una atención igual y exclusiva. Todos querían respuestas, respuestas, y aún más que eso: *una solución*. Y la querían *ahora*. Tom Dippold hacía lo que podía para facilitar la información de que disponía (lo que equivalía prácticamente a cero) y expulsaba a tantos intrusos turbulentos como juzgaba conveniente (casi todo el mundo que franqueaba la puerta). Mientras tanto entraba y salía para telefonear desde su despacho, dejaba a sus hombres al cargo y hacía todo lo posible para disuadir a la secretaria de que se despidiera del trabajo. Asimismo había que controlar al gentío que se había congregado en la esquina de la 7 y Poplar. Así como a la multitud en la parte trasera del edificio. Y la escalera de incendios. Y los cuartos de baño y el hueco del ascensor (algún gracioso se estaba desmadrando con un bote de crema de afeitar). Además de la centralita y la red de comunicaciones interior. Y siempre los teléfonos, que no paraban de sonar...

Llegó la tan esperada llamada del ayuntamiento. Llegaba con más de dos horas de retraso, pero el sheriff no tenía tiempo ni energía para protestar. Cerró de un portazo para no oír el alboroto del vestíbulo y anotó rápidamente el nombre y la dirección de un tal Jeffrey Harker Kuntsler a medida que se lo dictaban. Colgó. Una llamada inmediata a aquel número no dio resultado. Hizo una copia de los datos apuntados y salió al vestíbulo. Agarró por el cuello al agente más próximo, le encajó el papel en la mano y le ordenó que

fuera a sacar al viejo de la cama, del jardín o del sótano, dondequiera que estuviese, y que lo llevara a su presencia para interrogarle. El agente repitió la orden para confirmarla y se fue. El sheriff se dedicó de nuevo a controlar al gentío. Una hora más tarde el agente destacado informó por radio que no había nadie en la dirección anotada. Ningún signo de vida. Dippold hizo un esfuerzo para *no* gritar. Ordenó al agente que volviera en el acto a la oficina, pero que en el trayecto pasara a recoger a un tal Bill Gibbs, de la Automotive Repair de la calle 1. Tenía que encargarle que presentara lo más pronto posible una sierra circular con dientes de diamante, un cargador de corriente, dos gafas protectoras y su propia persona cualificada en la sede central del departamento. El agente confirmó la orden. Dippold colgó y volvió otra vez al vestíbulo.

Para entonces él y sus hombres estaban ya a punto de empezar a echar sin más trámite a todos los intrusos de cabeza por la puerta. Un tropel enfurecido se había formado en la calle. El estacionamiento de la Automobile Association of America se estaba llenando de Lincolns sospechosamente del último modelo. Ejecutivos y representantes industriales se apeaban de los asientos traseros, se hacían señas unos a otros y se aproximaban al edificio en grupos ordenados. El sheriff no había visto en su vida a nueve de cada diez de ellos. Algunos denunciaban incursiones de coyotes de proporciones épicas. Otros amenazaban con acciones judiciales por «negligencia ejecutiva». Otros reclamaban que apuntasen en una lista sus establecimientos para que una brigada de anticarroñeros los vigilase durante veinticuatro horas. Y había quienes requerían el grado y el número de placa de determinados agentes de la ley, etc., etc., en una cascada incesante de confusas exigencias, agravios, acusaciones, amenazas, todas ellas vociferadas a un volumen que ponía los pelos de punta, y ninguna de las cuales tenía el menor

sentido. Era imposible. El sheriff no había visto nunca nada semejante. Ni su formación en la academia ni, por supuesto, sus experiencias en el puesto le habían preparado para una emergencia de tal naturaleza. La gente no le escuchaba, y se estaba cansando de explicar algo que ni él mismo entendía.

Al cabo de un rato salió a la escalera e hizo un fallido llamamiento al orden. Fue abucheado por todos los que estaban en la calle. Entró en el edificio. Unos minutos después no se contuvo más y autorizó a sus hombres a emplear la fuerza: a todos los que no obedeciesen de inmediato la primera orden directa de despejar la entrada se les agarraría por el cinturón y el cuello para expulsarlos de mala manera.

Acto seguido la escena se asemejó enseguida a un torneo de empacar balas de heno: una sucesión a fuego graneado de ataques repelidos, cuerpos golpeados con porras que daban vueltas de campana, patadas y forcejeos en la escalera, gritos denunciando brutalidad policial. En algún momento de la trifulca uno de los agentes pidió a gritos material antidisturbios y solo sirvió para que le tachasen de idiota, porque no había arsenal en el Greene County para dispersar a multitudes, le dijeron: ni escudos, ni dóbermans, ni redes de mariposa; nada más que un triste furgón celular y seis botes de gas lacrimógeno. Y nadie estaba dispuesto a gasear a la gente. No todavía. Los agentes recibieron la orden de seguir empujando, obstruyendo y desalojando a todo el público de la oficina, de la manera menos comprometedora que pudiesen.

En un momento dado del tumulto, una voz solitaria captó la atención del sheriff. Mientras formaban una barricada en la entrada principal, entreoyó claramente la voz de alguien que gritaba algo sobre los basureros locales, algo como *¿por qué no sacáis a uno de esos rastrojos de su agujero para interrogarlos?* Dippold se giró e

identificó la fuente. Se abrió paso por la sala, apresó al intruso anónimo y le instó a que soltase toda la información que él, o cualquier otra persona, tuviese sobre los basureros de Baker. El hombre contestó que uno de ellos casualmente vivía un poco más abajo de su misma calle, a unas cuantas manzanas del edificio en donde estaban. Dippold sacó velozmente a su informante del vestíbulo y lo metió en un coche patrulla, que estaba en la esquina. Arrancaron y descendieron velozmente Poplar hasta la puerta de Burt Donnecker.

En aquel momento Donnecker estaba sentado en paños menores y comiendo copos de maíz en su habitación estrecha, mirando un documental de televisión. Acababa de despertarse. Se dio un susto de muerte cuando comenzó el aporreo en la puerta. Bajó el volumen del Panasonic blanco y negro, caminó lentamente hasta la puerta, corrió el cerrojo y sigilosamente se acurrucó en el rincón. Los golpes prosiguieron. Una voz al otro lado bramó que en nombre de la ley abriera la puerta. Sabían que estaba dentro, dijo la voz: olían el maíz. Donnecker siguió acuclillado, con los ojos como platos y aterrorizado. No se movió. Al cabo de un minuto oyó los toquecitos en el cristal de la ventana; alguien se había metido entre los arbustos. Permaneció en su sitio. La voz rugió algo más, la promesa de problemas cuando volviese con una orden de registro. Luego se marchó. Donnecker corrió al teléfono para llamar a Wilbur.

La calle entera era un auténtico pandemónium cuando el sheriff volvió a su oficina. Cada escáner de la policía estaba colapsado por una avalancha de correspondencia despavorida. Un tropel de espectadores había afluido al lugar de los hechos para averiguar qué sucedía. Dos detenciones se habían producido: una por tentativa de

asalto, y otra por efracción y entrada (intrusión reiterada). Las paredes del ascensor estaban embadurnadas de crema de afeitar desde el techo hasta el suelo. Las puertas principales se hallaban sitiadas. Un helicóptero no identificado sobrevolaba el inmueble. Los agentes del vestíbulo estaban desquiciados. La secretaria había desaparecido. Un equipo de locutores iluminaba con focos la entrada e informaba en directo sobre el terreno. Apenas se apeó de su coche patrulla, el sheriff fue abordado por un grupo de corresponsales con nariz de hurones, micrófonos de jirafa y enormes cámaras negras. Se escudó y se abrió paso entre el gentío sin hacer comentarios. Pasó por delante de la prensa, entre el cuerpo más nutrido de curiosos, subió las escaleras y franqueó la entrada. Una vez dentro ordenó que desalojaran a todos los presentes so pena de prisión. Requirió cinco minutos y una nueva detención despejar totalmente el vestíbulo. En cuanto hubieron expulsado a todos los intrusos, pasó el cerrojo y atrancó la puerta principal —una violación flagrante de la ley del país— a plena vista de las cámaras. Uno de sus hombres trató de advertirle de las repercusiones eventuales de este acto. El sheriff le hizo caso omiso, alegando que si aquello no eran circunstancias atenuantes, *tú me dirás, cariño, cuáles son*. Era como si se repitiera el Tet[1] entero.

Los agentes, por su parte, estaban derrengados. Tenían las chaquetas desgarradas y el pelo revuelto y despeinado. Algunos se apoyaban encima de escritorios para no desplomarse. Tenían aspecto de haber realizado un número agotador de marionetas. Afuera, la multitud confabulada golpeaba los cristales y levantaban basura a puntapiés. El vestíbulo era una zahúrda. Había papeles y latas de hojalata tirados por el suelo. El tanque del agua estaba volcado. Había crema de afeitar sobre las teclas de la máquina de escribir. Llevaría días recomponerlo todo.

Uno de los hombres preguntó qué hacían a continuación. El sheriff se enderezó como para decir: *Precisamente. Después. Bueno... ¿Qué viene después?* Por un minuto dio la impresión de estar tan perdido como los demás. Pero enseguida se sacudió el desconcierto y se volvió hacia su primer ayudante —el que había ido a la casa de Kuntsler— y le preguntó si habían localizado a Bill Gibbs. La respuesta fue afirmativa, y un momento después llamaron a Gibbs para que saliera de su escondrijo en el office. El sheriff oyó un crujido alrededor, en el cubo de la fregona. Una escoba recostada en la entrada cayó al suelo. Luego Gibbs se adelantó mansamente, tembloroso y pálido, vestido con un mono de chapuzas y acarreando el material necesario.

Muy bien, dijo Dippold, bastante malo era ya que toda la ciudad pareciese estar un paso por delante de ellos en fuera lo que fuese lo que, santo Dios, estaba sucediendo, pero si la prensa les ganaba por la mano entonces sí que estaban aviados. Serían el hazmerreír en kilómetros a la redonda. O sea que el plan era el siguiente: los agentes permanecerían bien alerta custodiando el edificio. Las puertas seguirían cerradas a cal y canto para todo el mundo, sin excepción. Puesto que la secretaria, al parecer, se había comportado como una gallina, uno de ellos tendría que encargarse de telefonear a Pottville para pedir refuerzos. Eso significaba tratar con Jake McPhearson, lo que no resultaría cosa fácil. Además, había que obtener de inmediato una orden de registro para el 725 Sur Poplar. Más tarde se ocuparían de los detalles. Entretanto, él y Gibbs iban a salir furtivamente por la puerta trasera, ir en coche al vertedero y aserrar las puertas. Iban a entrar en el patio y buscar alguna explicación concreta de todo aquel follón por todos los medios. Todos tenían que mantener la calma, estar en contacto constante con él por radio y, de una forma u otra, mantener a raya a la prensa.

¿Le habían entendido? Asintieron. Él asintió también. Y una última cosa, dijo cuando se daba media vuelta para irse: de ahora en adelante y para siempre, por la maldita cuenta que les traía, iban a informarle cada vez que tuviese el cesto lleno a rebosar de quejas del público, como había sido el caso la semana pasada. Él no podía ser la canguro de todos los niños.

Dippold y Gibbs se fueron.

Una vez al volante, el sheriff derrapó en el primer chaflán y bajó lanzado por Hauser Street a no menos de ciento diez kilómetros por hora. Estaba resuelto a evitar a la prensa, pero la acción de salir a toda prisa de la oficina había sacado del cuerpo los últimos arrestos que le quedaban a un Gibbs ya aterrado, y le faltó un pelo para apisonar un partido de fútbol que los gnomos estaban jugando en la esquina de la 11. Puso las luces de emergencia y prosiguió el trayecto. Llegaron al vertedero en cosa de un minuto. Dippold se apeó y displicentemente gritó unas preguntas por el megáfono hacia el patio. Luego lo arrojó al asiento trasero y ordenó a Gibbs que se pusiera a trabajar. Para entonces este temblaba de un modo incontrolable. El sheriff le dio un coscorrón en un costado de la cabeza y le dijo que se sosegara: *había gente que dependía de él*. Gibbs se puso manos a la obra lo mejor que pudo.

Pero apenas se había puesto a trabajar —chispas de la sierra que volaban en todas direcciones, el zumbido de la batería, la mascarilla de protección embozada— cuando una figura señera, una especie de estrafalario gnomo de matorral vestido de nazi, salió dando tumbos de una caravana situada dentro del recinto. Gibbs tuvo una reacción tardía. Vio como la figura bajaba del porche y se dirigía hacia él con pasos desarticulados. Desconectó la batería y se retiró de las cancelas. Trató de advertir al sheriff, que en ese momento, apoyado

contra la portezuela del coche patrulla, estaba hablando por radio con un agente de su oficina. Pero antes de que pudiera avisarle, la figura apareció delante y se abalanzó sobre ellos. Se sobresaltaron. Aquel, hubo de presumir Gibbs, debía de ser el tan comentado director del vertedero y fuente número uno de desdicha pública, aunque a juzgar por su aspecto, y con independencia de cuáles fuesen sus potestades, actualmente no estaba al cargo de nada. De hecho estaba completamente solo y tartamudeaba un galimatías ininteligible en el solar vacío.

Gibbs no acertó a discernir una sola palabra de las que el presunto director escupió en su ataque inicial, ni tampoco tuvo suerte en descifrar una sola frase coherente del enfrentamiento a gritos que se entabló acto seguido. En la medida en que podía afirmarlo, Tom Dippold y el hombre llamado «Cussler» —o algo de este tenor— se enzarzaron en un oscuro, premesopotámico código de combate-polémica que hacía mucho que había desaparecido de todos los anales, y que utilizaba alaridos guturales y gesticulaciones doloridas de flagelación genital. No entendió ni una coma. Y el altercado superó los diez minutos, de un contendiente a otro, sin llegar a punto alguno. Solo hacia el mismísimo final resurgió la lengua inglesa corriente, y solo para expresar lo que Gibbs tomó por el argumento definitivo. Al parecer, el sheriff había acabado por perder los nervios y formuló una amenaza directa de detener y encarcelar al director por obstrucción a la justicia en vista de su negativa a acatar una petición concreta. Pero el director no se avenía en absoluto. Le dijo al sheriff que no perdiera el tiempo: no podían pescarle por ningún lado y ambos lo sabían. Tom Dippold había obtenido lo que venía buscando; había recibido su respuesta con todas las letras. Ahora se trataba de que lo digiriese y se largara.

Dicho esto, el Cussler-director-gnomo-de-matorral les volvió la espalda y se encaminó hacia su oficina, dejando a Dippold sumido en estupefacción y a Bill Gibbs con la batería colgando de las manos. Subió los escalones y desapareció. Fue la última vez que alguien le vio durante algún tiempo.

El sheriff tomó el trayecto lento de regreso a su oficina. No tenía prisa en reencontrarse con el gentío, no después de su visita a Kuntsler ni tampoco, en verdad, con la noticia de que era portador. Atravesó por segunda vez esa tarde el partido de fútbol de los gnomos y luego redujo la velocidad hasta detenerse en la esquina meridional de la 9 Oeste y Hauser. Paró el motor. Bill Gibbs le vio sacar una petaca de su chaleco y dar un largo trago. Le pasó el recipiente. Gibbs dio un sorbo y se lo devolvió a Dippold. Permanecieron sentados en silencio, estacionados junto a una pila de sobrecargadas y gigantescas bolsas de ochenta kilos.

Al cabo de un rato el sheriff sacó papel y lápiz de la guantera y se los entregó a Gibbs. *Escribe lo que te dicto*, dijo. Durante unos minutos Gibbs escribió lo que le dictaba el sheriff. Terminaron al mismo tiempo el bourbon y el comunicado de prensa formal. Luego, ya sin nada que los retuviera, emprendieron el regreso a la oficina.

El noticiario de Pottville 6, a las seis en punto, consagró más de la mitad de su tiempo en antena a transmitir la tarde transcurrida en el edificio de la oficina del sheriff. A lo largo y a lo ancho del Pullman Valley y en sesenta kilómetros a la redonda a partir de Koll County, los televisores de los domicilios y también los de los bares difundieron informes de un estado próximo a los disturbios en las calles de Baker. Secuencias panorámicas filmadas desde el aire mostraron a una muchedumbre que intentaba embestir contra las

puertas del inmueble. Las filmaciones desde tierra habían ensamblado un pastiche de cuatro minutos sobre la brutalidad policial. Pasaron clips de diversos representantes de la industria arrojando sacos de basura en la escalera de entrada, un foco sobre la caballería de Pottville (tres patrullas) que llegaba en pleno despliegue a someter a las masas, y un apasionado manifiesto de indignación y lamento en pro del orden formulado por dos miembros del clero de la iglesia baptista del condado. Era la clase de crónica de sucesos devorada por las masas, de «un perro muerde a un hombre» de la que se nutren los adictos de los medios y las mentes inquisitivas de todo el país. Era seguro que las agencias de prensa telefonearían pidiendo copias al cabo de una hora de la transmisión.

Transcurridas las tres cuartas partes del programa, se leyó en su totalidad la declaración redactada por el sheriff Dippold. El sheriff, andrajoso y desgreñado, abría las puertas de su oficina, se situaba a la vista de todos y se cuadraba delante de los periodistas. Tras una rueda de preguntas esporádicas, se enderezaba y declaraba muy rápidamente que acababa de hablar con el jefe del servicio de recogidas de basura del Pullman Valley y que este le había confirmado las sospechas de una huelga general organizada por su personal. Las condiciones y exigencias fijadas por los huelguistas no se conocían todavía con certeza. Funcionarios de su oficina se hallaban aún en las fases iniciales de la investigación. En aquel momento no podía facilitar más detalles. Sin embargo, prosiguió diciendo, todo Baker podía estar seguro de que él y sus hombres hacían todo lo que estaba en sus manos para llegar al fondo del asunto. En el ínterin, toda aquella agitación y pánico en las calles no servía de nada. Pedía, en consecuencia, la dispersión inmediata de la multitud so pena de seria intervención de la policía. Estaba harto, dijo.

Dicho esto, se giró y volvió a entrar en el vestíbulo. En el último cuadro de la emisión se veía su mirada ceñuda, enfurruñado por encima del hombro entre un *crescendo* de falsa compasión. Luego se fue.

La secuencia final presentaba un *collage* de basureros del Baker industrial y residencial en colores vivos de tecnicolor, junto con los comentarios casi apocalípticos de un corresponsal: *Quién sabe qué deparará el destino a los habitantes de esta localidad pequeña y aterrada*, dijo. *Más noticias a medida que se vayan produciendo*...

La huelga continuó.

Como se había previsto —y estaba matemáticamente garantizado *ab initio*—, el Baker industrial se transformó en una lunática zona de desastre casi de la noche a la mañana. En la parte trasera y lateral de cada edificio, a lo largo del perímetro exterior de cada solar, en las cunetas, al pie de cada farola, en los fosos de vertidos, en las zonas de descanso, en escaleras y rampas de carga, mirases por donde mirases, largas cordilleras de desperdicios y residuos rezumaban y se descomponían en el calor. Cada industria concreta producía excesos de variadas dimensiones y composición que, vistos unos después de otros, creaban un impacto visual drásticamente incongruente sobre el paisaje general. Por ejemplo, a diferencia de los restos más engorrosos generados por la fábrica de muebles y los almacenes de novedades (más de cuatrocientos kilos al día), la producción diaria de la fábrica de papel era relativamente modesta e inofensiva, mientras que, en la puerta contigua, de Keller & Powell o Frugal Bean Inc. salían vagones de grasas contaminadas y pieles, lo que atraía a sus aparcamientos e inmediaciones a bandadas de grandes moscas negras y roedores hambrientos. Atravesar la mitad norte de Pollup Road garantizaba a cualquier motorista de paso un bombardeo de estímulos visuales: a la derecha, un montón desperdigado de crucifijos dañados y en revoltijo encima de una larga hilera de bolsas azules y de paquetes; a la izquierda, siete contenedores rojos desbordantes de virutas de metal herrumbrosas y cristales rotos, justo delante de una pared de treinta metros con ominosas bolsas negras apiladas lo bastante alto para ocultar el edificio que había detrás, y más allá de esto, todos los detritos y la podredumbre de la conservera. Y no había que perder de vista la

carretera: las primeras avalanchas de que se tuvo noticia acontecieron, por razones obvias, en la segunda ruta de Kuntsler.

Los inspectores de la capital que inicialmente se personaron en Keller & Powell fueron de forma indirecta la fuerza motriz que había detrás del grupo de representantes de fábricas la tarde en que la oficina del sheriff Dippold fue asaltada. A mediados de agosto, el departamento de sanidad, al recibir informes alarmantes con respecto no solo a Keller & Powell, sino también a Dalewright, Frugal Bean y Blaine, había enviado a cuatro inspectores a Baker con el propósito de observar e investigar la situación. Los inspectores habían dedicado la mayor parte de su jornada a importunar a representantes, supervisores y ejecutivos de las empresas. Habían llegado a tutearse con personas como Tom Powell, aun cuando sus relaciones fueran tensas. Habían pasado muchas horas en cada fábrica, y se decía que daban la impresión de refocilarse con el efecto inequívocamente desagradable que causaban en todo el mundo. Pero no había pasado mucho tiempo sin que otras industrias comenzaran a requerir su atención también, cuadruplicando sus obligaciones diarias. Para la última semana del mes efectuaban personalmente una ronda por dieciocho oficinas distintas cada veinticuatro horas. Afirmaban que asimismo habían intentado contactar con la administración del vertedero, aunque de una manera u otra sus esfuerzos habían sido infructuosos. Nadie les creyó ni por asomo. Los despreciaba todo el mundo. Los directivos de las industrias, que por lo demás solían ser facciones en guerra, habían entablado correspondencia epistolar y se lamentaban abiertamente de la persecución de que eran objeto por parte de las autoridades sanitarias. Habían formado una red y en última instancia comparecieron juntos ante la oficina del sheriff. De ahí el súbito asedio del día 25, de ahí la impresión de que el dique se rompía de

golpe. El Baker industrial había aunado fuerzas y se movía por propia iniciativa.

El Baker residencial, por otro lado, no había tenido motivos de similar alarma. Se puede afirmar con seguridad que la mayoría de los bakerianos comunes no supo lo que pasaba hasta que Potville 6 o el *Daily Herald* les previnieron del hecho. Cierto que muchos de ellos se habían visto privados del servicio de recogidas durante dos semanas antes del anuncio oficial de la huelga, y tal vez algunos de ellos, sobre todo los empleados de las fábricas, incluso habían empezado a extrañarse. Pero, hablando en términos relativos, las calles de Baker no estaban tan mal todavía, aquello no era nada, desde luego, comparado con la segunda ruta de Kuntsler o los bares de camioneros y los bazares que había a lo largo de la carretera. A finales de mes, en realidad había solamente de ocho a diez bolsas apiladas delante de la mayoría de los domicilios. Los montones ni siquiera se habían juntado todavía. Aún separaba cada pila un trecho de diez metros de hierba calcinada por la sequía. La basura de un residente determinado se distinguía perfectamente de la de su vecino.

Lo cual no quiere decir que en cuanto la huelga se proclamó oficialmente no hubiera repercusiones inmediatas en todos los vecindarios. Por el contrario, desde el momento en que el sheriff hizo su declaración la noche del 25, una ola de histeria colectiva se desató en los barrios de Baker, en su mayor parte espoleada por el «¡Éxodo masivo!», cobertura mediática sensacionalista. Más que otra cosa, fue probablemente el miedo contagiado por el populacho lo que recrudeció uno de los problemas más antiguos de la zona: los vertidos ilegales.

La mañana del 27, tanto la oficina del sheriff como el personal del ayuntamiento se vieron desbordados por las quejas de granjeros,

ciudadanos y hacendados que vivían en las riberas del Patokah a lo largo de cuarenta kilómetros en ambas direcciones del valle. Hubo denuncias referentes a automóviles que descargaban su cargamento de basura en los maizales, a docenas de bolsas arrojadas de noche a las aguas del río, a cajas repletas lanzadas desde ventanas abiertas sobre carreteras secundarias, etc. Un granjero del Bolling County declaró haber hecho cuatro trayectos en jeep desde su campo de tabaco, pero no antes de haber descubierto un infame basural depositado en medio de su cosecha sin recolectar. Los que llamaban estaban tan coléricos que perdían el uso del habla. Todos insistían en que había que parar en seco aquello. Por lo demás, unos cuantos ciudadanos selectos del Greene County acabarían desapareciendo de una forma misteriosa.

Al atender las llamadas, Tom Dippold aborreció descubrir que el personal del ayuntamiento estaba desviando directamente hacia su oficina gran parte de sus obligaciones. Se puso al teléfono para armar la de Dios e hizo llorar a tres secretarias antes de que le pasaran la comunicación con el alcalde Boll. Este le ordenó sin más que cerrara el pico y envió de patrulla a algunas tropas. Él se encargaría del resto. En consecuencia, el alcalde habló por la radio condenando los vertidos y los agentes del sheriff fueron a las riberas del río a retirar basuras empapadas de agua. Esa noche el noticiario de las seis difundió imágenes de funcionarios de la policía cribando montones de posos de café y desperdicios de cocina en busca de señas que delatasen su procedencia. Al término de la transmisión, el alcalde anunció que los vertidos ilegales se castigarían con una multa de trescientos dólares, y estableció una recompensa de cincuenta para toda información que condujese a detener a los culpables. Los resultados fueron concluyentes: los agentes lograron recuperar de los basureros quince o veinte facturas eléctricas,

mientras que setenta y tres chivatos telefonearon para denunciar a sus vecinos. El número total de multas impuestas ascendió a cincuenta y una. Posteriormente los vertidos descendieron hasta un mínimo, pero en su lugar surgió una alternativa retrospectivamente denominada la «guerra de la limpieza».

Esta guerra, que se limitó únicamente al Baker residencial, se libraría el tiempo preciso en que pudo sostenerse (no más de tres semanas) y, a su término, daría paso al primer intento unificado de resolver la huelga. En todo el tiempo que duró, vería la ola inicial de animosidad e interés propio predominantes en el bakeriano común evolucionar hacia un reconocimiento general de la calamidad colectiva y de la necesidad de movilizarse para afrontarla. Habría de concluir en el instante en que fue evidente que no podían ganarla. Sus participantes se precipitarían entonces a salvar a duras penas lo que quedaba del barco ciudadano que se hundía.

Pero esa determinación aún estaba lejos, y muchas novedades acontecerían entretanto. La guerra de la limpieza, pese a su magnitud, fue en realidad solo un preludio, una preocupación de papanatas que asaltó a propietarios de viviendas en las primeras horas de septiembre, cuando todavía nadie sabía muy bien qué pensar y si tomar o no la huelga en serio.

Comenzó con la campaña de multas del alcalde Boll, que efectivamente erradicó los vertidos ilegales como opción viable. Eso fue durante la primera semana de septiembre. Una vez los lugareños se adaptaron al hecho de que ya no podían hacer un atadillo con sus residuos y arrojarlos al río —o, dicho sencillamente, cuando comprendieron que no podían desprenderse de los desechos que producían—, iniciaron una lucha feroz por superarse entre sí en el sentido de mantener y *limpiar* sus restos acumulados. Empezaron a aparecer por todas las calles de la ciudad, lidiando con sus basuras

en un intento de reducir y minimizar las sobras visibles de sus viviendas. Gran parte de la guerra la libraron amas de casa y personas muy caseras que permanecían encerradas todo el día en su cocina y su sala. Se les veía salir sigilosamente de sus porches para adecentar los montones lo mejor que podían, y luego volvían adentro de puntillas para comparar y contrastar desde la ventana sus pilas propias con las de los vecinos más próximos. Entretanto, estos vecinos, que habían estado observando la escena todo el tiempo desde su ventana, no tardaban en asomarse para reactivar por su cuenta el proceso. A medida que cada bolsa, silla o tocón de leña era consolidado o reconsolidado de un modo innovador encaminado a cobrar la apariencia externa menos inquietante en la manzana, los mirones cercanos y los ojos fisgones curioseaban desde ventanas oscurecidas y echaban pestes en silencio los unos de los otros.

Las calles hervían ahora de combatientes de la limpieza, que se dirigían uno por uno a escondidas hacia sus basuras. Si dos o más contendientes se cruzaban en su trayecto, intercambiaban una serie de enhorabuenas tensas, en las que cada uno se afanaba en mostrar un aire despreocupado mientras recorrían con paso tranquilo el césped de la entrada, cuidaban el seto o revisaban el correo. En la primera oportunidad que tuvieran entraban disparados en sus casas para maldecir su mala suerte y seguir aguardando su turno. Empezaban a desearse recíprocamente odiosos infortunios, conjurando a los coyotes, rezando para que hubiera vientos huracanados, soñando con sabotear cada pila alineada en la manzana en lo más oscuro de la noche. Y justo cuando un combatiente individual llegaba a la conclusión final de que el monolito, pirámide o baluarte que había logrado erigir con sus detritus ponía en ridículo a los de los vecinos, algún otro descubría

una fórmula distinta y descompensaba de nuevo la balanza. Entonces se procedía a una reestructuración completa. La batalla seguía una pauta de renovación continua, sobre todo a medida que pasaban las semanas y los montículos crecientes delante de las viviendas se volvían más y más ingobernables.

Todas las noches, cuando el típico «hombre de la casa» volvía de la fábrica o de la oficina, recibía al instante la consigna, antes de cenar, antes incluso de sentarse a la mesa de la cocina para tomar su acostumbrada lata de cerveza, de salir a batallar con los cúmulos amontonados en el césped. Para muchos constituía una aparición desagradable en la orilla de la carretera hacia el final de la hora punta: ratas de fábrica y directivos contables, ataviados con la indumentaria de sus oficios respectivos, se afanaban por igual e igualmente en vano en rastrillar sus basuras, intentar tercamente prensarla en un bloque compacto y en ocasiones, incluso, reconstruir cada bolsa en una tentativa de rebajar el excesivo despliegue de residuos.

Después de anochecido, las luces de los porches y las linternas de mano se encendían y apagaban constantemente en cuanto se instauraba en cada domicilio la alerta carroñera. La peor catástrofe concebible para un propietario escrupuloso era que una manada de coyotes arremetiera contra su basural mientras dormía. Nadie tuvo un descanso reparador durante la guerra de la limpieza. A lo largo del día, los que quedaban en casa libraban una contienda silenciosa, y después del trabajo los obreros formaban una fila en la calle para dar el toque final al montón de la familia, y un hormigueo presidía toda la noche el sueño de los combatientes, que dormían aguzando el oído para captar el más ligero signo de alboroto. Así comenzó la historia.

Mientras todo esto acontecía, el sheriff Dippold libraba su propia guerra. Por alguna razón, en medio del desorden reinante, le buscaban para enderezar entuertos sobre los cuales no poseía autoridad legal. Por ejemplo, no tenía permiso ni obligación de negociar con huelguistas, salvo si los había en su oficina. Tampoco estaba en modo alguno obligado a escuchar quejas y reivindicaciones de propietarios de fábricas descontentos, a mantener informada a la prensa o a conferenciar con inspectores de sanidad bajo ninguna circunstancia. Ese no era su cometido. Aunque hubiera querido intervenir, los asuntos anteriormente mencionados incumbían a poderes superiores a los asignados por su cargo. Pero de alguna forma, allí estaba él prestando asistencia a cada parte afectada de Baker con el consentimiento, la aprobación y hasta la plena recomendación de los departamentos técnicamente responsables. Además de atender a la enojosa sobrecarga de deberes y responsabilidades que *sí* le incumbían (patrullas rutinarias, dispersar turbas, el vergonzoso y degradante envío de sus agentes a las orillas del río, etc.), pasaba dos o tres horas al día hablando por teléfono con burócratas del estado, hacía declaraciones diarias para el *Herald* y Pottville 6, se ocupaba de todo el revuelo existente en el Baker industrial, efectuaba redadas de presuntos vertedores ilegales como Burt Donnecker —solo para encontrar los locales vacíos— y hacía todo cuanto estaba a su alcance para averiguar las exigencias aún sin especificar del gremio en huelga. En suma, estaba haciendo el trabajo de todos *además del suyo*, y era el blanco personal de las críticas aireadas por la prensa, el público y las fábricas. Le habían dejado solo. A nadie le importaba un bledo sus dificultades. Nadie, y menos que nadie los funcionarios responsables, querían saber nada del problema. Las secretarias del ayuntamiento, que intelectualmente estaban a la altura de un banco de truchas en una

represa, no hacían más que complicar las cosas cuando se les consultaba. Sus superiores probablemente sabían menos que ellas sobre la situación. El alcalde Boll esquivaba todas las preguntas formulando promesas huecas y sin efecto en el sentido de que «cogería al toro por los cuernos». Los inspectores de sanidad del estado, por mucho que de boquilla se comprometieran, hasta entonces no habían conseguido satisfacer siquiera la petición más sencilla, la de que proporcionaran a la oficina del sheriff una lista de los empleados del vertedero. Todo el mundo jugaba con él al escondite: que hablara con este, que preguntara a aquel otro, y casi siempre recibía una negativa categórica. Siempre había que recurrir a algún otro para obtener información, a alguien que estaba más arriba, alguien que normalmente no estaba disponible, que estaba eternamente almorzando. Era una pesadilla.

Hasta que finalmente la presión sobre Tom Dippold aflojó hasta cierto punto.

La mañana del 6 de septiembre llegó por correo una carta sin remitente a su oficina. Al abrir el sobre y derramar su contenido encima del escritorio, el sheriff encontró por fin lo que se había estado devanando los sesos para conseguir desde hacía casi dos semanas. Era una lista impresa de reivindicaciones: los términos y las condiciones de la huelga tal como nuestro equipo los había redactado. Era el único comunicado público de esta clase que haríamos en más de diez semanas. Había sido elaborado en el curso de nuestra última reunión, en medio de la algarabía de un debate ebrio. Su presentación final a los funcionarios competentes había sido inevitable, si bien su entrega de hecho se había postergado adrede por cuestión de efectismo. La intención había sido dar a la

población una idea clara de lo que se avecinaba antes de que tuviera la oportunidad de sopesar sus opciones; prolongar el desenlace una o dos semanas a fin de que el mensaje que se transmitía contara con el respaldo de las pruebas visuales desperdigadas por doquier. Tal había sido la idea original, y había dado los resultados apetecidos, aunque, en realidad, la huelga se hallaba todavía en su fase infantil de desarrollo. Fuera como fuese, poco importaba, por lo que al sheriff respectaba. Para Tom Dippold lo único que significaba aquello era una dosis de alivio muy necesitada: una ocasión de aligerar su propio fardo, de quitarse de encima a la prensa y de echar finalmente la pelota a rodar en el terreno idóneo.

Mostradas las cartas, los medios de comunicación se desmelenaron: entre los vertidos que se realizaban en secreto, la guerra de la limpieza en pleno apogeo, las condiciones de los huelguistas declaradas y todo Baker a punto de convertirse en caldo de cultivo para la disentería, nada hubiera podido detener el bombardeo subsiguiente. El *Greene County Herald* y Pottville 6 no habían tenido una primicia mejor en años. Les servían el trabajo en bandeja. Tenían a su disposición a toda una red de gerentes industriales indignados. Tenían al populacho local a punto de estallar. Tenían a un sheriff estupefacto y a sus agentes desorientados. Tenían a un alcalde evasivo a quien nunca se le había visto a menos de cincuenta metros de distancia de los reporteros. Tenían a un ayuntamiento impenetrable. Tenían más material gráfico del que hubieran podido utilizar. Y ahora, como guinda, tenían un nombre que se revelaría más valioso para sus índices de audiencia que todos los ayatolás y mahatmas reinantes a lo ancho del mundo: el nombre de Jeffrey Kuntsler.

Todas las noches, a las seis, pegados a las pantallas de televisión, aguardábamos las últimas noticias. Se convirtió en la piedra angular de un rito: puede que estuviéramos borrachos hasta el alba y que durmiésemos hasta las cuatro de la tarde, pero ninguna fuerza activa de la naturaleza habría podido arrancarnos del televisor durante el noticiario de las seis. Éramos casi demencialmente serios respecto a nuestros programas.

Al principio nos reuníamos en grupos de tres o cuatro en las casas de todos: algunos en la de Bailer, varios en la de Clayton, unos pocos en la de Irwin y los demás, sin falta, en la de Murphy. John y Wilbur siempre se reunían en casa de Murphy.

Pasábamos la hora que precedía al noticiario examinando la edición matutina del *Herald*. Comprábamos montones de ejemplares con el propósito de empapelar nuestras paredes. Recortábamos y planificábamos todas las fotos, crónicas, editoriales y tiras cómicas que caían en nuestras manos. Algunos especímenes eran inapreciables: gnomos de Pineridge en camisón avanzando entre la escoria, combatientes de la limpieza ocultando su cara a la cámara, filas de ratas de fábrica junto a las pilas de desechos humeantes, etc. Los editoriales y cartas de los lectores eran aún mejores. Algunos hablaban de Baker como de un mantillo de estiércol viviente. Otros ciudadanos inquietos sugerían, con toda seriedad, que se sacara a la calle al departamento de policía para sustituir a los rastrojos de monte mientras la huelga seguía su curso. Todo el mundo estaba asqueado. Éramos sin ninguna duda la única camarilla de la ciudad que se partía de risa.

Los periódicos eran buenos —hay que reconocer los méritos cuando existen—, pero el noticiario de las seis era impecable. La fotografía más franca, chillona y deliberada que publicaban los archivos del *Herald* palidecía en comparación con el grotesco

panorama de la recogida de basura y los comentarios vitriólicos de protesta que espigaban los locutores todos los días. Había muy pocos puntos equiparables entre los dos medios de comunicación. El *Herald*, por una parte, publicación del Greene County con una tirada diaria no superior a tres mil ejemplares, tendía a ser más parcial con la «ordalía» del bakeriano común, y por lo general consideraba la huelga como una «crisis». Fue precisamente David Cooke, editorialista local y gacetillero rosa de moderado renombre, el que acuñó el vocablo «crisis», que habría de convertirse en *el* título estelar de toda aquella historia.

El Pottville 6, por su lado, el canal que desde hacía largo tiempo rivalizaba fieramente con Greene County, contaba con una audiencia nocturna que superaba los 70.000 espectadores y era sensiblemente menos compasivo. De hecho, incluso habría podido afirmarse que el Koll County entero se regocijaba con el dilema de Baker desde el primer día. Desde donde estábamos, las transmisiones nocturnas se asemejaban a las arengas previas a un partido, la intoxicación preliminar al desempate que se aproxima. Ya que el Pottville 6, el circunstancial púlpito de fanfarrones, lo estimaba conveniente, y para infinita cólera del bakeriano común, el despliegue informativo estaba claramente a favor de los teutones. Este era el factor, seguramente, que enfurecía a los lugareños más que cualquier otra cosa: el tener que permanecer sentados en sus cuartos de estar mirando cómo su némesis tradicional esbozaba su aviesa sonrisa, se reía y les daba por culo desde una cómoda, segura y, sobre todo, *limpia* distancia. Era demasiado. Baker no sabía qué hacer para desquitarse de la injuria, y Pottville 6 no escatimaba esfuerzos para restregar la herida.

Todas las madrugadas, a las seis y un minuto en punto, terminaban los anuncios y comenzaba el programa. Tras unas breves palabras introductorias, los locutores empezaban enseguida la crónica de la huelga. Los titulares eran siempre tan lúgubres y gargantuescos que a muchos de nosotros nos quedaba la duda de si los guionistas se habrían pasado la tarde recopilando ideas en el Apocalipsis: DEVASTACIÓN INDECIBLE EN LAS CALLES DE BAKER ESTA TARDE; CAOS Y TRAGEDIA EN EL INTERIOR DEL PULLMAN VALLEY; GREENE COUNTY CUMPLE SU TERCERA SEMANA DE PECADOR EN MANOS DE UN DIOS AIRADO… Y cosas de este jaez, un nuevo titular alarmante cada noche. Seguía la primera de varias imágenes que revolvían las tripas: primeros planos detallados de los cubos llenos de cartílagos de Sodderbrook, caras paranoicas que miraban desde escaparates de la calle Mayor, el patio del parvulario en el recreo, entre pilas barridas por el viento, desechos infestados de moscas y gusanos en el distrito industrial de Baker. A continuación las novedades, de haberlas, sobre el proceso de negociación, que venían a ser siempre una madeja de rumores no confirmados y contradictorios. Luego había una exposición especial, de unos cuatro o cinco minutos, bosquejando los diversos aspectos de la historia de la eliminación de basuras en el Greene County. Una noche se habló de la construcción y de la propiedad del vertedero, otra del itinerario de rutas existente y del rendimiento que se le calculaba a cada una. Incluso difundieron un programa especial sobre Hackert —el ya mencionado empresario privado de basuras que poseía una camioneta roja—, pero no pudieron extraer una sola frase inteligible de su entrevista con él (sus comentarios estaban subtitulados). Todo esto acompañado de filmaciones y glosas continuas. A continuación venía la primera pausa publicitaria.

Dos minutos más tarde se reanudaba el programa con otra serie de imágenes: más Baker industrial, más caras paranoicas. Llegó un

momento en que los reporteros se lanzaron directamente a las calles para entrevistar a bakerianos comunes. Solía ser el segmento más desigual e imprevisible del programa, y todo el mundo en la ciudad parecía adoptar una actitud diferente ante el hecho de participar, o más concretamente, de participar en una transmisión de Pottville. Algunos lo consideraban un desaprensivo acto de traición y se negaban a toda costa. Pero otros tenían sus propios motivos —algunos probablemente embelesados por la idea de aparecer en la televisión en cualesquiera circunstancias, otros tal vez sinceramente impelidos a dar testimonio público de protesta— para aceptar las cámaras sin ningún titubeo. Parloteaban y recitaban su parlamento salpicado de numerosas inculpaciones difamatorias: unos mintiendo descaradamente sobre las ordalías que estaban padeciendo, y todos culpando del desastre a los políticos locales, la policía, los tribunales, el vertedero y, en última instancia, el prójimo en general. Vistieran sus ropas de domingo o llevasen indumentaria de trabajo, se mostraban igualmente fríos, ofendidos, asqueados e indignados.

A menudo las entrevistas se prolongaban hasta la siguiente pausa comercial. Mientras esta transcurría, solíamos relajar la atención un rato. Salíamos del aturdimiento para correr a la nevera, reírnos entre nosotros, vaticinar la siguiente entrega del programa. En casa de Murphy, Dennis y Dickell competían apostando sobre quién de los dos hacía mejor el pino. En la de Bailer, apagaban el sonido del televisor durante la pausa. John y Wilbur, repantigados en sus sillas de jardín, daban grandes bocanadas a sus habanos resecos. Allí donde estuviéramos, nos concedíamos un momento de sosiego, pero en cuanto terminaban los anuncios éramos de nuevo todo oídos. La tercera y última secuencia era siempre la más importante.

Al reanudarse el programa se abordaba por fin el meollo del asunto. *«¿Qué ocurre exactamente en el vertedero del Pullman*

Valley?», se preguntaban los locutores. *«Para averiguarlo, transmitimos en directo desde el lugar de los hechos...»* O bien: *«A la espera de descubrir alguna pista, pasamos la antena a nuestros enviados especiales...»*. Entonces se veía a un tropel de reporteros agolpados delante de las cancelas cerradas del solar. El objetivo de la cámara recorría la explanada vacía y se detenía en el remolque de Kuntsler. Se elevaba un coro exigiendo alguna declaración.

Hasta entonces, obedeciendo órdenes directas de John, nos habíamos mantenido al margen de la escena. John había puntualizado con mucha anticipación que, una vez que la huelga estuviese en marcha, la población sería incapaz de movilizarse a no ser y hasta que hubiese un estamento concreto al que culpar del desastre. La opinión pública sería clave a la hora de poner la bola en juego. En cuanto se hubiese identificado y señalado a los culpables, entonces y solo entonces quedaría expedita la vía para entablar negociaciones. A sabiendas de esto, no íbamos a conceder entrevistas. No habría panfletos, desfiles, manifiestos ni manifestaciones de ninguna clase. Nos abstendríamos, sin excepción alguna, de pisar las tabernas. Ya nos habíamos labrado un nombre suficientemente conocido. Nos proponíamos pasar lo más inadvertidos posible, no prestarnos a hacer comentarios, esfumarnos. Al rehuir los focos y dejar que su luz recayera sobre otros, la prensa, las autoridades y el público en general no tendrían más remedio que exigir una explicación a Kuntsler. Y todos sabíamos perfectamente bien que en el momento en que el viejo abriese la boca y eructase la misma invectiva biliosa a la que nos había tenido acostumbrados durante años, la población tendría todo el elemento culpable que necesitaba. Lo único que teníamos que hacer era guardar silencio y dejar que Kuntsler hablara. Él haría el resto. Y si

las cosas salían como estaban planeadas, hasta podía ser que Baker tomara nuestro partido.

Pero durante las dos primeras semanas el viejo ni siquiera se asomó a su ventana. Nadie sabía qué aspecto tenía. Nadie sabía nada sobre él. Su identidad se prestaba a todo género de conjeturas y naturalmente cobró perfiles míticos en su ausencia. Muchos lugareños se lo imaginaban como un grifo del pantano proclive a recluirse y encorvado sobre un plato de papel. Empezaron a circular rumores de que en realidad estaba muerto dentro de su remolque, tendido en el suelo y descomponiéndose a causa de un tiro de escopeta que él mismo se había disparado. Nadie supo qué pensar durante bastante tiempo.

Pero las cábalas se acabaron finalmente la tarde del día 5, cuando un equipo de prensa le avistó inopinadamente en la ventana. Fue una hermosa foto la que aparecería una y otra vez en la pantalla a lo largo de las siguientes semanas: el semblante agrio de Kuntsler, como un estofado rancio, entre las persianas, mascullando palabrotas inaudibles y espantando a los periodistas con un puño cerrado. No podría haber sido más perfecto.

No volvió a aparecer en cuatro días. La primera imagen fue proyectada repetidamente y logró grabarse en la memoria del público, suscitando reacciones encontradas por doquier. Algunos vecinos estaban dispuestos a apostar que el viejo estaba comprensiblemente disgustado, que se retorcía los dedos hasta deshuesarlos para resolver el pleito y que por eso tenía aquel aire repulsivo. *Fatiga del mando*, lo llamaban. Otros no estaban tan seguros; otros no podían poner la mano en el fuego, pero tenían la certeza de que no les gustaba lo que estaban viendo. En cualquier caso, todas las reservas que subsistían sobre su verdadero carácter las disipó del todo su siguiente aparición.

La noche del día 9, y tras muchos esfuerzos, los enviados del Pottville 6 consiguieron atraer al viejo fuera de su caravana, aunque la entrevista resultante, si así podía llamársele —en realidad se asemejó más a un combate de cuadrilátero—, tuvo que ser cortada antes de tiempo debido a la sobreabundancia de tacos. Así pues, los locutores más destacados presentaron formalmente sus disculpas por su indiscreción y prometieron emitir la entrevista tan pronto como estuviese convenientemente expurgada. Lo estuvo a la noche siguiente, pero al emitirla en su totalidad, la parrafada de Kuntsler estaba tan desfigurada por tales juramentos auditivos y tantos intervalos doblados que lo que tratara de expresar, fuera lo que fuese, quedó reducido a una ristra incoherente de artículos y preposiciones punteados por una sucesión de ¡bips! sostenidos. Ni una sola idea clara salió de su boca en toda la declaración. Cuando le preguntaron si había leído las condiciones de la huelga expuestas por sus empleados, respondió diciendo que #@$% sí, había &%$ leído las @#$% condiciones que aquellos &%$# #$%@%$#@ habían #@$% juntos, pero que él se @#$% al $#%& antes de @#$%$@$% considerar #$@#. Prosiguió llamando al sheriff #$@% de #@$%, al alcalde un %$#@ con un @#@#, y a sus exempleados un hatajo de $%#@#$## #@$%. Todo esto agitando los brazos, que entraban y salían del foco de la cámara, y embistiendo contra los reporteros que osaban acercarse demasiado a la valla. Antes de volverse hacia su oficina hizo una última declaración afirmando que el Pullman Valley entero podía $#@% bien %$#@ en su propia %$$@ que a él le sudaban %$#@. No era responsable de #@$%.

Aquella emisión, en efecto, puso fin a la primera fase de la crisis. Antes de la entrevista, todo era confusión y dudas. Después, todo

era confusión y determinación. El elenco de personajes ya estaba completo. Los componentes principales se habían puesto de manifiesto. Y de una punta a la otra la ciudad adquirió la repentina conciencia de que el problema no se resolvería solo bajo ninguna circunstancia.

La sequía de aquel verano figura en los anales como una de las más devastadoras en la historia del estado. Con temperaturas que todavía alcanzaban un promedio de treinta y cinco grados a la sombra al final de la segunda semana de septiembre, casi se habían batido todas las marcas meteorológicas. Dos tercios del embalse de aguas estaban vacíos. La cosecha del otoño corría peligro. Casi todas las mieses se habían agostado hasta el punto de hacer imposible su recolección. El agua de grifo en toda la ciudad era salobre y granulada. Se estaba construyendo en todo el estado un depósito de conservación del agua que regulaba estrictamente la cuota de litros asignada a cada vivienda. Greene County no era en verdad el único en asemejarse a una sima de tonalidad sepia, pero a diferencia del resto del estado, Baker se hallaba en mitad de una huelga del servicio de basuras, y el calor solo servía para exacerbar la penuria.

Incluso en circunstancias normales un correspondiente aumento de temperatura acelera el ritmo de la putrefacción de los desechos orgánicos. Todas las sobras de comida, la hierba cortada, los residuos de grasa, etc., suelen generar un hedor apestoso cuando se les deja a la intemperie durante más de un par de horas. Lo que significaba que al cabo de cuatro semanas de apilar desperdicios en las calles de Baker, el valle entero despedía un tufo que obraba de cebo para todas las especies carroñeras en más de treinta kilómetros a la redonda. Como cabría haber esperado, los animales que se nutren de carroña no tardaron en reaccionar surgiendo de las cloacas y descendiendo a millares de los cielos.

Para empezar, como habían denunciado los matarifes de Keller & Powell, el Baker industrial estaba infestado de gusanos que

proliferaban en una escala desmedida. Bandadas de grandes moscas negras se abatían sobre los cubos llenos de cartílagos en oleadas incontrolables. Nublaban los aparcamientos, devoraban pellejos y vísceras en gruesas capas zumbantes. Iban de un estacionamiento a otro, de un basural a otro, pululando a millones en la podredumbre. No era infrecuente encontrar cinco o seis puñados de bichos en cada bolsa rasgada. Estaban en todas partes: en cestos ordinarios, en la grava, en bandas de neumáticos y en rejillas de radiadores, algunos todavía en estado de larvas y otros comenzando a desarrollar alas y apéndices. Una vez crecidos echaban a volar y se multiplicaban en progresión aritmética. Su número crecía al paso de los días.

En el intento inicial de atajar la epidemia, algunos propietarios de fábricas descubrieron la idea revolucionaria de envolver los cubos de cartílagos en sal gema. A operarios contratados se les ordenó verter bolsas de nueve kilos encima de cada montículo y esperar un par de días para observar los resultados. A la postre, la sal únicamente corroía y en ocasiones licuaba parcialmente los restos en descomposición, lo que, en la práctica, solo servía para agudizar la pestilencia y atraer más moscas. A continuación probaron el amoníaco líquido, pero lo único que hizo fue empeorar las cosas. Finalmente se dieron por vencidos y empezaron a rociar los detritos con pesticidas autorizados. Pero por muchos métodos que probasen, las moscas acababan volviendo con renovada fuerza a su venganza, y a los industriales les quedaban montones casi irreconocibles de putrefacción tóxica, embalsamada a medias y de un aspecto realmente monstruoso. Era repulsivo en un grado inexpresable. Alguien lo comparó a proyectar un lanzallamas sobre un accidente de carretera.

Las moscas pronto se lanzaron a conquistar nuevos territorios. Estaban expandiendo su campo de operaciones. Hacia la mitad de la

guerra de la limpieza descendieron en masa sobre el Baker residencial. A lo largo de todas las calles de la ciudad podía verse al bakeriano común espantando insectos de sus basureros y volviendo a atar bolsas contaminadas. Nubes revoloteantes oscurecían los callejones situados detrás de la calle Mayor. Los parabrisas estaban salpicados, sus limpiadores obstruidos. Se veía a niños correteando sin rumbo por los accesos de iglesias, blandiendo raquetas de tenis en amplios círculos durante horas seguidas. Atrapamoscas y papel tratado se agotaron en los estantes de los grandes almacenes y el Dollar General tuvo que cursar un pedido masivo. Los pasillos escolares fueron fumigados con desinfectantes. Todos los dispensarios públicos administraron vacunas obligatorias. Fue suspendida la venta anual de pasteles al aire libre de la iglesia metodista. Los vendedores de perritos calientes los sábados por la tarde fueron obligados a despachar bajo techo. Se prohibió el acceso a los escombros en las obras de construcción. La lista engordaba: todos los aspectos de la vida ciudadana se vieron de algún modo afectados por la epidemia de dípteros. Y las moscas no eran los únicos carroñeros que afluían. Fueron las primeras del lote en aparecer en grandes cantidades, y podría decirse que en cierta manera atrajeron a los otros, pero no eran en absoluto la plaga más molesta y, bien miradas las cosas, se les habría podido combatir eficazmente si el problema se hubiese limitado a ellas.

Pero, por supuesto, no fue así. Como habría de demostrar el tiempo, eran solamente las exploradoras de avanzadilla por delante del contingente principal, una horda de gallinazos, buitres, ratas de alcantarilla, gaviotas, coyotes, perros salvajes y marmotas, cada especie acercándose de una manera distinta, desde un ángulo o altitud diferentes, en diversos momentos del día y con variadas maneras de obtener la carroña apetecida. Casi huelga decir que

cada alimaña ocupaba asimismo un rango distinto en la escala evolutiva de la vida —el preconcebido orden jerárquico, la ordenación por importancia en el poste totémico—, es decir, cada una inspiraba entre los habitantes una reacción diversa (repulsión, asco, miedo) que no siempre se correspondía estrictamente con la amenaza real que representaban. Por ejemplo, un nido de gusanos siempre despertaba más terror y repugnancia en el ánimo de la mayoría de los residentes de un barrio que la aparición de una docena de gallinazos encaramados encima de un montón de basura. En cierto sentido, aunque solo fuera por razones estéticas, era comprensible. Pero lo cierto era que un nido de gusanos se podía aplastar con el pie fácilmente, mientras que un solo buitre adulto posee unas garras capaces de partir salvajemente en dos el brazo de un hombre maduro.

En cuanto las moscas empezaron a anidar en el Baker residencial, les siguió de cerca la avalancha de predadores que ya habían comenzado a infestar las industrias. Todas las mañanas, justo después del alba, cualquiera en el valle hubiera podido echar una ojeada hacia arriba y ver a diez o quince aves de presa trazando lentos círculos a diversas alturas. Aquellos monstruos plagados de piojos, de ojos negros como el carbón y cuellos ganchudos, a menudo medían ochenta y cinco centímetros de alto, y tenían cerca de dos metros de envergadura. Al lanzarse en picado podían trazar un ángulo de noventa grados y alcanzar velocidades terroríficas antes de rasar para el ataque mortal. Además de devorar cualquier desecho indigesto abandonado por los humanos, comían gusanos, roedores, hierba segada y hasta se decía que habían atacado a coyotes solitarios. Pero los coyotes, con todo, solían formar manadas y eran nocturnos por naturaleza. Eran también cobardes. El parpadeo de una luz en un porche bastaba para poner en fuga hacia

el bosque a toda una manada. Todo el mundo lo sabía, pero aun así inspiraban pánico, en parte debido al tremendo revoltijo al que eran capaces de reducir, en cuestión de segundos, un montículo ordenado de basuras, y en parte a causa de relatos apócrifos de exploradores de la región que alguna vez habían sido atacados, desmembrados y devorados en carreteras secundarias poco transitadas. Los coyotes y los perros salvajes eran más aborrecidos que cualquier otra alimaña, con la notable excepción de las ratas.

Las ratas eran el peor flagelo. Conforme pasaban los años y la huelga iba quedando relegada a un tema controvertido y a veces dolorosamente embarazoso de investigación y debate, la única imagen visual que permanece grabada en la mente de todos, el solo detalle que ha sobrevivido a todas las revisiones posteriores y que invariablemente destaca del resto de recuerdos de los testigos presenciales, es la de un alud de sucias ratas grises arrastrando por veintenas su carcasa lustrosa como aceite por las calles de Baker. Es la única imagen sobre la que todo el mundo parece coincidir, la que nadie ha podido olvidar. Y no es de extrañar: el bakeriano común llegó a acostumbrarse a la visión de halcones gallineros apostados en las ramas de los olmos. Soportaron a los coyotes lo mejor que pudieron. Lidiaron con las ratas acuáticas en los caños de desagüe sin lamentarse demasiado. Pero nadie en el país hubiese reaccionado mejor al despertar una mañana y encontrar a una rata de alcantarilla de más de veinte centímetros mordisqueando un gusano vivo en la puerta de su casa. Hay ciertos límites universales.

Bullían a todas horas: las moscas revoloteaban las veinticuatro del día. Las aves de presa faenaban desde al amanecer hasta el crepúsculo. Las marmotas, las ardillas de tierra, las ratas almizcleras y los gorgojos del algodón aparecían poco antes del mediodía y operaban hasta el atardecer. Las ratas emergían apenas se ponía el

sol y se quedaban hasta las primeras luces. Los coyotes y los perros actuaban desde alrededor de las once hasta las cuatro. El desbarajuste que causaban todos estos grupos juntos no tardaba en atraer a enormes bandadas de estorninos, gaviotas y, venidas de nadie sabía dónde, palomas corrientes en un entorno urbano. Para principios de la estación Baker se había convertido en un zoo de parásitos, en un campo de batalla sin cuartel entre carroñeros rivales. Estaban en todas partes. Hacían sus incursiones a cualquier hora del día. Arrastraban bolsas enteras hasta la carretera y desparramaban el contenido. Revolvían en la porquería en busca de manzanas espachurradas, leche agriada, pan mohoso, coles, cualquier cosa. Todos los basurales hervían de bichos. Las calles estaban devastadas. Por doquier había cristales rotos, regueros de mayonesa mezclados con los residuos de ceniceros, bolsas de té y cáscaras de huevo, macarrones verdes, gusanos reproduciéndose en manteca de freír, gaviotas rajando platos de papel, marmotas que pasaban corriendo con compresas higiénicas en las fauces, buitres que se comían a ratones de campo, búhos que comían ratas de cloaca, estorninos que devoraban gusanos y más moscas día tras día. La entrevista que Pottville 6 le hizo a Ted Drake, un perrero del lugar, prácticamente resumía este paisaje. Drake, residente desde hacía mucho en Baker, y que estaba encarando la peor tesitura imaginable para un miembro de su oficio, afirmó que lo que sucedía allí era un caso genuino de la cadena alimenticia desmandada. La huelga había traído la basura, la basura a los gusanos, los gusanos a las ratas, las ratas a los perros, los perros a los perreros, los perreros habían llenado la perrera, la perrera estaba atiborrada, a los perros les habían inyectado, sus cadáveres habían llenado bolsas y las bolsas habían ido a parar directamente a la calle, atrayendo más

moscas, etc., *ad infinitum*... Era una situación sin salida, dijo. Y no se le veía el fin.

Los efectos a corto plazo fueron múltiples. En primer lugar, la guerra de la limpieza acabó abandonándose como una causa perdida. Hubieran desistido de todos modos, con o sin la afluencia de animales carroñeros. El despliegue visible de cada vivienda se elevaba ahora a una media de veinte a treinta bolsas, y nadie parecía capaz de contener su aumento. Las alimañas facilitaban una buena excusa para desistir. A partir de ese momento, muchos residentes se concentraron simplemente en impedir que su basura retornara a su casa. De la restante no valía la pena preocuparse y la dejaban abandonada a su suerte en la calle. El bakeriano común tenía ahora cosas más importantes en que pensar, como, por ejemplo, redactar peticiones, presionar a los que mandaban, mantenerse a salvo de las ratas de cloaca y acorazarse para eventuales conflictos venideros.

El tráfico constituía otro problema. Como la mayoría de los bordillos albergaban montículos que habían crecido hasta una altura de casi un metro formando una cadena de veinte seguidos, y como los carroñeros causaban estragos y convertían las calles en zona peligrosa, la mayoría de las carreteras urbanas eran cada vez más intransitables. Los detritos se desplomaban sobre las calzadas más aprisa de lo que se tardaba en despejarlas. En cada intersección había amplios espacios bloqueados. Algunos motoristas paraban a despejar la vía antes de continuar, pero otros se limitaban a pasar como bólidos entre la basura que se desperdigaba hacia todas partes. Los carburadores se atascaban. Los neumáticos pinchaban. Por doquier había clavos, cristales, virutas de metal y alimañas atropelladas. Los conductores viraban en redondo ante un tramo de calzada para esquivar avalanchas. A finales de mes se habían

registrado cinco accidentes relacionados con la basura. Por mucho que las autoridades intentaran mantener las calles limpias, eran constantemente desbordadas por una inacabable redistribución de restos. Los pavimentos eran homicidas.

Había igualmente la cuestión de varias fábricas sobre las que pesaba el cierre inminente por infracción de las ordenanzas sanitarias. Con la prolongación indefinida de la huelga, observar los mínimos requisitos de seguridad se había convertido virtualmente en una imposibilidad para las industrias que generasen cualquier clase de residuos orgánicos. Sodderbrook, por ejemplo, acechada todavía por los inspectores de sanidad, se había visto obligada a contratar empleados temporeros para la tarea de proteger los cubos de cartílagos de las incursiones de los coyotes, buitres, ratas y estorninos. Día y noche, cinco chicanos armados de varas montaban guardia sobre el vertedero, desempeñando el papel de espantapájaros humanos a cinco dólares la hora. Lo mismo ocurría en otras industrias y empresas menores: Holtz, Keller & Powell, Dairy Queen, la pocilga, el bazar y casi todas las tiendas que descartaban materias semicomestibles. Era *un grave fardo económico*, o al menos eso aseguraban los directivos empresariales. Comenzaron a ejercer presión para que les concedieran licencia de armas.

Tal como informó el *Herald*, todos los distribuidores autorizados de armas de fuego del área —grandes almacenes, tiendas de deporte y hasta la choza de cebos de Baker— hicieron unas ventas sin precedentes hacia fines de septiembre. Y el incremento no solamente se atribuyó a la autorización del juzgado del Baker industrial de portar armas interinamente, sino también a la iniciativa de residentes particulares de toda la ciudad asustados por las alimañas. Habiendo ratas, gusanos y perros sueltos, parecía que quien todavía no poseyese su propio arsenal se había encaminado

derecho a la armería más próxima. Irrumpían a montones en los clubs de tiro, delirando acerca de gallinazos y defensa doméstica. Algunos de ellos no habían disparado una pistola en su vida. Descolgaron de sus panoplias montones de Colts, Remingtons y Winchesters. Compraban cajas de proyectiles de todos los calibres concebibles. Barrieron de los anaqueles dianas de venado y accesorios de limpieza. El campo de tiro pronto estuvo ocupado durante horas seguidas. Los fines de semana había que reservarlo. Muchos lugareños pasaban tardes enteras en el porche de sus casas, desmontando rifles de segunda mano y enseñando a sus hijos a cargarlos. Ya anochecido, grupos de vecinos fuertemente armados se instalaban en los porches, uno detrás de otro, para beber whisky y esperar a los coyotes. Daba miedo, a juicio de cualquiera. El departamento de policía estaba perdiendo el control. Sonaban balazos en los vecindarios a todas horas. Los agentes que, en respuesta, acudían al lugar de los disparos, hallaban dos o tres coyotes muertos y un lago de basura, pero nadie a la vista. Las pesquisas casa por casa, en caso de que les abriesen, no daban ningún fruto. Nadie sabía nada, nadie había oído tiros. Los agentes volvían con las manos vacías... Pero veinte minutos más tarde volvían a sonar detonaciones en el otro extremo de la ciudad. Los agentes corrían al lugar de los hechos y repetían su encuesta. Pero a pesar de todos sus esfuerzos no llegaron a detener a nadie.

No era tan malo durante las horas del día. Del amanecer al ocaso, el único fuego que se oía en Baker procedía de los finos gatillos contratados por los industriales, y como la mayoría eran cazadores avezados, muy poca inquietud inspiraba el que uno de sus disparos se desviase del blanco elegido. De hecho, desde el momento en que les encomendaron montar guardia en los tejados del distrito suroeste, el solo inconveniente de su tarea cotidiana no era tanto la

contaminación del ruido o la crispación nerviosa provocada por sus intensas descargas —la gente se acostumbró a aceptar estos sacrificios como si fueran forzosos—, sino la cuestión de dónde caerían las aves rapaces que abatieran. Con tantas fábricas situadas a lo largo de la carretera, nada podía impedir que un gallinazo herido cayese del cielo formando espirales y fuese a estrellarse contra el casco de un automovilista de paso. La conmoción resultante podía hacer que la pérdida momentánea del control del volante diese con el vehículo en una cuneta. Por lo demás, a los tiradores que reemplazaron a los grupos de vigilancia de los cubos, con sus bolsillos llenos de tapones para los oídos, su inagotable suministro de cartuchos para ejercitarse y su capacidad, aparentemente innata, de soportar prolongadas efusiones de sangre, se les consideraba benefactores públicos de primer orden.

En las horas diurnas no había tiros en el Baker residencial. Muchos vecinos aguardaban hasta la puesta del sol para empuñar las armas, y entretanto reorientaban el ímpetu residual de la guerra de la limpieza hacia la obtención de sus propios medios legales para controlar a los carroñeros. De la misma manera que las industrias habían presionado para poder contratar a tiradores profesionales —mediante el ejercicio de la presión organizada—, el bakeriano común ahora acudía a los tribunales para exigir la autorización de proceder a un exterminio masivo. Y no les costaba demasiado obtenerla. Todo el mundo, inclusive los miembros del tribunal, estaban mortalmente hartos de los predadores. Gozaba de amplio respaldo el criterio de que antes de que pudieran entablarse negociaciones, antes de que pudiese estudiarse cualquier legislación con respecto a la huelga, primero había que restaurar el orden en las calles. Razonamiento clásico de Baker: si se mueve, persíguelo; limpia los vecindarios de coyotes y gusanos y habrá un ánimo más sosegado en los cuartos

de estar. Evidentemente no se le ocurrió a nadie, o por lo menos nadie tuvo la iniciativa de decirlo en su momento, que andarse con rodeos de deliberaciones excesivas era perder un tiempo precioso y propiciar el empeoramiento gradual del estado de cosas. Si alguien se hubiese detenido a reflexionar, podrían haber señalado que la histeria contra los carroñeros absorbía días enteros, mientras que la raíz del problema —el *apile usted mismo*— crecía hora tras hora. Cuanto más tiempo tardase la gente en abordar la cuestión central —cuantos más señuelos que erradicar la desviaban, cuantas más pistas falsas la apartaban de la verdadera—, más intrincadamente abigarrada se volvía cada dimensión de la pizarra. Fue aquella mentalidad de rata laboral, de abordar cada cosa a su tiempo, en lugar de ir derecho a la yugular, lo que sumió a Baker en un atolladero de inoperancia burocrática en un abrir y cerrar de ojos.

En cualquier caso, se aprobó la petición de un exterminio general en todo el condado. El mandamiento judicial entró en vigor. El 25 de septiembre las escuelas y guarderías estuvieron cerradas todo el día, las carreteras fueron bloqueadas interinamente y todos los viandantes recibieron la orden de permanecer en el interior de sus casas desde las once hasta las dos de la tarde. Los helicópteros aparecieron puntuales poco después del mediodía. Las paredes y las vigas maestras de todas las estructuras de todas partes del valle se estremecieron sobre sus cimientos cuando dos helicópteros con sendos motores gemelos, provistos de fumigadores dispuestos horizontalmente, hicieron repetidas pasadas rascando los tejados. Familias enteras presenciaron la escena desde ventanas cerradas. Tropeles de ciudadanos llenaron las tiendas de la calle Mayor. La oficina del sheriff estaba abarrotada como un refugio antiaéreo. Todos los ojos estaban clavados en el cielo. Cada vez que pasaban los autogiros, un fino rocío lechoso se asentaba lentamente sobre las

calles, prestando al paisaje un aspecto ligeramente escarchado. Apestaba como una mezcla de lejía con mostaza.

El exterminio funcionó hasta cierto punto. Sus efectos no duraron más que la sequía y no fueron totalmente concluyentes —para empezar, los animales carroñeros poseen una capacidad de adaptación notable a los elementos hostiles—, pero, con toda imparcialidad, hay que decir que las calles recobraron su quietud durante un par de semanas. Hasta mediados del mes siguiente no se detectó de nuevo a perros salvajes escarbando en busca de un codillo en las puertas de la pocilga. Ni se sorprendió a marmotas hurgando entre los escombros en pleno mediodía. Las únicas ratas que se vieron estaban lisiadas por ingestión de toxinas y avanzaban renqueando, presas de un torpor paralítico. En cuanto a los demás —los buitres, gaviotas, gorriones, cuervos y gorgojos que habían hecho jirones cada montón de basura— se habían retirado temporalmente a los bosques del norte. No habrían de marcharse, se les descubriría posados en los árboles y escondidos entre los arbustos a todas horas del día, pero durante un tiempo se mantuvieron a distancia de las calles. Estaba claro que se había instaurado en la ciudad un alto el fuego transitorio, o cuando menos una tregua provisional de los elementos.

No obstante todo esto, era un poco tarde para muchas industrias de Baker. Para fábricas como Sodderbrook, el daño ya estaba hecho, y no había campaña de pesticidas que pudiese subsanarlo. La mañana del 28 de septiembre se cerró oficialmente la factoría avícola. Fue la primera en desaparecer, probablemente a causa de su producción sin paralelo. Habiendo llegado el otoño y acercándose ya la época de vacaciones, la empresa se hallaba tan solo a tres semanas de su época de rendimiento máximo. Ya se había preparado para el aumento de productividad que se avecinaba. Los

temporeros ocupaban sus puestos y los almacenes rebosaban de existencias. Pero también desbordaban, por desgracia, los cubos de cartílagos, que eran inextirpables. El vertedero en la trasera del edificio se había transformado en un nauseabundo lago de sangre de ciento cincuenta metros. Un mantenimiento aceptable del perímetro ya no era ni siquiera remotamente factible. Para entonces se habían acumulado más de veinticinco kilos de residuos orgánicos por día, durante casi cinco semanas, en los contenedores, cubos, sacos y hasta cajas de cartón normales, junto a la plataforma de carga. La fábrica cerró con un sollozo y en adelante permaneció callada, salvo por el chillido amortiguado de veinte mil pavos hacinados en el edificio de almacenamiento que se extendía sobre el territorio de Gwendolyn Hill.

Pero el cierre forzoso de Sodderbrook no acabó aquí; es decir, el verdadero impacto que la suspensión de todas sus actividades habría de tener sobre la población comenzó solo en el momento en que sus puertas se cerraron *sine die*. En efecto, el cierre patronal forzado de la empresa ocasionó la introducción de dos factores en la ya turbulenta y enmarañada situación. El primero y más obvio fue el «problema de los espaldas mojadas». Los casi setecientos latinos desempleados que vagaban por las calles sin nada mejor que hacer que congregarse en los callejones y jugar al béisbol en el césped de las iglesias, mientras el resto de la comunidad estaba con las basuras hasta el cuello y enfrascada en papeleos de oficina, contribuyeron no poco a agravar la tensión reinante. El bakeriano común era nervioso y de gatillo fácil. Lo único que les faltaba, como remate de todas sus desventuras, era un levantamiento eventual de las minorías. Y ahí no acababa la cosa. El segundo factor fue la aparición de una nueva especie de supercarroñero, enteramente

inmune a los plaguicidas, que al principio no sería detectado pero que, una vez descubierto, se revelaría como mil veces más calamitoso para la población que todos los demás juntos.

A las ocho y cuarenta de la mañana del primero de octubre, el sheriff Dippold recibió una llamada telefónica urgente de Paul Overholt, jefe del departamento de recursos humanos de Sodderbrook. Overholt estaba aterrorizado. Su voz tenía un timbre de graznido al otro lado de la línea cuando afirmó que alguien había irrumpido furtivamente en el almacén la noche anterior. Alguien había invadido los locales, roto todos los cerrojos y dispersado la mitad de las existencias de la empresa por los campos circundantes. *Había pavos por todas partes*, dijo: treinta mil dólares de mercancía viva y cebada con esteroides, desperdigada por el valle en el cénit de la temporada avícola. Era un desastre, gimió, *un terrible desastre*. Estaba llorando. Se había derrumbado sobre el suelo de su despacho y gritaba en el auricular como un niño al que han hecho rodar hasta el pie de una larga escalera. Tom Dippold le dijo que se calmara; con aquellos histerismos no se iba a ninguna parte. Se ocuparía personalmente de enviar de inmediato a la fábrica a un grupo de agentes, que no se preocupara. Pero entretanto Overholt debía actuar por su cuenta y reclutar a tantos chicanos como pudiera encontrar. No había tiempo que perder. El sheriff colgó y se puso a trabajar.

Overholt no había exagerado. Esa tarde, mientras once agentes de Baker trabajaban al lado de treinta y siete hispanos pertrechados con redes y tres o cuatro operarios de la fábrica, se encontraron literalmente con miles de pavos de entre cuatro y nueve kilos de peso —más de los que nunca cabía la esperanza de recuperar—,

vagando por el valle en bandas desorientadas. Estaban por todas partes, desde la galería más profunda de Ebony Steed hasta en la asociación de veteranos, al borde de la carretera, en la punta meridional de la ciudad. Solo en Gwendolyn Hill había ochocientos pastando. Las orillas del Patokah parecían una floreciente granja avícola. Los límites del valle hervían de pavos desde la falda a la cresta.

Los cotos de caza cobraron un bullicio de tormenta. Dentro de su perímetro abrían fuego desde cada puesto de árbol y cada casucha oculta entre arbustos. A partir del instante en que corrió la noticia entre los demás residentes —alguien había llamado al programa *Locura matutina*, emitido en la frecuencia 93.5, para informar del problema—, docenas de deportistas empezaron a fichar antes de la hora de salida de las fábricas. Al mediodía la parcela principal del coto estaba llena a rebosar, y los grupos seguían afluyendo en bandadas. Más tarde se calculó que los pavos abatidos por los disparos hostiles en un solo día rondaban la cifra de seiscientos cincuenta. Grandes manojos atados se depositaron sobre capós de automóviles y porches fronteros de toda la ciudad. Los que de algún modo escaparon a la fusilería, a los vehículos de motor, a los buitres y a las patrullas de reconocimiento de la fábrica hallaron un nuevo hogar en la floresta del norte. Otros, en sus correteos, salieron del valle y nunca se les volvió a ver.

A eso de las cinco y media, cuando casi todos sus agentes se encontraban todavía dando caza a la mercancía, bajo el ojo siempre vigilante de Pottville 6, el sheriff recibió otra llamada de alarma, esta vez de Bill Tulk, un granjero de Greene County, con respecto a ciertos hijos de su madre o similar que estaban encendiendo una fogata en medio del maizal. El sheriff puso los ojos en blanco y

prometió enviar otra patrulla. Convocó a cuatro de los seis hombres que le quedaban y los mandó a que investigasen la denuncia. Fueron en automóvil a la finca de Tulk, tres kilómetros al este del lindero urbano. Al aparcar delante de la casa principal, divisaron, en efecto, un penacho de humo que ascendía del maizal, tal como les habían informado. Tulk no tenía idea de quiénes podían ser los pirómanos. Sabía muy poco, salvo que el fuego había comenzado una hora antes y que en un momento dado oyó una extraña carcajada procedente del campo. Por lo demás no tenía pistas, aunque si hubiera tenido que apostar dinero al respecto, dijo, habría apostado a que los intrusos eran delincuentes juveniles o ladrones de cosechas.

El sheriff Dippold, visiblemente exasperado, se subió el pañuelo hasta la nariz e indicó a sus hombres que tomasen posiciones. Había llegado a un punto en que se sentía una mujer de la limpieza a jornada completa. Entre enviar a sus hombres a revolver basureros, apresar pavos al lado de chicanos sucios e iletrados, y sufrir todas las noches la burla abierta de los medios de comunicación en poder de los teutones, se había visto sometido en los tiempos recientes al trato más insolente y mezquino que jamás hubiera imaginado. Y ahora, para colmo, estaba a punto de ponerse a gatas en una cosecha chamuscada para sorprender a hurtadillas lo que sin duda resultaría ser un grupo de chavales tomando cerveza de dos centavos alrededor de una fogata de hierbas.

Pero aunque el sheriff Dippold y sus agentes, cuando reptaban por entre el maíz aquella tarde, solo esperaban efectuar la captura rutinaria de cinco o seis delincuentes juveniles, la escena con que toparon en el campo de Bill Tulk habría de perdurar en su memoria como uno de los espectáculos más espantosamente horrendos que

jamás presenciarían. Incluso ahora, años después, a Tom Dippold se le ve estremecerse al recordarlo. No es de extrañar, mucha gente lo haría, pues en vez de descubrir a un puñado de patanes en chándal tomando cerveza despreocupados, como habían esperado, el sheriff y sus ayudantes se abrieron camino entre las espigas hasta llegar al claro y encontraron a no menos de quince auténticas ratas del río Patokah, de hombros caídos, contrahechos, achacosos y aquejados de muchas deformidades, sentados alrededor de un barril llameante y babeando sobre restos calcinados de pavo. Los «asquerosos bastardos» ni siquiera se habían tomado la molestia de desplumarlo. Se limitaban a introducir los dedos en la carcasa y a sostener pedazos de carne cruda sobre el fuego hasta que la piel quedaba bien chamuscada por los bordes. Tenían la cara y las barbas pringadas de salsa. Se habían limpiado las manos en sus camisetas ya raídas y mugrientas. Los más jóvenes de la cáfila, cuyo contorno craneal, muy similar al del hombre de cromañón, evidenciaba siete u ocho generaciones sucesivas de endogamia —la frente inclinada, la mandíbula alargada, los pómulos altos y cavernosas cuencas oculares—, estaban embadurnados de sus propios excrementos y envueltos en pañales sucios y harapientos que parecían haber llevado puestos durante los últimos dos años. El claro entero apestaba a muerte; solo alguien que haya estado muy cerca de una rata de río puede imaginárselo. Quien no ha estado, *no puede*. La única analogía válida es decir que, para el sheriff y sus agentes, era como ser la vendedora del lugar y que te envíen a un campamento de caníbales en una bicicleta de reparto decorada con margaritas. Era lo último que esperaban encontrar dentro de su propia jurisdicción.

Se quedaron temblando, incrédulos. Las ratas de río los miraron a su vez. Por un momento reinó tal silencio que podía oírse el giro de

la veleta sobre su eje en la casa del fondo. El pavo, a medio devorar, estaba tendido de costado. Del barril se elevaba humo. Nadie dijo una palabra.

De pronto estalló. Desde todos los lados, se zambulleron en el maíz al instante. Saltaron pellas de tierra. El barril fue derribado. Salieron del claro y se desperdigaron pisoteando los tallos en su frenética huida. Los agentes les fueron a la zaga. Una especie de caza del zorro animó el maizal: tallos arrancados, tobillos torcidos, agentes que maldecían, cuerpos que caían. En algún punto del barullo el agente Biggs logró enganchar a uno de ellos por el cuello. En otro sitio, el sheriff cortó la retirada de un anciano. Pero los demás se escabulleron. En treinta segundos se habían desvanecido. Tom Dippold y sus hombres se quedaron solos con sus cautivos grasientos, con ganas de vomitar y un picor por todo el cuerpo. Uno de los agentes vomitó, de hecho. Los demás, mirando al suelo con la cabeza gacha, solo acertaban a murmurar, una y otra vez, *¡maldición, maldición,* MALDITA SEA*!*

Lo primero que hicieron al llegar a la oficina fue desvestir, duchar y despiojar a los prisioneros. No se molestaron en leerles sus derechos. Tampoco los hubieran entendido. Ninguno de los dos llevaba ninguna clase de identificación encima. Ambos eran completamente analfabetos. El más joven apenas sabía hablar y el viejo no había oído nunca hablar de la seguridad social. En la medida en que cabía afirmarlo, no poseían un nombre.

Las ratas de río —o la descendencia ilegítima de los «primigenios desolladores de zorros», como se les conoce más selectivamente— viven y moran en la espesura del brezal, lejos del resto de la civilización tal como nosotros la conocemos. Hay unos cuantos campamentos localizados en Bolling County y uno o dos en Burke,

pero la demografía del Pullman Valley es demasiado densa para que se arriesguen a afincarse entre nosotros. Casi todos los campamentos están sepultados en el remoto interior de los Apalaches, independientes de todo el resto del país en casi todos los sentidos. Están más allá de lo que normalmente se considera indigencia; la mayoría carecen por completo de dinero. Muchos de ellos no han puesto nunca los ojos en un billete de un dólar. Son plenamente autosuficientes. Se asientan en remolques desvencijados y cobertizos de madera desiertos en páramos despoblados. Comen siluros y cebollas silvestres. No van a la escuela. No entran en las ciudades. Los hospitales de la comarca, por lo general, no los admiten: cuando caen enfermos, perecen o sanan gracias a su propia constitución. Hasta donde se sabe, no figuran inscritos en ningún registro. No pagan impuestos, no se les convoca para el servicio militar, no votan y están totalmente excluidos de toda clase de ayuda económica. Su existencia como grupo no está documentada prácticamente en ninguna parte.

Pero a pesar de su aislamiento invariable, los residentes de ciudades como Baker *saben* que están allá fuera. Al correr de los años han sido vistos con una frecuencia suficiente para confirmar la continuidad de su existencia, y sin embargo son tan raras las veces que eso les confiere un aura macabra, sobrenatural. Además de las teorías que sostienen que se han apartado progresivamente de las otras especies y ya no se les puede considerar en absoluto humanos, se afirma asimismo que asesinan y devoran a viajeros ambulantes, que violan al ganado ordinario, que marcan a sus hijos con un hierro al rojo vivo y que, del primero al último, son indiscutibles ladrones de cosechas. Son el *ogro* en lugares como Greene County, solo que, a diferencia de otras absurdas creencias populares, *existen* en carne y hueso y, como tales, infunden temor a personas adultas y también

a niños revoltosos. El sheriff Dippold lo sabía con certeza. Era muy consciente de que si se divulgaba el simple hecho de que dos ratas de río estaban retenidas para su interrogatorio en las dependencias policiales, y no digamos que toda una banda había sido descubierta por aquellos predios del valle, Baker bien podría perder lo poco que quedaba de su control decreciente. Comprendía la importancia de mantener en secreto la noticia de su detención; por si le faltaba poco, ahora, al parecer, se había convertido igualmente en el ministro de propaganda. Estaba más que medio tentado de trasladar a los sospechosos bajo vigilancia al punto más alejado del valle para una rápida administración de justicia al estilo de Oklahoma. Podría haber sido mejor para todos, pensó. Pero al mismo tiempo estaba convencido de que habían sido las ratas de río las que habían entrado en Sodderbrook la víspera, de que se habían enterado, por cualquier aberrante conducto subterráneo, de que la fábrica había sido cerrada y de que habían dejado el almacén sin protección y lleno hasta los topes de pavos rollizos y en su punto para quien quisiera tomarlos. No iba a hacer nada antes de interrogar a los presos. Quizá entonces, razonó, con una sólida confesión que le apoyara, lo demás se hiciese en consonancia. Tales eran sus intenciones.

Pero no obstante sus razonamientos, las cosas no salieron como pensaba. Lo que el sheriff no tuvo en cuenta, por motivos convincentes, fue «el beso de Cumberland» o, dicho en otras palabras, «la justicia de la ciénaga»: el código de represalia de las ratas. Tom Dippold jamás había oído hablar de semejante cosa. Tan solo la idea misma le hubiera parecido ridícula. Ni en mil años se le hubiera ocurrido que el grupo con el que él y sus agentes habían tropezado esa tarde pudieran hacer una incursión en la ciudad y

armaran un alboroto en respuesta al encarcelamiento de sus hermanos. La idea le habría parecido, de cabo a rabo, obscenamente exagerada. El sheriff estaba mucho más preocupado por la perspectiva de que Bill Tulk o alguno de sus hombres filtrasen información a la prensa y revelaran al público la cobertura que tan afanosamente procuraba ocultar. Su inquietud consistía en la seguridad interna y nada más. Nuevamente, un craso error de cálculo.

A las doce y media de esa noche tres montones de basura separados en la calle 5 Oeste fueron pasto de las llamas simultáneamente. El equipo de corresponsales de Pottville 6, que por entonces estaba alojado en un motel de forma casi permanente, corrió al lugar del suceso justo a tiempo de presenciar cómo varios bomberos de la zona extinguían los tres fuegos con extintores de espuma portátiles. Un corro de vecinos alarmados se embozaba contra el hedor de plástico ardiendo y las humaredas de pesticida. El suceso dio para cinco o diez minutos de filmación válida, completada con el mordaz testimonio de residentes enfurecidos y con los ojos inyectados de sangre. Nadie sabía quién había provocado las hogueras. Nadie sabía gran cosa de nada, aparte de que, como declararon los bomberos, se había utilizado alguna especie de combustible más ligero, y por lo tanto había que presumir que cada incendio había sido intencionado. Con esta afirmación cerró su crónica el enviado especial. Luego todo el equipo recogió sus pertrechos y regresó a la habitación del motel, donde les esperaba la mesa de montaje. Pero no llegaron a utilizarla. Veinte minutos después de que se hubiera extinguido la primera llamarada de incendios, siete más se produjeron en la calle 11. Los periodistas corrieron de nuevo al lugar de los hechos, de nuevo las mangueras apagaron las llamas y de nuevo nadie sabía nada. Se formularon

cantidad de acusaciones: un vecino estaba dispuesto a apostar que los incendios habían sido provocados por forofos de Pottville poniendo en práctica su acostumbrada tanda de vandalismo previo a los enfrentamientos. Otro estaba persuadido de que detrás de los incendios había determinados miembros de la comunidad hispana local. Un circunstante llegó incluso a sugerir que Jeffrey Kuntsler había salido de merodeo con una lata de gasolina y una caja de cerillas... Todo el mundo tenía sospechas precisas y presuntamente bien fundadas de las que estaba dispuesto a dejar constancia. Pero a la hora de la verdad, nadie había visto nada. Quienquiera que fuese el que andaba suelto con el pedernal —él, ella, ellos o ello—, hasta entonces no había sido detectado por una docena de coches patrulla, dos o trescientos vigilantes espontáneos, un equipo de prensa itinerante y un número creciente de vecinos medio homicidas, todos dentro de un perímetro de ocho kilómetros cuadrados. Y el problema empeoraba: cada vez que apagaban un fuego, otro se declaraba unas calles más lejos. La gente se bamboleaba, los bomberos rezongaban, y todos se encaminaban con un trote errático hacia el punto siguiente de infracción. Esta pauta continuó toda la noche.

No cesaron hasta después de las cuatro. Una hora antes del alba, parecía que los incendiarios, quienesquiera que fuesen, por fin se habían ido. Las calles se sosegaron poco a poco. La gente se fue despacio a casa. El equipo de Pottville 6 recogió sus trebejos, esta vez de verdad; les había ido mejor que a nadie esa noche: como disponían de doce horas para ensamblar y editar un reportaje de cuatro minutos a partir de dos horas de filmación válida, tenían ya el trabajo encarrilado. Estaban eufóricos. Al alejarse de las pavesas humeantes del último fuego, todos coincidieron en que la noche no podría haber sido más fructífera...

Pero a mitad de camino hacia el hotel, como si todavía no tuvieran material suficiente para abastecer a la audiencia durante la semana siguiente, les cayó del cielo un escenario que más adelante haría que su crónica, ya formidable, figurase entre las candidatas a un premio nacional de reportaje. Hasta la fecha sigue siendo casi incomprensible que las únicas personas que atisbaron a las ratas de río aquella noche fueran *casualmente* los miembros de un equipo de prensa, que *casualmente* tenían a mano sus cámaras en aquel preciso momento. A duras penas parece plausible... No obstante, más improbable se considera, por lo general, que un equipo de maquillaje de esta ribera del Flint, Michigan, hubiera podido transformar de forma espontánea a una compañía teatral en algo tan estrechamente parecido a una banda de endógamos apalaches en plena fuga, tal como fue filmado.

Comoquiera que fuese, la crónica completa refiere lo siguiente:

Al doblar la esquina de la calle 9 y Bigler, a una velocidad estimada de treinta kilómetros por hora, el conductor de la furgoneta que transportaba a los corresponsales de Pottville vio algo que surgía de improviso delante del vehículo en la carretera. Pisó el freno y lo detuvo a menos de sesenta centímetros de un impacto seguro. Al alzar la vista, los periodistas se encontraron cara a cara con una especie de «eunuco de aspecto repulsivo», vestido con lo que aparentaban ser retales raídos de sacos de pienso. La figura permaneció unos segundos paralizada donde estaba, con una sonrisa burlona frente a los doscientos vatios de los faros. Luego, sin previo aviso, se dio media vuelta y desapareció. Los reporteros, repuestos de la sorpresa, le persiguieron. Un técnico que iba en el asiento trasero consiguió aprestar una cámara y ponerla en marcha justo a tiempo de captar a la figura doblando la siguiente esquina y sumándose a un grupo de presuntos cómplices en las sombras de la

leñera del Pollenderry. El conductor volvió a dar marcha atrás. Durante los doce segundos siguientes, el cámara rodó un primer plano detallado de doce individuos de similar catadura que tropezaban entre ellos, aterrorizados, en su veloz retirada. Cuando más tarde se difundieron las imágenes, el grupo de fugitivos se dispersaba en todas direcciones, dejando a su zaga camisas de hospital rasgadas, andrajos mugrientos y, lo más notable de todo, latas de combustible oxidadas. La última secuencia mostraba a los cinco o seis últimos desapareciendo juntos en la niebla. Habían huido. Solos en la oscuridad de la leñera, los corresponsales se preguntaban «qué cuernos del demonio» era la escena que habían presenciado.

Cuando se divulgó la nueva de que las ratas de río habían entrado en la ciudad, el bakeriano común, como era de prever, perdió los estribos. Llevaban ya semanas rodando hacia una crisis de nervios total y absoluta; tras haberse mantenido largo tiempo en un estado de permanente alerta roja, habían seguido avanzando y vacilando al borde del colapso más tiempo del que se hubiera creído posible. Dadas las circunstancias, realmente habían resistido la intensa presión con insólita entereza. Otras poblaciones quizá no hubieran aguantado tanto... Pero apenas se anunció que las ratas de río, aquellos ribereños degenerados y abominables, se habían infiltrado entre nosotros para causar estragos, todas las ideas remanentes de sensatez fueron arrancadas de cuajo. A partir de aquel día, Greene County derivó hacia un equivalente de la fase tres del Whistlin' Dick: paranoia sin freno y beligerancia a gran escala. Ya era suficiente desventura que las calles se hubieran transformado en un semillero de insurrección, que estallaran reyertas en el mercado, que vecinos de años y normalmente hospitalarios profiriesen amenazas de muerte de un porche al otro, que los juzgados se estuvieran

asfixiando en su propia burocaca, que todos los días cerrasen más fábricas, que hubiera pandas de chicanos holgazaneando en las esquinas, que se hubiese llegado a tachar de impotente al departamento de policía, que en la entrada de todas las viviendas se apostaran fanáticos de las armas contumaces y geranios moribundos, que las carreteras estuvieran devastadas hasta un grado de marasmo, que montones de desechos recubiertos de una capa de toxinas se apilasen sobre los parquímetros y los conos de tráfico, que el bosque hirviese de carroñeros famélicos y que la prensa hubiese convertido a Baker en *la* granja blanca del estado —todos estos factores ya eran de por sí lo bastante malos—, pero al comprender que, para colmo de todo, las heces de los Apalaches hubieran penetrado en el sanctasanctórum y estuviesen realizando a la descubierta una campaña feroz de incendios de escorias, al percatarse de esto ya no quedaba nada a que agarrarse. A partir de entonces Baker se fue a pique.

Mientras tanto, nosotros atravesábamos nuestro infierno de empanada de carne con verduras.

Ya se ha señalado que nos pasábamos la tarde pegados al televisor, que gritábamos y festejábamos los noticiarios de Pottville y los engullíamos hasta quedar bizcos, con una puntualidad de reloj. Concedamos que todo eso es cierto, pero tan solo constituye una parte del cuadro. La otra era un poco más sombría.

Para empezar, estaba la cuestión del dinero. O su apremiante falta. Aun juiciosamente empleado, siempre había sido arduo llegar a fin de mes con nuestro sueldo. Ningún basurero ha trinchado nunca el pavo de la corte en Navidad. Nuestro trabajo en el vertedero había sido una lucha constante para cubrir las necesidades básicas, un oficio en el que un solo día de ausencia en las rondas creaba la diferencia entre dos o tres comidas al día durante una semana. De ahí que una enfermedad duradera hubiese representado siempre el beso de la muerte. En una ocasión, Irwin había estado once días de baja por causa de una neumonía. Volvió al tajo con casi diez kilos de menos y consumido por el escorbuto. Parecía la muerte debajo de una chistera. Era aterrador. Su aparador y su nevera habían permanecido vacíos el tiempo que estuvo ausente. En cuanto menguó lo que le quedaba de la última paga, tuvo que vender, a su valor nominal, su sagrada colección de monedas con la efigie de búfalo para comprar crema de trigo y sopa de tomate. Se había desprendido del lote completo por una fracción de su valor real, y todo para comprar una bolsita de alimentos básicos. Los demás habíamos vivido historias similares. El quid estaba en que si once días postrado en el catre habían forzado a Irwin a malvender sus

reliquias familiares, no era difícil imaginar a lo que nos estaban reduciendo seis semanas sin cobrar un centavo. Habíamos empezado por sacar nuestros ahorros y comprar casi tres carros enteros de la compra llenos de fideos baratos y empanadas de carne, de a tres por un dólar. La mayor parte de los víveres estaba almacenada en la nevera de la cocina de Murphy, que se había convertido en el figón oficioso del grupo. A mediados de la segunda semana ya habíamos consumido las provisiones. Todas las noches, a las cinco, Murphy ponía a hervir una olla enorme de agua. Las horas siguientes, diez o quince de nosotros nos afanábamos en ingerir hidratos de carbono y pan milagroso. Al principio había bastante salsa roja y ajo para ir tirando. Luego rebajamos la dieta a aceite vegetal y sal. Luego tomábamos solamente sal. Una cosa acerca de las pastas: a la larga suelen ser más agradables al paladar que, pongamos, las sardinas enlatadas o los canapés, y *muchísimo más* que las empanadas de carne y verdura. Para la quinta semana de huelga, aquellas empanadas nos habían abierto en el buche un agujero de siete centímetros de diámetro. Nos producían a todos arcadas involuntarias. Nos habíamos efectivamente envenenado para toda la vida. Incluso hoy, al cabo de tantos años, somos incapaces de aguantar la proximidad de *ningún* producto de la empresa fabricante. El solo olor de esos conservantes nos remueve el estómago. Es una reacción muy parecida a las secuelas del viaje que padecieron los refugiados de Ellis Island, una aversión vitalicia a los arenques salados.

La pasta no era tan mala. Lograba sustentarnos después de que se hubo agotado la calderilla para gastos cotidianos como la gasolina, el chicle y las cervezas a presión de los bares. Éramos sumamente meticulosos con nuestros gastos diarios. Algunos de

nosotros habíamos perdido unos kilos de peso (Dickell), pero hasta entonces íbamos tirando sin pararnos a pensar en desistir.

Otros obstáculos de todos los días eran el aburrimiento, la inactividad y el síndrome de claustrofobia inducido por el aislamiento. Como nuestra consigna primordial era mantenernos lejos de la mirada pública, no teníamos más remedio que permanecer enclaustrados en nuestro alojamiento y esperar, hora tras hora y día tras día de forma insoportablemente lenta. Y ello significaba abstemia: nuestras existencias de cerveza, limitadas como eran, estaban estrictamente reservadas para la velada que seguía a los noticiarios. Y hasta aquellas reservas habían disminuido. Por las tardes dormíamos, limpiábamos la casa, hablábamos por teléfono, fumábamos cigarrillos y, por supuesto, veíamos la televisión. Veíamos más programas de concursos y entrevistas y más seriales de lo que ahora quisiéramos reconocer. Algunos se engancharon a los seriales. Hasta *ese* punto llegamos. Hay pocos espectáculos más deprimentes en toda la creación que Dennis Stauffer rascándose las pelotas mientras mira ensimismado *Los días de nuestra vida*. Pero no había otra opción. No podíamos salir. Había demasiados tiroteos y alborotos en las calles. Hasta entonces nos las habíamos ingeniado para eludir a la prensa. Los reporteros y corresponsales nos habían dejado tranquilos y como habíamos previsto, se conformaban con Kuntsler. El viejo tenía más valor mediático, a fin de cuentas, que todos nosotros juntos. En un momento dado de aquel periodo —quizá hacia el final de la tercera semana— se había aficionado a conceder extensas entrevistas al primero que le saliera al paso. Indudablemente creía que se estaba prestando un servicio a sí mismo, incluso conquistando la aprobación pública con su oratoria de brazos extendidos. Se había convertido en la quintaesencia del antipoeta, el «gran sacerdote de la perdición

pública», el «parlanchín de chorradas», el «árbitro de elegancia de la sentina». En realidad todo aquello parecía divertirle. En cierto sentido era comprensible: veinticinco años pasando lista teatralmente, y el compendio de pedagogías resultante le había conferido casi una talla macartiana. Y ahora tenía un auditorio nuevo: ante miles de espectadores que nunca habían sentido la cercanía de su látigo, se refocilaba con aquellos momentos de su *magnum opus*. Vertía la misma retórica trasnochada, truenos fallidos y palabrotas espigadas de la caza de brujas, que se habían vuelto rancios, ineficaces y tediosos para todos nosotros desde hacía años; cosas como: *No te mearía ni aunque estuvieses ardiendo* o *Doce chicanos muertos no son más que un buen comienzo*... Nadie en la ciudad se libró de sus acusaciones rimbombantes. El alcalde era esto, el personal del ayuntamiento aquello, los demás eran un hatajo de penosos tal y cual... Y el público se lo tragaba, aunque no exactamente como el viejo pretendía. Bastante antes de que las ratas del día hicieran su primera aparición, Kuntsler se había convertido, unánimemente, en el enemigo público número uno. Se había encasillado en el papel de anticristo. Nadie salió en su defensa. Algunos bakerianos llegaron a confesar que si hubieran tenido que trabajar a sus órdenes, ellos también estarían en huelga. *Cristo, era repugnante*... Tal actitud, por supuesto, no nos perjudicaba un ápice, aunque recalcaba la necesidad de guardar silencio. Lo cual representaba continuar el aislamiento, más horas sin término recluidos bajo techo. Más inactividad enloquecedora. Solo cuando amanecía (porque las horas nocturnas se habían vuelto demasiado peligrosas para arriesgarnos a que nos vieran en público) podíamos aventurarnos a salir de casa. Cuando lo hacíamos peinábamos las calles, examinando la carnicería como padres orgullosos. El trastorno originado realmente era increíble.

Sobrepasaba incluso nuestras expectativas. En poco menos de un mes y medio Baker se había metamorfoseado en un pozo séptico pululante que hacía que a su lado el vertedero pareciese un patio sobre la Riviera. Era como si hubiesen tapado de repente el sumidero de la ciudad y todos los afluentes hubieran desbordado en una cascada de olas incesantes, putrefactas. Servía de recordatorio eficaz de lo que acechaba detrás del decorado: lo que entraba, salía, y lo que salía, si se abandonaba a la incuria, no iba a ninguna parte. Se acumulaba en todas direcciones, asentándose bajo su propio peso, basculando sobre sus cúmulos desparramados. Se extendía sobre la entrada de los porches, orillaba felpudos y escaleras, ensuciaba senderos de grava y paseos públicos, desplazándolo siempre el hurgar continuo de los carroñeros invisibles. Cisnes de porcelana y vírgenes de bañera estaban maculados de mostaza y aceite de freír. Jardines de flores y arriates de cactus estaban sembrados de viejos harapos, sedales de pesca y frascos de medicamentos. Viñas y paredes de hiedra silvestre se aferraban a postes manchados, mondos y chamuscados de negro. Aros de baloncesto y amarillentas banderas militares colgaban de contenedores atestados, desbordantes de cubos de basura y heladeras de poliestireno desgarrado, sobre las calzadas, debajo de coches aparcados, a lo largo de las cañerías del alcantarillado y de las cajas de pino sobre los bordillos. Lo inspeccionábamos todo hasta la primera hora punta matutina. Luego volvíamos adentro. La otra vez en que salíamos era para cruzar la ciudad hasta la casa de Murphy o de Bailer. Solía ser a eso de las cinco. Las reuniones nocturnas eran siempre el punto culminante del día, nuestro único alivio del aburrimiento aplastante. Sin ellas es muy posible que no hubiéramos aguantado.

La noche anterior al día en que recibimos la primera llamada del ayuntamiento, organizamos nuestra mayor juerga. Fue el 4 de octubre. Todos, incluidos John y Wilbur, nos habíamos reunido en la casa de Murphy a la hora de la cena.

El programa de Pottville de esa velada fue estupendo. Los programas mejoraban cada noche. Los reporteros *in situ* del canal 6 se asfixiaban recabando comentarios en vivo. Filmaban a ciudadanos que pasaban trastabillando, con pañuelos apretados contra la cara. Buena parte de la primera capa de pesticida estaba ya horadada, lo que significaba que los carroñeros empezaban a reaparecer. Se habló de un segundo exterminio. La basura se apilaba en largas filas intactas. Proyectaron repetidamente la secuencia de las ratas de río. El alcalde, el sheriff y diversos representantes del municipio eran bombardeados a preguntas imperdonables del estilo de: «¿Cuándo paró usted de pegar a su mujer?». Hubo más incendios, aunque al parecer los provocaban gente ansiosa de emular a los de la primera hornada: alguien había visto a varios adolescentes merodeando con un soplete. Las emisiones proseguían de este modo durante casi veinticinco minutos. Sentados en la madriguera de Murphy, nos reíamos hasta enronquecer.

Esa noche Bailer nos sugirió que ahuecáramos el ala de una vez por todas, que nos fuéramos de la ciudad dejando que la huelga siguiera su curso natural. Le zurramos con almohadillas de jardín y le expulsamos del porche, y se quedó fuera aporreando las ventanas y suplicando su readmisión. No se le concedió. El programa continuaba. Donnecker y Keller riñeron por una bolsa de cortezas de cerdo. Luego Dennis tropezó con la mesa de café cuando iba a la cocina. Un minuto después Irwin derramó leche sobre la alfombra. Se previno a todo el mundo de que cerrara el pico si no quería ir a

reunirse con Bailer. Todo el mundo se calló, pero no pudimos contener la risa.

Mientras ocurría todo esto, varios de nosotros no pudimos por menos de advertir que John se mantenía aparte, con los brazos cruzados, los hombros tirantes hacia atrás y la luz del televisor parpadeando en su cara. No hizo el menor ruido durante todo el programa, pero su aspecto era harto elocuente. Era como si cada imagen emitida le gratificase más intensamente y a un nivel más profundo que a todos los presentes. Cierto que disfrutábamos cada minuto de emisión. Pero John estaba embelesado. Tenía el aire de quien acaba de entrar en posesión de una herencia vitalicia. Wilbur sostiene que estuvo así cada noche, que todo el tiempo que duró la huelga John navegaba propulsado por un cohete tan alto como nunca habíamos visto. El rapto le duró desde el principio hasta el fin. Mirándole, uno fácilmente se hubiera persuadido de que no tenía en absoluto la intención de resolver nuestra deserción laboral en un plazo próximo, de que en realidad hasta podría haber concordado, totalmente en serio, con la propuesta de Bailer, formulada medio en broma, de dejar que la huelga se prolongara un año o más. Casi parecía temer la perspectiva de una solución en breve. Era inquietante —*alentador, excitante, atrayente*, todo a la vez, sin duda —, pero también *inquietante*.

La emisión concluyó con otra perorata cáustica de Kuntsler, seguida de una cita del Eclesiastés. Luego hubo un presuroso resumen de cinco minutos sobre lo que sucedía en el resto del mundo —si es que a alguien le importaba—, las noticias sobre guerras extranjeras, tomas de rehenes, política nacional, etc. Y eso era todo. Apagamos la tele. Salimos de la madriguera al patio donde Bailer aguardaba, gruñendo, sentado en la hierba. El sol se estaba poniendo.

La provisión vespertina de alcohol —a falta de un mejor vocablo— la facilitó Curtis. No había cerveza. Nos habíamos quedado sin dinero. Curtis, que lo sabía desde hacía más de una semana, había estado publicitando su fabuloso brebaje casero: una mezcla realmente hedionda de cortezas de albaricoque y peladuras de naranja y nectarina que había dejado fermentando en un alambique improvisado de bolsas de plástico y perchas de ropa. Era un matarratas infumable. Destilación ilegal. Cien por cien inflamable. Era la bazofia más inmunda que jamás habíamos probado, más semejante a una mezcla de disolvente de pintura y caca de vaca que a otra cosa. Curtis afirmó que cinco tragos podían dejar ciego a un buey adulto. No era realmente alcohol. Era una droga. No te emborrachabas; te fulminaba. Lo bebimos, de todas maneras. Los efectos fueron instantáneos. Al cabo de treinta minutos, cada lanzamiento de herradura iba a parar a cinco metros del blanco. Al cabo de una hora lo estábamos ingiriendo de un modo incontrolable. Murphy recuerda que sintió como si hubiera metido sus cinco sentidos en un pasapurés. Se parecía mucho al sonido que emite una chapa de metal: un *guaguaguaguaguá* constante que le embarullaba su percepción profunda y le ponía la cabeza al borde de la implosión.

Nadie recuerda muchos pormenores de aquella velada. En un momento dado hubo una pelea, aunque nadie sabe con seguridad por qué o entre quiénes. En otro momento a Lester, a Irwin y a Dickell les asaltó, según parece, el apremio incoercible de despelotarse, y acabaron correteando por el césped, en cueros y gritando, y hasta saltando directamente por encima de las llamas de dos metros de la hoguera que les chamuscó cada pelo del cuerpo. Los rodeamos y los obligamos a vestirse. Y una cosa más: a mitad de la velada sorprendieron a Dennis escanciándose a hurtadillas la

bazofia de Curtis con una taza de papel. Varios le recriminamos que estuviese quebrantando las prescripciones del médico. Pero replicó que hacía casi cuatro años que no había bebido y que nosotros difícilmente estábamos en condiciones de suplantar a los médicos. Nadie tuvo agallas para polemizar con él. Dennis se tomó su primer trago en años.

El único detalle que todo el mundo recuerda plenamente —además del recital de oboe que dio Wilbur— es la caza del cerdo: primero, porque fue en sí mismo algo inolvidable, y segundo porque, por ese conducto, John estuvo más cerca de abrirse a nosotros de lo que había estado o de lo que estaría nunca en todo el tiempo en que le tratamos. La idea de la huelga, para empezar, había sido totalmente suya. Gracias al brebaje casero de Curtis estaba tan ciego como los demás.

Así las cosas, poco antes de medianoche manifiestamente se le ocurrió una idea. Logró persuadir a Bailer de que le acompañase a una «misión». Los dos se fueron sigilosamente y sin avisar de la casa de Murphy. Bailer no sabía en absoluto lo que estaban haciendo. Atravesaron el campo hacia el oeste y se aproximaron a una granja cercana caminando por el lindero del bosque. Bailer recuerda que a John se le enganchó la pierna en el alambre de espino mientras trepaba por la valla del establo. Le costó un minuto desenredarle, tiempo en el cual John estuvo colgado bocabajo, riéndose histéricamente. En cuanto estuvo libre cruzó a trompicones la era y desapareció en los establos. En los instantes siguientes salieron del interior chirridos y crujidos. Luego reapareció cargando un lechón de unos diez kilos y recorrió el tramo de terreno con un trote vacilante. Lanzó el animal a Bailer por encima de la valla y luego la saltó, esta vez sin percance. Volvieron a casa de Murphy por un camino del bosque.

Cuando estuvieron en las inmediaciones del solar, John desapareció rumbo a la casa. Bailer se quedó esperándole detrás de un muro frondoso de arbustos, sujetando al cerdito y procurando no hacer ningún ruido. Seguía sin saber de qué iba todo aquello. Sentado allí fuera en la oscuridad, empezó a inquietarse. Le parecía que nuestra juerga se había vuelto bastante rara, con toda aquella historia del nudismo y las cabriolas. Las cosas ya eran extrañas de por sí, pero si aquel cerdo iba a servir para lo que empezaba a sospechar... No sabía muy bien cómo decirle a John que él no estaba de acuerdo con aquellas cosas. Y no las arregló nada que John volviera con un tubo de vaselina que había cogido del armario de la ducha en el sótano de Murphy. Bailer se quedó helado. Quiso protestar, pero antes de que pudiera hacerlo John ya se había puesto de rodillas en el suelo y comenzado a embadurnar al lechón profusamente, desde el hocico hasta las pezuñas. Bailer observó unos instantes, confuso. Luego comenzó a barruntar de qué iba.

Lo primero que los demás recordamos haber oído fue un grito de angustia procedente de los bosques. Todos dejamos lo que estábamos haciendo y nos quedamos como estatuas de sal. Sonaba como una perra salvaje a la que está violando un oso negro. Wilbur soltó un rápido *¿Qué diablos...?* Luego el lechón salió disparado de los matorrales. Giró hacia el jardín, iluminado por un resplandor rosado y translúcido a la luz de la lumbre. Se detuvo, miró alrededor, trazó un círculo confuso y echó a correr en busca de una salida. Todos nos lanzamos en su persecución.

Los cinco minutos siguientes son borrosos. Imagínense a veintiún rastrojos de monte mortalmente borrachos tropezando unos con otros a la caza de un cerdo despavorido y lubricado con vaselina. Cuatro meses antes ahogábamos nuestra perenne congoja sin otra cosa que la misma, larga y nociva carretera indefinidamente

extendida ante nosotros. Ahora, una temporada después, allí nos tenías sin trabajo, beodos de matarratas, objeto de acalorada discusión pública, a trompicones por un jardín descuidado en pos de un cerdito robado. Había unos cuantos sucesos escogidos que justificaban la huelga tan solo por motivos estéticos. Aquel era uno de ellos. Antes de terminar la cacería, Burke tenía un esguince en un tobillo, Dennis había estado a punto de caer en la fogata y el lechón había sucumbido a convulsiones hiperventiladas de puro terror. Fue Clayton quien finalmente lo atrapó. El bicho fue acorralado en el mantillo por Irwin y Dickell, y por pura chiripa fue a caer derecho en los brazos de Clayton. Técnicamente considerado, fue este el vencedor de la cacería, pero nunca dejaron de reprochárselo, sobre todo Dickell. Como premio recibió seis empanadas de carne congeladas y un cuchillo de trinchar con cachas de níquel. Tiró las empanadas al fuego, pero se guardó el cuchillo.

Nadie se fue a su casa esa noche. No había motivos para marcharse, y volver en coche era insensato. Nos quedamos sentados alrededor del fuego, apurando la bazofia confeccionada por Curtis y cayendo dormidos como moscas. Murphy, Wilbur, Donnecker y John jugaron una larga partida de póquer en el suelo de tierra, y luego se durmieron como los demás, a eso de las cinco. Murphy recuerda que fue el último en rendirse al sueño. Tumbado de espaldas en la hierba, no conseguía detener los giros de la Osa Mayor encima de su cabeza. Al incorporarse para serenarla, había lanzado una lenta ojeada en derredor y le había embargado un extraño sentimiento de quietud. El césped estaba sembrado de tazas de papel y sobras. De la fogata solo subsistía el brillo de los rescoldos. Los demás estábamos roncando, varados junto al foso y con la lengua asomando por la boca. Había tenido la sensación de que fuera lo

que fuese de nosotros en lo sucesivo, vinieran o no tiempos duros, hambruna, fracaso absoluto, cárcel, cualquier desgracia, de que aunque a la mañana siguiente despertáramos manchados de tierra y vaselina, cubiertos de picaduras de insectos, sumidos en las náuseas de una resaca aplastante, y volviéramos arrastrándonos a casa para enclaustrarnos de nuevo en nuestros cuchitriles y sufrir una nueva sesión de claustrofobia, de que pasara lo que pasara en los días y años venideros, aquella noche había ocurrido algo que nadie podría arrebatarnos. Ahora era algo nuestro. Lo llevaríamos dentro el resto de nuestras vidas. Y daba lo mismo que ningún extraño entendiese jamás lo que valía. Nosotros lo entenderíamos. Habíamos estado allí. Habíamos visto. No nos haría falta ninguna otra prueba.

Wilbur recibió la primera llamada del ayuntamiento a media tarde del día siguiente. En realidad, tal como insistió la secretaria con quien habló, le habían estado llamando toda la mañana; no solo a Wilbur, sino a todos los nombres de la lista. Ninguno de nosotros había respondido en todo ese tiempo. A ella le había parecido extraño. Llegó a preocuparse, había algo drásticamente anómalo: *¿dónde estábamos metidos?* Estaba hecha un manojo de nervios. A Wilbur le pilló desprevenido aquel exceso de inquietud maternal. Oía el auricular chirriando contra su mentón al otro lado de la línea. Se imaginó a una frágil, temblorosa y agitada muchacha sentada ante un escritorio de caoba y atosigada por una oficina llena de lunáticos con cuello duro. No le alivió en nada el aporreo que sentía dentro de su cabeza. Se enderezó y le dijo que le explicase lo que deseaba.

Por lo visto, dijo ella, el cabildo municipal había elaborado alguna fórmula de acuerdo, una oferta que sin duda «nos interesaría». Habían convocado una reunión esa tarde para ultimar la propuesta. Nuestros representantes se presentarían ante la asamblea en el ala oeste del edificio a las cuatro y media en punto, para ser informados con todo detalle. Hasta entonces no podía facilitarles más detalles; la secretaria no estaba autorizada a decir más. ¿Podían contar con su asistencia? Wilbur le dijo que iríamos, pero con una condición muy importante: no tenía que haber prensa. *Nada de prensa*. Si alguno de nosotros sorprendía aunque fuese a un solo reportero, la sala de reuniones se quedaría vacía. ¿Le había entendido? Sí, dijo ella. Wilbur colgó.

John estaba abajo, en la cabina de la ducha. Wilbur se abrió camino entre la pila de neumáticos de la entrada y llamó a la puerta. Al otro lado se oyó el borboteo del agua del grifo. Wilbur le gritó que se arreglara: tenían una cita. Hubo una pausa. Cerró el grifo. La cabeza enmarañada de John asomó por detrás de la puerta. *¿Qué dices?* Wilbur se lo repitió, añadiendo que no conocía los detalles.

John reflexionó un instante. Paseó la mirada por las paredes agrietadas, con el hombro apoyado en la jamba de la puerta y la cabeza cubierta goteando sobre la esterilla manchada de tierra. Luego se espabiló. Dijo a Wilbur que subiera a la casa, que sacara de la cama a Murphy, que les buscara en el ropero un par de chaquetas deportivas y preparara un caldero lleno de Alka Seltzer. Él subía enseguida.

Murphy estuvo listo en menos de una hora, vestido con un viejo esmoquin azul que nunca se había puesto. John y Wilbur estaban igualmente acicalados para la ocasión: chaqueta y corbata, pelo peinado hacia atrás, de punta en blanco. Era digno de verse: algo que *nunca* habíamos visto. Tres cavadores de zanjas emperifollados para subir al patíbulo con un disfraz de dignatarios. Su atuendo era más un gesto cínico que otra cosa, en parte debido al hecho de que, por muy bien vestidos que hubieran estado, nada habría podido impedir que el rastrojo de monte asomara por las fisuras, y asimismo porque, pese a ser el momento que habían estado aguardando, albergaban serias dudas respecto a la validez de la presunta oferta del consejo. Cierto que no resultaba nada sorprendente que los funcionarios pertinentes se hubieran movido para contactar a nuestro grupo tan pronto: la huelga había alcanzado su punto culminante, la población se hallaba en un grave aprieto. Tenía todo el sentido del mundo que se hubiera emprendido

mucho tiempo antes una iniciativa encaminada a resolver el conflicto. No había misterio en ello. Pero la idea de que se hubiese llegado a una propuesta totalmente aceptable parecía claramente improbable. Inevitablemente, John intuía que alguien había hecho un movimiento en falso y que la oferta, del tenor que fuese, posiblemente no pasaba de ser mera retórica. Estaban mentalizados para malgastar la tarde.

Se pusieron en camino a las cuatro y veinte.

La «reunión» —como la llamaron— duró menos de cinco minutos; los tres primeros John, Murphy y Wilbur los emplearon en buscar las puertas del ala oeste (el edificio estaba orientado de norte a sur). Desandaban el patio cuando un hombre pálido y de aspecto encorvado, con un traje demasiado holgado, dio unos golpecitos por la parte de dentro del cristal de una ventana del primer piso y los dirigió por señas hacia un par de puertas dobles que ya habían probado y encontraron cerradas. Volvieron atrás y otra secretaria los escoltó al interior del edificio. Los condujo por un corredor alfombrado de verde hacia una sala de reunión secundaria. Una vez dentro les señaló sus asientos, tres de las seis sillas idénticas de roble situadas en el extremo de una mesa de banquete larga y de acero. Al fondo de la sala estaban sentados, bajo un ventilador eléctrico, siete funcionarios municipales igualmente corpulentos y con aire hastiado y hosco. Las paredes en torno suyo estaban tapizadas de retratos de hombres blancos difuntos; generaciones precedentes de jueces de distrito y cinco o seis fotos colectivas del departamento. Sobre la chimenea principal, un ciervo de doce puntas. Sobre el suelo, una imitación de alfombra persa. Toda la sala despedía un olor a ataúd de cedro.

Hubo una rápida ronda de presentaciones. Cada uno de los siete ediles anunció su nombre y su rango en un tono apresurado y de pocos amigos, tras lo cual todos se inclinaron hacia delante y solicitaron saber exactamente con quiénes estaban hablando. La secretaria leyó una lista: Altemeyer, Kaltenbrunner, Murphy. Formalidades cumplidas. Sigamos...

El edil de más edad, un hombre de pelo plateado que se parecía a Robert Mitchum, empezó por dictar los fragmentos preliminares de un galimatías directamente sacado del libro de los mormones. Ocupaba el tercer asiento por la derecha, a una serpentina de distancia de Murphy. La amplitud de la cámara ahogó las palabras que estaba diciendo. La sala había sido concebida en su origen para acoger discursos y debates sin amplificar en la primera mitad del siglo XIX. En aquella época, aunque el foro estuviese lleno hasta los topes, dos oradores rivales sobre sendas tarimas todavía gozaban de la ventaja natural de la acústica para mantener sus polémicas. Sus voces se proyectaban por encima de los presentes y rebotaban de una pared a otra como un canario enjaulado. Servía para su cometido en esas condiciones. Pero en determinadas situaciones, como en el caso de la reunión de que hablamos —un asunto más privado y discreto por definición—, una sola voz muy fácilmente podía tornarse ininteligible, transmutada en un espeso muro de ruido que parecía reverberar desde la boca de un túnel de alcantarilla. John, Murphy y Wilbur no entendían una sola palabra de lo que se estaba diciendo. Justo a punto de anunciarlo, la secretaria avanzó para entregarles una copia de la «propuesta formalizada». Robert Mitchum siguió hablando. John cogió el papel. Murphy y Wilbur se situaron cada uno a ambos lados de sus hombros. Los tres leyeron el texto de una ojeada. Dieron la vuelta a la hoja. El reverso estaba en blanco. Nada. Tal como habían sospechado. Se levantaron

y se dirigieron a la puerta los tres al mismo tiempo. Robert Mitchum se quedó paralizado. Se hizo el silencio en la sala. Solo se oyó el sonido del pomo de la puerta cuando Wilbur lo giraba. Entonces explotó el cabildo. *¿Qué significaba aquello?*, exigió una de las voces. *Pero ¿a qué creen que están jugando?* Wilbur salió de la sala. La secretaria dio un paso adelante. Salió Murphy. Robert Mitchum recorrió aprisa la longitud de la mesa en un intento de bloquear la puerta. Agarró a John por el cuello. Este se zafó de un tirón. Se volvió hacia el consejo y declaró que la próxima vez que nos convocaran para una propuesta, más les valdría tener una estrategia general en mente. Conocían nuestras reivindicaciones. Disponían de todo el tiempo del mundo para atenderlas. Dio media vuelta y salió.

Aquí debería haber terminado todo. Si las cosas hubieran ido en consonancia, para todo el mundo esto habría supuesto una vuelta a empezar. El cabildo habría seguido deliberando bajo la creciente presión del público, nosotros habríamos vuelto a nuestras respectivas casas, Kuntsler habría seguido autocondenándose al ostracismo en el pozo más hondo de la morgue social, y la polarización de los sentimientos de la comunidad habría destilado la esencia necesaria para un arreglo unilateral. Tal había sido la idea original, y ese era el modo en que habían discurrido las cosas hasta ahora. De haber proseguido este curso, la huelga podría haberse acabado y estar resuelta en otra semana. Un final tangible se había perfilado. En términos relativos, Baker se encontraba casi en ese punto.

Pero entonces el cabildo lo estropeó todo con un error garrafal que todavía hoy sigue siendo considerado como el peor y más inepto uso de autoridad por parte de nadie a lo largo de toda la crisis. Al concluir nuestra «reunión» esa tarde, si Robert Mitchum y compañía

se hubieran parado a reflexionar la naturaleza precaria de la situación, sin duda habrían mantenido la boca cerrada. Habrían reconsiderado lo que habían o no habían hecho durante las semanas previas. Habrían hecho distintas cosas, pero nunca enviar un informe al *County Herald*. Bajo ninguna circunstancia hubieran contactado con la prensa. La lógica de este acto se nos escapa hasta la fecha. No tenemos idea de lo que estaban pensando ni de qué se proponían informar. Tal vez su objetivo fuera divulgar la idea de que habían sido ellos quienes dieron el primer impulso coordinado en busca de una solución, de que estaban haciendo todo lo posible en aquellas circunstancias, pero que los huelguistas no se mostraban en nada cooperativos; que habían encontrado una fórmula global de acuerdo, pero que los rastrojos la habían desdeñado. Todos estos intentos de salvar la cara se hubiesen visto reducidos a fragmentos a la luz de la investigación más rudimentaria, convirtiendo la iniciativa de alertar al *Herald* en un acto o de temeraria estupidez o de deliberado masoquismo. O ambas cosas. En cualquier caso, se echaba de ver la falta de un motivo manifiesto. Carecía de sentido.

En cuanto a su «fórmula global de acuerdo», sus «esfuerzos coordinados»: su propuesta había sido una broma sin una pizca de gracia. Ni abordaba ni reconocía nuestras exigencias fundamentales. Había tres: 1) la destitución incondicional de Jeffrey Kuntsler; 2) un diez por ciento de aumento del presupuesto de mantenimiento, y 3) una revisión de arriba abajo de la póliza del seguro de enfermedad. La oferta del cabildo no mencionaba ninguna de estas tres cuestiones. El nombre de Kuntsler ni siquiera aparecía en el texto. Esta no pasaba de ser una lista mal pensada de compromisos vacuos y garantías a medias de que nuestro caso sería examinado siempre que accediéramos a reincorporarnos de inmediato al trabajo. Se diría que había sido redactada por un grupo de escolares. Era un insulto,

en el mejor de los casos, indigno del papel en que estaba impreso. Con el mero acto de entregarlo, el cabildo delataba que estaba aún más despistado de lo que hubiésemos sospechado, y eso que nuestra opinión sobre su competencia ya era desfavorable de antemano. La misma conclusión habría sido evidente para el público, incluso para el bakeriano común. Si el *Herald* hubiese publicado nuestras reivindicaciones originales al lado de la propuesta del municipio, el cotejo habría sido irreversiblemente nefasto para la ya maltrecha reputación del ayuntamiento. Era sin duda algo que ningún colectivo en su sano juicio hubiese optado por proclamar públicamente. Era una evidencia cegadora y no había por dónde cogerla.

Sin embargo, acudieron a la prensa, y merced a circunstancias imprevistas *sí* eludieron las secuelas del contragolpe. Esto sería nuestro primer revés serio en el curso de la huelga, el momento en el que el grueso del poder nos fue inesperadamente arrebatado de la seguridad relativa de nuestro control y entregado por las buenas a la plebe. Lo cual tendría por efecto aliviar buena parte de la presión pública sobre Kuntsler, mostrarnos como participantes activos y bien definidos y disipar el análisis previamente unánime que los ciudadanos hacían de la situación. Tal como John había vaticinado, en el momento en que nos involucramos, las cosas se fueron al garete.

Resultó que la plantilla del *Greene County Herald*, al recibir esa noche el informe del cabildo, decidió consultar los archivos públicos en busca de información adicional sobre los miembros concretos de la parte huelguista: Altemeyer, Kaltenbrunner, Murphy. Al preparar los expedientes, buscaron detalles complementarios que ayudasen a engordar la crónica. El historial de Wilbur era relativamente limpio: una denuncia por borrachera y conducta revoltosa, tres multas de

estacionamiento impagadas y un pleito sobre bienes inmuebles de carácter inconcreto. Allí no había interés mediático. Los antecedentes de Dale Murphy ya eran otro cantar: una condena por homicidio en tercer grado, materializada en una pena de dos años y medio de prisión, seguida de otra más breve por incumplir los requisitos de la libertad condicional. Eso estaba bien. Estaba muy bien. Se podía sacar partido de ello. Luego pasaron a John. En cuanto abrieron el expediente de Kaltenbrunner todo se acabó.

El *Herald* que llegó a los quioscos a la mañana siguiente llevaba estos titulares:

KALTENBRUNNER DICE NO

anunciaba.

KALTENBRUNNER DICE NO

DELINCUENTE CONVICTO OPTA POR CONTINUAR

LA HUELGA Y RECHAZA EL ACUERDO

La edición llegó a los portales, los supermercados, las salas de las empresas y las oficinas de toda la ciudad. Las siete y cuarto y saltaba la primicia:

KALTENBRUNNER DICE NO

Los redactores del *Herald* habían trabajado toda la noche, componiendo y recomponiendo hasta la perfección el tipo de imprenta. Se habían tirado mil quinientos ejemplares más para satisfacer la demanda prevista. Las rotativas se habían dejado en

funcionamiento por si había que imprimir otra tirada. Por segunda vez aquella semana, el *Herald* tenía a su alcance la oportunidad de batir una marca, solo que ahora, a diferencia de la cobertura sobre las ratas de río, había ganado por la mano a Pottville 6. Se las habían ingeniado para tomar la delantera. Tenía acceso a una base de información más inmediata y completa sobre la materia. La historia se prestaba más a ser impresa que filmada, y por primera vez en la frontal guerra mediática, el *Greene County Herald* sentía que iba por delante en la carrera.

El artículo prácticamente no hacía mención de la propuesta de acuerdo del cabildo ni de su rechazo consiguiente. Se hacía hincapié en el anuncio, con el tono más truculento y alarmante posible, de que un capítulo de la tradición de Baker que hacía tiempo que se creía muerto había retornado para atemorizar a los ciudadanos; que el principal causante del triste episodio de la insurrección en el distrito norte, cinco años atrás —aquel psicótico granjero en andrajos que había abierto fuego contra la policía y había sido reducido con gases y trasladado en el furgón celular; aquel demacrado criador de gallinas con la cara magullada que supuestamente había sido entregado a la tutela judicial y de quien no había vuelto a saberse nada—, aquel chico a quien todos en la ciudad recordaban, no solo había vuelto a Baker hacía casi dos años, sino que había estado viviendo entre nosotros desde entonces y ahora encabezaba personalmente el desastre que asolaba al valle.

KALTENBRUNNER DICE NO

¿Kaltenbrunner? ¿Qué Kaltenbrunner? Era forzosamente la primera pregunta en la mente de todos. Anticipándose a la confusión, el diario facilitaba un resumen exhaustivo de la historia conocida de

John. Lo publicaron todo: la colisión con los gnomos de la tienda de cebos, la agresión a una mujer de limpieza del hospital, la prematura expulsión del instituto de Baker, la profanación de su propio hogar, el tiroteo contra un arpiamóvil, la utilización como *rehén* de su propia madre a punta de pistola, la ruptura de un balazo del parabrisas de un coche patrulla del estado, el encarcelamiento posterior y la redención de pena mediante el trabajo, todo. Los redactores del *Herald* habían compaginado la noticia como merecía. Dos tercios de la portada los ocupaba la foto de archivo policial de John detenido —la que le sacaron inmediatamente después del asedio—, de nuestro amado cabrero como un caso perdido de quince años de edad que miraba derecho hacia la cámara con los ojos en delirio, desafiantes y crueles.

Fue terrible.

El rumor se esparció en cuestión de horas. Para mediodía no había un alma que no lo hubiese oído. Todo el mundo estaba escandalizado e indignado. Por supuesto que los lugareños recordaban la insurrección en la granja. Para entonces era un hecho legendario. En la época en que aconteció había causado la mayor conmoción que sacudió el Greene County en años. Había sido la comidilla de todas las barberías y tabernas, y cada bando municipal había sido acogido con pasmo y extrapolado. Aquella misma foto había sido reproducida en el mismo periódico para la misma audiencia. Nadie la había olvidado. Se había convertido en una piedra angular de la tradición local.

Pero al mismo tiempo se había considerado por entonces que aquello era ya agua pasada. Para empezar, muy pocos pormenores con respecto al incidente estaban confirmados, y los seguimientos posteriores no habían dado ningún fruto concreto. Lo último que se supo del chico, quienquiera que fuese, fue que le habían encerrado

en un calabozo estatal y que nunca volvería a saberse nada de él. Caso archivado. Hasta ahora, Wilbur Altemeyer había sido el único individuo en la ciudad, aparte del licenciado, que sabía que el granjero olvidado había salido del presidio, y mucho menos que había vuelto a Baker y que, de hecho, él y John Kaltenbrunner eran la misma e idéntica persona. Nadie sospechaba semejante cosa. La decisión del *Herald* de publicar el artículo sembró no poco desconcierto y agitación en todos sus lectores. La huelga, que había llegado a considerarse un claro y simple asunto de *nosotros contra ellos*, Kuntsler contra Baker, Baker contra carroñeros, industria contra ordenanzas, etc., se deslizaba hacia una zona gris difuminada en la que ninguna facción era capaz de hallar orientaciones. John había utilizado términos similares cuando nos preparó para desempeñar nuestro papel en la huelga, señalando que el sentido de la identidad se definía, a escala local, mediante una rígida oposición a las fuerzas ajenas, totalmente externas. *Nosotros contra ellos*, lo denominó. Por regla general, dos vecinos de la calle 3 no tenían motivos para *no* aborrecerse el uno al otro, excepto cuando conspiraban contra alguien o contra todos los de la calle 1. Todos los vecinos de la 1, en contrapartida, experimentaban sentimientos análogos, salvo cuando pensaban en los residentes del otro lado de la calle Mayor. Este vecindario, a su vez, detestaba a todo lo que no fuese *este lado de la Mayor*, a menos y hasta que la conversación versase sobre Pottville, en cuyo caso todo Baker se reconciliaba y se reunificaba al instante frente al enemigo común. Siguiendo esta pauta hasta su conclusión natural (región por región, estado por estado, país por país), culminaría en última instancia en un guion como el de *La guerra de los mundos*, que es probablemente la única manera de haber podido obligar al bakeriano común a luchar al lado de los japoneses. Desde la cabra del vecino en tu jardín hasta el

buque nodriza que desciende sobre la sociedad de las naciones, el lema era *Nosotros contra ellos* hasta su amargo fin.

Pero ahora, con el titular chillón del *Herald* del 6 de octubre, todo eso estaba a punto de cambiar; ahora, en lugar del enfrentamiento maniqueo —Kuntsler versus Baker—, solo había el bueno, el malo, el feo, el menor de los cinco demonios, y el absoluto peor. Esta polarización múltiple de los sentimientos comunales sin duda iba a postergar, cuando no a arrojar serias dudas sobre el hasta entonces supuestamente inevitable desenlace de la huelga, es decir, una victoria segura de nuestro bando. Entre otras cosas, la edición del KALTENBRUNNER DICE NO prestaría credibilidad a las afirmaciones anteriormente desdeñadas de Kuntsler en el sentido de que sus antiguos empleados eran una banda de rufianes redomados. Buena parte de la presión pública ejercida sobre el viejo aflojaría para desviarse hacia nosotros. Tras el anuncio oficial de que John Kaltenbrunner, nuestro presunto cabecilla, era un paria militante y un psicópata confirmado, todo el panorama del Greene County quedaba emborronado hasta un extremo de incomprensión total. Ya nadie sabía qué pensar. ¿A quién alabar y a quién censurar? Ratas de río, Kuntsler, chicanos, funcionarios municipales, perros salvajes, agentes de la ley y ahora rastrojos de monte. Lo único que podría haber sido más desconcertante para la comunidad habría sido que ciento cincuenta ejecutivos vegetarianos urbanos liberales bisexuales hubiesen venido a trabajar a la ciudad en motocicletas de un color rosa subido. La única manera en que podría haber sido peor para nosotros hubiera sido enviando a Dennis a la reunión del cabildo en lugar de a Wilbur. Ese habría sido el trío ganador: un psicótico, un asesino convicto y un yonqui.

El barco se iba a pique, pero navegaba.

En cuanto a nosotros, más allá del evidente giro de opinión y de todo lo que ello representaba para nuestra causa, el desvelamiento de la identidad de John pudo habernos pillado ligeramente desprevenidos, pero no puede decirse que nos asombrara tanto. Siempre habíamos pensado que había en él algo anormal. En apariencia holgaba decirlo. Todo el mundo en el vertedero tenía una historia. Todos en el vertedero *tenían* que haber tenido una historia. De lo contrario no estarían allí. Es un hecho sabido. Sin embargo, a cualquiera del mundo exterior le habría podido parecer que John caía dentro de la misma categoría que el resto de nosotros: un paria ambulante, un desecho, un ser prescindible, un degenerado. Pero desde el mismo principio habíamos intuido que había algo más. Desde la primera noche en las rondas había sido evidente, como lo habría sido para unos ojos adiestrados a ver esas cosas, que el caso particular de John no era tan simple. Había algo más en él que una desesperación común y corriente. Si no otra cosa, años de experiencia práctica suelen facultar al rastrojo ordinario y a intocables parecidos para captar diversos grados de distancia y penalidades al seleccionar individuos. Cierta manera que un hombre adulto tiene de arrojar un cubo de basura en el volquete de la trituradora, cierta furia o resignación en su porte al hacerlo, ofrecen pistas de primera mano indispensables sobre su carácter. Wilbur aseguraba que podía saber por cuántos matrimonios fracasados había atravesado un miembro nuevo del equipo solo por el modo en que manejaba las bolsas en su primera ronda. No siempre es tan sencillo, pero en esencia funciona así. En el caso de John había sido abrumadoramente evidente desde el primer momento. Nadie hubiera podido adivinar en toda su magnitud las pruebas por las que había pasado, pero a juzgar por sus logros y el aura que le circundaba, cabía poca duda de que había sido un viaje largo y

extraño. Tal había sido nuestra primera impresión, y ahora, con el *Herald* abierto ante nosotros, nuestras sospechas quedaban confirmadas con detalles gráficos y cronológicos. El misterio había sido desvelado. El ideal había cobrado por fin forma. Por primera vez desde que le conocimos poseíamos la absoluta certeza de que era un tipo regio.

Pero John no se lo tomó tan bien. Por lo que a él respectaba, la edición del KALTENBRUNNER DICE NO era un desastre irreparable. Su publicación le provocó el tercer y último arrebato de destrozos, al que no sobrevivió ningún mueble de su apartamento.

Fue poco antes del mediodía —Wilbur acababa de levantarse de la cama— cuando el estrépito comenzó. Los suelos y las paredes del inmueble de apartamentos eran delgados como papel: cuando un vecino tosía, se oía la flema ascendiendo. Cuando el vecino de abajo tiraba de la cisterna, se balanceaban las lámparas del techo. Las pisadas cotidianas estremecían los muros. Wilbur llegaba a percibir incluso las peleas nocturnas de los gnomos desde dos pisos más arriba. La acústica proporcionaba en ocasiones algunas escuchas interesantes a lo largo de los años, sobre todo cuando los recién casados de Pottville se habían instalado en la habitación de abajo para una prolongada holganza que estremecía los yesos. A veces tenía sus ventajas, pero Wilbur había perdido más de una noche de sueño en los últimos dos años a causa de los horarios irregulares de John y de su tendencia a tirar por los aires utensilios de cocina en sus momentos de aflicción. Por suerte estaba despierto cuando comenzó el clamor esa mañana y pudo ponerse la bata y correr sin demora escaleras abajo. Abrió de una patada la puerta a tiempo de ver la cola de una lámpara de mesa en pleno vuelo hacia el

fregadero del rincón. La lámpara explotó al estrellarse, y los restos en pedazos de la pantalla de fieltro con caracteres japoneses impresos cayeron al suelo junto con la porcelana rota en mil pedazos. Wilbur apenas tuvo tiempo de hacerse cargo de la situación antes de que John se hubiese vuelto hacia el escritorio, gruñendo como una fiera. Wilbur se apresuró a intervenir, sin tener idea de lo que estaba ocurriendo. Durante los momentos que siguieron, forcejearon sobre el tablero de la mesa, como dos perros de la pradera disputándose una boñiga de vaca. Wilbur trató de calmarle, diciéndole tranquilo, tranquilo, cálmate, ¿qué te pasa? Pero John no quería escucharle. Parecía estar ausente. Como si hubiera visto un fantasma. Wilbur, por último, le obligó a sentarse y a soltarlo. John recostó la espalda en la pared y se deslizó hacia el suelo, con el pecho palpitante. Wilbur le preguntó qué le ocurría. John señaló con un gesto de horror el periódico que yacía en el suelo. Wilbur leyó el artículo.

Cuando terminó, dobló el diario, se recostó y exhaló un largo suspiro. Los dos permanecieron sentados en silencio.

Fuera, el sol calcinaba las calles. Se había congregado un grupo de chicanos que empezaron a beber en la entrada de una casa más allá de la gasolinera. Estaban repantigados en sillas de jardín, con sus aceitunadas barrigas de cerveza sobresaliendo por encima de los cinturones. Una radio portátil depositada en el alféizar difundía en la calle una amortiguada sintonía de onda corta emitida desde Pakistán. Cinco o seis de sus hijos jugaban entre las basuras. Los demás languidecían al sol, con grandes sonrisas desdentadas. Wilbur los veía desde la ventana. Parecían a gusto en su sitio, a diferencia de sus conciudadanos. Despedían un aire de ocio, como de que todo iba bien a pesar del desorden. Wilbur miró a otra parte. Volvió a examinar el cuarto patas arriba de John. Lo recorrió con la mirada.

El casero, aquel empacador de herramientas que procedía de Dale y tenía gingivitis, con toda seguridad sufriría un ataque si alguna vez John decidía mudarse de apartamento. John ya lo había alquilado en mal estado, pero ahora, al cabo de todo aquel tiempo, era un desbarajuste indescriptible. Todas las paredes tenían uno o varios agujeros, producidos algunos por sillas o muletas, otros por los puños y un par de ellos por repetidos cabezazos. No era mejor el aspecto de los techos y el suelo. La cocina estaba rota. Había cucarachas por todas partes. En el fregadero se apilaban todos los platos del aparador, algunos recubiertos con más de dos centímetros de grasa quemada, otros inflados por ampollas de moho. Había costras dispersas de salsa roja sobre las baldosas agrietadas. La puerta del retrete había sido arrancada de sus goznes. La taza no había sido reparada del golpe sufrido cuatro meses antes. Desde entonces John había usado la de la gasolinera para sus necesidades, o bien, si se trataba solo de hacer aguas, se servía de una de las muchas botellas vacías de un cuarto de licor de malta desperdigadas por la habitación. Ocupaban cada rincón del piso. Formaban largas hileras, de pie o tumbadas. Su contenido empezaba a cambiar de color y a coagularse en grandes glóbulos, como margarina que se enfría. Los suelos se habían empapado una y otra vez a lo largo de meses. El recinto entero hedía como unos urinarios públicos. Al mirar en torno, Wilbur no pudo evitar la sensación de que John había conseguido transformar la fisionomía de una población en una réplica de su forma cochambrosa de cuidar su propia casa.

Al cabo de un rato, se pusieron a analizar la situación. John estaba al borde de las lágrimas. Veinticuatro horas antes, todo iba sobre ruedas. El cabildo municipal había emitido un mensaje y John había preparado nuestra respuesta. Nadie en la ciudad sabía nada de

nosotros, lo cual obraba a nuestro favor. Todo había salido como estaba previsto. Sin embargo ahora, un día después, allí estaba impreso: no solo suponía el fin de nuestro anonimato, sino una cruda y universal divulgación de la historia personal de John, que él siempre se había esforzado en ocultar y que el bakeriano común, aun correctamente informado, *jamás de los jamases* hubiera llegado a comprender. Juzgaba que debería existir una ley contra tergiversaciones semejantes. Estaba furioso consigo mismo por haber revelado sus nombres al cabildo. Afirmó que debería haber sido más cauto. Balbuceaba, dividido entre la culpa y el asco hacia sí mismo. En algún momento trató de explicar que había ciertos detalles de su insurrección que nunca le había contado a Wilbur, pormenores que solo a él le concernían, y que si ya eran de por sí lo bastante duros de sobrellevar, no digamos ver a un periodicucho local perdiendo el culo por sacar tajada. La realidad de aquel episodio había sido mil veces peor de lo que la prensa nunca podría imaginarse, dijo. La presión hubiera matado a la mayoría de aquellos papanatas que ahora se quedaban embobados al ver la portada. Claro que él lo sabía, pero no era fácil ser el único en saberlo. Era una injuria imperdonable tener que contemplar cómo banalizaban todo el asunto y lo convertían en sensiblería consumible.

Wilbur hizo lo que pudo para sosegar a John. Admitió que la situación no era boyante; habían subido el listón ante nuestras narices, y no tenía sentido negarlo. Pero quizá no era tan sorprendente; no cabía esperar que nuestra furgoneta recorriera todo el camino ronroneando como un gatito, dijo. Hasta entonces habíamos tenido no poca suerte, muy posiblemente hasta *demasiada*. Considerando que las cosas podían haber ido de otro modo, la falta de oposición no nos había favorecido mucho. De haber ido algo mejor, para el final de la estación nos habríamos

lanzado a la conquista de todo el estado. Lo importante ahora era conservar la calma. Habíamos ido demasiado lejos en aquel embrollo como para perderla al primer signo adverso. Era comprensible que John estuviese abatido por el ataque público contra su persona, pero en cuanto se sobrepusiera, Wilbur estaba seguro de que estaría de acuerdo.

Dicho esto, Wilbur se incorporó. Le dijo a John que no se moviera de su silla y que se quedara toda la tarde en casa: si salía a la calle, su serenidad podría correr un serio peligro. Mientras tanto él iba a visitar al resto de nosotros, que probablemente andábamos necesitados de algunas explicaciones. *No te preocupes*, dijo (el típico remedio de Wilbur para cada apuro), él *se encargaría de todo*. Seguramente estaría de vuelta para la hora de la cena. Recomendó a John que hasta entonces no se hiciera mala sangre y procurase dormir.

Salió del cuarto. John se quedó desplomado en el suelo, con la espalda contra la pared.

Esa noche, mientras Wilbur nos hacía una visita a todos los demás, faltó un pelo para que a John lo mataran de una paliza en su propia casa.

Pasó la tarde rabiando en el apartamento, releyendo el *Herald* y escuchando a los chicanos que fraternizaban al otro lado de la calle. Al caer la noche tenía la concentración dispersa. Se perdió el noticiario de las seis. De haber querido, hubiese podido oír el resumen de las siete y media: para entonces todos los canales del estado estaban emitiendo un informativo especial nocturno sobre Baker. Pero John no quería saber nada. No habría podido soportar la imagen de su propia cara devastada en la pantalla, seguida de otra crónica falseada sobre el antiguo asedio en la granja. Hubiera sido

demasiado. Y de todos modos le habían vuelto a cortar la corriente. No tenía electricidad. No tenía, por tanto, alternativa. Se quedó en la oscuridad sin hacer nada.

Debían de ser alrededor de las ocho cuando oyó a los camiones aparcando en el bordillo de fuera. Los potentes focos iluminaron el techo. El bramido de los motores de seis cilindros retumbaba en el cuarto. Motores y faros se apagaron al mismo tiempo. Se hizo el silencio. No prestó la menor atención a la molestia pasajera; no daba la impresión de tratarse de algo particularmente fuera de lo ordinario, y no le incitó a acercarse a la ventana para averiguarlo. No se movió de su sitio, impávido, ni siquiera al oír el ruido que siete u ocho puertas de automóvil hicieron al cerrarse y cantidad de pasos resonantes en la acera. Solo se extrañó cuando tuvo una vaga conciencia de cierta actividad afuera, de voces y movimientos al pie del edificio. Se levantó del suelo y se asomó por la ventana para echar una ojeada. Abajo había un hatajo de ratas de río ojerosos y borrachos revolviendo en el buzón y pululando por el césped. Vestían astrosos monos de trabajo, llevaban gorras grasientas de gasolinera y estaban armados hasta los dientes con botellas, ladrillos y palos de escoba. Eran por los menos seis, y no reconoció a ninguno. No los había visto en su vida. Apenas acababa de asomarse cuando uno de ellos gritó y le apuntó con el dedo. Sus compañeros alzaron la vista. *¡Ahí está!*, dijeron, *¡ahí está el hijoputa!* Vio venir el primer ladrillo. Retiró la cabeza hacia dentro un instante antes de que diera en la ventana. Los añicos de cristal le alcanzaron en un hombro y le proyectaron contra el escritorio. Cayó al suelo. Recibió encima una lluvia de cristales. Un grito al unísono se elevó en el patio. Rodó por el suelo y cruzó a tientas el cuarto hacia el rincón cuando la primera oleada de basura y pedazos de escoria entró volando por la ventana abierta. Se acurrucó debajo del fregadero.

Siguieron entrando puñados de desperdicios, tarugos de madera y botellas de cerveza. Un tubo de plomo reventó la otra ventana. Más añicos se esparcieron por el suelo, más envíos de basura les siguieron. Apretó la espalda contra las tuberías del fregadero. Una botella estalló en pedazos contra la pared de encima y llenó el lavabo de esquirlas como cuchillas. Trozos de metal volaban por el cuarto. Un tiesto traspasó la ventana. Algo le golpeó en la cabeza. Se llevó la mano a la mandíbula y al retirarla vio sangre. Ya estaba. *Basta*. Salió a gatas del rincón. Un poste de cama roto se abatió sobre su espalda. Se desplomó contra el suelo. Una tetera chocó contra su cráneo. Una lata de aluminio aterrizó en la escalera de incendios, junto a la segunda ventana. Se arrodilló de nuevo y avanzó hacia la cocina a través de una descarga de estiércol. Volvió a ponerse de pie junto al lavabo. Cogió del suelo dos botellas de pis rancio. Al aspirar una vaharada asfixiante de ambas estuvo a punto de desvanecerse, y luego reptó hasta el alféizar. Con la espalda contra el marco de la ventana, aguardó a que los atacantes del patio gastaran un poco sus energías.

En un momento dado cesó el bombardeo. Dos o tres voces se alzaron en el silencio restaurado. *Mierda, Bob... ¿Tú crees que lo hemos matado?*, preguntó uno de ellos. Los demás rezongaron, dudosos. *No lo sé*, fue la respuesta final. *Vamos a ver*...

Se arracimaron en torno a la puerta de entrada para hacer saltar el cerrojo.

Justo entonces el gnomo apareció de repente en la ventana de su comedor y gritó a la horda que ahuecara el ala. No estaba dispuesto a aguantar aquello, iba a darles una lección. Le contestaron que no metiera su culo gordo en aquel asunto, o él sería el próximo. *Tenían cuentas que ajustar*. El gnomo dio golpes en su fregadero con un bate de madera y dijo que iba a cabrearse si persistían. Las ratas se

apiñaron alrededor de la ventana, prodigando insultos e irrumpiendo por el marco abierto. Luces de porches se encendieron en las calles vecinas. Alguien, a dos metros de distancia, lanzó un grito. Varios vecinos cruzaron corriendo la explanada de la gasolinera.

Cuando nadie le miraba John atisbó por encima del alféizar, divisó al miembro más corpulento de la banda, y lanzó con toda su fuerza la primera botella. Pasó al lado del blanco elegido y explotó contra la acera. Dejó a todos salpicados de los pies a la cabeza. Gritaron. Uno de ellos cayó sobre la hierba. Los chicanos vitorearon. John se asomó todo lo que pudo por la ventana y arrojó la otra botella. Plaash. La banda salió de su torpor y corrió en busca de refugio, empapada hasta los huesos y parcialmente cegada.

En este punto el conflicto se volvió irreversible. Las ratas de fábrica se parapetaron detrás del muro, en la parte trasera de sus camionetas, al fondo de la acera. Los chicanos pateaban y chillaban desde la entrada de sus viviendas. Los gnomos apostados en la ventana pedían socorro a gritos. John permaneció en el hueco vacío hasta que recibió un tarugo en plena cara. Retrocedió tambaleándose hacia la cocina; sangraba por la nariz. Dentro del cuarto aterrizó más basura. Redobló el griterío en la calle. Se recuperó, recogió todas las botellas que estaban a mano —la fila encima del mostrador, el conjunto encima de la nevera, la hilera en el suelo— y las colocó en ringlera contra la pared, de forma que pudiera alcanzarlas una por una.

Lo que siguió difícilmente pudo discernirlo el ojo humano: un torbellino de proyectiles volando, amenazas de muerte y palabrotas proferidas de un lado a otro de la calle, botellas que estallaban en la acera, orina que se escurría por la alcantarilla, desgarraduras y efusión de sangre, cubos de basura que volcaban, detritos y desperdicios que volaban a montones y puñados, ventanas rotas,

moratones y cortes, mentadas de madre, tubos de acero, cubos de reciclaje derribados, tiras de cañerías de goma, botes de pintura oxidados, etc. Todo menos armas de fuego. Hubo un momento en que un miembro de la banda trató de trepar por la tubería y soltó la escala de incendios replegada. Recibió un golpe con un leño y cayó desde la segunda planta sobre los rosales. Acto seguido John lanzó un ladrillo hacia una de las camionetas. Rebasó los cables eléctricos, rompió el parabrisas y cayó en la tapicería del interior.

Cuando se le acabaron las botellas arrancó del lienzo de pared el marco de la ventana y lo arrojó a la calle. Luego tiró lo que quedaba de la lámpara de hierro. Después la radio. Después los platos, la cafetera, el wok, su bandera secesionista, un televisor averiado, varios tapacubos, la silla, el botín completo de sus rondas nocturnas y por último la basura esparcida por el suelo. Al final se encontró con las manos vacías y retrocedió a un rincón. La habitación estaba desnuda. No le quedaba nada, y los de fuera lo sabían. Oyó su risa malsana y ofendida. Le gritaron que iban a por él. Apelotonados alrededor de la entrada, comenzaron a aporrear la puerta. La endeble madera roja se combó y resquebrajó. John, desesperado, miró a su alrededor. Corrió a la cocina. Arrancó de la pared el cable de la nevera y maniobró con el viejo armatoste eléctrico para arrastrarlo, a fuerza de sacudidas torpes, hacia la primera ventana. Lo inclinó hacia delante y lo dejó caer. El grupo de abajo se desperdigó. La gruesa caja de hierro descendió por los aires girando, con la puerta abierta de par en par y despidiendo botellas de kétchup y papel de estaño en un amplio arco centrífugo. El estruendo se oyó a kilómetros de distancia. Todos los perros del vecindario enloquecieron. Los chicanos salieron en tromba como un equipo de fútbol. Por primera vez, la banda de ratas pareció verdaderamente aterrada. Se quedaron mudos y estupefactos hasta

que se aproximaron las sirenas por el este. Entonces reaccionaron y, pasando por encima del frigorífico, llegaron a la puerta.

John cogió su chaqueta y salió corriendo de la habitación. Tropezó y cayó al suelo en el pasillo. Se puso de pie y subió a saltos las escaleras hasta el rellano de arriba. El cuarto de Wilbur estaba cerrado con llave. No había escapatoria. No había una escalerilla al ático, ni una ventana, nada: tan solo un trastero cerrado al fondo del rellano. Oyó que la puerta de la calle de la planta baja cedía finalmente, y a continuación una estampida que irrumpía. Cogió impulso y cargó contra la puerta. Esta se abrió por efecto del golpe, y John cayó dentro y quedó encajado en un ángulo de cuarenta y cinco grados, en medio de los detergentes y fregonas. Retrocedió hacia el pasillo. Se incorporó a tientas. Forzó la puerta del trastero y se subió al fregadero de hierro que había dentro. Necesitó tres golpes secos para desplazar la trampilla del techo. Cuando lo consiguió, pasó el cuerpo por el orificio y asentó las piernas sobre el borde para acceder al tejado de asfalto con gravilla. Volvió a encajar en su sitio la trampilla. La aseguró poniendo una parrilla rota y luego atravesó el tejado. Oyó el fragor de varios coches patrulla que se detenían delante del inmueble. No se paró a mirar. Saltó de un suelo asfaltado al siguiente, franqueando altas chimeneas de ladrillo, tubos de ventilación y cajas de contadores. Prosiguió hasta llegar a un pretil. Se encaramó encima y miró abajo. Tres plantas más abajo había una fila de contenedores con las tapaderas abiertas de par en par. Pensó en saltar. Se lo pensó mejor. Volvió a mirar en torno. Oía el altercado que se estaba librando en la parte de atrás del edificio. El pecho le resollaba como un alto horno.

Debajo de él se extendía la rampa del techo de tejas rojas de la iglesia, separado por la anchura de un callejón y a una distancia de unos tres metros. Había una especie de poste que se alzaba hacia la

mitad de la pendiente. Lo examinó. No estaba tan lejos, decidió: un trecho *razonable*. Fijó en él la mirada. Retrocedió, respiró hondo, vació su cabeza y se lanzó hacia delante. Notó que sus pies abandonaban el tejado, la sima se abrió debajo, la suspensión momentánea, el pivote en caída libre, el comienzo del descenso, la aceleración, el tejado que se acercaba a su encuentro..., y luego plam, la repercusión del impacto en cada miembro del cuerpo, el rebote, el resbalón, las tejas que le arañaban el torso, el deslizamiento, los brazos que se extendían, los pies que pateaban sobre el antepecho del tejado hacia el cielo abierto en el momento justo en que sus dedos tocaban y se aferraban a un asidero de metal frío.

Fue un aterrizaje torpe, un poquito ladeado y malo para el tobillo derecho, pero de un modo u otro salió bien parado. Se encontró despatarrado de bruces sobre las tejas, colgado de una veleta. Capas de sudor frío le entraban en los ojos y le escocían. Trató de recobrar el aliento. Fue la parte media del cuerpo la que absorbió el golpe de la caída. Había perdido el resuello. Estaba completamente seguro de que tenía dislocado el hombro izquierdo. Sangraba profusamente en la cara. Sabía que estaba a punto de sufrir un choque. Se esforzó en contener el temblor incontrolable.

Al cabo de un minuto consiguió ascender por el tejado hacia el saliente de piedra de la torre izquierda. Llegó al extremo más alejado, donde el tejado terminaba y se cernía encima de la calle. Desde allí pudo ver las luces centelleantes de los coches patrulla a medio camino de la manzana. Todo Geiger aparecía iluminado por una tormenta fosforescente de color rojo y azul. Un gentío se había agolpado en el aparcamiento de la gasolinera. Los chicanos seguían en la entrada de sus casas. La escena entera parecía un simulacro de incendio en una casa de huéspedes. Quería quedarse a

presenciar su desarrollo, pero su figura era perfectamente visible para todos y temblaba como una hoja a doce metros de altura sobre la calle. Sabía que tenía que desplazarse, ocultarse a la vista del público.

Había un ventanuco con postigos de madera desportillados sito en la mitad de la columna que estaba a su espalda. Se esforzó en alcanzarlo. Acertó a empujar hacia dentro el batiente izquierdo. Reptó por el abigarrado interior a oscuras. Volvió a colocar el postigo en su marco y luego, tras un breve instante de flaqueza, se derrumbó hecho un ovillo. Y allí se quedó durante dos horas, extendido sobre un pequeño rellano en la cima de la escalera de caracol.

Al principio solo tuvo conciencia de la necesidad de estar consciente. En algún punto de su mente sabía que sucumbir al choque y perder el conocimiento sin que nadie le atendiera en aquella situación podía conducir a un desenlace rápido. Se forzó a controlar la respiración, a mantener a toda costa los ojos abiertos. Era difícil. Hubo un momento en que estuvo a punto de dormirse. Una constelación creciente de puntitos estáticos comenzó a empañar su visión, desde la periferia hacia el interior. Se concentró en impedir que los dos campos se mezclaran formando un muro compacto. Lo consiguió sin sumirse del todo en la oscuridad.

Al cabo de un rato fue volviendo en sí, un sentido tras otro. Primero percibió el olor a cera de vela y el olor a moho a su alrededor. Luego comenzó a sentir el dolor: sobre todo en los hombros, pero también en el pie, la mandíbula, la nariz, y finalmente los cortes por todo el cuerpo. Después captó el rumor menguante de la bulla que reinaba en la calle: portazos de vehículos, la crepitación de las radios policiales, gritos casuales de espectadores. Por último, su vista se adaptó a la luz pálida que entraba por las fisuras de los

postigos. Para entonces ya se hallaba totalmente en sus cabales, y gran parte del barullo en el inmueble de apartamentos había disminuido. Los coches patrulla, en cuyo interior viajaban prensados sus agresores, habían partido hacia comisaría, los gnomos se las habían arreglado para desplazar el frigorífico hasta la calle, donde no les estorbaba, los mirones se habían dispersado de regreso a sus casas, al casero le habían despertado de un sueño profundo y estaba intentando asimilar el informe de la policía, un equipo de limpieza espontáneo rezongaba en el césped de la entrada, sin saber por dónde empezar, y los diversos cortes en el cuerpo de John se habían coagulado en nódulos duros mientras él, sentado en la oscuridad, se percataba de una vez por todas de que Baker, tras haber fracasado en el intento de aplastarle por todos los medios posibles e imaginables, había por fin optado por tratar de asesinarle a sangre fría. Y no había podido. Se sintió halagado y exultante. Por primera vez en su vida sintió que había estado a la altura de la premisa fundamental de Isabelle: no se puede matar a lo que se niega a morir.

Tres de los cuatro cigarrillos de su bolsillo estaban empapados. El cuarto estaba bien. Lo sacó del paquete, le cortó el filtro y tardó cinco minutos en encontrar el mechero. Aspiró intensamente, cuando el cigarrillo estuvo encendido, y se restableció. Afirmó los pies contra la pared de enfrente, apretó la espalda contra la piedra y se agarró el bíceps izquierdo con la mano opuesta.

Reacomodó el hombro.

Tuvo que reprimir el impulso de gritar durante un tiempo que le pareció horas. Permaneció en aquella planicie inicial y atroz — empapado de sudor hasta la entrepierna, con los labios apretados,

los ojos en blanco, la cabeza golpeando contra la pared— hasta que el dolor del principio comenzó a remitir y se volvió sordo y nauseabundo. Emergió del delirio en olas sucesivas. Le llevó algún tiempo estabilizarse. Sabía que sus músculos tendrían una tonalidad más oscura que el espliego durante las semanas siguientes, pero le consolaba el hecho de que no tendría que ir al hospital. Se dijo que era más de lo que podía pedir.

Apenas el dolor se hizo remotamente tolerable, decidió que era el momento de irse. Se levantó. Bajó con cuidado la escalera, pasando la mano por las húmedas paredes de piedra hasta la planta baja. Tanteó en la oscuridad hasta encontrar un pomo frío de latón en una puerta que daba acceso al presbiterio. Dentro estaba oscuro como boca de lobo, pero el aire fresco contra su piel le indicó la enormidad de la sala en derredor. Avanzó en la oscuridad. Encendió el mechero al llegar al primer banco. Siguió el pasillo hasta el candelero de velas votivas que estaba junto al órgano en la cabecera de la nave. Una tras otra encendió las velas, hasta que la luz pálida y parpadeante reveló los muros y el techo. Lo recubría, justo arriba de las vigas, un mosaico gigantesco de la resurrección. Lo siguió con la mirada desde un muro al otro y luego la posó en la moldura de cedro, la vidriera, las estatuillas de porcelana talladas en la pared sobre cada banco, a lo largo del pasillo tapizado de fieltro, y de nuevo en el altar.

Situado directamente detrás del podio secundario, había una mole oblonga envuelta en sábanas blancas. Parecía una imprenta enfundada o alguna especie de máquina desmotadora. Subió las escalones y se acercó. Retiró las sábanas. Debajo apareció una batería roja. Parecía drásticamente extemporánea entre todas aquellas macabrerías, como si el mismo demonio hubiera entrado a dejar su carta de visita al reverendo. La examinó mejor. En la cara exterior del tambor de pie de sesenta y un centímetros había un

mensaje impreso en letras de oro, alrededor de un crepúsculo radiante y un revoloteo de palomas de postal. Se agachó para leerlo. AMOR FRATERNO Y LOS OBEDIENTES, rezaba en un amplio arco. AMOR FRATERNO Y LOS OBEDIENTES, con un subtítulo: HA RESUCITADO. John se paró a reflexionar. ¿Dónde había oído aquel nombre? Rebuscó en su memoria. ¿Los «obedientes»? ¿No eran aquel cuarteto evangélico que había irrumpido en su habitación del hospital cuando él estaba inmovilizado por el accidente en la plataforma de descarga? ¿No habían sido ellos los náuseo-etéreos que le habían incitado a un virulento estallido de cólera contra el bautismo a la orilla de un riachuelo? Sí. Eran ellos. ¿Cómo hubiera podido olvidarlo? Se incorporó y miró alrededor. Le recorrió un escalofrío. Desde que había aterrizado en el tejado, era la primera vez que comprendía dónde estaba. *Estaba en la iglesia metodista*. Era el hogar de las arpías. El aquelarre central. La guarida de la fiera. De repente temió que la techumbre se le viniese encima, que las vigas le aplastaran contra el suelo, que los bancos se volcasen como fichas de dominó y que la efigie de madera del carpintero descendiese de su cruz sobre el órgano eclesial y le aniquilara *in situ*. Le asaltó un mareo. Tenía que salir de allí. Se volvió para marcharse.

Pero en el camino hacia las puertas grandes algo llamó su atención. Había un viejo arcón de madera depositado sobre una banqueta al fondo del presbiterio. Se detuvo a examinarlo. Vio una tarjetita plastificada de petición de donativos sujeta a una ranura abierta en el centro de la tapa. Era un cepillo de recaudación. Caminó hasta él. Levantó lentamente un extremo con la mano derecha. Lo que aparentaba ser un montoncito de monedas se desplazó y se deslizó hacia abajo. Le brillaron los ojos. Arrancó el arcón de la banqueta. Lo tiró contra el suelo con estruendo. Lo arrastró por el pasillo hasta el altar, dejando a su paso la alfombra

en jirones. Manipuló con el candado a la luz de las velas. No cedía. Trató de hacer palanca en los goznes. Intentó arrancar los pernos de la madera, reventar las junturas con sus botas. Pero en vano. Se sentó y miró el cepillo. La nave en torno parecía observar sus manejos; a cada instante que pasaba se sentía como un vampiro al que sumergen cada vez más en agua bendita. Se levantó de nuevo. Logró subir el arcón encima del altar mayor. Tenía el brazo izquierdo lesionado. Se preparó, juntó fuerzas. Estrelló el arcón contra los escalones. El candado cedió. Una lluvia de monedas y billetes roció el suelo. El arcón giró sobre su canto y empujó el candelero hacia el tambor de la batería. Las velas cayeron al suelo y se dispersaron en todas direcciones. John chilló. Se puso a gatas y empezó a meterse puñados de billetes en los bolsillos, los calcetines, la ropa interior. Debía de hacer meses desde la última vez en que vaciaron el cepillo. Había billetes de cien y de mil dólares, tantos verdes, tanto metálico. Monedas y billetes y Lincoln y Jefferson, Kennedy, Washington, Grant, todo el elenco de personajes salvo Franklin. Preciosas, dulces fanegas verdes. Más dinero del que había visto nunca... Era solo una porción de lo que le debían; sabía que por cada billete de cincuenta embutido en su bolsillo habían sustraído doce muebles de la granja. Habrían hecho falta dos docenas de cepillos de aquel tamaño para empezar siquiera a saldar la deuda. No era ni remotamente una cifra de compensación equitativa. Pero era un principio, un principio al que tenía perfecto derecho.

Mientras revolvía entre su botín y lo cargaba, le inundaron recuerdos de aquellas necrófilas avariciosas que saqueaban su casa pieza a pieza. Vio a Hortense, con su tablilla de apuntes, arreando ganado hacia los camiones de mudanza, a las arpías asolando la nevera y devorando a las ponedoras, a su madre en el rincón, apartando de él, con desprecio, su cara bulbosa. Lo vio todo en un

vertiginoso fogonazo. Nunca había tenido la oportunidad de ajustar cuentas con las arpías. La única vez en que se había sincerado, Hortense le había hecho pedazos y dejado por muerto. Luego se había ido de la ciudad y no se molestó nunca en volver. John ni siquiera sabía si ella estaba todavía viva. No podía contar con que aquel robo llegara a los oídos de Hortense, y aun si ella se enteraba, él no podría jactarse con razón de su proeza sin ir a dar con sus huesos en la cárcel. La situación era una ratonera. La victoria era suya, pero nadie lo sabría nunca. Lo cual parecía igualar las cosas.

Justamente entonces percibió olor a humo. Algo se quemaba. Se enderezó y miró alrededor. En el rincón, un fino arroyo negro comenzaba a trazar un recorrido ascendente desde el suelo. Una de las velas había rodado debajo de una cortina. La llama comenzó a lamer la tela. Sobre ella se extendía la marca negra y alargada de una quemadura. La miró. Había otras velas ardiendo por doquier. Miró en derredor. Su mirada fue del altar al pasillo, del arcón roto al reflejo de sí mismo en una copa de plata a la izquierda del segundo podio. El fuego prendió. Pensó en Hortense. La cortina rompió a arder por su cuenta. La dejó.

Se volvió hacia el cepillo y recogió todos los billetes que pudo. Mientras lo hacía las llamas proseguían su ascensión regular. Una nube acre de humo empezó a llenar la nave. Se introdujo en los bolsillos un puñado de calderilla para afianzar con su peso los billetes. Recogió el último de los Washington y se lo metió a la fuerza dentro de la bota. Se levantó. Recorrió el primer banco en busca de un libro de cánticos. Se oía el incipiente rugido de las llamas. Arrojó el libro contra una ventana lateral. El cristal se rompió. Por el agujero abierto saltó al callejón, desparramando monedas de sus bolsillos cargados sobre el pavimento. Escaló una puerta de

hierro al fondo de la calleja y saltó a la calle. Ganó furtivamente el portal de una casa y esperó.

Delgadas espirales de un penacho de humo salían de los postigos y flotaban sobre la bóveda en lo alto de la torre este. Reinaba la quietud en el vecindario: no había a la vista nadie más que los chicanos, y los chicanos estaban para entonces ciegos de alcohol. Se sentó en la entrada de la panadería a observar el humo que gradualmente se espesaba. Nadie pareció percatarse. No se encendieron un par de farolas hasta que el humo comenzó a filtrarse por los resquicios de la puerta principal y a envolver la calle en una neblina. En ese momento las ventanas de la iglesia ya comenzaban a iluminarse desde dentro. Un grito de mujer rasgó por fin el aire. A continuación fue cuestión de segundos antes de que la calle se llenara de vecinos aterrados, con los ojos velados de sueño. El humo emergía por cada grieta de la fachada y se colaba por las ventanas abiertas, las cocinas y los dormitorios del barrio. Muy pronto se formó otra multitud considerable. John se acurrucó en su chaquetón minero con la cabeza gacha e hizo lo posible por mantenerse lejos e inadvertido por el gentío. Sabía que no debía permanecer allí. A partir de esa mañana, era la figura más prominente del condado. Y allí estaba, expuesto a la intemperie en el escenario de una emergencia pública. Sabía que hubiera debido esfumarse de inmediato. Si alguien le hubiese reconocido, le habrían pillado con las manos en la masa y muy probablemente le habrían descoyuntado. Tendría que haber huido. Pero no pudo resistirse al espectáculo. Como afirmó más tarde, era como presenciar el nacimiento de su propio hijo. Estaba hechizado.

Se oían las sirenas de los coches de bomberos procedentes del oeste, luego del norte, luego de nuevo el oeste, que se fundían en

un solo gemido gigantesco conforme se aproximaban. Los pocos agentes que habían llegado antes ya habían acordonado la zona enfrente de la catedral y estaban controlando al gentío mientras aguardaban la llegada de los coches. Gran parte de la masa de humo lo despedían las ventanas altas de la torre este. Quedaba oculta a la vista la cúpula de peltre con la cruz en su cima. Las únicas llamas visibles todavía eran las que devoraban las puertas dobles de madera enmarcadas por el enorme arco de piedra y flanqueadas por las columnas gemelas de mármol a ambos lados de la entrada principal. Pero un rumor sordo y un resplandor naranja, que iluminaba la vidriera y proyectaba una pintura polícroma de la última cena sobre las paredes de las casas del otro lado de la calle, indicaban que dentro rugía un voraz incendio.

Llegaron los bomberos. Estacionaron en la calle, alineados en una hilera serpeante. Callaron las sirenas. Los bomberos saltaron de las cabinas y de las escalas y echaron a correr hacia un lado y otro. Ya tenían emplazadas las mangueras y estaban listos para actuar cuando las ventanas finalmente reventaron, explotaron con el bramido de un cañonazo. Miles de añicos de cristal candente llovieron sobre las calles. Los bomberos corrieron agachados entre los fragmentos de la última cena, comprobando si las mangueras habían sufrido daño y desprendiendo de sus chaquetas cristales de apóstoles. El boquete de la ventana de arriba escupió un nuevo lago de humo. En el interior, un muro de llamas consumía la resurrección. En el muro opuesto se desplomaron los mosaicos, que cayeron en gruesos bloques. Una de las puertas principales cedió finalmente y cayó dando tumbos por la escalinata frontal hasta la calle. Los bomberos se apostaron a la entrada con una manguera y la abrieron. A medida que el agua masticaba el fuego, una nueva y más acre humareda negra se alzaba del presbiterio hacia el cielo.

John vio desmoronarse su postigo desde lo más alto de la torre este. Lo siguió con la vista hasta que se estrelló en el suelo del patio, al pie de una estatua de la Virgen.

Se levantó. Era hora de irse. La iglesia estaba en ruinas. La multitud, abatida. La basura seguía en su sitio. En el transcurso de una sola noche había repelido el ataque de las ratas de fábrica, saqueado e incendiado la guarida de la fiera, y se alejaba con los bolsillos repletos, sabiendo que nunca moriría: el río Jordán no era lo bastante grande.

Dejó los escalones de la panadería y enfiló hacia el sur por una calleja.

Poco después de medianoche, cuando Murphy y Dennis, sentados en el cubil de Murphy, estaban mirando una avanzadilla de la noticia del incendio de la catedral, oyeron algo que merodeaba por la cocina. Murphy cogió un hierro de golf y corrió a investigar. Al empujar la puerta vio a John, con la ropa hecha jirones y envuelto en sangre, apoyado en el fregadero de la despensa, junto a la puerta trasera. Tenía las ropas desgarradas, la piel magullada por hondas ronchas negras, y el cuerpo entero cubierto por una película de mugre parda. Murphy le miró incrédulo. John le devolvió la mirada.

Cojeó hasta la mesa. Se quitó la zamarra y la colgó en la silla. Empezó a sacar de los bolsillos puñados de billetes arrugados. Dennis empujó de un empellón a Murphy, miró a John, dio un paso atrás y dijo que *jodé, estás hecho un Cristo*. John se quitó las botas: más billetes en el suelo, saliendo de los calcetines, de la cintura. Los juntó en un montículo encima de la mesa. En cuanto terminó de vaciar su cargamento se sentó, respiró hondo y ordenó a Dennis que le consiguiera un cigarrillo. Dennis desapareció en el cuarto de estar.

Murphy se sentó a la mesa. Él y John se miraron otra vez. Murphy explicó que estaban preocupadísimos: Wilbur había ido a su casa esa noche y había encontrado el edificio de apartamentos desportillado y a los gnomos trastabillando entre los destrozos, como una madre italiana de luto. Cuando descubrió que John había desaparecido, naturalmente se temió lo peor. Presa de pánico, había vuelto directamente a casa de Murphy. Los demás habíamos salido a rastrear el vecindario. Llevábamos horas buscándole...

Dennis volvió con un Winston. John lo encendió. Se recostó, exhaló el humo y dijo que no, que todo iba bien. Simplemente había sido una noche increíblemente rara, eso era todo. De todos modos, teníamos que reponer las reservas de cerveza, ¿no?...

Antes de que los demás regresaran esa noche, Murphy sentó a Dennis a contar el dinero, y después se llevó a John a solas al interior del cubil. Cerró la puerta. Se volvió y se puso a rebuscar en el cajón de una cómoda, diciendo que había algo que quería prestarle de modo indefinido. John aguardaba, en jarras. Murphy encontró lo que estaba buscando. Sacó una funda descolorida de cuero. *Por si acaso*, dijo, y se la entregó. John miró la funda. Desabrochó la correa. Era una pistola del 38 cargada.

Cuando más tarde los interrogaron sobre la adquisición de la bomba fertilizante utilizada para incinerar el campamento de las ratas de río, los siete empleados del Ebony Steed responsables del desastre de la presa del Patokah fueron inflexibles en su insistencia acerca de que habían actuado solos; de que habían concebido y ejecutado el plan por su cuenta. En la acción *no* había intervenido para nada la empresa. Sus superiores no habían autorizado ni aprobado la colocación de las cargas utilizadas en la explosión. Hasta el momento mismo de recibir su condena se mantuvieron fieles a la rectitud fundamental que amparaba su decisión de actuar. Sostuvieron que su causa era justa; fue la falta de previsión preliminar, el craso error de cálculo en el calor del momento, lo que originó el desastre subsiguiente. Concluyeron alegando enajenación transitoria y citaron circunstancias atenuantes para explicar una transitoria pérdida del juicio.

El testimonio prestado en la vista reveló que a últimas horas del 8 de octubre, los acusados se hallaban reunidos ante una mesa de la taberna Whistlin' Dick. Alrededor de las diez y media de la noche, un transeúnte entró en el establecimiento para anunciar que la primera iglesia metodista era pasto de un incendio. El bar se vació enseguida, debido a la intención de la mayoría de los clientes, y entre ellos los siete empleados del Ebony Steed, de acudir corriendo al lugar del fuego para sumarse a la gente ya congregada allí. Tal como afirmó la defensa, ese gentío estaba claramente enfurecido por lo que consideraba «otro incendio de las ratas», y en esta ocasión peor que todos los anteriores. A eso de las once y cinco, cuando el tejado de la iglesia se derrumbó de repente, el

campanario del lado norte del edificio, cuyo peso se calculaba en doce toneladas, se precipitó sobre la calle y aplastó un Ford Bronco propiedad de un tal Richard Cale, miembro del grupo en cuestión. Cale montó en cólera y sus colegas tuvieron que contenerle. Doce personas presentes en el lugar de autos testificaron que le habían oído gritar que iba a «matar a esos hijos de perra». Aunque atestiguaron que a la postre, y hasta cierto grado, había recobrado la compostura, nadie tuvo la impresión de que se hallase en su sano juicio cuando vieron que sus compañeros se lo llevaban por la fuerza.

William Shuck, uno de los dos expertos en municiones que trabajaba para Ebony Steed, admitió que había sido el primero en proponer las explosiones. Después de abandonar la escena del incendio en la calle 4 y Geiger, declaró que había anunciado al grupo que él tenía conocimiento de la ubicación de un campamento de ratas de río en el oeste del valle. Afirmó que había avistado un amplio asentamiento en el bosque nacional de Bolling County, mientras hacía una expedición de caza seis meses antes. Estaba relativamente seguro de que podría localizar el campamento, incluso en la oscuridad, y por lo tanto, en el nombre del castigo y el arrepentimiento, recomendó al grupo que se pusiera en marcha de inmediato. Todo el mundo asintió. Se apretaron en sus camionetas y fueron a la mina de Gwendolyn Hill. Shuck utilizó el código de acceso que solo conocían él y otros cinco empleados para entrar en la propiedad. Se procuró un barril de ciento noventa litros de nitrato de amonio, un rollo de cable de voladura y varias cargas del depósito de pólvora. Cuando le interrogaron sobre su decisión de seleccionar y utilizar una cantidad tan desmesurada de material bruto, admitió que era consciente de que «aquella munición podía volar el condado en mil pedazos». Reconoció que su falta de contención no tenía

excusa. Él mismo había preparado una carga potente y capaz de arrasar diez veces un campamento de ratas y a todos sus habitantes. Una vez más, atribuyó su poca cabeza a una demencia transitoria.

Con el material obtenido, el grupo se dirigió al bosque del Bolling County. Una hora después habían localizado el campamento, pero mientras circulaban en su busca por una trocha sin asfaltar, habían hecho suficiente ruido para anunciar su llegada y alertar con tiempo a los supuestos habitantes. Al llegar encontraron el campamento desierto. Había solo un conjunto de jaulas de alambre oxidadas llenas de pavos depauperados y liebres silvestres al pie de una caravana corroída. Los hombres se apearon de los vehículos, descolgaron sus rifles de la cabina y empezaron a disparar contra todo bicho viviente. Mataron a todo el ganado. Destruyeron el sembrado de cebollas. Arrasaron el interior de la caravana. Rompieron los tiestos y las jaulas de pájaros. Dejaron la cocina de leña llena de agujeros. En un momento dado Cale juró que había oído risas en los bosques circundantes. Disparó al azar en la oscuridad hasta que Shuck le contuvo.

Acabaron con todo lo que había en el campamento. Luego se alejaron del claro en sus camionetas. Shuck conectó el barril de ciento noventa litros a una de las vigas de sujeción del remolque. Desenrolló un cable de ciento cuarenta metros hasta los bosques y preparó el detonador. Los siete hombres se mantuvieron a distancia, mirando hacia el campamento a la luz de los focos. Shuck accionó el detonador. El techo de la caravana saltó por los aires. Trazó un arco llameante de cien metros sobre la línea de árboles y cayó al río como un meteorito.

Cuando se disipó el humo, lo único que quedaba del campamento era una explanada calcinada de 4,5 × 5,1 × 7,5 metros.

Supuestamente, el grupo no sintió remordimiento. Pensaron que se había hecho justicia y se congratularon por ello. Estaban convencidos de que habían prestado un servicio a la comunidad por el que recibirían alabanza pública. Estaban solo a la mitad del trayecto de regreso a Baker cuando algunos de los cálculos preliminares de explosión omitidos empezaron a adentrarse en el cerebro de William Shuck: una bomba de nitrato de veinticinco kilos requiere necesariamente casi dos kilómetros de radio de seguridad despejado desde el punto de detonación. Al consultar un mapa de carreteras que sacó de la guantera, de repente cayó en la cuenta de que el campamento de ratas que acababan de aniquilar estaba situado a solo ochocientos metros al noreste de una presa hidroeléctrica con una capacidad de ocho millones de metros cúbicos de agua. Se dijo que en ese momento Shuck casi perdió el control de su vehículo.

Cuatro horas después detuvieron al grupo. Para entonces un tercio del Bolling County estaba ya sumergido.

La portada del *Herald* de la mañana siguiente, en un logro de todo el personal trabajando a destajo, estaba subdividida en tres artículos de fondo: el desastre de la presa Clearwood, el incendio de la iglesia metodista y el ataque improvisado contra el domicilio de Kaltenbrunner. Cada crónica ocupaba una columna vertical de quince por cuarenta y cinco centímetros, incluidas las fotografías y los pies de foto. El desastre de la presa primaba sobre las otras noticias a causa de su magnitud. El muro principal de contención del embalse había reventado, se había abierto en la pared de la presa una grieta irregular que liberaba unos cuatrocientos millones de litros estimados de agua fluvial bloqueada por hora. Bolling County estaba

inundado. Varios vehículos pequeños habían sido desplazados lejos de viviendas a la orilla del río. De las ramas de árboles colgaban columpios. Había familias enteras atrapadas en altillos. La comarca de maizales parecía una marisma de enea. Los residentes de la zona habían sido evacuados. Se estimaba que los daños totales, aunque todavía no se habían calculado, sobrepasaban la mitad de un cómputo de siete dígitos. Estas cifras no incluían los costes de reparación, los honorarios judiciales, las facturas de hospital y los subsidios del gobierno por la pérdida de cosechas. La reconstrucción completa del Bolling County probablemente precisaría un relato de doscientas páginas, algo para lo que no tenemos espacio aquí. Baste decir que los operadores de Ebony Steed responsables de la explosión fueron condenados a largas penas de prisión, al igual que los seis lugareños apresados en el asalto al domicilio de Kaltenbrunner y las dos ratas de río detenidas en relación con el allanamiento de Sodderbrook.

Desde este punto de vista, las ediciones diarias del *Herald* llegaron a parecerse, como podría ocurrirle muy fácilmente al resto de esta crónica, al censo de los delitos de un ejército de ocupación en una ciudad sitiada. Día tras día brotaban en cada confín del valle muestras crecientes de conducta anómala. En las dos semanas siguientes se efectuaron más detenciones que en ningún otro periodo de la historia de Baker. Los calabozos del sheriff no daban abasto. En la cárcel del condado no cabía un alfiler. Tom Dippold cursó una solicitud formal de ayuda federal, que declararan Baker zona de guerra. Su petición fue denegada, debido aparentemente en gran medida a sus malos modales telefónicos. Los únicos funcionarios foráneos que respondieron a su llamamiento fueron dos o tres sociólogos de una universidad estatal que estaban redactando una tesis doctoral sobre la violencia generada por las masas.

La huelga continuaba.

— El 9 de octubre, siete menores sin especificar fueron detenidos en relación con una serie de quemas de basura. Aunque vestían una indumentaria de carnaval para parecerse a las ratas del río Patokah, más tarde se arrogaron el título colectivo de «Los Hijos de Kaltenbrunner» y admitieron de buena gana que habían pintado con un pulverizador su logotipo en la cara inferior del paso elevado de la 254, justo al lado del famoso ESCUELA COÑAZO. Se les dejó en libertad hasta la fecha en que debían comparecer por incendio deliberado y consumo de alcohol prohibido a menores.

— El 11 de octubre, una pelea campal de una magnitud sin precedentes estalló en el Bloody Bucket. Se alegaba que provocaron la reyerta empleados despechados de Keller & Powell que estaban fichados por los camareros a causa de haber promovido demasiadas grescas en el curso de una sola velada. Los agentes de la ley informaron de que al llegar al lugar de los hechos encontraron que el altercado escapaba por completo a su control. No tuvieron más remedio que dejar que se enfriaran los ánimos sin intervenir. Después colaboraron en la limpieza de los estragos.

— El 12 de octubre, clavaron a un gato muerto en la puerta de una casa de vecindad del distrito sur ocupada por diecisiete centroamericanos. Hallaron insultos racistas pintados con tiza en todos los Toyotas del bloque; habían defecado encima y los habían recubierto de grandes cantidades de melaza. Dieciséis neumáticos en total fueron rajados. No se practicaron detenciones relacionadas con el incidente.

— El 14 de octubre, a la una y media de la madrugada, una ardilla se introdujo en un generador eléctrico principal de la calle 2 y Groll, cortando el suministro de corriente del centro de Baker durante más de dos horas. En el apagón subsiguiente, se produjo una escalada de robos a lo largo de la calle Mayor. Hicieron añicos escaparates, rompieron cerrojos y robaron mercancías diversas por un valor estimado en dieciséis mil dólares de doce comercios distintos. Cuatro personas fueron detenidas antes de que los técnicos terminaran de raspar con una espátula los restos de la ardilla en el interior del generador.

— El 15 de octubre, dos residentes del barrio fueron detenidos tras haberse dado a la fuga con una apisonadora a la que hicieron el puente en el depósito de leña de la firma Pollenderry. Interrogados, ambos sospechosos se declararon culpables, pero insistieron en que tenían el propósito de restituir la máquina en cuanto hubieran aplanado la colosal montaña de detritos que se había acumulado en la acera de sus casas. La apisonadora fue devuelta. La empresa, no obstante, presentó una denuncia.

— El 16 de octubre, dos de los sociólogos de visita fueron maltratados a la salida de una sandwichería en una calleja, encerrados en una letrina portátil y remolcados a tumbos hasta la calle. Sus agresores declararon que estaban hartos: todo el santo día aquellos «académicos con libreta de apuntes» se sentaban a tomar notas y a estudiar las pautas de comportamiento que observaban en los locales. Muchos vecinos comenzaban a sentirse cobayas de laboratorio en algún experimento insano. Habían advertido a los sociólogos de que ahuecaran el ala mientras les fuera posible. Los

estudiosos no habían hecho caso. De ahí la agresión. El sheriff Dippold se negó a tramitar una denuncia, diciendo que probablemente él hubiera actuado como los atacantes. Los sociólogos abandonaron Baker humillados.

— El 17 de octubre, una masiva manifestación ante el ayuntamiento degeneró en serios disturbios que causaron once detenciones, dos hospitalizaciones y cuatro mil dólares de descalabros callejeros. Un comité improvisado de ciudadanos preocupados, reunidos bajo la dirección de la iglesia baptista, se plantó ante el edificio a las once de la mañana para formar un piquete y protestar por la notoria incompetencia del municipio. Lo que en principio pretendía ser una acción testimonial rápidamente se convirtió en una batalla. Hacia la una de la tarde una muchedumbre enorme había afluido al lugar del encuentro y, en la confusión, varios de los recién llegados se dedicaron a lanzar bolsas de basura por encima de las verjas al interior del patio. Se elevaron gritos de «¡Muera Kuntsler!», «¡Muera Kaltenbrunner!», «¡Muera Dippold!», «¡Muera el cabildo!» y, sobre todo, «¡Abajo la huelga!». El cabildo llamó a las autoridades. Diez minutos después, llegaron agentes de Baker con equipo antidisturbios recientemente adquirido. Dieron a la multitud la orden de dispersarse. La orden no fue atendida. Los agentes no tardaron en sufrir un bombardeo de basuras. Desenfundaron sus porras. Proseguía la lluvia de basuras. Dieron un último aviso y acto seguido gasearon al gentío. En el alboroto que siguió, dos manifestantes —uno de ellos una anciana viuda— fueron noqueados a base de porrazos. La multitud se dispersó posteriormente, dejando solos en el campo al sheriff y sus hombres, un puñado de reporteros, el equipo de Pottville 6, once agitadores esposados y dos heridos con destino al hospital.

La lista continúa. Ya fuera el resurgimiento de los vertidos ilegales o el retorno masivo de los carroñeros, ya los nuevos brotes de altercados y reyertas, los escándalos de prensa o los vilipendios, las peleas callejeras, los allanamientos con fractura, los atentados contra la propiedad, los ataques, las lesiones y la resistencia a la autoridad, se mire como se mire, Baker se había transformado en un campo de batalla al aire libre. Lo certificaban los periódicos. Tenemos la ficha de todas las detenciones plastificada en nuestro álbum de recortes, pero la lista es demasiado extensa para permitir una enumeración exhaustiva. Una hoja con otra, la relación completa empapelaría por dos veces las paredes del apartamento de Wilbur. La única noticia grata que deparó el mediado transcurso de octubre fue el tan esperado fin de la sequía, e incluso esto se vio empañado por el aguacero torrencial de tres días que siguió a la seca. Para cuando escampó, las calles se habían convertido en un tremedal de sopa sucia y en una renovada incubadora de ratas de alcantarilla. Volvieron los coyotes y los buitres. Se calcula que alrededor de trescientos cincuenta mil kilos de basura cubrían solamente las calles del Baker residencial. En algunos lugares las pilas superaban los tres metros de altura. Las marmotas pululaban por entre los restos carbonizados de la iglesia metodista. Todo era pasto de la incuria. Fue entonces, la víspera del partido de desempate entre Baker y Pottville, cuando ante semejante pudridero el corresponsal más importante del canal 6 formuló su famoso comentario de que todo Baker parecía esperar la llegada de los cuatro jinetes del Apocalipsis.

Cinco meses después, el agente Darryl Kratz, de Brooks County, declararía bajo juramento que, a pesar de que cada oficial de servicio había sido adecuadamente prevenido, ni él ni los otros agentes de su jurisdicción habían tenido ningún presentimiento *real* de lo que se avecinaba la noche del 21 hasta el momento en que la primera mesnada de hinchas de Pottville llegó cantando a Baker como un desfile de ululantes coches de bomberos. Sostuvo que hasta entonces sus expectativas habían sido sombrías, por decirlo suave, del mismo modo que a sus colegas de otras cuatro jurisdicciones les había dejado igualmente nerviosos la larguísima arenga preventiva pronunciada esa tarde por el sheriff Dippold. Todos habían sido alertados sobre el estado voluble y potencialmente explosivo de los ánimos públicos que imperaba en Greene County. Les habían asegurado que para el fin de la tarde era muy posible que tuvieran que afrontar cualquiera de las calamidades conocidas por los defensores de la paz colectiva. Tom Dippold había llegado a afirmar, en los términos más claros y sobrios de los que fue capaz, que por mala que la situación pudiese parecer en los noticiarios nocturnos, la realidad tangible era infinitamente peor. El valle entero era un nido de demencia imprevisible, dijo. Un «manicomio de patibularios», fueron sus palabras textuales. Los agentes se habían tomado en serio su advertencia. Se habían aprestado a encarar el desastre aun antes de embarcar para el gimnasio de la calle 5 Oeste. En el trayecto a sus puestos, habían visto todos los portales de la calle cochambrosa ocupados por vecinos con el pecho al descubierto que se estaban cociendo hasta las patas. Pequeñas huestes se habían congregado alrededor de

barriles llameantes en esquinas y patios traseros. Las cajas de cerveza, puestas unas sobre otras, alcanzaban casi dos metros de altura. Cuando las patrullas pasaban por delante, largas filas de caras les habían dirigido una mueca de desprecio. Uno de los agentes de Tanner County había comentado que parecían aguafiestas de seto en un incendio de nivel cuatro. No hablaban; escupían; todos parecían estar carbonizados en hornos de cerámica.

Aparcados en las inmediaciones del terreno, los agentes permanecieron más de una hora observando el humo de barbacoa que se extendía por el vecindario, a las ratas lustrosas como aceite que se escabullían por las grietas de la pared y, en un momento dado, a una vendedora de la taquilla y a un grupo de porteros fatigados colocando un cartel electrónico sobre la ventanilla de la entrada, después de lo cual el grupo había desaparecido tras un haz de cables eléctricos, dejando colgado el cartel que destellaba con un despliegue panorámico y brillante:

ESTA NOCHE:
LOS GATOS MONTESES DE BAKER CONTRA
LOS HALCONES DE POTTVILLE:
ESTA NOCHE

El letrero se quedó donde estaba y cualquier agente con conocimiento de los sucesos regionales, como Kratz, había temblado al verlo. Era un hecho bien sabido que, incluso en circunstancias normales, un encuentro entre Baker y Pottville no era, policialmente hablando, algo para tomarse a la ligera. En el pasado, esas confrontaciones anuales habían provocado miles de dólares de pérdidas a causa del vandalismo previo al partido, de numerosas contiendas en las gradas y peleas en el aparcamiento. Por regla

general, todo el estado, y más aún —toda la región del maíz—, se tomaba mortalmente en serio su equipo de baloncesto. Era el carro de combate provincial, el caballo de batalla de las ratas de la mina, y la rivalidad existente en el caso de los condados de Koll y Greene rayaba en el fanatismo. La semana anterior Tom Dippold había tenido un recordatorio brutal de este hecho.

El sheriff se había opuesto desde el principio a celebrar el partido en la cancha local. Al hallarse Baker en semejante estado, y habiendo los locutores del canal 6 exacerbado, durante ocho semanas, las tensiones ya de por sí grandes entre las dos poblaciones, la idea de celebrar el encuentro tal como estaba previsto resultaba totalmente suicida. Sería como correr la maratón de Nueva York por un campo de minas de Camboya, insistió. Se había negado a participar en absoluto en aquel asunto. No estaba dispuesto a manchar de sangre su conciencia para el resto de su carrera. La mañana del día 17 había hecho un anuncio oficial a la prensa: el partido se anulaba.

Gritos agrios de protesta recorrieron el valle. En las cuarenta y ocho horas siguientes, veintisiete peticiones extensas, en rápida sucesión, habían sido entregadas en mano en la sede de la oficina del sheriff. Tom Fuchs, del *Herald*, había calificado la orden de «violación flagrante de los inalienables derechos humanos». La comisión atlética del condado se había sublevado. El *Pottville Daily* tachó al sheriff de cobarde acojonado. El bakeriano común se había explayado a gusto en la pequeña pantalla. Nadie aprobaba la decisión. Era un criterio extendido que la población había sobrellevado con calma la crisis. La perspectiva de que el sheriff dictara una orden en el último minuto contra el único acontecimiento que la gran mayoría de ciudadanos pensaba que les quedaba era intolerable.

Para la tarde del 19 la suspensión había sido derogada por el cabildo municipal. Tom Dippold había sido públicamente reprendido por el intento de ejercer su autoridad más allá de sus competencias. Por una vez, el sheriff había tenido que transigir: *Diablos, no, él no había tomado tamaña decisión*, reconoció abiertamente en los medios. *Más de la mitad de las decisiones que había tomado en las semanas precedentes se las habían endosado a su oficina los organismos legalmente responsables*... Se alegraba de que el ayuntamiento impusiera por una vez su peso, era una lástima que hubiera sido un partido de baloncesto y no una infinidad de situaciones con riesgo para vidas humanas lo que les había incitado a hacerlo. Estaba indignado con todo el mundo. Se debatía delante de las cámaras como una esposa de Pineridge zurrando a un borracho inmundo, diciendo que *adelante, que se juegue el partido*, pero cuando empezaran a rodar cabezas él y sus agentes no estarían allí para responder de aquel jaleo...

Todo se había puesto otra vez en marcha. El partido se celebraría como estaba programado. La mañana del 21 deparó cielos despejados y un pronóstico abierto. Toda esa mañana, una brigada de jornaleros había limpiado el camino al gimnasio que daba a la carretera, embarcando los basurales compactos de las cunetas y el aparcamiento en dos camiones de vertidos. Después los camiones los habían transportado a la escuela y descargado en las cercanías del patio de recreo, como les habían autorizado a hacerlo. La brigada había tardado cinco horas en despejar el perímetro, y a continuación instalaron las casetas de venta de palomitas de maíz. Habían colgado largas serpentinas multicolores sobre los ventanales y los conductos de ventilación próximos al techo del edificio. Dentro había electricistas poniendo a punto el marcador. Técnicos de sonido

habían verificado varias veces los amplificadores. Un grupo de porteros había barrido los pasillos. Dos mascotas de Baker habían empezado a dar volteretas sobre la cancha en preparación de la velada.

Tom Dippold había pasado la tarde tratando de obtener por teléfono refuerzos de las localidades circundantes. Había logrado recabar promesas inconcretas de ayuda casi inmediata de los condados de Brooks, Tanner y Blaine. Huelga decir que no se tomó la molestia de contactar con funcionarios de Bolling, que estaba inundado y probablemente se hubiera apresurado a vaciar sus cárceles sobre Baker. Asimismo había pasado veinte minutos angustiosos enzarzado en una disputa a gritos con el sheriff de Pottville, Jake McPhearson, que había tomado como una ofensa personal la declaración que Dippold había hecho a la prensa dos semanas antes y que ahora amenazaba con negarse a enviar ni siquiera a uno de sus hombres para que realizara funciones de vigilancia durante el partido. Al final McPhearson había cedido y dijo que vería lo que podía hacer.

A las cinco de la tarde ya habían llegado los refuerzos: un total de dieciséis agentes de cuatro jurisdicciones. Tom Dippold no se esforzó en ocultar el hecho de que había contado con al menos el doble; incluyendo su plantilla y su propia persona, algo menos que apta para la tarea, tenía a su disposición un total de treinta y cinco agentes mal pertrechados y sobremanera recelosos para el objetivo de supervisar y controlar a una muchedumbre calculada de seis mil personas. No era en absoluto optimista. Los había convocado a todos en el vestíbulo para una rápida sesión informativa.

Ante todo, dijo, no había suficiente material antidisturbios. Se hubiera disculpado por esta falta de pertrechos, pero ya se le debían a él demasiadas disculpas y ni tan solo quería fingir que dirigía

aquella operación por su propia voluntad. Por consiguiente, estaba en la misma barca que todos ellos, y seguramente en una posición peor, pues estaba convencido de que se llevaría un rapapolvo por todos y cada uno de los errores que se cometieran esa noche. Y se *cometerían* errores esa noche. Les aseguró a todos que por mucho que el bakeriano común insistiera en que sería capaz de comportarse durante el encuentro, su juramento no era más fiable que la típica pretensión del paciente de hospital de que está restablecido. Greene County estaba desquiciado, dijo. *Lo-co*. Confiaba en que todos lo entendieran. Los agentes encaraban en este caso una situación sumamente insólita: Baker se había convertido, en todos los sentidos, en un estado policial no declarado, sin vigilancia y sin normas. Reinaba el populacho: el imperio de la ley en Pullman Valley había llegado a un punto en que era preciso pasar por alto lo que de otra manera se hubiera considerado que eran delitos graves, y aplicar y hacer cumplir, estrictamente hablando, leyes no escritas. Las cárceles del condado y los calabozos superaban con creces los límites de capacidad previstos para el caso de incendio. Los juzgados sufrían un retraso de meses. Que los menores consumieran alcohol y que se violaran las normas de prudencia al cruzar una calzada no eran motivo de preocupación para nadie. Ninguna detención por faltas leves se había practicado durante semanas. La consigna primordial para la noche era no apresar a borrachos y porreros —no había donde ponerlos a recaudo —, sino más bien minimizar las reyertas y que no salieran a relucir las armas. Sin ayuda adicional, poca cosa más podían esperar.

Dicho esto, el sheriff despidió a los agentes. Veintitrés coches patrulla abandonaron el aparcamiento de la oficina al mismo tiempo. Los agentes habían atravesado los barrios devastados rumbo al sureste, habían cruzado la carretera en la calle 5 y habían

estacionado dentro y alrededor del terreno del gimnasio. Y allí habían esperado.

Darryl Kratz sostenía que el primer grupo en llegar al lugar se había congregado a lo largo de la valla este a las siete menos cuarto, apenas veinte minutos después de ponerse el sol. Eran «chavales» en su mayoría, adolescentes con jerséis de nailon que estacionaban al aire libre, bebían cerveza de botellas de cuello largo, reñían entre ellos y con la cara pintada del color verde habitual de su equipo. A las siete el grupo era ya un pequeño gentío. Del fondo de la calle habían empezado a aparecer figuras a la luz de los postes en grupitos de cuatro y de cinco. Familias de gnomos bajaron renqueando de la entrada de sus casas. Llegaban furgonetas que aparcaban junto al bordillo. Ratas de fábrica de cara algodonosa se habían apeado de su asiento de pasajeros para orinar sobre la parcela de hierba que orillaba la acera. Muy pronto llegaron grandes grupos de todas direcciones. En la pared norte se había formado una cola.

A las siete y cuarto abrieron al público las puertas del aparcamiento. Los vendedores de entradas ya estaban en sus taquillas. Una fila de coches había comenzado a entrar. El dinero había cambiado de manos. Guardias de tráfico indicaban a los motoristas su lugar en el extremo sur de la explanada. Uno de los guardias había amonestado a un grupo de delincuentes que escalaban la valla y la agitaban tan violentamente que toda la estructura empezaba a combarse. No le hicieron ningún caso. Alguien había encendido una bengala. En otro lugar una botella se había hecho pedazos contra el pavimento.

Al observar la escena, el agente Kratz había experimentado una intranquila, aunque no del todo abrumadora, sensación de miedo.

Más tarde admitiría que había tenido impresiones encontradas al principio. El comienzo *había* sido extraño, afirmaría —uno de los espectáculos más peregrinos que había presenciado—, pero indudablemente no tan extraño como el sheriff les había inducido a creer. Cierto que la multitud irradiaba una cierta aura sobrenatural —*había* habido un aire de tensión contenida gravitando sobre la escena—, pero, aun así, difícilmente podía creer que aquella fuese la turba irrefrenable que tenía a todo el estado en vilo. Le pareció que rodear y reducir a todas las personas al alcance hubiese sido factible sin excesivo esfuerzo dentro de la primera hora. Había empezado a sospechar que el departamento de las fuerzas del orden de Baker era realmente, hasta el último ápice, el bastión de ineptitud que habían propalado que era.

Pero más o menos por entonces hizo su aparición la primera horda de teutones. Su llegada disipó la confusión de Kratz.

El primer ruido que recordaba haber oído se asemejaba al de una escuadrilla de F-16 que se acercase desde el mar. El gigantesco bramido había rasgado el cielo sobre el aparcamiento, provocado que cada agente diese un brinco en su asiento y reducido a silencio, de una punta a otra, a todos los asistentes. Todo el mundo había mirado al norte, hacia el cementerio y el Banco Federal de la calle Mayor, allende el cual el estruendo crecía a medida que se aproximaba. Luego, saliendo de la nada, allí estaban, allí llegaba Pottville con toda su gloria clamorosa, congestionando la 254 en una procesión torpe y pesada de camionetas y furgones, las bocinas pitando, los escapes petardeando, las luces parpadeando y los pasajeros asomándose de tres en tres por las ventanillas. Rebasaron el banco, profiriendo a voz en cuello obscenidades según se acercaban: gritos de «¡Basureros!», «¡Ratas de río!», y «¡Dios santo, este maldito sitio apesta!». Lanzaron docenas de sacos abiertos al

cementerio. Zigzagueaban entrando y saliendo del carril de adelantamiento y derribando los restos de las últimas avalanchas. Golpeaban con palos de escoba los cúmulos amontonados en el arcén de la carretera. Mucho antes de que hubieran dado un chirriante giro a la derecha hacia la calle 5, la multitud de Baker había empezado a abuchear e insultarlos. El agente Kratz había visto operarse una transformación instantánea en la muchedumbre a la que había estado vigilando hasta entonces. A ambos lados de su vehículo, el corro de lo que habían sido hinchas ligeramente bravucones de los gatos monteses, se había metamorfoseado de repente en una chusma de basiliscos de mirada salvaje. Había subido la ventanilla y mirado alrededor, incrédulo. Una profusión de cuerpos convulsos pasaba rápidamente por delante de sus faros. Sonaron alaridos, volaron objetos no identificados por encima de las cabezas. Desde el asiento donde Kratz observaba, todo aquello se le antojó un asalto del templo sagrado, en el que las turbas encarnaban a los prestamistas, los agentes a la élite de Pilatos y la luna en lo alto representaba a la hostia celestial.

Seis de nosotros estábamos en la guarida de Murphy cuando empezó el programa de televisión. Todos los empresarios de la comarca habían solicitado espacio al canal 6 de Pottville, con lo que resultó que el resumen anterior al partido abundaba más en pausas publicitarias que en comentarios reales. Se calculaba que el encuentro se iba a transmitir para un total de ciento veinticinco mil espectadores en siete condados y trece municipios. Era el acontecimiento deportivo local de mayor audiencia televisiva en toda la historia de la región. Todas las tabernas del estado estaban atestadas, el televisor encendido en todas las casas, los equipos de noche plantados delante de las emisiones especiales en comercios

vacíos. Grandes pancartas rojas ofrecían bebidas en locales como el Bloody Bucket. Banderas de ambos equipos ondeaban a los dos lados de la 254, desde el paso elevado hasta el hospital. Era el momento que todo el mundo había estado esperando, el punto culminante y el epílogo de nueve semanas de campaña mediática de una virulencia sin cuartel. Era seguro que lo presenciaban todos los interesados personalmente en el suceso, que era casi todo el mundo que se encontraba a un día de viaje del valle.

En cuanto al desenlace del partido —si es que a alguien le importaba—, los pronósticos eran los mismos que habían sido un año sí y otro no: los «gatos» encajarían una derrota abultada. Pottville, que era una población de doce mil almas, tenía una cantera de estudiantes casi tres veces mayor. Su equipo estaba compuesto por veinte bárbaros de más de 1,90 de estatura que habían suspendido tantos exámenes que para cuando entraban en el instituto de Terrence lucían barbas crecidas y se aprestaban a trabajar en obras públicas. Muchos de ellos se habían criado en un barrio de la periferia de Koll County conocido como Buzzard's Roost, alias «el Degüello». El barrio era una especie de centro de reinserción social, una colonia de borrachos y presidiarios en fuga, recién salidos de la cárcel o directamente encaminados hacia ella. La gran mayoría de los elementos delictivos de Pottville y, dicho sea de paso, la flor y nata de su censo de atletas procedía directamente de Buzzard's Roost. Se decía a menudo que cuando los «halcones» estaban de buenas, se tomaban el tiempo de regatear a sus adversarios; de lo contrario, y en circunstancias normales, se cargaban todo lo que encontraban a su paso y se paraban a pensar durante las faltas. Habían ganado el campeonato regional en seis de las ocho temporadas anteriores —no tenían rival en la comarca—,

pero normalmente les expulsaban de la cancha en las primeras rondas de los torneos interestatales.

Baker, por otra parte, no tenía un barrio bajo donde criar una cantera. Por lo menos ninguno que diese jóvenes de diecisiete años y cien kilos de peso, futuros operadores de martillos neumáticos. En toda su historia solo había participado una vez en los torneos interestatales, y podría decirse que por incomparecencia de otros. Una vez allí fueron eliminados en la primera ronda. Los gatos monteses, los diecisiete del equipo, no valían gran cosa.

Pero todo esto suponiendo que le importe a alguien; la noche del 21 a cualquiera de sus hinchas le tenía sin cuidado. El partido no se presenciaba ni patrocinaba en virtud de sus méritos deportivos. En el pasado, el público asistente había sido la mitad del de esa noche. La transmisión se limitaba entonces a las dos poblaciones respectivas y posteriormente se comentaba con el mismo entusiasmo que un torneo de billar la tarde de domingo. El aliciente siempre había residido en el enfrentamiento de las dos hinchadas. En los últimos tiempos no había engrosado las filas de los dos equipos ningún jugador capaz de hacer diferente el choque de aquel año. No se preveía ninguna victoria sorpresa. Sí una pugna. Lo cierto es que el partido no era más que una atracción secundaria. El verdadero interés radicaba en los espectadores y en lo que podría ocurrir.

Desde donde estábamos sentados, al menos seis de nosotros en la guarida de Murphy —Murphy, Wilbur, John, Curtis, Bailer y Dennis —, nos pareció que más de la mitad del público ocupaba sus plazas para las siete y media. Dennis se lo estaba pasando en grande con los comentarios preliminares e imponía sus propias interjecciones vernáculas sobre las voces de los locutores. Murphy, Curtis y Bailer estaban repantigados en el sofá sorbiendo *lager* importada y no

parecían muy entusiasmados. Wilbur estaba hablando por teléfono con Donnecker.

John deambulaba. Desde la noche de la agresión en su casa, se había vuelto más inquieto e introvertido que nunca. En dos semanas se había abierto un camino que iba de la alfombra del pasillo a la guarida, daba la vuelta a la mesa, volvía al pasillo y entraba en la cocina. Dejó de beber cerveza y se pasó al café. En diez días había consumido dos latas y media de expreso molido. En algún momento le había confesado a Wilbur que desde el accidente que había sufrido en Sodderbrook tenía migrañas terribles todos los días. Se imaginaba que en un momento dado del asalto había sufrido una contusión, quizá durante el salto de un tejado a otro o posiblemente a causa de la tetera que le había golpeado el cráneo, pues las jaquecas se habían vuelto tan fuertes en los últimos tiempos, sobre todo cuando bebía, que hasta le costaba esfuerzo hablar. Sus insomnios eran peores que nunca. Se había pasado al café para mitigar el dolor, pero a raíz de ello había terminado por fumar aún más que de costumbre y destruido toda esperanza de disfrutar de un sueño decente por la noche. También tenía problemas con la comida, probablemente debido en gran medida al continuo estado de deshidratación causado por la cafeína. Había perdido bastante peso que no tendría que haber perdido. Grandes bolsas negras le cernían los ojos. Estaba pálido y desnutrido, y además malhumorado: había empezado a hablarnos bruscamente sin ningún motivo aparente. Wilbur se había ofrecido a llevarle al hospital, pero John le había contestado que era el hospital precisamente lo que le había dañado la cabeza. Bajo ninguna circunstancia regresaría a «aquella dieta de caldo de gallina». Se negaba en redondo. Se las apañaría con sus jaquecas.

Llevaba dieciséis días alojado en casa de Murphy. Todas las tardes desmontaba y engrasaba su arma del 38 mientras tomaba varias cafeteras. De noche daba vueltas y más vueltas acostado en el suelo del sótano, con una vieja frazada roja y una almohada de plumas. Dormía en el sótano hasta que una tormenta inundó el suelo. Luego se había trasladado arriba, y se pasaba el tiempo deambulando por la casa y mirando a la pared en silencio. Desde el día 7, solo en una ocasión había salido de la vivienda, y lo había hecho con cuatro de los nuestros protegiéndole como perros guardianes. Y todo para una visita al supermercado. Había sido ridículo. Nos habíamos colado en el IGA durante las horas del oficio religioso con el simple propósito de procurarnos las provisiones básicas sin riesgo de que nos detectaran. Por lo que a Baker respectaba, John se había ido o estaba muerto. No le habían visto en público desde la agresión. En el aspecto práctico, el pillaje de su domicilio y su consiguiente ausencia había desviado la presión social de nuevo hacia Kuntsler, donde correspondía. A John aquello le había reportado la pérdida de todas sus pertenencias, poner su vida en peligro y sufrir numerosas heridas, pero había logrado distraer la atención de la prensa. La incursión punitiva se había convertido en un *incordio*, en algo cuya existencia nadie quería reconocer o admitir. John había logrado quitarnos de encima al *Herald* y al canal 6 de Pottville antes de que ambas empresas tuvieran realmente ocasión de echarnos el guante, pero lo había hecho al precio de su propia vivienda y de su libertad física. Le seguían odiando —es dudoso que alguna vez pudiera volver a residir en la población—, pero la aversión por Kaltenbrunner palidecía, a la postre, comparada con la aversión a Kuntsler. El bakeriano común acudía todas las tardes a las puertas del vertedero en manadas homicidas. El sheriff se vio obligado a apostar en el solar vigilancia constante con el fin de evitar un derramamiento de

sangre. En la medida en que alguien fuese todavía capaz de enjuiciar las cosas en Greene County, la suerte del viejo estaba ya echada. La confusión era total, pero dentro de sus precarios auspicios, varias conclusiones enteramente ineludibles estaban aflorando; la principal era la certeza de que Jeffrey Kuntsler tenía que marcharse. Al viejo ya no le quedaban salidas. Todos sabían que su exilio forzoso era solo una cuestión de tiempo. Las autoridades de Baker hacía mucho que estaban desbordadas por lo que respectaba a postergar lo inevitable. La solución, por conducto local o por otros medios, era inminente. Todas las demás vías estaban agotadas. Si las tropas federales tenían que intervenir antes de que los tribunales resolvieran el problema, pues bien: sería eso lo que ocurriría. De cualquier manera era solo una cuestión de días, todo lo más de una semana. La crisis había terminado. Habíamos vencido. Tan solo quedaba un partido de baloncesto.

Tal debía de ser el modo de pensar de John cuando salió disparado de la cocina, se interpuso entre nosotros y el televisor e hizo un anuncio inesperado.

Iba a ir al partido.

Todos menos Dennis alzamos la vista. Wilbur dejó caer el auricular del teléfono que tenía sujeto entre el hombro y la barbilla. Todos clavamos la mirada en John. Él, en su sitio, no dijo nada.

¿Había *perdido el juicio*?, preguntó Curtis. ¿Qué estaba diciendo?

John se enderezó y repitió lo dicho. Está bien, dijo, maldita sea, ¡iba a ir al partido! Estaba harto de vivir enjaulado como un animal. Si tenía que seguir mirando otro minuto más aquellas feas paredes empapeladas de azul o si oía contar a Dennis otro chiste idiota más, corría el riesgo de salir volando al patio y empezar a disparar contra

el vecindario. Aquella cuarentena le estaba sacando de sus casillas. No aguantaba más. Iba a ir al partido. Si alguno de nosotros quería acompañarle, ahora que se acercaba el final era el momento. Si no, nos vería más tarde.

Casi había llegado a la puerta cuando pudimos detenerle. Murphy se interpuso con suavidad en su camino y le dijo que esperara, ¿de qué iba todo aquello? *¿Qué pasa con nuestra política de pasar inadvertidos?*

¡Al carajo!, respondió John, señalando el televisor. *Mira a esos simios*, dijo. Una panorámica de las gradas de Baker ocupó la pantalla. Estaban *acabados*. Habían sido *asesinados*. No quedaba rastro de ellos. Ya no podían tocarnos. La huelga había terminado. En cuanto a nuestro anonimato, nos pintaríamos la cara de verde como todo el mundo. Nadie notaría la diferencia. Sería sencillo.

Nos lo quedamos mirando.

¿Y bien?, preguntó.

Contra nuestro propio juicio, y para nuestro pesar ahora, aprobamos su plan. Al mirar atrás, comprendemos que hubiera sido posible convencerle de que desistiera. No habría sido muy difícil. Podríamos haberle llevado a pasar una velada apacible fuera de la ciudad, donde nadie conociera su cara ni su nombre. O aún mejor, podríamos haber visto el partido e hincharnos a beber por cuenta de la casa en cualquiera de las tabernas de la calle Mayor de Pottville. Habrían brindado a nuestra salud como héroes en todo Koll County... Pero John no quería ir a Pottville. Quería ir al partido. Quería sentarse abiertamente entre la misma multitud que no hubiese dudado en hacerle pedazos. Quería *oler* la carnicería. Era su idea de pasarlo bien, suponemos. Y, por desgracia, le bailamos el agua, por muy poco que nos entusiasmara su proyecto. Habíamos llegado al

punto de aceptar como una ley la opinión de John. Del mismo modo que la noche en que había entrado a trompicones por la puerta trasera, con toda aquella pasta escondida dentro de los calzoncillos, o al igual que al principio había parecido que no tenían pies ni cabeza las declaraciones que en cada reunión caían como una bomba, habíamos aprendido a no cuestionarle. Para entonces estábamos seguros de que él sabía exactamente lo que estaba haciendo. Todas sus predicciones hasta la fecha habían sido rigurosamente exactas.

En todo caso, así hemos tratado de justificar desde entonces nuestra miopía por haber accedido a acompañarle al gimnasio.

El sheriff apostó a Darryl Kratz y al agente Wilson Groll, del Tanner County, en la entrada principal para efectuar los cacheos previos. Evitó adrede colocar a sus hombres o a los agentes de Pottville en situaciones de contacto directo con la muchedumbre. La mayoría de los agentes emplazados dentro del gimnasio procedía de los condados de Brooks, Tanner y Blaine. Los demás estaban fuera del recinto, a lo largo de la calle y en la trasera del edificio. La idea de dispersar a sus efectivos era sensata: Tom Dippold acertó en presumir que la posibilidad de conflicto disminuiría de forma considerable si situaba en las puertas a agentes en apariencia neutros con el fin de llevar a cabo el obligatorio control de armas. Con un público en aquel estado, la eventualidad de que un agente de Pottville cachease a un hincha de los gatos monteses o viceversa no auguraba nada bueno para nadie. Ateniéndose a esta lógica, asignó aquel puesto a Kratz y Groll con órdenes de que adoptaran una actitud de «relativa neutralidad». Así lo hicieron, y en su mayor parte la cola desfiló sin motivo de alarma. En la primera media hora se practicaron dos confiscaciones: un cuchillo atado con una correa

al tobillo de un teutón que llevaba botas de combate, y un bulto de palos envuelto en una pancarta improvisada de los halcones. Por lo demás, la única perturbación que se produjo fue una escaramuza leve que se produjo en el pabellón oeste del edificio a las ocho menos diez. Los hombres del sheriff sacaron a empujones de la fila a los contendientes —cuatro, en total— y los condujeron a un grupo de furgones aparcados en la esquina de la calle 5 y Geiger. Veinte minutos después, tras haberles formulado una advertencia, los pusieron en libertad.

Tom Dippold estaba sentado en su coche patrulla en la esquina de la carretera. Centenares de camionetas procedentes de Pottville salían de la 254 para entrar en la calle 5. Grupos de bakerianos comunes, alineados delante de la valla, saludaban con una peineta a los vehículos que entraban. El ruido reinante desquiciaba los nervios. Solo en su automóvil, el sheriff se sentía terriblemente aislado, aun cuando se encontraba solamente a treinta metros del agente más próximo. Esa fue la posición en que le sorprendieron Curtis, John y Bailer según pasaban: apartado de su gente, encerrado en su coche, jugueteando con su material antidisturbios y conteniendo a duras penas su energía nerviosa. *Ahí está el sheriff*, dijo Bailer. Al pasar de largo le lanzamos una ojeada. Tom Dippold no se percató.

Curtis cogió el ticket del empleado del aparcamiento y metió el coche en la explanada. Murphy iba detrás. Los dos vehículos aparcaron en la sección suroeste, a cuatro filas de la valla. Los demás permanecimos tensos mientras Dennis se apeaba en busca de un tubo de pintura para la cara. Mientras esperábamos, Murphy sacó por su ventanilla una sudadera vieja y sucia y se la lanzó a John. Este se la puso y se cubrió con la capucha la cabeza. Un minuto después Dennis volvió con un tubo de pintura verde que había comprado por un dólar a un hincha de los gatos monteses.

Enseguida tuvimos la cara embadurnada por una capa espesa y, para nuestro alivio, cada uno estaba cómodamente irreconocible. Wilbur parecía un mariquita de carnaval, Dennis un paleto de Tennessee y John el balsero del purgatorio. Tras intercambiar una rápida mirada, nos relajamos bastante.

John dejó su 38 en la guantera. Sabía que los agentes cacheaban y no hubiera habido un modo más veloz de delatarnos que el que nos detuvieran en posesión de un arma de fuego.

Llegamos a las puertas y salimos a la calle para dirigirnos a la entrada del gimnasio. La espera en la cola fue penosa. Temíamos que alguien lanzara la voz de alarma. ¡Rastrojos de monte!, chillarían, y luego nos tumbarían a golpes. Pero al cabo de un rato fue evidente que nadie se había dado cuenta. La cara de los bakerianos era verde, la de los teutónicos de un rojo brillante, unos y otros alineados en la cola. Formamos parte de ella. Entramos sin ningún problema.

El acceso a la cancha fue un asunto distinto. Wilbur recordó más tarde que fue como entrar en una palestra ateniense una tarde de domingo para presenciar una matanza. Desde que cruzamos la puerta de entrada y llegamos al bullicioso y concurrido pasillo interior, el pandemónium del aparcamiento dio paso a su verdadero origen y nos brindó a cada uno, por primera vez desde que dejamos plantado a Kuntsler, una prueba irrefutable del *odium proletarium* inherente a la región del maíz, que había sido desatado y catalizado hasta su apogeo por medio de la huelga. No es que no estuviésemos familiarizados íntimamente con cada una de sus manifestaciones; desde bastante antes de que John hubiese aparecido en escena lo habíamos sobrellevado y soportado como un modo de vida. Y desde que John había sido atacado en su casa, toda la población se había despeñado hasta lo más hondo de la sima y la prensa documentaba

todos los detalles del proceso. Sabíamos exactamente lo que había detrás del telón. Lo habíamos sufrido durante años. Pero no captamos su plena envergadura hasta que al franquear esa noche las puertas de entrada nos recibió una ráfaga de aire caliente, el bramido con que la muchedumbre saludaba el desfile de la banda, y el panorama de dos turbas demencialmente histéricas que se apostrofaban mutuamente en las gradas.

El único espacio de asientos libres que quedaba en el lado de Baker estaba arriba de las gradas, hacia el muro este. Nos abrimos paso entre la gente desde la entrada principal y unos minutos después los seis estábamos instalados. Desde allí teníamos una buena visión de la cancha.

Las animadoras de los gatos monteses —las «pimpollos»— intentaban formar una pirámide en el centro del terreno. Wilbur recordaba que dos años antes una de ellas se había caído desde aquella altura y se había roto una muñeca en presencia de dos mil espectadores. Posteriormente había sido proscrita del torneo y la última vez que se la había visto trabajaba en la cabina de peaje de la carretera interestatal, en el confín norte del estado. Este año, por suerte, no aconteció una desventura semejante, porque entonces el partido podría haber conocido un final aún más brusco del que tuvo. La pirámide se alzó, las mascotas desfilaron y cada hinchada se desgañitó animando.

Arriba, en las vigas, un tapiz de globos rojos y verdes pendía del techo, encima del marcador. Por la mañana, temprano, varios técnicos habían limpiado el techo de nidos de pájaro. Una bandada de palomas desnortadas revoloteaba entre los globos y sobre los cables de suspensión, en busca de domicilio. Wilbur recorrió con la mirada el techo y los muros, el reloj de cronómetro y, en un palco del segundo piso, a los directivos de la federación del condado, que

miraban el ambiente desde su atalaya. Abajo, un vendedor de palomitas de maíz discutía con un grupo de teutones. Las gradas de enfrente hervían con el griterío bélico. Varias pancartas extendidas ocupaban filas enteras, enarboladas y agitadas por diez personas al mismo tiempo. Los lemas eran brutales: VIVA LOS MOFETAS DE BAKER — BASTA DE CLOACAS — KUNTSLER PRESIDENTE — ¡UF! HUELE A RATA DE RÍO — BAKER = BASURERO, etc. Un grupo de teutones se había disfrazado de cubos de basura. En la pared opuesta habían clavado una pancarta de seis metros con el dibujo de un redondel de heces humeantes cubiertas de moscas. Se entonaban numerosos cánticos: ¡BA-KER APESTA! ¡BA-KER APESTA! Una y otra vez. Era implacable. Los hinchas de Baker no encontraban réplica. No tenían más remedio que encajar la injuria. Era verdad: *Baker apestaba*. No se podía negar. La ofensa era al mismo tiempo objetiva y peyorativa. Sonaba a cierta, y enfurecía tanto más a los hinchas de los gatos monteses. No había una réplica adecuada. Estaban inermes. Si lo hubieran previsto, tal vez no habrían presionado hasta el extremo en que lo habían hecho para dejar sin efecto la suspensión del partido que preconizaba el sheriff. Ahora parecían percatarse. Wilbur lo veía en sus caras: *Quizá no fuera tan buena idea, al fin y al cabo*. Estaban descontentos y avergonzados, pero intentaban encubrir su deshonra con un despliegue forzado de entusiasmo. Al recorrer con los ojos las filas de teutones, luego las de los bakerianos y de nuevo las de Pottville, a Wilbur le llamaron la atención varias diferencias obvias entre las dos hinchadas, de la misma manera en que Darryl Kratz se había quedado boquiabierto al comparar y contrastar a sus propios colegas con los que estaban al mando de Tom Dippold. Parangonados con el bakeriano común, los teutones ofrecían la apariencia general de un grupo de estudiantes bebidos como esponjas, aun cuando la diferencia socioeconómica entre los dos bandos era prácticamente

indetectable. Por muy ferozmente belicosa que fuese la conducta teutónica, el grupo conservaba un aire ligero y despreocupado de indiferencia; en parte porque tenían la certeza de que los halcones barrerían del terreno a los gatos monteses en el primer cuarto de hora de juego, pero sobre todo porque en los dos meses previos habían llevado una vida normal, activa y apacible. Terminado el partido, se amontonarían en sus furgonetas y volverían a las calles limpias y bien iluminadas del norte. Se irían a la cama con una sonrisa tras haberse burlado de los bakerianos y haberles humillado con una paliza como nunca les habían propinado. Fin de la historia.

Los hinchas de Baker, por el contrario, tenían aspecto de recién salidos de una guerra. Por todas las gradas del rincón este había desaliño en las ropas, abatimiento en las posturas y rostros enfermos y delirantes. Era como si todos los habitantes de la ciudad se hubieran sometido a una dieta de grasas durante dos años. Darryl Kratz lo había observado a primeras horas de la tarde en el vestíbulo de la oficina del sheriff. Los agentes de Tanner y Blaine County se habían presentado aseados y en buena forma física, mientras que Tom Dippold y sus hombres tenían la cara pastosa y el ánimo sombrío como vampiros anémicos. La única pregunta que subsistía para todos los del valle, tanto los agentes como los hinchas de los gatos monteses, era: ¿se habían roto todos los diques, o quedaba aún una reserva intacta en todo lo ocurrido? ¿Restaba todavía un punto de ruptura? ¿Surgiría de sus filas un arranque postrero antes de capitular todos a un tiempo? Mirando al público, Wilbur tuvo dudas. Sí, estaban armando cantidad de ruido. Sí, estaban pataleando y chillando hacia las gradas de enfrente tan inútilmente como quien trata de tapar con arena una ratonera. Pero de aquel entusiasmo, ¿qué parte correspondía al coraje alcohólico y qué parte era auténtica sed de sangre? Wilbur no lo sabía. A pesar de todos

los años que había vivido en Greene County, seguía sin saberlo. Lo único que él, al igual que el agente Kratz, sabía con certeza era que los ciudadanos y los agentes del orden del Pullman Valley parecían haberse desviado más que nunca del camino trillado y ahora eran como una tribu exiliada del desierto errando por la tundra en busca de su patrimonio dilapidado. Lo delataba a las claras cada uno de sus gestos. Era también manifiesto en los mismos jugadores de Baker cuando, diez minutos después, la banda de música entonó un *crescendo* y el equipo salió a la cancha por la puerta de los vestuarios. El recinto entero estalló en una algarabía de abucheos y vítores, pateos y cantos, y cuernos de aire improvisados con las manos. Era, cuando menos, la acogida más grandiosa dispensada a un equipo deportivo de Baker; pero no obstante el clamor del público, nada habría podido ocultar el hecho de que los jugadores estaban muertos de miedo. Cabía la sospecha, cuando ocuparon sus puestos para la tanda habitual de tiros libres, que no era tanto la perspectiva de enfrentarse con los mejores encestadores del Degüello lo que les daba aquella palidez temblorosa, sino más bien la tremenda presión que el ambiente ejercía sobre ellos, las enormes expectativas depositadas en ellos por sus *propios* convecinos, lo cual recordaba el caso del futbolista colombiano que había sido linchado por sus mismos compatriotas por haber marcado un gol en propia puerta durante la copa del mundo. Incluso cuando los halcones hicieron una entrada similar por el otro extremo del terreno, lo que inquietaba a los gatos monteses no eran los gigantescos cimerios de Buzzard’s Roost con los que iban a enfrentarse, sino la masa caótica y acechante de sus propios partidarios. Tenían el aspecto de esos condenados a bailar delante del verdugo.

Proseguía la tanda de tiros libres previos. Ambos equipos formaron una serpentina en la cancha, ensayando rebotes, ganchos

y encestes de tres puntos. Los pocos asientos libres en la pared de enfrente fueron ocupados. El altavoz presentó a los cuatro árbitros, dos por cada población. Los amplificadores emitieron más sandeces y, a continuación, dieron la orden de levantarse para el himno nacional. Siguió una versión casi traidora del himno de las barras y estrellas, interrumpida repetidamente por gritos y bocinas. Los únicos que visiblemente respetaron el silencio requerido fueron unos cuantos veteranos que ocupaban las gradas inferiores, los quince o dieciséis agentes situados en la primera fila y los dos equipos. A todos los demás les tenía sin cuidado.

Concluido el himno, comenzaron los rugidos. Las animadoras se desplegaron en abanico y solicitaron un último vítor de sus hinchadas respectivas. La mascota teutónica dio una voltereta. Los reporteros del canal 6 de Pottville se aprestaron en su foso. El reloj se puso en marcha.

El partido duró un total de once minutos y veintiún segundos, probablemente seis minutos más de lo que hubiera debido. Incluyendo tres tiempos muertos, el intermedio, dos sanciones, dos faltas por pasos, una parada de reloj por bajo rendimiento, y el tiempo necesario para dos expulsiones, el encuentro completo, de principio a fin, duró veinticinco minutos. Un plazo que no dice nada de las perturbaciones causadas por el público; a minutos del comienzo, se había despejado un amplio pasillo que llevaba a la salida oeste para los agentes apostados en la primera fila. Antes de que sonara la campana del primer cuarto, no menos de treinta y dos espectadores habían sido escoltados hasta el callejón e introducidos en uno de los furgones que aguardaban en la esquina.

Por extraño que parezca, los gatos monteses ganaron el salto por el balón. No fue tan sorprendente que fuera lo único que ganaron en

toda la noche. Lo demás fue una masacre, tanto deportiva como física. La defensa de Pottville era casi una fortaleza inexpugnable. Sus líneas eran sistemáticamente más altas, más rápidas y más agresivas que las de los gatos monteses. Desde la tercera grada de arriba era difícil seguir el desarrollo del juego. Lo poco que logramos ver a través de los huecos entre la gente correspondía perfectamente al resultado previsto: los gatos monteses estaban acorralados por las incursiones de los centrales, los defensas rechazaban cada intento de penetración y la mayor parte del juego transcurrió en el fondo de la cancha. En el tercer minuto el marcador era de 12-3 a favor de los halcones, y los gatos monteses habían arañado sus tres puntos gracias únicamente a tiros libres. Baker tardó cinco minutos en lograr su primer enceste auténtico: una canasta ciertamente bonita de tres puntos firmada por el juvenil Kevin Stills, que había sido atajado en mitad de la cancha por cuatro halcones que se le echaban encima y no tuvo más remedio que ensayar un lanzamiento de lejos aparentemente temerario. Fue una de las tres canastas meritorias que los gatos hicieron en toda la noche, la única de tres puntos. En el momento en que perforó la cesta, el bakeriano explotó. Fue el instante que habían estado esperando, encerrados en su foso como animales cautivos. La banda de música atacó el himno local. Los hinchas, vociferantes, se pusieron en pie para aplaudir. Desde donde estábamos, vimos a Stills radiante de orgulllo, aunque un poquito sorprendido él mismo por haber encestado. Se retiró al fondo del terreno como si le hubieran indultado de la horca.

Un minuto más tarde fue pisoteado por dos halcones que a todas luces, se diga lo que se diga, fueron a por él, posiblemente por órdenes directas de los entrenadores de Pottville. Lo retiraron en

camilla con una lesión para el resto de la temporada. Fue entonces cuando empezó el juego sucio.

Desde arriba de las gradas vimos a los árbitros de Baker expulsar a uno de los halcones culpables de la agresión. El jugador expulsado, Blaine Rehack, un titular de 1,98 de estatura y ciento seis kilos de peso, con toda la planta y la majestad de Kull el Destructor, se alisó hacia atrás el pelo, levantó los brazos hacia la hinchada de Pottville y parodió un recital de violín falsamente contrito. Los teutones clamaron. Cuanto más fuertes eran sus carcajadas, tantos más bandazos daba la hinchada de Baker. A nuestro alrededor el odio iba creciendo. Se oyeron gritos de «¡Matad a ese bastardo!», «¡Que despellejen al entrenador!». Pero, en general, el grueso de la culpa recayó sobre los árbitros, no solo los de Pottville, sino también los de Baker. Murphy, que había estado intentando explicarle a John, a grandes trazos, las reglas del juego, pues era la primera vez en su vida que asistía a un partido o que había tenido la paciencia de ver uno hasta el final, le explicó que los árbitros siempre apechugaban con la bronca del público, por los motivos que fueran. Lo cual era cierto. Había que ser masoquista para ejercer de árbitro en Pullman Valley. La norma general era que el árbitro *nunca* tenía razón. Cuando pitaba contra el equipo local era un chaquetero. Cuando pitaba contra el visitante, la sanción no era nunca lo bastante severa. Por más clara que hubiese sido una infracción cualquiera, pitarla era siempre, sin excepción, un acto de traición, y el público le tachaba de vendido. Estaba conchabado con *ellos*. Representaba la voz de la autoridad cuando menos lo deseaba nadie. No podía ganar. Por muy evidente que fuera la necesidad de un arbitraje, a quien lo ejercía se le contrataba y se le trataba más como a un felpudo para la ira del público que como a un supervisor deportivo. En las

ocasiones en que dejaba pasar algo por alto o tomaba una decisión equivocada, le llamaban tarado e idiota, y a menudo hasta pagaba luego las consecuencias fuera del terreno de juego. Entre los insultos del público y los ataques perpetrados contra sus posesiones, generalmente su carrera en activo duraba tres o cuatro meses. Acto seguido o dimitía por voluntad propia o le echaban de la competición por la fuerza. La rotación de árbitros era inacabable.

Rehack volvió por fin al banquillo, se puso una sudadera y sonrió mientras le felicitaban y le daban palmadas en la espalda. Los cuatro árbitros se reunieron en el centro de la cancha para aclarar su decisión. El reloj estaba parado. Los gatos monteses discutían algo en corro. Los halcones se paseaban por el otro extremo de la cancha. Los hinchas bakerianos no paraban un segundo. Al cabo de un momento uno de los árbitros de Baker hizo una señal de asentimiento hacia los otros y se encaminó hacia la mesa para comunicar el veredicto. Rehack fue excluido del torneo durante dos semanas. El otro jugador fue descalificado. Los gatos lanzaron dos personales. Un denso rugido se elevó en ambos bandos.

El titular Dwight McCaffrey falló el primer lanzamiento, probablemente a causa del bombardeo periférico de las dos hinchadas. Cuando se disponía a efectuar el segundo, fue alcanzado de pronto por una lata de Pepsi llena que salió volando de las gradas de Pottville. Sin ningún titubeo recogió la lata y la envió de vuelta contra el público. La lata golpeó a un teutón sentado en la quinta fila, lo que incitó a un grupo numeroso de sus colegas a invadir el terreno de juego. McCaffrey agarró la silla de un entrenador y la blandió en alto. Uno de los halcones le empujó por detrás. McCaffrey se volvió, balanceándola en el aire. Falló el blanco. Un grupo de ratas de fábrica bajó a la cancha al encuentro de la banda de la Pepsi. Todos los espectadores del gimnasio se levantaron al mismo

tiempo. Los agentes lograron intervenir antes de que los grupos entablaran contacto. Diez individuos, por lo menos, fueron reducidos y escoltados fuera. McCaffrey fue expulsado del campo. La lata de Pepsi hizo el vuelo de regreso a la cancha. Alguien lanzó una manzana de caramelo a un árbitro de Pottville. El gimnasio era un guirigay. El público tardó otro minuto en sosegarse, y a continuación el sustituto de McCaffrey falló el segundo tiro.

El reloj se puso de nuevo en marcha en el minuto seis cincuenta y uno. Los gatos monteses tenían dos jugadores menos, y los halcones uno. En los noventa segundos siguientes hubo otras tres faltas personales. El partido estaba degenerando en un encuentro de rugby. Enardecidos por la gritería de sus seguidores, los halcones la transformaban en agresión. Los gatos monteses pasaron de la aprensión pasiva al rencor manifiesto. Bastaba mirarlos para darse cuenta de que no habían querido ser los protagonistas de aquella disputa. Odiaban cada minuto que pasaba. Ya era bastante ingrato enfrentarse con los halcones en circunstancias normales. Pero ahora, para empeorar las cosas, sus adversarios se habían vuelto exhibicionistas. Y no era de extrañar: con diecisiete puntos de ventaja y todos los teleadictos en kilómetros a la redonda pendientes de la pantalla, podían permitirse fallar algunas cestas para impresionar. Cuando se replegaban hacia su campo, de improviso atajaban el avance de los gatos: en tres ocasiones distintas, como mínimo, ninguna de las cuales fue sancionada por los árbitros, los halcones marcaban muy de cerca a sus adversarios y de pronto se plantaban y dejaban que los gatos acometieran con todo el ímpetu descontrolado de una ofensiva en toda regla. De ese modo los gatos no eran solo derribados al suelo, humillados y estorbados, sino que además cometían faltas o recibían advertencias. Era juego sucio.

En el minuto ocho treinta y seis uno de los halcones embistió contra un gato que se disponía a ensayar un lanzamiento de tres puntos. Técnicamente debería haber sido suspendido como Rehack; el ataque —un codazo contra el torso— había sido flagrantemente intencionado. Era del todo inexcusable. Sin embargo, mereció tan solo una amonestación. Al oír la decisión, Brody, el entrenador de Baker, saltó a la cancha y se enfrentó con los cuatro árbitros a la vez. Se les plantó delante y se puso colorado hasta las orejas de tanto farfullar. Por un momento dio la impresión de que iba a llegar a las manos. El público le jaleaba. Los árbitros negaban con la cabeza y le señalaban con el dedo su asiento. El ladró como un animal rabioso. Fue amonestado. Levantó los brazos y se dio media vuelta. El bakeriano común silbó mientras él volvía a su sitio, jurando y escupiendo.

Una vez más, las distracciones del entorno fueron lo bastante abrumadoras como para frustrar el primer tiro libre. Cuando el jugador se disponía a efectuar el segundo, el grupo de hinchas de Pottville que se había disfrazado de bolsas de basura «levantó la tapadera» de repente —como expresó el *Herald*—, es decir, que se pusieron en fila detrás de la red y enseñaron sus traseros desnudos a la vista de todo el mundo. Antes de que los agentes pudieran desalojarlos, otra pelea estalló junto a un puesto de palomitas en el muro norte. Ocho agentes más corrieron a disolverla. En la refriega, casi llegaron a volcar la caseta. Parecía haber por lo menos siete hinchas de cada bando enzarzados en un indefinible revuelo beligerante. La pared norte era el punto caliente, la línea divisoria entre las dos hinchadas. Solo los más borrachos, los más fornidos y los más belicosos de cada hinchada se atrevían a colocarse en aquel sitio. No les separaba más que un simple pasillo de un metro. Costó varios minutos restablecer la más tenue apariencia de orden.

A falta de veinticuatro segundos para que acabara el primer cuarto, las hinchadas rivales se hallaban al borde del colapso. Llovían bolsas de papel, dónuts de chocolate y ristras de petardos encendidos. Todo el mundo, puesto en pie, pateaba y chillaba. Los agentes conducían hacia las puertas a una fila completa de expulsados. El presidente de la comisión de deportes de Baker hizo un vano llamamiento al orden por el altavoz. Nadie le prestó atención.

Durante los últimos instantes del cuarto, uno de los gatos encestó un precioso gancho. El marcador avanzó dos puntos. Los bakerianos aullaron. Pero apenas disminuyó la ventaja. Cuando sonó la campana el marcador señalaba 24-9. Había terminado el primer cuarto.

En el aparcamiento, los problemas de Tom Dippold continuaban. Llegaban al callejón tantos hinchas expulsados que a él y a sus hombres no les daba tiempo de esposarlos, y tres de los cuatro furgones de que disponía estaban ya repletos. Para empeorar las cosas, varias de las reyertas iniciadas en el interior proseguían ahora dentro de los furgones cerrados. El sheriff había supuesto erróneamente que sin un público que actuase de testigo y alentase los enfrentamientos, las partes beligerantes, una vez encerradas en una celda ambulante de dos y medio por tres metros y medio, pondrían fin a las hostilidades. Por consiguiente él y sus agentes habían ido llenando los furgones sin pararse a pensar en la filiación de los detenidos. Ahora cada vehículo albergaba a diez o doce hinchas que se revolvían dentro como un cubo lleno de cangrejos de Maryland. El sheriff no había contado con que las peleas prosiguiesen. Enseguida había descubierto, cuando vio que se reanudaban las grescas y que las paredes de cada furgón se

estremecían y vibraban desde el interior, que el intercambio de tortazos que habían detenido en el gimnasio era algo más que un alarde fanfarrón de los contendientes; incluso sin testigos que les azuzaran era evidente que los bakerianos y los teutones estaban empeñados en dejarse mutuamente fuera de combate. El sheriff comprendió que si no separaba a los detenidos tendría que afrontar acusaciones de homicidio involuntario. Hacerlo no era una tarea fácil.

Al abrir las puertas de los furgones, los agentes encontraron a los ocupantes vapuleándose a patadas y golpes en la oscuridad. En el instante en que los postes de alumbrado iluminaron la celda, varios detenidos saltaron afuera y echaron a correr hacia la carretera. Les persiguieron, les redujeron y encerraron de nuevo. Las caras pintadas de rojo fueron separadas de los rostros verdes y unos y otros introducidos en vehículos distintos. Fue un milagro que ninguno sufriera heridas graves. En un furgón en que había nueve hinchas de los gatos monteses y solo tres de los halcones, estos, contra todo pronóstico, habían resultado indemnes. Había unas cuantas narices sangrando y cráneos con verdugones, pero por lo demás todo el mundo parecía ileso. Todos fueron enjaulados en los furgones, pateando, esposados y chillando.

El sheriff se abrió paso a empujones hasta las taquillas desocupadas e hizo una llamada de emergencia a la comisaría de Tanner County Oeste. El sheriff Bob Dix llevaba diez minutos esperando la llamada. Todo el departamento estaba viendo el partido en la televisión en ese mismo momento, dijo Dix. Que no se preocupara, diez de sus hombres y seis agentes de Blaine County iban camino de Baker. Tenía que confesar, prosiguió, que a primeras horas del día había estado convencido de que Dippold se comportaba de un modo sumamente paranoico. Pero ahora...

¡Eso es lo de menos!, chilló Dippold. Lo que necesitaba ahora era cien hombres fuertemente armados, seis furgones celulares y una jauría de perros adiestrados. El gimnasio estaba a punto de desmoronarse. Ordenó a Dix que empuñara el teléfono y se ocupara del asunto. Colgó. Luego llamó a Pottville. Contestó Jake McPhearson. *¿Qué puedo hacer por usted?*, preguntó McPhearson con indolencia. Dippold explotó, le dijo que menos coña, sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo: su jurisdicción se estaba desmelenando en Baker, y si no se apresuraba a enviar de inmediato al lugar de los hechos a veinte hombres, como mínimo, tendría que responder más adelante ante la justicia. McPhearson se rio, al otro lado de la línea. *¿Más adelante cuándo, sheriff?*, preguntó. *¿Hablamos de años o décadas*? A continuación McPhearson rebuscó en sus papeles un artículo publicado dos semanas antes en el *County Herald* que decía:

EL SHERIFF DIPPOLD CONSIDERA «ESTÉRILES»
A LAS FUERZAS DEL ORDEN DE POTTVILLE

Había leído menos de un párrafo del artículo cuando Dippold colgó.

A mitad del descanso de cinco minutos Dennis fue a buscar una manzana caramelizada. Volvió al cabo de dos minutos, sin haber podido avanzar más de cinco metros por el pasillo atascado. Las gradas eran infranqueables. De pie sobre su asiento, miró alrededor nerviosamente. Un minuto después anunció lo que todos habíamos estado pensando para nuestros adentros: *Este sitio va a estallar*, dijo. *Quizá sería mejor largarse*... Al mirar en torno, se hubiera dicho que Dennis, una vez más, personificaba la voz de la razón. Los cánticos de las gradas opuestas se estaban volviendo inexorables

por momentos. El descanso era en realidad tan ruidoso como el partido. En todas partes se hablaba de invadir la cancha, ejecutar a los árbitros, saquear el autocar del equipo de Pottville, etc. El bakeriano común estaba sumido en una cólera etílica. Y la cosa solo estaba empeorando. A juzgar por el estrépito, no había manera de que el partido llegara al segundo tiempo; y, para colmo, la pintura verde en nuestra cara empezaba a correrse. Teníamos la barba y el cuello saturados de verde. El rastrojo afloraba por debajo. Ninguno quería irse, pero éramos conscientes de que quedarse podría resultar un craso error. En nuestra indecisión, acordamos solemnemente marcharnos tres minutos después de comenzado el segundo tiempo. Fue nuestra equivocación definitiva.

Concluido el descanso de cinco minutos, los gatos salieron por la puerta del lado este con aspecto de todo menos de juventud. Brody, el entrenador, sin duda les había leído la cartilla en el vestuario. Uno de los jugadores admitió más tarde que había sugerido que empuñasen el hacha de guerra y zanjaran el pleito...; que cesaran de fingir que no estaban librando nada más y nada menos que un combate de gladiadores sin cuartel. El resto del equipo asintió gruñendo, a pesar de la crítica furibunda que hizo Brody de su juego. Cuando los gatos volvieron a la cancha, era evidente que se sentían abandonados por todos: su entrenador, los árbitros y desde luego su hinchada. La única cuestión que parecían estar considerando en serio era: ¿Por qué hacemos esto? *¿Para qué seguir?*

Los halcones salieron tan campantes, como reyes de regreso a la patria. No salieron corriendo: caminaban. Al entrar así en la cancha, perecían gnomos ataviados con guerreras rojas que se precipitan hacia la nevera para coger una hamburguesa fría. Sus hinchas

hicieron una ola de veinte metros en cuanto entraron, y no pararon de ulular hasta que los equipos estuvieron alineados en el centro del terreno.

Un ademán del árbitro paró a la banda de música. El reloj reanudó su cómputo. Los altavoces difundieron otro vano llamamiento al orden. Resonaron las bocinas, los cantos basurales y el ruido de corneta producido por sombreros cónicos.

A los cuarenta y seis segundos del segundo tiempo, el pívot de los gatos, Bobby Long, recibió un pase a dos manos en plena jeta cuando intentaba interceptar la pelota. Cayó al suelo aullando y sangrando por la nariz rota. Dejó un reguero de sangre en el trayecto hasta la línea de banda. Un médico del partido hizo lo que pudo para curarle la herida en el banquillo mientras protegía a Long del bombardeo de basura procedente de las gradas bakerianas del fondo. Un simulacro de conmiseración se alzó entre las huestes de Pottville. El suplente de Long ocupó su puesto. El juego continuó.

En el minuto uno quince, Donny Glok, defensa de los halcones, encestó un tiro de tres puntos desde una distancia de veinte metros y la hinchada teutona bramó masivamente un toque de queda. Los bakerianos bullían en las gradas. Por todas partes se alzaba un coro ensordecedor de abucheos e insultos. Las animadoras de Pottville agitaban los brazos en un gesto de adiós, buen viaje, hasta luego, mamón. La mascota de los halcones se rascaba el culo como un orangután. Un teutón corría de acá para allá en la grada, señalando con un puntero de plástico hacia una pancarta roja que decía: POBRECITAS MOFETAS. Los cámaras no dejaban de tomar panorámicas del público.

Las tensiones durante lo que habría de ser el último minuto del partido —del uno quince al dos veinte— aumentaron sin pausa. La

actividad en la cancha apenas se discernía hacia el final del encuentro: dos equipos rivales moviéndose a trompicones entre bolsas de papel, latas de soda y basura, bajo una granizada de manzanas lanzadas por el aire. Los halcones ganaban por treinta puntos de diferencia, pero parecía que ya a nadie le importaba. La batalla real la estaban librando las hinchadas enemigas; el partido era ahora un número de relleno, un preludio del espectáculo principal. Ya nadie miraba siquiera. Todos los ojos estaban clavados en las gradas opuestas, y todos se preparaban para lo inevitable. La basura volaba por todas partes. Los vendedores de palomitas recogían velas, temiendo por sus vidas. Seis agentes subían por los pasillos de la pared norte. En todas las filas estallaban refriegas aisladas. Manadas de ratas de fábrica se abrían paso a empellones en dirección a la cancha. Las masas se movían en ondulaciones colectivas, emergiendo, decayendo, desmembrándose y reagrupando a un mayor número. Y siempre el estruendo, el clamor estentóreo que se elevaba e intensificaba su volumen hasta que nadie oía una sola de las palabras habladas, escupidas o berreadas incluso por el compañero más cercano. Esta fue la última foto de la velada antes de que todo se fuera al garete: allí Pottville y Baker, dos comunidades vecinas que se enorgullecían de su presunta deportividad, obras benéficas, cordura e interés por el prójimo, estaban revelando su faz de chusma histérica, compuesta de monos desnudos y de misántropos.

El final del juego fue desastroso. En el minuto dos catorce uno de los árbitros de Pottville fue alcanzado por una lata de sopa propulsada desde las gradas de Baker. El árbitro se volvió y se lio a gritos con un grupo de la primera fila. El reloj siguió corriendo, aun cuando los otros árbitros, momentáneamente distraídos por el altercado, se desinteresaron del juego para ayudar a su colega. La

cancha quedó descontrolada durante cinco segundos, suficientes para que un defensa de los halcones derribara a un gato montés que avanzaba con una zancadilla del todo ilegal. Los pies del gato desaparecieron bajo su cuerpo. Cayó al suelo con un ruido sordo. La pelota voló fuera de la cancha. Todo el mundo en el gimnasio vio lo ocurrido, *excepto* los árbitros. Los bakerianos denunciaron a gritos el juego sucio. Los teutones aullaron de júbilo. Los cuatro árbitros, al girarse, vieron a un gato tumbado y a un halcón de pie a su lado, con una expresión desconcertada y un encogimiento de hombros como si dijera: *¿Quién, yo?* Pararon el reloj.

En alguno de los momentos siguientes Curtis entreoyó claramente a John decir *ahora se arma*. Los árbitros se reunieron en el centro del terreno para interrogar a los dos jugadores. El gato estaba visiblemente furioso, el halcón se mostraba conciliatorio y pasivamente agresivo. Unos anotadores corrieron a la cancha para mediar en el conflicto. La basura llegaba de todas partes. Los árbitros se encogieron de hombros. No habían visto nada. No podían castigar una infracción que no habían presenciado. *Ahora se arma*, repitió John. Gritos de muerte se elevaron por doquier. La banda paró la música. Las pimpollos se apiñaron. Las mascotas deambulaban de un lado para otro, como planeando sus vías de escape. El árbitro de Baker se plantó en el medio campo, levantó el brazo hacia la mesa de puntuaciones y señaló la decisión oficial.

NO HAY FALTA.

Desde donde estábamos sentados dio la impresión de que todo sucedía al mismo tiempo. Tan pronto como se pronunció este veredicto todos los asistentes lo entendieron como el pistoletazo de salida. Se entabló el tumulto. Halcones y gatos se enzarzaron en

mitad de la cancha. En la pared norte estalló una batalla campal. Los árbitros se pusieron a cubierto. Un equipo de médicos zigzagueó por la cancha. Los agentes se dispersaron en todas direcciones. Los hombres del sheriff acudieron desde el callejón. Las mascotas salieron disparadas hacia la salida de emergencia. Seis alarmas de incendio resonaron a lo largo de los muros. Antes de que nadie pudiese intervenir, las dos hinchadas soltaron amarras, invadieron la cancha y se fundieron en el centro del terreno formando una ciénaga indescriptible de sillas en el aire y trifulcas compactas.

La última imagen transmitida por las ondas fue la de una avalancha de cuerpos de ambos bandos en pos de los suplentes del banquillo que irrumpieron en el terreno de juego. La señal se interrumpió cuando arrojaron a uno de los gatos por encima de la barandilla al foso de la prensa. Material por valor de siete mil seiscientos dólares quedó destruido. Los locutores se atropellaban entre ellos para salvar el resto del equipo. El sistema de aspersores del techo se activó automáticamente, derramando sobre todo el recinto una reserva almacenada durante doce años de agua de emergencia contaminada y sucia que olía a huevos podridos y a queso de Limburgo. Roció con una pasta aceitosa los amplificadores, las cámaras, los micrófonos de jirafa y a todos los espectadores del gimnasio.

Todavía nos asombra haber podido abrirnos paso hasta una salida, y no digamos el haberlo hecho en menos de dos minutos. Entre nuestra localidad de la tercera fila y la puerta más cercana había un recorrido manicomial de cincuenta metros. Nuestra primera reacción habría sido apretarnos contra la pared y esperar a que amainase aquel barullo, pero con los aspersores que vertían por todas partes aquel agua caliente y corrosiva de reserva no tuvimos más remedio, al igual que todo el público, que buscar una salida. Tenemos un

recuerdo nebuloso de esos instantes. La visibilidad era mínima. Los únicos detalles que recordamos todos son que estábamos empapados de la cabeza a los pies y que avanzábamos por el corredor formando una cadena de seis hombres, el aullido de las sirenas de incendio en los oídos, la pintura que se corría de la cara, los zarandeos a diestro y siniestro, las almohadillas que pasaban volando, el impacto constante de un hueso contra otro, de puño con mandíbula, de pie contra tórax, el tropel que obstruía todas las salidas, la sensación continua de un porrazo inminente, los agentes que apaleaban a teutones y halcones, gatos monteses, gnomos, ratas de fábrica, la dificultad de mantener el equilibrio, los charcos en la cancha, las narices sangrando, los gritos estridentes, las mascotas tropezando unas con otras, la pelea en el suelo, la pelea en la grada, a lo largo del muro, debajo de las tribunas descubiertas, en el foso de la banda, acá y acullá. Tratar de escapar del gimnasio era como presenciar las trepidantes secuencias filmadas de una exhibición de acrobacia aérea. Era imposible seguirlas. Quién sabe cuántas heridas fueron infligidas dentro del recinto mientras el público afluía al aparcamiento, donde la verdadera batalla ya se había entablado. Nuestro grupo no ganó intacto la salida oeste: perdimos a Wilbur y a Curtis en algún punto del recorrido. Tanto Murphy como Bailer, que eran por lo menos treinta kilos más pesados y unos ocho centímetros más altos que John, lograron escudarle a través del gentío. Dennis, que se esforzaba en guiar la marcha, fue el único que vio al árbitro de Baker franquear la puerta transportado en volandas por un grupo de ratas de fábrica.

Había ya unos quinientos o seiscientos hinchas en el aparcamiento antes de que consiguiéramos salir. La batalla estaba en su apogeo. Habían cogido de los vehículos bates de béisbol y palancas de ruedas. Estaban destrozando y pateando los capós de automóviles.

Rompían parabrisas. Grupos de diez hombres se convulsionaban sobre el asfalto. Las animadoras pasaban disparadas. Hordas de halcones escalaban la valla, rechazando a patadas y a golpes a los gatos que les iban a la zaga, y una vez franqueada se perdían en los barrios circundantes. La carretera estaba bloqueada. Pasó un teutón con una tuba robada. Un halcón fue visto golpeando a dos miembros de la banda de música. Desnudaron a la mascota de Pottville y la azotaron con hebillas de cinturón. Rajaban neumáticos, rompían faros. Algunos hinchas se encerraban en sus coches y se acurrucaban en sus camionetas. Los motores zumbaban. Los guardias de tráfico habían huido. Bramaban las bocinas, las sirenas de la policía, las alarmas de incendio en el gimnasio. De su interior salían más grupos de gente.

Era imposible orientarse. En algún lugar del alboroto Bailer volvió a localizar a Wilbur, pero entretanto perdió a John y a Murphy. Nadie sabía dónde estaba Curtis, y Dennis se había extraviado desde que salimos al exterior. Murphy y John se quedaron solos. Se escabulleron caminando en cuclillas por entre la multitud hacia la camioneta de Murphy. Recorrieron sin percances la mitad de la explanada. Pero al rebasar el asta de la bandera toparon con una reyerta aislada. Antes de que Murphy maniobrara para huir, John recibió de un teutón alto un puñetazo que le derribó al suelo. Murphy tumbó al teutón de un codazo. Le asaltaron los otros. En circunstancias normales, los atacantes que se midieron con él hubieran despertado enyesados de un coma de dos días. Detrás de su fachada dócil y bovina, el *otro* yo de Murphy, el que le había enviado a la cárcel años antes, el que habría podido abrirse paso por sí solo en una habitación llena de hombres adultos —*aquel* Murphy —, el que siempre se esforzaba en pasar inadvertido a toda costa, no hubiese tenido problema en desembarazarse de todo aquel

grupo. Pero estaba distraído por el intento de proteger a John, y no podía actuar de guardaespaldas *y* de ejército individual al mismo tiempo. Al final fracasó en las dos funciones.

Antes de que lograra zafarse, los hinchas de los gatos que estaban a su izquierda de repente se quedaron inmóviles y se sisearon unos a otros. *¡Kaltenbrunner...! ¿No es Kaltenbrunner?* Los agresores de Murphy retrocedieron un instante. Él se volvió hacia los hinchas. Miraban fijamente a algo que estaba detrás de Murphy. Se giró completamente. Tendido en el suelo, John trataba de incorporarse. Se le había caído la capucha. La pintura se le había desprendido. Tenía la cara al descubierto. Todo el mundo le miraba. *¡PUES CLARO QUE LO ES! ¡ES KAALTENBRUUNERR!*

Murphy recuerda que arremetió contra los hinchas antes de que ellos pudiesen reaccionar. Los entretuvo, trabado con ellos, mientras le gritaba a John *¡Vete, vete, vete, fuera de aquí!* John echó a correr. Saltó al capó de una furgoneta de reparto y brincó del techo hacia la valla. En cuestión de segundos su nombre fue vociferado por todo el aparcamiento. Todos los que se hallaban en situación de pararse a mirar vieron a una figura de piernas larguiruchas brincando por los capós de la sección sur, seguido por un tropel creciente de gente que le pisaba los talones. Todos nosotros, desde donde estábamos, contemplamos la escena. Nos dirigimos hacia John, pero el avance entre aquel gentío era peligroso, difícil y lento. Murphy, retenido por un combate de ocho contra uno, no pudo liberarse. Wilbur y Bailer se abrían camino a través de escaramuzas con ayuda de un mazo de estacas. Dennis era probablemente el que más cerca estaba, pero tenía que salvar treinta metros de tumulto infranqueable. John estaba solo. Su única esperanza era llegar a la Chevy de Murphy sin que lo engancharan. Lo consiguió. Por un pelo. Logró abrir la portezuela y meter la mano en la guantera justo cuando un grupo de

ratas de fábrica se le echaba encima. Tenía el dedo pulgar en el pestillo del compartimento cuando le agarraron. Tiraron de él por las piernas y los tobillos, para que se soltara del brazo del asiento al que se había aferrado. Hicieron falta cuatro hombres para sacarle a rastras del coche. Cayó de bruces al suelo y encajó una bota en las costillas antes de empuñar el 38. Apuntó el cañón con el brazo extendido. Las ratas de pie junto a él retrocedieron. John se levantó despacio, de espaldas al Chevy. El corro se agrandaba a su alrededor. Algunos de ellos declararon luego que antes de que cambiara de postura, trepara por la valla y desapareciera cruzando la carretera, los miró a todos y murmuró algo de matar al ternero cebado y armar a los lúcidos...

Para cuando llegaron los refuerzos del sheriff Dix, los disturbios se habían extendido hasta la mitad norte de Baker. Los agentes de Tanner County recuerdan que cruzar el paso elevado y entrar en la ciudad fue semejante a entrar en el radio de un ataque de artillería en primera línea. Todas las calles eran una vía sin salida bloqueada por coches de bomberos, gente peleando y atascos de tráfico. A un lado, camionetas derribaban montículos de basura y trazaban eses a través de los céspedes de las viviendas. En el otro, teutones y ratas de fábrica libraban una batalla en la basura. Más adelante, halcones y monteses eran embarcados de cuatro en cuatro en coches patrulla. En otros lugares estallaban incendios. Contendientes en inferioridad numérica eran molidos a palos, y se desplomaban bancos, contenedores y estatuas. Entre las ocho y media y las diez de la noche, en todos los cruces de la ciudad imperó el mismo clima de pandemónium y anarquía que asoló el valle esa noche. Habría sido fácil perder la orientación al ir de una esquina a la otra: todas parecían iguales.

Nadie sabe cómo se vieron inmiscuidos los chicanos. Algunos lugareños sostienen que «esos inmundos hispanos» aguardaban impacientes el momento y que incluso azuzaron el desbarajuste. Los chicanos, en defensa de su comunidad, refutarían posteriormente esas acusaciones alegando que casi todos ellos se encontraban sentados en la entrada de sus casas cuando la chusma dobló la esquina de la calle 3, y que se vieron arrastrados hacia el alboroto sin que mediara ninguna provocación ni culpa por su parte. Fuera así o de otro modo, actuaran o no en defensa de sus familias o, en realidad, estuvieran hartos del trato de perros que les dispensaban y no precisaran mayores incentivos, el hecho es que se incorporaron rápidamente a la refriega como participantes activos y fueron detenidos, embarcados en furgones, transportados al matadero y hacinados en el corral de matanzas junto con todos los demás. Como la cárcel del condado estaba atestada de presos y en los calabozos de su departamento no cabía uno más, el sheriff Dippold no tuvo más remedio que requisar el edificio de la Keller & Powell como centro de detención provisional. Los prisioneros más revoltosos de cada comunidad, y no solo los chicanos o los oriundos del Degüello, fueron esposados y confinados en puertas separadas, fuera del alcance de sus adversarios, en todos los pisos del ala oeste del edificio. A los demás los hacinaron en los corrales más grandes en compañía de novillos resollantes de casi cuatrocientos kilos.

La calle 3, la 5 y la Mayor fueron con mucho las zonas más afectadas de la ciudad. Cuando facilitaron, tres semanas más tarde, las cifras definitivas, se supo que los daños perpetrados contra bienes, solo en el tramo de setenta metros de la calle Mayor delimitado por la 254 y Geiger, se valoraban en sesenta y cinco mil dólares. En poco más de dos horas se practicaron trescientas diecisiete detenciones. Hubo seis heridos de bala, cuatro de arma

blanca y más de cuatrocientas lesiones de diversa gravedad. Hubo tres denuncias de agresión sexual. El departamento de bomberos de Greene County apagó diecisiete incendios de basura. La choza de cebos de Baker ardió hasta los cimientos. Hubo nueve accidentes de tráfico no relacionados entre sí, el último de los cuales afectó a cuatro vehículos distintos, y una fuga. Rompieron doscientas dieciséis ventanas del Baker residencial. Escapó a todo cómputo el número de buzones derribados, jardines pisoteados, neumáticos rajados y carillones de viento rotos. Todos los comercios de la calle Mayor, salvo cuatro, fueron saqueados a conciencia. La lista, que prosigue, incluye numerosas acusaciones de brutalidad policial, allanamientos de morada, intento de asesinato, daños y perjuicios varios y, en especial, una tentativa por parte de diez ratas de fábrica de Baker de linchar al árbitro Dwayne Jacobs. Como atestiguaron los agentes de Blaine County, a quienes se atribuye una intervención en el ultimísimo momento, llegaron al lugar de autos, en la calle 6 y Geiger, justo a tiempo de encontrar a Jacobs con la soga ya en el cuello en el momento en que lo izaban en el aire, gritando y pataleando, instantes antes de que sus verdugos consiguieran amarrar, tensar y ajustar el otro cabo de la cuerda a la rama de un árbol.

De todo quedó constancia. Los expedientes completos de los desórdenes ocupan tres ficheros llenos en el ayuntamiento, que permanecen abiertos al acceso del público hasta el día de hoy. Probablemente el único pormenor sorprendente que descubriría alguien lo bastante paciente para examinarlos de cabo a rabo es que, milagrosamente, no hubo ningún muerto.

Fue la noche más larga en la historia del valle. Todos los participantes sufrieron los disturbios desde su rinconcito, y todos sin

excepción, desde el gnomo más vil hasta el alcalde Boll, tratan de recuperarse desde entonces. Ulteriormente los tribunales desestimaron cientos de acusaciones en virtud de una oscura y anticuada cláusula de «histeria colectiva», hábilmente exhumada de la jurisprudencia del estado por abogados defensores desbordados de trabajo. El lado positivo fue que la sobrecarga de los juzgados reduciría así las obligaciones judiciales pendientes a «un diluvio ligeramente ingobernable». Pero no fue tan positivo que la mayoría de los pleitos en curso pasara a ser de dominio público, donde fue objeto de revisión y aderezos. No pasaría demasiado tiempo sin que las ratas de fábrica que habían sido vencidas y noqueadas la noche del 21 asegurasen que habían eliminado a doce teutones con la sola ayuda de una palanca de automóvil y que luego habían ido a tomarse una copa al Dairy Queen antes de acostarse. Es la misma mistificación ilusoria de los fríos y duros hechos que ha engendrado la mitología póstuma en torno a John Kaltenbrunner. Nadie es capaz de confesar lo que todo el mundo *sabe* y lo que los anales reflejan: a saber, que en el curso de un periodo de nueve semanas, los ciudadanos mismos del Pullman Valley —y solo ellos— pasaron de 1) una desesperación callada a 2) una hostilidad externa y a 3) una profunda e incontrolable demencia por millares, y que, a la postre, se las ingeniaron para emborronar, enmarañar, frustrar y desfigurar horriblemente todo aquello con lo que tuvieron contacto. No había otro culpable que ellos mismos, pero la idea de asumir un desastre del calibre de la contienda entre Baker y Pottville es tabú para su orgullo colectivo. En consecuencia, buscan todos los chivos expiatorios a su alcance con el fin de absolverse ellos mismos, tanto a escala individual como colectiva.

La conclusión de esta crónica abre tres sendas por las que podría optar cualquier mente verdaderamente inquisitiva para llegar al fondo de la crisis. La primera, como ya se ha mencionado, serían los archivos de público acceso, compuestos en su mayor parte de informes de policía, recortes de prensa, memorandos administrativos y una variedad de reclamaciones presentadas. Aunque consultar los registros oficiales podría resultar fructífero en determinados aspectos, las partes más imparciales probablemente considerarían el material tediosamente infructuoso. La alternativa, la segunda vía, sería recorrer el circuito tabernario, donde los residentes que efectivamente se hallaban en Baker por entonces podrían referir su versión propia de la historia, dependiendo por completo del talante que tengan en ese momento, la gente que los acompañe y, por supuesto, el grado de alcohol que lleven en la sangre. Puede que este enfoque resultase más sistemáticamente ameno y hasta algo más perspicaz, si bien es preciso tener presente que los relatos obtenidos de parroquianos de bar serán, con toda probabilidad, derivados espurios de lo que en principio no eran sino verdades a medias. De todos modos, el personaje capital del episodio será en ambos casos burdamente malinterpretado. Ni el *Greene County Herald* ni el bakeriano común tuvieron nunca la menor idea de quién era John Kaltenbrunner. Ninguna información fidedigna sobre su existencia ha sido hasta la fecha asequible a nadie, y sin embargo analizar la crisis sin estudiar el papel que John desempeñó en ella sería como silenciar la figura de Bonaparte en un estudio sobre la batalla de Austerlitz. Jamás se obtendrá una comprensión global de la crisis sin abrir al público el expediente completo de John Kaltenbrunner. De ahí esta crónica: un intento de fundir los archivos públicos, la tradición local y los relatos épicos de corral en un resumen de fácil lectura, cronológico y basado en los hechos tal

como los compilaron el contingente verde-negro y los rastrojos de monte del Pullman Valley. Muy bien podría suceder que emergieran otras vías en años venideros. Los recursos indudablemente existen. Todo el mundo en Baker tiene una historia que contar. Grabarla en un dictáfono sería sencillo. El relato oral podría vender un millón de ejemplares en rústica, al igual que *Juan Salvador Gaviota*. Los críticos de la Costa Este lo calificarían de «infierno de labriegos sureños». Desde el sur de la línea Mason-Dixon lloverían recolectas de beneficencia. Los independientes de la Costa Oeste parlotearían sobre el karma negativo de la región del maíz. De la noche a la mañana se convertiría en la sensación nacional, en un librucho de éxito sobre un asunto candente, pero no serviría de nada. Lo más probable es que destruyese todo aquello por lo que hemos luchado.

A la postre los más idóneos para contar la historia son lo que queda de los 22 de Baker. Fuimos los únicos que en todo momento operamos desde dentro de la crisis. Aunque los relatos alternativos pueden haber sido adulterados con vistas a hacerlos más comerciales, y aunque es cierto que solo conocimos a John durante unos pocos meses, nadie más tiene siquiera un conocimiento rudimentario de los hechos reales *ni* la determinación de ceñirse a ellos.

Todo lo demás respecto a los disturbios del 21 de octubre está recogido en los archivos y es demasiado extenso para añadir más de lo ya referido. Los pormenores podrían prolongarse indefinidamente. Lo único que queda por relatar con detenimiento es la continuación de nuestra noche y unas cuantas notas subsiguientes, hecho lo cual esta crónica habrá cumplido su propósito.

En suma, mientras el resto de la población vivía la barahúnda de aquella noche, nosotros pasamos casi tres horas rastreando por las calles las huellas de John. Nos costó veinte minutos reagruparnos y huir del aparcamiento, tras lo cual Curtis y Bailer llamaron desde distintos teléfonos públicos para correr la voz. Al cabo de unos minutos, todos los demás estábamos en danza, por mucha rabia que nos diera vernos excluidos de las actividades nocturnas.

Buscamos por todas partes. Visitamos todos los escondrijos frecuentados por John: las carboneras, el cementerio, la refinería, la orilla del río. No le encontramos en ningún sitio. Para las once los desórdenes habían amainado mucho, y él aún seguía perdido. Nadie supo darnos una pista. No había dejado una nota en ninguna de nuestras puertas. La cocina de Murphy estaba vacía. El último en verle, Dennis, le había visto cruzando la carretera con una pistola cargada en la mano. Por segunda vez en tres semanas temíamos lo peor, solo que en esta ocasión nuestras sospechas, cuando no certezas, eran mucho más fundadas. Algo terrible estaba sucediendo. Para medianoche presumíamos que estaba detenido u hospitalizado. O algo peor. Estábamos jodidos. Fue Wilbur el que al final cogió el toro por los cuernos y entró en la oficina del sheriff.

El vestíbulo era una leonera. Había papeles y latas aplastadas por todo el suelo. Una de las aspas rotatorias del ventilador se había doblado y el aparato se bamboleaba y chocaba constantemente contra su eje. Los dos agentes que tomaban un café frío sentados en el suelo estaban demasiado rendidos para advertirlo. Tampoco lo notaba el sheriff. Tom Dippold estaba sentado en un rincón del fondo que ya no parecía tanto el púlpito reservado a un jefe de departamento como el cuarto de baño de una mujer de la limpieza. Tenía el aire de un aparcero que muy a la larga, merced a una

privación definitiva, se hubiese vuelto imperturbable. Estaba desplomado en su asiento, mirando fijamente al espacio y mascando con expresión ausente un veguero apagado. Un largo reguero de cenizas le surcaba la barriga. Wilbur recuerda que en su sillón reclinable tenía aspecto de barbo drogado. Al principio no reaccionó en absoluto. No levantó la vista, no se movió, no parecía estar donde estaba. Únicamente cuando Wilbur declaró explícitamente que un amigo suyo había desaparecido y que estaba preocupado, el sheriff pareció captar el sonido de una voz. Quizá conociese el nombre, le dijo Wilbur. Estaba buscando a John Kaltenbrunner.

Tom Dippold alzó los ojos. No puede decirse que se estremeciera. No puede decirse que se removiera, que diera un brinco o que hiciera el menor ademán o mueca. Lo único que puede decirse es que alzó los ojos, lo que, sin embargo, era una reacción que ningún otro nombre de la ciudad hubiera podido arrancarle en aquel momento. Miró despacio a Wilbur desde mil metros de distancia. Tras una pausa, volvió a mirar a un punto en la pared y murmuró en voz baja que John estaba en el hospital.

Wilbur atravesó el centro rumbo al hospital general. La sala de espera era una pesadilla. Había agentes por todas partes, halcones y gatos en cabestrillo y en sillas de ruedas, gnomos y chicanos desparramados por el suelo, cráneos vendados. De la sala de urgencias llegaba un gemido continuo que se extendía por todas las salas. Los altavoces no paraban. Enfermeras y médicos corrían en todas direcciones. Los agentes quitaban las esposas a los detenidos que iban a ser atendidos. Había charcos de sangre en los asientos, manchas en la alfombra. Wilbur formuló su solicitud a una recepcionista, pero tuvo que esperar hasta las tres de la mañana a que hubiese un médico disponible. Antes de esa hora nadie supo

decirle nada. El teléfono público había sido desconectado y él no se atrevió a abandonar el vestíbulo por miedo a perder su turno. Aguardó sentado durante horas.

Finalmente, un cirujano abrumado de trabajo, que hizo una pausa para fumar, salió a hablar con él. Tras unas breves palabras, Wilbur recibió un pase temporal y enfiló el corredor.

El ascensor no funcionaba. Había un técnico trabajando en los engranajes del hueco abierto. Wilbur subió por las escaleras al quinto piso y buscó el camino a la habitación 17. El agente de Baker Keith Gates montaba guardia en la puerta. Wilbur le mostró el pase. Gates le miró de arriba abajo y le pidió que se identificara. Wilbur sacó su carnet de conducir. Gates echó una mirada desganada al documento y se lo devolvió diciendo que *De ninguna manera* iba a entrar nadie a ver al sospechoso. Órdenes directas. Wilbur preguntó qué había ocurrido. Gates dio un paso atrás y le preguntó si hablaba en serio, si de verdad no lo sabía. De verdad, no lo sabía.

Gates le explicó entonces, tal como Wilbur habría de verificar con mayor detalle más tarde, que John, tras huir del estacionamiento del gimnasio a primeras horas de aquella noche, no había podido burlar a sus perseguidores y, como bastaba uno solo para dar la alarma general, había conseguido atraer a otro corro de personas al otro lado de la carretera. Se dijo que para cuando dobló la esquina de la calle Mayor y la 254, el grupo que le pisaba los talones sumaba ya unas veinte personas y seguía aumentando.

Entró corriendo en el Whistlin' Dick. Dentro, los parroquianos estaban ocupados en gritar a los camareros para que reparasen el televisor. El partido se había interrumpido cuando la imagen, de repente, se había atenuado en un costado, se había empañado y luego desaparecido. A partir de entonces la pantalla estuvo muerta. Uno de los porteros, de pie sobre el mostrador, cambiaba de

canales. La clientela le ponía verde. En medio del descontento, John irrumpió por la puerta principal. Todos los ojos le siguieron conforme volcaba una mesa, se caía al suelo, se levantaba, corría hacia la pared del fondo y recostaba la espalda contra un grifo de cerveza. Empezó a disparar en el momento en que la turba cruzó la puerta del bar.

El caos que siguió no tenía precedentes en la historia de las peleas tabernarias de Greene County. El Dick había visto de todo a lo largo de los años, desde redadas policiales a gran escala hasta anuncios de tornado. Pero no había habido nada equiparable a la estampida de aquella noche. Los presentes evacuaron el local en cuestión de un instante, pero no sin destruir todo lo que encontraron a su paso. Volcaron mesas, gritos rasgaron el aire, rompieron jarras, retumbaron balazos. La máquina de discos quedó bocarriba. Los altavoces fueron arrancados de la pared. La vitrina del expendedor de cigarrillos vomitó, al romperse, astillas de cristal y calderilla que se desparramó por el suelo. Se formó en la entrada un tumulto de cuerpos atascados que se debatían a patadas, pisoteos y empellones. El cráneo de un oso pardo cayó de una repisa y rodó por entre el amasijo de miembros baqueteados. Estrellaron un casco de motorista contra la ventana de la calle. Le siguieron por el vano abierto los cuerpos que caían desde el alféizar a la calle sobre una pila de bolsas de basura. Sonó la alarma antirrobo. A John le vieron subirse al mostrador, asestar una patada a la espita de un barril y disparar al azar hacia lo alto del salón. El último parroquiano que salió por la puerta le vio descolgar de su percha el remo de dos metros que estaba sobre la hilera de las botellas de whisky, destruir de un garrotazo más de la mitad de las existencias de licor de la casa y lanzar al suelo la registradora, de un sonoro golpe con la parte plana del remo.

Desde la acera de enfrente sus atacantes burlados, el personal enfurecido del bar y los clientes atónitos le observaban a través del hueco abierto de la ventana. Tenía un aspecto «perplejo» de pie encima de la barra, con el remo en la mano, la cerveza empapándole las perneras del pantalón y toda la taberna patas arriba alrededor. Un minuto más tarde dobló la esquina corriendo la primera horda de contendientes del partido, y antes de que nadie tuviera tiempo de prepararse principió el pillaje y la trifulca en la calle Mayor. En algún momento de la refriega John salió de su aturdimiento, saltó desde la barra y corrió hacia la calle. Le arrolló un coche patrulla que pasaba. Su pistola rodó hasta la cuneta. Quedó tendido, inconsciente.

Wilbur no supo si creérselo o no. Pero como no tardaría en descubrir por sí mismo, y exceptuando numerosos detalles referentes a la colección de tapacubos destruida, el reloj de pared roto, cuatro fracturas sufridas, etc., todo había sucedido exactamente como lo relataba Gates. John debía permanecer bajo custodia todo el tiempo que durase su tratamiento. Después le embarcarían hacia una prisión del estado para unas «largas vacaciones». Gates, visiblemente, no se condolía. Aconsejó a Wilbur que en lo sucesivo escogiese con más cuidado a sus amigos. Wilbur creyó mejor no discutir el consejo. Se fue sin ver a John, con un sentimiento de impotencia. Tuvo un presentimiento horrible. Pocos días antes de esa misma semana, John le había jurado que nunca volvería al hospital. Hacía mucho tiempo que se había pronunciado con respecto a la cárcel, diciendo que prefería suicidarse antes de que volvieran a encerrarle. Wilbur le había creído.

Camino de la escalera, se devanaba los sesos en busca de eventuales soluciones. Miró de un lado a otro del pasillo, y pasó por delante de la sala de enfermeras, de la caja del ascensor, de los

armarios de limpieza, en busca de una vía que pudiese servir de conducto potencial de fuga. Pero no encontró ninguna. Miró de nuevo hacia la habitación de John. Gates no le quitaba la vista de encima. No había nada que hacer. Bajó por las escaleras y abandonó el hospital.

Han transcurrido diez años. Baker ha cambiado un poco. Se han establecido algunas nuevas industrias. Varias familias han llegado y se han ido. Por una razón u otra, hemos perdido a algunos miembros de nuestra cofradía. La vida cotidiana ha seguido su curso para quienes sobrevivimos a los disturbios, pero nada ha vuelto a ser lo mismo. Así las cosas, no pasa un solo día en el Pullman Valley sin que John, de alguna forma directa o indirecta, esté presente en el pensamiento de todos. Incluso ahora, al cabo de tanto tiempo, nos sorprendemos cavilando durante horas seguidas sobre qué se le pasó por la cabeza exactamente en las pocas horas que precedieron a su huida de la habitación 17. A veces nos persuadimos de que lo vemos todo, como si hubiéramos estado allí mismo presenciándolo. Empezamos a partir del momento en que recuperó el conocimiento y lo vemos desfilar como en un viejo noticiario rodado en dieciséis milímetros. Le vemos abrir los ojos, mirar alrededor, confuso, preguntarse dónde está y luego erguirse de golpe, al comprenderlo. La indudable expresión de asco. Le vemos arrancarse del antebrazo los catéteres, retorcerse para liberarse de las correas, bajar sigilosamente de la cama y deambular de acá para allá en el cuarto, a la luz de los apliques, con su camisón de color turquesa colgándole hasta las rodillas y el faldón trasero abierto que descubre sus nalgas llenas de pústulas. Se recrudece el asco. Recorre la habitación con rodeos sinuosos, busca un interruptor, inspecciona las ventanas con

barrotes, la puerta. Descubre que está atrapado. Baraja posibilidades hasta que finalmente trama un plan. Lo pone en práctica inmediatamente, desarma el bastidor de la cama, desgaja una de las patas de hierro, la envuelve con la funda de la almohada. Abrocha el faldón del trasero y comienza la larga espera de la enfermera de guardia que venga a efectuar su control rutinario. Permanece en esa postura, acurrucado a la derecha de la puerta, acariciando con los dedos el tubo, enloquecido de impaciencia, dolor y abstinencia forzosa de nicotina. Intensifica su presión sobre el tubo, observa cómo se le ponen blancos los nudillos, afloja entonces hasta que el color retorna y de nuevo aprieta. Y el corazón le palpita desbocado en el pecho. El olor nauseabundo de desinfectantes, pintura vieja, tubos de goma y sábanas de enfermería. El repiqueteo de las chatas de hospital contra las bañeras, el parloteo en las salas de enfermeras, los teléfonos que suenan en los corredores, el resquicio de luz que por debajo de la puerta se esparce por el suelo y muere en la oscuridad, todo esto, todas estas cosas, todos los detalles truculentos que por fuerza tenían que alcanzar su punto culminante y darle vueltas desquiciantes en la mente hasta ponerle en un estado tal que cuando por fin el tintineo de las llaves sonó efectivamente al otro lado de la puerta, debía de estar tan tenso como un toro de lidia que lleva dos semanas encerrado en los sombríos chiqueros de la corrida hasta el momento en que, rabioso y desorientado, le sacan al ruedo. Su estado de ánimo antes de que abrieran la puerta seguirá siendo objeto de conjeturas, pero existe constancia de todos los sucesos posteriores.

El agente Gates no tuvo tiempo de saber con qué le golpearon. John le dejó sin sentido y estaba a mitad del pasillo para cuando la enfermera pudo desprenderse de las sobras vomitadas de la cena y

emitir un grito espeluznante. Sus colegas arracimadas en la sala número cinco supuestamente oyeron el jaleo y el rumor subsiguiente de pies descalzos que avanzaban hacia ellas por las placas de linóleo. Vieron pasar disparado un fogonazo de tela turquesa y de tubo de goma que se encaminaba hacia las puertas rotas del ascensor. Le aullaron que estaba averiado. Pero para entonces él ya había dado un rápido giro hacia la izquierda y entrado en el hueco vacío. Cayó desde una altura de dos pisos y atravesó el techo de la cabina del ascensor atascado abajo. Aterrizó sobre un técnico de urgencia que estaba dentro, sentado contra la pared, comiendo un bocadillo de jamón. El hombre se quedó pasmado. John farfulló una disculpa apresurada, a continuación salió renqueando de la cabina y atravesó el pasillo hacia la salida de emergencia, sembrando un copioso reguero de sangre que manaba de un corte en su pierna izquierda. El portero del tercer turno fue el último miembro de la plantilla del hospital que pudo verle. El portero recordaba haber visto a un muchacho blanco envuelto en una manta azul, con catéteres rotos colgando de cada apéndice, que bajaba por la escalera de incendios y se perdía en la noche, cojeando.

Tres veces más le avistaron, una detrás de otra, que parecen indicar que tomó el callejón contiguo, paralelo a Poplar, que lleva hasta la ciudad. A las cuatro y veintitrés de la madrugada, aproximadamente, una mujer domiciliada en el campamento de caravanas de Linkhorn telefoneó a la oficina del sheriff para informar de que una rata de río herida andaba suelta por su jardín. Ocho minutos más tarde se recibió otra llamada denunciando la presencia de un «vándalo» que rastrillaba el fondo de la fuente en la plaza del centro en busca de las monedas que se arrojan formulando un deseo. Por último, a las cuatro y cuarenta, un empleado del bazar nocturno informó de que

un «cliente» malherido, calado hasta los huesos y medio desnudo acababa de irrumpir en la tienda, había depositado sobre el mostrador, con un golpe seco, un puñado de calderilla ensangrentado y había pedido un paquete de cigarrillos. Luego abandonó el bazar y la última vez que le vieron se dirigía hacia el río.

Justo después del alba, a las seis y cuarenta y siete de la mañana del 22 de octubre, el agente de Baker Calvin Dirk encontró el cuerpo ovillado entre la maleza, debajo del paso elevado del Patokah, rodeado de seis colillas aplastadas contra la tierra del suelo.

DESPUÉS

La recepcionista del hospital, tras haber consultado el libro de visitas del día anterior, dio a las autoridades el nombre y la dirección de Wilbur con objeto de que identificara el cuerpo. Dos agentes se presentaron en su casa apenas había amanecido. Escuchó lo que tenían que decirle y luego les dejó en el recibidor mientras se vestía. Se fumó un cigarrillo sentado a la mesa de café y trató de ordenar sus pensamientos. No había dormido. Había estado deambulando horas. Ahora que los agentes le habían comunicado la noticia, le hubiera dado lo mismo continuar andando que disponerse a encarar un episodio más de la noche más atroz de su vida. Pensó por un instante que si volvía la espalda a todo, si dejaba a los agentes en la acera y el teléfono descolgado, aquello cesaría de existir de algún modo. Las sospechas de los agentes no se verían confirmadas si se negaba a acompañarlos en misión de reconocimiento. De ese modo, el cadáver no sería nunca identificado, la presunta muerte no se certificaría y en realidad nunca habría ocurrido. El pasado, el que ya había transcurrido, no llegaría a existir si se negaba en redondo a recobrarlo. Era como llegar a comprender lo que te ha sucedido en un inesperado accidente de coche: estás mirando por la ventanilla, sin una sola preocupación en el mundo, y al instante siguiente —PAM — hete aquí que te ves empotrado contra el salpicadero, hecho un ovillo mientras una fanfarria de sirenas, médicos y guardias rodea los restos retorcidos del automóvil. Por encima de todo te preguntas qué ha ocurrido, pero más concretamente cómo ha ocurrido *tan rápido*. Tu primera reacción es pensar «espera un segundo, vamos a hacerlo otra vez, si pudiésemos retroceder unos instantes y rehacerlo, esta vez va a salirme bien». No es posible que todo haya

cambiado tan aprisa. Una momentánea pérdida de atención no puede ser *tan* irreversiblemente nociva.

Pero lo es. Basta un instante. Después no hay vuelta atrás.

Wilbur cedió finalmente y salió por la puerta. El coche patrulla le estaba esperando en la calle.

Desde el asiento de atrás, en el trayecto al Patokah, contempló las calles devastadas. El conductor abandonó la carretera en la rampa del paso elevado. El coche entró en la estación de mercancías y aparcó junto a otros dos vehículos blancos y negros de la policía y una ambulancia. Wilbur se apeó y caminó por el suelo de gravilla. Sobrepasó una hilera de vagones ferroviarios. Cruzó las vías hacia donde dos agentes estaban marcando los contornos del cuerpo junto a una camilla de lona. Uno de ellos retiró la sábana y le miró. Wilbur asintió. El personal sanitario cubrió el cadáver, lo instaló en la camilla y se lo llevaron. Alguien le preguntó si necesitaba transporte. Él dijo que no. Caminó hasta la orilla del agua y se sentó en una roca. Un minuto después el séquito se había ido.

Dos remolcadores estaban atracando en la ribera opuesta. Una luz gris pálida se elevaba sobre Gwendolyn Hill, en lo que auguraba ser una mañana nublada. A través de la niebla, las aves carroñeras comenzaban a emerger de sus madrigueras. Las palomas salían de debajo del puente. Las ratas almizcleras correteaban por entre las eneas de la orilla. Una bandada de buitres surgió de los bosques y remontó el vuelo, rumbo al festín recién arremolinado en las calles. El primer flujo de tráfico no tardó en animar la carretera.

Wilbur permaneció sentado en la roca, sin pensar en nada en particular. Estaba exhausto. Las últimas doce horas le habían vuelto

insensible a todo salvo al golpeteo, a sus pies, de la corriente contra los pilares del embarcadero. Estaba saturado: demasiados sucesos, demasiadas cosas que no había visto ni hecho nunca, y la menor de ellas no era haber identificado un cuerpo. Eso, en concreto, no lo hubiese sobrellevado quizá de haber estado en su sano juicio. En circunstancias normales podría haberle arrancado lágrimas, podría haberse emborrachado a muerte, haberse extraviado por carreteras secundarias, liarse a tiros en el patio, cualquier cosa. Pero sentado allí en la mañana del día 22, se sentía apático. Estaba consumido. Le habrían hecho falta tres noches de buen sueño para que la conmoción le asaltara, y varios meses para que el golpe siguiera su curso natural: del choque al remordimiento, de este a la cólera, y de esta, por último, a la aceptación. Tal era el modo en que pasaban estas cosas, o eso le habían dicho. Era eso lo que tenía que esperar. Optó por paladear la catatonia mientras durase.

Alrededor, la primera ola de calma que se experimentó en días se estaba instaurando en el valle. Un grupo de estibadores holgazaneaba sobre el muelle de enfrente. El zumbido del tráfico de entrada desfilaba sobre el Patokah. A la derecha y sobre la colina de la ribera opuesta había un voluminoso generador amarillo cercado por una valla y encima de un trípode en el lugar donde había estado antaño la granja Kaltenbrunner. Había un trecho de novecientos metros desde el viejo olmo donde John, a sus diez años, había apilado leña, hasta la parcela de hierba enmarañada y delimitada en el claro, a unos pocos pasos a la espalda de Wilbur. De un punto al otro no había una gran distancia, pero para los criterios del Greene County era otro país.

Aun cuando Wilbur era apenas capaz esa mañana de encadenar más de dos pensamientos coherentes, podría haberse apoyado, con una

certidumbre razonable, en unas cuantas predicciones fundamentales sobre el futuro inmediato.

Sabía, por ejemplo, que, tal como John había vaticinado la víspera, la huelga terminaría al cabo de una semana. Así fue. A partir de esa misma mañana, el bakeriano común saldría de su casa como un zombi abyecto y cobarde para errar entre los escombros hacia el ayuntamiento, donde cientos de lugareños de todos los rincones del valle se agolparían para formular el ultimátum definitivo e incondicional al municipio. El cabildo acabaría cediendo bajo la presión y, tras agotar todas las demás alternativas, nos ofrecería por fin una fórmula de acuerdo aceptable. Eso ocurriría la noche del día 25. Baker habría sido durante tres días un estado policial oficialmente. Tras una mínima deliberación, Kuntsler sería despedido y desterrado a alguna remota ciudad minera de Alabama, y no volvería a saberse nada de él. La dirección oficial del vertedero se la ofrecerían al candidato que nosotros habíamos elegido. Por razones de competencia y aptitud general, la disyuntiva obvia se habría de dilucidar entre Murphy y Wilbur. Lo que no sería ya tan previsible es que Murphy declinase la oferta, por motivos personales, y que dejara el timón a Wilbur como nuevo jefe nuestro.

Su primer acto en el cargo, antes de ponerlo todo en marcha, sería demoler el remolque de Kuntsler con una flota de apisonadoras. Los escombros se aplanarían y enterrarían con los últimos depósitos en el extremo oeste del solar. Después supervisaría la construcción de su nueva oficina, en cuyo interior habría una fila de recortes de prensa de la huelga bellamente enmarcados. La hilera recorrería toda la oficina, a partir exactamente de la derecha de la entrada, siguiendo todo a lo largo de la pared oeste, detrás del escritorio, por encima de la repisa del oboe y hasta el otro lado de la puerta, y finalizando con el recorte culminante que

anunciaba el acuerdo, que estaría ampliado y engastado con letras de molde en la cara interior de la puerta, de forma que él pudiera verlo desde su silla. A continuación habría un aumento de sueldo para todos, largo tiempo esperado y con efectos inmediatos. Se daría una nueva capa de pintura a las carretillas elevadoras y a los camiones de recogida. Varias políticas de la empresa serían abolidas. Se aboliría la costumbre de pasar lista. Como procedimiento normal, todos los conflictos entre departamentos se resolverían, en lo sucesivo, por medio de un duelo —ya fuese a puño cerrado o a botellas de cerveza, según la gravedad del pleito—, después de lo cual, por norma, se olvidaría el asunto. Murphy seguiría organizando comidas campestres de la empresa, amenizadas con carreras de obstáculos y de sacos, que se celebrarían en el vertedero, en el parque estatal y en las riberas del Patokah un mes sí y otro no. Nos darían uniformes nuevos y una semana adicional de vacaciones pagadas por nuestra lealtad inquebrantable durante la huelga.

En consecuencia, una atmósfera rejuvenecida y casi idílica se instauraría en el vertedero. Los días de inquietud por las rondas se habrían acabado. Nuestro horario al volante y las horas pasadas en los bares se volverían soportables, casi gratificantes. Sería un bello epílogo para todo el mundo, descontando, por supuesto, la pesadilla inconcebible de la limpieza. La limpieza general requeriría más de cinco semanas de infernalmente penosas y repulsivas horas extraordinarias, en virtud de las cuales la empresa tendría que pedir, a su cargo, el envío de un remolque entero de trajes de guerra química excedentes del ejército; se llevaría a cabo, bajo los auspicios del municipio, un cursillo rápido de emergencia, impartido por la autoridad competente, sobre residuos tóxicos, y se enviarían a dos enfermeras de una clínica cercana para inocular una tanda de inyecciones obligatorias. Lo que vendría después sería para siempre

jamás la más indescriptible serie de espantosas rondas que habríamos de llevar a cabo en toda nuestra vida laboral. Pero después en las calles se habría restaurado el orden, y el largo y duro itinerario hacia la normalidad se iniciaría por fin.

Entre los otros resultados, más a largo plazo, que Wilbur hubiera podido vaticinar con exactitud la mañana del día 22 figuran:

— Una prohibición de cinco años de toda clase de lides deportivas entre Baker y Pottville en sus territorios respectivos.

— Un enorme incremento del once por ciento en los impuestos del condado durante los siguientes dos años.

— La reconstrucción final del Whistlin' Dick, aunque realizada por un nuevo propietario.

— Los cinco años de cárcel a que fueron condenados los seis empleados del Ebony Steed responsables del desastre de la presa del Patokah y la subsiguiente inundación del Bolling County propiamente dicho.

— La estrepitosa derrota de Tom Dippold en las elecciones siguientes.

— La votación, celebrada al cabo de catorce meses, en la que perdió sus cargos la mayoría del cabildo.

— Una transitoria, aunque drástica, reducción de la mano de obra existente en Sodderbrook debida a una pérdida ingente de existencias.

— Un número incalculable de penas de prisión, multas y prestaciones sociales forzosas impuestas o dictadas contra los participantes en los disturbios del 21 de octubre.

— Que la construcción a lo largo de dos años de una nueva iglesia metodista sería inspeccionada de cerca, torpedeada y ridiculizada

por las comunidades baptista, episcopaliana y católica de la comarca.

— Que las arcas municipales se vaciaran hasta el punto de la bancarrota tras siete semanas de reconstrucción urbana.

— Más chanchullos de seguros de los que podrían enumerarse.

— La sustitución de la cabina del ascensor del hospital general.

— La anulación instantánea de las licencias de armas expedidas a industriales de Baker.

— Un juicio pendiente, promovido por una universidad del estado, por los malos tratos dispensados a sus especialistas enviados (los sociólogos) durante el mes de octubre.

— El encarcelamiento de las dos ratas de río ya detenidas, así como el de cuatro de las seis ratas de fábrica responsables del asalto perpetrado contra el domicilio de Kaltenbrunner.

— El sinfín de variados litigios personales —que iban desde disputas nimias hasta reclamaciones «postraumáticas» de indemnización económica— sometidos al fallo de los tribunales locales y que convirtieron a Baker en un campo de tiro casi inhabitable durante los seis meses siguientes.

— Y, no en último término pero sí como el desenlace más importante para nuestros objetivos, la implantación del código totalmente nuevo de conducta y cortesía que habría de observarse hacia los rastrojos de monte del Pullman Valley.

Del mismo modo que John conquistó un espacio después del incendio de la granja Fisher, en adelante nos evitarían siempre que fuera posible, y en caso contrario nos abordaban suavemente. Hasta podría decirse que a partir de aquel día la mayoría de nuestros conciudadanos dudaría incluso en pensar en voz demasiado alta en nuestra presencia. En el decenio siguiente solo nos vimos

arrastrados a una reyerta campal, y eso por culpa en gran parte de una confusión de identidad. Nunca más volveríamos a tener problemas con personas como la ramera marimacho de Pineridge. Llegaríamos a ser despreciados y aborrecidos más universalmente que nunca, pero ahora el menosprecio estaba teñido de suficiente terror y respeto como para mantener a todo el mundo a una prudente distancia, cosa que, como al final comprendería el bakeriano común, es lo único que siempre habíamos querido.

Cualquier ciudadano podría haber hecho los mismos vaticinios fundamentales antes de que la huelga hubiese concluido oficialmente; muchos de ellos se habían convertido en conclusiones previstas desde antes o durante los disturbios.

Pero otras eventualidades no fueron tan inmediatamente previsibles. Algunas tardarían algún tiempo en realizarse, y no habrían podido ser predichas certeramente la mañana del 22 de octubre. Aun para alguien con un buen conocimiento de los asuntos locales, habría sido difícil predecir *si, cómo, cuándo* y *hasta qué punto* Baker estaría dispuesto a falsear los anales en su inminente impulso de absolución. Eso llevaría tiempo. Un lapso mínimo de dos o tres años sería antes necesario para que se disipara el humo de la crisis, transcurrido el cual sería más fácil evaluar el daño a largo plazo. ¿Cuánta vergüenza y deshonor públicos subsistirían después del hecho? ¿Cuánto se borraría? ¿Cuánto encontraría una meta? ¿Cuánto podría olvidarse, racionalizarse, justificarse, sublimarse, contextualizarse? ¿Hasta qué grado de exposición en público aprendería a soportar la población? ¿Qué sucesos e individuos concretos sufrirían en sus carnes el papel de cabezas de turco? Y si los utilizaban como tales, ¿hasta dónde llegaría esa coartada? No había realmente manera de saberlo en aquel momento.

Al mismo Wilbur le llevaría años de reflexión situar las cosas en su justa perspectiva. Su inquietud principal seguiría siendo John, en primer lugar porque tenía una comprensión bastante clara de todo lo demás, pero también porque cuando empezaran a aflorar, si afloraban, tabulaciones posteriores a la crisis, la mayor parte de la cólera pública se explayaría contra los que se hallaban *in absentia*, los «muertos», los que estaban condenados a comparecer ante el tribunal sin defensa: Kaltenbrunner, Kuntsler, Dippold, Robert Mitchum. Lo mínimo que podía hacer Wilbur, por su parte, sería estar preparado cuando llegase el momento. Se lo debía a John. Se lo debíamos todos. Y todavía se lo debemos. John soportó demasiadas y especiosas encarnaciones del malo en el curso de su corta vida para que tuviera que ser evocado póstumamente en términos de aborto ferroviario y rata de río. Nos atrevemos a decir que merece algo mejor.

Wilbur tendría ya su tarea perfilada. Tendría ya sus propias notas amontonadas en la mesa de la cocina. Sabría exactamente adonde dirigirse para rastrear las restantes pistas. Encontraría a Roy Mentzer en una silla de ruedas, inquilino insólitamente prematuro del asilo de Pottville. Elias Kauerbach ocuparía todavía su puesto en una oficina del tercer piso de la fábrica de piensos. Tom Dippold estaría al fondo de la carretera, en una cabaña aislada de Sparrow's Height. Los condiscípulos de John serían localizables a través del anuario colegial de su graduación. Hasta sería accesible el comentario de las arpías. Recopilar entrevistas no supondría un gran desafío. Pero *sí* descifrar cuáles eran los hechos reales y cuáles eran ficción. Por suerte, Wilbur tendría un último as en la manga que no ha sido mencionado: la noche del 6 de octubre, después de haber sido asaltado el apartamento e incendiada la iglesia, y después de que todos los demás hubiéramos vuelto a la casa de Murphy para

encontrar a John magullado pero intacto, John había salido con Wilbur sigilosamente al patio donde podían hablar en privado e, inflamado de adrenalina hasta un extremo de demencia, le había relatado finalmente la historia completa de su insurrección en la granja. Se lo había contado todo a Wilbur, exactamente como se refiere en esta crónica: desde el saco lleno de cachorros hasta las lascivas incursiones de Hortense, desde la existencia de la recámara hasta la revelación postrera y aplastante de la supuesta depravación de Ford Kaltenbrunner (la cual, dicho sea de paso, sigue sin comprobarse hasta la fecha). Wilbur había sido el único destinatario de esta confesión y nunca había tenido la intención de divulgar ninguno de sus pormenores. Se mantendría fiel a este propósito durante años. Pero cuando se formulasen y propagasen a la larga las teorías creadas a la luz de la hoguera —John el anarquista, John el héroe, etc.—, no tendría más remedio que salir al paso y revelar los detalles. La verdad sería como el menor de dos males.

Hasta entonces Wilbur dispondría de años para cavilar sobre todas las paradigmáticas injusticias, incoherencias y paradojas de la completa existencia conocida de John:

— La injusticia capital consistiría en el hecho de que, al final, la némesis de John en todo momento, Hortense Allenbach, recibiría subvenciones del gobierno en nombre de John hasta dos meses después de la muerte de este. A Hortense no se le volvió a ver nunca por el Pullman Valley, pero los cheques le seguirían llegando dondequiera que estuviese. Es posible que John, a la postre, hubiera arreglado sus cuentas con Baker, pero nunca saldó las que tenía pendientes con la víbora omnisciente.

— La congruencia básica residiría en que la primera y la última de las impresiones que Wilbur tenía de John eran idénticas, lo que significa que a partir del momento en que Wilbur le encontró tanteando entre el mantillo, aquella fría mañana de febrero, hasta la imagen final debajo del paso elevado junto al Patokah, una personalidad tan explosiva —en torno a la cual las cosas parecían inflamarse de un modo natural y espontáneo— jamás honró el valle.

— Y, por último, la principal paradoja radicaría en el hecho de que John, tras toda una vida de oponer un rígido enfrentamiento a todo lo que Baker personificaba, en última instancia había cumplido una de las consignas más fundamentales de sus habitantes: el desafío lanzado a todos los jóvenes de sobrepasar o ir más lejos que su padre en el terreno que fuera. Es decir, que mientras Ford Kaltenbrunner fracasó al organizar la huelga en Ebony Steed, su hijo John Kaltenbrunner, por el contrario —el primogénito del matador de dragones, que en repetidas ocasiones había sido enjuiciado indigno del legado paterno—, había tenido éxito en la suya.

Los demás tendríamos tiempo de extraer nuestras propias conclusiones. Empezando por aquella noche de finales de mayo en que él entró por vez primera en el vertedero, con sus pantalones rotos y sus zapatos negros ortopédicos, recrearíamos cada recuerdo suyo disponible en busca de alguna clave sobre el modo en que alguien de edad tan tierna y temple tan difícil había entrado en nuestras vidas, las había puesto patas arriba y de repente nos había dejado imaginar el resto por nuestra cuenta. Con el tiempo llegaríamos a comprender o, como mínimo, a *creer* que desde el mismísimo principio habíamos sabido de un modo u otro que un día nos sentiríamos llamados a referir su historia. ¿Por qué si no,

nosotros, entre cuyas características no entra la de ser observadores, le habíamos observado tan atentamente? ¿Qué estábamos buscando? Forzosamente debíamos de tener alguna idea. O quizá se trataba tan solo de que John era la rareza más curiosa que habíamos visto en toda nuestra vida, y que no podíamos apartar de él los ojos. Fuera como fuese, continuamente tendríamos que remontarnos a aquella primera noche, cuando Wilbur entró en el solar y aparcó su camión en el extremo norte del patio, justo antes del comienzo del trabajo, y del asiento del pasajero saltó aquel chico de aspecto iracundo, con la cara machacada y un corte de pelo extraño, que paseó sobre nosotros una mirada insolente. Empezaríamos a desplegar el rodillo del recuerdo a partir de ese punto.

Nos veríamos recurriendo a él en épocas de necesidad, reivindicando su descarnado grito de la selva como antídoto moderno para nuestra locura ordinaria. Cada vez que el yugo cotidiano nos pasara una factura excesivamente cara, cuando una trituradora se averiaba, llegaban los impuestos, se soltaba el cordón de un zapato, se perdía un W-2, se dejaba caer un inspector, el lavabo estaba atascado, los gnomos vociferaban, el casero telefoneaba reclamando el alquiler impagado —todos los «a», «b» y «c» que suponen ir tirando y que podrían impulsar a cualquier ánimo razonablemente sensible a vagar en camisón por los campos—, era el momento de recurrir a John: de recordar la manera en que se abría camino a patadas y trallazos, un desastre tras otro, mientras afloraba de inmediato, hirviente, toda la confusión acumulada de una vida que se había torcido desde su primer día. Que afloraba hirviente para nosotros, que nos invitaba a escupir nuestra bilis en el orinal y a sentirnos después purificados. Devueltos a la tierra con

una nueva pizarra que ensuciar a costa de un joven granjero muerto.

La enseñanza final de John fue que en el trance de recorrer la plancha, disponíamos aún de la prerrogativa, era nuestro derecho inalienable correr como un bólido y precipitarse a las aguas infestadas de tiburones.

Nuestro entorno inmediato nos evocaría constantemente su impacto. El trazado de sus rutas permanecería intacto. Su zamarra de minero de cuero azul estaría colgada de un gancho en la pared, justo encima de la caja de caudales de la oficina de Wilbur. Una sola bala del calibre 38 seguiría incrustada en la pared del Whistlin' Dick, claramente visible para quien quisiera echar una ojeada detrás de la codorniz disecada, encima de la máquina de discos. Su recuerdo lograría mantenerse vivo no solo en nuestra memoria, sino en la de todo el Greene County. Pensaríamos en él en cada tasca, veríamos su cara en cada paquete de cigarrillos, su mirada alicaída en el suelo de cada fábrica desde aquí a Jerusalén, su grito vociferante chisporroteando en la sartén cuando friéramos en lo sucesivo nuestro beicon de primera calidad. Oiríamos su nombre en cada detonación de arma de fuego, en el tintineo de jarras de cerveza, el hedor del Whistlin' Dick, el crujido de los envoltorios de cortezas de cerdo, el zumbido de tractores amarillos, ovejas que cabecean, graneros que arden, el ángelus matutino, catedrales humeantes, carretillas volcadas, palomas mensajeras, gallineros y pocilgas y graneros, refriegas tabernarias e inodoros rotos. Y, sobre todo, en el corral que transportamos con nosotros y que hemos debido aceptar a la larga, el corral que quisimos eludir por todos los medios y que al final acabamos llevando a dondequiera que íbamos.

Pero de momento nada había acabado. Y nada acabaría de una vez por todas en el oficio tumultuoso del «entierro», cuatro días más tarde, cuando los furgones policiales abandonaron finalmente el cementerio con todos nosotros pataleando y chillando dentro. Cuando Wilbur se desplomó en el rincón, con las esposas que se le clavaban en las muñecas y los ojos sanguinolentos, tratando de contar los sucesos del día desde que se había levantado de la cama esa mañana. E incluso desde antes. Contar que, la noche de víspera —dos horas después de que se hubiesen firmado los documentos del acuerdo definitivo en el ayuntamiento—, había desempolvado su único traje de vestir y lo había colgado en la percha, con el par de zapatos lustrados de cocodrilo, colocados en ángulo recto contra la pared. Y que se había vestido a las ocho de la mañana, peleado con la corbata y utilizado un peine por segunda o tercera vez en un decenio, y que luego se había mirado en el espejo y se había movido de un lado para otro, pensando en que tenía un aspecto ridículo y confiando, por ese motivo, que los demás compañeros no adquiriésemos la costumbre de morirnos. Y que había ido en coche al mercado para reunirse con Murphy según lo previsto, y le había encontrado junto a su Chevy, de tiros largos como un donjuán. Que habían discutido con el carnicero en la entrada de la carnicería hasta que acordaron un precio y el cerdo fue por fin sacado a rastras de la cocina. Y cómo el animal había cloqueado y babeado al extremo de su cuerda mientras ellos pagaban y mal que bien conseguían maniobrar para meterle en el asiento de atrás sin mancharse los trajes. Y luego habían atravesado la ciudad rumbo al cementerio de San Francisco de Asís, donde llegaron con quince minutos de retraso. Habían dejado los coches en la colina y habían recorrido un pasillo de cruces corroídas de mármol y placas de ébano hasta donde el cortejo de duelo, reunido, les esperaba. Y el gran féretro

azul junto al hoyo en el suelo. Y todos los asistentes: seis cumplidoras, ajenas e incondicionales arpías metodistas, un grupo de reporteros del *Herald*, cuatro o cinco circunstantes a los que no conocíamos, aquel gnomo artero y viejo, el sepulturero, con su surtido de palas diestramente depositadas a un lado, y, por supuesto, nosotros, los 22 rastrojos de monte. Y que el padre Furmas Dick (en serio), que no había conocido a John y no sabía una palabra de él, pronunció un panegírico nauseabundamente grandilocuente que fue tan conmovedor como lo había sido la crónica de la muerte de John en la portada del *Herald*. Y que el padre Dick nos había asegurado que John se encontraba ahora en un lugar mejor. Y que Wilbur y los demás nos esforzamos en digerir aquello procurando no escuchar y paseando la mirada por el estrato de tejados que se extendía al oeste. Y que un perro del cementerio había gañido durante toda la ceremonia, tirando una y otra vez de su cadena al otro lado de la tapia del cementerio. Y el padre Dick, al término de su jeremiada insufrible, había terminado descubriendo una jaula de alambre y poniendo en libertad a dos palomas que alzaron el vuelo —lo que supuestamente quería simbolizar la liberación del alma de su esclavitud terrenal—, aun cuando el aleteo de las dos aves no fue más lejos de diez metros cuesta arriba y concluyó cuando se posaron en la rama más baja de un árbol cercano, donde permanecieron el resto de la tarde. Y a continuación el padre se puso a recitar pasajes de un devocionario, secundado en su lectura por las arpías, las únicas personas del séquito familiarizadas con el texto. Y que Wilbur había desaparecido furtivamente en este punto y había ascendido la colina para los preparativos. Se había quitado la chaqueta, sacado el tubo de vaselina de la bolsa de papel de estraza, abierto la puerta del pasajero y arrastrado al puerco hasta ponerlo encima de una lápida

grande, fuera de la vista del cortejo. Y que el viejo vigilante había subido la cuesta un minuto después y preguntado qué demonios pasaba. *¡Esto es un recinto sagrado!*, dijo. *Y esto es una última voluntad y un testamento*, había respondido Wilbur. Y el vigilante había retrocedido, se había persignado y se había largado a la puerta de entrada para llamar a las autoridades. Y Wilbur había terminado su tarea en el momento mismo en que concluyó la ceremonia, y los demás habíamos esperado abajo, remangándonos y mirando en dirección a él. Y él se irguió y asestó al cerdo un rápido puntapié en el lomo que le lanzó a la carrera por el sendero. Y en aquel momento todos nosotros prescindimos de las tristezas del mundo y nos dispersamos a la caza del cerdo, dejando solos y pasmados a las arpías, al padre Dick, a los periodistas y al sepulturero. Y lo mucho que el alboroto siguiente se había asemejado a la persecución anterior: todos entrechocando y cayendo y resbalando y corriendo en pos de la viva mancha rosa, pisoteando rosales y lápidas, arremetiendo contra reporteros y asistentes, hasta que los coches patrulla irrumpieron por las puertas y ascendieron a toda velocidad la cuesta con aullido de sirenas. Y luego, en el último minuto, Murphy se había desembarazado de rivales, apartado de su camino a Donnecker y a Dickell, rebasado a todos los demás en su carrera hasta la tumba en pos del puerco, y lo había atrapado por las patas traseras y levantado en alto con un grito de victoria. Y entonces recibió el primer porrazo en la barriga. Y después otro. Y dos agentes habían derribado a Murphy y al gorrino y les molieron a palos hasta que los demás entramos en la refriega y todos nos enzarzamos en un forcejeante amasijo de animalidad obesa. Y el ataúd de John fue desplazado de su pedestal y cayó estrepitosamente bocabajo dentro de la fosa. Y todo el mundo, chillando, se había precipitado de cabeza en la trifulca, y Wilbur con

ellos, hasta que uno de los agentes le echó mano, levantó la porra y escupió algo desagradable como *Malditos rastrojos* antes de propinarle el gran trallazo que despachó a Wilbur a un lugar de mil lucecitas al final de un largo túnel oscuro. Y mientras lo atravesaba había comprendido que John no estaba en ningún sitio mejor, sino que simplemente, en todo caso, había encontrado un nuevo trabajo, se había agenciado un puesto en una cadena de montaje, había empuñado el pico y estaba labrando campos, cavando zanjas, manejando el martillo neumático y conduciendo apisonadoras: faenando hasta deslomarse para luego dirigirse hacia la orilla del río una y otra vez, como siempre había sido. El mecanismo de relojería de una demencia superior. Y el modo en que Wilbur había vuelto en sí, de bruces y esposado en medio de un reguero de su propia sangre, y solo para ver a uno de los agentes haciendo intentos desesperados de encandilar al cerdo con susurros melosos. Y entonces el puerco, tras haberle observado recelosamente un rato, había optado al final por volver grupas y despeñarse directamente dentro de la tumba. Y uno de los agentes había vociferado a Wilbur que se levantara del suelo y le había abofeteado hasta que Wilbur alzó la vista y anunció que se cagaba en la leche de la madre de todos ellos. Y había oído al cerdo patalear y revolcarse sobre la cara inferior del féretro de John dentro del foso mientras le conducían hacia el furgón grande, en cuyo interior el resto de nosotros nos debatíamos como hipopótamos encarcelados. Y el modo en que habían aporreado a Murphy y le habían instalado al lado de Wilbur mientras a todos los demás nos metían a zurriagazos entre rejas y embarcaban a los dos, que eran los dos últimos, dentro del furgón. Luego cerraron de golpe las puertas. Y el modo en que Wilbur se había puesto de pie, había mirado a través de una pequeña ranura rectangular de luz en la puerta del vehículo y había visto al gnomo

sepulturero completamente solo debajo de las dos palomas encaramadas en lo alto de la cuesta. Y cómo Wilbur, al mismo tiempo que se giraba y se sumaba al pataleo y los gritos, y el furgón celular comenzaba a alejarse del desbarajuste en el cementerio, lo cual habría de constituir la última entrega de un bombardeo mediático que duraría diez semanas, tuvo la certeza de que nada había acabado, de que John no se hallaba en un sitio mejor, y de que un objeto en movimiento tiende a permanecer en movimiento. Un caballero en reposo suele removerse en su tumba.

Notas

1. William Henry Bonney, verdadero nombre del celebérrimo bandido Billy el Niño (1859-1881). *(N. del t.)*
2. En castellano en el original. *(N. del t.)*

1. En castellano en el original. *(N. del t.)*

1. En castellano en el original. *(N. del t.)*

1. El silbante Dick. *(N. del t.)*
2. En castellano en el original. *(N. del t.)*

1. Servicio de comidas calientes que se presta diariamente en los asilos de ancianos e inválidos. *(N. del t.)*
2. Deformación del apellido Stauffer que da a entender en inglés algo como Dennis *el que se empapuza, el que se forra a drogas* (de *stuff*, nombre genérico de toda clase de drogas). *(N. del t.)*

1. Fiesta del Año Nuevo vietnamita, que dura tres días y comienza la primera luna nueva después del 20 de enero. *(N. del t.)*

El amo del corral
Tristan Egolf

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Lord of the Barnyard. Killing the Fatted Calf and Arming the Aware in the Cornbelt*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Barry Munger

© Éditions Gallimard, Paris, and Tristan Egolf, 1998
All rights reserved
© de la traducción, Jaime Zulaika, 1998, 2026
Traducido de la edición de Picador, Londres, 1998
© del prólogo, Adolfo García Ortega, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2026

ISBN: 978-84-322-4954-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
PRÓLOGO
EL AMO DEL CORRAL
Dedicatoria
Cita
PRÓLOGO
I. ISABELLE, HORTENSE Y BUCÉFALO
II. BAKER
III. LOS RASTROJOS DEL MONTE
IV. LA CRISIS
DESPUÉS
Notas
Créditos